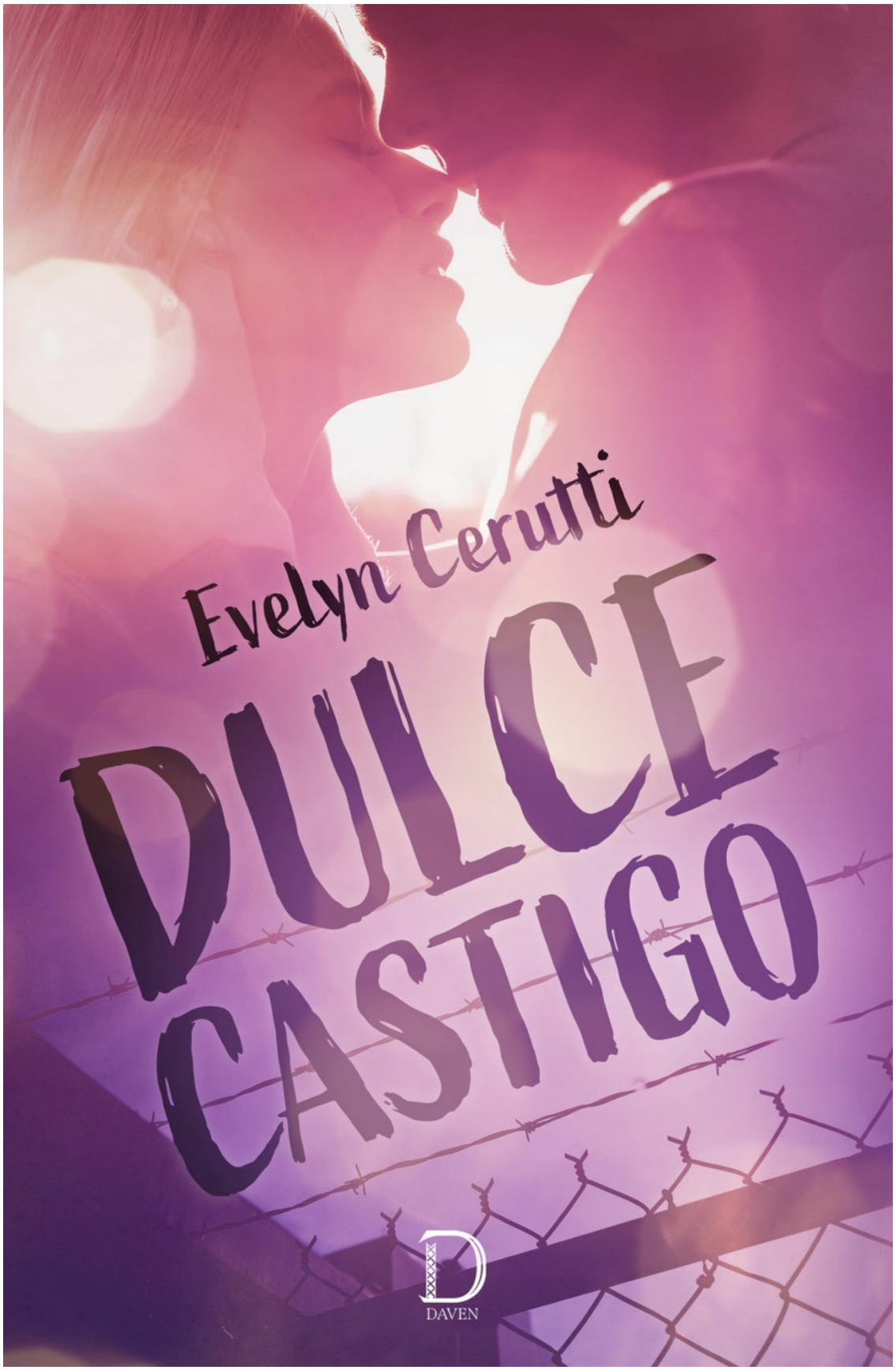
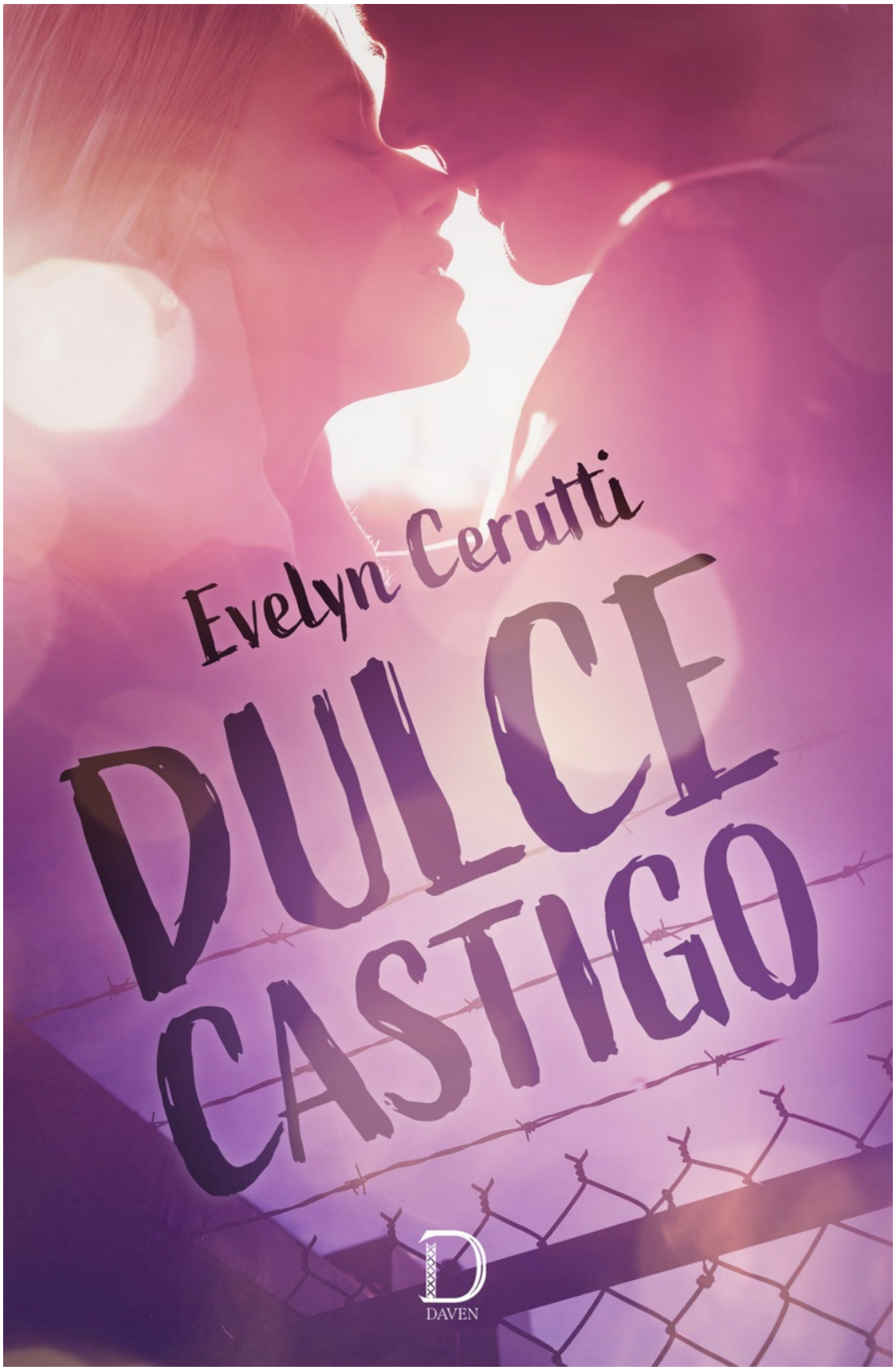

Evelyn Cerutti
DULCE CASTIGO
DAVEN


Evelyn Cerutti
DULCE CASTIGO
DAVEN


Evelyn Cerutti
DULCE CASTIGO
DAVEN

Evelyn Cerutti

DULCE CASTIGO

DAVEN

Dirección editorial: Natalia Hatt

Diseño de cubierta: H. Kramer

Corrección y maquetación: Natalia Hatt

Cerutti, Evelyn Dulce castigo / Evelyn Cerutti. - 1a ed. - Paraná : Vanadis, 2023. Libro digital, E

© 2023 Evelyn Cerutti

© 2023 Editorial Vanadis

www.editorialvanadis.com.ar

Todos los derechos reservados. Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o tramisión por cualquier medio, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión de la obra sin previa autorización escrita de la editorial.

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723.

Alameda de la Federación 684. Paraná, Entre Ríos. Abril de 2023.

Para todos los que alguna vez se sintieron solos

y para los soñadores que perdieron la esperanza;

espero que esta historia les devuelva

la fe en el amor.

ADVERTENCIA 16+

El contenido de este libro puede llegar a ser sensible para algunos lectores. Incluye escenas de uso y abuso de sustancias y referencias al suicidio.

PRÓLOGO

Un año atrás

Damon

Corro diez cuadras a toda velocidad, en un esfuerzo inútil por llegar a tiempo al trabajo. Ya estoy perdido. Llevo demorado poco más de media hora y no es la primera vez. Mi jefe ya me lo ha advertido: no piensa tolerar otro retraso.

Me detengo frente al mercado, mi respiración continúa acelerada. Estoy sudando y me toco el labio inferior para comprobar si ha dejado de sangrar. Es evidente que estoy herido, pero el trabajo es más importante. Me dedico a acomodar mercadería en el depósito de un reconocido supermercado en la zona. No es un gran puesto, pero el dinero que gano me alcanza para sobrevivir cada semana.

Cuando ingreso por la puerta trasera, como de costumbre, el jefe me está esperando y no me deja avanzar.

—¿Qué crees que haces, Damon? —me interroga.

—Vengo a trabajar. Puedo hacer horas extras, todas las que sean necesarias. —Hago un primer esfuerzo para convencerlo.

—Llegas tarde por tercera vez. Ya hablamos de esto, ¿recuerdas? Estás despedido —larga sin rodeos.

—Se lo puedo explicar. Tuve un problema con...

—Tus problemas no son de mi incumbencia, aunque sé que estás metido en cosas raras. ¿O crees que no veo cómo tienes la cara? —dice con una actitud soberbia—. No te quiero en mi negocio. Eso es todo. ¿Te vas a ir o tengo que llamar a seguridad?

De pronto, siento una angustia asfixiante. Acabo de perder la única cosa que me proporcionaba algo de seguridad. Invadido por la contradicción y preso de impulsos, quiero volver a rogar por el puesto, pero, al mismo tiempo, mantener mi orgullo intacto.

—Tranquilo, voy a irme. Y usted también, ¡pero a la mierda! —exclamo sin pensarlo y, acto seguido, le doy un empujón a una estantería de latas. Todas se caen, lo que causa un estruendo y llama la atención de los empleados que se encuentran en el lugar. El señor Dawson mira con desaprobación; no veo más que eso, porque enseguida me largo.

No sé a qué «cosas raras» se refería mi jefe. Lo único que hago es tratar de ayudar a mi madre depresiva y, de vez en cuando, me convierto en el saco de boxeo de mi padrastro. Tal como ocurrió esta mañana, cuando se le antojó buscar pelea y desquitarse conmigo.

Llevo apenas una cuadra de distancia cuando oigo que alguien me llama. Es uno de mis compañeros. Mejor dicho, excompañero.

—¿Qué quieres, Liam?

—Tengo un dato que podría servirte —murmura y logra así que me aproxime con paciencia para oírlo.

—Habla.

—Es sobre mi primo.

—¿El traficante? —indago, al tiempo que me cruzo de brazos. Me habló de él un par de veces, y de cómo ganaba mucho dinero de forma fácil.

—Le está yendo muy bien. Se expandió en zonas y necesita un dealer —comenta. De a momentos observa hacia los costados para asegurarse de que nadie lo esté escuchando—. Creo que puedes serle útil. Eres astuto y tienes actitud, Damon. Puedo hacer el contacto —agrega en un tono de voz moderado—. Me gustaría no tener que estar ofreciéndote esto, pero sé que no tienes otras opciones, así que… tú decides. —Me presiona para que le dé una respuesta inmediata.

De prisa, analizo la situación. Estoy sin trabajo y en mi casa vive un tipo que, tarde o temprano, me echará a la calle. No hay muchas salidas. Después de todo, estoy acostumbrado a tener pocas elecciones en mi vida. Siempre es blanco o negro: o vendes drogas o te quedas en la calle.

—Haz el contacto —respondo a la única persona que me ha dado una mano.

—Le daré tu número. Él te llamará —asegura—. Ahora corre, porque el jefe está por llamar a la policía —advierte, bastante tarde.

—¿Y ahora me lo dices? Maldición, Liam.

Me coloco la capucha negra de mi sudadera y echo a correr. Lo único que me falta para hundirme aún más es quedar tras las rejas. Después de transitar varias cuadras, con la respiración acelerada y el sudor recorriéndome la espalda, oigo el sonido de las sirenas.

Mierda.

Me digo que, si me atrapan, le daré problemas a mi madre y, por ende, su estúpido novio se enfadará también. La verdad es que no es nada agradable lidiar con la furia de ese hombre. No quiero que me rompan un hueso al volver a casa, así que acelero el trote, deseando que mis pies lo hagan tan rápido como puedan.

Trato de cruzar una de las avenidas más transitadas. El ruido de las sirenas se mezcla con los bocinazos de los conductores, más los insultos de algunos peatones que me llevo por delante. Creo que lo he logrado, pero, entonces, cuando estoy a punto de llegar a la acera, un auto surge de la nada. El conductor realiza una maniobra extraña y se desvía hacia la derecha en un intento por esquivarme. Yo me arrojo hacia la izquierda y doy vueltas por el suelo. Lo siguiente que oigo son gritos: gritos de espanto, gritos pidiendo auxilio. No lo entiendo al principio. Estoy ileso; solo caí entre algunos arbustos, que me ayudan a mantenerme escondido. Me asomo para corroborar qué pasó y, entonces, puedo ver que causé un accidente. No me chocaron a mí, pero sí a otra persona: un hombre permanece arrojado en el suelo, inmóvil, mientras un charco de sangre fluye por debajo de su cabeza.

Ante esa imagen, me cuesta quedarme estable, por lo que me siento en el suelo, busco respirar y continúo observando a la gente ir y venir, preocupada, preguntando qué pasó. Dejo de ver al hombre porque se formó un círculo de personas a su alrededor, que intentan ayudar. Sin embargo, no soy capaz de escuchar qué está pasando con exactitud, ni de concentrarme en buscar una solución racional. Todo transcurre en cámara lenta. Es como estar en una película de terror. Todavía escondido tras los arbustos, permanezco inerte, mientras aguardo que el caos se tranquilice para poder huir.

Quisiera estar muerto.

Keira

—Mira, Keira. Tienes que moverte así. —Mi mejor amiga, Summer, baila al compás de la música de forma exagerada. Me hace romper en carcajadas.

—Esos pasos solo te salen bien a ti —digo tras recuperar el aire que había perdido de tanto reír, al tiempo que deposito algunos vasos sobre la mesa. Luego, coloco una jarra de jugo de naranja exprimido, para acompañar nuestra merienda de cumpleaños.

Son mis diecisiete.

Summer me pidió planear una fiesta alocada, pero me negué desde un principio. Sabe cómo soy. Siempre voy a preferir una reunión pequeña y tranquila porque, además, ¿a quién invitaría? Siento que les caigo mal a todos en la preparatoria. Summer me dice que no es así, que tengo pocos amigos porque soy demasiado tímida y que eso me impide integrarme. Como sea. Con

Summer y Andy es suficiente.

A pesar de la música sonando alto, alcanzo a oír el timbre de casa.

—Seguro es Andy —da por hecho Summer—. Yo voy.

La observo moverse de la sala hasta la puerta principal y me dirijo hacia la cocina para servirme un vaso de agua, porque desplazarme tanto me ha dado sed. Segundos después, la música deja de sonar, el silencio abunda y no entiendo qué está pasando.

—Kei... Keira. —El tono de voz de mi amiga ha cambiado por completo. La veo aparecer en la cocina, luce como si hubiera visto a un fantasma—. Es... Quieren hablar contigo.

—¿Qué? ¿Quién? —Mi ceño se frunce al instante.

—La policía.

—¿La policía? Seguro es un error. —Incluso se me sale una sonrisa. ¿Qué puede haber pasado? Lo más probable es que hayan tocado a la puerta equivocada; aquí todo está excelente. De todos modos, camino hacia la entrada. Allí hay dos oficiales, una mujer alta que lleva el cabello oscuro por encima de los hombros y, a su lado, un hombre calvo de menor altura. Sus miradas reflejan preocupación.

—Hola, señorita. ¿Usted es Keira Holt? —habla la mujer.

—Sí. ¿Pasó algo?

—¿Podemos ingresar unos segundos para hablar con usted? —pregunta. Ese único pedido es suficiente para que se me acelere el corazón, hasta el punto de parecer que se me va a salir del pecho.

—Puede decirme lo que sea, ahora —pido. Contengo la desesperación, intuyo que se trata de algo malo.

—Insisto, señorita. Será mejor que nos sentemos. ¿Podemos pasar?

—De acuerdo. Bien. —Me muevo hacia un lado para permitir que ingresen. Trago saliva y giro, los guío hasta los sofás de la sala. Hay dos sillones individuales y cada policía ocupa uno. Al mismo tiempo, me dejo caer en el sofá grande y Summer se acomoda a mi lado.

Enseguida percibo la mano de mi amiga sobre mi hombro.

—Tenemos entendido que su padre es Richard Holt, ¿verdad? —Esta vez, es el oficial calvo quien toma la palabra.

—Sí. ¿Qué pasó con mi papá? ¿Está bien?

—Temo informarle que ha sufrido un accidente en la avenida —murmura con un tono firme. Mi piel se estremece de pies a cabeza. Ni siquiera alcanzo a sacar conclusiones porque el oficial

retoma el habla—. Un auto lo atropelló y sufrió daños graves. —Traga saliva y su coraje es tan grande, que no titubea al anunciar lo siguiente—: Falleció en el acto. Lo siento mucho, señorita Holt.

—Pero... pero si mi papá solo había ido a buscar un pastel. Dijo que regresaría en quince minutos, él no... no... —Mi garganta se aprieta y no consigo modular palabra. En su lugar, surge un sollozo que intento ahogar cubriéndome la boca con las manos.

Summer me rodea con un brazo, trata de abrazarme, pero me rehúso. Quiero a papá.

Mi cumpleaños era mi día favorito. Las personas más cercanas venían a casa, comíamos mis platos preferidos, luego mirábamos alguna película o cantábamos canciones de Disney en el karaoke y hacíamos bailes estúpidos. Era el día del año en el que sentía que lo tenía todo.

Ahora siento que me lo quitaron todo. No tengo nada. Solo un futuro incierto y un puñado de recuerdos que duelen.

Cumplir años ya no volverá a ser lo mismo, nunca más.

CAPÍTULO 1

Actualidad

Damon

El juego es tan adictivo como peligroso. El mundo es una basura. Las drogas, el camino fácil para ausentarse de él. Siempre las evité, pero, desde que probé la primera dosis, aparecí en un sitio libre de culpas y presiones... y me dejé consumir.

Todo comenzó cuando Liam me propuso formar parte del negocio de su primo. Antes de aceptarme, me pusieron a prueba. Les gustó lo que hacía y, entonces, me ofrecieron trabajar para ellos. El objetivo era sencillo: colarse en fiestas de jóvenes adinerados que tiraban cualquier cantidad de billetes por drogas; opioides, para ser exactos. Cada noche, paseaba por sectores de alto nivel y volvía a casa con un montón de dinero. Por supuesto, la mayor parte era para el jefe y otra, más pequeña, para mí.

A medida que iba atrayendo más clientes, las ventas se incrementaron y el sueldo aumentó. Además, tenía a favor que les caía bien. Decían que era rápido y astuto, que mi cara bonita no levantaba sospechas. Eso, junto a prendas de vestir de marca, en las que tuve que invertir, me ayudaron a escabullirme con facilidad en las fiestas, casi como si fuera uno más.

Los primeros meses, el trabajo funcionó excelente. Vender drogas no me llenaba de orgullo, pero al menos tenía dinero y podía acceder a ciertos privilegios que no tenía siendo un simple empleado de supermercado.

La estabilidad que había conseguido tambaleó el día en que descubrí que mi padrastro me había robado mercadería. De inmediato, lo increpé furioso y él, con la sustancia incorporada en sus venas, también se puso como loco y me enfrentó. Soy fuerte y considero que estoy en estado, pero ese tipo es aún más fornido, debido a su pasado impoluto como exboxeador. No dudó. Me arrojó sobre una pared y apretó mi cuello con ira, hasta dejarme sin aire. Una vez que me liberó, me costó recuperar el aliento. Después de eso, me echó. «Te mataré si vuelvo a verte por aquí», fue lo que me dijo.

Mamá no me defendió. Salió de su cuarto tras escuchar los ruidos, pero solo oí de su parte un débil «suéltalo». Luego, me colocó su mirada de reproche y se marchó a la habitación.

Tomé algunas pertenencias, me fui y nunca más regresé.

Acabé en la casa de Ethan, un compañero de trabajo. Nunca hablamos demasiado, pero me ofreció un lugar, y digamos que no tenía muchas opciones para escoger. Resulta que él está más hundido en la mierda que yo. La única actividad que compartimos es salir a vender drogas y, luego, consumir los restos.

Esa noche, habíamos empezado a colocarnos cuando el jefe avisó que debíamos hacer una entrega imprevista en una fiesta. «Hay buen efectivo», dijo y, entonces, supimos que teníamos que hacerlo, aunque no estábamos en las mejores condiciones. Además, no podíamos negarnos a las órdenes del jefe. Incumplir nos traería graves consecuencias, así que fuimos.

Es obvio que nos comportamos como imbéciles al salir bajo los efectos de opioides. Sí, vendimos, pero también nos acoplamos a la fiesta y volvimos a consumir, escabullidos entre la multitud. En resumen, perdimos el control.

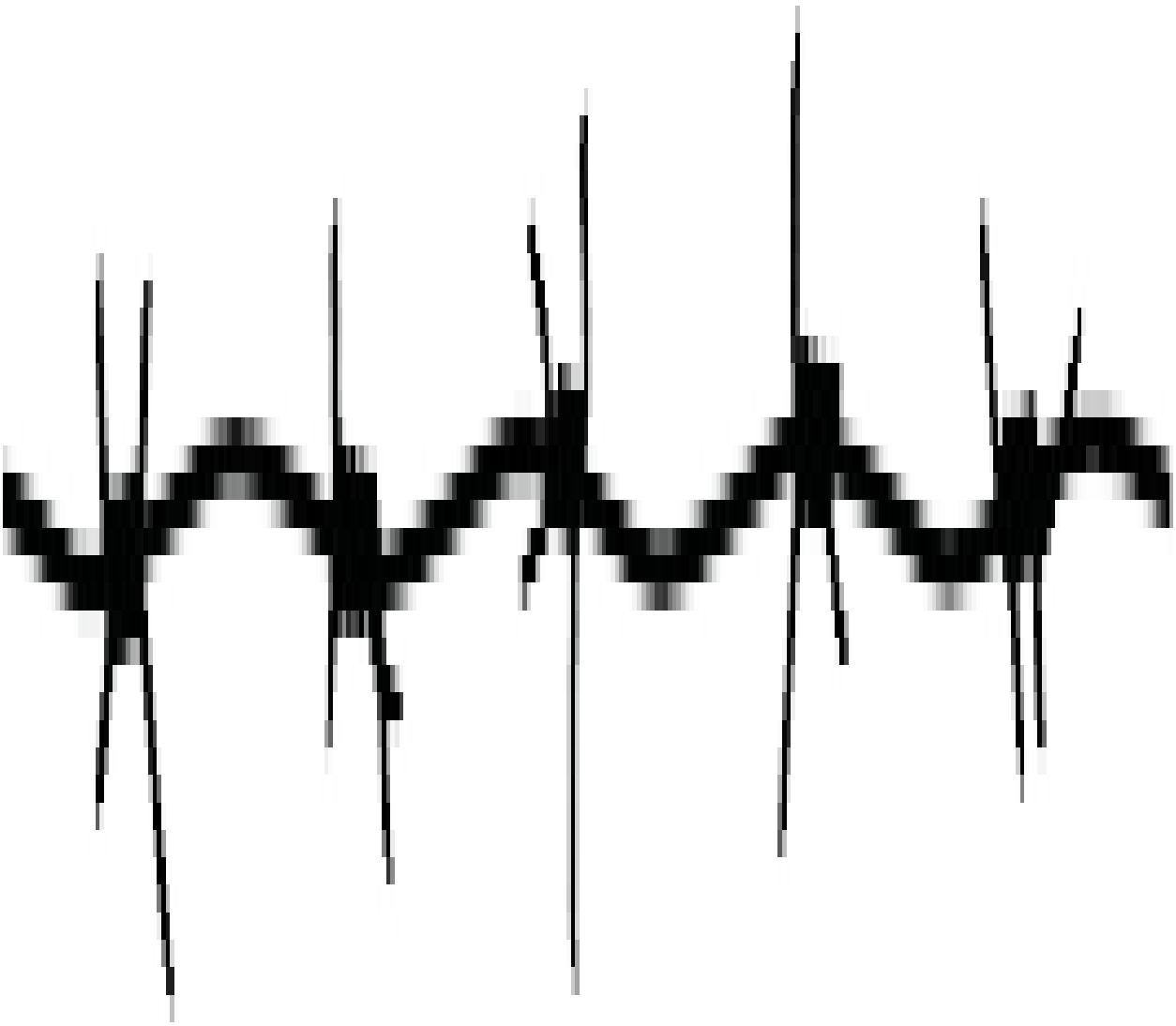
Dejamos el sitio al amanecer y transitamos las calles de regreso hablando en voz alta y haciendo el tonto. A mitad de camino, Ethan insultó a un coche de policías, sin medir las consecuencias. El vehículo se detuvo y ni siquiera nos dio tiempo a correr. No reaccionamos. Cuatro oficiales nos increparon de manera violenta y nos pusieron contra una pared para inspeccionarnos. Mientras lo hacían, maldije a Ethan por dentro en todos los idiomas. Era obvio que iban a encontrar razones para retenernos, y así fue.

Nos detuvieron por posesión de drogas. No he vuelto a ver a Ethan desde aquel día.

Llevo una semana viviendo en una celda asquerosa, pero todo indica que la dejaré pronto. La cantidad de drogas que llevábamos era mínima. Expliqué que las llevaba para consumo personal y, tras realizarme análisis con el que demostraron que sí consumía, mi cargo se redujo a «posesión simple de drogas». Tuve que presentarme ante un tribunal en el cual, como alternativa al encarcelamiento, me ofrecieron realizar un tratamiento de rehabilitación.

Al final del proceso, el juez dictaminó: «libertad condicional y obligación de asistir a un centro de rehabilitación hasta culminar con éxito el tratamiento».

Eso significa que, si no asisto a ese estúpido centro, iré a la cárcel.



Tras darme información y las indicaciones necesarias sobre el centro estatal al que debo asistir, el oficial me quita las esposas para que pueda firmar los papeles. Ingreso a rehabilitación en tres días, que es cuando se libera un lugar. Acto seguido, me entrega mis pertenencias: un par de anteojos de sol, mis documentos, un reloj y el teléfono celular. Lo enciendo mientras salgo de la comisaría, al tiempo que pienso que no tengo destino hacia dónde dirigirme. En la pantalla veo la señal de escasa batería, pero supongo que me alcanza para hacer algún llamado. Acudo al único familiar que tengo.

—Hola.

—Hola, mamá —murmuro al oír la voz de mi progenitora. Por alguna razón, las comisuras de mis labios se inclinan y pronuncian una ligera sonrisa. Tal vez solo necesitaba oír una voz familiar.

—¿Damon?

—Soy yo —afirmo.

—¿Qué quieres? —indaga sin mostrar demasiado interés.

—Me metí en problemas. —Trago saliva, mi cuerpo se tensa—. Ya lo estoy arreglando, pero no tengo a donde ir.

La respuesta es un largo y ensordecedor silencio. Luego balbucea algunas palabras que no alcanzo a comprender.

—¿Mamá?

—No puedes venir aquí. Recuerda lo que dijo Killian la última vez. Lo siento —responde, y no me da tiempo a retrucar porque corta.

Mierda. Necesito un lugar a donde ir. Llevo una semana en abstinencia y las consecuencias han sido desastrosas: mi estadía en la celda se basó en vomitar en el retrete y soportar los escalofríos causados por la fiebre. La policía no hizo mucho por ayudar; de vez en cuando corroboraron que siguiera con vida.

La otra opción que me queda es Liam. Le envío un mensaje, pero no responde. Permanezco dando vueltas en la ciudad como un imbécil y lo único que se me pasa por la cabeza es drogarme. Necesito algo para desconectar, olvidar las palabras de mi madre, borrar de mi mente que me cambió por un hombre que la llevó a la ruina. El problema es que Ethan se quedó con la mayor parte del dinero y me dejó con unos pocos billetes. No puedo comprar la clase de opioides que me metía antes, tiene que ser algo barato y, por desgracia, sé con exactitud qué y dónde conseguir.

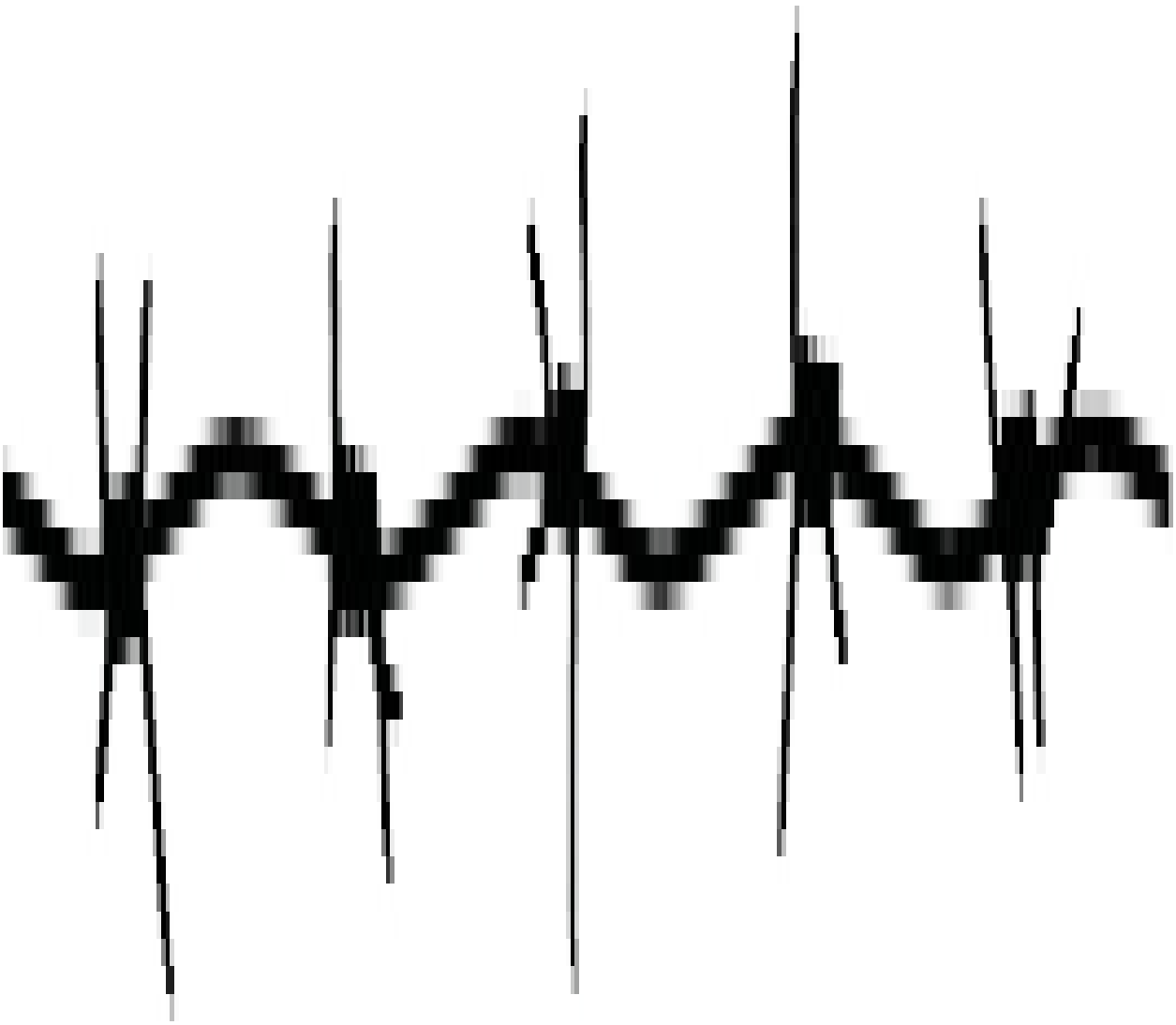
Heroína.

Es impura, por lo tanto, es menos costosa y se inyecta. Luego de adquirir lo necesario para hacerlo, me siento a la orilla de una obra en construcción abandonada, que está en ese estado desde hace años. No soy el único que va a ese sitio para colocarse. De hecho, es evidente que algunos no tienen techo; están rodeados por sus pertenencias. Son como yo, pero cada uno está metido en su mundo.

Próximo a quitarme la chaqueta para dejar mi brazo libre, el celular vibra. La pantalla muestra los últimos alientos de la batería y un mensaje.

Liam: Puedes quedarte en mi piso.

Te espero.



Escondo la heroína en el bolsillo para ingresar al piso de Liam. El muchacho pertenece a una familia pesada, pero elige quedarse fuera.

—Mi primo me matará si se entera que estás aquí —me advierte. Cierra la puerta después de dejarme pasar.

—Voy a irme. Solo dame unos días. —Le aseguro que será temporal. Además, mi orgullo no me permitiría vivir de prestado por mucho tiempo. Va contra mis reglas de sobrevivir por mi cuenta.

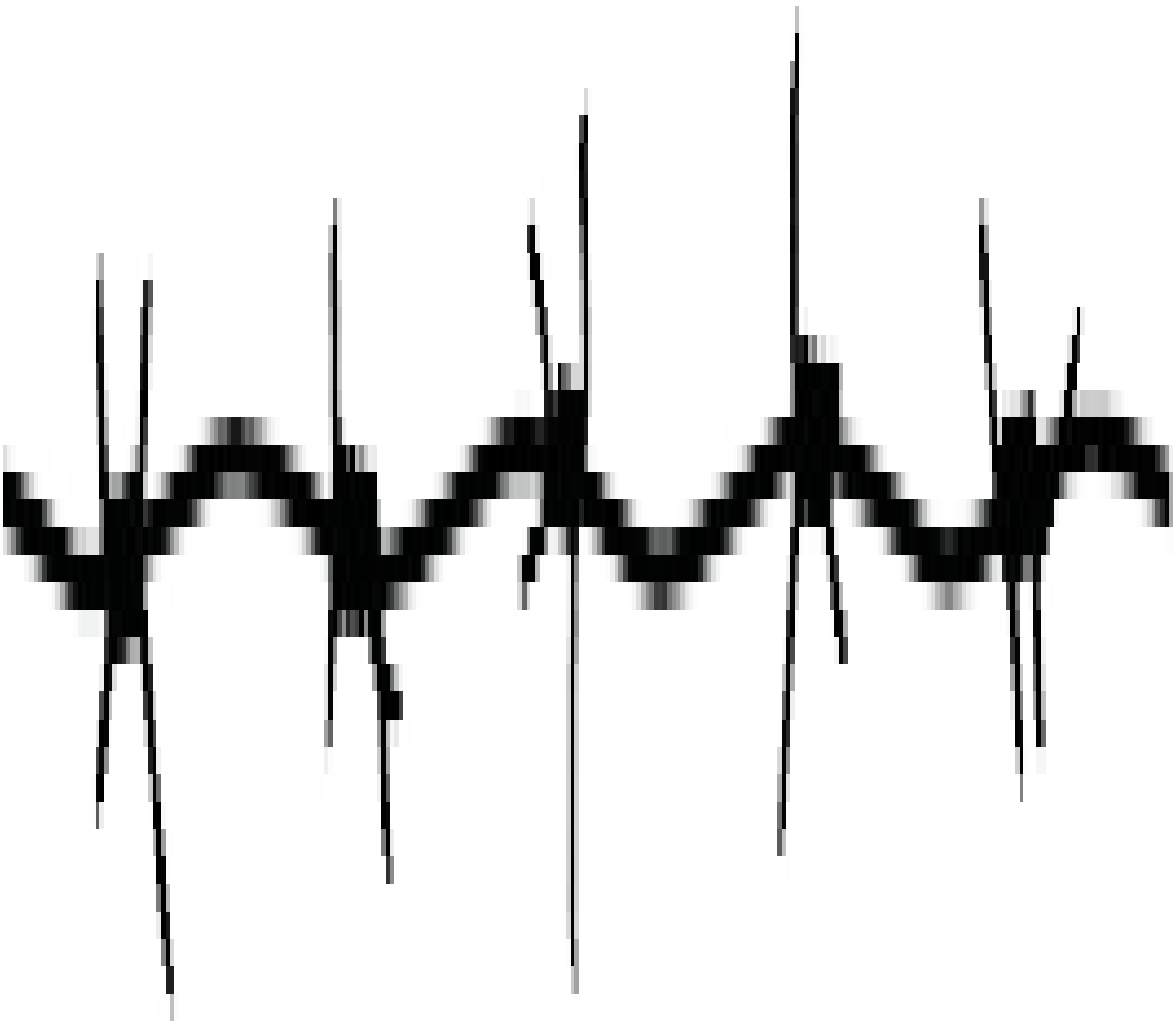
—Como sea, pero trata de ser discreto. Nada de traer gente, ni esas mierdas —indica—. Tendrías que haber visto a mi primo. Estaba furioso porque Ethan y tú pusieron el negocio en riesgo.

—La cagué, lo sé, pero no arruiné su maldito negocio —aclaro. De mi boca no salió nada acerca de lo que hace. Y dado que fuimos capturados tras volver de una venta, la policía creyó que las drogas que teníamos eran para consumo personal—. ¿Sigues en el supermercado? —cambio de tema al ver su uniforme colgado en una silla.

—Ya lo ves. No tengo otra opción decente —contesta—. Aún recordamos cuando tiraste toda una estantería después de que Dawson te echó —menciona y ríe, mientras saca de la heladera dos latas de cerveza y me extiende una—. Tuviste suerte de que no te metiera una denuncia. La policía te buscó ese día, pero luego el jefe dijo que lo dejaran.

Abro la lata e ingiero un largo trago. Liam sigue recordando la anécdota con gracia, sin embargo, a mí los recuerdos me perturban. Conservo la imagen de aquel hombre atropellado, junto a un charco de sangre, inconsciente. La escena permanece intacta. Recuerdo el color de su camiseta, el de sus zapatillas. No dejo de sentir remordimiento por aquella muerte y, aunque lo intento reprimir, al final del día me atormenta.

Tras ducharme, decido que es el momento ideal para inyectarme la heroína. Lo hago porque me tranquiliza, porque me dejará dormir y ahuyentará cualquier tipo de memoria no deseada. Cuando estoy colocado nada duele y ese pequeño lapso, que se siente como una eternidad, es genial.



Afronto los siguientes tres días bajo los efectos de la droga. Inyectarme hace que experimente una oleada de buenos sentimientos y, luego, relajación.

Paso las horas arrojado en el colchón que Liam me tiró en el piso de su diminuto apartamento. Apenas nos vemos ya que trabaja casi el día entero, pero, cuando lo cruzo, trato de estar lúcido o finjo estar durmiendo.

El tercer día, la alarma de mi teléfono suena durante la tarde. Logré utilizar el aparato gracias al cargador que Liam me prestó. El sonido es un recordatorio de que en una hora debo asistir al centro de rehabilitación. La última vez que me inyecté fue hace dos horas. Aún me encuentro sumido en la tranquilidad.

Tomo una ducha, me visto con prendas de Liam y, obligado, salgo hacia el sitio. El centro, al igual que el apartamento donde me estoy quedando, se encuentra en mi antiguo barrio, donde crecí. Así que transito las calles caminando y, aunque tengo colocadas las gafas de sol, mis enemigos me reconocen.

Dos tipos detienen mis pasos agarrándome por la espalda y un tercero me interroga frente a frente. Lo reconozco de inmediato. Diablos.

—Cuéntanos un poco, Damon. ¿Fue divertido poner en riesgo el negocio del jefe, eh? ¡Responde, idiota! —cuestiona, molesto.

—Puedo explicar lo que pasó —me defiendo, al mismo tiempo que trato de zafarme del agarre de ambos—. No di ningún tipo de información acerca de...

Un puño violento aterriza en mi mandíbula, el primero de muchos. El tipo me golpea mientras los otros dos me sostienen y, cuando estoy lo suficientemente herido, me arrojan al suelo y me propinan algunas patadas. No puedo hacer nada, solo protegerme la cara en posición fetal.

Desconozco la cantidad de minutos que permanecí ahí tirado. Por el callejón no pasa nadie. Cuando logro moverme y buscar mi celular, me doy cuenta de que llegaré tarde a la primera reunión de rehabilitación. Tarde y, encima, deteriorado como basura. Poco a poco recupero el aliento. Compruebo que puedo caminar, a pesar del punzante dolor en las costillas. Estoy seguro de que no tengo nada roto, de lo contrario, no podría moverme. Con el dorso de mi mano, limpio los rastros de sangre que recorren mi cara, sin cuidado. ¿Qué más da? Soy un caso perdido. Lo menos terrible que puede pasar es que en el centro me miren mal, lo cual, de hecho, no me importa. Después de todo, voy por obligación.

Procedo a recorrer lo que resta del trayecto y me doy cuenta de que llegué al lugar correcto tras distinguir los carteles, todos con frases que apuntan hacia el mismo mensaje: «drogarse es una mierda, no te drogues».

Desde la entrada, veo el salón principal, donde hay un grupo de gente, cada uno ocupando una

silla, ubicados en ronda. «Maldición. ¿Dónde carajos me metí?». Están lejos, pero puedo oír que todo apesta. Tengo que acercarme y, cuando lo hago, la mayoría gira a mirarme. Sí, creo que les impresiona que esté herido. ¿Por qué se entrometen tanto, si ni siquiera saben quién soy?

Enseguida, una mujer de mediana edad, quien parece ser la líder de esa charla, se pone de pie y revisa una lista.

—¿Damon Montclair? —pregunta. Asiento bajo la atenta mirada de los presentes—. Bienvenido. Te estábamos esperando. —Sonríe y hace una seña para que me acerque. Lo hago, me arrimo un poco más. Mierda, la sonrisa de esta mujer es irritante—. Mi nombre es Lidia. Soy quién dirige estas charlas y el centro en general. Funcionamos como un sistema de apoyo constante y cada uno de ustedes tiene designado un tutor que los guiará a cada paso —explica.

Esto, más que un sistema de apoyo, luce como uno de vigilancia. Elijo no decir nada. Noto que, aunque Lidia brinda una explicación amable y paciente, el tono de su voz delata que está alarmada por mi apariencia.

—Keira, de pie por favor —indica, y una chica joven se levanta. Me sorprende su expresión inocente y su aspecto impoluto, admito que nunca imaginé encontrar una persona así por estos lados—. Damon, ella es Keira. Será tu tutora.

Dirijo los ojos hacia la chica, que apenas puede sostener la mirada y observa el piso mientras sonríe con timidez.

Me había hecho a la idea de que el centro sería una especie de condena....

No entiendo qué clase de castigo es este.

CAPÍTULO 2

Keira

A pesar de que llevo poco más de un año viviendo con mis tíos, aún no puedo sentirme como en casa. La habitación en la que duermo podrá tener muchas de mis cosas, pero se respira un ambiente distinto, es un lugar que no me pertenece. Tengo que acatar ciertas limitaciones: mantenerlo ordenado todo el tiempo, no subir la música demasiado, cuidar los objetos que no son míos.

Tras la muerte de papá, quedé huérfana. Mamá falleció cuando yo era muy pequeña, tanto que no tengo ningún recuerdo lúcido de ella. Al momento en que perdí a papá, como tenía diecisiete años recién cumplidos, le otorgaron mi custodia a mi tío paterno. Está casado con una mujer con la que nunca me llevé muy bien y tiene dos hijas, quienes sospecho que me odian.

Pero ahí estoy, conviviendo con ellos.

Lo cual apesta.

Me hacen sentir que no soy de la familia.

Durante las comidas, tienen las típicas conversaciones familiares, se ríen y hablan sobre cosas o personas que no conozco. Mientras los escucho, me limito a comer, porque las veces que intenté intervenir no funcionó. Suelen preguntarme «¿qué tal tú día?», pero queda claro que solo lo hacen por educación.

Lo único bueno son mis amigas, Summer y Andy. Sin embargo, no puedo verlas tan seguido como quisiera. Mi tío vive en la zona alta de la ciudad, al ser un exitoso empresario. La distancia que me separa de ellas es una complicación, pero no he dejado de verlas. Son lo único que me queda de mi antigua vida.

Bebo un café mientras enciendo la laptop, sentada en la cama. Aunque la habitación sigue sin ser acogedora, es el único espacio donde puedo estar a solas. Reviso el correo —hace semanas que lo primero que hago es esto— y, entonces, me topo con el mensaje que estaba esperando.

Me han aceptado en la universidad.

En un mes ingreso a clases. En un mes estaré estudiando Medicina.

Empiezo a dar gritos de emoción mientras termino de leer y los ojos se me llenan de lágrimas de alegría. Le agradezco a mi padre por haber pasado diez años de su vida ahorrando para que pudiera estudiar.

Tomó el móvil y, de inmediato, mando una captura del correo al grupo de mis amigas. En seguida me felicitan y envían audios apoyando el entusiasmo. Me entretengo leyendo sus mensajes, hasta que la pantalla es interrumpida por una llamada de Lidia.

—Cariño, ¿cómo estás? —pregunta la mujer del otro lado del teléfono.

—Muy bien. Mejor que nunca. —Sonrío con sinceridad. Hacía tiempo que no sonreía así—. Me aceptaron en Medicina.

—Eso es increíble, Keira. ¡Felicitaciones! ¿Quieres saber algo? No me sorprende. Sabía que lo lograrías, eres la jovencita más inteligente y estudiosa que conozco —dice en un tono maternal que me reconforta.

—Gracias, pero basta, me estoy sonrojando. ¿Me llamabas por algo en especial?

—Solo para confirmar si vendrás esta tarde.

—Claro. Jamás te fallaría.

—¿Estás segura? Sabes que no tienes que sentirte obligada a venir.

—Lidia, no lo hago por obligación. ¿Recuerdas? Tú le salvaste la vida a mi papá. Gracias a ti lo tuve por mucho tiempo. Y, la verdad, disfruto trabajar contigo. Me gusta poder ayudar de alguna forma. Ten por seguro que estaré ahí —menciono, y me echo hacia atrás sobre el colchón.

Lidia lidera un centro de adictos en recuperación, el grupo que salvó a mi padre cuando se encontraba perdido en el alcohol. Fue una de las consecuencias que dejó la muerte de mi madre. Aunque tenía como cinco años y apenas recuerdo esa época, entiendo que él había llegado al límite. Desesperado y con miedo a perder mi custodia, recurrió a Lidia. Ella lo ayudó a salir de esa oscuridad y, desde ahí, jamás dejamos de verla. Papá siguió en contacto. Cada vez que podía iba a dar charlas para ayudar a otros adictos a salir del mismo infierno que alguna vez él conoció.

A mí siempre me gustó estar con ella, la considero una segunda madre. Me hubiera gustado mudarme a su casa cuando papá murió, pero, por temas familiares y de papeleo, mi tío obtuvo la custodia.

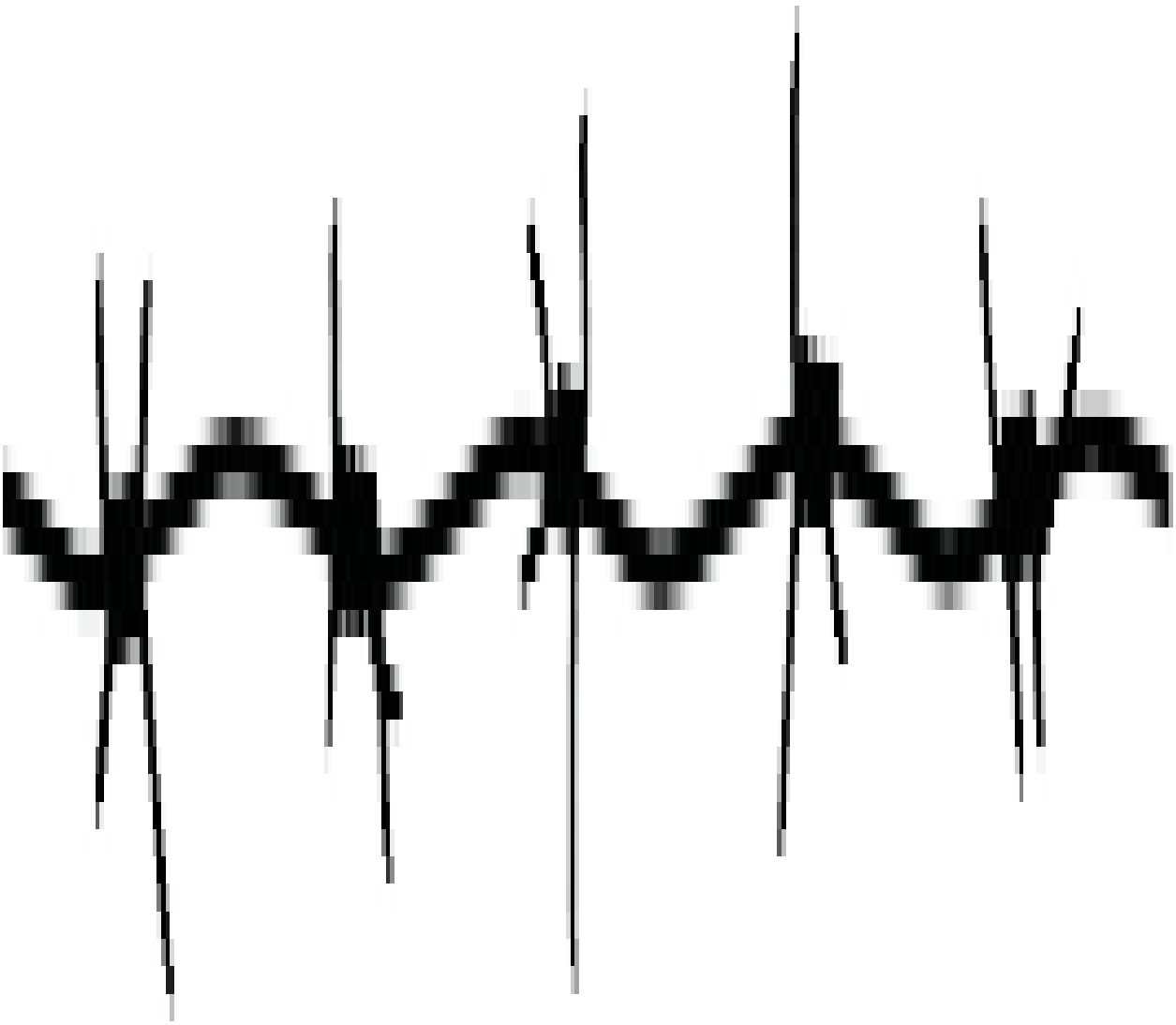
Sin embargo, de igual manera empecé a pasar más tiempo con Lidia. Salía del colegio y pasaba a verla. Fue en ese tiempo que ella empezó a mostrarme cómo trabajaban. Como es un centro de acceso gratuito, la mayoría de los ayudantes son voluntarios. Ellos son la parte más importante, los que hacen que todo funcione. Lidia y su equipo cambian el mundo. Salvan vidas.

Hace un par de meses empecé a pedirle trabajar con ellos; insistí hasta que me permitió postularme al voluntariado. El proceso no es difícil, solo un poco enredado por la cantidad de formularios que hay que presentar. Luego, tuve una entrevista. El supervisor, Alex, quedó

satisfecho y aprobó la solicitud. Lo siguiente fue participar de las capacitaciones y talleres, que aprobé con éxito.

Lidia no pudo detenerme, aunque dijo que no me quitaría los ojos de encima. Quedé como voluntaria y, entonces, ella y el supervisor me explicaron que me convertiría en la tutora de un participante del programa, que sería asignado según ciertas coincidencias, como ser sus intereses y necesidades.

Para mí es un orgullo estar ahí. Pienso en lo bien que le haría a papá verme colaborando y eso me da toda la seguridad que necesito.



Camino por el pasillo con sigilo. Quiero evitar responder preguntas sobre lo que haré. Para empezar, no puedo decirle a mi tío que trabajaré en un centro para adictos, porque me lo prohibiría. Por suerte, mi tía y sus hijas se encuentran en París de vacaciones. Eso es un alivio.

Aunque William sale de la oficina cuando estoy a punto de cruzar la puerta de salida.

—Keira. ¿Te encuentras bien? ¿A dónde vas?

Volteo hacia él mientras maldigo en mi interior.

—Sí. A la biblioteca. —Trato de contener los nervios que me genera mentir—. Uhm, conseguí un trabajo de medio tiempo. Pensé que sería buena idea hacer algo en mi tiempo libre —agrego, y se me ocurre algo aún mejor para desviar el tema—. Por cierto, me aceptaron en Medicina. Empiezo el próximo mes. —Sonrío, inocente.

—Vaya. Eso es... Eso es una muy buena noticia. Excelente, querida.

Durante un instante creo que está a punto de abrazarme, pero no lo hace y lo agradezco. Prefiero estar libre de contactos incómodos.

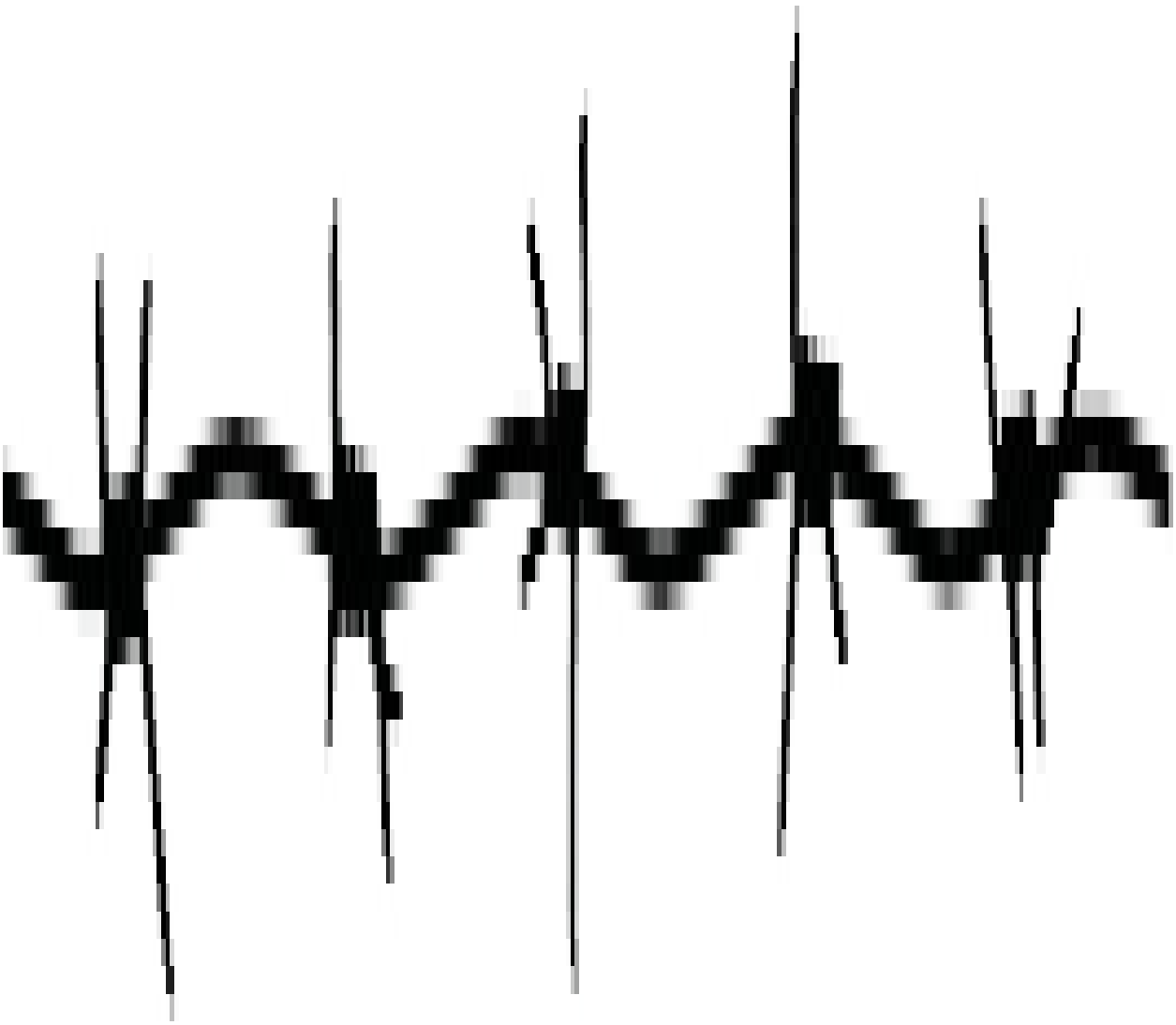
—Sí, ¿no? Bueno, debo irme. No quiero llegar tarde.

—Puedo pedirle a mi chofer que te lleve —sugiere.

—No, está bien. Prefiero caminar un poco.

Y entonces, salgo.

Nada de chofer, pero tampoco de caminar. Debo tomar el autobús para llegar al barrio donde se encuentra el centro de Lidia, que está en la otra punta de la ciudad; a unos veinte kilómetros, para ser exacta. Según las estadísticas, es una de las zonas más peligrosas. Por eso Lidia me espera a la llegada, aunque no siento miedo. Viví por aquella zona buena parte de mi infancia.



El centro de rehabilitación siempre me pareció un lugar acogedor, más allá de la función que cumple. Es cierto que también es la casa de los adictos en recuperación que deben permanecer internados. Por eso, además de lo típico, como la sala común, el comedor, la cocina, y los baños, hay diez habitaciones a lo largo de dos pasillos, uno para mujeres y otro para hombres. También hay una sala de terapias, donde por lo general está el personal médico —que cumple distintos turnos—, como el doctor Carter, médico clínico, la doctora Charles, que es psiquiatra; o el psicólogo, Alister. No obstante, el lugar predilecto y más concurrido es el patio trasero. Allí los internos pueden pasar el rato al aire libre y practicar ejercicio físico, como gimnasia, baloncesto o un improvisado béisbol.

Empieza la reunión grupal. En ella conozco a los voluntarios, que son cinco hombres y tres mujeres, de los cuales soy la más joven. También conozco a los pacientes en recuperación. Sin embargo, la persona que me asignaron no llega y eso me apena, porque tenía muchas ganas de conocerlo.

No obstante, mientras se inicia la sesión del día y nos hallamos sentados en ronda, un muchacho ingresa y se aproxima; observa todo con precaución. Cuando queda más cerca de mi vista, alcanzo a notar que está herido. Me estremezco: tiene las mejillas enrojecidas, una ceja lastimada y el labio partido.

Lidia enseguida se pone de pie.

Le pregunta si es Damon Montclair, a lo cual él asiente. Seguido, le explica de forma breve lo que estamos haciendo. Luego pronuncia mi nombre y me pongo de pie.

Él pone sus ojos oscuros sobre mí y, cuando Lidia anuncia que seré su tutora, lo veo confundirse. Bajo la mirada, porque la suya es tan intensa que pesa demasiado como para sostenerla. Apenas sonrío, en un intento por inspirar confianza, pero no estoy segura de estar haciéndolo bien.

—Keira, llévalo a enfermería, por favor. Llama a emergencias si es necesario —indica. Asiento, me alejo de la ronda y le hago una seña al chico para que se aproxime.

Debo admitir que estoy nerviosa, más de lo que imaginé que estaría.

—¿Puedes seguirme? Lo siento, no me presenté. Soy...

—Ya sé cómo te llamas —interrumpe mi intento de amabilidad—. ¿Por qué debería seguirte? —pregunta en el mismo tono de desinterés.

—Porque viniste hasta aquí para que te ayudemos, ¿no? Además, no puedes sentarte ahí con la cara llena de sangre.

—Estoy perfecto. ¿Tú me vas a ayudar? —se burla y me echa un vistazo de arriba abajo.

Suspiro y me armo de paciencia. Lidia me advirtió que la gente puede ser muy difícil de tratar, y yo acepté ayudar de todos modos. Solo tengo que encontrar la manera correcta para congeniar con él. Por algo me lo asignaron; supongo que tenemos alguna que otra cosa en común.

—¿Me sigues o no? Si quieres llamo a otra persona o...

—No. Olvídalo. Te sigo. —Actúa impaciente, como si no pudiera esperar a terminar con todo de una buena vez.

Me adelanto y escucho sus pasos detrás. Caminamos por el pasillo hasta la tercera habitación, una pequeña sala que utilizan para primeros auxilios. Por lo general hay alguna enfermera, Carol o Susan, pero como son voluntarias y también trabajan en el hospital, hay momentos en los que no hay nadie para atender.

—¿Qué tal si te sientas? —indico y señalo la camilla. Después, volteo para colocarme unos guantes y buscar los materiales.

—No necesito nada de esto.

—Damon, estás herido. Deja que te eche un vistazo y arregle un poco eso que te hicieron.

Él resopla y se sienta de mala gana. Su escasa voluntad es evidente.

—Maldición. Eres la enfermera más pesada que conocí.

—No soy enfermera —aclaro—. Solo hice algún que otro curso de primeros auxilios —comento. Los realicé por mi cuenta, porque siempre me interesó todo lo relacionado a la Medicina, pero también reforcé habilidades en la capacitación previa a ser voluntaria.

—Eso no quita que seas una pesada.

Vuelvo a respirar. Me pregunto cómo haré para llevarme bien con este chico. A cada segundo empeora.

—Lo siento, pero es lo que te tocó. —Trato de tomarlo con gracia y me acerco con un par de gasas embebidas con desinfectante en las manos—. Trata de quedarte quieto. Sé que puede arder un poco, pero te prometo que pasará rápido —le explico mientras llevo la primera gasa hacia el corte que tiene en la ceja. Apoyo mi mano en uno de sus hombros para asegurarme de que no se moverá y, entonces, percibo que se tensa. Me detengo, me echo apenas hacia atrás e intento mirarlo—. Ey, no te haré daño. Tranquilo —aseguro y me aproximo de nuevo.

No me quita los ojos de encima; en estado de alerta, como si yo estuviera a punto de traicionarlo y hacerle daño. Esa clase de mirada solo me pone más nerviosa e insegura.

—Será mejor que cierres los ojos, ¿está bien? —Me hace caso. Supongo que también está nervioso. Emite un quejido cuando la gasa empapada hace contacto con su herida—. Ya sé que duele.

—No. No lo sabes. No tienes idea —murmura y vuelve a quejarse porque continúo haciendo mi trabajo—. Mierda.

—Háblame de algo.

—¿Qué?

—Que me hables de algo. De lo que sea. Así te olvidas de que duele. —Tomo distancia para reponer material.

—No tenemos nada de qué hablar.

—En realidad, sí. Tienes que hablar conmigo porque así son las reglas. —Vuelvo a trabajar en sus lastimaduras. Él vuelve a quejarse—. ¿Cómo te hiciste esto? ¿Te metiste en una pelea?

Larga una suave risa, cargada de ironía.

—No te imaginas —responde. Intuyo por obviedad que no va a contarme nada ni va a decirme toda la verdad—. Si yo me hubiera metido en una pelea, te aseguro que no me vería así. Sé defenderme —deja en claro—. Estos imbéciles me atacaron por la espalda. De todas formas, no te incumbe lo que haya pasado.

Trago saliva. Ahí está Damon, otra vez a la defensiva.

—Tu cara ya está. Te conseguiré otra camiseta. —Observo la suya, de color gris, manchada con sangre. Es probable que no se sienta cómodo llevando algo así.

—No la necesito.

Hago caso omiso, mientras busco en el armario de la salita alguna prenda que pueda servirle. Entre la ropa que la gente dona, encuentro una camiseta negra de mangas cortas.

—Toma. Creo que te irá bien. Quédatela. —Se la extiendo. Él analiza la prenda, con dudas, pero al final la sostiene y la deja a un lado. Voy a decirle que lo dejaré solo para cambiarse, pero no me da tiempo a reaccionar. Se quita la camiseta estropeada y deja a la vista un torso marcado, con algunas magulladuras que me preocupan—. Deberías... ¿Te duelen? Un médico podría verte más tarde —titubeo, me doy cuenta de que tengo los ojos en el lugar incorrecto y los llevo de inmediato hasta su cara.

—Estoy perfecto —asegura y se coloca la prenda que le di—. No llames a nadie. —Se pone de pie y se encamina a la puerta de salida, pero me interpongo.

—Damon, será mejor que empecemos a llevarnos bien, porque seré la persona que va a ayudarte en todo esto y me gustaría, de verdad me gustaría, que me dejaras hacer mi trabajo; o sea, ayudarte.

El espacio entre él y la salida es ridículo e incómodo. Quedo justo ahí, atrapada. Él extiende el brazo y apoya la mano sobre la puerta, lo que me hace sentir más aprisionada.

—Keira, ¿no?

Asiento.

—No vine hasta aquí a ser la obra de caridad de una niña mimada como tú. No estoy buscando tu lástima, ni mucho menos tu ayuda. Estoy aquí porque, de lo contrario, estaría en la cárcel. Esto no es más que un simple trámite. Vengo, cumplo con el horario y luego me voy. Al final, dirás que todo salió perfecto. Tú quedarás como una heroína y yo me iré satisfecho con mi libertad, contento porque no tendré que volver a verte la cara ni a soportar a los malditos policías. ¿Entendido? —Su mirada se vuelve oscura e intimidante y, aunque me genera nervios, no permito que se apoderen de mí.

—Lo lamento, pero no es así como trabajo. Aquí haremos las cosas bien, aunque tengamos que intentarlo un millón de veces —digo, para dejar en claro el tipo de persona que soy.

—¿Por qué no te ahorras todo ese discursito de la chica perfecta? No lo necesito.

—Para qué sepas: no soy perfecta, ni mimada. —Alzo las cejas, molesta por la forma en que me definió—. Tengo un objetivo y lo voy a cumplir. Tendrás que colaborar si quieres tu libertad. Así es cómo funcionan las cosas conmigo —digo con firmeza. Sin embargo, su expresión dicta que mis palabras no le importan demasiado.

—Muévete —pide sin nada de educación. Lo hago, porque discutir es inútil. Él tendrá que seguir viniendo, por lo tanto, habrá tiempo de sobra para llegar a entendernos.

Camino algunos pasos tras él, pero, en lugar de unirse al resto del grupo, se marcha. Me deja la amarga sensación de haber fracasado en mi primer día.

—¿Qué pasó? —Lidia indaga en un tono cuidadoso.

—No lo sé. No sé qué hice mal. —Percibo mis ojos humedecidos, imagino que estoy decepcionándola.

—Nada —dice y me frota el hombro con cariño—. Acá las cosas nunca son fáciles. Ya lo sabes, ¿no? A veces habrá avances; otras, tendrás que aceptar que no puedes hacer más nada y ser fuerte para soportarlo.

Lo sé. Me lo ha repetido en incontables ocasiones, sobre todo tras permitirme acceder al voluntariado.

—¿Tienes una lapicera? —consulto, apresurada. Ella me entrega la que tiene en un bolsillo, sin comprender a dónde quiero llegar—. Ya regreso.

Abandono el lugar con prisa. Corro un par de cuadras hasta alcanzarlo, guiada por la intuición.

—¡Damon! —exclamo, y logro que se detenga. Al reconocerme, me proporciona una mirada dura.

—Maldición. ¿Qué estás haciendo aquí? —Es evidente que se molestó, pero no me importa. Acabo con la distancia que nos rodea y tomo su mano—. ¿Qué haces? —cuestiona cuando deposito la punta de la lapicera sobre su palma. Rápido, escribo el número de mi celular sobre su piel.

—Llámame si necesitas algo y mañana ven a la reunión, por favor —digo por último y, entonces, me giro para regresar. Lo dejo sin tiempo de contradecirme y ponerse intimidante.

CAPÍTULO 3

Damon

No me gusta ese lugar. No me gusta esa chica que pretende saberlo todo. No me gusta sentir que dependo de esas personas. Quiero subir a un maldito autobús, a un barco o a un avión, y huir a cualquier otra parte del planeta donde no tenga que lidiar con esto.

Tras ver a la chica marcharse, me doy cuenta de que no alcancé a decirle que no pienso regresar a las reuniones. Buscaré cómo zafar de la cárcel; pero volver ahí, jamás. Al observar la palma de mi mano, noto que escribió su número de teléfono.

¿Por qué cree que voy a pedirle ayuda o contarle mis problemas? Yo sé cómo resolverlos.

Paso el resto del día en la calle. Debería tener un trabajo, pero en mi condición y con los antecedentes que cargo, es difícil que quieran darme un maldito puesto. Al atardecer, voy a la construcción abandonada en busca de algo de heroína. Me duele todo el cuerpo después de que casi me mataran y colocarme es el remedio más efectivo que conozco contra el dolor.

—¿Qué pasa, Damon? Pensé que estabas en el negocio —curiosea el vendedor.

—Pasaron algunos problemas. Quedé fuera —explico, mientras le extiendo el billete para que me dé la sustancia.

—Escuché que tenías muchos clientes y de los buenos.

—Puros niños ricos —resumo.

—¿No quieres compartir algún contacto? —insinúa con algo de gracia. Al instante, la idea resulta agradable. Sacaría provecho de ello y, además, me vengaría de mi anterior jefe.

—Tal vez podríamos negociar —propongo—. El sector que tenía es muy fuerte. Los fines de semana ganaba más del promedio.

—¿Cuál es tu idea?

—Yo te doy clientes, tú vendes, y nos dividimos las ganancias.

—Veinte para ti, ochenta para mí —sugiere. Está loco si cree que voy a conformarme con un

veinte.

—Cincuenta y cincuenta —hago mi oferta.

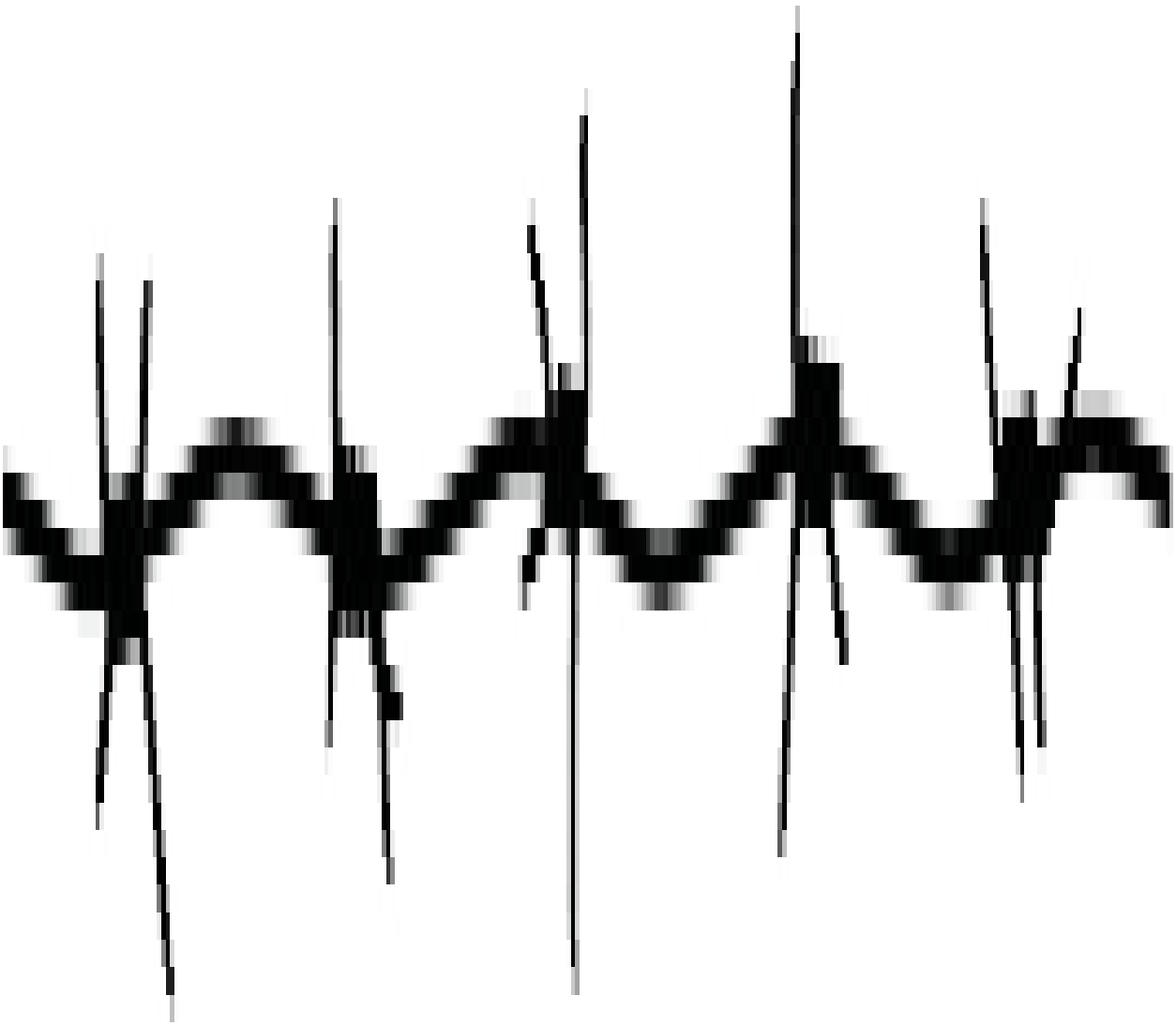
—No olvides que yo pongo la mercadería, hombre. Veinticinco y setenta y cinco.

—Y yo te garantizo que vas a aumentar tus ganancias —retruco—. Que sean cuarenta y sesenta, o nada —doy un ultimátum.

—Bien. Hay acuerdo. —Extiende la mano y me da un apretón para sellar el trato.

Luego, le explico sobre mi antiguo trabajo, la zona que recorría y las fiestas donde me esperaban ansiosos para comprar. Sé que mi anterior jefe no está yendo porque, desde que la policía nos atrapó a Ethan y a mí, decidió no exponerse por un tiempo.

Después de pasarle datos, quedamos en que buscaré el dinero recaudado la próxima semana.



No tengo idea de qué hora es. El teléfono se apagó por falta de batería, pero no me preocupa. Cada paso que doy se siente como estar flotando y, por más extraño que suene, los golpes no me duelen ni siquiera un poco. Ese es mi efecto favorito: sentir que estoy volando, llegando a lo más alto y libre de preocupaciones.

Toco la puerta del apartamento de Liam unas diez veces porque el desgraciado no aparece. Después de un rato escucho algunos ruidos y lo veo asomarse.

—Cambia esa cara. Te ves como si hubieras visto un fantasma. ¿Me dejas entrar o qué? —Él se interpone.

—No puedo dejarte entrar.

—¿Qué?

—Es mi primo. Descubrió que te quedabas aquí y está furioso contigo. Si vuelve y te ve, quién sabe, quizá nos mata a los dos.

—Me voy mañana a la mañana. —Hago el intento por ingresar, pero Liam me frena otra vez.

—Lo siento, no. Lárgate, Damon.

—Vete a la mierda.

Empezaba a pensar que podía considerarlo mi amigo, pero me doy cuenta de que está lejos de serlo. El idiota me traicionó.

¿Ahora qué?

Tengo que rondar por las calles el resto de la noche. Ya ni siquiera tengo tiempo de conseguir una cama en los refugios para los sintecho. Es demasiado tarde y los lugares se ocupan con rapidez.

Al final, acabo metido en un bar. Gasto mis últimos billetes en alcohol y me inyecto los restos de heroína que compré en la tarde. Acostumbro a que las chicas se me acerquen, pero esa noche ninguna lo hace. Seguro es porque tengo la cara llena de marcas y contusiones. El interior de mi brazo izquierdo está amoratado por la cantidad de días que llevó hundiéndole una aguja. Doy miedo. No las culpo. Tampoco creo estar de humor para dejar que alguien se me acerque.

El local empieza a cerrar y tengo la sensación de que perdí la noción del tiempo. Ya no floto; ahora ni siquiera sé dónde estoy parado. Todo a mi alrededor da vueltas.

Lo último de lo que soy consciente es de que alguien me saca del lugar y, luego, me arroja al suelo.

Keira

«¿Quién llama a las tres y media de la madrugada?».

Tardo en atender el teléfono, pero lo hago a tiempo, mitad preocupada y mitad confusa.

—¿Hola?

—Hola, lamento llamar a esta hora, pero hay un chico que no está bien. Lo encontré desmayado, reaccionó y me dijo algo sobre su mano... Cuando revisé, vi este número escrito, supuse que tenía que llamar —explica, suena a una mujer madura.

Oh no, Damon.

—Descuide, hizo bien en llamar. —Trato de lidiar con la situación—. ¿Podría enviarme la ubicación? Voy a ir por él.

No sé bien en qué me estoy metiendo, pero siento que debo ayudar y no soy capaz de oponerme a ese impulso.

—Sí, claro. Ahora se la envío.

—Gracias.

Me levanto de inmediato. Me cambio el pijama por ropa corriente, mientras pienso en cómo llegar al lugar. Caminar no es una opción. «Tengo que tomar un taxi o... ¡los autos!».

Mi tía y mis primas siguen en París. Por su parte, mi tío, como en cada ocasión que se queda solo, sale por las noches. Si tomo alguno de los autos nunca se enterarían... ¿No?

Convencida, tomo el vehículo de Alisha, mi prima mayor. Es el que queda más cercano a la salida. Coloco la ubicación que recibí en el GPS y lo pongo en marcha.

«Muy bien, aquí vamos».

Conduzco nerviosa, pero intento contenerme. Si llego a ocasionar algún accidente, estaré en grandes problemas.

Al llegar al lugar, distingo a Damon sentado en el suelo, apoyado contra una pared. No está erguido, sino más bien caído hacia un costado. Hay una mujer cerca, supongo que es la misma que me llamó. Estaciono el auto, mantengo la calma y me acerco.

—Gracias por llamar y por no dejarlo solo. De verdad.

—Está bien. ¿Necesitas algo más?

—No, descuide. Puedo manejarlo —miento. No sé qué haré con este chico, pero no quiero robarle más tiempo a una desconocida que ya hizo demasiado. Me adelanto y me pongo en cuclillas frente a él, que no está enterado de lo que pasa.

—¿Damon? ¿Me escuchas? —Busco que me reconozca, pero es en vano. Sus ojos permanecen apenas entreabiertos y noto que están enrojecidos. Lo más probable es que esté drogado, ebrio o ambas—. Bien, vas a venir conmigo, pero tienes que poner de tu parte para levantarte —indico, aunque no creo que él pueda procesarlo—. ¿Lo harás?

Su cabeza se mueve en un leve movimiento de arriba abajo. Asintió. O eso creo.

Encajo mis brazos por debajo de los suyos y pongo todas mis fuerzas para levantarlo. Él no tiene sobrepeso, pero sí unos músculos tonificados que dificultan la tarea. Encima, no es capaz de poner mucho esfuerzo de su parte.

Como puedo, logro trasladarlo hasta el asiento de copiloto y lo acomodo. Luego, levanto sus piernas para introducirlas en el auto y le coloco el cinturón de seguridad. Por último, me ubico en mi lugar y cierro la puerta. Aquello resulta un alivio. Aún es de noche y el vecindario donde nos encontramos no es el más seguro.

Mientras pongo en marcha el auto, él se inclina hacia atrás y cierra los ojos.

—Ey... No te duermas. Tienes que decirme dónde es tu casa. —Empiezo a conducir por la carretera—. ¿Damon?

—No tengo casa.

Consigo entenderlo a pesar de que arrastró las palabras y titubeó antes de hablar.

Mi piel se estremece. Si no tiene casa.... ¿a dónde lo voy a llevar? No puedo dejarlo en la calle. Tampoco quiero molestar a Lidia a esta hora. Yo solita me metí en este problema.

Bien, lo decidí. Puede que sea una locura, pero es lo más sencillo. Lo llevaré conmigo.

Mientras conduzco, de a momentos lo observo de reojo, para vigilar que todo esté en orden. Los indicios apuntan a que se durmió: no murmura una sola palabra y tiene los ojos cerrados.

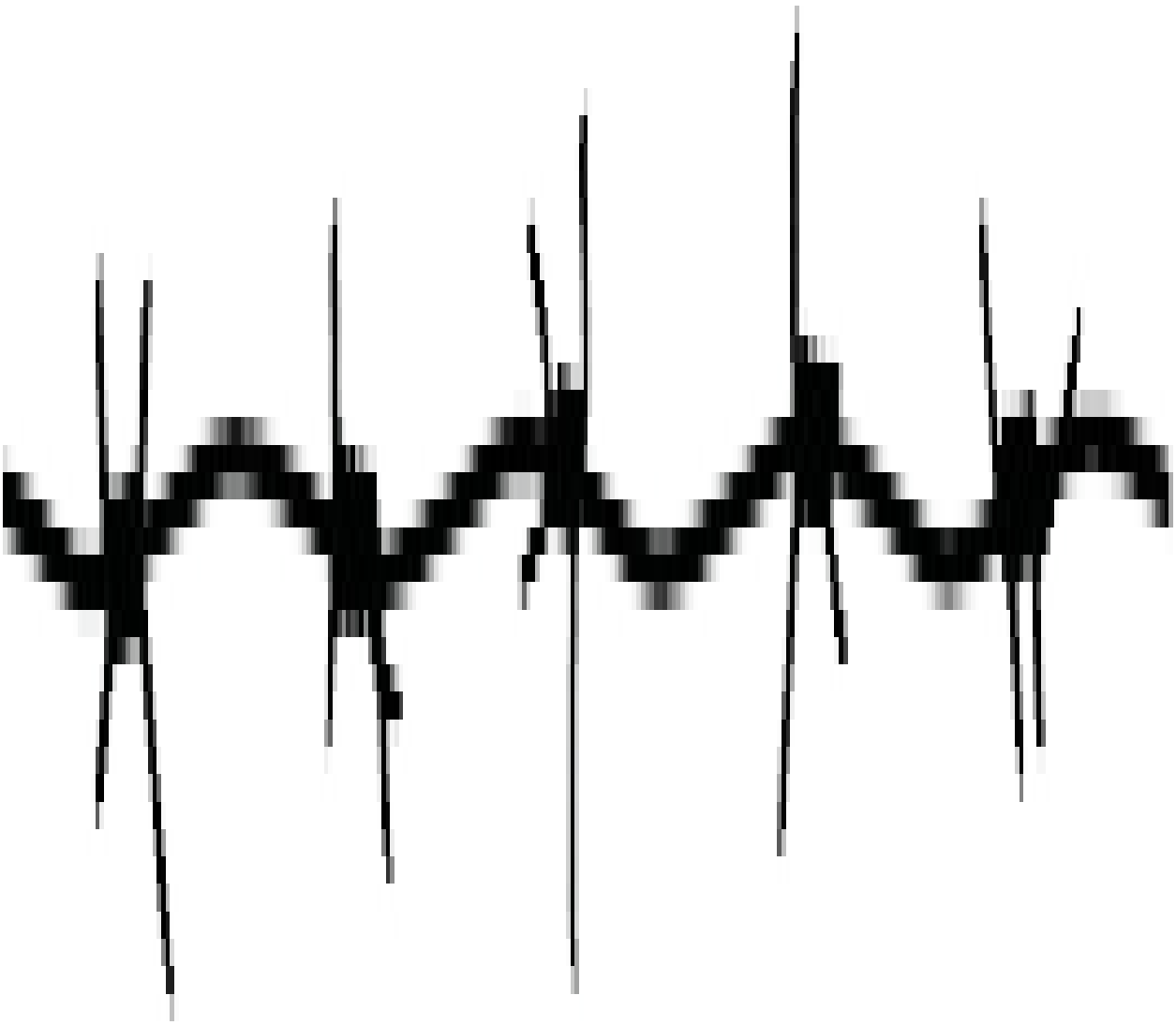
Cerca de casa, ruego en mi interior que mi tío aún no haya llegado o que esté dormido en su habitación. Si llega a verme con este chico, en primer lugar, me pedirá una lista de explicaciones y, como consecuencia, no dejará que se quede en la casa.

—Ya casi llegamos. —Alzo la voz, pero la única reacción que obtengo es su cabeza inclinada hacia adelante, entre sus rodillas. Oh, no—. ¡Damon! No estarás a punto de...

Sí, vomitar. Acaba de vomitar en el auto de Alisha.

—¿No podías esperar? Mi prima me va a matar —digo, a pesar de que imagino su cara y me da risa. A veces creo que esa chica tiene tantos privilegios que un pequeño percance no le haría daño.

Él no responde, vuelve a tirarse entredormido en el asiento.



—Shh... Si no haces silencio los dos acabaremos durmiendo en la calle —hablo en voz baja al mismo tiempo que subimos las escaleras.

Logré que comenzara a caminar, pero se mantiene apoyado en mis hombros. El coche de mi tío estaba aparcado afuera, ya se encuentra durmiendo en su cuarto. Pero eso no quita que pueda escucharnos si causamos demasiado alboroto.

—Solo unos cuantos escalones más. Eso es. —Lo aliento a terminar de ascender y, una vez que alcanzamos la meta, lo guío hasta mi habitación.

Lo bueno de ser la sobrina de un hombre con una excelente posición económica es que su casa es gigante y tengo mi propio cuarto con baño privado. Ahora mismo, eso es un alivio.

Después de cerrar la puerta con seguro, meto a Damon en el baño. Le quito la camiseta. Abro la ducha y lo pongo debajo para mojarlo un poco. Sin embargo, continúa sin despejarse. Aún no tiene consciencia de dónde se encuentra, incluso es probable que mañana no recuerde esto.

—Quiero dormir... Déjame dormir —pide, de nuevo arrastrando las palabras.

—Lo harás. Te llevaré a la cama, ¿sí? —Seco con cuidado sus hombros, su cara, su torso.

—Eres un angelito.

Mis mejillas se sonrojan al oír ese simple halago. No debería. Él ni siquiera está consciente de lo que dice.

—Basta, no hables. Tienes que descansar. —Salimos del baño con cuidado. Una vez que alcanzamos la cama, lo ayudo a meterse en ella, aunque primero le quito las zapatillas. Por último, me aseguro de cubrirlo con mantas.

Antes de que pueda alejarme, él me agarra la mano.

—Estoy muerto, ¿no? Supongo que, entre toda la mierda, hice algo bien; porque estoy en el cielo —pronuncia y su expresión aparenta satisfacción.

Enseguida quito la mano y trato de borrar la sonrisa que apareció en mi rostro tras oír sus palabras.

—Estás vivo, Damon. Mañana lo verás. Ahora duerme. —Acomodo las mantas por última vez. Tomo mi pijama y me meto al baño para cambiarme.

Agotada, me acuesto en el sofá que está frente a la cama. Sin embargo, la intranquilidad que me produce tenerlo durmiendo en casa de mi tío me quita el sueño. Mañana tendré que esconderlo hasta que él se marche al trabajo y asegurarme de que ningún empleado lo vea. Espero no meterme en problemas.

Entre tantos pensamientos intrusivos, me cuesta dormir. Además, desde el sofá, tengo vista directa hacia la cama… y debo confesar que este chico durmiendo se ve tan inofensivo e inocente como un niño.

CAPÍTULO 4

Damon

No sé dónde estoy.

¿Qué clase de lugar es este? Nunca dormí en un sitio tan cómodo, razón por la que me niego a abrir los ojos. La superficie es tan suave y acogedora que podría quedarme aquí para siempre. No se parece en nada al colchón tirado en el suelo del apartamento de Liam. Tampoco a mi antigua habitación, donde despertaba a causa de los gritos de mamá o de mi padrastro.

Esta cama huele bien... A perfume de chica.

Mierda.

Es probable que anoche me haya enrollado con alguna y hayamos pasado la noche juntos en su habitación. Pero, por más que lo intento, no consigo recordar. Solo puedo adivinar que estaba bajo los efectos de las drogas y el alcohol. Estiro el brazo en busca de un cuerpo femenino cerca, como suele ocurrir en estos casos, pero no hay nadie.

Estoy a solas.

Abro los ojos, desganado, y observo que estoy entre sabanas y mantas floreadas. Al mismo tiempo, me invade un punzante dolor de cabeza. Quiero volver a dormir, pero hago un esfuerzo por mantenerme despierto. Tengo que saber dónde carajos estoy.

—Damon, ¿te sientes bien? —Reconozco la voz. Es la chica molesta que me persiguió en el centro de rehabilitación.

No puede ser.

—¿Dónde diablos estoy? —Me apoyo sobre mis codos y me levanto un poco.

—En mi casa —responde y se sienta a los pies de la cama.

No puedo dejar de mirarla. Viste una remera de tirantes y un short que deja a la vista sus piernas. Luce diferente a cuando la vi en la reunión, sobre todo porque lleva el cabello suelto.

—Tú y yo... ¿Qué hicimos? —indago. Necesito aclarar mi confusión.

Keira baja la mirada y ríe.

—Nada, tonto. —Respiro aliviado. La verdad es que, si entre esa chica y yo hubiera pasado algo, me gustaría recordarlo—. ¿Por qué piensas eso? —Me mira como si mi idea fuera descabellada.

—Tal vez porque estoy en la cama, semidesnudo, contigo.

Ella arruga la nariz con una mueca de disgusto.

—Te rescaté de que durmieras en la calle, eso es todo.

Frunzo el ceño confundido y la rubia señala una de mis manos. Direcciono la vista hacia ese punto y, entonces, recuerdo que allí escribió su número la tarde anterior.

—Mierda. Esto es una pesadilla. —Respiro frustrado, caigo hundido en el colchón y me refriego la cara.

—Anoche no pensabas lo mismo —murmura, pero no soy capaz de recordar lo que hice o dije.

Lo último que tengo en mi cabeza es el momento en que ingresé al bar nocturno. Luego empecé a beber, me inyecté... Y todo se desvaneció.

—Quiero la historia completa —pido. Empiezo a perder la paciencia. Es desesperante no saber lo que pasó.

—Bien. Te la contaré, pero primero debes prometerme que asistirás a las reuniones. Eso o nada —intenta negociar.

Es gracioso que crea tener poder sobre mí; su inocencia es evidente. Y aunque soy un hombre de palabra que no le gusta romper las promesas, supongo que no pasa nada si hago una excepción. Al final, apenas la conozco.

—Lo prometo, Keira. Ahora habla.

Ella toma aire, parece que tiene mucho para decir.

—Una mujer te encontró tirado a la salida de un bar. Le dijiste que llamara al número que tenías en la mano. Mi número —aclara—. Así que fui por ti y, como estabas muy borracho y apenas reaccionabas, decidí que lo mejor era traerte. —Se encoge de hombros—. Pensé que aquí estarías más seguro.

Me cuesta creer que haya hecho tanto por mí, cuando ni siquiera me conoce. Jamás me topé con alguien capaz de arriesgarse así. Estoy impresionado y, al mismo tiempo, avergonzado de que haya tenido que verme tan mal.

Debo huir antes de que se ponga más complicado.

—Gracias, pero no tenías que hacerlo —pronuncio con dureza. Se supone que yo puedo solo con mis problemas.

Me siento sobre la cama, busco las zapatillas, que están a una orilla en el suelo, y comienzo a ponérmelas.

—Tengo que irme.

—Espera. No puedes salir. —Me detiene—. Bueno, no todavía. Mi tío está en casa y, si te ve, ambos estaremos en problemas.

—¿Tengo que pasar todo el día aquí? —cuestiono.

—Solo hasta que se vaya. —Sonríe sin mostrar los dientes.

Vuelvo a tirarme sobre la cama y suelto un bufido. No sería tan malo si ella fuera tan solo una chica más. Pero no, es mi «tutora», la responsable de ayudar con mi recuperación; y, siendo franco, se muestra bastante abocada a eso.

De solo imaginar que empezará a hacerme preguntas, la cabeza me estalla.

—Voy a bajar por comida. Tengo hambre —dice y se pone de pie.

—Te acompaño.

Quedarme encerrado en esa habitación no me agrada demasiado.

—Damon, tienes que quedarte aquí. Está mi tío, ¿recuerdas?

—De acuerdo, me quedo —acepto, dudoso. El estómago me está haciendo ruido desde que escuché la palabra «comida». Muero de hambre.

Keira sale y la curiosidad empieza a despertarse. Quiero averiguar cómo es este lugar. Trato de distraerme husmeando la habitación, pero no encuentro nada interesante. Además, la rubia mantiene todo organizado a la perfección; ella notaría cualquier cosa fuera de lugar.

«¿Dar un paseo sería malo? Prometo ser cuidadoso».

Al asomarme por la puerta, me doy cuenta de que se trata de una mansión. Mierda. Es más de lo que podía imaginar. El pasillo es amplio, tiene acceso a otras habitaciones y, al final, puedes bajar por una escalera o seguir hacia la otra parte del pasillo. Decido no bajar y continuar recorriendo, hasta que elijo al azar un cuarto y entro.

«¿Será que en esta casa solo viven chicas?».

La habitación es el doble de grande que la de Keira. Observo algunas fotos que permanecen como adornos sobre una mesita y, vaya, parece que esta chica se quiere mucho. Su cara está por todas partes.

También diviso una pila de papeles rectangulares sobre un escritorio y, por supuesto, me apresuro a mirar.

«Alisha Holt, fiesta 18».

Son tarjetas.

—¡Damon! —exclama Keira, que se mete al cuarto y cierra la puerta, nerviosa—. ¿Qué te dije sobre salir?

—Estaba aburrido —digo con sinceridad—. Así que una fiesta, ¿eh? —Tomo una de las invitaciones—. ¿Puedo ir?

La rubia pone los ojos en blanco.

—Sabes qué no —responde—. Ni siquiera quiero ir yo, pero estoy obligada. Vamos. —Me sujeta de la muñeca y me da la espalda para caminar hacia la puerta. En ese breve momento en que no puede verme, robo una de las tarjetas y la guardo en el bolsillo del pantalón. Pienso que sería asombroso caer de sorpresa.

—Al menos podías ponerte una camiseta —me regaña y sonrío, divertido.

—¿Qué tiene de malo?

—Si te ven así, van a pensar cualquier cosa. Date prisa. —Tira un poco más fuerte de mí para obligarme a caminar más rápido.

Regresamos a su habitación y, sobre una mesita, hay un montón de comida.

Al final, quedar atrapado en este sitio no es tan malo.

Sin embargo, sigo recordando que tengo que irme pronto de aquí. Nunca podría pertenecer a un lugar como este.

—Sírvete lo que quieras —indica. No pierdo el tiempo, me acerco a coger un sándwich que pinta delicioso.

Keira

Tuve que meterme a la cocina y ser veloz al recoger la comida. De todos modos, tuve que inventar una excusa cuando me crucé a mi tío, que estaba a punto de marcharse a su trabajo. Mostré una sonrisa angelical y le expliqué que llevaba una munición extra de alimentos porque pasaría mucho tiempo en mi habitación adelantando un ensayo para la universidad; que necesitaba concentrarme y, por ello, evitaría bajar. No sé si se lo creyó o tan solo no le importa

demasiado lo que hago. Luego, llegué a la habitación con la bandeja y me encontré con la sorpresa de que Damon no estaba ahí.

Fue un alivio encontrarlo a tiempo.

Ahora estamos comiendo o, mejor dicho, él se está comiendo todo lo que es capaz, o incluso más. ¿Cómo puede un ser humano ser capaz de tragar tanto? Yo apenas si pruebo un bocadillo y tomo un jugo, mientras lo observo devorarse todo, como si no se hubiera alimentado en años. No me animo a preguntarle, pero supongo que lleva algunos días sin comer bien. Tampoco se ha puesto la camiseta todavía; lo olvidó todo en cuanto vio las delicias que traje. Pero el hecho de que no la tenga ya no me resulta molesto. No está mal verlo así.

—¿Ya puedo irme? ¿O estoy secuestrado? —cuestiona, luego se limpia la boca con una servilleta. No quedó nada en la bandeja.

Niego, mientras bajo la vista al reloj del celular.

—Puedes irte. —Deduzco que mi tío ya está fuera y lejos—. ¿Qué tan apurado estás?

—Tengo cosas que hacer. —Se pone de pie, recoge la camiseta que cuelga del perchero y se la coloca.

—Espero que vayas esta tarde a la reunión —le recuerdo. Aunque lo prometió, no estoy segura de que vaya a cumplirlo; y sería una lástima, porque creo que debajo de su piel habita una buena persona.

—¿Me muestras la salida o la encuentro solo? —cambia de tema.

Salimos de la habitación y comienzo a guiarlo. Atravesamos el pasillo, bajamos las escaleras, cruzamos el piso de abajo y lo dirijo hasta la puerta trasera. Durante el camino, noto como observa todo, repleto de curiosidad. Yo también solía mirar esta casa del mismo modo cuando era niña y visitábamos a mí tío.

Para mí era como pasar el rato en un castillo. Jamás imaginé que terminaría viviendo aquí.

—Eh, Damon. ¿Tienes donde quedarte esta noche? Porque ayer, en el auto, dijiste que no tenías donde ir —indago, preocupada.

Él me observa serio, pero concluye en una sonrisa divertida que me confunde.

—¿Eso dije? —Se ríe—. Bueno, a veces la gente borracha dice estupideces.

—Supongo —pronuncio, aunque no le creo una sola palabra—. En realidad, la frase dice que los niños y los borrachos siempre dicen la verdad —retruco—. Tal vez... pueda encontrar algún lugar para que te quedes —ofrezco. Tengo el resto del día para pensar alguna idea.

—Olvídalo. No tienes que hacer cosas por mí, ¿sabes? Pasar la noche en la calle no es algo que

no haya hecho antes. Siempre sobreviví por mi cuenta y lo seguiré haciendo. —Su actitud es dura y consigue lastimarme. Se me cristalizan los ojos.

Contengo las lágrimas mientras recuerdo las veces que Lidia me repitió que sería un trabajo duro y que tendría que ser fuerte.

—Mira la vida que tienes. Mira donde vives. Seguro estás harta de tenerlo todo, tanto que te aburres. Búscate otro pasatiempo, porque yo no voy a ser uno.

De inmediato abro la puerta y despejo la salida para que pueda irse.

—Bien. Espero que encuentres cómo librarte de la cárcel. Suerte.

Podría haber dicho mil cosas, pero todas las palabras están desorganizadas en mi cabeza. Tampoco quiero hablar enojada, porque terminaría arrepentida.

Él ni siquiera vuelve a mirarme, tampoco se despide. Tan solo se va.

Y sé que suena raro, pero no puedo esperar a verlo otra vez.

CAPÍTULO 5

Keira

Desde mi habitación puedo oír los gritos histéricos de Alisha.

Ella, su hermana y su madre han vuelto de París. La verdad es que he disfrutado mucho mis días de paz y acabo de darme cuenta de que extrañaré a más no poder la casa en silencio.

En pijamas, bajo por las escaleras, en un intento por comprender el escándalo que están haciendo en la sala.

—¡Estoy diciendo que mi auto huele a podrido! —se queja, molesta.

Aprieto la mandíbula para contener la risa. Damon es el culpable de vomitar en su auto, pero nunca lo sabrán.

—Lo más probable es que hayas dejado algo en mal estado. Nadie tocó tu auto, hija —intenta calmarla su padre.

Me divisan en las escaleras y finjo que voy camino a la cocina. Sin embargo, ella lo impide.

—Keira, ¿usaste mi auto? —inquiere con aires de superioridad. Niego de inmediato.

—No. Saben que prefiero caminar —digo y sonrío modesta.

Sé que mi tío cree en mi palabra, porque nunca le traje problemas. Siempre fui callada, introvertida y he procurado no llamar mucho la atención.

—Alisha, es suficiente. Van a limpiar el auto y olvidaremos este asunto, ¿está claro?

Resopla frustrada y asume las palabras de su padre a regañadientes.

—Landon —murmura al ver a su novio ingresar a la sala. De forma automática se le pone una sonrisa en la cara y se echa a sus brazos—. ¿Por qué no me llamaste anoche?

—Hola, señor Holt. Keira —saluda.

Le hago un gesto con la mano y me retiro hacia la cocina en busca de algo para desayunar.

Él es un chico simpático. Es amable conmigo, al contrario que Alisha. Incluso alguna que otra vez intentó entablar una conversación, pero prefiero no ser tan permisiva, sobre todo porque mi prima es muy celosa y me mataría de solo verme dirigirle una oración.

Sirvo un vaso con jugo de naranja y reviso mi teléfono por décima vez en lo que va de la mañana.

Damon no apareció en las reuniones los últimos tres días y Lidia prometió avisar sobre cualquier novedad. Entiendo que él se anotó al centro como una forma de cumplir la condena de un delito que cometió. Si no aparece, acabarán avisando a la policía. Tendrá problemas.

Por ende, tomé ciertos recaudos: conseguí sus datos, después de revisar los registros de Lidia. Encontré una dirección, supongo que es donde viven sus padres. Es lo único que tengo, ya que no me contó nada sobre él.

Sin embargo, tengo la loca idea de ir a buscarlo, porque siento que, desde que acepté trabajar en las reuniones de rehabilitación, es mi responsabilidad insistir.

Mientras tomo el desayuno, Landon aparece en la cocina y se sirve un tazón de cereales, luego se sienta frente a mí.

—¿Qué tal? —murmura tras comer un bocado.

—Bien. ¿Qué hay de ti?

Se encoge de hombros.

—Alisha está conversando con la organizadora. Mañana es su fiesta.

—Ya veo. —Suele ser muy apasionada cuando se trata de celebrar su cumpleaños.

—¿Vas a ir?

—No lo creo. Estaré en mi habitación, pero tal vez bajo un rato —comento.

El celular vibra y me apresuro a leer el mensaje que recibí.

Lidia: Malas noticias. Si Damon no aparece esta tarde, voy a tener que notificar a las autoridades. Fueron muy estrictos tras enterarse que solo apareció una vez. Lo siento.

Mi expresión se transforma de un segundo a otro de forma inevitable.

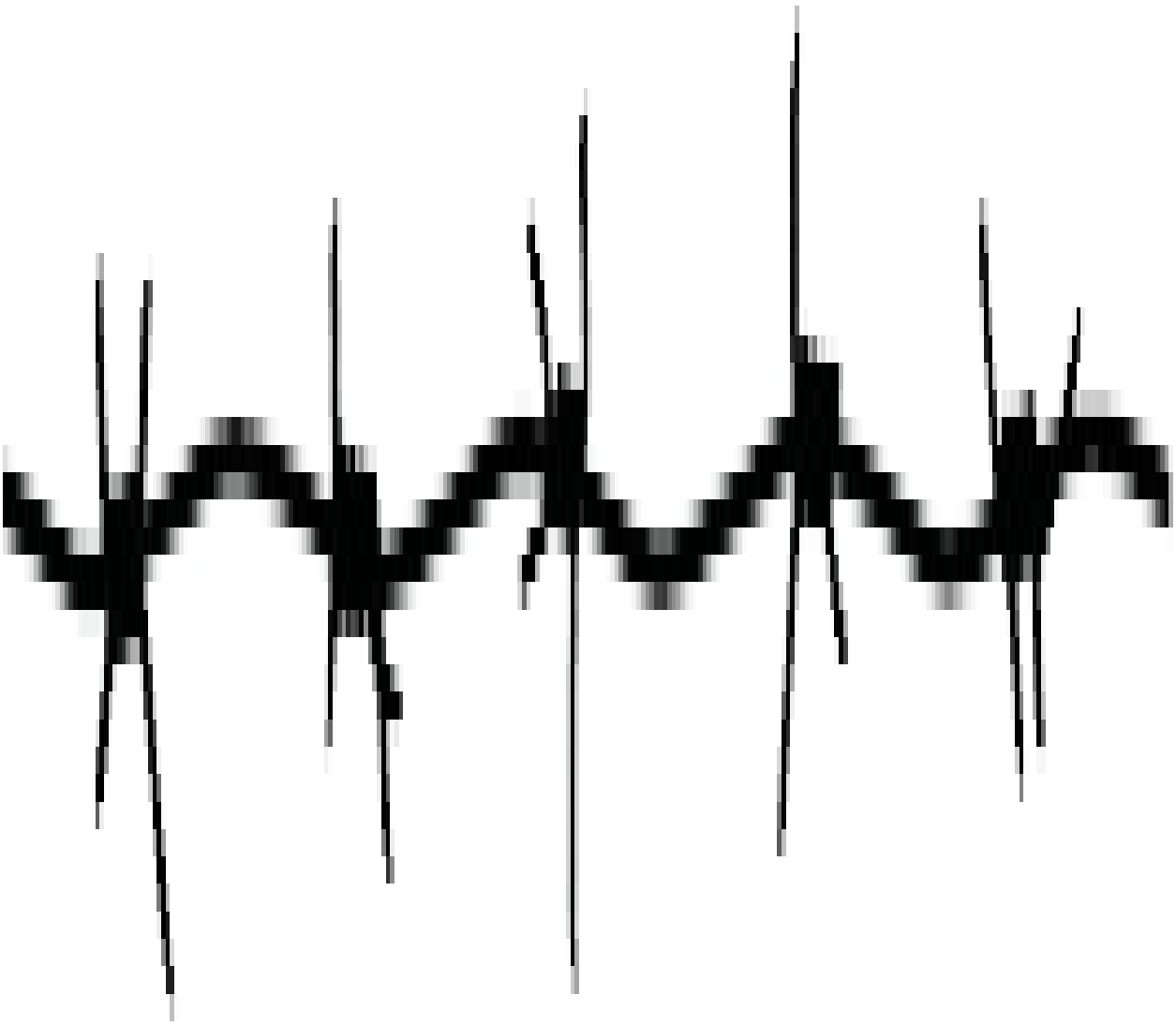
—¿Todo bien? ¿Keira? —cuestiona Landon, pero solo puedo pensar en que debo iniciar el plan

de emergencia. Tengo que ir a por Damon.

—Sí, es que... Nada, una amiga me necesita. Me tengo que ir. —Dejo el desayuno a medias para largarme a mi habitación y me preparo para salir.

Esto no se parece en nada a mi vida corriente. Esto se está convirtiendo en asumir nuevos riesgos cada día. Podría ser peligroso y oscuro, pero siento que tengo que hacerlo.

Y sí hay algo que no puedo ignorar, es a mis sentimientos.



La aplicación de mapas de mi celular merece un premio por la cantidad de veces que me sacó de apuros. Llegué en autobús hasta el sector donde se supone que vive Damon y continúa indicando hacia dónde debo moverme para llegar a destino. Me sorprende notar que está bastante cerca del centro.

A medida que recorro el vecindario, puedo ver que algunas casas están descuidadas y deterioradas. Paso por un playón de baloncesto donde un grupo de niños y niñas juegan con la pelota. En algunas esquinas veo a jóvenes de distintas edades fumando cigarrillos, bebiendo o tan solo conversando. Distingo que algunos me observan con cierta indiferencia; me hacen notar que no encajo en ese sitio. No creo que sea así. Me crie en un lugar parecido, solo que ellos no lo saben.

—Has llegado a destino —murmura la voz electrónica de la aplicación.

Me detengo y observo la casa que coincide con la dirección que encontré en los registros de Lidia. Las ventanas están cerradas, la pintura se está cayendo de las paredes y hay un auto averiado a un costado. Inspiro una bocanada de aire antes de dar un paso adelante y tocar a la puerta. Segundos después, esta se abre y veo aparecer a un hombre de expresión ruda, que, por su aspecto, deduzco que tiene unos cuarenta y cinco años. Viste una musculosa negra, su contextura física lo hace parecer un tipo fuerte. Sostiene una botella de cerveza en la mano.

—No queremos nada —dice, a la defensiva, pese a que no he pronunciado una sola palabra.

—Disculpa, yo... Estoy buscando a Damon Montclair. —Trato de ser rápida, dado que sus pocas ganas de escuchar son evidentes.

—Ese hijo de puta tiene prohibido pisar esta casa —habla con desprecio. Luego, me observa de arriba abajo, de un modo intimidante—. ¿Y por qué lo busca una chica como tú? ¿Eh? —Eleva la botella y bebe un sorbo.

—Soy del grupo de rehabilitación.

—Killian. —Una voz femenina surge desde el interior—. Killian, deja, yo me encargo —agrega, sostiene con calma al hombre de un brazo y le lleva algunos segundos convencerlo.

No logro escuchar qué más le dice, pero al final el sujeto desaparece y la mujer toma su lugar. Su apariencia de inmediato me indica que es la madre de Damon: tienen los mismos ojos. Las grandes ojeras debajo de ellos delatan que está cansada, al igual que la forma en que se posiciona, con los brazos cruzados bajo su pecho, en un intento de cuidar de sí misma.

Antes de prestar atención, voltea a cerrar la puerta, aunque esta queda entreabierta.

—Dijiste que buscas a mi hijo. ¿Para qué?

Asiento.

—Trabajo en un grupo de rehabilitación —repito—. Estoy intentando contactar con él para que asista a las reuniones o, de lo contrario, estará en problemas. Es mi responsabilidad.

Ella parece entender. Baja la mirada pensativa y, luego, regresa a ponerme atención.

—Ayúdalo, por favor —pide—. Él es un buen muchacho, solo que pasó por mucho. Merece una buena vida... Una que yo no pude ni supe darle. —Luce arrepentida y su mirada se dirige de vez en cuando al piso.

—Todos merecemos una buena vida —digo, espero animarla—. Haré todo lo que esté en mis manos para ayudar —agrego, convencida—. ¿Sabe dónde puedo encontrarlo?

—Puedo hacer una llamada —ofrece y me da una sonrisa amable—. ¿Cómo te llamas?

—Keira —respondo, e intento vencer el enorme nudo que se atascó en mi garganta.

Damon

Convencí a Liam de que me permitiera pasar algunas noches en su casa y fue más sencillo de lo que había imaginado. ¿Cómo lo logré? Le prometí llevarlo el sábado a una fiesta de ricos, donde la bebida y la comida es gratis. Prepárate, Alisha Holt: seremos tus invitados especiales. Mientras tanto, estuve pensando en formas efectivas para conseguir dinero. Necesito un lugar donde vivir.

El pitido del celular interrumpe mi plácido sueño de forma repetitiva e insistente. Maldigo en todos los idiomas antes de agarrar el aparato, pero atiendo rápido al darme cuenta de que es mamá. En parte me asusta, porque jamás me llama; lo más probable es que haya pasado algo, y grave.

—¿Mamá?

—Damon, al fin. Hay una chica en casa, te está buscando.

Maldición. No puede ser. Si es quién pienso, no puedo creer que se esté arriesgando tanto.

Además de pesada, ahora también es metida.

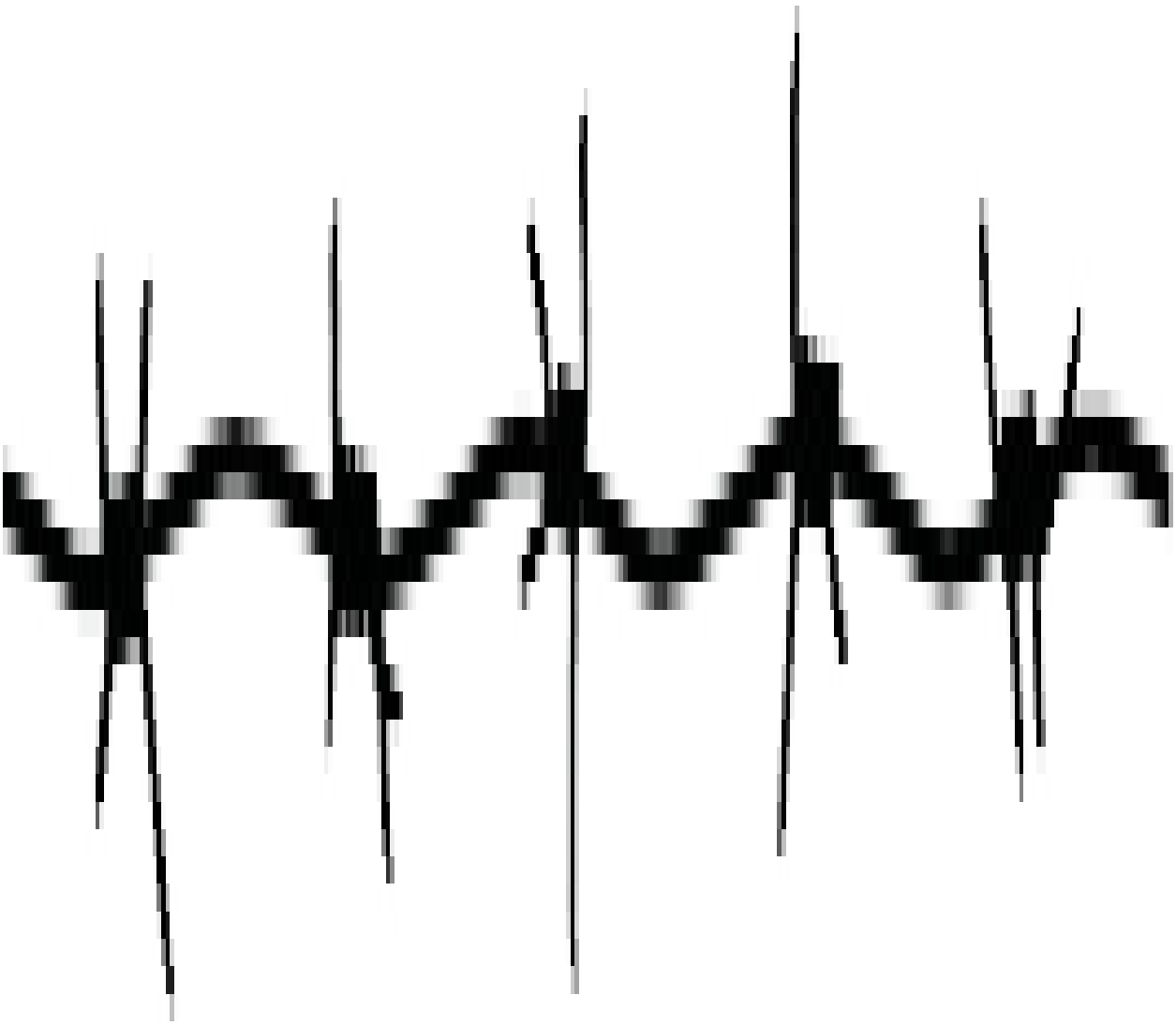
—¿Qué chica? —cuestiono y mantengo el celular en mi oreja con ayuda de mi hombro, mientras salgo de la cama y me coloco el pantalón.

—Keira.

Tras oír su nombre mis sospechas se confirman y, por alguna extraña razón, considero el peligro que está corriendo al estar sola en aquella zona. Si le pasa algo, la culpa será mía. Sé que puede ser molesta, pero eso no quiere decir que dejaré que la lastimen. Después de todo, ella fue hasta ahí por mí.

—Escucha, mamá. Quédate con ella, ¿de acuerdo? Voy ahora mismo —indico, y hago maniobras para colocarme la camiseta.

Corto el llamado y me pongo las zapatillas, después salgo veloz hacia mi antigua casa.



Puedo ver la figura de mi madre junto a Keira desde la esquina, aunque, al reconocerme, se mete en la casa. Como de costumbre, me está evitando.

La rubia, en cambio, me da una mirada repleta de inocencia y no sé qué es peor: el hecho de que al instante mi enfado se calma, o que, de pronto, esa chica me parece angelical.

—¿Qué estás haciendo aquí? —indago.

Recuerdo que la última vez que la vi me comporté como un imbécil para sacármela de encima.

—Es tú última oportunidad. Lidia dijo que lo lamenta, pero tendrá que avisar a la policía si no asistes a las reuniones —pronuncia—. Sé que no quieres ir a la cárcel.

—No te rindes nunca, ¿eh? Tengo que reconocerlo, lograste que mi madre me llamara. ¿Cómo hiciste eso? —digo con cierta ironía.

Ella se encoge de hombros y traga saliva.

—Ella me pidió que te ayude. Quiere verte bien —explica—. Me dijo que eres un buen chico.

Tomo una bocanada de aire y resoplo, lleno de resignación. No puedo con esto.

—¿Eso te dijo? —Tengo ganas de reír porque todo luce como una maldita ironía—. Vámonos —giro y emprendo a caminar. Mi plan es asegurarme de que la chica salga a salvo de este sitio y, luego, cada uno seguirá su camino.

—Está preocupada —ella retoma el tema mientras caminamos a la par. La miro de reojo y niego.

—Sí, claro. Preocupada —contesto, sarcástico—. ¿También te contó que me echó de la casa? ¿O que su novio casi me mata y ella lo defendió? —Todo esto no hace más que remover mi pasado y es una mierda—. Las cosas no son como imaginas. Fue estúpido que vinieras. ¿Te das cuenta de lo peligroso que es? —Busco que entre en razón—. No vale la pena.

—Para mí sí lo vale. Tú lo vales.

Niego, convencido de que no hay nada que pueda hacer conmigo.

En ese momento pasamos frente a una cancha de baloncesto, la misma donde solía pasar largas horas cuando era un niño que comenzaba a descubrir las calles.

El lugar está descuidado, pero los chicos aún se reúnen ahí para jugar o tan solo pasar el rato. Incluso hay un grupo que, al reconocerme, paran el partido y empiezan a saludar, sorprendidos porque hace tiempo que no paso. Cuando trabajaba en el supermercado, solía detenerme a la salida para jugar un poco antes de regresar a casa.

De inmediato, me desafían a unos tiros y tengo que decir que sí.

—Es la parada obligatoria —le digo a Keira, quien se acomoda en una banca, dispuesta a ver lo que hacemos.

—Tengo todo el tiempo del mundo —dice con aires de diversión.

La idea de deshacerme de ella se torna más difícil.

Corro hasta el centro de la cancha, donde nos divertimos tirando al aro; lo hacemos como una competencia, pero resulta ser una distracción. Por lo general, los niños que pasan tiempo acá lo hacen porque prefieren escapar durante un rato de sus casas; sus vidas familiares son un infierno y el deporte, la única vía de escape. Me recuerdan demasiado a mí y, cuando veo sus caras, solo puedo pensar en que la vida y el mundo es un basural repleto de injusticias.

—¿Cansados? —cuestiono al observar que respiran agotados.

—No somos tan buenos como tú —se queja uno de ellos.

—Cierra la boca. Es una trampa, porque es obvio que él es más grande y ha entrenado más —recrimina otro, lo que me hace reír.

—Ahí está el secreto. Si entrenas podrás ser tan bueno como yo, o incluso mucho más —expreso mientras busco el último billete que tengo en el bolsillo. Lo encontré husmeando entre mis pertenencias cuando llegué a casa de Liam—. Compren algo para comer —indico, considerando que quizá no han tenido la primera comida del día. Uno de ellos sujeta el dinero y, en grupo, se apresuran por ir en busca de algo para alimentarse.

Mientras tanto, también me siento exhausto. Hacía tiempo que no practicaba y, a decir verdad, lo extrañaba. Quedo en la cancha solo, con la pelota en una mano, y veo a Keira, que me mira con atención. Hago una señal para que se acerque. Ella se pone de pie y camina hasta alcanzarme.

—Veamos qué tan buena eres, Holt. ¿Te animas? —la desafío mostrándole la pelota.

—Nunca jugué al básquet.

—Bueno, no necesitas ser una experta. —Me coloco detrás de ella para indicarle cómo sostener el balón—. Tienes que agarrarlo así. —Mis manos se posicionan sobre las suyas, la ayudo a moldear la posición correcta—. Ahora, te diriges hacia el aro. —Ella sigue mis instrucciones, parece concentrada en hacerlo bien—. ¿Qué hacías de niña? ¿Ballet?

—Soccer. —Sonríe orgullosa. De inmediato, realiza el lanzamiento y logra que la pelota atraviese el aro. Ahí está de nuevo, sorprendiéndome—. Cuando quieras competimos.

—No volveremos a vernos después de esto. —Recupero el balón y lo hago picar contra el suelo —. Vamos, tengo que sacarte de aquí. —Lo dejo a un lado y me aseguro de retomar el camino que seguíamos antes de frenar.

—Damon, no vine aquí para ver cómo te rindes.

—Tienes que entender que soy un caso perdido. —Lo que ella desconoce es que perdí el control de situaciones que creía poder manejar. Ahora esos hechos me controlan a mí y no creo poder recuperarme—. Estoy destinado a ser esto y, aunque trate de cambiarlo, siempre voy a regresar a la misma mierda. Hay lugares de los que nunca puedes escapar.

—Te rindes. Eso es lo que haces —reprocha—. Vi cómo te miraban esos niños: como si fueras un héroe. Piensa en ellos. Imagina que en el futuro alguno de ellos se equivoca, que comete muchísimos errores, un montón. Pero, de pronto, aparece una oportunidad para cambiar su situación, de hacer algo mejor. ¿Le dirías que tiene que rendirse porque está destinado a tener una vida de mierda?

Sus palabras evocan recuerdos de mi infancia. Permanezco en mi habitación, planeando huir de esa casa, llevarme a mi madre conmigo y escapar de sus novios abusivos. Era mi sueño y nunca fue más que eso. Tiempo después me daría cuenta de que, en el lugar de donde vengo, no hay espacio para soñar, ni para planear una vida mejor. Todo lo que puedes hacer es sobrevivir. No obstante, aun sabiéndolo todo, nunca sería capaz de decirle a un niño que está destinado a tener una vida miserable.

Muevo la cabeza, negando. Diablos. Esta chica logró tocar una fibra sensible.

—Le diría que se cuide de este mundo, que no confíe ni en sus jodidos padres.

—O, también puedes decirle que no todo está perdido, que puede confiar en mí. —Sus labios se curvan y forman una pequeña sonrisa—. Todavía hay tiempo. No tienes nada que perder. —Sus constantes intentos de convencerme empiezan a surtir efecto—. ¿Qué dices?

No puedo creer lo que estoy a punto de hacer. Ella apareció en mi vida de la nada y, de un día para el otro, ha conseguido transformar las cosas.

Asiento, porque mi orgullo es demasiado grande como para decir en voz alta: «Sí, está bien, tienes razón».

—Digo que no tienes idea de dónde te estás metiendo. —La verdad es que sé que puedo intentarlo, pero no estoy seguro de que vaya a terminar bien—. Yo te avisé.

Ella está satisfecha, le brillan los ojos y sonríe. Me dedica una sonrisa, incluso cuando días atrás, antes de marcharme de su casa, me comporté como un imbécil.

No tengo dudas de que es la clase de persona que quieres mantener cerca, pero, al mismo tiempo, cargo el miedo de que sea demasiado bueno para ser real.

CAPÍTULO 6

Keira

La reunión está a punto de comenzar cuando llegamos. Damon aguarda detrás de mí, espera a que le diga qué hacer, así que le indico que se siente junto al resto. A mí no me toca participar, pero estaré cerca por si acaso. Lidia nos observa bastante sorprendida al vernos entrar juntos y, como es de esperar, se toma unos minutos para apartarme y hablar conmigo.

—No quiero saber cómo hiciste para traerlo. Solo te recuerdo que es peligroso involucrarse de manera personal —me advierte, al tiempo que me mira de forma severa—. Tienes que ser consciente de los riesgos.

Asiento, comprendo cada una de sus palabras.

—Lo sé. Sé lo que estoy haciendo —aseguro. Lidia no insiste, confía en mí y, aunque me lo advierta, en el fondo sabe que puedo cuidarme sola—. Paciencia. Eso es lo que necesita, que sean pacientes con él.

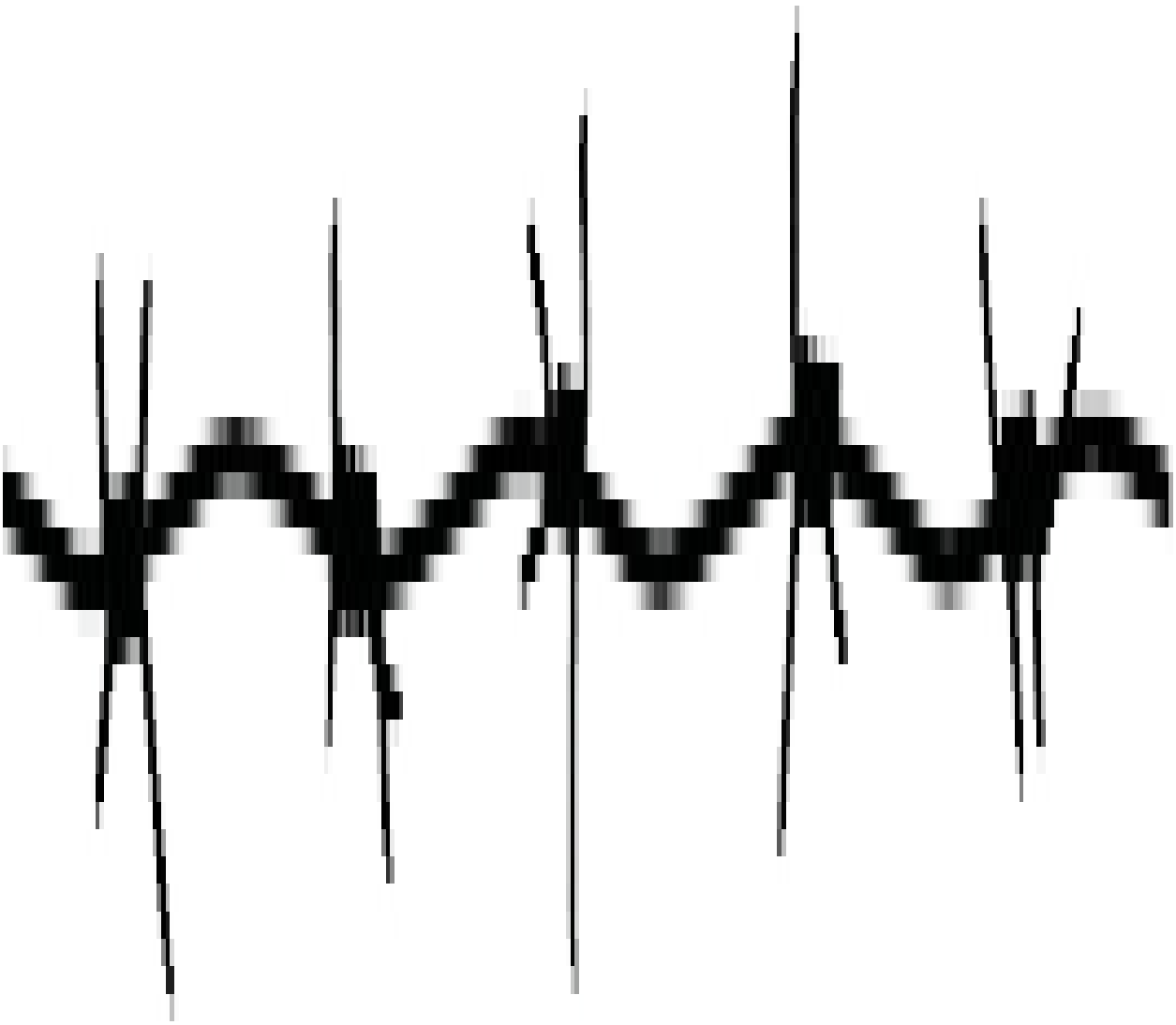
—Ese chico tuvo suerte de encontrarte —pronuncia, para luego girarse y volver a su sitio de trabajo.

Me ubico a un extremo. Doy la impresión de estar alejada, pero, al mismo tiempo, alcanzo a oír lo que está pasando. Cuando llega el turno de Damon para hablar, me encuentra con la mirada, a la espera de algún tipo de aprobación o voto de confianza. Le doy una ligera sonrisa para indicarle con el gesto que él puede hacerlo.

No dice mucho más que su nombre completo, que tiene veinte años y que hace alrededor de seis meses que empezó a consumir. Me inquieta y me duele escucharlo. Me pregunto cuántos jóvenes más estarán pasando por la misma situación que él o se encuentran en peores condiciones.

Ojalá pudiera hacer algo por ellos.

Mi papá me dijo una vez que no se necesita demasiado para comenzar a cambiar el mundo, por la sencilla razón de que puedes empezar cambiando lo que tienes a tu alcance. Ahí es donde inicia todo.



—Al final no estuvo tan mal, ¿no? —indago mientras nos aproximamos a la salida.

Damon camina con las manos dentro de los bolsillos de su chaqueta, también se colocó la capucha, por lo que se inclina un poco para poder mirarme.

—Supongo —duda. ¿Algún día admitirá que tengo razón en algo?—. Ahora que vine, ¿dejarás de acosarme?

—Damon. —Le doy una mirada acompañada de reproche.

—Fuiste hasta mi casa —me recuerda.

—Lo sé. Es que me preocupabas —admito. Luego de encontrarlo casi inconsciente en la calle, no pude dejar de pensar en si estaría pasando otra vez por algo similar. Di vueltas en mi cama mil veces, pensando, antes de conseguir dormirme. Fue una horrible sensación de intranquilidad que desconocía.

—No tienes que preocuparte por mí —aclara—. Conociste a mi madre, has visto como es. Llegué hasta aquí solo, Keira. Toda mi vida, siempre he sido yo y nadie más. Y aquí estoy, vivo. —Se esfuerza por demostrar que es lo suficientemente fuerte como para salir ileso de cualquier situación, y le creo.

Puedo ver que, de alguna forma u otra, siempre consiguió arreglar los problemas para continuar. Pero el hecho de imaginar a un niño haciéndolo todo por su cuenta me rompe el corazón.

—Está bien —digo e intento restar tensión a la conversación. No quiero confrontarlo, no otra vez. Y aunque quiero preguntar si tiene donde pasar la noche el fin de semana, lo evito. Supongo que se las arreglará y que, si me entrometo, las cosas podrían empeorar—. ¿Te veo el lunes?

—Puede que sí o puede que no, acosadora —bromea.

Pongo los ojos en blanco, pero libero la sonrisa que su estúpida broma me provoca.

Damon

El plan de Keira es verme el lunes. En cambio, mi plan dice que nos encontraremos antes y que será una sorpresa. Puedo jurar que ni en sus sueños imaginó cruzarme en la fiesta que darán este fin de semana en su casa. La dejaré hacer su trabajo conmigo, pero, a cambio, encontraré la forma de sacar provecho y divertirme.

Al principio, Liam no entendió demasiado, pero, tras mostrarle la invitación, no hizo preguntas. La noche de la fiesta, aparece en la sala de su casa con una camisa y una corbata mal anudada, tratando de lucir elegante y refinado. Lo observo y contengo la risa.

—¿En serio crees que puedes ir así? Liam, con eso no vas a llegar a ninguna parte —digo con sinceridad, aunque un tanto bromeando, para no sonar tan cruel.

—Así es como la gente va a esa clase de fiestas. Les gusta a las chicas —murmura para dar la impresión de que tiene un largo historial de experiencias. ¿Adivinan? No es cierto.

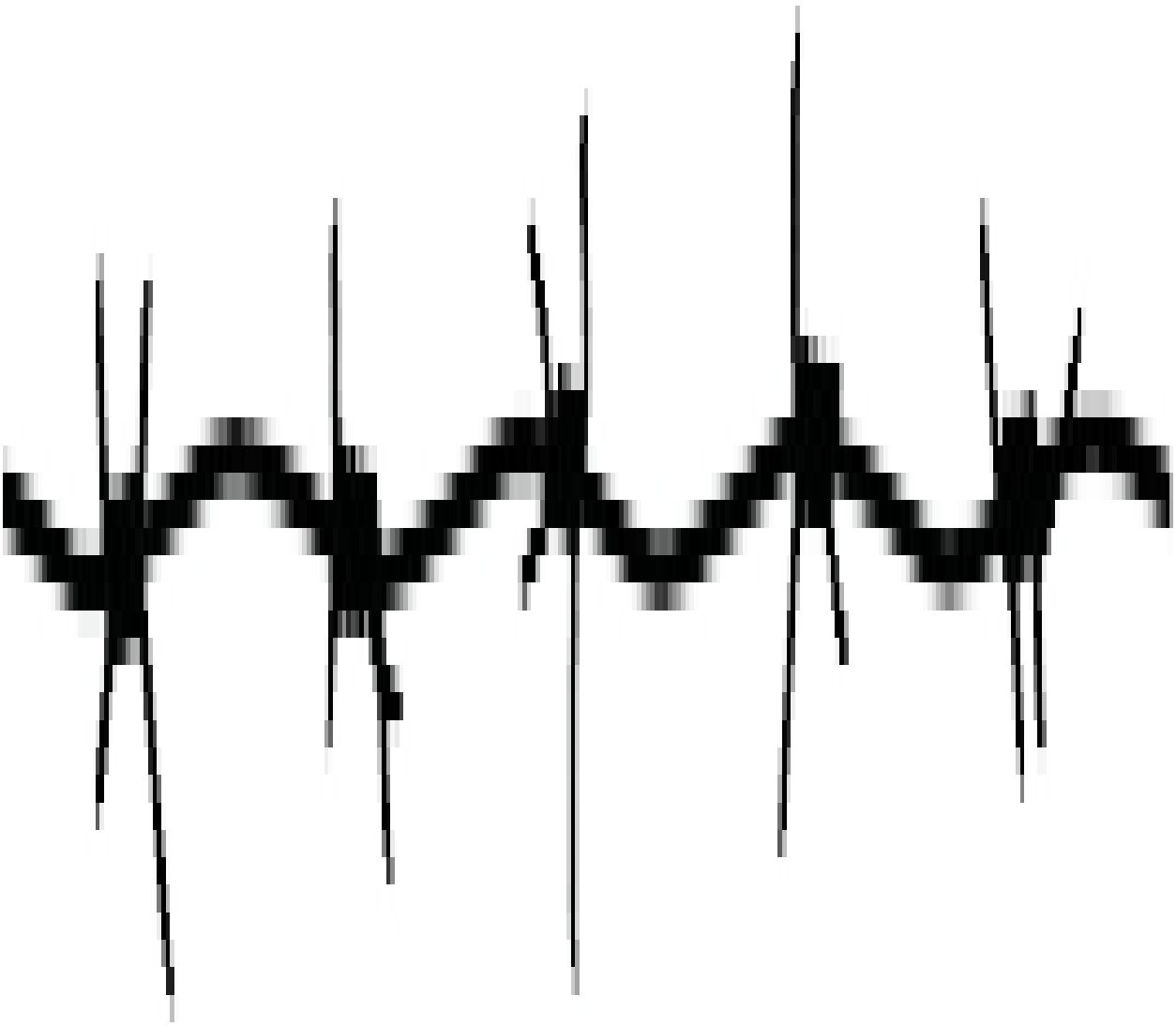
—A ver, tienes que entender que esa clase de chicas están aburridas de sus novios millonarios, preocupados por las apariencias, con ropa y autos caros —pronuncio, convencido—. A veces solo necesitan un hombre que sepa enloquecerlas. Sabes a qué me refiero, ¿no?

—¿Enloquecerlas? —Su ceño se frunce un poco. Mierda, este chico necesita que sea explícito.

—Alguien que sepa hacerlas sentir... Me refiero a que sepa desvestirlas y dónde tocar —específico—. Si haces eso bien, te aseguro que tu camisa será lo último que les va a importar —agrego, mientras me coloco la chaqueta de cuero por encima de mi camiseta blanca de mangas cortas.

Los hombres solemos ser demasiado rebuscados. No sabemos complacer a una chica y luego nos preguntamos por qué nos descartan.

La primera regla: ella tiene que pasarla tan bien o incluso mejor que tú. Luego te lo recompensará. Es lógica. Al acostarme con una chica, procuro tener presente que ella también quiere sentir placer y que no es un objeto para complacerme a mí. Ese último es el pensamiento más errado y antiguo que conozco.



La mansión de la familia Holt está concurrida. Personas entran y salen, hay vehículos de lujo estacionados a los alrededores y dos guardias en la entrada que se ocupan de vigilar todo.

Para no estropear el plan, Liam ha dejado su chatarra estacionada varias cuadras atrás porque, de ver ese intento de auto, no nos permitirán poner un pie en la fiesta. Los dos hombres altos y fortachones nos dan un vistazo neutro cuando nos aproximamos para ingresar. Es imposible saber si están muriendo de alegría o deseando matar a alguien.

—¿Invitación? —Uno extiende la mano, mientras su compañero nos detiene.

—Uh, cierto. Es que estoy tan acostumbrado a venir que se me pasó. —Finjo naturalidad, mientras busco la tarjeta en el bolsillo.

Liam espera ansioso detrás. Le pedí que se mantuviera callado porque tiene la capacidad de echar todo a perder.

Extiendo el papel y se lo doy al tipo.

—¿Y él? —Da un vistazo a mi amigo.

—Somos hermanos, venimos juntos —respondo. En ese momento, llega otro grupo de personas que empiezan a quejarse porque quieren ingresar. Entonces, el tipo se apresura y nos deja el camino libre, sin más interrogantes.

Como era de esperar, por dentro la mansión está muy bien ambientada. Esto parece un club nocturno para millonarios. Hay luces y música, chicas que se mueven de un lado a otro, mozos desplazándose con bandejas de comida y copas repletas de bebidas. En otro extremo, hay una larga barra donde se preparan tragos.

¿La mejor parte? Todo es gratis.

—Mierda —dice Liam, impresionado por el sitio.

—Increíble, ¿no? —pronuncio y, de paso, sostengo una copa que acaban de ofrecerme. —Más vale que lo aproveches, eh.

—Descuida, ya lo estoy disfrutando. —Dirige la mirada a un grupo de chicas que se están divirtiendo. Entre ellas, reconozco a Alisha. No podría olvidarme esa cara después de ver sus fotos esparcidas por toda su habitación.

Al mismo tiempo, busco la figura de Keira por alguna parte. No sé por qué, pero deseo que aparezca.

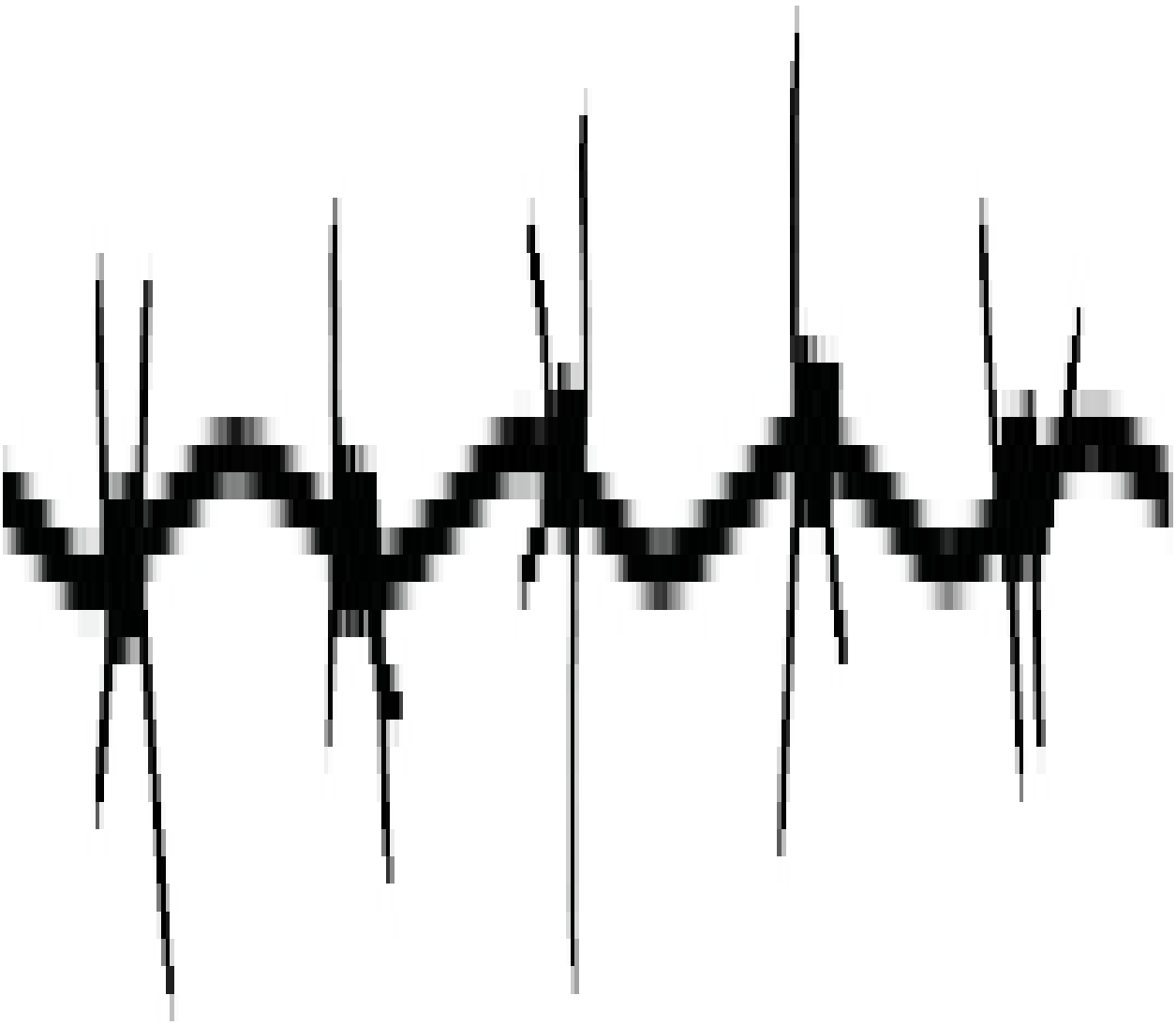
—¿Ves ahí? Esa es Alisha, la cumpleañera. —Señalo con disimulo.

—¿Deberíamos ir a saludar?

—Estás loco —pronuncio. Seguido, aprovecho la copa que acaban de ofrecerme y me giro para sostenerla, por lo que pierdo a mi amigo de vista por unos cortos segundos, que le son suficientes para dirigirse a saludar a las chicas—. Espera Liam, ¿qué haces?

Demasiado tarde. Él ya está ahí.

Por suerte todas están borrachas, hasta el punto de olvidar si en realidad nos conocen de algún lado o no.



—Y entonces, después de hacer que ayudara, le dije que no podía venir a la fiesta. —Alisha ríe a carcajadas. Está más ebria que cuando aparecimos—. Tendrían que haberla visto con su ropa espantosa, lista y producida para bajar. —Vuelve a reír y no comprendo qué es lo gracioso. Habla de lo cruel que fue con Keira.

—¿Y? ¿Vas a llevarme a otro lado? —me susurra una de las chicas de manera provocadora.

Se mantiene de pie colgada de mi hombro. Nos dimos unos cuantos besos desde que aceptamos divertirnos con ellas y, aunque considero que buscar una habitación es una excelente forma de terminar la noche, me invade otra preocupación.

—Esta noche no puedo. —Me desprendo de su agarre con cuidado—. Lo siento.

Me desligo de la ronda y, como es de esperar, Liam también lo hace.

—¿A dónde vas?

—Tengo que hacer algo.

—¿Algo más importante que acostarte con esa preciosura? ¿En serio?

—Te veo luego, Liam —me limito a responder.

Detesto dar explicaciones sobre lo que hago, a menos que sea estrictamente necesario. Este no es el caso, así que solo me alejo del grupo y me escabullo por las escaleras. Sé a la perfección cómo llegar hasta el cuarto de Keira; un día en su casa me bastó para memorizar el trayecto.

El pasillo está a oscuras, solo una tenue luz me permite ver por dónde camino. Llego a la puerta correcta, toco un par de veces, pero no obtengo respuesta. Deduzco que, quizá, la música está demasiado fuerte y, por ende, ella no escucha. No voy a rendirme, así que decido ingresar. Abro la puerta con cuidado; no pretendo molestar o interrumpir algo.

Poco a poco, la diviso de espaldas, sentada frente a su escritorio. Lleva puesta una bata blanca. Su cabello rubio está suelto, cae hasta debajo de sus hombros y, por los laterales, se ven cables de auriculares. Hago unos pasos y noto que lee un libro. La verdad, es un escenario digno de ser admirado en silencio, pero voy contra la corriente y lo corrompo.

—¿Quién se pone a estudiar cuando hay fiesta en su casa? —pronuncio tras quitarle en un rápido movimiento el auricular de una oreja.

—¡Damon! —grita molesta y exaltada—. ¿No sabes golpear a la puerta?

—De hecho, lo hice, pero alguien se puso la música tan alto hasta el punto de no escuchar nada —la molesto.

De inmediato, abandona lo que está haciendo y se pone de pie. Compruebo que la bata la cubre hasta los tobillos.

—¿Qué haces aquí? ¿Quién te dejó entrar? —cuestiona, se cruza de brazos por debajo de su pecho.

—Tenía una invitación —confieso.

Keira hace conexiones al instante. Me encontró husmeando en el cuarto de su prima hace un par de días.

—Deberías bajar. Se está poniendo buena.

—No quiero —se niega—. Tú deberías irte.

—Ya sé que tu prima se comportó como una villana contigo —menciono, ella baja la mirada y se encoge de hombros.

—No es ninguna novedad —dice, irónica—. En serio, déjame seguir con lo mío.

—También sé que te habías alistado para bajar —insisto al notar que lleva algo de maquillaje.

Es la clase de brillo tenue que resalta sus facciones y me recuerda lo hermosa que luce la chica que me ayuda en rehabilitación. Keira se queda estática a la espera de que me eche atrás, pero, inmóvil, continúo esperando su respuesta.

Sus manos se dirigen hasta el nudo de la bata, lo deshace y aparta la prenda: deja ver un vestido negro de tirantes ceñido al cuerpo, que realza sus curvas y demonios, la hace ver malditamente sexi.

—Sí, me alisté. ¿Lo ves? Pero ya no pienso bajar.

—¿Sabes algo, Holt? Creo que tu prima se puso celosa porque te ves mejor que ella —aseguro, impresionado—. Vamos a divertirnos.

La rubia modula una pequeña sonrisa y, luego, salimos juntos de la habitación.

Keira

Esto es ilegal. Damon no debería estar aquí.

Se supone que mi función es ayudarlo con la rehabilitación, no divertirme con él en una fiesta.

Aun así, no pude evitar bajar un rato. A veces es estresante no ver ninguna cara conocida a mi alrededor. Mis amigas están lejos, mis primas no me quieren, y la mejor opción suele ser quedarme en mi habitación estudiando. Pero... él llegó y lo cambió todo en un parpadeo. Tan rápido y aliviador, como una brisa veraniega en medio de un día frío de invierno.

En medio de una fiesta bailando Girls Like You de Maroon 5, me doy cuenta de que estoy sonriendo después de mucho tiempo sin hacerlo.

Damon bebe cerveza, me ofrece un trago y acepto. No acostumbro a tomar, pero esta noche hago una pequeña excepción.

—¿Conoces a ese idiota? Justo detrás de ti —murmura cerca del oído. La música se encuentra a un volumen tan alto que es imposible hablar a una distancia normal.

Frunzo el ceño y giro un poco, hasta descubrir que Landon está a unos pocos metros de mí junto a sus amigos.

—Es el novio de mi prima Alisha —respondo.

—Parece que se le olvidó, porque el muy imbécil no puede quitarte los ojos de encima —menciona, y mis mejillas se ponen rojas al instante.

Es cierto que él es extrañamente simpático conmigo, pero eso no quiere decir que se fije en mí. Siempre lo aprecié como alguien amable, eso es todo.

—No hay forma. Es el novio de mi prima —repito, pero a Damon ese detalle parece darle igual.

—Está justo detrás de ti —pronuncia, y es un hecho. Landon se acerca para saludarme en el momento menos indicado.

—Ey, Keira. Qué bueno que hayas venido. Te ves increíble. —Es evidente que, al igual que la mayoría de los invitados, está pasado de copas—. ¿Tomamos algo?

—Creo que deberías ir con Alisha —contesto, para demostrar que sus palabras me incomodan. Además, si ella nos encuentra cerca, me asesinaría por la simple acción de dirigirle la palabra a su chico.

—Después. Ahora prefiero pasar el rato con alguien más. —Sus ojos apuntan en mi dirección. Sus amigos inician una ola de murmullos estúpidos, lo alientan a que continúe con el plan «conquista».

—Ahora estoy ocupada. —Volteo para regresar con Damon, que se divierte viendo cómo lo ignoro.

—Espera... —Me toca el hombro para intentar frenarme.

Damon lo interrumpe y aparta su mano.

—Está conmigo. ¿Entiendes o tengo que explicarte?

Por un instante, dudo sobre lo que hará. Su tono de voz es tranquilo, pero las miradas que intercambian dan la sensación de que podrían golpearse ahí mismo.

Entonces, el volumen de la música disminuye y, en su lugar, comienza a escucharse la voz de Alisha:

—Quiero agradecer a todos los que están aquí: a mis amigas, mis amigos, y en especial a mi perfecto novio, Landon. Eres el tipo de novio que cualquiera quisiera tener. Así que, para todas las envidiosas: ¡Landon es mío, perras!

El discurso cesa. Damon encuentra mis ojos y, de pronto, nos reímos en complicidad. Landon desaparece de la escena, obligado a ir con Alisha... La misma que lo llamó «novio perfecto» mientras él intentaba ligar conmigo.

CAPÍTULO 7

Damon

—Cuando dijiste que me presentarías a tu tutora, me imaginaba a una mujer mayor —pronuncia Liam mientras nos encaminamos hacia el vehículo. La fiesta terminó y nos marchamos antes de que descubran que nos colamos—. Pero, vaya… Sí que me llevé una sorpresa —continúa, todavía impresionado por el breve encuentro que tuvo con Keira.

Necesito que cierre la boca pronto. Todavía escucho un zumbido producto de pasar tantas horas con la música al máximo, tan solo quiero cerrar los ojos y dormir.

—¿Puedes abrir la puerta de una vez? —indico, a la espera de que mi amigo se dedique a quitarle el seguro. Cuando lo hace, entro y me hundo en el asiento de acompañante.

—Cálmate, amigo. ¿Por qué no te relajas? Venimos de pasarla bien. —A medida que habla, Liam se acomoda para encender el motor y conducir.

Ojalá pudiera relajarme, pero las preocupaciones abundan en mi cabeza. A veces las olvido, aparentan desaparecer y, cuando menos lo espero… ¡Sorpresa! Están ahí otra vez: mis problemas con la ley, el hecho de que mi madre viva con un tipo que cualquier día podría matarla, el que no tenga a donde ir, ni un trabajo. Es como estar atrapado en la nada y rodeado de fantasmas.

—Te cambiaba la cara cuando hacías reír a esa chica. ¿Crees que no lo noté?

—Cállate —le digo. Su comentario evoca algunos momentos recientes de esa noche.

Ella se veía hermosa y, cada vez que sonreía, me obsesionaba con decir algo más que pudiera hacerla reír de nuevo. Pero no quiero pensar en ella de ese modo; no puedo hacerlo. Veo mi reflejo en el espejo que está a un costado del auto y me siento una basura. Alguien que está vacío, que nunca será suficiente para nada.

—No te enojes. Cualquiera en tu lugar sentiría lo mismo. Solo... ¿La has visto? —sigue hablando de ella mientras conduce, lo que empieza a sacarme de quicio. Destruye mi paciencia—. Toda amable, linda... —continúa, pero dejo de prestarle atención para buscar el contenido que guardé en la guantera. Él no ve lo que estoy haciendo, hasta que, al final, echa un vistazo—. Deja eso. —Lo ignoro—. ¡Damon! —Eleva el tono de voz y lo observo de reojo.

Necesito inyectarme, sentir esa maldita dosis de euforia y, luego, quedar sumido en la tranquilidad mientras todos los problemas se nublan, hasta volverse imperceptibles.

—¿Puedes detenerte? Solo será un momento —pido, malhumorado. Es casi imposible inyectarse en un vehículo en marcha.

—No, olvídalo. No ayudaré a que te metas esa mierda.

—Para, Liam.

—¿Sabes a dónde terminarás si sigues con eso? Tenía un tío que…

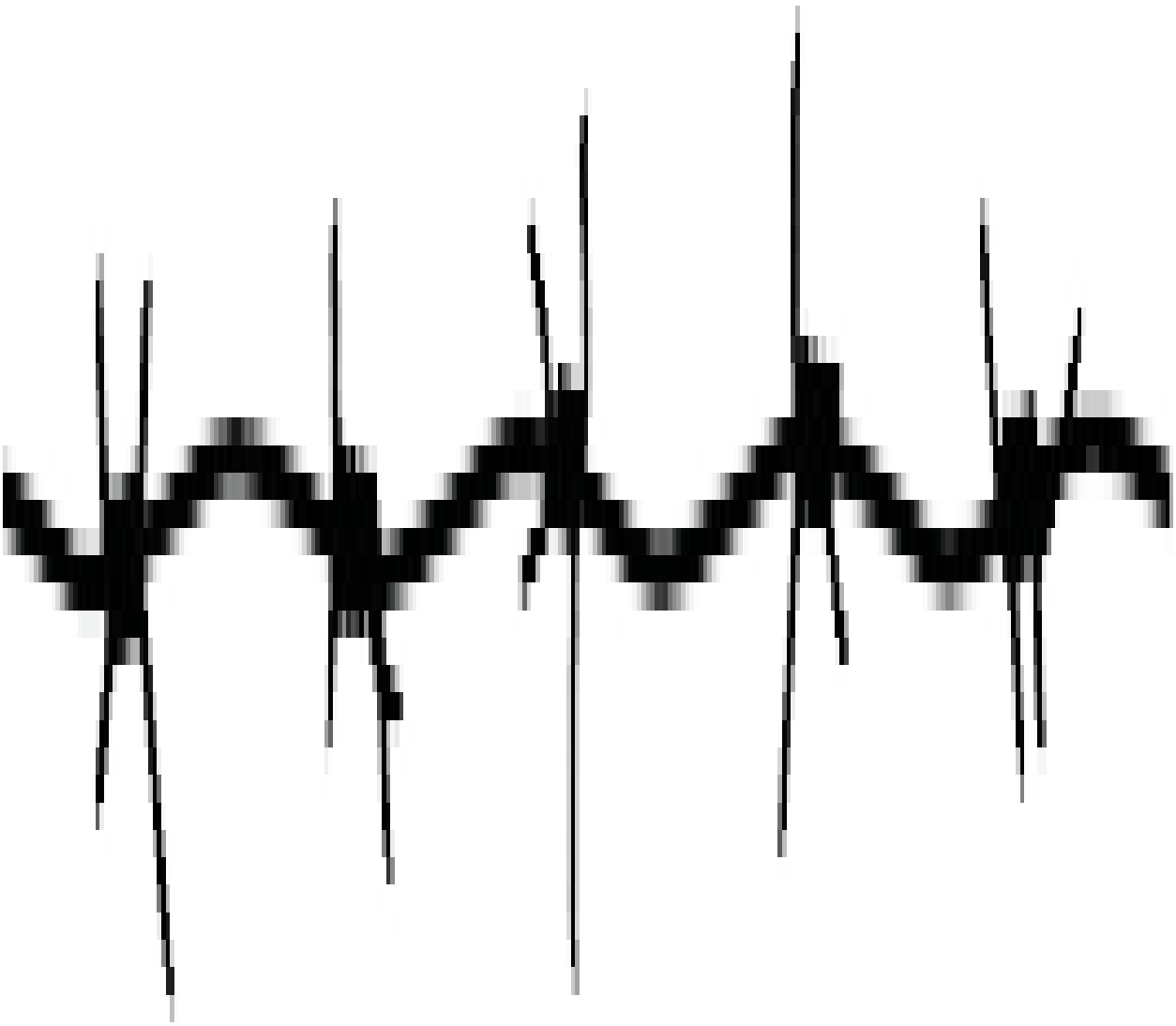
—¡Cierra la boca! —digo, exaltado. Me importa una mierda lo que tenga para decir. no cambiará nada oír historias tristes—. Bien, si no piensas parar, lo haré aquí mismo.

Es probable que no lo consiga, pero la desesperación me domina. Sostengo el mango de la cuchara con la boca y procedo a colocar la heroína en polvo, a pesar de que tiemblo un poco porque el auto sigue en movimiento.

Liam turna la mirada entre vigilarme y la carretera.

—Te estás echando a perder —dice, algo que ya sé a la perfección—. Dame eso —insiste. Aunque, esta vez, aparta una mano del volante y trata de arrebatarme los elementos.

Forcejeamos como imbéciles. Me sustrae el encendedor y arremeto contra él, en un intento por recuperarlo. Olvido que nos encontramos en plena carretera y que no debería molestar al conductor. La imperiosa necesidad por inyectarme opaca mi sentido común, hasta que Liam pierde el control e impactamos contra una camioneta que viene en sentido contrario. Me sacudo con violencia, golpeo la cabeza contra la puerta que está a mi lado y me pierdo en la oscuridad de la inconsciencia.



—¿Hola? ¿Puede escucharme? —murmuran y, al mismo tiempo, una luz penetra mis ojos. Me duele demasiado la cabeza, como si estuviera por explotar, así que tan solo asiento—. ¿Cómo te llamas?

A medida que despierto, comienzo a tomar consciencia de lo que está ocurriendo. Me están transportando en una camilla. A mí alrededor veo agentes de la policía y personal médico; algunos de ellos me suben a la parte trasera de una ambulancia. Mierda. Otra vez estoy en problemas.

—Vamos de nuevo. ¿Cómo te llamas?

—Damon —hablo, aunque hacerlo me incrementa el dolor de cabeza—. ¿Dónde está Liam? Mi amigo, él... ¿Dónde está?

—Lo trasladan en otra ambulancia. Eso es todo lo que puedo decirle. —El paramédico continúa chequeando mi estado, y yo solo puedo pensar en que el accidente fue mi culpa.

Otro peso más con el que cargar.

—Necesito saber cómo está. —Quiero salir de la camilla, pero el hombre me obliga a recostarme. Algo en mí se siente más débil, así que hago caso.

—Acabas de sufrir un golpe muy fuerte en la cabeza. Tenemos que llevarte al hospital para revisarte.

Trato de calmarme, pero el pensamiento de que Liam podría estar grave a causa de nuestra estúpida discusión no deja de torturarme. Estoy muriendo de miedo, mientras empiezo a caer en la realidad: Liam es una de las pocas personas cercanas que tengo y puede que esté a punto de perderlo.

Keira

—¿Qué? No, Lidia. No puedes estar hablando en serio. Repítelo otra vez. —Alarmada, salgo de la cama sin pensarlo.

Trato de procesar lo que me cuenta, mientras me deshago del pijama para colocarme ropa corriente.

—Como te dije, Damon y su amigo tuvieron un accidente —repite—. Su amigo conducía. Parece que se encuentran bien, pero no pudieron decirme mucho más. Querían la dirección de su madre, por eso me llamaron a mí.

Pongo el teléfono en altavoz y lo apoyo sobre el escritorio, así puedo ponerme una camiseta y, por encima, la chaqueta de abrigo.

—¿Te dijeron dónde está?

—En el Hospital Memorial —responde—. Pero no creo que tengas que ir... —Atina a frenarme, pero no insiste porque sabe que será en vano.

Mi cabello suelto es un desastre, así que lo tiro hacia atrás y lo ato en una cola de caballo.

—Tengo que comprobar que está bien —afirmo. Vuelvo a sostener el celular y le quito el altavoz; no quiero que alguien más escuche sobre mis asuntos.

—Lo más probable es que no te dejen verlo —advierte, pero no me interesa.

Damon me preocupa, sobre todo porque, además de a las drogas, también es adicto a meterse en problemas. Cada día se trae algo nuevo. ¿Y si su madre no aparece a verlo? A nadie le gustaría estar solo en el hospital. Al menos tengo que hacer el intento.

Salgo de mi cuarto procurando ser sigilosa, pero no funciona. La tía Gerti me detiene a pocos pasos de dejar la casa.

—¿A dónde crees que vas? Todo este desastre no se va a acomodar solo. —Se refiere al desorden que quedó tras la fiesta. La mujer que se dedica a la limpieza no trabaja los domingos y su reemplazo directo soy yo.

—Lo siento, pero no regresaré hasta tarde. Una amiga... se enfermó. Sí, está muy grave y necesita que esté ahí —miento y doy la excusa más reciente en mi cabeza.

Ni siquiera le doy tiempo a responder, cruzo la salida y troto hacia la parada de autobuses. Es un hecho que estaré en problemas al regresar, pero me preocuparé por eso más tarde.

El camino hacia el hospital se vuelve interminable. Tengo la sensación de que el autobús se mueve tan lento, que se arrastra como un caracol, mientras mi desesperación por llegar aumenta. Necesito estar ahí. Trato de controlarme, respiro, desbloqueo el celular incontables veces solo para mirar la hora o abrir cualquier aplicación que pueda distraerme. Siento que voy a colapsar de ansiedad, cuando al fin llego al hospital. El transporte se detiene, bajo y camino con prisa hacia la entrada. Luego me dirijo a recepción, donde me recibe una secretaria de expresión neutra.

—Señorita, ¿puedo ayudarla en algo?

—Vengo a ver a Damon Montclair. Tuvo un accidente en la madrugada —explico. La mujer apunta la información en la computadora.

—¿Es usted familia directa o puede garantizar que tiene algún vínculo con el paciente? —pregunta y yo suspiro, frustrada.

—Uhm, puedo explicarle. Él está en un grupo de rehabilitación y yo trabajo ahí como voluntaria. Soy su tutora —resumo. Es la verdad y debería ser un motivo justo para que me permita verlo. Sin embargo, no parece ser suficiente para la mujer.

—Lo siento. La regla es solo familiares directos o personas con un vínculo estrecho.

—¿Pero no escuchó lo que acabo de decir? —cuestiono, indignada—. Lo siento, es que estoy preocupada. —De inmediato me disculpo por el tono grosero, pero es que la situación me sobrepasa—. Ningún familiar directo vendrá a verlo. Nadie lo hará. Tiene que dejarme pasar porque ahora mismo soy todo lo que tiene.

La mujer me contempla, ciertamente impactada. Mis palabras fueron efectivas.

—¿Cómo es su nombre?

—Keira. Keira Holt.

—Bien. Tengo que hablar con el doctor a cargo primero. Espere por aquí, la llamaré cuando pueda pasar a verlo.

—Gracias. —Sonrío con sinceridad y sigo sus indicaciones. Me siento en la sala de espera.

De nuevo, impaciente, juego con el celular hasta que la secretaría regresa. Dice que en breve podré verlo, pero que antes el doctor necesita hablar conmigo. El profesional, amable, explica que Damon solo posee heridas superficiales, pero que lo dejará en observación por el resto del día ya que recibió un impacto en la cabeza. También me preguntó sobre su problema con las drogas. Notó las marcas en el brazo y, además, el escenario que quedó en el vehículo apuntaba a que estuvo intentando inyectarse al momento del accidente.

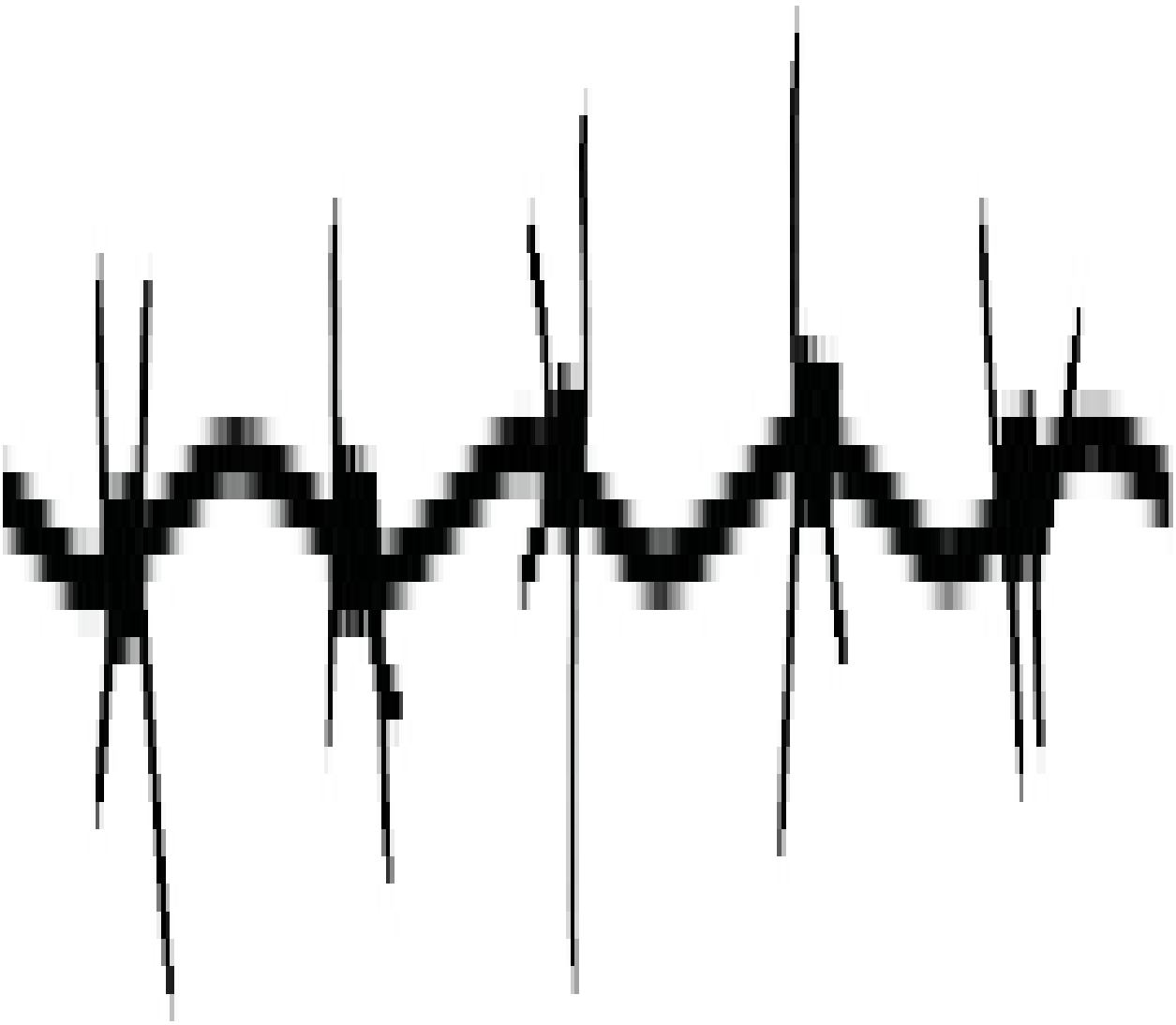
—¿Qué hay de su acompañante, Liam?

—Su estado es más comprometido, pero, más allá de las lesiones graves y fracturas, lo logramos estabilizar —indica—. Ahora sígame, la llevaré con el paciente. —El médico se mueve en dirección a las escaleras; subimos y caminamos por un extenso pasillo hasta dar con la habitación indicada—. Tuvimos que anestesiarlo porque no nos permitía hacer nuestro trabajo. Es probable que aún esté dormido, pero va a despertar pronto —murmura. Abre la puerta y me deja el paso libre.

Camino con precaución para asegurarme de no causar ningún ruido molesto.

Damon está inmerso en la misma calma que tenía aquella noche cuando se quedó dormido en mi cuarto.

Tomo asiento en la silla que se encuentra a un lado de la cama; otra vez debo esperar. Sin embargo, ahora tengo paciencia: él está bien.



Media hora después, empieza a abrir los ojos. Se incorpora de a poco, percibe mi presencia y gira la cabeza hasta que su mirada le permite reconocerme.

—Ey, al fin. Dormilón —pronuncio con voz suave.

—¿Keira? ¿Qué pasó? —indaga, confundido, al tiempo que se percata de su alrededor.

—Liam y tú tuvieron un accidente en el auto —respondo, me pongo de pie y me aproximo—. ¿No recuerdas? —Su expresión cambia de inmediato, como si estuviera reviviendo el acontecimiento.

—Mierda. Tengo que salir. Tengo que ver cómo está Liam. —Desesperado, trata de quitarse la intravenosa que lleva colocada en su brazo izquierdo.

—Espera, Damon, no —lo detengo, le coloco mi mano sobre la suya y la aparto para que no se haga daño. El toque fue tan repentino e impredecible, que puedo notar que lo dejé helado—. Tranquilo. Liam está estable —digo. Es evidente que lo único que le importa es su amigo.

—¿Y eso qué significa? —cuestiona, todavía dudando—. ¿Keira? —Impaciente, necesita respuestas que no tengo. No pretendo mentirle, pero reconozco que es difícil contarle que está grave—. Al diablo. Si no vas a decirme nada, lo averiguaré yo mismo.

—No. Te diré... Te diré las palabras exactas que dijo el doctor. —Nerviosa, mordisqueo mi labio inferior y suspiro. Dar malas noticias es angustiante, siento esa horrible sensación invadirme—. Dijo que su estado es comprometido, que sufrió heridas graves, pero que lograron estabilizarlo.

Él se echa sobre el respaldo mientras procesa mis palabras que, de inmediato, lo afectan. Sus ojos se pierden en un punto fijo y se vacían; la noticia lo ha golpeado.

—¿Eso es todo?

—Sí, lo siento, yo... Él dijo que no podía decirme más. —Me encojo de hombros—. Pero se pondrá bien. Vas a ver que...

—Keira —interrumpe—. ¿Crees que puedes buscar al médico y traerlo? Quiero hablar con él —pide. Me sorprende que esté tomando el control de la situación con calma, en lugar de enfadarse como algunos minutos atrás.

Asiento. Sé que es lo único que puedo hacer para ayudar.

—Claro. Vuelvo en un minuto —pronuncio antes de dejarlo a solas.

Damon

La inocencia de Keira es lo único que podría devolverme la fe en el mundo. Esa chica tiene algo bueno, una especie de bondad que no conocía. Me siento un monstruo por aprovecharme de su ingenuidad, pero ¿qué más da? Es lo que soy.

Un monstruo que destruye todo lo que tiene a su alcance e incluso más.

La rubia sale de la habitación y no pierdo el tiempo: me quito el suero inyectado en el brazo, salgo de la cama y busco mi ropa, que está a plena vista colgando de un perchero. Me lleva apenas unos segundos volver a ser yo mismo, retomar el control. No soporto un segundo más en esa cama. En realidad, ya no soporto un segundo más en esta vida. Recojo mis pertenencias, que están sobre una mesita, y me largo. Transito los pasillos e intento pasar desapercibido porque ella podría aparecer y frenarme.

Sin embargo, al pasar por la entrada de un pasillo identificado por un letrero de «terapia intensiva», me detengo tras reconocer a la abuela de Liam saliendo de una habitación. La anciana, que luce afectada, es acompañada por una enfermera hacia otra dirección. Todo lo que puedo pensar es que llegó el momento de ver a mi amigo. Nadie está vigilando, así que tomo la iniciativa e ingreso al cuarto, donde me topo con una imagen que se siente como una puñalada en el pecho.

Liam presenta múltiples heridas. Hay máquinas y sueros conectados a él, que se encuentra dormido. No tengo idea de lo que significa cada componente en la escena, pero se ve mal y eso me alcanza para llegar a la conclusión de que su situación es grave.

El primer accidente que causé, años atrás, dejó a una persona muerta. Este es el segundo que se desata por mi culpa y he dañado a mí único amigo. Si alguien me llamara «mierda» en este momento, pondría una sonrisa y le diría que tiene razón, que eso es lo que soy. Sé que esto no cambiará. Esto seguirá así, porque arruinarlo todo es mi especialidad. Tengo que desaparecer de esta ciudad antes de que siga causando desastres, antes de que lastime a Keira. Si permito que ella siga cerca, tarde o temprano saldrá herida.

CAPÍTULO 8

Keira

—El doctor ya viene, dijo que estará aquí en un momento. Aproveché y traje malteadas, una es de fresa y la otra... —Elevo la vista hasta la cama y que él no está—. ¿Damon? —indago en voz alta, al pensar que quizá se metió al baño.

No recibo respuestas.

Se ha marchado.

Me apresuro a buscarlo. Es probable que aún esté en el hospital, que quizás haya ido a ver a Liam. Sin embargo, después de buscarlo durante un largo rato, asumo que se escapó. Sacó provecho de mi descuido y se largó. Una vez más se negó a recibir ayuda.

Incapaz de hacer algo para revertir la situación, me marcho del hospital porque ya no hay nada que hacer ahí. Marco un par de veces a Damon, aun sabiendo que no responderá a ninguno de mis llamados, y luego llamo a Lidia, la única persona que puede entender lo que está pasando.

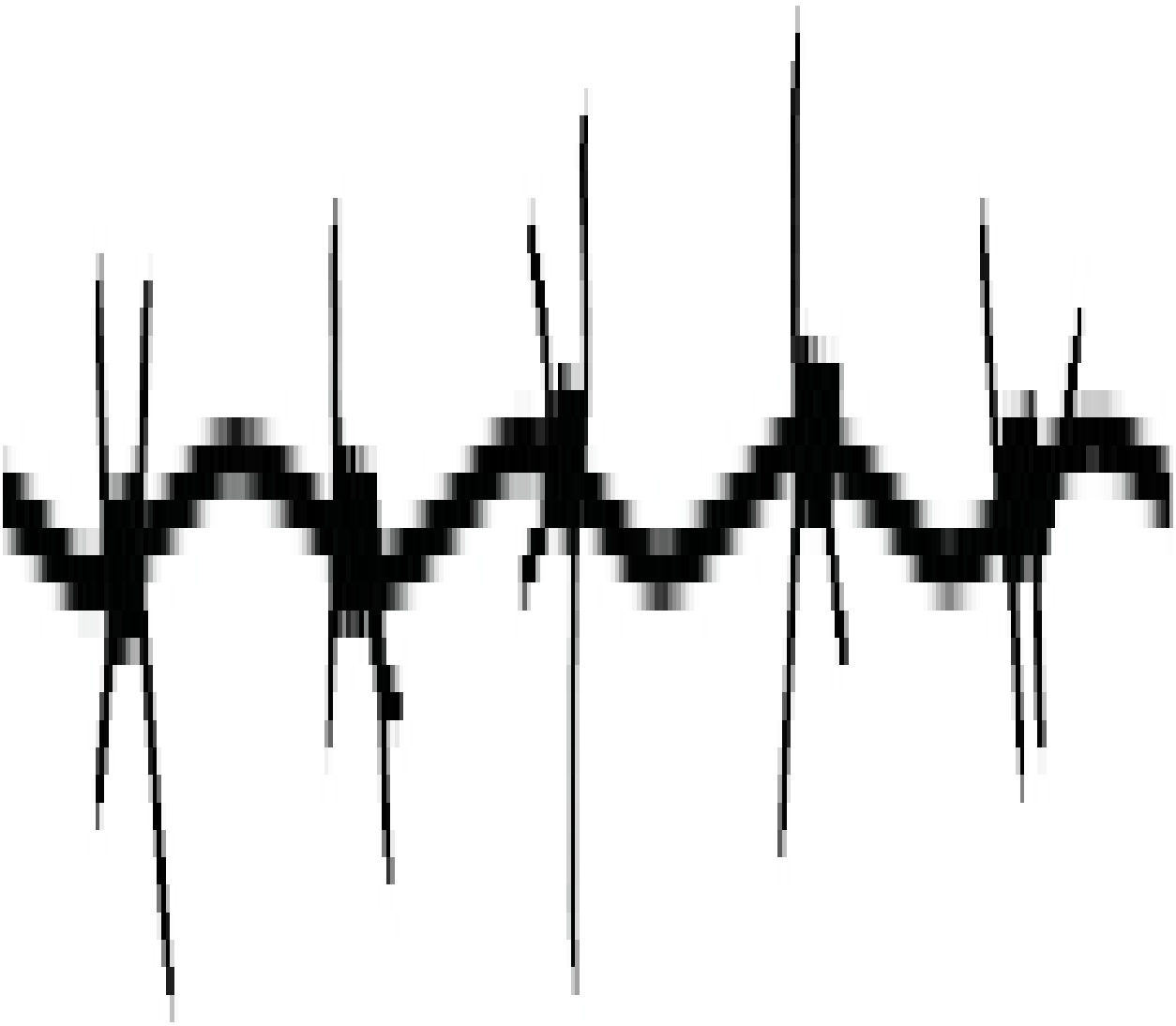
—Se fue, Lidia. Desapareció del hospital —murmuro, con la voz débil—. Tengo que ir a buscarlo, pero esta vez no sé dónde ir, yo…

—No, Keira. Esta vez no vas a buscarlo —me interrumpe con firmeza—. Eres la joven más buena y sincera que conozco, ¿sabes? La primera vez que pediste trabajar conmigo pensé que, aunque insistieras mil años, nunca lo permitiría... Al final me pareció buena idea porque eres constante y generosa, tienes capacidades. Pero llegaste al límite y tienes que detenerte porque esto ya no tiene sentido.

—Fracasé.

—Yo no lo llamaría fracaso. Hiciste todo lo que pudiste. Es solo que no puedes ayudar a quien no quiere ser ayudado —explica. Respiro hondo, soy consciente de que tiene razón. Aunque duela, quizá no hay más nada que pueda hacer—. Ve a casa, descansa. Haz lo que sea, pero tómate un tiempo para ti. Basta de estrés y preocupación. ¿Está bien?

—Bien. Lo voy a intentar. —Termino la llamada y guardo el móvil en mi bolsillo para regresar a casa.



Ingreso a la mansión con extremo cuidado. El silencio abunda y no quiero que se den cuenta de que llegué. Prefiero pasar desapercibida e ir directo a mi habitación. Esto pasa todo el tiempo desde que me mudé a esta casa. Me esfuerzo para que no me vean y se olviden de que estoy ahí, porque sé que para ellos soy una molestia, una carga que mi padre les dejó. Están deseando librarse de mí desde que llegué, pero mi tío es políticamente correcto y nunca me obligaría a irme. De todos modos, quiero hacerlo algún día: me marcharé apenas tenga la oportunidad.

Como si no fuera suficiente con lo de Damon, intento entrar a mi cuarto y lo encuentro cerrado con llave. Parece que hoy todos conspiraron para hacerme perder la paciencia.

—¿Buscas esto? —Alisha pasa a mi lado y pone la llave en alto con una expresión burlona.

—¿Qué haces? —Mi ceño se frunce en medio de la confusión y sigo sus pasos rápidos. Bajamos por las escaleras—. Dame la llave.

—¿Ves la sala? Hay mucho desorden, ¿no lo crees?

—Es un desastre gracias a la fiesta que hiciste.

Por lo general soy más paciente y logro contenerme ante las provocaciones de mi prima, pero esta vez siento que sobrepasó mis límites.

—Lo sé. Por eso, lo vas a ordenar antes de que lleguen mis padres y así tendrás la llave de tu habitación. —Está jugando, cree que tiene poder sobre mí. Lo lamento Alisha, pero has elegido el peor momento para molestarme—. Mientras tanto, voy a salir con mi novio. —Sonríe pretenciosa y continúa—: ¡Landon! ¡Date prisa! —exclama para atraer la atención del chico que surge desde la cocina—. Vamos —ordena.

Estoy estupefacta. Contengo la furia, aunque, al mismo tiempo siento que no puedo más. No dejaré que lo haga. No esta vez. Quiero meterme a mi habitación y descansar como me lo merezco; Alisha no se interpondrá.

—No voy a limpiar —digo alzando la voz.

Mi prima gira en seco, también su novio. Ninguno puede creer que me esté negando.

—Bueno, tendrás que dormir en el sofá —dice, burlona.

—No, porque me darás la llave —la contradigo y me acerco de forma peligrosa, quedando en manos de mis impulsos.

El cansancio me supera, no lo puedo controlar. Alisha sostiene el objeto en la mano izquierda. De inmediato, trato de quitárselo. Empezamos a forcejear como dos niñas peleando por un juguete y me transformo.

—¡¿Qué haces, estúpida?! No te las voy a dar. —Se rehúsa, pero no desisto de mi objetivo. Me desconozco. Estoy luchando contra otra persona, usando mi fuerza física—. Eres toda una salvaje, ¡como el borracho de tu padre! —grita.

Landon trata de intervenir, pero ni ella ni yo le prestamos atención.

—¡No voy a permitir que hables así de mi padre! —Al final me lanzo sobre ella, aumento la fuerza y logro abrir su puño, hasta arrancarle la llave de mi habitación.

Alisha grita histérica, incluso Valerie, su hermana menor, baja alterada de su cuarto y observa espantada. Entonces, Landon me sujeta de los brazos. Su actitud me toma por sorpresa. A pesar de lo que pasó en la fiesta, él siempre se ha portado bien, ha sido amable conmigo. Sin embargo, redobla la puesta y los coloca detrás de mi espalda, lo cual hace que me duela, aunque me importa poco en ese momento.

—¡Ey, suéltame! —exijo mientras me remuevo agitada y furiosa. Sé que voy a arrepentirme de esto.

—No hasta que te calmes. —Odio que ese chico tenga sus manos sobre mí.

Vuelvo a removerme con más potencia y lo desestabilizo, hasta que logro voltearme y le doy un empujón para alejarlo.

—¡Idiota! —exclamo. Todo queda en silencio.

Las tres personas que me rodean me miran como si fuera un monstruo. Yo no soy esto. La angustia recorre cada rincón de mi cuerpo. Mis ojos se humedecen y tengo que contener la respiración para no llorar ahí mismo. Los odio.

Subo las escaleras, apresurada. Al menos conseguí la llave.

En cuanto pongo un pie en la habitación, doy rienda suelta a las lágrimas, que se deslizan sobre mis mejillas. La forma en la que actué me hizo sentir terrible. Me cuesta soportar la idea de haber lastimado a alguien, no importa a quién. Tampoco puedo entender por qué Damon desapareció y se alejó de mí; ni siquiera dijo adiós.

Todo lo que sucedió acaba por romperme.

Encima, mi teléfono sigue sin recibir novedades. Quisiera que me llame... O envíe un mensaje. Que al menos me diga que está bien.

Damon

Después de largarme del hospital, voy directo al vendedor de drogas con el que hace un tiempo

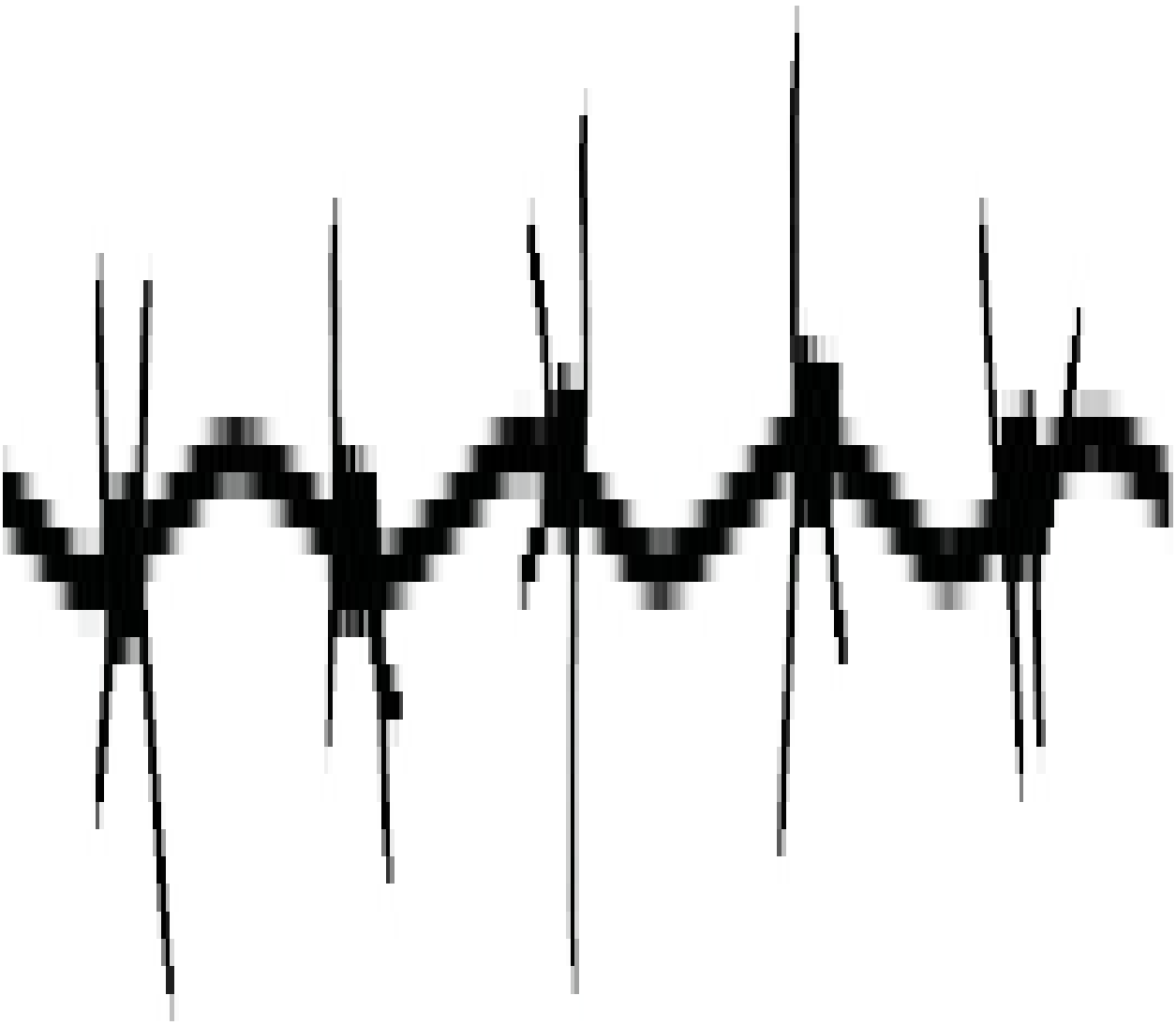
hice un trato. El tipo se muestra satisfecho. Mis clientes le funcionaron, e incluso tiene separado los billetes que me pertenecen. Así es un placer negociar.

De paso, compro más heroína porque mi cuerpo la está pidiendo. A veces siento que esa necesidad se está saliendo de control, pero ¿qué más da? Mi vida entera es un desastre, con o sin drogas.

Ahora mismo, mi única meta es salir de esta ciudad, buscar otro sitio para intentar empezar de nuevo o, al menos, para dejar de traer desgracias a la gente que me rodea.

Tras inyectarme y conseguir sentirme lo suficientemente entusiasmado —efecto que no suele durar demasiado, pero que es bueno mientras dura—, me dirijo hacia la estación de autobuses. Leo la cartilla de destinos, elijo el que se encuentra a mayor distancia y compro un boleto. El único lugar libre que consigo está en un coche que sale por la medianoche, así que me quedo esperando en la estación.

Sé que tengo un acuerdo con la policía: ir a rehabilitación para evitar la cárcel. Ese acuerdo puede quedarse en la mierda. Ya no importa. Las autoridades terminarán olvidándose de mí porque en este mundo hay crimínales mucho más peligrosos que un simple idiota que vende drogas y se convirtió en adicto.



Compro un cargador para mi celular con parte del dinero que obtuve, ya que no pienso pasar el resto del día mirando a la nada en una estación, y lo enciendo una vez tiene suficiente batería. En cuestión de minutos llega un mensaje tras otro, todos de Keira. Reconozco que es la única persona que se muestra preocupada por mí. Los mensajes son todos similares: quiere saber si estoy bien, dónde me encuentro, qué pienso hacer. Recuerdo que la última vez en la que me sentí bien fue cuando nos divertimos juntos en la fiesta. Fue un momento efímero y se sintió extraño, pero fue agradable.

También hay llamadas perdidas.

Mierda, de pronto recuerdo que la engañé para escapar del hospital, y me siento mal. Supongo que podría hacer un llamado, solo para tranquilizarla. Es muy tarde y el colectivo está por llegar. De todos modos, ocupo algunos minutos. Toco la opción «llamar» y enseguida, oigo su voz del otro lado.

—¿Hola?

—Hola. Lo lograste. Te estoy llamando. ¿Contenta? —trato de bromear.

El profundo silencio que habita luego indica que la broma no funcionó.

—¿Dónde te metiste? ¿Cómo estás? —pregunta y puedo notar que algo no encaja. Keira suena apagada, extraña. Tal vez no la conozco demasiado, pero soy capaz de percibir que no se la oye bien.

—Todo está bien, yo... me largo. Me voy de la ciudad.

Escucho cómo inspira una bocanada de aire.

—Haz lo que quieras —dice y continúa—. Pero tienes que saber que, si me hubieras dejado, habría hecho mucho más por ti.

—Ya encontrarás algo más interesante para hacer. —Intento una vez más sonar gracioso, pero otra vez creo que me equivoqué.

—¿Por qué no puedes tomarme en serio, Damon? —cuestiona, exasperada, y luego la escucho.... ¿sollozar?

—¿Estás bien? —Los segundos corren y sigue sin responder—. ¿Keira?

—Tuve un día horrible. Eso es todo. No tengo una vida perfecta, por sí no lo sabías —masculla —. Me hubiera gustado que te quedaras.

—Lo siento. —Es todo lo que puedo decir mientras observo que mi autobús está llegando.

Hora de irme. Ella corta la llamada y, aunque quisiera restarle importancia, caigo en la cuenta de que estoy repleto de impotencia porque me encuentro lejos de ella y no puedo ayudarla.

Me coloco en la larga fila de pasajeros y, mientras espero mi turno para subir, la memoria empieza a atacarme. Las últimas semanas junto a ella han sido diferentes, su presencia consiguió hacerme sentir que no todo está perdido, que las partes malas de mí podrían largarse algún día.

Estuvo ahí todo el tiempo y me comporté como un idiota desagradecido. Maldición. Ya es demasiado tarde para huir, estoy demasiado metido en esto.

No llego a subir al autobús, salgo de la fila y luego arrojo el boleto a la basura.

Ahora mismo, hay un solo lugar donde quiero estar.

Keira

Luego del inesperado llamado de Damon, trato de conciliar el sueño. Dormir, soñar con cualquier cosa fuera de este mundo. Sin embargo, se vuelve difícil mantener los ojos cerrados. Doy vueltas y vueltas en la cama, incluso me da hambre, dado que no bajé a cenar para evitar a mis primas después del altercado. Considero levantarme e ir hasta la heladera, cuando escucho pequeños golpes en mi ventana que me sobresaltan.

«¿Será un ladrón? No, un ladrón no tocaría a la ventana pidiendo permiso para entrar».

De todas formas, me da miedo. Trato de no alterarme, mientras camino cautelosa hasta un extremo de la ventana sin encender la luz y con el celular en una de las manos, lista para llamar a la policía si es necesario. Muevo apenas la cortina, lo justo y necesario para comprobar de quién se trata. No es un ladrón, tampoco un psicópata ni un asesino que viene a matarme.

Es Damon.

Él está afuera y su mejor idea fue golpearme la ventana en medio de la madrugada.

CAPÍTULO 9

Keira

Damon me observa con una expresión similar a la de un cachorro arrepentido, me pide con la mirada que le permita entrar a la casa. Lo veo, sorprendida y, al mismo tiempo, pensando en que tengo mucho para reprocharle. Es injusto que me haya engañado para huir y que luego regrese con la esperanza de que lo perdone. Tal vez debería dejarlo afuera, pero no podría ser tan cruel, mucho menos cuando me pone esa cara. Dejo el celular sobre la cama, enciendo la luz y abro la ventana de par en par.

—No hagas ruido —mascullo. Extiendo una mano para ayudarlo a entrar.

Él acepta el gesto y se sostiene, intenta mantener el equilibrio mientras ingresa. Percibo su piel fría en cuanto nuestras palmas encajan; incluso noto que está tiritando.

—¿Estás bien? —Echo un vistazo mientras se estabiliza dentro de la habitación, y luego le doy la espalda para cerrar la ventana.

—Digamos que tuve días mejores, pero no me puedo quejar. —Se encoge de hombros.

Es evidente que intenta bromear, pero el enfado que siento no me permite reír.

—Para ser sincera, hay días en los que pareces inteligente, pero otros pareces el chico más estúpido. ¿Eres consciente del peligro que corriste al salir del hospital sin tener el alta médica? —cuestiono, dispuesta a no callarme nada, aunque en voz baja.

No olvido que estamos conversando de madrugada dentro de una casa donde todos duermen.

—Estoy bien. Acabo de colarme por tu ventana, rubia. ¿Has visto lo alto que es? —murmura y le resta importancia a lo que acabo de reprocharle. Al mismo tiempo, se desprende la chaqueta y se la quita, Se queda con una camiseta manga corta—. Hace calor aquí. —Suelta la prenda, que cae al piso.

Me saca de quicio que sea tan descuidado.

—Estoy hablando en serio —reclamo—. Y no me llames rubia, tengo nombre.

—De acuerdo, Keira —pronuncia con énfasis—. Me fui del hospital porque es una mierda, ¿sí? Mi amigo se está muriendo y no quiero quedarme a ver como eso pasa —explica y se sienta en la cama—. ¿Puedo pasar la noche aquí?

Me invade una oleada de alivio tras oírlo sincerarse. Han sido pocas palabras, pero expresó la forma en que se siente y eso significa que me estoy ganando su confianza. Aunque sea de a pasos pequeños, lo estoy consiguiendo.

—Claro que puedes —digo tras bajar la guardia. El enfado empieza a desvanecerse. Pongo una pequeña sonrisa tranquilizadora y me siento a su lado, sobre el colchón—. Liam no se va a morir, ¿sabes?

Damon me mira incrédulo y con desesperanza, como si no le quedara nadie en quien confiar, nada en que creer.

—Se veía muy mal, estaba conectado a un montón de máquinas —dice y entiendo que esa imagen espantosa lo asustó. Cualquiera se asustaría en su lugar.

—Eso no significa que se vaya a morir. En algunas situaciones se necesita un poco de ayuda extra, por eso las máquinas —trato de explicar—. Es probable que mañana tengamos buenas noticias. —Me mantengo positiva, aunque sea difícil quitarle sus convicciones.

—Ojalá tengas razón.

—Por lo general, suelo tenerla. —Intento sonar divertida para restar tensión.

—Eso es porque no te cansas de insistir y no te rindes nunca.

—Puede ser. Cuando algo me importa, no me rindo —admito.

Ojalá pueda darse cuenta de que estoy hablando de él. «Damon, tú me importas».

Por un momento ninguno dice nada. Nos quedamos en silencio mirando la pared. El hecho de estar juntos en mi habitación se está convirtiendo en una clase de costumbre, y eso me agrada.

—¿Puedo preguntarte algo? —interrumpe. Asiento, un tanto temerosa—. Cuando te llamé, estabas llorando. ¿Por qué? —Su voz denota curiosidad, pero también algo más fuerte... Preocupación.

Está preocupado por mí.

La situación parece ajena a la realidad. Por lo general soy yo la que se preocupa, pero, en esta ocasión, sucede a la inversa. Por primera vez se trata de mí; es mi vida la que está en el centro de la conversación. Son mis sentimientos. Me siento rara, pero, al mismo tiempo, es como si pudiera abrir la boca y contarle todo. Damon se asemeja a un amigo, y realmente necesito uno ahora mismo.

—Tuve una pelea. En realidad, para que lo entiendas debería contarte la historia completa —le

advierto, quizá no tiene interés en oír de mi vida.

—Tenemos toda la madrugada.

Echado hacia atrás, se apoya sobre sus codos hundidos en el colchón y se relaja, como si estuviera a punto de contarle un cuento.

Bien. Aquí vamos.

—Esta casa… no es mi casa. —Al instante me doy cuenta de que empecé de la manera más confusa. Su expresión me lo dice todo—. Quiero decir, estoy viviendo aquí por obligación. Perdí... perdí a mi papá hace un año. Siempre, desde que tengo memoria, fuimos él y yo. Nadie más. También perdí a mi mamá, pero como era muy pequeña no la recuerdo —explico.

Al tema de mi madre lo tengo asumido, lo acepté y lo superé porque ni siquiera llegué a conocerla. En cambio, con mi padre es diferente. Fue repentino, cayó como una bomba que explotó y me salpicó; transformó mi mundo por completo.

—Cuando papá se fue, me quedé sola. Todavía era menor, tenía diecisiete, así que la custodia quedó en manos del único familiar directo que tenía: mi tío. A simple vista no parece tan mal, ¿no? Y no es que él sea malo, pero el resto de su familia... No encajo aquí. —Arrugo la nariz—. No le agrado a mi tía, me lo demuestra todo el tiempo. Y con mis primas... Uff. —Suspiro, frustrada—. Al principio era una pesadilla. Aún lo es, pero con el paso de los días me acostumbré. —Me encojo de hombros—. Hoy, cuando llegué del hospital, Alisha cerró mi habitación y escondió la llave. Dijo que me la devolvería si arreglaba el desastre que quedó después de la fiesta. —Me detengo.

La parte que sigue me causa pena, aunque también risa, porque el modo en que la enfrenté fue increíble.

—Me enojé. Empezamos a discutir. Estaba tan molesta que prácticamente me tiré sobre ella para quitarle la llave. —Dejo escapar una leve carcajada, Damon también sonríe, divertido—. Hasta que llegó el novio a defenderla y me agarró de los brazos. —En ese instante miro de reojo a mi acompañante y noto su expresión endurecida, pese a que dos segundos atrás reía—. Lo empujé, logré alejarlo y me quedé con la llave. —Sonrío satisfecha.

Al menos la historia tiene un final victorioso.

—¿Te lastimó? ¿Por eso llorabas? —indaga. Sus puños están apretados y parece molesto.

—No, no. Fue una estupidez. Lloraba porque fue agotador. Estaba cansada, te habías ido, tan solo quería subir y dormir —resumo.

Se relaja, aunque no por completo.

—Landon es un idiota, pero descuida. Si te hace algo, sé cómo tratar a los tipos como él.

Da la impresión de que está dispuesto a enfrentarlo, pero no es necesario que haga eso. Debo

restarle problemas, no sumarle.

—Sé cómo ocuparme de él.

—Y sobre tu prima... Tenemos que planificar una venganza. —Su rostro se ilumina con destellos de maldad.

—No. Aunque, depende de qué tan malo sea, podría considerarlo. —Empiezo a pensar que sería divertido. Después de todas las cosas que hicieron en mi contra, por una vez puedo ser yo la que hace cosas malas.

—¿Tienes colorante?

—Damon, ¿qué es lo que tienes en mente?

—Algo inofensivo. Ponemos colorante en su champú y, luego de ducharse, se llevará una sorpresa.

—No lo sé. —Dudo, aunque al imaginar la reacción de Alisha me dan ganas de romper en carcajadas—. Es demasiado.

—El color se va con los días. Pensará que fue una falla en el champú —argumenta y empieza a convencerme.

—¿De dónde sacas esas ideas?

—Lo vi en una película.

—Vaya, eres una caja de sorpresas. —Sonrío, entusiasmada, y él se pone de pie al asumir que acepté.

Damon

Después de oír la historia de Keira, no puedo evitar sentirme una mierda.

La está pasando muy mal en su casa y, en lugar de ayudar a remediarlo, lo empeoré tras engañarla y huir de ella como si fuera un enemigo. Al menos recapacité justo a tiempo y me está dando otra oportunidad.

No esperaba menos. Sigo pensando que ella es de otro planeta.

En silencio, nos colamos en la habitación de Alisha; llevamos el colorante verde que Keira

encontró entre sus antiguos materiales de arte. Su prima duerme plácidamente boca abajo, portando el típico antifaz para dormir. Luce un tanto terrorífica. Además de roncar, noto que de sus oídos sobresalen tapones. Genial. Menos probable que nos encuentre en la escena del crimen.

Todavía cautelosos, ingresamos a su baño privado. Así funcionan las casas de las familias adineradas: cada miembro tiene el suyo propio.

Keira cierra la puerta, enciende la luz y pone el seguro con sumo cuidado.

—Damon, espera, no... Mejor no... —comienza a titubear, pero no le permito echarse atrás.

—Mira hasta dónde llegamos. El destino quiere que lo hagamos —bromeo. Encuentro el bote de champú y, tras quitarle la tapa, se lo extiendo a la chica—. Sostenlo.

Saco el pequeño frasco de colorante verde abierto y lo giro hacia abajo. Empieza a derramarse dentro del champú.

—Listo, es suficiente. Detente.

—Solo un poco más. —Rio por lo bajo y doy una pequeña sacudida para que caiga el resto del contenido. Tras ver el frasco vacío, asumo que lo conseguimos—. Misión cumplida —pronuncio. Keira ríe por lo bajo, aunque también está nerviosa. Cerramos el bote de champú, lo sacudimos para que el contenido se mezcle y lo dejamos justo donde estaba—. ¿Ahora podemos bajar a la cocina? Tengo hambre —susurro mientras atravesamos el pasillo de vuelta a su habitación.

—Shh… —Gira, me recuerda que debo hacer silencio—. Siempre tienes hambre —murmura con un dejo de diversión y se direcciona hacia las escaleras—. Agarra lo que quieras y vámonos antes de que alguien se dé cuenta —me apresura. Luego abre la alacena y deja a la vista un montón de comida.

Saco un paquete de patatas fritas, que es lo primero que distingo entre tantas cosas. También unas galletas dulces, porque no podía dejar pasar la oportunidad.

—Vámonos —insiste.

Cierro la alacena y camino rápido detrás de ella, de nuevo a su cuarto.

—¿Puedes hacerle una foto a tu prima cuando la veas? Muero por ver el resultado —comento, luego abro el paquete de patatas. Sostengo un puñado y lo llevo a mi boca.

—Tal vez —duda. Se desplaza por su habitación, abre el armario, saca algunas mantas y las extiende sobre el sofá, el que está frente a su cama. También agrega un almohadón—. Ahora vamos a dormir, ¿sí?

—Pero todavía tengo que comer.

—Apaga la luz cuando termines.

Cansada, se mete en la cama. Aunque su tono de voz es más animado, al menos se oye mejor que

cuando la escuché por teléfono.

Sentado en el sofá, termino de comer. Luego uso el baño, me doy una ducha y luego trato de dormir. Asumo que no será fácil, porque cada vez que estoy a solas y en silencio, al cerrar los ojos pienso en cada uno de los desastres que causé, en cada cosa que toqué y destruí. La imagen de Liam aparece. La pelea que tuvimos antes del accidente se reproduce una y otra vez, hasta que lo veo en el hospital, herido, inconsciente y conectado a cientos de aparatos que lo mantienen con vida.

El corazón me late deprisa al recordar que podría morir.

Liam podría morir.

Como aquel hombre al que atropellaron y perdió la vida por mi culpa.

De pronto, algo cambia. Despierto consciente. El dolor se potencia y recorre mis venas, se mete en cada rincón de mi cuerpo y se transforma en una especie de fuerza que me aprieta el pecho, que hace que la simple tarea de respirar sea compleja.

El problema es que ahora no tengo nada a mano. Debería salir para comprar un poco, pero ni siquiera me siento capaz de moverme. El ritmo de mis latidos se acelera y mi respiración se vuelve agitada, ruidosa.

Son mis demonios atacando.

—Damon, ¿todavía no te duermes? —Keira se mueve en la cama, entreabre los ojos y los clava en mí.

—No, yo... —Hablar parece imposible cuando estoy esforzándome por respirar. Me reclino, apoyándome sobre los codos, en busca de algo que me ayude.

—¿Estás bien? —La rubia sale de entre las sábanas, enciende una luz de noche, se aproxima y se sienta justo en el espacio que liberé al reclinarme—. Ey, tranquilo. —Siento que su mano se mueve en círculos sobre mi espalda. Aquel gesto me ayuda—. No pasa nada. —Sus brazos, que ahora me rodean por los hombros, me contienen y la sensación de caer en picada al vacío desaparece.

Ella me está sosteniendo.

—Fue mi culpa. El accidente de Liam fue mi culpa —confieso, sumergido en la desesperación por aliviar la pesada carga de cosas que nunca dije.

—Fue un accidente. No hay culpables —asegura—. Tienes que tranquilizarte. Respira, ¿sí? —da indicaciones que no consigo seguir.

—Me iba a drogar y Liam quiso detenerme, forcejeamos, perdió el control del auto y ahora se va a morir —escupo lo que estaba atragantándome desde el momento en que desperté en el hospital. Mierda. Siento que estoy a punto de quebrarme—. Tienes que ayudarme. Tengo que salir de

esto.

Encontrarme tan atormentado me llevó hasta el límite de sentir que no puedo respirar; un punto donde todo es oscuro y ella es la única salida.

—Escucha, Liam va a estar bien —afirma. Su tranquilidad es tanta que logra transmitirla—. Y claro que te voy a ayudar, para eso estoy aquí. Te lo repetí desde que nos conocimos. Solo tienes que dejarme.

A medida que escucho sus palabras, la respiración empieza a calmarse y los latidos de mi corazón se acompasan a un ritmo normal. Keira sigue ahí; me sostiene entre sus brazos como si fuera un niño que, por primera vez, se siente a salvo.

CAPÍTULO 10

Keira

Abro los ojos y suspiro aliviada tras comprobar que Damon continúa durmiendo en el sofá. No se fue.

Durante la madrugada lo noté asustado, tanto que pensé que se escaparía otra vez, a pesar de que también empieza a aceptar la ayuda.

Salgo de la cama y recojo algunas prendas de vestir. Intuyo que será un largo día. Antes de ponérmelas, compruebo por segunda vez que él sigue descansando. Luce inmerso en un profundo sueño, da la impresión de que nada podría despertarlo. Relajada, le doy la espalda, me coloco el sostén por debajo de la camiseta del pijama y, luego, me atrevo a quitarla para colocarme la ropa corriente.

—Te puedo ver. —La voz masculina me sobresalta y, al mismo tiempo, hace que me sonroje.

—¡Damon! —Molesta, sostengo un almohadón y se lo arrojo.

—¿Qué? Solo te avisaba —pronuncia para librarse de culpas. Giro apenas la cabeza y descubro que está sonriendo con descaro.

—¿Puedes dejar de mirar, por favor? —pregunto, frustrada. Odio que se muestre tan relajado, mientras estoy a punto de morir de vergüenza.

—Lo siento. Estaba dormido, no tenía idea de que, al abrir los ojos, me encontraría con esto —se justifica, aunque sigue mi indicación y gira hacia el lado contrario para darme la espalda—. Tampoco es para tanto. No es la primera vez que veo a una chica quitarse la camiseta —agrega lo que considero un dato innecesario.

Pongo los ojos en blanco.

—Suficiente —digo, firme, para evitar que siga dando información que prefiero no saber.

Sin embargo, varios pensamientos se me cruzan por la cabeza. «Es probable que muchas chicas

hayan pasado por su cama», pienso. A Damon la genética le jugó a favor. Además, su actitud misteriosa y desfachatada incrementa su atractivo.

«De todos modos, no es mi tipo», me digo.

Termino de ponerme la camiseta, busco el pantalón y me dirijo al baño. No voy a seguir sacándome la ropa frente a este chico. Me estoy colocando los vaqueros, cuando escucho un grito que proviene desde algún punto de la casa. Al instante, deduzco que es Alisha. La delata el sonido de su voz exaltada.

—¡Mi cabello! Mi cabello... No... ¡No puede estar pasando! ¡Me quiero morir! —Comprendo, pese a la distancia.

—¿Escuchaste, rubia? El plan tuvo éxito —expresa Damon. Parece haber olvidado que está escondido en mi habitación.

Lo encuentro sentado en el sofá, colocándose las zapatillas, y le hago un gesto para pedirle que haga silencio. Eleva la mirada sin comprender y se encoge de hombros.

—¿Quién va a escuchar? Tu prima está gritando como loca. —Ríe y es inevitable que lo haga yo también.

—No puedo creer que lo hicimos. —Una parte de mí se siente mal, pero, al mismo tiempo, no puedo quitar la expresión risueña plasmada en mi cara—. Tengo que ir a ver.

—La foto. No lo olvides —me recuerda mientras extiende sus brazos para recoger la camiseta que dejó en el piso. En ese simple movimiento, contemplo que algunos músculos se destacan, pero aparto la vista rápido.

—Claro. La foto —digo y disimulo que su cuerpo me distrajo.

Recojo el móvil que está en la mesita y, de inmediato, voy hacia el escándalo. Por lo general trato de evitarlos, pero esta vez me mueve la necesidad de ver el resultado de nuestro plan.

Próxima a la habitación, distingo a Alisha de espaldas; se queja como si fuera la víctima de una gran desgracia. Gertie y Landon intentan consolarla. Aprovecho que ambos están enfocados en la chica de cabello verdoso para tomar la fotografía. Después, guardo el celular en el bolsillo y pongo cara de preocupación.

—Lo siento, escuché los gritos. ¿Todo está bien? —pregunto y todos se quedan en silencio. Mi tía, como de costumbre, me desprecia con una mirada. En cambio, Landon me deja entender, a través de un gesto, que ha sido una mala idea intervenir.

—¡¿Qué te importa?! Mueve tu trasero de aquí, perra asquerosa —pronuncia Alisha y se desgarra la voz. Si continúa gritando así, quedará muda.

No insisto más y me largo.

Al atravesar el pasillo de regreso a mi habitación, carcajeo por lo bajo mientras la imagen de mi prima con cabello verdoso se reproduce en mi cabeza.

—Así que fuiste tú. —Escucho y el ritmo de mis latidos se acelera. No hay forma, no puede saberlo—. Dulce y amable Keira, primero la quieres golpear, luego le arruinas el cabello. ¿Qué está pasando contigo, eh? —cuestiona Landon.

Volteo, lo miro y frunzo el ceño, confundida.

—Tienes una gran imaginación. —Resto importancia a sus deducciones e intento seguir el camino, pero él me detiene.

—¿No te vas a defender?

—No, porque no tengo nada de qué defenderme —aclaro—. Mejor ve a consolar a tu novia. Te necesita. —Retomo el camino y le quito la oportunidad de decir algo más. No me ha visto, no tiene pruebas, solo conclusiones que en unos días se le olvidarán.

De nuevo en mi habitación, respiro tranquila.

—¿Todo bien? —Damon me saca de mis pensamientos.

—Bien. —Asiento, todavía algo distraída. Reconozco que Landon me tomó por sorpresa y, aunque no tenga pruebas, sus sospechas son inquietantes.

—Estás pálida.

—Sí, no... Solo fue la adrenalina. Aquí tienes la foto. —Le extiendo el celular para que la vea. Él se sorprende y, luego, ríe plagado de satisfacción.

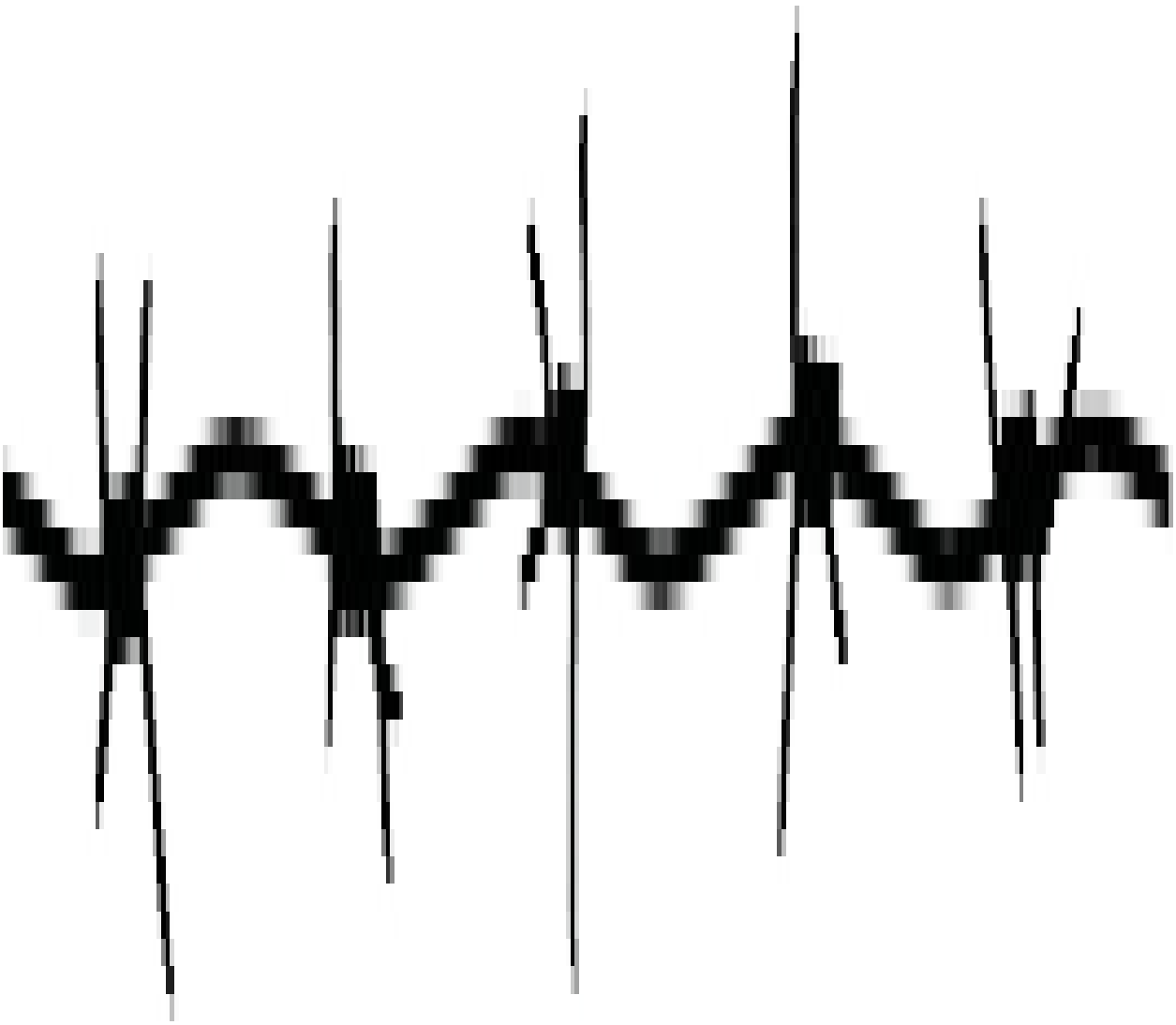
—Mejor de lo que esperaba. —Se regocija y me devuelve el teléfono.

Es la primera vez que hago este tipo de tonterías. Nunca dejo fluir ese lado arriesgado que todos hasta algún punto tenemos. Prefiero evitar las confrontaciones y los ataques. Darles importancia significa dejar que me afecten más de la cuenta. Sin embargo, gastarle esta broma a mi prima consiguió hacerme reír de un modo que hacía tiempo no me ocurría.

Papá era como mi mejor amigo. Compartíamos el sentido del humor y nos jugábamos bromas inofensivas. La broma que hicimos con Damon me trajo una sensación similar a la de aquellos esos días; me recordó a mí y a papá, divirtiéndonos casi como si fuéramos niños y me hizo dar cuenta de lo mucho que extrañaba eso.

Pienso en él y sé que tal vez me hubiera regañado por jugarle esa broma a mi prima, aunque, al final, tras notar que fue inofensiva, se habría reído conmigo.

Ojalá estuviera aquí.



Tuvimos la suerte de que todos abandonaran la casa temprano. Mi tío se marchó al trabajo; Gerti, Alisha y Landon, a un salón de belleza para solucionar el desastre; Valerie, por su parte, tenía alguna actividad. Apenas supimos que la casa estaba vacía, salimos por la puerta de atrás, aunque antes tuvimos que detenernos en la cocina porque Damon pidió comida. Se llevó un sándwich, que va devorando mientras caminamos hacia la parada de autobuses.

Aunque no lo diga en voz alta, trato de estar atenta, sobre todo después del episodio que ocurrió en la madrugada, donde tuve que calmarlo para que pudiera respirar con normalidad. Luego hablaré con Lidia y sé que lo derivará a un profesional, pero antes quiero ocuparme de que él pueda entenderlo.

Al menos prometió que me dejaría ayudarlo, eso es un avance.

Está a punto de hacer señas para detener el autobús que se dirige al hospital, pero lo evito. Tengo otros planes.

—¿No vamos a ver a Liam?

—Vamos luego —aseguro—. Primero tenía pensando ir al centro. Hoy tenemos reunión, ¿recuerdas?

Aprieta la mandíbula, tenso, pero asiente. Parece que se estuviera conteniendo para no oponerse, como si en su interior se librase una constante guerra entre salir adelante o echarse atrás.

—De acuerdo.

—Además... Tenemos que hablar de lo que pasó anoche. ¿Es la primera vez que te pasa o...?

—No pasó nada —dice y se mete las manos en los bolsillos de su chaqueta.

—Damon. —No puede mentirme ni convencerme de lo contrario porque estuve ahí—. Ambos sabemos lo que pasó. Apenas podías respirar, estabas...

—Fue una pesadilla. Eso es todo —interrumpe.

—Se parecía más a un ataque de pánico —digo con sinceridad. Él desvía la mirada hacia el piso y se relame el labio inferior, nervioso. Sabe que tengo razón, pero su orgullo es más grande—. Y no es tu culpa, ¿sabes? Pero tienes que hablar. Si quieres que te ayude, tienes que dejarme.

No responde, continúa evitando verme a la cara y se aleja, se sienta en el banco de la parada. Le doy espacio, pero no me rindo. Tengo en claro cuál es mi función, estoy comprometida en poner lo mejor de mí, y eso es lo que haré. Luego de algunos minutos, me siento a su lado y permanezco en silencio.

Quiero que comprenda que estaré a su lado a pesar de todo.

—No es la primera vez —pronuncia tras unos largos minutos—, pero nunca llegó a tanto. Cada vez que sentía que me estaba pasando, tenía alguna sustancia para colocarme y eso me calmaba —releva en pocas palabras. A estas alturas, ya sé que Damon tiene dificultades para expresarse, por lo tanto, es valioso que me esté contando parte del problema—. Dime por dónde tengo que empezar para hacer que esta mierda termine.

Al final, sus ojos se encuentran con los míos.

—Tienes que comprometerte con las reuniones —indico—. Y el primer paso es desintoxicarte, limpiarte. Es difícil, seguro lo sabes, pero también estoy segura de que eres capaz, muy capaz. —Sonrío de forma sutil.

Él asiente reiteradas veces, parece tomar conciencia de lo que necesita hacer.

—De acuerdo. Estoy dentro.

Damon

Esta vez llegué lejos, toqué fondo. Liam podría haber muerto, y yo también. La diferencia es que, cuando pienso acerca de mi muerte, no me parece tan grave. «¿A quién le importaría si estoy vivo o muerto?», me pregunto.

Mi padre nunca se dignó en conocerme, ni siquiera sé quién es y, siendo honesto, a mi madre siempre le preocuparon más sus relaciones de pareja que su propio hijo. Hasta hace poco tiempo, los policías eran los únicos que se interesaban por mí, al buscarme para llevarme preso.

Sin embargo, Keira me ha demostrado que le importo. Está logrando cosas que no entiendo cómo las consigue. Nunca hablo con nadie sobre mis problemas, odio hacerlo, no quiero que sientan lástima por las mierdas que atravieso. Siempre me las ingenié para afrontar cada situación, desde que mamá me dejó solo en casa por varios días con apenas siete años. En ese entonces, incluso podría haber muerto. Imaginen a un niño expuesto a toda clase de peligros sin supervisión.

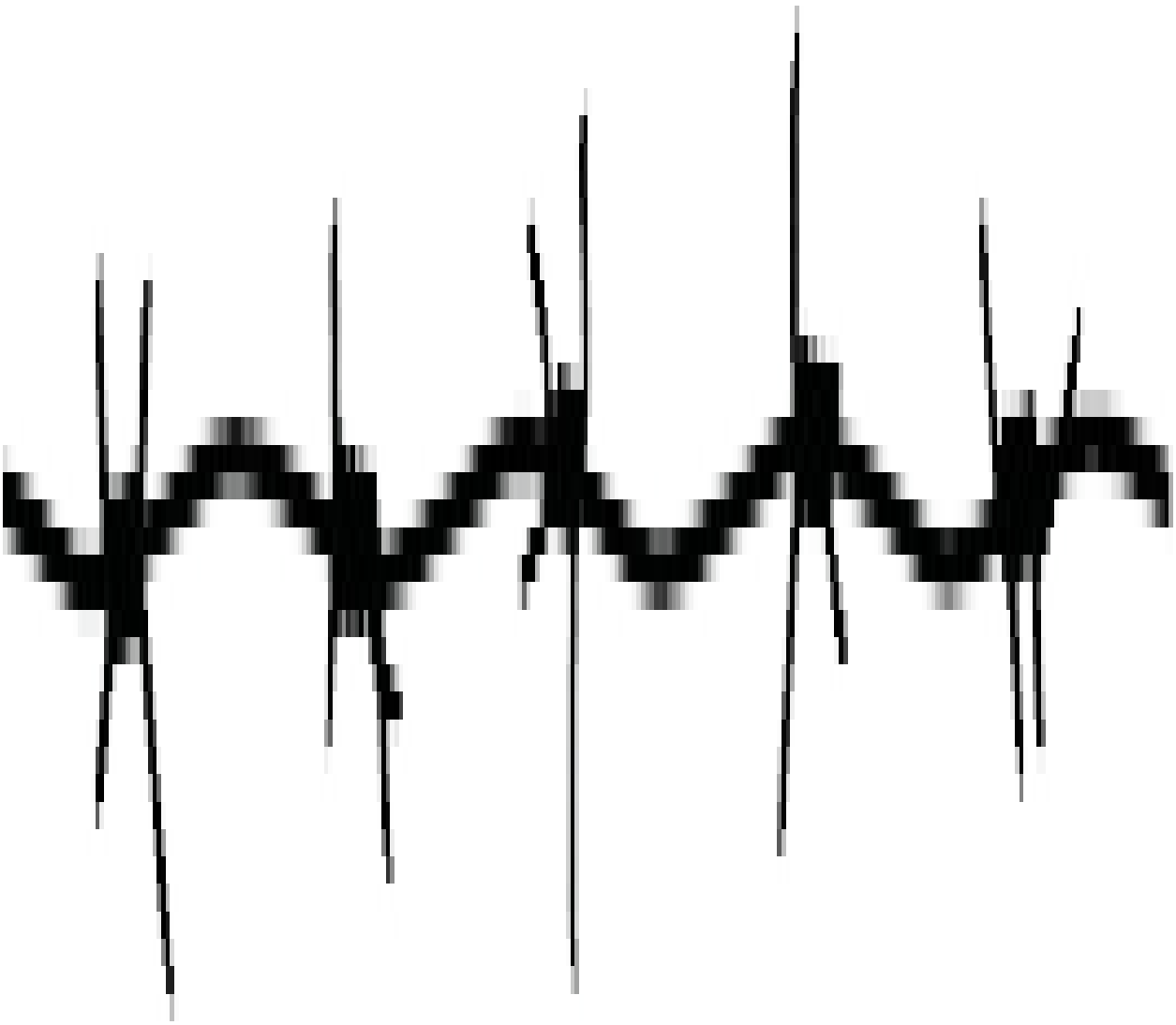
Sorpresa, me las arreglé para sobrevivir.

Y, aunque recuerdo que lloré cada noche por miedo a que mamá nunca regresara, al final empecé a acostumbrarme. La tercera vez que me dejó casi no lloré y, al crecer, me di cuenta de que, si alguna vez ella no regresaba, sería como ganarme la lotería, porque sus novios borrachos y violentos no se meterían a invadir mi casa.

Mientras viajamos en el autobús, la idea de limpiarme empieza a parecerme aterradora. Hace

alrededor de doce horas que no consumo y ya siento que no resisto más. Necesito algo para inyectarme, el deseo es enorme, pero Keira a mi lado es un obstáculo. Considero arrepentirme, salir de ahí, abandonar antes de fracasar, pero recuerdo el modo en que sus brazos me rodearon cuando apenas conseguía respirar y, entonces, surge en mí la necesidad de quedarme cerca.

Me gustaría que mi cuerpo dejara de pedirme esta porquería, pero es algo que no puedo manejar. Creí tener el control, pero no puedo mentirme a mí mismo: lo he perdido hace tiempo.



En la reunión, Lidia propone que mencionemos alguna situación de la vida cotidiana que se haya visto afectada por el consumo. Cada uno tiene su turno de hablar. No tenemos límite de tiempo, por lo que algunos se extienden con total libertad. No es mi caso. De hecho, participar de esta reunión es de las cosas más aburridas que hice en años. Tampoco es que haya colaborado demasiado. Le pasé la palabra a otro.

Luego, Lidia y Keira me acompañan a ver al doctor Charles, un psiquiatra que colabora en el centro. Parece que me contarán en qué consiste el tratamiento. Al principio, ingreso solo. El médico me explica que me hará una ficha, procede a realizarme un cuestionario y, después, un rápido chequeo. Una vez que termina, pregunta si me parece bien que ellas ingresen, a lo cual digo que sí.

No me gusta hacer esto solo.

—Bien, Damon. Entonces, el primer paso para suspender el consumo es la desintoxicación. ¿Has escuchado alguna vez sobre cómo funciona?

—No mucho.

—Básicamente, es para eliminar la sustancia de tu organismo. Es un proceso que tiene sus dificultades, ¿sabes? Existe algo llamado síndrome de abstinencia que, en mayor o menor medida, se da durante la desintoxicación. Esto implica síntomas como respiración agitada, vómitos, fiebre, dolor muscular y abdominal, insomnio, sudoración. Entre otros. Por eso, es necesario que estés bajo supervisión médica

Al final, dejar de consumir se asimila a vivir un infierno.

Escuchar al tipo es un fastidio y empiezo a dudar, aunque Keira parece comprenderlo todo.

—Dijiste que la última vez que consumiste fue hace doce horas, ¿verdad? —me pregunta y asiento—. El inicio de los síntomas propios del síndrome de abstinencia es cuestión de tiempo. Entre las treinta y seis y setenta y dos horas se agudizan. Se pueden mantener entre siete y diez días, hasta que empiezan a disminuir —me explica.

—Los síntomas se pueden controlar, ¿no? —pregunta Keira, que parece entender mejor.

—Claro. Eso es lo que haremos. El plan es combinar un tratamiento farmacológico con terapias conductuales —menciona—. Es la primera fase para desintoxicarse que, sin excepciones, necesita de un control constante, por lo que deberías ingresar al centro por tres o cuatro semanas. —El hombre posa la mirada en mí, a la espera de aprobación.

El problema es que no comprendo por completo lo que dijo y, siendo honesto, me avergüenza admitirlo frente a todos. Pensarán que soy idiota.

—¿Podemos hablar afuera un momento? —pregunto a Keira, quien de inmediato asiente y sale detrás de mí. Salimos por la puerta principal y me introduzco en el callejón justo al lado del centro. Sería más fácil irme a casa—. ¿Quieres explicarme lo que planean hacer conmigo? Parece que todos entienden lo que va a pasar, menos yo.

—Tranquilo. Entiendo que estés asustado. Lo que dijo el médico es que, cuando te acostumbras a una sustancia, tu cuerpo sufre al quitársela de repente. Por eso tendrás esos efectos que él mencionó. Pero no van a ser tan fuertes si te sometes al tratamiento. Te van a recetar medicina, hablarás cada semana con un terapeuta y... tienes que quedarte en el centro por algún tiempo. No mucho —dice. Es increíble, ella hace que lo complejo suene como algo mucho más sencillo.

—¿Quieres decir que tengo que encerrarme en esta basura? —No suena tan diferente a estar en la cárcel.

—A lo sumo será un mes, no más. Estarás bien. Te van a cuidar.

Entonces, un intenso miedo se esparce por mis entrañas.

—Me van a cuidar, claro. —Chasqueo la lengua tras la ironía—. Y aquí termina tu trabajo, ¿no? Ingreso al centro y felicitaciones, lo lograste. Puedes irte —pronuncio. Imagino que, como todos, me va a abandonar. Debí saberlo.

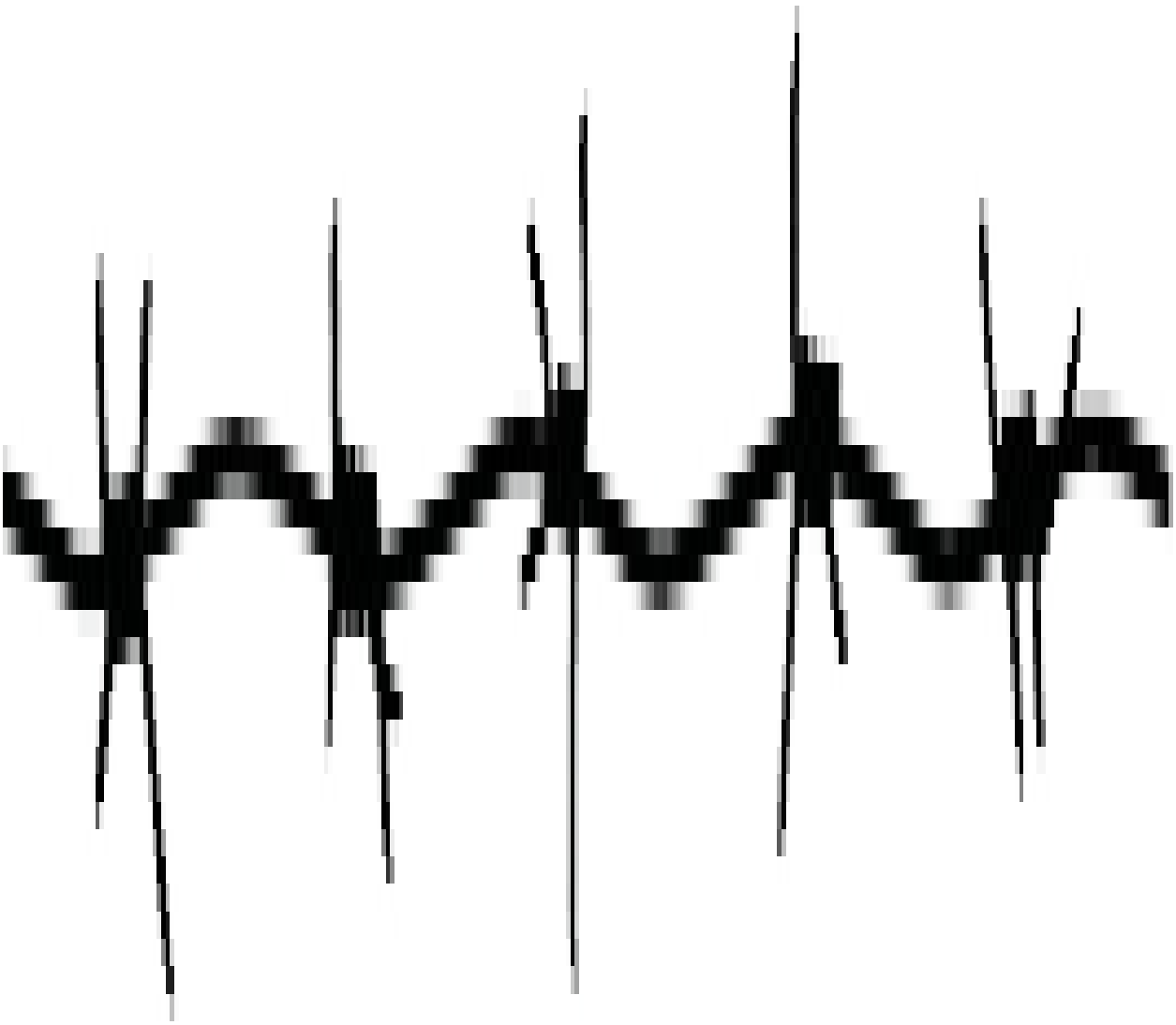
—¿Qué? No, Damon —Keira da un paso adelante, se aproxima. Me observa con seguridad y posa una mano en cada hombro. Lo usual es que me rehúse a todo contacto físico, pero su toque es ligero y agradable. No me hará daño—. Somos amigos, ¿no? Voy a estar molestándote aquí las veinticuatro horas del día —murmura y coloca una pequeña sonrisa que inspira confianza.

¿Cómo puedo pensar que me dejará solo aquí?

Ella no va a largarse. Me ha demostrado que es diferente.

—Bien. Lo haré —acepto. Quiero suponer que las cosas mejorarán después de esto—. Pero antes quiero ver a Liam.

—Deseo concedido —murmura, divertida.



No tenemos problemas para ver a Liam. Coincidimos con el horario de visitas y, además, ya lo trasladaron a sala común. Allí, las condiciones para verlo no son tan estrictas. Keira decide esperar fuera de la sala para darnos privacidad. Mi amigo está despierto, sostiene el mando del televisor y pasa los canales.

—Ey.

—Ey. Estás vivo —luce sorprendido.

—Si me hubiera ido, te hubiera arrastrado conmigo al infierno. Eso seguro. —Sonrío un poco de lado—. Te veías como un pedazo de basura la última vez que estuve aquí —trato de bromear.

—Lo estoy superando, idiota. Me rompí algunas costillas y eso complicó lo de respirar. También me fracturé una pierna, pero el doctor dice que me estoy recuperando. Tengo que guardar reposo por seis semanas y en mi trabajo están obligados a pagarme por la justificación médica. Serán como unas vacaciones.

—Bueno, no está tan mal, ¿eh? Ya sabes lo que dicen, no hay mal que por bien no venga —digo esa frase estúpida y trillada que escuché miles de veces. Por primera vez, tiene sentido—. Tengo que disculparme contigo, Liam. Fui un idiota en el auto.

—¿Cuándo no lo fuiste? —larga una broma y me doy cuenta de que no está molesto—. Olvídalo —agrega y ladea la cabeza, para observar a través de la rendija que formó la puerta entreabierta —. Esa rubia es...

—Sí, es Keira.

—Estás bien acompañado.

—Bueno, sí. La verdad es que ella… Me está ayudando. Ya sabes, con lo de las drogas... Voy a internarme.

Liam me observa orgulloso.

—Al fin, imbécil. Estás haciendo lo correcto —asegura—. Tienes suerte de tenerla.

Asiento. Tiene razón. Ella es el impulso que necesitaba para vislumbrar la salida. Sin embargo, omito todo lo que podría decir y cambio de tema. Bromeamos durante un rato; nos reímos de viejas anécdotas, hasta que un murmullo que proviene del exterior se intensifica hasta llegar a escucharse con claridad.

—Hola, linda. ¿Qué tal? ¿También esperas para ver a mi primo? Ese desgraciado te tenía bien escondida, ¿eh?

Reconozco la voz: es el primo de Liam, Jonathan. Él solía ser mi jefe en el negocio de las drogas

y ordenó que me dieran una paliza hace un par de semanas. Mierda. Salgo del cuarto a la defensiva para interrumpir. No dejaré que ese hijo de puta se acerque a ella.

—Disculpa, ¿a quién llamaste linda? —intervengo y me coloco frente a ella.

No dudo en que por su cuenta se las arreglaría, pero es preferible que ni les dirija la palabra. Estos tipos no son de fiar.

—¿Pero miren a quién tenemos aquí? Damon Montclair. Solías ser mi mejor dealer, ¿recuerdas? —habla con cinismo—. En honor a los viejos tiempos, ¿por qué no me presentas a la chica? Digo, estoy necesitando un rapidito; podríamos negociar para saldar deudas.

El imbécil toca el punto exacto que enciende mis ganas de desfigurarle la cara y romperle los huesos. Me abalanzo sobre él, furioso. Mis puños apretados se descargan primero sobre su asqueroso rostro, y luego aterrizan en su estómago, hasta que él consigue usar sus fuerzas para dar vuelta la situación y se pone encima de mí.

No logra golpearme. Aparecen dos guardias de seguridad que trajo Keira, lo sujetan por los brazos y lo alejan. Me enfurece que se haya metido con ella, incluso me hizo olvidar que estaba golpeando a un tipo que vive rodeado de criminales; él es uno de ellos.

—¿Estás bien? —Ella observa mis nudillos. Por suerte casi no me lastimé.

—Estoy perfecto —respondo, aún agitado.

—Tienes que aprender a controlar tus impulsos —me pide. Su preocupación es evidente.

Tiene razón. Debería controlarme, pero sé que perdí el control hace tiempo.

—Ese desgraciado fue demasiado lejos. —No me hubiera importado si decía mierdas sobre mí. En cambio, Keira no merecía ni una sola de todas esas palabras—. Somos amigos, ¿no? —repito la frase que ella pronunció horas atrás—. Haces cosas por mí, yo hago cosas por ti. Si alguien se mete contigo, me dices y le parto la cara —digo, en un intento por restar tensión al momento, aunque no tendría problemas en hacerlo por ella.

Pese a saber que no está de acuerdo con las peleas, contemplo sus ojos iluminados.

—Lo de partir la cara no es necesario —menciona—. Prefiero el estilo de «juguemos una broma y pongamos su pelo verde» —dice. Las comisuras de sus labios se elevan y sus pómulos resaltan. Esa sonrisa causa un efecto en mí: me hace darme cuenta de que nunca una chica me pareció tan linda.

CAPÍTULO 11

Keira

No creo que el tiempo en sí mismo pueda definir si una persona es significativa en tu vida o no. Puedes pasar años cerca de alguien y apenas cruzar dos palabras, como ocurre con esos compañeros del instituto con los que convives por obligación, o esos familiares con los que solo te relaciones por cortesía. Hay otra cosa, algo llamado calidad. La calidad del tiempo que pasas con alguien define qué tanto significas para el otro. Conozco a Damon desde hace menos de un mes, pero pasar tiempo de calidad nos ha unido.

Compartimos cosas sobre nosotros. Yo sé cosas sobre él y él sabe cosas sobre mí.

Y sí que se siente extraño tener que separarnos.

Su tratamiento es «residencial a corto plazo». Es decir, pasará alrededor de tres semanas internado. Luego, dependiendo de los resultados, podrá salir y seguir con un tratamiento externo.

Lidia ya le asignó una habitación en el centro. Hay una cama, una mesita de noche y una estantería para guardar ropa y pertenencias. A partir de ahora, todo el trabajo queda en manos de los profesionales y en las suyas propias. Seguiré ahí, seré un apoyo, pero no tengo ninguna clase de control sobre este proceso.

De pronto aparece en mi cabeza una escena similar sobre mi padre. Él se internó en este mismo sitio para recuperarse del alcoholismo; yo quedé al cuidado de mi tío por unas cuantas semanas, pero lo visitaba casi a diario y, en cuanto se recuperó, volvimos a estar juntos. Papá me explicó una vez que, si yo no hubiera estado en su vida, lo más probable era que nunca hubiese encontrado una razón para salir adelante. No lo entendí. Él era fantástico. Él mismo debería haber sido una razón para recuperarse. Pero supongo que hay algo en el amor de los padres hacia sus hijos que solo puedes comprender cuando tienes uno propio.

—No está tan mal, ¿eh? —le hablo a Damon, que observa la habitación sin mucho ánimo.

—No. Claro que no. Estoy muriendo por pasar tiempo encerrado en este lugar —murmura, irónico.

—Encontrarás algo que hacer —comento—. Están los talleres. Tienes la cancha de básquet fuera. Y pasaré a traerte cosas así no te aburres tanto.

Estoy convencida de que se me ocurrirán opciones.

—Trae comida y cervezas —pide.

—Voy a ver qué puedo hacer —menciono, divertida, aunque no me refería a ese tipo de cosas con exactitud.

Lidia nos ha dado diez minutos. Debo darme prisa o vendrá a buscarme.

—Todavía no dejo de preguntarme por qué una chica como tú está metida en este lugar —larga sin objeciones. Él tiene una honestidad brutal y me gusta, porque es del tipo que no se encuentra con frecuencia—. Dime la verdad, Keira. ¿Qué ganas haciendo esto?

—¿Desconfías de mí? —Elevo la vista hasta él, algo que siempre tengo que hacer cuando estamos de pie, porque tiene varios centímetros más que yo.

—Solo tengo curiosidad —responde.

Trago saliva y me preparo para sacar a flote algunas verdades.

—Al contarte lo de mi padre, hubo algo que no te dije —adelanto—. Cuando era pequeña, mi papá tuvo problemas con el alcohol. Fue algo que lo superó. Sabía que estaba mal, que ese problema no lo dejaba ser la persona que en realidad era, y por eso se internó aquí. Lidia lo ayudó o, mejor dicho, nos ayudó. A ambos. Después de unos años, incluso cuando lo declararon recuperado por completo, él seguía viniendo a asistirla, ayudaba a los demás internos. Les daba su apoyo porque sabía lo difícil que se sentía estar aquí —le cuento. Tengo que detenerme para tomar una bocanada de aire y continúo hablando—. Después de su muerte, descubrí que estar en este lugar y hacer lo que a él le gustaba me hacía sentir más cerca. Eso es todo. No hay segundas intenciones de por medio. —Me encojo de hombros, espero que mi sinceridad haya sido suficiente para acabar con los prejuicios.

A simple vista, parece algo avergonzado de haber dudado.

—Chicos, se acaba el tiempo. —Lidia aparece, dispuesta a hacernos respetar las reglas. Reglas que podríamos romper.

—Ahora voy —respondo. Entonces, vuelvo la mirada a Damon—. Me tengo que ir. —Aprieto los labios, lamentándome.

El momento, de pronto, es incómodo. No sé si debería despedirme con un beso en la mejilla, abrazarlo o tan solo caminar hacia la puerta.

Elijo la última.

—Keira. —Me detiene antes de que pueda cruzar el umbral de salida y giro para esperar sus palabras. Se tarda algunos segundos, aprieta la mandíbula como cada vez que está pensando qué decir. Sé que le cuesta, pero se está esforzando—. Lamento haber dudado de ti.

Acepto las disculpas y entiendo que no me iría tranquila sin hacer nada. Me aproximo de un modo inesperado y lo abrazo. Por un instante está inerte, no reacciona de ninguna manera, hasta que en un momento siento que sus brazos comienzan a rodearme, toman poco a poco seguridad y sujetan mi cuerpo con firmeza.

—Estaré aquí mañana —le digo al separarnos y me escabullo del lugar antes de que Lidia pueda malinterpretar las cosas.

Al cerrar la puerta, siento que el estómago me da vueltas. Ese abrazo ha sido tan natural, pero, al mismo tiempo, me ha causado una revolución por dentro. Suspiro mientras me alejo de la habitación y, como lo supuse, Lidia está cerca. Me intercepta pocos segundos después. Pone una sonrisa amigable y me da una palmadita en los hombros, para luego hablarme en tono maternal. Estoy segura de que notó mis ojos preocupados.

—Lo has hecho muy bien, Keira. Él acaba de dar un gran paso y, en parte, es gracias a ti —murmura. Quiero estar feliz, pero me invade un dejo de tristeza—. Sabía que estaba en lo correcto cuando te permití sumarte al equipo —añade. Percibo mis ojos aguarse y no comprendo por qué—. Cariño, ¿estás bien?

Asiento de inmediato y me incorporo, me digo a mí misma que debo contenerme.

—Sí, no es nada —respondo de inmediato—. Mañana a primera hora vengo a verlo.

Me confunde la expresión que me devuelve. Está viéndome como si lamentara algo que está a punto de pasar o, mejor dicho, que está pasando. Se asemeja al momento en el que tuvo que contarme que no había modo de conseguir mi tenencia, la cual, por ende, quedaba en manos de mi tío. Todavía recuerdo la desilusión que me llevé.

—Hay días y horarios de visita estipulados —indica—. Ya sabes cómo es.

—Puedes hacer una excepción conmigo —pido como una niña que no puede aceptar las reglas.

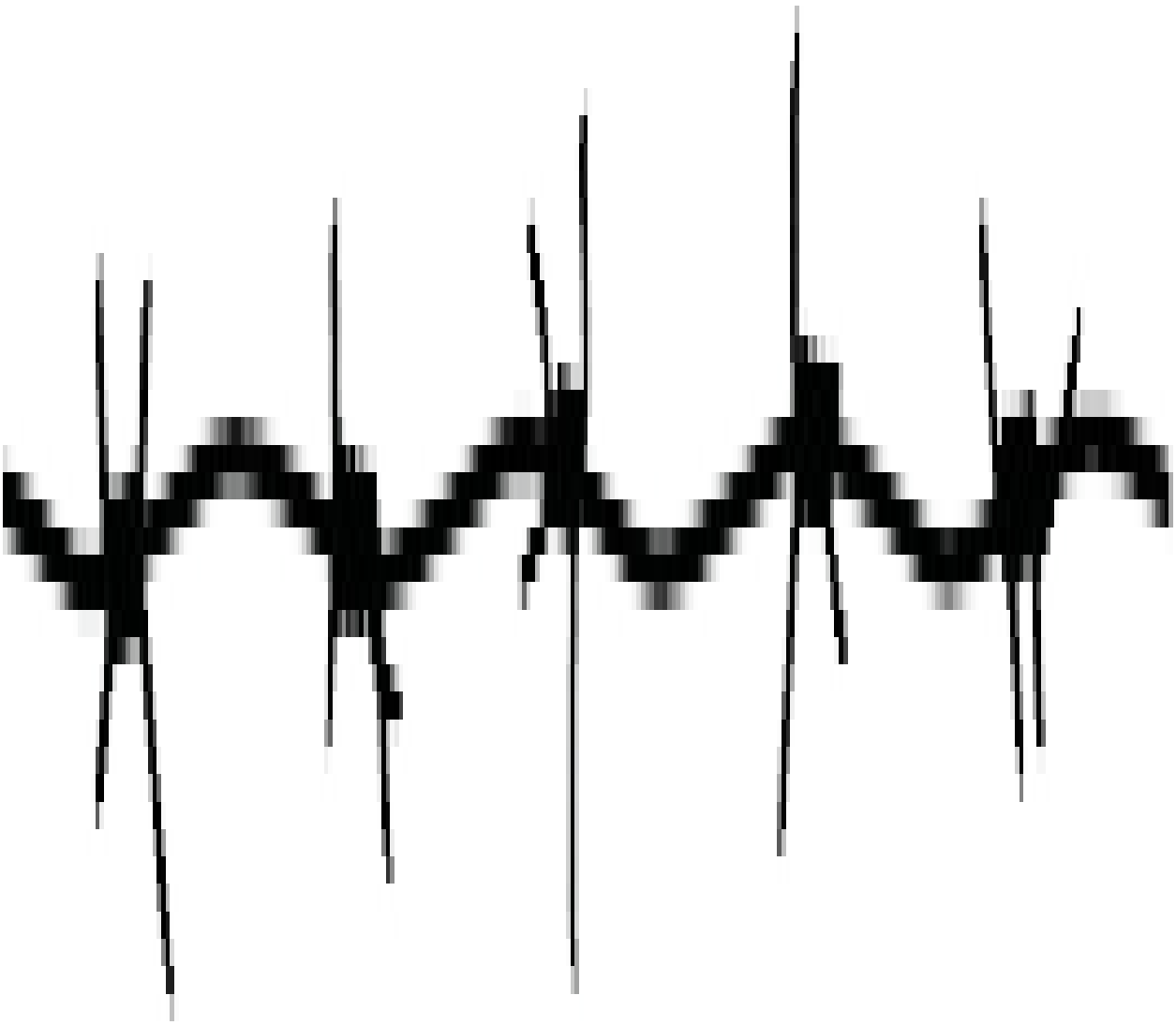
—Si lo hago contigo, tengo que hacerlo con todos —vuelve a negarse—. Hiciste un gran trabajo, ahora ocúpate de tus cosas. Pronto tienes que ir a la universidad. Estudia, sal con tus amigas, diviértete.

—Pero...

—Puedes pasar recién en tres días.

—¿Tres días? —reacciono exaltada; aquello suena como una eternidad.

—Tres días. Son las reglas. —Es breve, pero deja en claro que se trata de algo que no puedo cambiar. Sin embargo, mientras me marcho, en todo lo que puedo pensar es en cómo me las ingeniaré para romperlas.



Me encuentro a punto de abrir la puerta de entrada de la casa, cuando escucho a alguien carraspear detrás de mí. Volteo, aunque una mala sensación me invade y entiendo por qué. Me topo con un muchacho rubio, de tez blanca y contextura atlética: Landon. Está de pie centímetros atrás, cargando una expresión de satisfacción; parece que acaba de ganar algo. ¿Qué le pasa?

—No te apresures a entrar —me dice—. Estoy seguro de que querrás tener esta conversación aquí afuera.

Doy un suspiro de frustración. Solo quiero entrar a mi habitación y quedarme ahí durante el resto del día, pero este chico está atrasando mis no tan emocionantes planes.

—Vamos, Landon. Tengo cosas que hacer.

—Cosas que hacer… —analiza—. ¿Cómo esconder a un tipo en tu habitación? ¿O ir a un centro para drogadictos? —Me quedo paralizada. No puedo creer que lo sepa. Empiezo a desesperarme al pensar en que es probable que Alisha también conozca mi secreto, lo que significa que pronto se enterará Gerti, luego mi tío, y entonces todo se habrá ido a la basura—. Ni siquiera pienses en negarlo. Lo sé todo, Keira. Tengo fotos.

Eleva el celular y me muestra la pantalla. En la foto estamos Damon y yo en la puerta del centro. El idiota nos ha perseguido y no he sido capaz de darme cuenta.

Me siento como una estúpida.

—No lo entiendes.

—Sí que entiendo. Veo que estás metida en cosas raras, que tienes secretos; y que a tu tío, precisamente, no le gustarán nada —dice con cinismo—. Es más, sé quién es tu chico. Vendía droga en las fiestas de conocidos —agrega. Ahora comprendo el porqué de su sonrisa victoriosa. Sabe que, esta vez, tiene todo el poder sobre la situación. Titubeo, en busca de qué decir para hacer que se retracte, pero no se me ocurre nada válido—. Al final es cierto: las más tranquilas son las peores.

—¿Quién más lo sabe? —cuestiono y evito seguirle el juego. Tengo una leve esperanza de lograr negociar con él.

—Hasta ahora, solo yo —responde.

—¿Qué quieres para quedarte callado? —indago, aunque me da miedo descubrir lo que pretende.

—Vaya, te pones pretenciosa, ¿eh? Sigues siendo adorable —se burla—. No hay mucho que pueda pedirte. ¿Qué puedes darme que yo no tenga? —continúa y se acerca para minimizar la distancia que nos separa. Mi espalda choca contra la puerta—. Bueno, tal vez sí haya algo. —Me sujeta de la barbilla y hace que mi rostro se eleve. Lo miro con desprecio—. Nos vamos a

divertir mucho. —Roza mi labio inferior con el pulgar y sonríe con malicia. Landon puede ser atractivo ante los ojos de la mayoría, pero yo no le tocaría ni un pelo.

Escapo de sus garras para refugiarme en mi habitación y me aseguro de echarle llave a la puerta. En pocas situaciones el corazón me ha latido tan rápido.

Mi tío no tenía una relación agradable con mi papá porque no toleraba su problema con el alcoholismo. Trató de echarle una mano al principio, pero, al no ver resultados inmediatos, se terminó frustrando. Aunque yo era pequeña, recuerdo parte de una discusión en la que mi tío le gritó que debía reaccionar y recuperarse porque tenía una hija a la que condenaría al sufrimiento si seguía por el mal camino. Ahora que lo pienso, creo que esto fue clave para que papá decidiera curarse. Si mi tío se entera de que estoy colaborando en ese centro de rehabilitación y que, además, me he vuelto cercana a uno de los internos, se asegurará de alejarme de ese sitio; no lo aceptará de ningún modo.

No puedo permitir que lo sepa y que intente alejarme de Damon; la angustia me invade de tan solo pensarlo.

Damon.

Él seguro que sabría cómo arreglar lo de Landon.

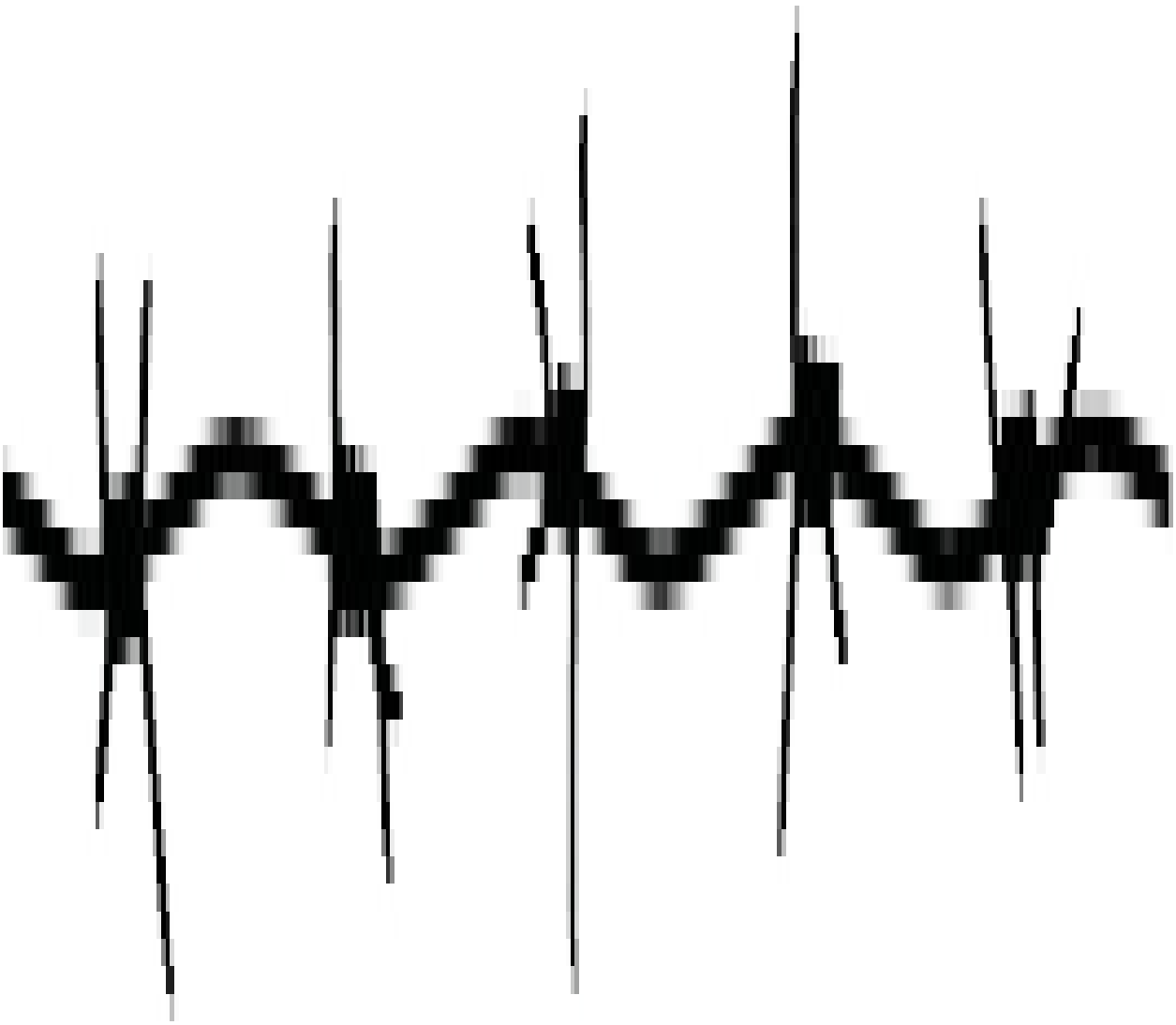
Damon

La habitación que me dieron es aburrida. No hay más que algunos muebles y un reloj de pared con un torturante tic tac que me hace dar ganas de reventarlo contra el suelo. Pero me han dicho que la cena es a las ocho, así que lo observo una y otra vez, a la espera de que sea la hora. Mi estómago ruge por el apetito, y sé que pronto comenzaré a desesperarme.

Sin dudas, el cuarto de Keira era más divertido. Tenía un sofá cómodo, siempre había comida, y molestar a su prima fue genial. Aunque, pensándolo bien, si ella estuviera aquí, también me sentiría a gusto.

Ella marca la diferencia.

Nunca tuve amigos capaces de aconsejarme. Tampoco tuve una relación seria; nunca busqué ir tan lejos con nadie porque, siendo honesto, no sabía cómo confiar en los demás. Prefería que no se metieran en mi vida. Siempre he sido yo solo con mis asuntos. Keira traspasó todo, fue más allá sin pedir permiso. Aunque al principio no quería escucharla, me habló, insistió cuando todo lo que le decía era «no» y, si estoy aquí, es porque ella supo demostrarme que era la mejor idea. Admito que se siente bien tener cerca a alguien como ella.



Hora de cenar. Voy hacia el comedor, donde me encuentro con el resto de los internos. Un grupo de chicos me echan un vistazo en plan «nos caes mal», pero los ignoro. Me importa una mierda lo que piensen de mí. «Pronto estaré fuera», me digo. Tras hacer la fila y recibir la bandeja de comida, ocupo una mesa que está en un rincón, libre. Devoro todo lo que me sirvieron. Me quedo con ganas de más, pero sé que no tenemos derecho a otra ración.

—¿Quieres lo que me sobró? —pregunta una chica de cabello negro y ojos celestes electrizantes. Sostiene una bandeja y la apoya sobre mi mesa.

—Está bien. Si no te importa. —Observo el plato, que se encuentra bastante lleno, y espero que no me esté jugando ningún tipo de broma. Tengo hambre, así que empiezo a comerlo de todas formas. La chica se sienta a mi lado y sonríe.

—Odio la comida de este lugar —expresa.

—No puedo quejarme. —Sé que hay cosas mejores, pero para mí es suficiente con cualquier cosa que se pueda comer—. ¿Cómo lidias con la ansiedad?

No tener drogas para consumir me empieza a matar de a poco. Puedo sentirlo. Percibo que una tormenta se avecina en mi interior. La comida llena una parte del vacío, pero no alcanza. No puede reemplazar la sensación de la heroína.

—Fácil. Hay otros métodos. —Su mano empieza a subir por mi pierna. Me sorprende y me sobresalto. Maldición.

—¿Qué haces?

—Te enseño los otros métodos —dice y sigue moviendo la mano. La aparto con amabilidad—. ¿No quieres?

Relamo mi labio inferior y considero la propuesta. No estaría mal tener un pasatiempo dentro de este lugar condenado al aburrimiento. ¿Quién dice que no puedo darme ese gusto?

—Vamos a otro lado —digo. Suelto los cubiertos, dispuesto a buscar otro sitio.

La chica, cuyo nombre ni siquiera sé, me observa con picardía, se levanta y hace una seña para que la siga.

Al final, Keira tenía razón: estar aquí dentro no está tan mal.

CAPÍTULO 12

Damon

Despierto con el ritmo cardíaco acelerado, como si acabara de correr un maratón y obtener el primer puesto. Me reclino sobre la cama y tomo una bocanada de aire para intentar regular la respiración.

Ni siquiera consigo dormir más de tres horas seguidas. Tampoco he podido alimentarme demasiado porque, después de algunos bocados, siento repulsión y ganas de vomitar. Ni hablar de participar de actividades, como el básquet o tener sexo con Hayley, la chica que me llevó a su habitación el primer día. No tengo ánimos y el dolor corporal me lo impide.

Los efectos de la abstinencia llegaron y se están haciendo notar. Me lo advirtieron. Si no fuera por los medicamentos que me recetó el médico, las consecuencias serían peores.

Además, tuve que ir a terapia. Me senté frente a un desconocido que empezó a hacerme preguntas, en busca de mis palabras, pero me sentí incapaz de hablar mucho. Mientras me sumía en el silencio, se me cruzaba por la mente abandonar este lugar, ir a por más drogas y recuperar la vida de antes. No era la mejor, pero al menos podía moverme a mi antojo.

Keira llamó una vez para decirme que tenía que retrasar la visita. Odio que esté haciendo lo que dijo que nunca haría: alejarse. Es como si ya hubiera cumplido con su función al dejarme aquí y ahora encontró cosas mejores de las que ocuparse.

Logro apaciguar el ritmo cardíaco al respirar de la forma en la que ella me enseñó. Entonces, tocan a la puerta. Rápido, me coloco una camiseta y me pongo de pie. Mierda. Me doy cuenta de que estoy más débil. De todos modos, abro.

La chica de cabello negro hasta los hombros pone sus ojos azules en mí, me da un leve empujón y se mete a la habitación, luego cierra la puerta.

—¿Qué diablos, Hayley? —Su actitud me confunde. No se ha puesto a besarme, ni está tocándome.

—¿Adivina qué? —murmura, divertida. Solo frunzo el ceño, no estoy de humor—. Vendrán a visitar a Charlie y le traerán… Ya sabes. Estaremos en el patio, por la tarde. Aclaro que estás invitado.

—¿Por qué no se van de este lugar si quieren drogarse? —pregunto. Yo mismo lo haría, pero la advertencia de ir a la cárcel si no cumplo con lo pactado me detiene.

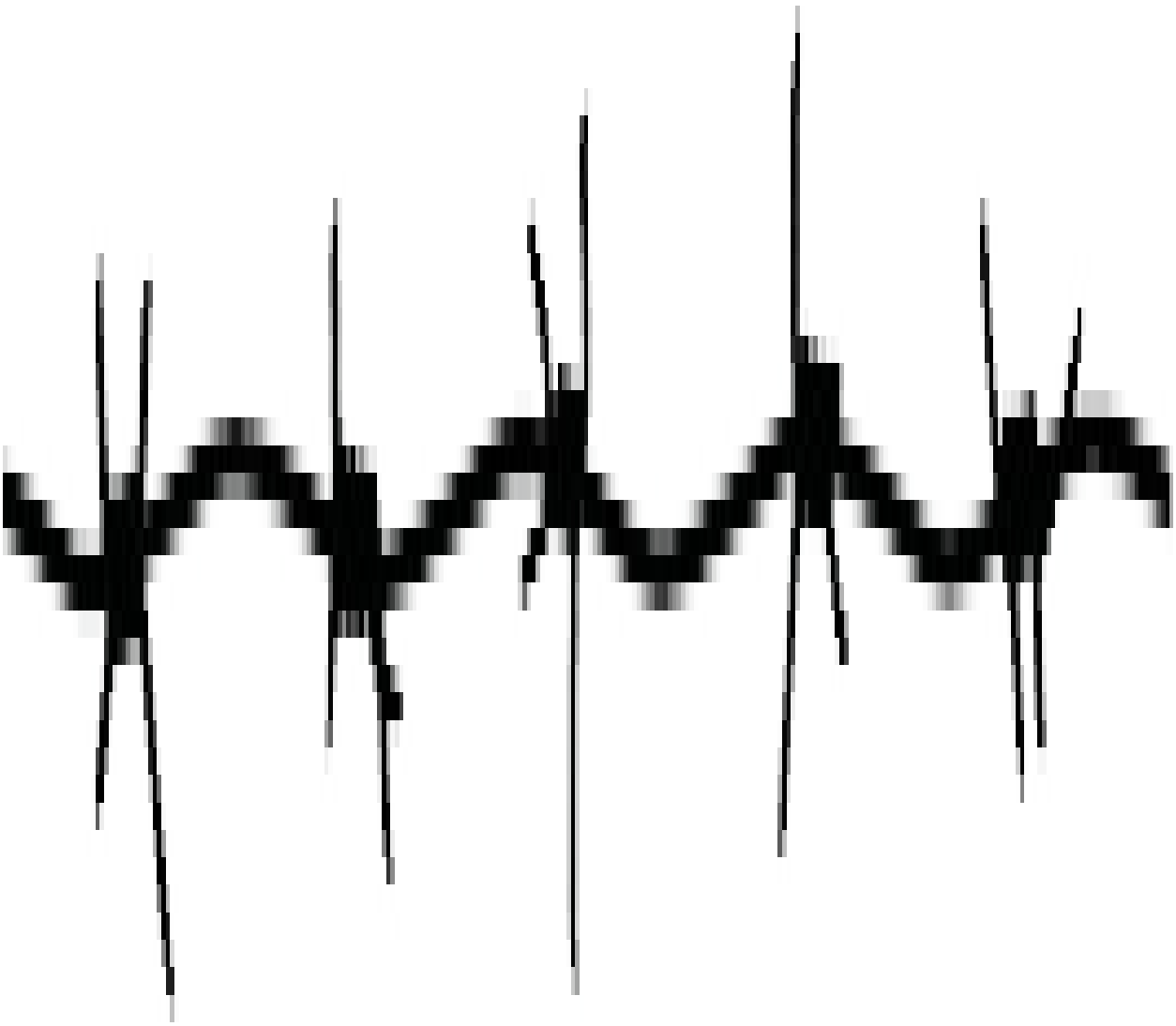
—No eres el único que está evitando ir a la cárcel —responde—. Así es como resistimos. —Sonríe maliciosa y se escabulle, de nuevo hacia el sector de mujeres.

Su idea no es tan mala. Quizá sea una buena forma de aguantar.

Considero la propuesta, aunque primero tengo que sentarme en la cama porque me da la sensación de que el piso se está moviendo.

Maldición.

Estoy mareado.



Debido a los mareos, evito el desayuno. Al fin consigo algo de estabilidad para el almuerzo. Lo que está pasando me preocupa, porque jamás sentí asco por la comida. Ahora ni siquiera tengo ganas de probar un bocado. Sin embargo, me obligo a meter algo a mi boca y solo queda esperar a que mi estómago lo rechace. Todo esto apesta.

Sentirse mal es una mierda y lo irónico es que ingerir algo de drogas me aliviaría. Supongo que tengo que ir con Hayley esta tarde.

Keira

Ahora mismo en mi vida hay un solo obstáculo, y se llama Landon.

Se ha pasado los últimos días casi sin dejar la mansión, detrás de Alisha, pero, de vez en cuando, largando palabras con doble sentido para recordarme que conoce mi secreto y que, por lo tanto, tiene el control. Aún no me exigió nada en concreto, pero estoy segura de que lo hará pronto. De momento, solo se está divirtiendo, juega conmigo.

No fui al centro porque no quiero que vuelva a seguirme. Quiero impedir que obtenga más pruebas, que averigüe más cosas. Mientras tanto, he intentado encontrar motivos para librarme de él. Intenté estudiar un poco, ya que la próxima semana comienzo la universidad, pero Damon es lo que me impide concentrarme. Quiero verlo, pero sé que mantenerme alejada por unos días es una forma de cuidar lo que tenemos. Tengo la teoría de que Landon, al verme tan quieta, se aburrirá pronto y se olvidará del tema. Sin embargo, cuando me entero de que saldrán de la ciudad con Alisha durante ese día, no pierdo el tiempo y me dirijo al centro. Es día de visitas.

Mientras camino a la parada del autobús, no puedo dejar de sentirme perseguida. Volteo un par de veces, exaltada. Aun sabiendo que el novio de mi prima está fuera de la ciudad, siento algo de pánico. Es una de las peores sensaciones del mundo.

En el centro, me siento aliviada. Libero el aire contenido y busco a Lidia, que me recibe con alegría. No le cuento acerca de Landon, para evitar problemas, así que mi excusa es que me dio un resfriado y tuve que quedarme en la cama. No me gusta mentir, pero, en este caso, es para no armar ningún drama.

—¿Damon?

—Creo que está en su habitación —responde—. Ha estado algo decaído, pero es lo normal. A

todos les pasa cuando lo están dejando —menciona. Mi expresión se entristece.

Me siento tan mal por haberme ausentado seis días.

Me detengo antes de llegar a su cuarto. Lo veo desde lejos, atraviesa el umbral hacia el patio trasero.

—¡Ey, Damon! —expreso con ánimos y me aproximo para caminar a la par. Él voltea a verme, pero rápido esquiva la mirada.

—Ey, rubia. De pronto te acordaste de mí. Estabas entretenida con algo mejor, ¿no? —dice en un tono hiriente.

—No es lo que piensas. ¿Podemos hablar? —Sé que puede ser muy terco, así que me tomaré el tiempo para explicarle. Tengo que lograr que entienda.

—No lo creo —menciona con superioridad.

Caminamos por el césped, en dirección a un grupo de chicos y chicas que están en el fondo. Quiere deshacerse de mí, pero no lo dejo.

—Esto no va a funcionar si no nos escuchamos. Te enojas conmigo y ni siquiera me das la oportunidad de explicarte —digo y consigo que se detenga.

El grupo del fondo nos está observando, parece que no les agrada tenerme ahí.

—¿Explicar qué? ¿Vienes en busca de problemas cuando estás aburrida? —exclama con sarcasmo—. Tengo cosas que hacer ahora —indica una vez más con la intención de alejarse, pero no alcanza a dar otro paso porque se desmorona y cae sobre el suelo, desmayado.

—¡Damon! —Trato de no entrar en pánico. De inmediato me arrodillo sobre el suelo para auxiliarlo, intento hacerlo reaccionar. —¿Me puedes escuchar? —Sostengo su cabeza apenas inclinada entre mis manos, reconozco que sus ojos se entreabren con debilidad y apenas asiente.

—Llama a Lidia —le ordeno a una chica de cabello negro que se ha acercado, quien enseguida acata lo que estoy pidiendo y se va con prisa—. ¿Cómo te sientes? —me dirijo a él con preocupación. De a poco va recuperando la conciencia.

—Estoy bien. —Hace un notable esfuerzo para inclinarse, despega su espalda del suelo hasta quedar sentado—. Keira...

Vuelvo a tocar su rostro y percibo que su temperatura no es la normal.

—Tienes fiebre. —Él hace el intento por ponerse de pie, pero lo detengo—. Quieto. Te acabas de desmayar.

—Te digo que estoy bien —dice sin perder el tono peleador con el que me ha hablado desde que llegué. No puedo creer que aún mantenga ánimos para discutir.

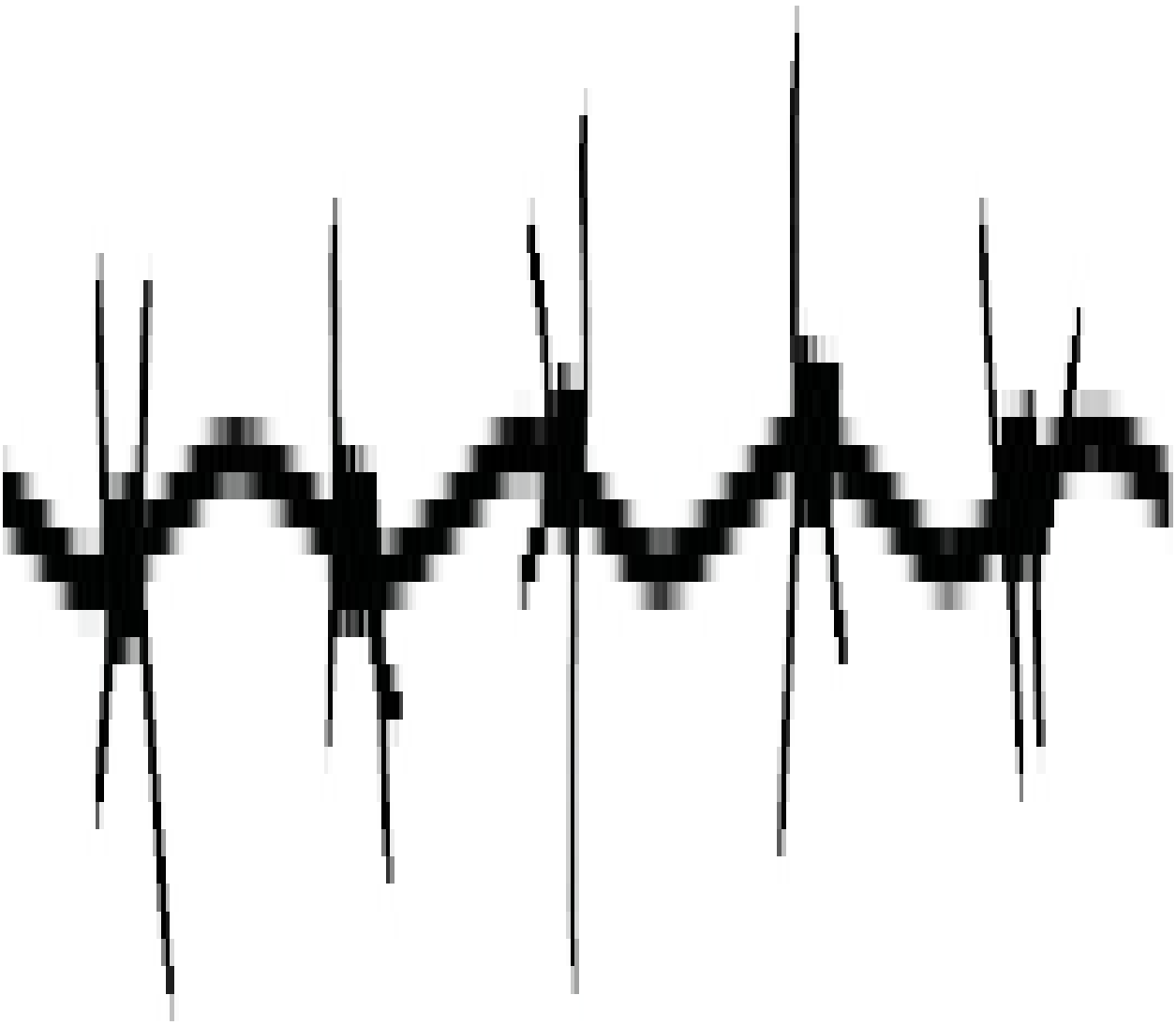
Suspiro, pero continúo con paciencia.

—Vamos adentro, ¿está bien? Pero caminas conmigo —indico, para evitar que vuelva a caerse. Noto que ha recuperado un poco la compostura, pero de todos modos lo ayudo a levantarse y, luego, hago que camine sosteniéndose de mis hombros.

—¿Qué pasó? —Lidia aparece, preocupada, y nos echa un vistazo a ambos.

—Nada —se adelanta Damon.

—Tranquila. Por ahora puedo encargarme —pronuncio con seguridad. Sé que conmigo hablará, en cambio, sí Lidia está cerca, no lo hará.



Está enojado. Lo puedo notar por la forma en que me esquiva la mirada. Indiferente, se encarga de demostrar que no me necesita. De todos modos, me quedo cerca. No es la primera vez que actúa de esa forma y sé que, al final, siempre me lo agradece. Está sentado sobre la cama y se soba los brazos con las palmas de sus manos, con lo que deja en evidencia que tiene frío. Es obvio que pone lo mejor de sí mismo para fingir que no pasa nada.

Busco una manta en el armario de su habitación, se la coloco alrededor para abrigarlo y me siento a su lado. Continúa sin dirigirme la mirada.

—Creí que había quedado claro que no tienes que fingir conmigo.

—Creí que habías dicho que vendrías cada día —me reprocha. Está ofendido como un niño al que le han roto una promesa.

—Lo sé. Sé que dije que iba a venir, quise hacerlo, pero Lidia tiene reglas. No me permitía venir hasta que pasaran tres días —explico—. Además, hay algunos problemas en mi casa. Créeme. No podía —digo con sinceridad. Otra vez, omito lo de Landon; sé que contarle lo pondrá peor. Es probable que quiera ayudar, no obstante, al estar ahí dentro no puede hacer mucho—. ¿Seguro que estás bien?

Cabizbajo, niega y se acomoda la manta alrededor de su cuerpo.

—Estar aquí es una mierda. No puedo aguantar un día más —dice con su honestidad brutal. Suena a alguien que se está venciendo, y yo no quiero eso. No quiero que se rinda.

—Sí que puedes —insisto—. ¿Recuerdas lo que te dijeron? Estos días serán malos, pero al final todo irá mejor. —No puedo evitar pasar mi brazo alrededor de su hombro y apoyar mi barbilla en el que quedó libre. Él no hace nada para impedirlo—. Tienes que descansar y no pretender estar bien todo el tiempo.

Lo veo asentir, a medida que procesa el consejo. Mis brazos presionan para abrazarlo con más fuerza.

—¿Te vas a quedar hoy?

—Claro. Traje libros, también la computadora. Pensé que podíamos ver una película o una serie —comento para subirle los ánimos, mientras deshago el abrazo y me encamino a buscar la mochila con las cosas.

Es agradable volver a pasar tiempos juntos. Acabo de entender lo mucho que necesitaba estar así.

Damon

Jugamos piedra, papel o tijera para decidir quién elegía la película. Gané y elegí una de terror que, según Keira, es malísima. Debería haberle hecho caso, porque es evidente que sabe más de cine que yo.

La película es una mierda, es tan mala que nos hizo reír a carcajadas, sobre todo a ella, aunque en el último tramo ya se aburrió demasiado. Le dirijo la mirada y me doy cuenta de que está dormida, con la cabeza recostada sobre mi hombro. No quiero despertarla, así que intento quedarme quieto. Respira tan calma, que logra hacerme sentir tranquilo. En realidad, tenerla aquí es un cambio radical. Todo lo que hace, los libros que ha dejado sobre la mesa, la laptop reproduciendo una película y su risa llenando cada rincón del cuarto... Llenándome a mí.

Solía pensarme como una isla vacía,

un lugar donde nadie quiere quedarse.

Todos pasan, pero huyen pronto;

nadie quiere quedarse en la nada.

Excepto ella, que, aun cuando no estaba,

sabía que regresaría pronto.

El sueño también comienza a invadirme, pero el teléfono de Keira vibra sobre la mesita de luz y me pone en modo alerta. De forma inconsciente, termino echando un vistazo y leo dos mensajes en la pantalla.

Landon: Tú y yo tenemos

un asunto pendiente.

Landon: Estoy ansioso por

verte. ¿Nos vemos pronto?

CAPÍTULO 13

Damon

No quiero aceptar que estoy molesto por los estúpidos mensajes que Keira recibió de Landon, pero, maldición, sí estoy molesto. Es extraño imaginarla saliendo con alguien, es desagradable hacerlo. Y no puedo entender por qué me siento de esta manera... Somos amigos, o algo así. Ella tiene una vida además de esto; es el tipo de persona a la que de seguro le esperan un montón de cosas increíbles fuera. Sin embargo, conocer a ese chico y haber comprobado que es un imbécil no ayuda en nada. Es el novio de Alisha, ¿acaso la engaña con la prima? Todo me hace ruido. Es que Keira no es ese tipo de persona, o eso quiero creer.

El celular suena de nuevo, pero esta vez se trata de una llamada. No hago nada, más que observar la palabra «Landon» en el centro de la pantalla, mientras sigo repitiéndome que no tendría por qué molestarme. Al final, el sonido la despierta. La película está terminando y, al darse cuenta de que se quedó dormida, las mejillas se le enrojecen.

—Lo siento. Es la última vez que te dejo elegir una película —trata de bromear, pero lo cierto es que, por más que quisiera, no me puedo reír—. ¿Me pasas el teléfono?

Extiendo la mano hasta la mesita de luz y le entrego el aparato, que ya dejó de sonar. Lo toma entre sus manos y, al encenderlo, su expresión cambia en un parpadeo, como si estuviera escondiendo algo y acabaran de descubrirla. La posibilidad de que esté viéndose con ese chico a espaldas de su prima empieza a tomar sentido.

—Así que Landon, ¿eh? Nunca hubiera imaginado que esos juegos iban contigo —largo, sin pensarlo demasiado. Tengo un defecto: dejarme llevar por los impulsos, tanto cuando estoy enojado, como cuando estoy feliz—. Gran idea para molestar a tu prima.

—No es lo que estás pensando —se defiende de inmediato, mientras se sienta sobre la orilla de la cama, distante de mí.

—Puedes decirme la verdad —aseguro. Aún molesto, prefiero saber lo que está pasando—. Está bien tener con quién divertirse, yo también lo hago. Lo estuve pasando muy bien con Hayley —revelo. Intento mostrar que estoy viéndome con alguien, que yo también puedo divertirme.

Keira levanta las cejas en una expresión de sorpresa, pero luego me observa con cierta severidad. Puedo adivinar que está a punto de darme un sermón, como de costumbre.

—Eso no es muy inteligente de tu parte —murmura—. Estás aquí para recuperarte y se supone que te concentres en eso —me recuerda. La miro y le hago saber que aquello no es ninguna novedad.

—Tampoco es muy inteligente de tu parte acostarte con el novio de tu prima —pronuncio, relajado. Mantengo una sonrisa, hasta que su rostro revela que perdió toda su paciencia y sus ojos se endurecen.

—Eres un idiota —me insulta. Se pone de pie y, notablemente furiosa, comienza a guardar sus pertenencias, decidida a marcharse.

—Keira... —Trato de detenerla, pero es inútil. Me pasé de la raya—. ¿Te vas a ir así? ¿En serio?

—Claro que me voy a ir —responde, enfadada—. No tengo ganas de discutir con alguien que se comporta como si tuviera doce años. —Acaba de guardarlo todo y cierra el bolso, para luego abandonar la habitación sin más.

Había decepción en su mirada.

La hice sentir mal tan solo porque no puedo aceptar que esté saliendo con alguien.

Tiene razón. Soy un idiota.

Keira

Lo único que sé es que hice bien en salir de la habitación antes de que la discusión se pusiera peor. No quiero decir cosas de las cuales luego vaya a arrepentirme. Estaba considerando contarle la verdad a Damon, pero traerle un nuevo problema no era la mejor decisión, y reconocí que hice bien después de ver su reacción al leer los mensajes.

No puedo creer que piense que soy capaz de salir con Landon.

Sé que no soy perfecta, pero me esfuerzo por ser una buena persona y me duele que se la pase buscándome algún defecto, como si no pudiera aceptar que solo intento hacer lo mejor para él.

Tampoco me parece razonable que se relacione con alguien que también está en recuperación. No está prohibido, pero se sugiere que no lo hagan. Por lo general, no sale nada bueno de aquello. De todos modos, sé que no puedo ir muy lejos en esos asuntos; son sus cosas. Además, ya me hice a la idea de que él debe estar acostumbrado a que las chicas se le acerquen.

Lidia me detiene cuando me ve salir; siempre se da cuenta cuando algo va mal. Hábil, no menciono el altercado con Damon, ni demás problemas, tan solo le digo que debo irme a arreglar

asuntos de la universidad. No me olvido de que la próxima semana inician las clases.

Ya afuera y bastante lejos del centro, recurro al celular y llamo a Landon. Tengo que solucionar el asunto con él sea como sea.

—¿Estás loco? No vuelvas a llamar de ese modo. Alisha podría haberlo visto. Cualquiera podría haberlo visto.

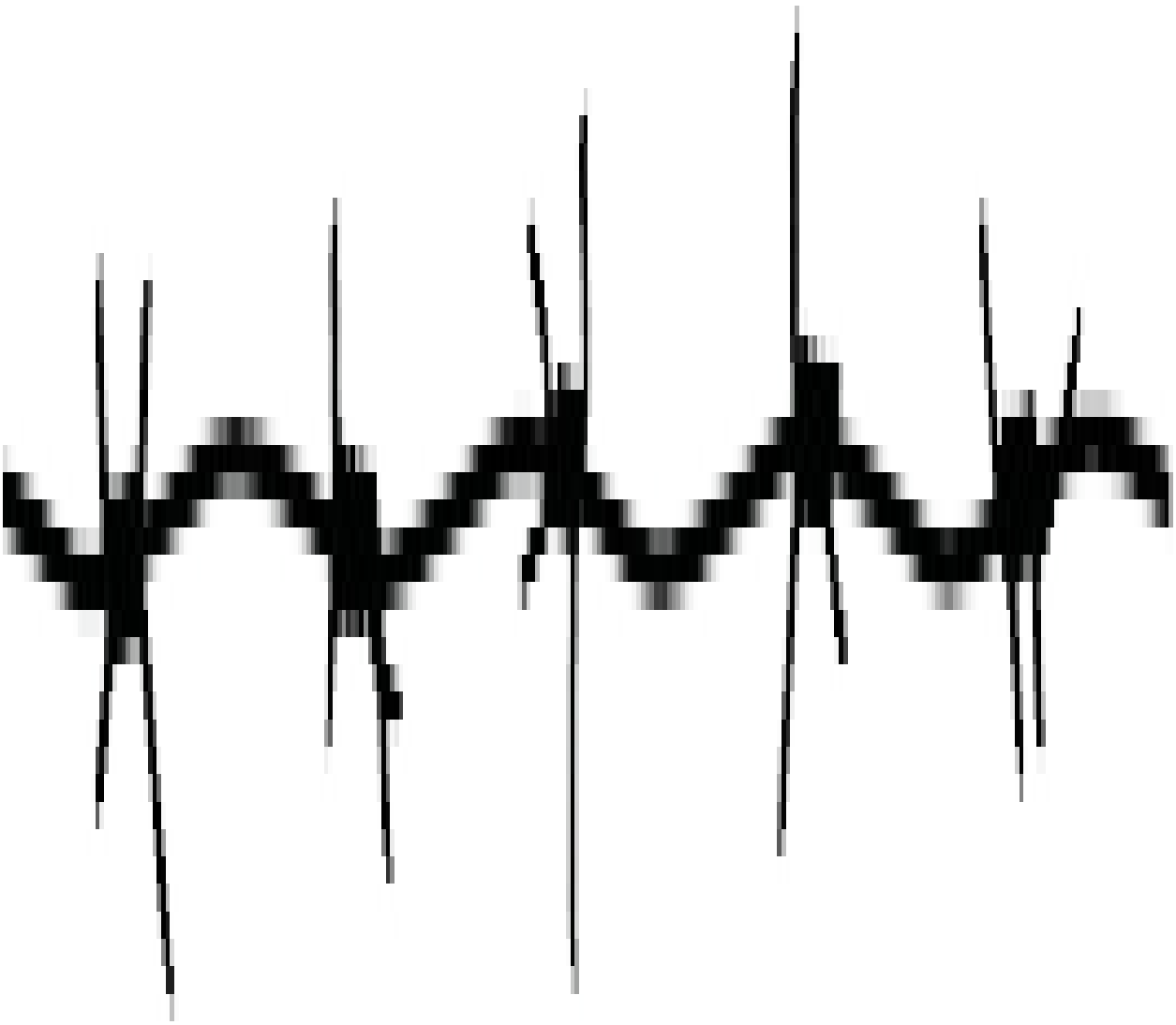
—¿Qué pasa? ¿Tienes miedo de que tu novio drogadicto los vea?

Resoplo, frustrada.

—Vamos al punto. ¿Qué quieres?

—De acuerdo, muñeca. Para empezar, quiero que me acompañes a un sitio. Mañana por la noche. Ponte un vestido, algo sobrio. Luego te vas lo suficientemente lejos de casa, me mandas la ubicación y paso por ti.

No me da tiempo a hacer preguntas porque finaliza la llamada. Ni siquiera le importa mi opinión; sabe que me tiene en la palma de su mano, que es el dueño de todo el control, y eso me enfurece. No sé cuánto podré aguantar.



Tras recibir un mensaje de Landon diciendo que debo estar lista para las nueve, busco entre mi ropa algún vestido de noche. No son muchos. Elijo uno negro, que es sobrio y no deja ver demasiado mis atributos. No es que me desagrade mostrarlos, pero, mientras él esté cerca, prefiero ocultarlos. Tengo que ponerme un enorme sobretodo que me llega hasta los tobillos para impedir llamar la atención de mis tíos y que empiecen a hacerme mil preguntas.

Camino deprisa algunas cuadras, hasta lo que considero una distancia adecuada. Allí me detengo y envío un mensaje a Landon para que pase a recogerme. No puedo dejar de pensar que estoy metiéndome en una enorme locura, incluso tengo un mal presentimiento. Esto podría salir mal, ni siquiera sé a dónde voy.

Espero algunos minutos, hasta que veo aparecer su vehículo negro de alta gama, el cual aparca frente a mí.

—Imagino que vas a quitarte ese abrigo. —Baja el vidrio de la ventanilla y me echa un vistazo de pies a cabeza.

—Si no hay otra opción —respondo con poco entusiasmo.

—Vamos, súbete —indica.

Me quito el sobretodo y entro al auto. Me acomodo en el asiento de acompañante y tomo la precaución de colocarme el cinturón de seguridad.

—Me encanta —dice con una sonrisa—. Siempre tan correcta. Todavía me sorprende que estés metida en las drogas.

—No tienes idea de lo que hablas —me limito a contestar. No sería capaz de dar un detalle más. No a él, que sé que luego usaría la información para chantajearme, justo como lo está haciendo ahora—. ¿A dónde vamos?

—Calma. Ya verás. —Vuelve a sonreír victorioso y pone en marcha el vehículo.

Él también viste de manera formal, con una camisa blanca y un saco negro desprendido. No sé a dónde vamos y, cuando llegamos, deseo no haberlo sabido nunca.

Se trata de una mansión que, desde afuera, luce espectacular. Hay un montón de vehículos de lujo aparcados. Landon también estaciona, pero, antes de bajar, me indica que debemos dejar los celulares en el coche. Las manos me tiemblan ligeramente mientras saco el mío y, repleta de dudas, lo dejo en un recoveco. Tras descender, me indica que lo siga, hasta que ingresamos al sitio, que en nada se parece a una casa. Es una especie de club nocturno para la clase alta: hay barras con gente sirviendo bebidas, mesitas rodeadas de confortables sillones, tarimas donde chicas espléndidas bailan al compás de la música, luces bajas que proporcionan el ambiente ideal para pasar una noche íntima. Por un momento, pienso que pasaremos el rato y que luego me

regresará a casa, pero no es ahí donde nos detenemos. Seguimos caminando por un pasillo hasta llegar a una de las habitaciones del fondo, donde Landon al fin se detiene.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunto y empiezo a dudar. Tengo ganas de huir.

—Ahora no tengo tiempo para explicarte —dice—. Lo único que tienes que saber es que aquí siempre soy el ganador. Tú viniste conmigo y de la misma forma te irás. Solo sígueme la corriente. ¿Entendido?

—Está bien —digo, no muy convencida. Él toca a la puerta. Trago saliva.

Corre. Corre. Corre.

Entonces nos abren y un grupo de hombres lo recibe con entusiasmo.

—Este muchacho siempre se las ingenia para llevarse el premio —comenta uno de ellos. La mayoría aparenta alrededor de cuarenta años o más—. ¿Cuánto trajiste hoy? —preguntan. Él hace una seña y, entonces, todos me ponen atención.

—Mírenla. Equivale al menos… cien mil dólares. ¿Quiénes entran? —Landon toma asiento alrededor de una mesa redonda y los mira a todos, expectante. Un par de sujetos de pronto me contemplan con lascivia y, segundos después, sacan dinero que empiezan a poner sobre la mesa.

—Tú sí que sabes cómo encender el juego, hijo de puta —bromea uno de ellos. Se escuchan más risas.

Me doy cuenta de que me trajo aquí para apostarme. Sé que dijo que siempre gana y que, tal como llegué, me iré con él, pero... ¿Y si no? ¿Y si algo sale mal? Trato de ser valiente, pero la verdad es que empiezo a temblar de miedo. Lo único que puedo hacer es mantenerme cerca de la puerta, por si acaso. Podría darme por vencida, dejar que les cuente todos los secretos a mis tíos, que se enteren de lo que estoy haciendo. Sin embargo, Damon me importa demasiado como para permitir que me alejen de él.

El tiempo pasa muy lento; me da la sensación de que cada segundo equivale a una hora. Para mí ha pasado una eternidad cuando, después de risas, insultos y debates, la partida de póker llega a su fin. Landon se consagra ganador y consigo volver a respirar. Lo veo recoger un montón de dólares y, luego, empieza a despedirse de esas personas desagradables.

—¿Ves? No era tan difícil. Incluso fue divertido —dice mientras recorremos el pasillo de regreso.

—¿Qué? ¿Tienes al menos un poco de sentido común? —cuestiono, enfadada.

—Claro que sí. Me lleno de dólares, paso un buen rato. Los hombres apuestan más cuando hay chicas de por medio. Acabas de verlo —explica, como si fuera una gran hazaña.

—Es un asco lo que haces —le digo. Incluso siento náuseas por todo lo que acaba de pasar—, y es ilegal.

Él ríe. No entiendo qué es lo divertido.

—Es obvio que no tienes idea de dónde estás metida —menciona—. Uno de ellos es comisario; otro, juez; uno es fiscal. Aquí hay movimientos millonarios de dinero, Keira.

Oír sobre tanta corrupción me impresiona hasta el punto de que me deja sin palabras. Me encuentro rodeada de gente tan poderosa, socialmente influyente, que me siento insignificante. Cualquier movimiento de mi parte en su contra sería en vano. Saldría perjudicada.

—Lo haremos un par de veces más. Luego, tal vez serás libre. —Me guiña un ojo y salimos del recinto en dirección al auto. Necesito estar en casa, o en cualquier sitio donde pueda sentirme segura.

De regreso, él toma un atajo. Atravesamos las calles del barrio donde se encuentra el centro de rehabilitación. Observo con cierta melancolía. En otras ocasiones, caminé por esos sitios con Damon… Quisiera trasladarme a uno de esos días en los que, al menos, me sentía a salvo.

Tan solo a una cuadra de distancia del centro, veo una ambulancia aparcada justo al frente y, entonces, se me detiene el corazón. Recuerdo de inmediato la forma en que se desmayó Damon la última vez que lo vi. No estaba bien. Quizá esto no tenga nada que ver con él, pero algo está pasando y necesito saber qué es.

—Detén el auto —exijo.

—¿Qué? —Me mira como si estuviera loca.

—¡Que detengas el auto! —repito, exasperada y con voz elevada. El nerviosismo me hace fallar la primera vez que intento abrir la puerta, pero lo hago a la segunda.

Salgo corriendo y me olvido el abrigo, quedo tan solo con el vestido negro y los zapatos de tacón del mismo color.

Las luces del centro están encendidas. Abro la puerta y veo a Lidia hablando con una médica. Llevo la mirada hacia el pasillo y veo a otro médico saliendo de la habitación de Damon. Es suficiente para comenzar a preocuparme.

—Lidia, ¿qué pasó? —irrumpo de forma inesperada. Todos voltean a verme.

—Keira, ¿qué estás haciendo aquí? Estas no son horas de venir, sabes que hoy no es día de...

—No me importa qué día es hoy Lidia, quiero saber qué está ocurriendo. ¿Qué le pasó?

—Primero, tranquila. ¿Sí? Tuvo un problema con la respiración, eso es todo. Efectos de la abstinencia. Suele ocurrir —explica—. No había nadie que pudiera auxiliarlo, así que llamamos a una ambulancia.

—Quiero verlo —digo y me adelanto, pero ella me detiene por los hombros.

—No puedes. Sabes cómo funciona esto.

—Lo sé, pero voy a verlo. —Lamento ser así de obstinada, pero no pienso irme.

Contra las reglas, tomo la delantera e ingreso a la habitación. Él está sobre la cama y le toma algunos minutos darse cuenta de que se trata de mí.

—¿Keira?

—Ey... Estoy aquí —murmuro mientras me aproximo—. ¿Estás bien?

—Perfecto. Solo me han puesto un maldito sedante que me hace sentir como si no hubiera dormido por un millón de años —bromea y sonrío, porque, a pesar de todo, sabe hacerme reír con sus chistes estúpidos. Incluso logra hacerme olvidar del comportamiento infantil que sostuvo la última vez que nos vimos—. ¿Qué haces aquí?

Me encojo de hombros. Ojalá pudiera contarle todo, pero no es el momento.

—Pasaba por la zona y vi la ambulancia. Me asusté mucho, Damon —confieso con la voz quebrada y los ojos llenos de lágrimas. Después de experimentar el terror de la apuesta y, más tarde, ver esa ambulancia fuera del centro, me siento a punto de colapsar.

—Keira... Ven aquí. —Su mano da una lenta palmadita sobre el espacio libre en la cama y me recuesto. Apoyo la cabeza sobre su pecho, mientras mueve un brazo hasta rodearme—. No tienes nada de qué temer.

Y, justo ahí entre sus brazos, sus palabras tienen sentido. No tengo miedo. Me acaricia el cabello y cierro los ojos, para disfrutar el momento.

Era este sitio adonde necesitaba llegar para sentirme a salvo.

Damon

Siempre me comporto como un idiota, pero, aun así, ella sigue apareciendo cada vez que la necesito. Un montón de cosas se me pasan por la cabeza: quiero disculparme por ser un imbécil, por juzgarla antes de tiempo, por no permitirme creer que de verdad existe una persona como ella: alguien capaz de ver lo bueno en mí.

El contacto del abrazo me ha llevado a darme cuenta de que su piel está helada. Tiene un vestido sin mangas, no lleva ningún abrigo y está temblando. Mantengo el abrazo y, al bajar la vista, veo sus ojos repletos de lágrimas, lo que me hace sentir impotente por no saber cómo hacerla sentir mejor. Tengo la sensación de que cualquier palabra que salga de mi boca no servirá para nada, así que todo lo que puedo hacer es abrazarla.

Maldición.

Verla mal es de las peores sensaciones que he tenido.

Duele.

No sé quién le ha hecho sentir así, pero juro por mi vida que las va a pagar.

CAPÍTULO 14

Keira

—Tienes que estar feliz, Keira. En dos días empiezas la universidad, tu papá estaría muy orgulloso de ti —me dice Lidia. Sonrío con amplitud. Cada vez que aparezco, aprovecha para recordarme esta hazaña.

Ella está incluso más emocionada que yo. Es que ambas sabemos que mi educación era una prioridad para mi padre, quien se esforzó toda su vida para darme la oportunidad de elegir lo que quiero hacer. Estoy a punto de responderle cuando reconozco a Damon cerca.

Luego de varios días, al fin está mejorando. Su rostro está más lúcido porque los efectos van disminuyendo y, aunque es un proceso lento, poco a poco está recuperando el control de su cuerpo. Del mismo modo, nuestra confianza ha ido evolucionando. Es como si cada día se hiciera más grande, a pesar de que aún tengo la sensación de que sigue ocultándose detrás de un escudo, que se fue diluyendo conmigo, pero que aún no desapareció. Y no lo presiono. Hay recuerdos que uno silencia para no revivirlos… Aunque sean parte del pasado, el dolor puede extenderse hasta el presente.

Al verme, sonríe con calma y espera a que Lidia se aleje para hablarme.

—¿Así que te vas a la universidad? —comenta y me doy cuenta de que nunca se lo mencioné en forma directa.

—Sí, pero no te vas a librar de mí. Iré a la universidad local —respondo divertida—. Tengo todo fríamente calculado: tomaré clases durante la mañana y tendré las tardes libres para verte.

—Qué lástima. Por un momento creí que mi sueño se haría realidad —pronuncia. Sonrío por el chiste y juego un poco con mi cabello.

—Es más, quería proponerte que, el próximo año, intentes estudiar —largo, convencida de que todos deberíamos poder acceder a la educación, elegir lo que queremos ser.

—¿Yo en la universidad? —Me mira como si me hubiera vuelto loca y, sin embargo, asiento. Damon se aproxima, en busca de más privacidad—. Si ni siquiera terminé la preparatoria.

—Podemos trabajar en eso —aseguro, quiero que confíe en sí mismo. Le hago una seña para que

caminemos hasta una de las mesas, con dos sillas a su alrededor, donde nos acomodamos—. Entonces, ¿dijiste que no terminaste de estudiar? —retomo la conversación con normalidad. La expresión que toma su rostro da la impresión de que está avergonzado—. Damon, me lo puedes contar —lo aliento y una pequeña sonrisa mientras lo miro, comprensiva.

Después de un pequeño silencio, decide hablar.

—Tuve que dejar en el último año —menciona—. No es que lo quisiera, en realidad, en ese momento no tenía opción. —Se encoge de hombros—. Mi mamá metió a Killian a la casa. Él se quedaba con todo el dinero, ni siquiera había comida decente en el refrigerador... —Aprieta los puños para contener la bronca que le causa rememorar esa época—. Mi plan era retomar las clases en cuanto juntara un poco de dinero, pero el muy cretino, en uno de sus ataques destrozó todos mis libros y, tiempo después de esto, me echó de la casa y mi madre no hizo nada para detenerlo, así qué... No hubo caso. —Larga una risa apagada, como cuando algo suena tan triste que te ríes solo para no llorar.

No sé qué decir. Lamento tanto que haya tenido que pasar por todo eso. Es un hecho que no puedo hacer nada para cambiar su pasado, ni para quitarle las cicatrices que se le han acumulado en toda su vida, pero al menos puedo hacer algo para cambiar su presente. Las cicatrices nunca se irán, pero quizá pueda hacer que dejen de doler.

Trago saliva, todavía estoy impresionada por su historia. Me angustia escuchar como la persona que más debió cuidarlo lo dejó a la deriva.

—Lo entiendo, pero las cosas son algo diferentes ahora, ¿no? Estoy segura de que puedes ponerte al día y graduarte.

—¿De verdad crees que lo puedo hacer? —pregunta. Duda de sí mismo y yo solo vuelvo a asentir, convencida de que puede lograrlo.

—Claro que sí. Es más, traje algunas cosas... —Empiezo a sacar libros que traje para dárselos como un simple entretenimiento. Sin embargo, ahora veo que le servirán para ir practicando—. Son algunas de mis historias favoritas, pensé que quizá te gustaría leerlas. —Él toma uno entre sus manos, lo observa con detenimiento, lo hojea—. Y también te traje esto. —Dejo sobre la mesa una libreta y una lapicera.

—¿Qué pretendes que haga con esto?

—Bueno, como sé que a veces te cuesta decir las cosas, se me ocurrió que podrías escribirlas —digo rápido. Espero que no se burle de mí por esta idea.

Tal vez soy demasiado idealista o tengo grandes expectativas, pero es que estoy pensando todo el tiempo en actividades que lo ayuden a sentirse mejor. Recuerdo cosas que Lidia hacía con mi padre, que lo ayudaron; escribir era una de ellas.

—No lo sé. —Mira la libreta como si se tratase de un objeto totalmente ajeno a él—. Se me da mejor golpear la pared cuando estoy enojado. Es más sencillo.

—Damon —pronuncio con un leve tono de reproche—. Si escribes dejarás de tener las manos marcadas. Al menos, ¿lo vas a intentar?

—Puede que lo intente —responde al final. No esperaba más. Ese rasgo de rebeldía es parte de su personalidad, de su esencia; nunca lo abandonará. Y la verdad es que me gusta.

Damon

Estamos en un sector de patio, apoyados sobre el alambrado. Se está llevando a cabo un partido de básquet frente a nosotros. Keira mira atenta, parece entretenida, pero yo no puedo dejar de observar las calles. Permanecer aquí dentro se asemeja a estar encerrado en una burbuja; mi mundo parece intocable, quizá hasta está mejorando, pero la realidad allí afuera no ha cambiado. Me pregunto qué pasará cuando salga de aquí y vuelva a toparme con los problemas. Ahora se han detenido, pero no será así para siempre.

—¿Por qué no juegas? —pregunta y pone su atención en mí—. Son buenos, pero creo que los dejarías impresionados.

Tiene razón. Tengo demasiada ventaja sobre ellos.

—No están a mí altura —murmuro y giro mi cuerpo. Le doy la espalda al partido y miro hacia afuera—. Y si no puedo competir, no es divertido.

Keira pone los ojos en blanco, sonríe y se muerde apenas el labio inferior. Está atardeciendo y los últimos rayos de sol acarician su cara, remarcan sus facciones, sus ojos se iluminan y no creo que haya jamás una persona que pueda verse mejor ante la luz del sol.

—Cierto, basquetbolista —bromea—. ¿Nunca probaste meterte a un equipo?

—Hubiera sido genial, ¿eh? —pronuncio. Por un momento, intento imaginar mi vida de ese modo. Aunque toda alternativa es borrosa, casi nula. Todo lo que tengo es esto—, pero nunca pude considerarlo. Ya sabes. —Recuerdo lo que le conté horas atrás. Ella baja la mirada y me doy cuenta de que está arrepentida de haber preguntado.

—Lo siento —larga enseguida—, pero creo que hubieras tenido un buen futuro. No lo sé, tal vez aún estés a tiempo para intentarlo —agrega y no puedo evitar que las comisuras de mis labios se eleven, hasta conformar una pequeña sonrisa, como la que pone ella cada vez que habla sobre mí con optimismo. Si tan solo la hubiera conocido antes...

—Puede ser —respondo, aunque en mi caso, mis expectativas no son tan altas—. Primero debo esperar a salir de aquí. ¿Qué digo? Estoy muriendo por salir de aquí.

—Existen permisos —recupera su tono animado—. Lidia suele otorgarlos por buen comportamiento, avances, progresos. ¿A dónde quieres ir? —curiosea.

—No lo sé. Por ahí. —No tengo un plan, tan solo quiero sentir que puedo ir a cualquier parte—. ¿Vendrías conmigo? —Me pongo de costado y apoyo mi brazo sobre el alambrado. Salir es genial, pero lo sería aún más si ella pudiera venir conmigo.

—Claro —contesta, e imita la forma de mi cuerpo.

La veo de frente, me doy cuenta de que podría pasarme mil años hablando con ella. Su boca se mueve, está a punto de decir algo más, cuando su celular empieza a sonar. Lo saca del bolsillo de su pantalón, da un vistazo a la pantalla y ese simple movimiento alcanza para hacerle cambiar la cara.

—Tengo que atender —dice. Se aleja bastante de mí, justo hasta donde no alcanzo a oír nada.

Después de la discusión que tuvimos tras los mensajes de Landon, me repetí que no tengo que entrometerme. Pero no dejo de intuir que hay algo extraño en todo esto, que me inquieta, sobre todo porque Keira no parece estar pasándola muy bien.

Mantengo la distancia, le doy espacio, pero confirmo mi presentimiento cuando la veo acercarse con el semblante cambiado por completo.

—¿Estás bien? —Busco sus ojos, pero su mirada débil me esquiva.

—Sí, pero creo que ya debería irme. —Se apresura y toma la delantera de regreso al interior del centro. Se dirige a mi habitación, donde dejó su abrigo y el bolso. La sigo y entro también.

—Ey, espera. —Cierro la puerta para que podamos tener más privacidad—. Algo está pasando, lo sé. No puedes engañarme —digo, directo, porque es lo mejor que sé hacer. Ella se gira, toma el bolso y lo acomoda sobre su hombro—. Landon tiene algo que ver, ¿no? —Vuelve hacia mí con la mirada en el suelo—. Keira...

Por fin sus ojos se elevan; están aguados por completo. Y otra vez aparece en mí esa sensación de molestia: no hacia ella, sino hacia la persona que la hizo sentir así.

—Es verdad, tienes razón. Es él —confiesa. Su mano presiona nerviosa la tira de su bolso—. Él lo sabe todo. Me siguió, tomó fotos, tiene filmaciones. Sabe que vengo aquí casi a diario, sabe de ti, que te metí a mi casa y él... —Habla de un modo bastante acelerado. Me cuesta procesar todo lo que me cuenta, y se detiene antes de completar lo último.

—¿Él qué? ¿Qué te hizo? —Trato de mantener la calma, pero todo lo que puedo sentir es la furia que empieza a correr por mis venas.

—Me está extorsionando —revela—. Va a contarle sobre esto a mi tío si no hago lo que me pide —murmura. Ya no sé si quiero que siga; esto está sacándome de quicio y puede hacerme perder el control.

—Cuéntame con exactitud qué es lo que te pidió —digo con decisión. Ni siquiera sé lo que pretende, pero ya comienzo a imaginar distintas maneras de agredirlo. No le dejaré pasar esto, sea lo que sea.

Ella toma una larga respiración, creo que está dudando en contármelo, pero finalmente habla:

—Me llevó a un juego de póker para apostarme —larga. Ahora ya no tengo dudas: el idiota pasó todos los limites—. Terminó ganando y se llevó un montón de dinero, porque parece que apostar mujeres vale más.

—Es un hijo de puta.

—Lo sé, y me llamó recién porque quiere que lo acompañe otra vez esta noche. —Hace una mueca de disgusto.

—No vayas. Olvídalo, deja que yo me encargue —le digo. Ese tipo comprenderá por las buenas o por las malas que Keira no es propiedad de nadie.

—No, no puedes. Me guste o no, es mi problema. Yo lo arreglaré, ¿está bien?

—Quiero ayudarte. ¿No es así como funcionan las cosas con nosotros? Estuviste cuando te necesitaba, ahora déjame estar a mí. —Estoy casi rogándole que me deje arreglar el asunto.

Sé que no me costaría demasiado hacerle cerrar la boca a Landon, solo necesito un par de horas. Pero ella parece recomponerse y tomar rápido el control de la situación.

—Y estás aquí, me estás escuchando. No te das una idea de lo aliviador que se siente poder compartir esto con alguien —dice con seguridad—. Pero ahora mismo lo mejor que puedes hacer es quedarte aquí —agrega, ya ha recuperado por completo la calma que la caracteriza—. Landon cenará en casa esta noche. Hablaré con él, buscaré otra forma, pero te prometo que no me meterá en esas apuestas otra vez.

Confío en ella. He visto cómo encuentra soluciones en un parpadeo, aunque parezca un asunto imposible. Sin embargo, aun sabiendo que sabe cuidarse sola, todo lo que puedo sentir es que quiero protegerla de imbéciles como ese.

—¿Segura? Keira, no puedo quedarme aquí sabiendo todo esto —vuelvo a quejarme, inquieto.

—Segura. Lo mejor que puedes hacer por mí ahora mismo es quedarte aquí —me dice. Aparece en su rostro una pequeña sonrisa, una que se esfuerza por tranquilizarme, pero que no lo consigue.

Estoy seguro de que esta noche no podré dormir.

Antes de marcharse, se acerca y detiene sus pasos. Casi no existe la distancia entre nosotros. Se pone de puntas de pie y me abraza. Respiro con ella entre mis brazos, el aroma floral que desprende su cabello se cuela por mis fosas nasales y una de mis manos se atreve a acariciar su espalda. No quiero soltarla porque, cuando lo haga, se irá y me dejará con un angustiante vacío

en el estómago producto de saber que no puedo acompañarla y cuidarla como se merece.

—No te pongas en riesgo. Si tienes que decir la verdad sobre mí, hazlo.

Poco a poco, tomamos distancia.

—Todo va a salir bien. Confía en mí —dice.

Antes de que pueda quejarme otra vez, se marcha.

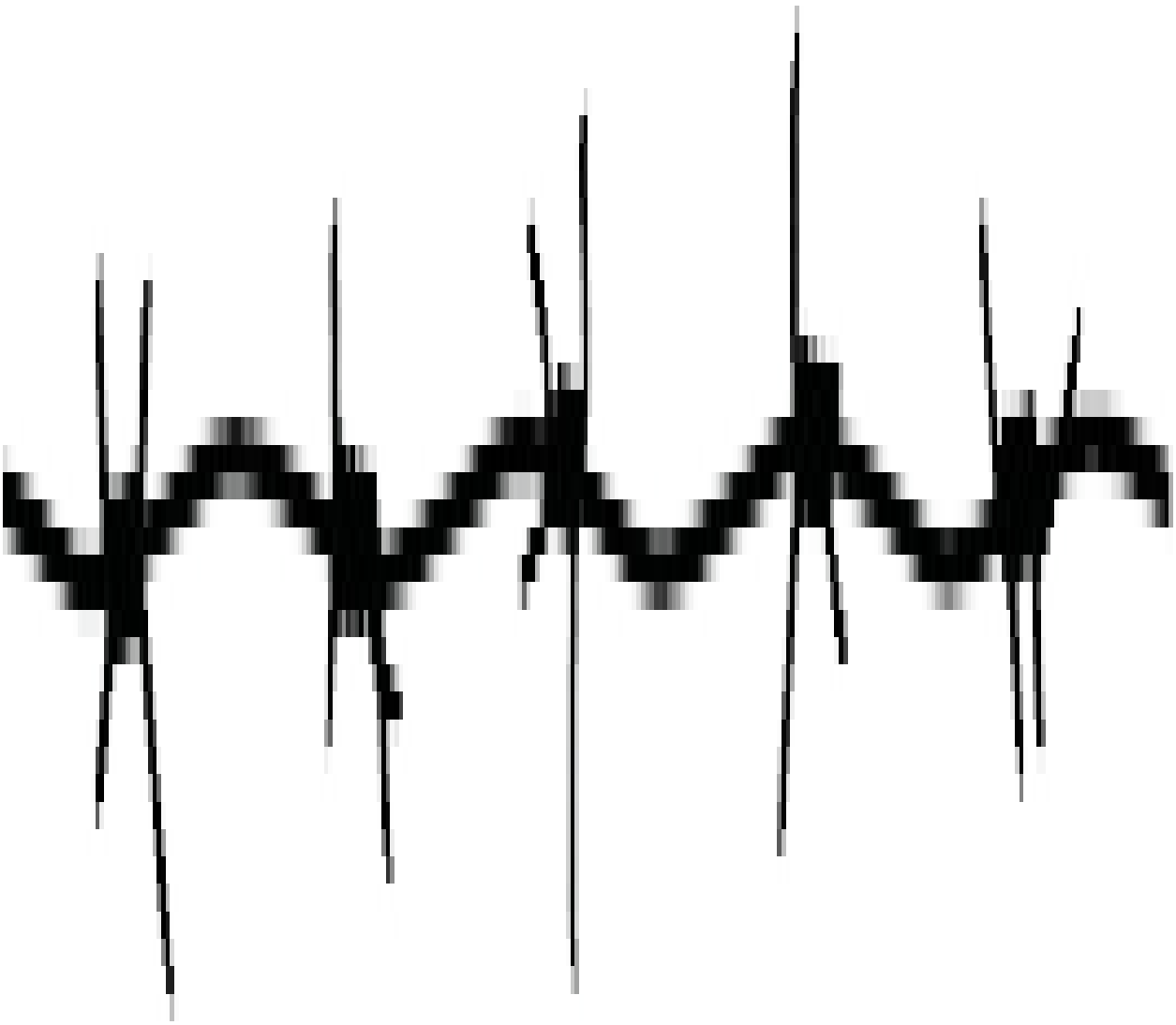
Y es inevitable. El hueco en mi estómago se extiende. Acaba de irse y ya empecé a pasarla mal.

Keira

Evité mirarlo porque sabía que, si lo hacía, me derrumbaría. El secreto me estaba oprimiendo el pecho. Lidiar con un extorsionador me ha resultado agobiante y a veces hasta he querido gritar, pero no puedo hacerlo. Luego de hablar, me siento aliviada, aunque una parte de mí está arrepentida. Sabía que contarle a Damon solo lo incitaría a intentar enfrentar a Landon, por lo que ahora me siento mal por haberlo dejado tan preocupado.

Desearía haberme quedado en su habitación. Pasar tiempo con él significa estar aislada de la realidad, tener otra vida. Cada vez que me mira, logra convencerme de que soy especial, algo que no me acostumbro a sentir; algo que no había sentido nunca. De camino a casa pienso en todo aquello y me dan ganas de llorar. No quiero llegar, no quiero ver a mis tíos, ni a mis primas, mucho menos a Landon. Quisiera haber traído a Damon conmigo…

Todo sería diferente si él estuviera aquí.



En la mansión, todos están emocionados por la cena, que es en homenaje a Alisha. Celebran que recibió una carta de admisión a la universidad. Entiendo que, a pesar de no tener los mejores créditos ni haber logrado una puntuación alta en su examen, sus padres realizaron una donación importante que impactó en su resultado positivo. Mi tío ha dicho que también es un festejo para mí, aunque, en realidad, para el resto no significo nada. No importa. Lo que más me preocupa es que Landon llegará en cualquier momento y, al final, querrá llevarme con él. Tengo que encontrar una forma de evitar que esto pase.

Subo a mi habitación mientras escucho que comienzan a llegar los invitados: amigas de mis primas, familiares, amistades de mis tíos. Junto con un grupo, aparece Landon. Reconozco su voz, perspicaz, actuando encantador. Me apresuro para llegar a mi habitación y encerrarme.

—Date prisa, jovencita. En veinte minutos cenamos y te quiero abajo —Gerti habla tras la puerta.

Olvidé mencionar el pequeño detalle: le encanta presumir frente a los demás que me adoptó y me «salvó» la vida. Esa falsa historia le basta para quedar como una dulce y buena persona frente a sus invitados.

Damon

Me desconozco.

Nunca fui el tipo de persona que se queda en su lugar, sabiendo que alguien que le importa está en peligro.

Si esto hubiera ocurrido hace quince días, ahora mismo estaría partiéndole la cara a Landon. Sé que es bueno poder controlar mi ira, pero la intranquilidad es algo que no puedo manejar. Es una tortura recordar que, en cualquier momento, Keira podría quedar expuesta a un montón de peligros. Sé sobre esa clase de clubes nocturnos y apuestas; conozco la clase de tipos que frecuentan esos lugares. Por lo general, son personas apoderadas y asquerosas. Si alguno de ellos se encapricha con ella, querrá tenerla a toda costa.

Tengo que hacer algo o moriré consumido por los pensamientos.

Antes de cenar, me coloco la chaqueta y pongo atención a la puerta trasera. Está cerrada, hasta que Kevin, uno de los encargados de mantenimiento, la abre para sacar la basura. Aprovecho el

pequeño descuido y salgo. Él está de espaldas, así que no puede verme. Entiendo que tengo poco tiempo, antes de que noten mi ausencia, por lo que debo apresurarme. Me quedo escondido en el patio hasta que Kevin regresa al interior y cierra la puerta. Aguardo algunos minutos más y, entonces, salgo y trepo el alambrado que nos separa del exterior.

Caigo de pie sobre la acera, consigo estar afuera. No es de la manera en la que esperaba hacerlo, y no será por mucho tiempo, pero lo hago para ayudar a Keira, y eso es todo lo que importa.

CAPÍTULO 15

Keira

Tengo el estómago cerrado y, cada vez que por casualidad veo al novio de mi prima, me dan ganas de vomitar; en especial por los nervios que me causa recordar que él sabe mi secreto y que se lo dirá a todo el mundo si desobedezco.

Trato de beber un poco de agua, pero incluso eso me cuesta tragar. Pronto servirán la comida y tendré que poner alguna excusa porque no podré tocar el plato.

William y Gerti están a un extremo de la mesa, junto a los padres de Landon y otro matrimonio amigo. Alisha se encuentra en el otro extremo con su grupo de amigas. A un lado de ella está su novio y, del otro, Valerie. Yo estoy ubicada frente a ella, a mitad de la mesa. A mí lado hay una silla vacía. Debería encajar en el grupo de los «jóvenes», pero no lo hago. Landon intenta conversar conmigo, pero prefiero no intercambiar ninguna palabra con él. Ya es suficiente con tener que relacionarme por obligación.

—Sí, estamos muy felices por nuestra hija, pero también celebramos lo de Keira: ambas fueron admitidas en la universidad. —Escucho a mi tío comentar a sus invitados. Gerti luce enfadada por un instante, pero en un parpadeo vuelve a poner una sonrisa. Desde aquí puedo deleitarme con su falsedad.

—Vaya, sí que les tocaron chicas muy inteligentes —murmura un señor amigo de la familia y pone su atención en mí—. Sabemos que Alisha será una gran contadora, pero ¿tú que vas a estudiar? —pregunta con interés genuino. Todos están a la espera de una respuesta y eso me agobia.

—Medicina, señor.

—Impresionante. ¿Qué puntaje obtuviste en la prueba de admisión? Dicen que es muy difícil.

—Yo… —dudo en responder.

—Vamos, Keira, cuéntale. Tienes que estar orgullosa —me alienta William.

—Obtuve quinientos veintidós puntos —contesto. La mayoría de los presentes me observan impresionados.

—Bueno, también dicen que los profesores ya no son tan exigentes —pronuncia Gerti. Luego, bebe de su copa como si nada.

Sus palabras ya no me afectan. Estoy acostumbrada a sus intenciones de desanimarme y restarle importancia a mis logros. El señor está a punto de responder, pero justo en ese momento el timbre suena. Julie, la ama de llaves, aparece con la bandeja para comenzar a servir la comida y, como no puede atender la puerta, estoy a punto de hacerlo yo.

—Quédate. Yo voy —me dice mi tío con amabilidad. Asiento y, luego, lo veo desaparecer del comedor para dirigirse a la puerta principal. Ese tipo de gestos me recuerda mucho a papá. Ambos son muy parecidos físicamente. Después de la tragedia, solía ver a mi tío desde lejos y confundirlo con papá.

Damon

Lo dudé un par de veces antes de tocar el timbre. Llegué, retrocedí, luego supe qué era con exactitud lo que quería hacer y me decanté por tocar. Espero unos minutos, pensando en lo que le diré a la persona que abrirá la puerta, si es que no lo hace Keira.

Debí pensar en una buena excusa antes. Ya no tengo tiempo.

Tras la puerta, aparece un hombre de buen porte y expresión seria. Su rostro me parece conocido, pero debe ser una confusión, sé que jamás lo he visto. Es probable que sea el tío, aquella persona de la que tantas veces me oculté.

Si supiera que hasta dormí en su casa.

—Buenas noches, señor Holt —lo saludo, procuro usar mi mejor lenguaje. Espero que mi cara sea suficiente como para convencerlo de que soy una buena persona. Mi jefe solía decir que, gracias a mi físico, me convertí en su plan perfecto para infiltrarme como dealer en las fiestas de jóvenes ricos—. Estoy buscando a Keira.

—Disculpa, ¿quién eres? —pregunta.

—Oh, olvidé presentarme —finjo ingenuidad—. Soy Damon, un amigo. —Extiendo la mano para saludarlo y él responde del mismo modo—. ¿Puedo hablar con ella?

—Justo estamos por cenar —comenta—. Tenemos cosas que celebrar, una de ellas es que fue admitida en la universidad. ¿Te lo ha dicho?

—Sí, claro. Lo sé. Debe estar muy orgulloso —le sigo la conversación. El hombre asiente y se muestra amigable, creo que le caí bien.

—¿Sabes qué? ¿Por qué no te unes? —me dice y se hace a un lado para permitirme pasar—. Siempre le digo que puede invitar amigos, pero nunca ha traído ni uno.

Todavía desconcertado por la amabilidad con la que me trata, ingreso. No sé si estoy haciendo lo correcto, pero una cena en esta casa suena muy prometedora; no quisiera perderla. Mi estómago es el primero en pedir a gritos que acepte quedarme.

—Ven, por aquí.

Camino tras él. Pasamos por el living, atravesamos el inicio de la escalera central y, al final, hago mi aparición en el comedor. Se oyen murmullos extendidos, pero cesan cuando los presentes se dan cuenta de que estoy ahí. Alisha y sus amigas me están mirando como si estuvieran memorizando cada parte de mí para analizarme más tarde. Landon lo hace de reojo. ¿Será qué no se atreve a mirarme? Por último, encuentro a Keira, que me hace dudar: no sé si está planeando matarme o si está impresionada de verme. Creo que ambas.

—Julie, trae utensilios para una persona más, por favor. Él comerá con nosotros —mi tío pide a la empleada—. Keira, ¿por qué no me dijiste que tenías un amigo para invitar?

—Es que pensé que estaría de viaje —menciona, tenaz. No me quita los ojos de encima.

—Siéntate, no seas tímido —alienta el tío y le hago caso; ocupo la silla libre al lado de la rubia, que me sonríe con sus labios apretados y sin mostrar los dientes.

—Lo estaba, pero llegué antes de tiempo —sigo el juego. Espero disminuir su enojo.

—Pudiste haber buscado alguna forma de avisarme —responde, con otra intención oculta en sus palabras. Sé que debí haberle dicho antes de presentarme en la casa. «Lo siento, mis impulsos me manejaron esta vez».

—No encontré ninguna, lo juro. Al final, pensé que sorprenderte estaría bien.

—Luego hablaremos —murmura más bajo y, entonces, pone una sonrisa para fingir que todo está a la perfección.

Es una locura. De un momento a otro, me están sirviendo un plato repleto de comida.

—¿Y de dónde se conocen? ¿Del colegio? —interrumpe su tío cuando estoy a punto de llevarme a la boca la primera porción. Es increíble la moderación que tiene esta gente frente a la comida; no entiendo como no la están devorando aún. Luce deliciosa.

—No, no del colegio —contesta Keira. Seguro está pensando qué excusa poner.

—En realidad...

—Éramos vecinos. —Ella toma el control y se lo agradezco. Sé que le cuesta mentir, pero su inteligencia es ágil. De seguro ya tiene una historia y yo solo le seguiré el juego.

—¿Vecinos? —Landon indaga en un leve tono de sospecha. Pongo mi atención en él y lo miro

con dureza. No me temblarían las manos si tuviera que atacarlo.

—Sí, vecinos —afirmo convencido.

—Nos encontramos en una charla informativa que impartió la universidad —agrega y demuestra una gran habilidad para sonar creíble.

—¿Así que son algo así como compañeros de estudio? —vuelve a preguntar el señor Holt, que me observa con simpatía.

—Exacto —respondo. ¿Cuándo acabará el interrogatorio? Necesito comer.

Alisha carraspea e interrumpe a su padre. Parece molesta de que la atención no esté sobre ella.

—Mira, qué bien que hayas traído un amigo. Empezábamos a creer que eras asocial.

Sus amigas se ríen, Landon pone una sonrisa burlona y solo una mujer del grupo de adultos los imita—. Vamos, era solo una broma, prima —acota distendida y luego bebe de su copa.

En ese momento, admiro la paciencia y tolerancia de Keira. No sé cómo hace para soportar a esta chica todos los días.

—No es gracioso —expreso. Justo en ese instante, todos se callan y puedo sentir la tensión en el ambiente.

—Deberíamos comer antes de que se enfríe. Nuestro cocinero es de los mejores de la ciudad —la tía cambia de tema y hace que el chiste estúpido de su hija pase desapercibido. Puedo oír de nuevo risas bajas por parte del otro sector. Están acabando con mi paciencia.

—Déjalos —murmura la rubia, que se acerca un poco para que pueda oír su tono bajo—. Discutir con ellos es una pérdida de tiempo.

Retoma la distancia y se pone a comer, así que la imito. Al fin puedo saborear el contenido de mi plato, y aquello me mantiene entretenido el resto de la cena. Todo cambia cuando veo a Landon levantarse y, minutos después, Keira también abandona la sala.

—No te muevas, ya regreso. —Es todo lo que dice antes de irse.

A partir de ese instante, los segundos parecen transcurrir con suma lentitud. Maldición. Es obvio que está pasando algo y quedé afuera. Trato de hacerlo con disimulo, pero no puedo dejar de mirar una y otra vez la entrada del comedor, a la espera de que la rubia regrese, pero nada. No vuelve y Landon tampoco lo hace.

Alisha, en cambio, no se da cuenta o tan solo no le importa. Está conversando con sus amigas, que ríen y beben. Están todas en su mundo. Supongo que aquella noche, en su fiesta de cumpleaños, estaban tan borrachas que ni si quiera me recuerdan. Quedé entre medio del grupo de chicas y el de adultos, que tampoco me prestan atención.

—Eh, Damon, ¿no? —Una de las amigas de Alisha capta mi atención—. Tenemos una duda —

murmura con atrevimiento. De fondo escucho risas y murmullos de las demás—. Keira y tú, ¿de verdad son solo amigos? Porque si es así... Uff, no lo entendemos. Digo, si fueras mi amigo... créeme que habrías dejado de serlo hace rato. —La castaña sonríe con picardía y vuelvo a oír risillas de los demás.

Es obvio que está hablando con doble intención y, quizá, si el momento fuera otro, podría haberle seguido el juego. Pero no estoy aquí para eso.

—Chicas, no insistan. Es obvio que mi prima no hizo nada. —Alisha gira los ojos, y habla como si lo supiera todo.

—Es obvio que no tienes idea de lo que dices —le cierro la boca. Vuelvo a poner la vista en la entrada; aún no hay señales de Keira.

Ya no aguanto más. Tengo que ir a ver qué está pasando.

Keira

No puedo creer que Damon haya aparecido en casa. Cada vez que lo veo sentado a mi lado tengo ganas de matarlo, aunque, al mismo tiempo, me sorprende lo que hizo por mí. Está poniendo en riesgo su libertad al escapar del centro; Lidia podría notificar a la policía. Por eso, en cuanto tengo la oportunidad, le envío un mensaje de texto para avisarle que está conmigo y que luego le explicaré todo. En realidad, es él quien tiene que hacerlo. No sé si logra tomar conciencia de lo mucho que se está arriesgando. En todo este tiempo, puedo admitir que he llegado a conocerlo y sé que a veces puede ser muy inteligente y astuto, pero otras tantas se deja llevar por sus impulsos, los cuales bloquean sus pensamientos y lo controlan. Tendrá que escucharme más tarde.

Mientras cenamos e intento alimentarme a pesar de mi escaso apetito, me vibra el celular. Lo tengo sobre mis piernas, debajo de la mesa, porque a mis tíos no les gusta que usemos el aparato durante las comidas. Sin embargo, bajo la mirada y lo desbloqueo con sumo cuidado para evitar que alguien lo note.

Landon: Te veo en el patio trasero. Saldré primero. Espera cinco minutos y luego ven.

Landon: Te conviene aparecer si no quieres que interrumpa la cena y les muestre a todos quién es en realidad tu vecino.

Leo y aparto el celular; comprendo la indicación. No puedo permitir que Damon vea esto, o todo va a explotar. Puedo sentir una especie de tensión asfixiante. Ahora mismo, todo lo que quiero hacer es huir y no volver. Pero es mi realidad, no puedo deshacerme de ella ni tirarla a la basura como si fuera un simple trozo de papel. Así que finjo que nada está pasando, hago oídos sordos a los chistes sin gracia de mi prima, y agradezco que la atención hacia nosotros haya desaparecido. Para ser honesta, no me gusta ni un poco ser el centro de atención entre tanta gente.

Entonces ocurre: Landon se pone de pie, le dice algo a mi prima, que no llego a escuchar, se marcha y se pierde por un pasillo. Miro el reloj. Espero a que pasen cinco minutos y abandono el lugar para seguirle los pasos. Damon se queda desconcertado porque no le avisé, pero es que no puedo decir la verdad.

En el patio está Landon; tiene desprendido el cuello de su camisa blanca y se encuentra fumando un cigarrillo. Apenas nota mi presencia, voltea y me mira con malicia.

—Ya estoy aquí, ¿qué quieres? —pregunto—. Es tonto de tu parte hacer esto aquí. Alisha podría sospechar.

—Tranquila, la tengo bajo control —dice, relajado—. Sabes lo que haremos esta noche, ¿no? ¿O te lo tengo que recordar? No sé qué planeas trayendo a ese drogadicto a la casa, pero lo que sea que pensabas no funcionará. Haz que se vaya pronto.

—No le digas así. Se llama Damon —lo corrijo—. Y no voy a meterme en ese sitio de nuevo. Te pasaste de la raya.

—De acuerdo, como quieras. Te advertí lo que pasará. —Da una calada al cigarrillo y se encoge de hombros.

—Es injusto lo que haces y, para ser honesta, nunca esperé que actuaras así. No tienes idea de todo el daño que vas a causar si hablas con mi tío y muestras esas fotos. Él es una buena persona que tuvo que sobrevivir prácticamente solo desde que tuvo uso de razón. ¿Sabes lo que es vivir en la calle? No, no tienes idea. Ni de todo lo que estoy haciendo es ayudar. Me convertí en, quizá, su única oportunidad para salir adelante. Y ahora vienes tú, con tu estúpida ambición de conseguir más dinero del que ya tienes. Haz algo bueno, al menos por una vez en tu vida, y déjanos en paz. A Damon y a mí. —Inhalo una bocanada de aire. Hablar tanto me agotó.

Estoy esforzándome tanto para lograr que reflexione y se dé cuenta de lo hirientes que son sus actitudes, que mi corazón late a un ritmo acelerado y mis pupilas están empañadas.

—Esto no pasa por mí, Keira. Tú decides —dice con cinismo.

Su indiferencia me provoca ganas de llorar. Acabo de abrir mi corazón para mostrarle con sinceridad todo lo que hemos pasado en este último tiempo, pero a él no se le ha movido ni un solo pelo.

—Por favor. Nunca te hice nada; él tampoco —insisto ya sin esperanzas. Es obvio que ni

siquiera le importa.

—¿Keira? —interrumpe alguien que reconozco al instante: es Damon. Volteo para verlo, confusa —. Tu tío quiere hablar contigo, es urgente —me dice, y la palabra «urgente» es lo que me hace salir disparada de regreso al comedor, tras hacerle una indicación para que me siga.

Damon

Logro encontrarlos tras recorrer buena parte de la casa. Me aproximo y escucho la manera en la que ella le pide que nos deje en paz. Prácticamente está rogando por un poco de piedad, mientras él se divierte a sabiendas de que tiene el control.

—Qué valiente, hombre. Meterte con alguien que nunca te haría nada —largo con sarcasmo hacia el chico, quien me mira de un modo superior mientras fuma, con la intención de hacerme sentir insignificante—. ¿Qué pasa? ¿Papi te cortó las cuentas bancarias? O, aún peor, ¿están en bancarrota? Por eso vas a las apuestas, ¿no? Qué mal estaría tu padre si se enterara de lo que estás haciendo con lo último que les queda. Me imagino lo mal que se vería en televisión: «hijo de concejal en apuestas clandestinas». —Utilizo la información que escuché durante la cena para intentar manipularlo.

Además, conozco cómo se manejan en esos clubes; he estado ahí dentro vendiendo lo mío. Sé que la gente que realiza esas apuestas intenta aumentar los últimos vestigios que le quedan de su fortuna. Es muy posible que ese sea su caso.

Él ríe, como si no pudiera tomarse en serio una sola palabra.

—¿Quién crees que eres? Parece que la droga te quemó las últimas neuronas.

—Te doy un consejo: no me subestimes. Solía visitar bastante ese club, ¿sabes? Es más, los dueños me deben algún que otro favor, podría cobrarlo cuando quisiera, y no serán buenas noticias para ti —agrego, irónico. Lo he tomado por sorpresa y está tan impactado que no dice una sola palabra—. Suerte para ti, todavía tienes una manera de evitar ese problema. Supongo que eres un chico, digamos… algo inteligente. Sabes darte cuenta a lo que me refiero, ¿no? —Landon asiente y arroja la colilla del cigarrillo, la cual queda aplastada por mi pisada cuando me acerco a él, amenazante—. Si vuelves a meterte con Keira, no te daré opción.

—¿Damon? ¿Qué está pasando? —Keira regresa, ya se dio cuenta de que su tío nunca la buscó y que solo fue un pequeño invento mío.

—Nada. Landon ya se iba, ¿no? —Ahora la situación se ha invertido. Estoy sonriendo, relajado tras asegurarme de que ese idiota ya no volverá a molestar. Y apenas me costó un par de

palabras.

Vaya, soy lo máximo.

Él atina a irse, pero es ella quien lo detiene.

—No, espera. Teníamos que…

—Ya no tienes de qué preocuparte. Quedó todo claro —le digo, y echo un vistazo a Landon, que está ansioso por irse—. ¿No?

—Sí, todo claro —dice y se escabulle hacia el interior de la casa.

Ella me mira entre paranoica y confundida. Me sorprende al darme un golpe inofensivo en el brazo.

—Ouch —me quejo exagerando el dolor inexistente—. ¿Qué te pasa?

—¿Qué le hiciste?

—¡Nada! —me defiendo.

—Se veía perturbado, ¿lo lastimaste? —cuestiona en un tono de reproche.

—Keira, relájate. Solo le dije algunas cosas. Eso es todo —respondo, pero la tensión que posee no desaparece.

—Es una locura lo que hiciste. Escaparte, venir hasta acá, hablar con Landon... Y encima estás sonriendo.

Que aquel detalle la enfurezca solo provoca que mi sonrisa se ensanche aún más.

—¿Qué tiene de malo? —pregunto—. Arreglé las cosas. Nunca se le ocurrirá volver a molestarte y... tú también deberías sonreír, ¿sabes? Te hace ver todavía más linda.

En ese instante, la rubia atina a poner una leve sonrisa, que termina conteniendo. Creo que la puse nerviosa. Sus mejillas han tomado algo de color. Por primera vez en la noche la observo a conciencia: lleva un vestido ceñido al cuerpo que enmarca su cintura, y no puedo evitar pensar en lo bien que se verían mis brazos rodeándola.

—Ya basta, Damon. Tienes que volver al centro antes de que Lidia pierda la paciencia y notifique a la policía. —Sus indicaciones me devuelven a la tierra y se llevan mis últimos pensamientos—. Vamos —agrega. Luego se gira y toma la iniciativa de regreso.

Luce tan hermosa que tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para controlar mis impulsos y no delatarme.

No puedo mirarla de esa forma.

«Ella solo es alguien que está ayudándome con la rehabilitación», intento recordarme, pero es en vano.

Se ha metido en mí y, maldición, cada día se apodera más de mí.

CAPÍTULO 16

Keira

No dejo que Damon regrese solo. Quiero confiar en él, pero la realidad es que su adicción aún no está resuelta. La tentación puede aparecer en cualquier momento y podría echar por tierra todo lo que ha logrado.

Compruebo que hago lo correcto, ya que, al acercarnos al centro, él se muestra poco convencido de regresar. Su actitud deja entrever que está dispuesto a irse, como si tan solo unos pocos motivos lo retuvieran.

Lo observo resoplar con cansancio y detenerse pocos metros antes de llegar.

—Ey, ¿qué pasa? —pregunto con preocupación—. Ya casi llegamos.

—Es que no sé si quiero volver —responde dubitativo. Lo miro confusa—. Keira, siendo sincero, no creo que esto esté funcionando —agrega y, de repente, una sensación de vacío me llena el estómago.

Nunca me puse a pensar qué pasaría si él decidiera dejarlo todo. No sabía que se sentiría tan mal imaginarlo, y me doy cuenta de que, de alguna forma, Damon se ha convertido en alguien importante para mí. Más allá de mi trabajo o de mi función como ayudante, él me importa como alguien a quien uno quiere y se esfuerza por hacer cosas que lo hagan sentir mejor.

—¿De qué hablas? Las cosas están yendo bastante bien.

—No estoy seguro de cuánto más pueda soportar estar encerrado —revela, y noto frustración en el tono de su voz—. Es como si el tiempo no pasara, o como si lo hiciera demasiado lento —murmura—. Tengo cosas aquí afuera de las que ocuparme.

—¿Cosas como cuáles? —pregunto, en un intento por comprender.

Se toma algunos extensos segundos de silencio. No me mira a la cara y eso me hace caer en la cuenta de que aún sigue escondiendo cosas.

—No lo sé, cosas como ir a ver a Liam. Es mi amigo y no olvido lo que pasó —larga y no digo nada, ya que intuyo que seguirá hablando—. Y, además... estuve pensando en mi madre. Sé que

no teníamos la mejor relación, pero desde que me fui de casa, cada tanto pasaba a ver cómo seguía. Nunca está del todo bien, y su novio... ya sabes, no es la mejor persona del mundo —pronuncia con ironía y sonríe con desgano. Acabo de descubrir que su principal preocupación no es estar encerrado. Ni siquiera se trata de Liam; es su mamá.

Más allá de todos los errores que cometió, una parte de él la sigue queriendo. Al final del día, ella es su única familia. Sin embargo, permitir que pueda verla tan pronto sería riesgoso: tanto ella como su novio también consumen, por lo que es probable que haya sustancias en cualquier parte de la casa.

—Escucha, Damon. Sé que te afecta y lo entiendo, pero también recuerda que fue ella la que me pidió que te ayude con esto. Estaba muy preocupada... Quería que hicieras algo por ti.

Él asiente, comprende lo que digo, pero no sé si es suficiente como para convencerlo.

—Tuviste suerte, la conociste en uno de sus días buenos. —Apoya la espalda contra la pared y guarda sus manos en los bolsillos de su chaqueta—. El resto del tiempo no pensaba de esa forma —comenta, y alcanzo a percibir un dejo de rencor en sus palabras—, ni siquiera le importó cuando su novio casi me mata a golpes —agrega—. ¿Sabes qué es lo peor? Que a pesar de toda esa mierda no puedo evitar pensar en ella. No debería importarme, en absoluto, pero lo hace, y odio eso.

Todo lo que parecía rencor se transforma en algo que le duele, en algo que le causa un daño incesante.

—No está mal que te preocupes. Al contrario, habla bien de ti. Es tu mamá. Sé que cuando se trata de la familia duele más y que es difícil perdonar, pero también es difícil que deje de importarnos. —Me aproximo un poco más a él, anhelo que pueda entender—. Te ayudaré a buscar la forma de contactar con ella, así te aseguras de que todo esté bien. ¿Eso te dejaría más tranquilo? —Busco una solución que suene posible y, al mismo tiempo, sencilla.

Quiero hacerle las cosas más fáciles, ya ha tenido suficientes complicaciones en su vida.

—Quizá. —Se encoge de hombros y le resta importancia al asunto.

He descubierto que, en momentos especiales, es capaz de expresar lo que siente, aunque luego vuelve a cerrarse y a poner su orgullo primero. Creo que le da miedo mostrarse vulnerable y, ¿a quién no? Cuando te sinceras con alguien más, le estás dando dos opciones: que pueda hacerte sentir mejor o, en el peor de los casos, la chance de lastimarte.

—¿Quizá? Eso no me suena muy convincente —murmuro con un aire divertido. Espero disminuir la tensión que hay en su rostro.

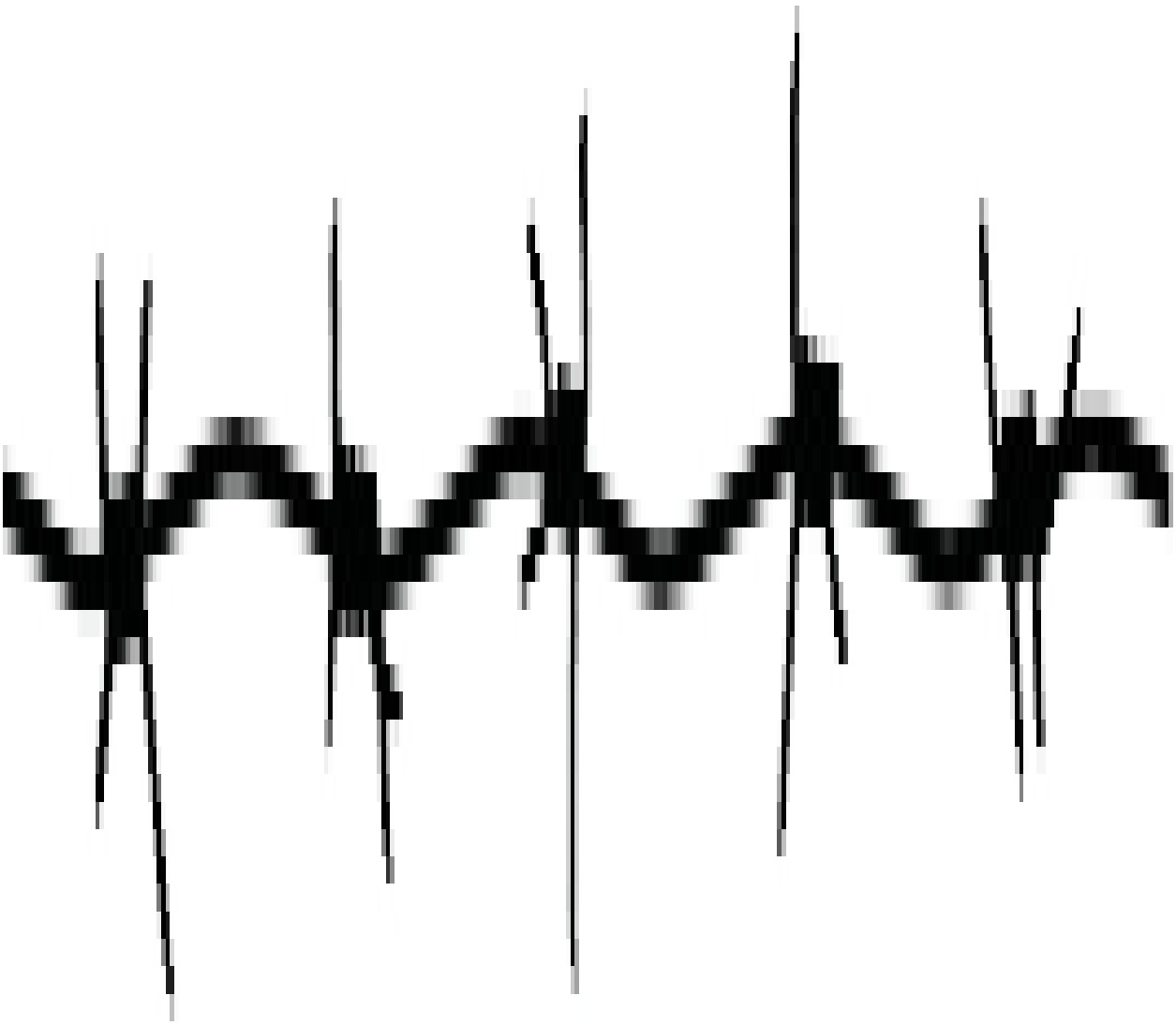
—¿Qué quieres que diga?

—No lo sé, algo que suene más optimista —sigo bromeando. De a poco comienzo a notar cómo las comisuras de sus labios se entornan hacia arriba.

—Bien, de acuerdo. Keira Holt, te prometo que cualquier cosa que hagas me dejará más tranquilo. —Encuentra ánimos para bromear y su forma de hablar, tan formal y exagerada, me hace reír—. ¿Conforme?

—Sí, muy conforme. —Sonrío con sinceridad. Es muy fácil sonreírle a él—. ¿Entramos o tengo que arrastrarte como a un niño caprichoso? —Se queda pensativo, sin mover un solo pie, y deja misterio en su respuesta, por lo que me aproximo hasta tomarlo de la mano y tiro de ella, en un ademán de hacerlo caminar por la fuerza—. Vamos, no seas malo.

Divertido, al fin mueve los pies y se deja llevar por mi fuerza.



Lo primero que hace Lidia al vernos es mandar a Damon a su habitación. Le dijo que más tarde hablarían. Parece enfadada y la entiendo. Esta noche se rompieron todas las reglas.

—Keira, sé que puedes entender. Esto no es un hotel del cual pueden entrar y salir cuando quieran —indica y no digo nada. Sé que tiene razón—. Tendrá que pasar las pruebas de que no ha vuelto a consumir, si no, no se podrá quedar.

—Es que no consumió nada —lo defiendo. Es la verdad—. Es mi culpa. Le conté que estaba en problemas y por eso escapó. Lo hizo para ayudarme. Estuvo todo el tiempo conmigo. Te prometo que no hizo nada.

—¿Problemas? —Veo preocupación en su rostro.

—Sí, un tema... Resulta que un idiota me estaba extorsionando, pero Damon lo solucionó y de una buena forma. Te juro que no hubo nada ilegal implicado...

Lidia pone cara de espanto.

—Suficiente —dice—. Me alegro de que haya podido ayudarte. La próxima podrías pedirme ayuda a mí también —me recuerda. Y lo sé, solo que nunca me gustó molestar a la gente con mis asuntos—. Por esta vez, él puede regresar, pero la próxima tendré que llamar a la policía.

—Comprendo.

—Ahora regresa a casa, ¿está bien? Pediré que te lleven —menciona y pone una pequeña sonrisa, de esas que usa cuando está tramando algo. Frunzo apenas el ceño, confundida.

—¿Que me lleven?

—¿Adivina quién volvió de su intercambio? —larga mientras caminamos hacia su despacho. Siento que mi corazón se detiene por un momento y, luego, un montón de alegría se desparrama por mi cuerpo.

—¿Hablas en serio? —pregunto, resistiendo la emoción, porque no puedo creer que sea cierto. Entonces, ella abre la puerta de su oficina y ahí está—. ¡Jace!

Emocionada, salto a sus brazos abiertos, que me rodean con efusividad.

Lidia tiene tres hijos, de los cuales él es el menor. Ya no viven en la ciudad, pero él sigue manteniéndose cerca, siempre fue el más apegado. A lo largo de la vida, compartimos tiempo juntos, hasta convertirnos en buenos amigos. Es tan solo dos años mayor que yo, pero por los distintos caminos que tomamos, en los últimos años hemos coincidido poco. Jace es un líder nato, que se destaca en lo académico, pero también es jugador profesional de fútbol americano, lo que le ha permitido obtener becas, visitar otros países e integrar equipos importantes.

—Oh, por Dios. ¡No puedo creer que estés aquí! —digo.

Él se despega y nos contemplamos el uno al otro. Noto que lleva una campera azul deportiva, su espalda ancha y sus brazos siguen tan fuertes como los recuerdo, y su pelo, castaño claro, está un poco más largo.

—Mírate, pareces otra —dice, impresionado. Giro los ojos, pienso que exagera.

—Soy la misma de siempre. —Me encojo de hombros.

—Llegó hace unas horas, pero no aguantó esperarme en casa y vino para acá —explica Lidia—. Le dije que tenía mucho trabajo.

—Todo para ver a mi querida madre. —La abraza, cariñoso como de costumbre.

—¿Qué tal Alemania? —curioseo.

—Estuvo bien —responde—, pero nada se siente como estar en casa.

—¿Estás de visita o planeas quedarte?

—Puede que ya sea para quedarme —comenta—. Recibí una propuesta interesante de la universidad de acá; voy a ver qué tal.

No lo tomo en serio, sé lo impredecible que es. Un día puede estar aquí y, al siguiente, marcharse al otro extremo del mundo. Tiene puertas abiertas por todas partes, lo cual es bastante admirable.

Te cuento mejor en el trayecto —continúa, y da pie a que nos despidamos de su madre, para encaminarnos hacia su auto.

Este día, sin dudas, me ha dejado sin aliento después de tantos sucesos inesperados. Mi vida no solía ser así; tendía a ser monótona y tranquila. De igual modo, me gusta este cambio.

Damon

Después de la noche en la que me escapé para ir a casa de Keira, el encierro se volvió más asfixiante y abrumador. Revivir cómo se sentía caminar libre por las calles me hizo desear en sobremanera salir del centro y recuperar la vida que tenía: hacer negocios, estar con los míos, divertirme a mi manera… A pesar de que algunas situaciones eran una mierda.

Me repiten una y otra vez que, después de pasar por esto, mi vida será mejor, pero por momentos no estoy seguro. Quiero decir, ni siquiera sé cómo ganaré dinero. Cargo con antecedentes y es

difícil que quieran contratarme en algún lugar decente. Tampoco sé qué pasará con Keira. ¿Nos vamos a seguir viendo o todo acabará cuando el tratamiento haya terminado? Me siento como un idiota al admitirlo, pero la idea de no verla más me asusta. El hecho de que ella siempre aparezca para arreglar las cosas cuando estoy a punto de perder el control se está convirtiendo en una costumbre, y no sé si eso es algo bueno. Quiero volver a sentir que puedo llevarme el mundo por delante a mí antojo. Así era yo.

Para no pensar demasiado, me paso los días jugando básquet con los demás internos —aunque sea muy fácil ganarles—, leo los libros que me dejó la rubia e incluso, aunque suene increíble, he intentado usar la libreta que ella me dio, aunque ha sido inútil: no he logrado escribir una sola palabra. Pensar en que alguien podría leer eso apesta, porque de seguro estará todo mal y repleto de errores.

Acabo de darme una ducha y, mientras me coloco la ropa, tocan a la puerta. Escucho la voz de Lidia anunciando que tengo visitas y me apresuro. Es probable que sea Keira.

Para mi sorpresa, la rubia no está sola. Una figura conocida está de pie a su lado, su cara ha vuelto a estar impecable, lo único diferente es el yeso en su pierna y un par de muletas. Es Liam.

Maldición.

Nunca pensé que ver a este imbécil me alegraría tanto.

—Ey, ¿qué estás haciendo aquí? —digo tras saludarlo, todavía sorprendido.

—¿Qué cómo estoy? Bien, gracias —bromea—. Todo se lo debes a Keira.

Miro a la rubia, que sonríe y niega con la cabeza.

—Yo solo te llamé. Tú viniste —dice para restar mérito a lo que hizo. Ella nunca admitirá que es increíble, pero diablos, es la chica más asombrosa que he conocido en toda mi vida—. Bueno, los dejo solos para que puedan ponerse al día.

No alcanzo a darle las gracias, se escabulle sin darme tiempo.

—Vaya, te ves como una persona normal —pronuncia Liam en forma de chiste.

—¿Quieres que te rompa la otra pierna? —también bromeo, mientras nos dirigimos hacia la sala común, donde solemos pasar el rato. Nos sentamos alrededor de una de las mesas del fondo.

Es día de visitas. En el centro hay más personas y movimiento de lo usual, por lo que los celadores están más atentos. Sin embargo, no me importa demasiado. Podemos conversar y hablar de cualquier mierda, como siempre, excepto que nos faltan las botellas de cerveza de por medio, las que bebíamos hasta emborracharnos.

Tras un largo rato charlando, distingo a Keira en el otro extremo. Está de pie, en ronda con Lidia y otras chicas. Me doy cuenta de que me observa. Es su forma de asegurarse de que todo esté yendo bien; me cuida la espalda, como de costumbre. Me sonríe y le guiño un ojo para mostrarle

que todo está perfecto. Debería concentrarme en la conversación, pero se me hace imposible no voltear a mirarla cada dos minutos, aun cuando ella ya me ha quitado la vista de encima. La veo reír, acomodarse el cabello y, luego, ponerse seria cuando alguien más está contándole algo.

—Entonces le dije que, si quería hacerme trabajar antes de tiempo, tenía que pagarme el doble. ¿Sabes qué me respondió? —Silencio—. ¿Damon...? ¿Qué opinas?

—¿Eh? Disculpa, no te escuché —digo, sincero. Liam ríe.

—Uff. Estás metido hasta el fondo —murmura.

Frunzo el ceño, confundido.

—¿De qué hablas?

—De cómo la miras. —Hace un gesto con la cabeza para referirse a Keira—. Nunca te vi fijarte en alguien de ese modo. Además de que la mitad de las cosas que me dijiste fueron sobre ella.

—Espera, te estás apresurando en sacar conclusiones. —Lo freno—. Hablo de ella porque se podría decir que es la única persona con la que me relaciono mientras estoy aquí encerrado.

—¿Seguro? Yo diría que hablas de ella como si te gustara.

La vuelvo a mirar durante un instante. Entonces, me doy cuenta de que he aprendido la forma en que sonríe cuando está contenta, cómo sus ojos se entristecen cuando algo está mal, o el modo en que se queda en silencio y me escucha cada vez que la necesito. Hay cosas que me guardo para mí, como la calma que me trajo cuando me envolvió entre sus brazos por primera vez, o el miedo que me invade cuando pienso en la posibilidad de no volver a verla. Tal vez Liam tiene razón. Quizás ella me gusta.

—Bueno, me gusta como es. Mírala, Liam. Sonríe y parece que todo en este maldito mundo estuviera bien —largo, sin miedo a admitir esta verdad a mi único amigo.

—¿Qué estás esperando para decirle? No entiendo desde cuándo pierdes el tiempo en estos asuntos —insinúa, como si fuera tan fácil.

—Estás loco. ¿te olvidas de dónde vengo? Ella... Sí, es asombrosa, pero está hecha de otro modo. Es diferente. No se fijaría en mí.

—Eso no lo sabes. —Busca detener mi pesimismo—. Conozco a otras personas que estuvieron en rehabilitación y créeme, jamás tuvieron a una tutora que los trate tan bien como ella a ti —expresa. Diablos. Me genera expectativas—. Quiero decir, alguien que se preocupe tanto, que les de tanta importancia. Esa chica me llamó, se ocupó de que pudiera llegar hoy y, déjame decirte que, se notaba muy ansiosa por sorprenderte. Sabía que te pondrías contento.

—Así es ella. Nunca deja de sorprenderme. Pero a ella le espera un futuro brillante, ¿sabes? Alguien como yo solo la haría atascarse.

—No. Si la quieres de verdad, sabrás hacerla feliz; más que cualquier otro imbécil que no tiene idea de lo increíble que es. —Sigue aumentando mi optimismo, pero, si empezaba a creer en alguna posibilidad, se destruye al ver como un rubio la sorprende por detrás, la hace reír y luego la saluda con cariño.

—¿Te refieres a un imbécil como ese? —cuestiono—. Olvídalo, Liam. No me pasa nada con ella. —Me resigno y busco restarle importancia para poder cambiar de tema.

Sin embargo, no puedo sacarme la imagen de la cabeza y, al mismo tiempo, asumo que ella ahora tiene novio. La pregunta aquí es «¿por qué no lo tendría?». Debí haberlo imaginado.

Regreso a mirar: el chico la abraza por los hombros y se ve integrado en la conversación. Keira se da cuenta de que estoy presenciando la escena, pero de inmediato corro la vista hacia otro punto y finjo no estar mirando. Esto es tan frustrante.

—Hayley —llamo a la pelinegra, al verla pasar cerca—. ¿Por qué no te unes? Déjame presentarte a un amigo.

Está sola. Es extraño que reciba visitas, a excepción de su ayudante. Espero que se ubique a mi lado y, cuando lo hace, paso un brazo alrededor de sus hombros. Después de todo, tenemos cierta confianza y puedo hacer cosas como esas. Luego, me aseguro de que Keira esté mirando.

Y lo hace.

CAPÍTULO 17

Damon

El tiempo de socializar acabó. Liam se marcha, al igual que el resto de las visitas. Quedan solo unas pocas personas rondando por la sala común, entre ellas Keira y el chico que la seguía a sol y sombra. Empieza a ser de verdad frustrante, sobre todo porque no tengo oportunidad para acercarme a ella, o al menos no lo haré mientras él esté por ahí cerca.

Los veo aproximarse riendo, así que giro y cambio de dirección hacia mi habitación, él único lugar en ese maldito sitio donde puedo alejarme de todos. Sin embargo, mi plan no es efectivo; Keira me llama y tengo que detenerme.

—Damon, ¿tienes un momento?

Se ve malditamente hermosa y actúa tan amable que se me hace imposible ser distante con ella. Aunque, el ver a su amigo, o no sé qué, a su lado, me revuelve el estómago.

—Depende para qué. Estoy apurado, Hayley me está esperando —miento. ¿Qué? Si ella muestra que tiene lo suyo, puedo hacerle ver que tengo lo mío. Al menos estamos en condiciones iguales.

—Es importante —aclara—. Quiero presentarte a alguien y...

—Ah, ¿presentarme a tu novio? —interrumpo. Mi mirada salta a él y luego regresa a ella.

Su confusión es mayor, pero de inmediato se transforma en leves carcajadas. Ahora el que mira sin comprender nada, soy yo.

—¿Novio? —Ambos se dan miradas de complicidad y vuelven a reír. Es obvio que está pasando algo que no entiendo, chistes internos, quizá. De esos que solo compartes con tu pareja. Por alguna razón, imaginar aquello me molesta más—. No somos novios —agrega con ligereza—. Él es Jace, el hijo de Lidia. Quería presentarlo porque quizá te lo cruces aquí a diario. —Se encoge de hombros.

El chico extiende la mano para saludar, pero no le correspondo. No me interesa relacionarme con él.

—Oh, vaya. Interesante —digo con sarcasmo y giro, en busca de retomar mi camino.

—Damon... —Ahí está. Me busca aun cuando actué como un imbécil—. ¿Puedes detenerte? —Atravesamos el pasillo hasta mi habitación y, justo en la entrada, freno—. ¿Qué fue todo eso?

—Nada. ¿Qué quieres? Tengo cosas que hacer.

—Quiero que hablemos —insiste—. ¿Puedo pasar? A menos que prefieras tener la conversación en medio del pasillo, donde cualquiera puede oírnos.

Tras analizar la situación y siendo consciente de que ella podría perder la paciencia en cualquier momento, doy un paso al costado, rendido al dejar la entrada libre. Entra a la habitación y cierro la puerta. Me doy cuenta de que tiene una pequeña sonrisa cuando nota uno de los libros que me prestó sobre la mesita de noche. Sobresale entre las páginas un marcador, señal de que estuve leyendo. Eso la anima.

—¿Puedes calmarte?

—Estoy muy calmado —digo, en un intento por convencerme a mí mismo—. Estoy perfecto.

—Claro, lo estás. ¿Por qué te molestaría si Jace fuera mi novio?

—No lo sé. Quizá por lo mismo que te molestaste cuando te dije que me acosté con Hayley.

—Eso es diferente. Te dije que se recomienda que los internos no tengan vínculos personales con el resto de sus compañeros, no que no te acuestes con ella —aclara y cruza los brazos sobre su pecho—. ¿Te gusta? Además de parecerte linda; porque sí, es hermosa.

«No es tan hermosa como tú, Keira».

—¿Te gusta?

—¡Damon! —exclama. Le hice perder la paciencia y sonrío divertido—. Te estoy haciendo una pregunta, ¿puedes contestar? —dice, exasperada, aunque detrás de aquella frustración esconde una sonrisa. Sé que no puede evitarlo—. ¿Te gusta o no?

—No lo sé. Es una forma de pasar el tiempo. —Me encojo de hombros—. Tú estás haciendo tu vida ahí afuera y yo tengo que encontrar un modo de hacer la mía. Supongo que algún día el trabajo estará hecho y dejarás de verme, por lo que tendré que aceptar el hecho de que eso era todo.

Ella niega de inmediato y sonríe de lado, el gesto que pone cuando acaba de comprenderlo todo. Posiciona sus manos sobre mí, una en cada hombro, y sus ojos me atraviesan. Cada vez que me mira de esa forma, siento que todo esto vale la pena.

—De ahora en más voy a pedirte un favor: que pares de pensar así —pronuncia—. Eres parte de mi vida. ¿Sabes que significa eso? Que no te irás con facilidad, a menos que tú lo quieras —dice con ternura—. Tienes la manía de pensar que no me importas y estás tan equivocado. Incluso cuando esto se haya acabado, lo que tenemos va a continuar.

Su forma de ver las cosas es tan simple que, de pronto, todo parece más fácil. Quisiera explicarle que cada vez que estoy cerca de alcanzar algo bueno lo pierdo; todo se va al infierno. Estoy acostumbrado a que nada bueno se quede conmigo. No quiero que pase lo mismo con ella. Es un miedo insistente que me vive atormentando, una voz que me recuerda a cada minuto que tarde o temprano esto acabará. Intento olvidar ese maldito eco en mi cabeza, convencerme de que nada de eso es cierto. Las palabras de Keira, en cambio, sí lo son. Hasta ahora nunca me ha defraudado.

—¿Ahora puedo hacerte la pregunta? —murmuro para cambiar de tema y olvidar la tensión.

—¿Qué?

—¿Te gusta Jace o no? —cuestiono, a lo que aprieta el labio inferior con los dientes, mientras me da golpes inofensivos. Finjo resguardarme tras mis brazos.

—Basta. No estoy aquí para hablar de eso. —Me hubiera gustado que lo negara, pero no lo hizo —. Tengo que decirte algo importante.

—Habla. —Me apoyo contra la puerta y me cruzo de brazos.

—Bueno, conseguí ponerme en contacto con tu mamá.

—¿Fuiste a su casa? —indago, preocupado. Ese sitio no es el mejor lugar del mundo, sino todo lo contrario. Cualquier persona ajena al barrio que ronde por ahí corre peligro.

—No, no. Resulta que el teléfono de línea funciona —deja en claro—. Insistí en llamarla, hasta que la encontré. Le pregunté si podía llamarte al centro, pero dijo que prefiere venir a verte. Así que organicé una visita, pero antes quería saber si estabas de acuerdo, porque si no, ya sabes, puedo suspenderlo.

—¿Hablas en serio?

—Sí. —Coloca una pequeña sonrisa.

Ya no sé qué decir. Primero lo de Liam, ahora lo de mamá. De su boca solo salen buenas noticias.

—Todo lo que puedo decir es que eres la mejor. —Su sonrisa se extiende con timidez, hasta ensancharse.

Si pudiera darle algo, le daría confianza en sí misma, para que pueda darse cuenta de lo maravillosa que es. Me aproximo para darle un abrazo y, cuando la sostengo, hago que sus pies se despeguen del suelo. Keira se ríe y algunos mechones de su cabello me hacen cosquillas en la cara.

Keira

Desde que está Jace, me ahorro el viaje en transporte público de regreso a casa. Estuvimos hablando un montón, en especial sobre sus planes al estar de regreso en la ciudad. Él es muy sociable, tiene amigos por todas partes y hablan muy bien de él. Su madre ha hecho un gran trabajo. Aunque tiene un pequeño defecto: no puede comprometerse demasiado con nadie. Su vida es una continuidad de sucesos inesperados. Hoy está aquí, quizá mañana se tome un avión a la otra punta del mundo. No lo culpo, cualquiera que tuviese sus oportunidades lo haría. Las chicas van y vienen en su vida, nunca tuvo una novia estable. Debo admitir que cuando teníamos dieciséis años me gustaba mucho, incluso estuve a punto de confesarle mis sentimientos. Entonces, apareció con la noticia de que haría un intercambio estudiantil, que se iría del país. Por suerte todo quedó en mi interior y no me expuse a que me rompiera el corazón.

También es cierto que no pude responderle la pregunta porque no estoy segura de mis sentimientos. Tal vez aún me guste, o quizá no.

—Keira —dice antes de que pueda bajarme del auto—. Sé que estás muy ocupada, pero ¿quieres ir a cenar mañana? Así me cuentas de tu primer día en la universidad.

Cierto. Mañana es mi primer día de clases. Por poco lo olvidaba.

La invitación me sorprende. Con sinceridad, pensé que tendría cosas más interesantes para hacer que pasar tiempo conmigo.

—Claro, pero que sea uno de esos lugares donde no me tenga que arreglar demasiado —bromeo y, luego, salgo del vehículo.

—Hecho. —Baja la ventanilla del auto y me mira divertido—. Paso por ti a las siete. Cuídate.

Elevo la mano para darle un último saludo y lo veo irse.

Mis amigas, Summer y Andy, se han mudado a universidades lejanas y no podré verlas en mucho tiempo, pero tienen que saber de esto. Mi yo de dieciséis años subiría emocionada las

escaleras hacia la habitación y se quedaría esperando con ansiedad la próxima noche.

La que soy ahora está plagada de calma: me dirijo a mi cuarto al tiempo que me pregunto si combinar la universidad con las visitas al centro funcionará. Bueno, tiene que funcionar. No puedo abandonar ninguna opción.

Mi yo del pasado reviviría una y otra vez el momento en que Jace me invitó a cenar hasta dormirme. Ahora, al cerrar los ojos, lo único que puedo revivir es la sensación de los fuertes brazos de Damon rodeándome, sosteniendo mi cuerpo, haciendo que mis pies se despeguen del suelo.

Damon

Algunas gotas de agua se deslizan por mis hombros mientras busco una camiseta. Media hora atrás, me avisaron que mamá llegaría pronto y, aunque en realidad no sé qué esperar, trato de convencerme de que todo saldrá bien. La visita, además, es una excepción. Por lo general, se debe respetar un rango de horario, pero en este caso, han considerado necesario que podamos encontrarnos en un ambiente tranquilo. Por un instante, todo me recuerda a cuando tenía ocho años, ilusionado, creyendo que ella aparecería recuperada y se comportaría como el resto. Tenía la esperanza de que me preparara cada día la comida, que se sentara a mi lado para ayudarme con los deberes, o que asistiera a verme a mis partidos de baloncesto. No esperaba nada material, tan solo un poco de atención. Sin embargo, el tiempo pasó, crecimos. Tengo una leve esperanza de recuperar, aunque sea una minúscula parte de todo lo que perdimos.

George, uno de los celadores, me lleva a la sala común. Tomo asiento frente a una mesa. Él se queda al lado de la puerta, desde donde es capaz de tener el control. Además, las reglas establecen que no podemos pasar tiempo a solas con visitas del exterior. Traje conmigo la libreta junto al bolígrafo que me dio Keira, tras considerar la posibilidad de escribir aquellas cosas que nunca le dije a mi madre. No obstante, es una mierda. No me sale nada decente. Las letras no son lo mío.

Observo el reloj que cuelga en la pared unas cincuenta veces; las horas corren, nadie aparece. Empiezo a pensar que es inútil seguir esperando, que no llegará... Hasta que al fin la puerta se abre y ahí está.

Maldición.

Luce tan diferente a como la recordaba. Y no de la clase de diferente en la que alguien muestra mejorías, sino en la que empeora.

Ha perdido peso, se nota en su rostro, los huesos resaltan. Su cabello está desarreglado y las marcas oscuras en su cara no son ojeras, sino moretones.

—Hola, mamá —pronuncio. Me pongo de pie con las manos detrás de la espalda.

—Damon, por Dios. Has crecido tanto. —Sonríe con cansancio y, a medida que se aproxima, puedo notar que las marcas de golpes habitan en distintas partes de su cuerpo.

Reconozco una enorme en su cuello, a pesar de que intenta ocultarla bajo un pañuelo a su alrededor. Entonces me doy cuenta de que es probable que haya más tras su ropa, y no sé cuánto podré soportar.

—Ven, dame un abrazo.

Estremecido y desconcertado, me acerco y la rodeo, lo que me permite comprobar su pérdida de peso. Está tan delgada que me da la sensación de que, si la aprieto demasiado, va a romperse. Al mismo tiempo, noto que solo uno de sus brazos se inclina sobre mis hombros; el otro se mantiene inmóvil, a un costado.

Esto es peor de lo que imaginé.

—Tienes que contármelo todo, eh. ¿Cómo van las cosas aquí? Están cuidando de ti, ¿no? —cuestiona y asiento. Ahora mismo no es de mí de quien debemos hablar.

—Estoy bien, las cosas van bien aquí —respondo—. ¿Por qué no te sientas? Pareces cansada —trato de cambiar el tema. Podría ser brutalmente honesto, como de costumbre, pero me da la impresión de que está tan frágil que debo cuidar hasta mis palabras. Mi madre toma asiento y yo me ubico frente a ella—. Mejor cuéntame cómo están yendo las cosas fuera.

—Muy bien. No tienes nada de qué preocuparte —dice y extiende su brazo sano para acomodarme el cabello con cariño.

—Mamá, no quieras engañarme. Ya no soy un niño, no voy a creerme que te tropezaste —murmuro, realista—. Killian te golpeó, él te hizo esto, ¿no es así? —Ella baja la mirada; está perdida y ya ni siquiera es capaz de mentir—. Escucha, no lo tienes que seguir defendiendo. ¿Está bien? Tienes que alejarte de él, no puedes regresar a esa casa —dejo en claro—. Haremos algo para que no tengas que volver ahí.

Keira es la primera persona que aparece en mis pensamientos; de seguro a ella se le ocurriría una buena idea, pero no la quiero involucrar. Además, no ha pasado por el centro en todo el día.

—Nunca lo defendí —exclama y contradice mis recuerdos.

—Ya está. Eso no importa ahora.

No quiero regresar atrás. No quiero revolver entre las cosas que me duelen, porque el rencor no tardará en asomarse y abrir una puerta directo a la perdición.

—No, sí que importa. Tienes que saber que nunca lo defendí. Él ha sido... es como mi sombra. A donde quiera que vaya, ahí está; controlando, imponiendo... El día que te sacó de la casa me sentí terrible, pero en la cruel realidad que teníamos, era el único modo que tenía para librarte de él. De nosotros. Él sabía que... sabía que tú eras mi mundo y directamente decía que te mataría si te volvía a ver por la casa. La verdad... La verdad es que pensé que lejos estarías mejor. Lo siento, Damon. Lo siento tanto. —Su voz es tan débil que cada palabra suena rota.

Sus ojos están desbordados con lágrimas y siento los míos aguarse, pero bajo la cabeza para retomar mi postura. Soy una pieza concisa esta vez. Tengo que hacer algo.

—Ese tipo de un hijo de puta, no tienes que acercarte a él nunca más, ¿de acuerdo? —pronuncio, convencido de que haré cualquier cosa para arreglar la situación.

Se me ocurre una idea. Apunto una dirección en una hoja de la libreta, luego escribo un mensaje dirigido a mi último socio, al que le otorgué datos de clientes para sus ventas. Arranco los dos trozos de papel, a uno de ellos lo doblo en dos partes.

—Cuando salgas de aquí, irás a este lugar —le indico—. Hablarás con Kyle y le darás este mensaje de mi parte. Teníamos un trato, así que te dará una buena suma de dinero —explico—. Te la quedarás e irás a un sitio lejos de casa: un hotel, lo que sea, pero lejos. Regístrate con un nombre falso, ¿está bien? —Mi madre asiente, ha entendido cada indicación, aunque todavía no se recupera de la conversación emotiva que acabamos de tener y que he tenido que interrumpir porque no puedo tolerarlo más—. Usa el teléfono del hotel y llámame para hacerme saber dónde te estás quedando. Mañana hablaré con gente que pueda ayudar e iremos por ti.

Siento un gran impulso por abandonar este sitio e ir directo en busca de Killian para acabar yo mismo con el problema, pero esta vez la razón gana. Si salgo de aquí, alertarán a la policía, regresaré a la cárcel y, desde una celda, no puedo ser útil para nada.

—¿Puedes hacer lo que te pido?

Ella le echa un vistazo al trozo de papel, repasa la ubicación que acabo de escribir y, luego, asiente reiteradas veces. Antes de volver a hablar, se limpia las lágrimas con el dorso de la mano.

—De verdad lo siento tanto.

—Ma... —la interrumpo. Sé que tenemos mucho que hablar acerca de nosotros, pero, de momento, siento que no puedo hacerlo.

—No, deja que te lo diga. Es la verdad, hice todo mal contigo —admite sin perderme de vista. Suena a que está realmente arrepentida y, por primera vez después de mucho tiempo, creo en lo que está diciendo—. Siempre tuve la obsesión de buscar a alguien para completar la familia. No lo sé, yo... debí darme cuenta de que solos, tú y yo, era más que suficiente. —Se encoge de hombros y, acto seguido, extiende su mano hasta apretar la mía. Me sorprende, pero no me rehúso al toque—. Eres más, mucho más de lo que merezco.

Aprieto la mandíbula, trago saliva y asiento. Sus palabras me atrapan. Es lo que necesitaba oír desde que tengo uso de razón.

—Está bien, no tienes que decir nada —agrega. Suelta mi mano, se pone de pie con cuidado y guarda el papel en un bolsillo de su chaqueta—. Tengo que irme.

—Cuídate y haz lo que te indiqué. ¿Estarás bien?

Quiero oír una vez más que comprendió el plan porque, en cuanto ella ponga un pie fuera de este lugar, empezaré a torturarme a mí mismo repasando los mil escenarios malos que podrían ocurrir.

—Sí, no te preocupes. Sé lo que tengo que hacer —asegura y se aproxima una vez más para envolverme con su brazo libre—. Te amo, hijo —dice. Luego, me da un beso en la mejilla.

Aquello termina por dejarme perplejo. Es la primera vez que la escucho decirme que me quiere; había perdido la cuenta de la cantidad de veces que sentí que no me quería. Pasé días y noches sintiéndome como una carga, algo que uno lleva en su espalda por obligación y, aun queriendo, no puede deshacerte de ello, no del todo, porque en este caso se trata su sangre. Su familia.

Siempre me importó, incluso cuando sentía que me despreciaba.

Mamá camina hacia la puerta, me echa un último vistazo y se marcha. Estoy de pie en medio de la sala vacía y no sé qué demonios hacer. Paso nervioso una mano por mi cabello y mi labio inferior tirita, en señal de que la angustia se está materializando. Como de costumbre, reprimo las ganas de llorar. Quiero gritar. Quiero salir de este sitio y poder hacer algo, cambiar las cosas; pero ya está hecho.

Siento tanto remordimiento e impotencia que mis impulsos se apropian de mis sentidos. Necesito descargarme, como sea... Mis puños golpean la pared, luego me descargo contra las sillas y las mesas. George intenta detenerme y, mientras sigo causando desastre, llega Owen, otro de los celadores, y busca calmarme. Me sostienen por los brazos y los doblan detrás de mi espalda para impedir que siga causando destrozos.

Todo lo que sé es que he vuelto a perder el control.

La puerta de la sala se abre. Giro la cabeza para ver por sobre mi hombro y diviso a Keira. Tiene el cabello suelto y uno de esos vestidos que se le ciñen al cuerpo y la hacen lucir como una diosa. Está viendo la situación confundida y parece que no le agrada en absoluto.

—¿Qué está pasando? Suéltenlo —dice de inmediato, mientras deja a un lado el bolso que sostiene y se aproxima—. ¡Que lo suelten! —vuelve a ordenar, muy molesta.

Mi corazón late como si estuviera a punto de atravesarme el pecho, mi respiración está acelerada y todavía siento la sangre caliente corriendo a gran velocidad por mis venas.

Pero la veo y, por alguna razón, empiezo a sentir que todo estará bien.

CAPÍTULO 18

Keira

Jace me lleva a cenar a un restaurante de moda. Pedimos tacos y cervezas, un plan bastante relajado. En general, pasar tiempo con él es divertido, pero también un tanto agotador; tiene un montón de conocidos y, de vez en cuando, alguno se detiene a saludarlo e intercambiar palabras. En esos momentos siento que no tengo nada que hacer ahí, por lo que sigo en lo mío, sin intervenir en las conversaciones. Él lo nota y, de manera disimulada, despide rápido a sus conocidos; hasta me pide disculpas, a pesar de que, en realidad, no es su culpa en forma directa.

Estoy a punto de degustar una copa de crema helada cuando lo recuerdo. El día agitado en la universidad y, luego, la salida con Jace hicieron que me olvidara de algo crucial.

—Oh no, lo olvidé —pronuncio en voz alta.

—¿Está todo bien? —pregunta Jace, confuso.

—Sí. No, en realidad no. —Suspiro—. ¿Recuerdas a Damon, el chico que te presenté en el centro? —Jace asiente—. Bueno, hoy tenía algo importante y no me acordé. —Me muerdo el labio inferior, nerviosa. Su mamá iba a visitarlo, se supone que debía estar ahí para mediar, por si acaso.

De inmediato siento que tengo que estar ahí junto a él.

—¿Qué tan importante? —indaga—. De todos modos, en el centro hay más personas que pueden acompañarlo —trata de calmarme.

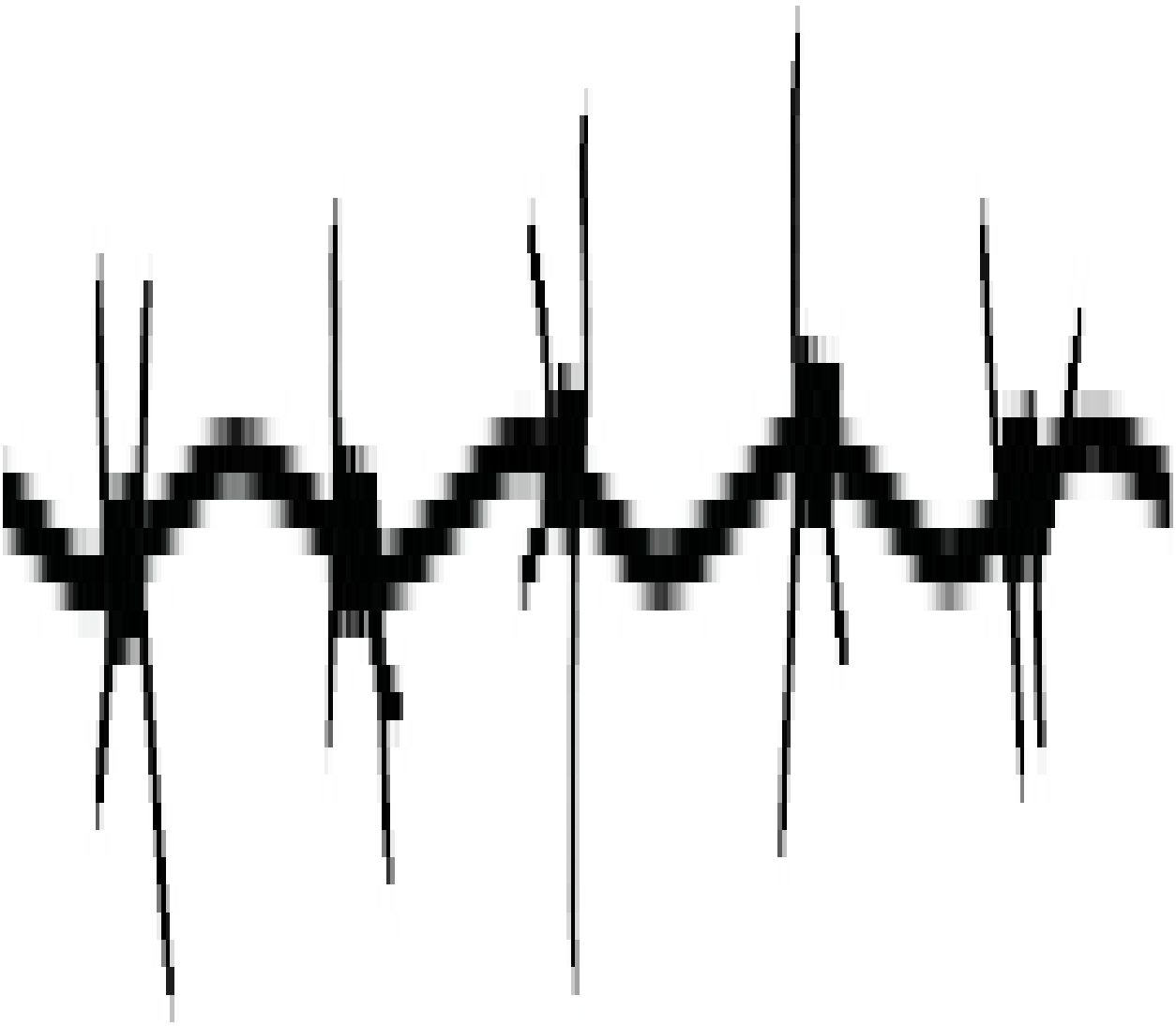
—Lo sé, pero no es lo mismo —digo, exasperada, y observo la hora que marca el reloj del celular. —¿Cómo lo pude olvidar?

—Es probable que lo hayas olvidado porque eres un ser humano que no puede hacer todo al mismo tiempo —murmura—. Te preocupas demasiado. En serio, relájate. Diviértete un poco. —De nuevo intenta que lo olvide, pero no logra imaginar lo que esto significa para mí.

—No lo entiendes —interrumpo con el semblante un tanto alterado—. Tengo que estar ahí. Es importante, de verdad —insisto—. ¿Sabes lo que es estar solo en el mundo? —cuestiono y Jace niega—. Él se ha sentido así toda su vida, y no quiero que vuelva a pasar por eso.

—De acuerdo. Tranquila. Si es tan relevante para ti, entonces para mí también lo es. Toma tus cosas que te llevo al centro —indica, comprensivo, mientras hace una seña al mesero para que traiga la cuenta.

Me alivia que lo entienda y no se moleste por tener que interrumpir nuestra salida.



En el centro, los disturbios que se oyen desde una de las salas acaparan mi atención. Jace toma la iniciativa de ir a ver qué pasa, pero lo detengo. Le dejo saber que puedo controlar lo que sea que esté sucediendo y que es preferible que se quede esperando en la entrada. Ya es tarde, Lidia se marchó hace horas y solo quedan George y Owen, los celadores que vigilan el centro por la noche.

Sin temor, me dirijo a la sala. La puerta está entreabierta y un pequeño empujón basta para abrirla por completo. El escenario es bastante desastroso: hay sillas, mesas y objetos tirados por la sala. Pero, al ver que están reteniendo a Damon, me alarmo. Detesto que lo traten de esa forma. Él se resiste al agarre, pero los celadores son dos y, por ello, logran reducirlo.

—¿Qué está pasando? ¡Suéltenlo! —exclamo. Dejo a un lado el bolso que traigo y me aproximo —. ¡Qué lo suelten! —ordeno, molesta.

Al principio, los hombres se desconciertan por mi actitud, pero no tardan en darse cuenta de que estoy hablando en serio.

—¿Está segura, señorita?

—Sí, por favor. Déjenme a solas con él —murmuro con seguridad.

George y Owen lo sueltan, pero Damon sigue mirándolos con desdén, como si intentara provocarlos por segunda vez. Sin embargo, a mí no me engaña. Ya sé que esos aires de superioridad y la actitud de creerse invencible se deben a que está herido. Fingir que nadie puede lastimarlo es su manera de protegerse.

—¿Puedes explicarme qué significa todo esto? —Me adentro en la sala. Los demás se retiran y quedamos solo nosotros dos—. ¿Estás bien? —Repaso su cuerpo para corroborar que no esté dañado, hasta que llego a sus manos y me doy cuenta de que tiene los nudillos lesionados—. Ey, mira lo que has hecho. —Sostengo su mano. La inspecciono con cuidado y él no opone resistencia, lo cual me resulta llamativo porque la primera vez que lo hice, apenas lo conocí, se alejó de mí con rapidez—. ¿Te duele mucho? —Elevo mi vista hasta su rostro, y me doy cuenta de que lleva algunos segundos mirándome.

—No es nada —se apresura a responder. Su mano continúa entre la mía. Las heridas son superficiales, pero me estremecen—. Conozco cosas peores —agrega, como si quisiera tranquilizarme, aunque consigue lo contrario.

—Eso me preocupa más —digo con un leve tono de reproche—. ¿Vas a decirme qué pasó?

Nuestras manos se despegan y él pasa una entre su cabello, todavía nervioso.

—Es mi mamá —dice y confirma lo que yo ya suponía. Desde que planeé el encuentro, tuve en claro que corríamos riesgos, pero noches atrás lo noté tan inquieto cuando habló sobre ella que

estaba convencida de que verla le daría tranquilidad—. Vino a verme. Hablamos. Pero se veía mal, muy mal. Estaba golpeada y ella... diablos… —Se sienta en una banca larga y lo imito, me ubico a su lado. Se agarra la cabeza entre las manos y se queda así durante unos segundos que se hacen eternos, observando el suelo—. Lo peor es que me di cuenta tarde. Debí imaginar que Killian se aprovecharía al saber que yo no aparecería por la casa.

Percibo que su enojo está dirigido hacia él mismo, que se ha cargado con el peso de una culpa que no le corresponde.

—No tenías forma de saberlo. Sé que todo esto es horrible, pero tienes que prohibirte sentir esa culpa. Porque no es justo, no es justo para ti —menciono, y me pongo de costado para intentar mirarlo a la cara—. Lo importante es que ahora sí podemos hacer algo. ¿Sabes a dónde fue?

Él aleja las manos de su cara y se incorpora tras recuperar fuerzas.

—No con exactitud. La envíe a buscar dinero, le dije que se quedara en algún hotel y que llamara para decirme dónde está —explica y, al instante, se interrumpe—. Maldición. El plan ahora suena como una mierda. Soy un idiota. —Tira la cabeza un poco hacia atrás y resopla, frustrado.

—Está bien. Hiciste lo mejor que pudiste en el momento —digo, convencida—. Ahora, deberíamos esperar a que vuelva a ponerse en contacto contigo, como lo planearon —indico y lo veo asentir, en señal de que está de acuerdo. Incapaz de contenerme, lo abrazo por los hombros y apoyo el mentón sobre uno de ellos—. Todo irá bien. —Hablo con cuidado, con la esperanza de hacerlo sentir mejor.

Desde esa posición deduzco que, si él girase apenas la cara hacia mi lado, quedaríamos muy cerca; tan próximos que nuestras respiraciones se podrían entremezclar, tanto como nunca lo hemos estado.

Pero él no se mueve y me despego de su hombro cuando percibo que abren la puerta de la sala: es George.

—Lo siento señorita, pero debe retirarse. No se permiten visitas fuera del horario. Como habrá visto, hicimos una excepción. Esto ya es demasiado —me hace saber y no lo contradigo, sé que tiene razón.

Me vuelvo hacia Damon. Lamento tener que marcharme.

—Tengo que irme.

—Lo sé. Ve tranquila.

—¿Estarás bien?

—Siempre lo estoy —bromea. Su tendencia de superioridad me hace sonreír y, por fin, puedo notar como algo se enciende en su cara.

—Claro. Estabas tan bien que casi destrozas este lugar —respondo con la misma ironía.

Ambos nos reímos por lo bajo, cómplices, burlándonos del mal momento.

—Bueno, digamos que tuve días mejores —pronuncia—. En cambio, tú luces como si hubieras tenido un buen día —agrega y me hace sentir algo nerviosa. No sé bien a qué se refiere.

—Creo que ya es suficiente por hoy. —Me pongo de pie, acomodo mi cabello, lo dejo caer tras la espalda y recojo el bolso que había dejado a un lado.

Estoy segura de que Damon se dio cuenta de lo nerviosa que me puso su comentario Me mira relajado, cargando una pequeña sonrisa. Luego, sus ojos me recorren atentos de una punta a la otra.

—Hablo en serio, Keira. Estás muy linda.

—Te veo mañana, ¿sí?

Prefiero omitir lo que pasó. Mis mejillas están rojas y temo que solo me salgan incoherencias de la boca. Nunca sé cómo reaccionar a ese tipo de comentarios.

Si hubiera sido otro chico, es probable que con un «gracias» hubiese bastado, pero a él no sé qué decirle. De pronto el corazón se me ha acelerado a causa de un simple comentario. Salgo de la sala y empiezo a atravesar el pasillo. Él, como de costumbre, me acompañará hasta la salida.

De inmediato recuerdo que Jace está esperándome ahí. Lo veo de pie, tratando de leerme la expresión para deducir si todo va mal, o bien.

—¿Ya podemos irnos? —dice, parece agotado de esperar—. Ah, hola, Damon —lo saluda de un modo casual. Me preocupa que él me vea con Jace y no sé por qué. Creo que es porque no quiero que piense que es mi novio.

—Sí, claro —contesto rápido. Volteo hacia Damon, que ha perdido el brillo que habitaba en sus ojos segundos atrás—. Hazme saber cualquier novedad.

Él sabe que puede llamarme, siempre y cuando le permitan utilizar el teléfono en los horarios establecidos. Le doy un rápido beso en la mejilla y me distancio.

—Lo haré —responde sin demasiados ánimos—. Por cierto, pásenla bien en la cita —exclama en voz alta. Hace un breve saludo con la mano y luego se marcha a su habitación.

¿Por qué da por hecho que tenemos una cita? Odio que sea tan obstinado, odio que se haya esfumado antes de que pueda explicarle que las cosas no son como él cree.

Suspiro y me armo de paciencia. Ya sé cómo es esto.

Salimos del centro y nos metemos en el auto deportivo de Jace, que enseguida se encarga de poner en marcha. Enciende la música, en busca de distender el ambiente, pero no hay forma de sacarme con facilidad la preocupación con la que cargo.

—Vamos a lo importante —dice cuando se detiene frente a un semáforo que acaba de marcar luz

roja—. ¿Qué hay entre tú y ese chico? Ya sé que lo ayudas —justifica antes de que pueda responder—, pero es obvio que hay algo más.

—Somos solo amigos.

—¿Estás bromeando? —Hace una mueca—. Él te mira como...

—¿Como qué?

—Como si fueras su mundo entero.

Quisiera decirle que está alucinando, que son ideas equivocadas por haber mirado demasiadas películas. No lo hago. Me quedo callada, mientras caigo en la cuenta de que, quizá, Jace está en lo cierto.

En comparación a otros vínculos, el que tenemos con Damon es nuevo. Llevamos poco tiempo en la vida del otro, pero ese tiempo ha sido intenso y, de forma inconsciente, nos hemos vuelto muy unidos. Ahora mismo, lo considero una de las personas más importantes en mi vida. No puedo esperar a que llegue el día para ir a verlo; me encanta que me haga reír con sus bromas estúpidas, o cuando responde a todo con sarcasmo, hasta hacerme enojar. Ya es un hecho que somos cercanos, quizá debí ponerle un freno a esto antes de atravesar el límite… pero ya es demasiado tarde.

No quiero irme de su vida, ni verlo fuera de la mía.

Damon

El vestido, la forma en que marcaba su cintura y se deslizaba por sus caderas hasta encima de las rodillas... Su cabello rubio, suave, que le caía por su espalda. Sus ojos. Keira tiene unos ojos amables que brillan a la luz de «todo estará bien». Cada vez que cierro los míos para dormir, la veo. Quiero borrarme esa imagen, pero recuerdo tantos detalles con suma precisión, que quitármela de la cabeza me llevaría una eternidad.

Lo hace todo más fácil, pero, al mismo tiempo, más difícil. No quería confiar en ella, no quería dejarla entrar porque sé cómo funcionan las cosas para mí: lo bueno no dura demasiado en mi vida. Pero, a pesar de mis negativas, ella entró de todos modos. Luchó. Se hizo un lugar. No dejó que yo la empujara lejos y, con sinceridad, se lo agradezco. Me gusta que esté cerca de mí, cada cosa que hace me hace quererla más.

Y ahí es cuando entiendo que también las cosas se han puesto difíciles. Odio aceptar que debo hacerme a un lado, que no puedo pensar en ella como lo estoy haciendo justo ahora. Verla con

Jace fue una de las sensaciones más amargas que experimenté en toda mi vida. Ese tipo seguro tiene un buen vehículo, puede llevarla a sitios mejores y lo más probable es que no le traiga tantos problemas como yo.

Luego de decir «pásenla bien en la cita», me arrepentí. A veces solo abro la boca para decir idioteces.

Los pensamientos de a poco se apagan, estoy a punto de caer dormido, hasta que abren la puerta del cuarto.

—Damon, tienes un llamado urgente, ¿quieres atender? —Owen se presenta con un teléfono inalámbrico en la mano. Debe ser mi madre.

No lo dudo. Atiendo. Él se queda vigilando en la habitación.

—¿Hola?

—Damon, soy mamá. Estoy en el hotel, como me pediste. —Escucho su voz y, al instante, me llega una sensación de alivio.

—Perfecto —digo, sonriendo por inercia—. ¿En qué hotel estás?

—Plaza Park, frente al casino. Habitación trecientos seis.

Mi plan está resultando, eso es un gran avance.

—Muy bien, puedes descansar. Mañana enviaré gente de confianza a buscarte.

Tendré que pedir ayuda a Keira, para variar.

—De acuerdo. —Oigo su respiración, pero no corta. Por lo que la conozco, diría que está agotada, y supongo que es normal. Su vida no ha sido fácil—. Déjame decirte que estoy muy orgullosa de ti, lo estás haciendo bien. Sigue con el tratamiento, no te rindas, porque vales mucho más que cualquier droga —murmura—. También, yo… Bueno, quiero pedirte perdón. Por favor, espero que algún día puedas perdonarme.

—Mamá, tranquila. —Hablar de perdonar para mí no es sencillo. Todavía tengo escenas que se repiten en mi cabeza, aún hay voces que me dicen «no deberías ayudarla» y, siendo honesto, en este mismo momento tengo las fuerzas suficientes para ignorarlas, para dejarme llevar por las buenas acciones. Sin embargo, de no ser porque estoy aquí, tal vez el rencor y el odio hubieran ganado—. Ya tendremos tiempo para hablar.

Al final, preferiría hacerlo cara a cara.

—Está bien —acepta la indicación—. Cuídate. Te amo, hijo.

—Te veo mañana —contesto. No soy bueno con los sentimientos, ni demostrando emociones. En realidad, soy un desastre.

Le devuelvo el teléfono a Owen, quien se retira y me deja dormir, cosa que puedo hacer de inmediato, porque sé que Keira tenía razón cuando dijo que todo iría bien.

Keira

La universidad está a solo unos veinte minutos de casa, así que tomo el autobús y paso toda la mañana entrando y saliendo de clases. Termino almorzando en el comedor del campus, mientras adelanto tareas para el día siguiente. En la tarde pasaré a ver a Damon, así que tengo que aprovechar el tiempo.

Lidia me mandó un mensaje para avisarme que él quiere hablar conmigo. Supongo que hay novedades sobre su madre. Jace se ofrece a buscarme por casa para llevarme al centro y acepto, aunque se está volviendo una costumbre y no debería serlo. Jace es así: te acostumbras a él, haces planes, pero, de pronto, le surge algo más emocionante y deja todo lo que tenía planeado para ir a por algo nuevo.

En el centro, Damon me está esperando. Me pide hablar a solas, así que nos apartamos a un costado, tras dejar a Lidia y Jace conversando en el otro extremo de la sala.

—Anoche llamó mi mamá —me cuenta Su cambio de ánimo es evidente.

—¿Sí? ¿Está bien? —pregunto aliviada—. ¿Dónde se está quedando?

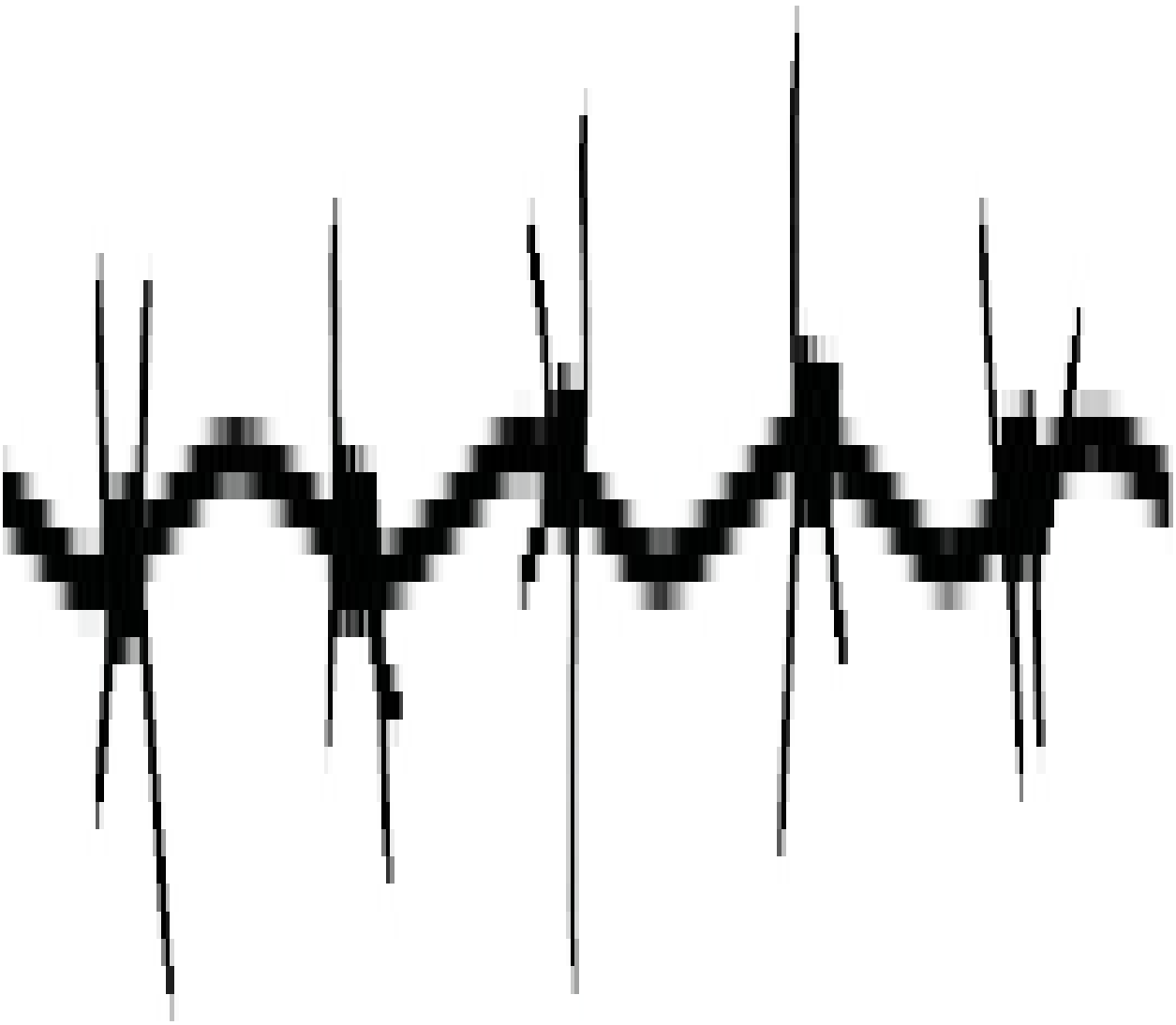
—Parece que sí. Está en el hotel Plaza Park, frente al casino —explica—. Necesito que enviemos gente de confianza a buscarla. Quiero decir, gente que pueda ponerla a salvo —me pide. Asiento. Comprendo a la perfección qué es lo que necesita.

—Lidia conoce algunos refugios para mujeres que sufren violencia de género —le comento—. Ahí van a cuidarla. Le darán la ayuda que necesita —agrego con seguridad—. Mira, seguro estará dispuesta a ir en persona. Creo que ella mejor que nadie sabrá cómo tratarla.

—También quisiera ir.

—Damon, no podemos romper las reglas. Lidia es comprensiva, pero es estricta y ya nos dio demasiados permisos —menciono. Me ha dejado en claro que no le permitirá salir, no hasta que haya cumplido con el resto de los días pactados. Si sale antes, interrumpe el tratamiento y no lo podrá recibir otra vez—. Voy a ir con ella. Luego la traeré aquí, para que puedas verla un rato. ¿Confías en mí?

Todavía a regañadientes, acepta quedarse mientras Lidia, Jace y yo vamos por su mamá. Nos largamos del centro antes de que él cambie de opinión y vuelva a insistir en acompañarnos.



Hotel Plaza Park, habitación trecientos seis. El lugar está descuidado y no hay demasiada gente dando vueltas. Es un edificio que tiene unos nueve pisos, y la habitación se encuentra en el tercero. Subimos por el ascensor, que se detiene en el pasillo indicado. Tomo la iniciativa y busco la habitación. Lidia me sigue. Jace se quedó esperando en el auto.

Encuentro el número correcto en el centro de una puerta y sonrío. Me llena de entusiasmo hacer esto por Damon. Sé lo bien que le hará solucionar este problema, ayudar a su madre, reconciliarse con ella. En el fondo, aún esconde un niño herido que necesita del amor de su mamá.

Toco la puerta reiteradas veces. A la quinta, frunzo el ceño, confundida y miro a Lidia sin saber qué hacer.

—Tranquila. Debe estar bañándose o durmiendo —me dice. Esperamos pacientes, pero toco un par de veces más, pero no ocurre nada.

—¿Señora? Soy Keira, ¿me recuerda? Venimos para ayudarla. Damon nos envió —exclamo en voz alta tras suponer que puede estar asustada y que eso le impide abrir—. ¿Hola? —insisto tras no recibir ninguna respuesta.

Por intuición, presiono el picaporte y la puerta se abre. No tenía ningún tipo de traba.

—Keira, espera. No deberíamos invadir su espacio privado. —Lidia quiere detenerme, demasiado tarde.

Ingreso a la habitación, hago unos cuantos pasos y diviso a la mujer inerte, tirada boca abajo sobre la cama. Luego, bajo la mirada al suelo y veo algunas pastillas derramadas. Sigo hasta la mesita de noche, donde yacen un par de frascos de medicamentos vacíos. Un escalofrío recorre mi espalda y mi cuerpo se estremece.

—Ven aquí ahora mismo —me ordena Lidia. No lo hago. Por el contrario, me lleno de coraje y toco la muñeca de la mujer, en un intento por comprobar que aún tiene signos vitales.

Está helada y no hay ningún indicio de que siga con vida.

No sé qué decir. Estoy tan impresionada que quiero gritar. Llevo una mano a mi boca y hago presión para impedir que cualquier sonido salga de ella. Esto no puede estar pasando.

—Está muerta. Por dios, está muerta —me dirijo a Lidia, afectada por completo. Ella reacciona ágil y llama a las ambulancias, luego me toma por el brazo y me saca de la habitación.

Y entonces, pierdo la noción del tiempo. Todo sucede tan rápido que es difícil ser consciente de la situación. Una ambulancia se detiene en la calle, bajan dos paramédicos y hablan con Lidia, que se encarga de ponerlos al tanto mientras caminan en dirección a la habitación con velocidad.

Mientras tanto, espero en el lobby del hotel junto a Jace, que salió del auto para hacerme compañía e intenta abrazarme por los hombros, pero estoy tan intranquila que no puedo dejar de moverme. «Estará bien. Estará bien. Estará bien», me repito tratando de convencerme de que los médicos podrán revertir los efectos y traerla de vuelta.

Al final, reaparecen tras las puertas del ascensor abiertas de par en par y me basta con ver la expresión de Lidia para darme cuenta de que todo salió mal. No pudieron hacer nada. No lograron salvarla.

La madre de Damon está muerta: se quitó la vida, decidió irse a pesar de haberle hecho creer que se dejaría ayudar. Siento mi garganta cerrarse, luego, unas intensas ganas de llorar, a lo que me resisto apretando los dientes.

Pienso en él. Recuerdo como sonreía horas atrás, animado, creyendo en mi promesa de que todo iría bien; una que perdió todo el sentido, dado que las cosas han salido peor de lo que imaginé. Mucho peor. No hay forma de revertir esto.

Me corresponde regresar al centro y contárselo. Sé que es lo que tengo que hacer, pero también sé que lo destrozará, y eso duele.

CAPÍTULO 19

Keira

Los agentes que aparecieron en la puerta de casa para decirme que papá había muerto se quedaron en mi cabeza como un recuerdo amargo, dos rostros que deseé no volver a ver nunca más. Claro que no tenían la culpa de la muerte; sin embargo, nunca dolió tanto escuchar hablar a alguien.

Recuerdo aquello de regreso al centro, mientras tomo consciencia de que seré yo quien le dirá a Damon que su madre ha muerto. Corro un montón de riesgos, incluso que no quiera volver a verme; pero, más allá de todo, sigo convencida de que debo ser yo la encargada de darle la mala noticia. Lo conozco, sabré cómo hablarle y, aunque las palabras de cualquier modo sonarán terribles, al menos estaré ahí para sostenerlo si lo necesita.

Nerviosa, juego con mis dedos todavía conteniendo las lágrimas, porque no puedo creer que la vida pueda llegar a ser tan injusta, que siempre lastime a quienes menos lo merecen.

—Tranquila, Keira. Sé que te lo he dicho desde un principio, pero te lo repito: esta no es tu responsabilidad —murmura Lidia, que va en el asiento de copiloto. Yo voy en la parte trasera, así que tiene que girarse un poco para verme—. La principal responsable soy yo. Además, no es la primera vez que tengo que darle una noticia tan mala a un interno. Puedo hablar con Damon.

—O podemos acompañarte a que hables con él —menciona Jace como otra posibilidad.

Tomo un largo respiro, para llenarme de coraje, y después dejó escapar un último suspiro. Llego a la conclusión de que no hay opciones: tengo que ser yo.

—Sé que tienen las mejores intenciones, pero ya lo decidí. Hablaré con él y a solas —afirmo.

El día que mi padre murió, estaba con amigas. Ellas me ayudaron a mantenerme en pie, aun cuando me negaba a creer la noticia e intentaba convencerme de que papá llegaría pronto a casa para decirme que todo había sido una equivocación. Estaba tan dolida que hasta intenté creerme una mentira para calmar lo aterrada que me sentía. Summer y Andy estuvieron ahí para hacerme ver la realidad, para recordarme que, a pesar de todo, el peor día de mi vida no duraría para siempre, que pasaría y que mi vida tenía que seguir. Papá se había ido, mi mundo personal se destruía, pero el resto del mundo seguía girando y no podía quedarme para siempre fuera de él.

Si Damon siente que su vida se acaba, yo estaré ahí para recordarle que vendrán días mejores.

No emito palabra por el resto del trayecto; todo lo que puedo hacer es pensar en cómo empezar a hablar. Entiendo que, a medida que fluyan los hechos, me iré dando cuenta de qué camino tomar.

Llegamos al centro, Jace estaciona el auto y, en cuanto tengo la oportunidad, desciendo para dirigirme a la entrada. Lidia insiste una vez más: pregunta si estoy segura y vuelvo a repetirle que sí, que lo estoy.

Jace dice que se mantendrá cerca, por si acaso. Sé que no tiene la mejor imagen de Damon. La gente por lo general cree que es cínico, frío e impulsivo, pero yo sé que sería incapaz de hacerme daño.

Tal como lo sospecho, cuando entro, él está esperando sentado en la sala principal. Percibo que está emocionado, pero, como siempre, intenta ocultarlo porque teme que los demás puedan sacar provecho de sus emociones. Primero su mirada se posa en mí, pasa por Lidia y luego por Jace, que es el último en entrar. La pequeña sonrisa que se había plasmado en un principio se esfuma y su expresión cambia a un entrecejo fruncido. Me mira como si acabara de adivinar que estamos escondiendo algo.

—¿Y mi mamá? —pregunta al darse cuenta de que no está con nosotros.

—Damon, tenemos que hablar un momento a solas —digo e intento dar un paso adelante para moverme a otra habitación, pero él interrumpe.

—Sí, pero primero quiero saber que pasó —insiste—. No estaba, ¿no? Se fue, otra vez. Como siempre —empieza hacer suposiciones. De inmediato puedo leer en sus facciones que está decepcionado.

—Por favor, hablemos.

—Bien. Adonde quieras —acepta, frustrado. Empieza a notar que el plan resultó mal. Me atrevo a tomarlo de la mano y lo dirijo a su habitación. Una vez dentro, cierro la puerta.

—¿Por qué mejor no te sientas?

—Porque así estoy perfecto —asegura—. Vamos, Keira, ¿qué pasa? —pronuncia impaciente. De seguro, sospecha sobre el rumbo que tomará está conversación. A fin de cuentas, él también me conoce y sabe leer mis actitudes.

Damon

El comportamiento de Keira es tan extraño que me inquieta. Estoy acostumbrado a que me traiga calma, que siempre sepa qué decir o qué hacer. Ella irradia confianza y seguridad. No obstante,

en esta ocasión todas esas virtudes han sido opacadas. Está nerviosa, parece afectada por algo que no consigo deducir. Intenta decir algo, pero parece no saber cómo hacerlo.

A veces puedo actuar como un idiota, pero, en el fondo, sé cuándo pasa algo grave. En un punto, todos lo sabemos. Lo percibo por su tono de voz, por la forma en que sus dedos se mueven, nerviosos, por el modo en que me contempla. No lo hace como de costumbre.

—Tengo que decirte algo —dice y traga saliva—, pero antes necesito que sepas eres importante para mí y que no quisiera perderte, y que... solo espero que no me odies por hacer promesas que no puedo cumplir —habla de su promesa y de inmediato sus dichos pasados resuenan.

«Te prometo que todo irá bien».

Entonces sé que mi intuición está en lo cierto.

—Keira, nunca sería capaz de odiarte. Lo sabes, ¿no? Nunca lo haría. —No tengo idea de lo que vendrá después, pero si de algo estoy seguro es de que nunca podría tener sentimientos negativos hacia ella.

Asiente, sus ojos cristalizados se posan en mí y se aproxima.

—Es tú mamá —dice y su voz se quiebra—. Fuimos a buscarla al hotel que indicaste, pero ella... ella falleció, Damon.

Escucho la palabra «falleció» y me digo a mí mismo que debo haber escuchado mal.

—¿Qué? —indago, desconcertado—. No, no está muerta. Hablamos anoche, dijo que iba a esperarme y... tiene que haber un error. —Maldición. Esto no puede estar pasando.

La rubia que está de pie con sus ojos cada vez más aguados niega con la cabeza reiteradas veces.

—Entré a su habitación. Yo la encontré.

—Pero ¿qué pasó? —Continúo sin entender. Mi madre no tenía ninguna enfermedad que pudiera matarla, se suponía que en el hotel estaba a salvo. A lo largo de su vida sobrevivió a tanto, que necesito de una explicación concreta para comprender que en realidad esto está pasando.

—Fármacos —larga—. Había un montón de recipientes vacíos por toda la habitación. Llamamos a una ambulancia, pero ya era demasiado tarde. Los médicos dijeron que... Dios, siento tanto tener que decir esto… —Inhala una bocanada de aire—. Dijeron que se quitó la vida.

—Se suicidó —pronuncio, sobre todo para hacerme reaccionar.

Keira tiene cuidado con las palabras que utiliza, pero en este momento necesito crudeza. Doy unos pasos hacia atrás, me siento sobre la cama y rememoro la última conversación que tuvimos.

«Déjame decirte que estoy muy orgullosa de ti. Lo estás haciendo bien. Sigue con el tratamiento,

no te rindas, porque vales mucho más que cualquier droga (...) También... Yo quiero pedirte perdón, por favor, espero que algún día puedas perdonarme».

De pronto lo entiendo todo: esas eran sus palabras de despedida.

Quería que la perdonara, y yo tenía la intención de hacerlo, solo que estaba buscando que esto surgiera de una forma honesta. De verdad empecé a considerar que, al separarse de Killian, ambos podríamos liberarnos de la mierda que nos había consumido durante tantos años. Ella cometió errores, pero, al final de cuentas, ¿quién soy yo para juzgar?

Keira se sienta sobre la cama, justo a mi lado, a la espera de alguna reacción, pero de mí no brota ningún sentimiento.

Todo lo que hago es preguntarme por qué lo hizo.

Parece que sabotearnos a nosotros mismos es algo hereditario, incluso cuando las cosas comienzan a ir bien. Siempre siento que no merezco estar bien, ni conseguir una mejor vida. ¿Ella se habrá sentido igual?

«Maldición, mamá. No tenías que hacerlo. No tenías que quitarte la vida».

El mundo es una ironía. De un lado me demuestra que ya no vale la pena estar en él, pero luego miro a Keira y me doy cuenta de que hay alguien brillante y limpio entre tanta basura.

«Ya está. Ya perdiste demasiado tiempo sufriendo por tu mamá. Todo lo que querías era que algún día pudieran reconciliarse, porque era la única familia que te quedaba, pero ya no está. Se fue. Ahora puedes dejar de preocuparte por cosas que no deberías», me digo.

—Lo siento mucho, Damon. —Oír la voz de la rubia me retrae de mis pensamientos.

Todas mis emociones acaban de atascarse y desaparecer en algún lugar de mi interior. Si el muro que ponía ante el mundo había empezado a ceder, ahora se ha vuelto más fuerte que nunca. No siento nada.

—Está bien —digo y le resto importancia—. Ya está hecho, ¿no? Si es lo que ella quería, genial, lo obtuvo —menciono con sarcasmo y, aunque ella hace un ademan por rodearme con su brazo, me pongo de pie antes de que pueda hacerlo—. ¿Algo más que quieras decirme?

—Hay que resolver quién se ocupará de su funeral y...

—Puros trámites. —Me encojo de hombros—. La verdad es que no puedo hacer mucho desde aquí. Y tenía un novio, por cierto. Él puede hacerlo —le delego las responsabilidades a Killian. Ahora mismo solo quiero dejar de pensar en esto.

—De acuerdo —dice Keira débilmente—. ¿Seguro que estás bien? Porque estoy aquí si quieres hablar o lo que sea —me hace saber. No esperaba menos de ella.

—Preferiría que no volvamos a hablar de esto —aclaro. Hablar de mi mamá no solo significa

viajar a un pasado tormentoso, repleto de una infancia plagada de miedos, sino que también significa aceptar que está muerta y que nunca podremos revertir nuestros errores—. Creo que iré a por algo de comer.

Salgo de la habitación para evitar que Keira insista en tocar de nuevo el tema.

Keira

Si tengo que ser sincera, ver a Damon tan calmado es una de las sensaciones más inquietantes que conozco. No tuvo ninguna reacción cuando le conté sobre la muerte de su madre; tan solo tomó las palabras, y luego se puso de pie para seguir con su vida como si nada estuviera ocurriendo. Es un hecho que me está ocultando lo que en verdad siente y sé que esto solo puede resultar en algo explosivo, incierto.

A pesar de que no es día de visita, Lidia me permite quedarme en el centro un rato más, pero es inútil. Él no parece demasiado interesado y, al final, se marcha hacia el patio trasero a jugar básquet con los demás internos.

Está anocheciendo, ellos aún siguen jugando y Jace ofrece llevarme a casa. Le digo que sí, pero antes voy en busca de Damon para despedirme. Me presento en el patio; al verme, se separa del grupo y se acerca. Está sin camiseta y se muestra muy activo, como si de repente se hubiera cargado de energías.

Sé lo que está haciendo, se está esforzando por distraerse, por fingir que nada le importa, solo lo hace para convencerse a sí mismo.

—¿Todavía por acá? —pregunta, relajado.

—No te preocupes, ya me voy. —Me encojo de hombros—. Solo quería despedirme y… decirte que puedes llamarme a cualquier hora. Los celadores ya están al tanto de que pueden permitirte el teléfono en cualquier momento.

—No será necesario. De todos modos, está bien. ¿Ya viste? Pasé tres horas jugando y nadie pudo superar mis tantos. Estoy rompiendo récords —cambia radicalmente de tema, con un entusiasmo forzado.

—¿Sí? ¿Y qué hay de lo que dijiste una vez? Eso de que jamás ibas a jugar con ellos porque eran unos perdedores y que sería demasiado fácil ganar —le recuerdo, e intento seguir su actitud relajada.

—Cierra la boca. No tienen que saber que dije eso —menciona con un dejo de diversión—. Es

que necesitaba recordar lo genial que se siente ganar. —Sonríe con aires de superioridad, aunque en el fondo solo está bromeando.

Hago el esfuerzo por reírme, pero lo cierto es que ambos sabemos que ha recibido una noticia que lo ha dejado golpeado. Está impactado y aún no es capaz de procesar lo que pasa. Las leves carcajadas desaparecen y, por un instante, su mirada es sincera. Sus ojos lucen tristes.

Llevo una mano hasta su hombro desnudo y lo acaricio, puedo percibir su piel fría.

—Estás helado, abrígate —indico cuidadosa—. Me voy, ¿sí? Pero llámame. A cualquier hora, para lo que sea. No es bueno guardarse los sentimientos —largo y me acerco para darle un abrazo. Él lo recibe y me deja saber que está a gusto cuando rodea mi cintura.

Damon

En este momento odio el silencio. Debería dormir, pero no puedo. Llegó lo que tanto temía: estar a solas en la habitación, sin ningún tipo de distracciones, sumido en mis pensamientos. Dispuesto a seguir ignorando lo que está pasando, busco uno de los libros que Keira dejó en una ocasión e intento leer, pero es inútil. Ninguna mierda puede hacerme olvidar de que mamá está muerta.

Si estuviera fuera de este sitio, alcanzaría con un poco de heroína para despejar mi mente atormentada. Sin embargo, empieza a surgir en mi interior una especie de rencor potenciado que no pide drogas, pide venganza.

Me enfada no haber hecho lo suficiente por ella. Debí haber abandonado esto, seguirla, quedarme cerca. Me necesitaba. Mamá siempre fue un desastre, pero empeoró cuando conoció a Killian y lo metió a la casa. Ahí comenzó su perdición.

La última vez que la vi confesó que ese hijo de puta la había golpeado. Vi lo devastada que estaba, lo aterrada que se sentía por no encontrar un modo de liberarse de él. Ahora, a su manera lo logró, pero lo hizo a cambio de su vida, lo cual es tan injusto. Mamá perdió la oportunidad de mejorar, de ser perdonada, de ver que había otras opciones más allá de las cuatro paredes donde vivió gran parte de su vida. En cambio, Killian de seguro está viviendo su vida como si nada. Buscará otra mujer, arruinará la vida de alguien más.

Todo ese rencor que siento se convierte en un impulso irremediable. Salgo de la calma, empiezo

a vestirme. «Esto no se va a quedar así. Haré lo que tendría que haber hecho hace tiempo».

Sé que George, el celador que cuida la puerta trasera, suele dejarla sin llave por sus recurrentes salidas a fumar un cigarrillo. Por lo general a esas horas de la noche no está tan alerta, en especial si la noche se muestra tranquila.

Espero agobiado hasta que lo veo ir hacia el baño y, entonces, alcanzo la puerta. Para mi suerte, está abierta. Enseguida me escabullo en el patio trasero, escalo el alambrado hasta llegar a su punto final y caigo fuera.

Desde el otro lado, observo el centro. Considero la idea de que quizá jamás volveré a pisar ese sitio. Keira es lo primero que se me pasa por la cabeza. Es lo único que me preocupaba: pensar que no volveré a verla. Tan amable y hermosa; siempre tan cerca de mí, pero al mismo tiempo lejos. Asumo que jamás podré tenerla y me convenzo a mí mismo de que la tengo que olvidar.

Aquí estoy, poniéndole fin a lo que nunca tuvo que comenzar. En el lugar de donde vengo las oportunidades no existen. El pasado y los viejos errores que cargamos tarde o temprano nos terminan atrapando, nos recuerdan de dónde venimos, quiénes somos en realidad y lo que intentamos ser, pero que nunca seremos.

Las calles fueron siempre mi lugar predilecto y otra vez estoy libre en ellas, dispuesto a hacer justicia. Dispuesto a hacer lo que debí haber hecho hace mucho tiempo.

CAPÍTULO 20

Damon

Acomodo las manos dentro de los bolsillos de mi chaqueta, mientras transito las calles deshabitadas del barrio. Aunque cada tanto veo algún auto pasar, son pasadas las diez de la noche y las personas normales están descansando. Soy la excepción. Busco algún sitio donde esconderme antes de que alguien note que no me encuentro en mi habitación y notifiquen a la policía.

Pero antes tengo una cosa importante que hacer, un motivo que me lleva a tomar el rumbo de regreso a donde solía vivir, a lo que podía llamar mi casa, antes de que un sujeto llegara para arruinarnos la vida a mamá y a mí.

No tengo nada que perder.

Mi madre está muerta. No volverán a recibirme en el centro. Keira se pondrá furiosa conmigo. Liam está recuperándose del accidente que causé. Quizá lo único que me espera es una celda en la cárcel y, siendo sincero, no me importa.

Estoy a tiempo de terminar un asunto pendiente... Algo que guardo desde hace rato. Ya no está mi madre para detenerme, y tampoco soy un niño de quince años que no sabe defenderse.

Atravieso las últimas calles hasta introducirme en la que me lleva directo al sitio que solía ser mi casa. A medida que me acerco, empiezo a notar los descuidos: la propiedad se ve peor que antes. La casa era de mi abuela, una anciana que apenas conocí porque mamá tenía una pésima relación con ella, así que nunca la veíamos. Tenía como seis años cuando murió y le dejó la casa a su única hija, mi madre.

Del día en que nos mudamos, recuerdo la sensación de seguridad porque por fin tendríamos un lugar donde dormir y dejaríamos de pasearnos de un lado a otro en busca de un techo. Siempre fuimos mamá y yo. Hasta ese tiempo, sus días por lo general eran buenos, aunque los malos aparecían y poco a poco se convirtieron en la mayoría. Después de que apareció Killian, prácticamente dejó de haber lugar para los días buenos. Es una mierda, pero los recuerdos de ella se resumen en verla triste y automedicada. Se agotaba por todo. Ante cualquier conflicto, desaparecía o buscaba la solución más fácil, que por lo general consistía en darle la razón a Killian.

«En cuanto salga por esa puerta, le romperé los huesos», me digo.

No hay luces encendidas. El farol de afuera está roto, apenas cuelga de un cable y, al espiar, no distingo ninguna luz dentro. Seguro está dormido en el sofá, con cien botellas a su alrededor. Aunque me llama la atención que ni siquiera el televisor está encendido.

Golpeo la puerta un par de veces, sin obtener resultados.

Al menos conozco este sitio como la palma de mi mano. Sé que la puerta trasera tenía una falla en la cerradura y estoy seguro de que nadie se preocupó por arreglarla. A fin de cuentas, no hay nada valioso en esa casa: muebles viejos, alcohol y alguna droga. Solo eso.

Pienso en lo bien que se sentiría atacar por la espalda, encontrarlo indefenso, del mismo modo en que él lo hacía conmigo.

Doy la vuelta para meterme a la parte de atrás y empujo la puerta hasta que estoy dentro. Si afuera la casa tiene un aspecto descuidado, por dentro es un desastre.

Sobre la mesa del comedor hay diversas botellas vacías, platos sucios, envoltorios de comida y colillas de cigarros. El viejo sofá está vacío, tiene algunos resortes salidos y almohadones rasgados. La cocina es repulsiva; un olor putrefacto se cuela por mis fosas nasales y tengo que contener las ganas de vomitar.

«Esto es un maldito asco».

Sobre la alacena encuentro un par de botellas que están en condiciones, selladas. Distingo un whisky y decido que será mío. Lo abro y le doy un primer sorbo; había olvidado la sensación de la bebida blanca traspasando mi garganta como un fuego. Lo sostengo en una mano y sigo explorando, sin hallar ningún rastro de Killian. No está, pero, al introducirme a la habitación que tiene una cama matrimonial, compruebo que aún siguen sus cosas.

Y las cosas de mi madre.

Una parte de mí me dice que será una mala idea, pero no puedo resistirme. Me siento sobre el suelo, apoyo la espalda sobre la cama y abro la mesita de noche que tengo a un costado. Sé que es la de ella por el perfume de mujer y los recipientes vacíos de pastillas.

Antes de abrir el cajón, vuelvo a beber un largo trago de whisky. Lo necesito.

Dentro del cajón no veo demasiado. Maquillaje, algún perfume, un par de centavos. Sin embargo, la mayor parte está ocupada por una caja de cartón. Aparto la botella y saco la caja. La abro de inmediato, muerto de curiosidad. Entonces lo veo todo.

Nunca pensé que mamá fuera el tipo de persona que guardaba esas tonterías, pero ahí están: un par de fotos nuestras en un cumpleaños y lo que parece una Navidad. Es extraño, creo que solo tenía unos siete años, pero lo recuerdo. Fueron de las pocas fechas que celebramos. Hay unos dibujos que le hice de niño y que, sinceramente, pensé que había desechado.

Tengo que detenerme a beber otra vez antes de seguir mirando.

Por último, me topo con un cuaderno que, al parecer, funcionaba como su diario. Contiene hojas plagadas de letras que no soy capaz de leer. No en un momento así.

Lo cierro y vuelvo a beber.

Regreso todo a la caja y solo me quedo con una foto, que guardo en el bolsillo de mi chaqueta. Descanso sobre mi espalda y doy un respiro que llena mis pulmones de aire. Ya me bajé casi la mitad del whisky y continúo bebiendo. Este sitio me llena de los peores recuerdos, que se aparecen uno a uno para atacarme.

Estoy con las cosas de mi madre porque ella está muerta. Se quitó la vida, pero hay una persona o, mejor dicho, una basura, que la llevó a ese punto.

Killian.

Todo mi rencor se vuelve contra él.

Para ese entonces, la botella está por la mitad y me pongo de pie a sabiendas de que el alcohol no tarda en hacer efecto. Experimento un leve mareo, pero lo ignoro. Hay algo que parece sentirse bien y me dejo llevar por eso.

«Necesito un teléfono», pienso. Camino hasta la cocina, busco el teléfono de línea y me doy cuenta de que sí funciona. Necesito que alguien me diga dónde puedo encontrar a Killian y sé quién podría ayudar. Marco su número y espero a que atienda.

—¿Hola?

—Liam, amigo. Tienes que pasarme información. —Trato de ser coherente, él me conoce y podría darse cuenta de que pasa algo. Por eso utilizo mi tono de siempre: neutro, frío.

—¿En serio Damon, a esta hora? —se queja—. La gente normal duerme. Y tú... Espera, ¿dónde estás?

—Volví a casa y necesito que me ayudes con algo. ¿Lo harás o no?

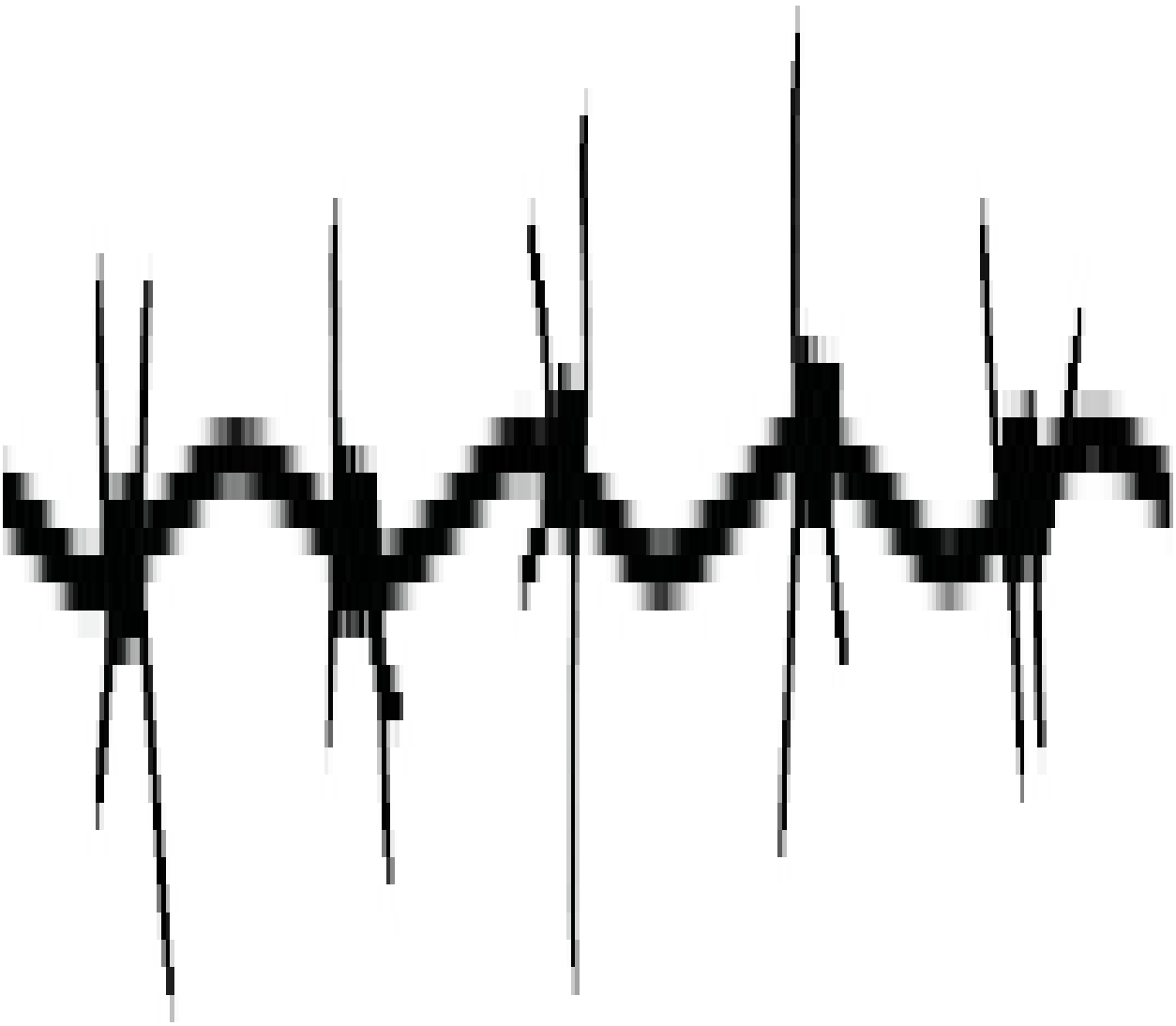
—Bien. ¿Qué pasa?

—Conoces a Killian, ¿no? El novio de mi madre —menciono—. ¿Sabes si está trabajando en algún sitio en especial? —pregunto. Liam es de la región donde todos conocen a este sujeto, que es bastante famoso por ser exboxeador y, luego, por trabajar en lugares nocturnos.

—Uh, ese tipo. Ahora trabaja como seguridad en LIV, la discoteca —indica—. Damon, ¿en qué te estás metiendo? —indaga. Liam puede ser un poco ingenuo, primero habla, luego pregunta.

—Nada para que te preocupes. Que descanses —respondo y corto la llamada para evitar el interrogatorio.

Dejo el teléfono. Busco la botella de whisky y la llevo para acabarla de camino a LIV, un club nocturno donde suele asistir gente de mi edad y clase social. Caminar hasta ahí me llevará unos veinte minutos, pero no tengo prisa. Todo a su tiempo.



Unas cuadras antes de llegar, arrojo la botella de whisky casi vacía y esta se destroza contra el cemento. Miles de pedacitos de vidrio quedan esparcidos. Metros más allá, distingo la entrada de LIV, gracias a sus luces características, una fila de personas esperando para entrar y dos guardias que custodian la entrada. Uno de ellos es Killian. Dominado por mis impulsos, voy en su dirección.

—Ey, pedazo de mierda —murmuro en voz alta. Enseguida, la gente me observa y Killian también—. Véanlo bien. Si, a él. —Lo señalo—. ¡Este es el hijo de puta que nos arruinó la vida s mí y a mi madre! —exclamo, sacado de quicio. Tan solo verlo me llena de furia y el alcohol en mis venas me incentiva—. Ella acaba de morir, ¿sabías? ¿Te importa al menos?

—¿Por qué me importaría esa loca? —dice y luego ríe con cinismo. Indiferente, se mantiene en su lugar, trabajando como si nada—. Vete de aquí antes de que te muela a golpes —amenaza, pero no es suficiente para hacer que me mueva.

—Vamos, Killian, hazlo si tan hombre te crees —lo provoco. Sin una gota de miedo, me aproximo y lo enfrento—. ¿Qué pasa?, ¿eh? Eres un cobarde. No voy a parar hasta verte muerto.

Un puñetazo en mi cara me calla.

Quiero responder, pero el alcohol me ha vuelto más lento y el golpe aumentó el mareo. Siento otro impacto, luego un empujón y caigo al suelo. Mi cuerpo se estrella duro contra el cemento.

—Te dije que te largaras, pero no me escuchaste. Siempre le dije a Alice que eras una pérdida de tiempo —pronuncia. Luego me toma de un brazo y me arrastra hasta la calle, donde continúa la paliza. Los golpes aparecen por todas partes, Él es insaciable. La gente no lo detiene; al contrario, lo alientan a seguir abatiéndome.

Ya no tengo forma de defenderme. Los puñetazos, las patadas y los efectos del alcohol han logrado que pierda toda la voluntad y, de a poco, la consciencia.

Entonces distingo gritos histéricos que provienen de alguna parte. Puede que reconozca la voz, pero no creo que sea posible. Debo estar soñando. O muerto.

Keira

Es casi medianoche. Todavía no me meto a la cama: tengo que leer para la universidad. Preparo un café, me siento frente al escritorio, abro el libro de anatomía y comienzo a leer la página indicada. No alcanzo a llegar al segundo párrafo, suena el celular.

Ver que Liam me está llamando me da un mal presentimiento. Que me contacte a esta hora no puede significar nada bueno.

—Liam. ¿Todo bien?

—Lamento la hora, pero no sabía a quién llamar. Es sobre Damon —dice y mi corazón se detiene—. No te asustes, no pasó nada malo, creo. Es que me llamó hace unos... diez minutos.

—¿Te llamó? ¿Qué dijo?

—Dijo que volvió a su casa —me dice.

«No puede ser. Se escapó del centro, otra vez», pienso, alarmada.

Y preguntó por Killian —sigue—, quería saber dónde trabaja. Le dije que está en LIV.

—¿Qué es LIV?

—Es un club nocturno —indica. De inmediato, empiezo a atar cabos. Lo más probable es que Damon haya ido a buscarlo. Sé que lo odia—. Iría yo mismo a ver qué pasa, pero mi pierna...

—Lo sé, Liam. Yo me ocupo. Te agradezco que me hayas avisado, hiciste bien —le aseguro.

Ya estoy de pie, en busca de un abrigo y dinero. Corto la llamada y me pido un taxi. Tengo que ir a por Damon antes de que cometa una locura, o de que lo lastimen.

Recuerdo las veces que mencionó que ese tipo lo atacó a golpes al punto de dejarlo casi muerto. El miedo me invade, pero hay algo que siento por Damon que sobrepasa mis temores y se convierte en un impulso de valentía, en querer mantenerlo a salvo.

En casa todos están durmiendo, así que salgo sin ningún tipo de problemas. Mientras espero el taxi en la acera, le envío un mensaje a Jace.

Keira: Necesito que vayas a LIV, un club nocturno, ahora mismo. Creo que Damon está en problemas. Estoy yendo en taxi.

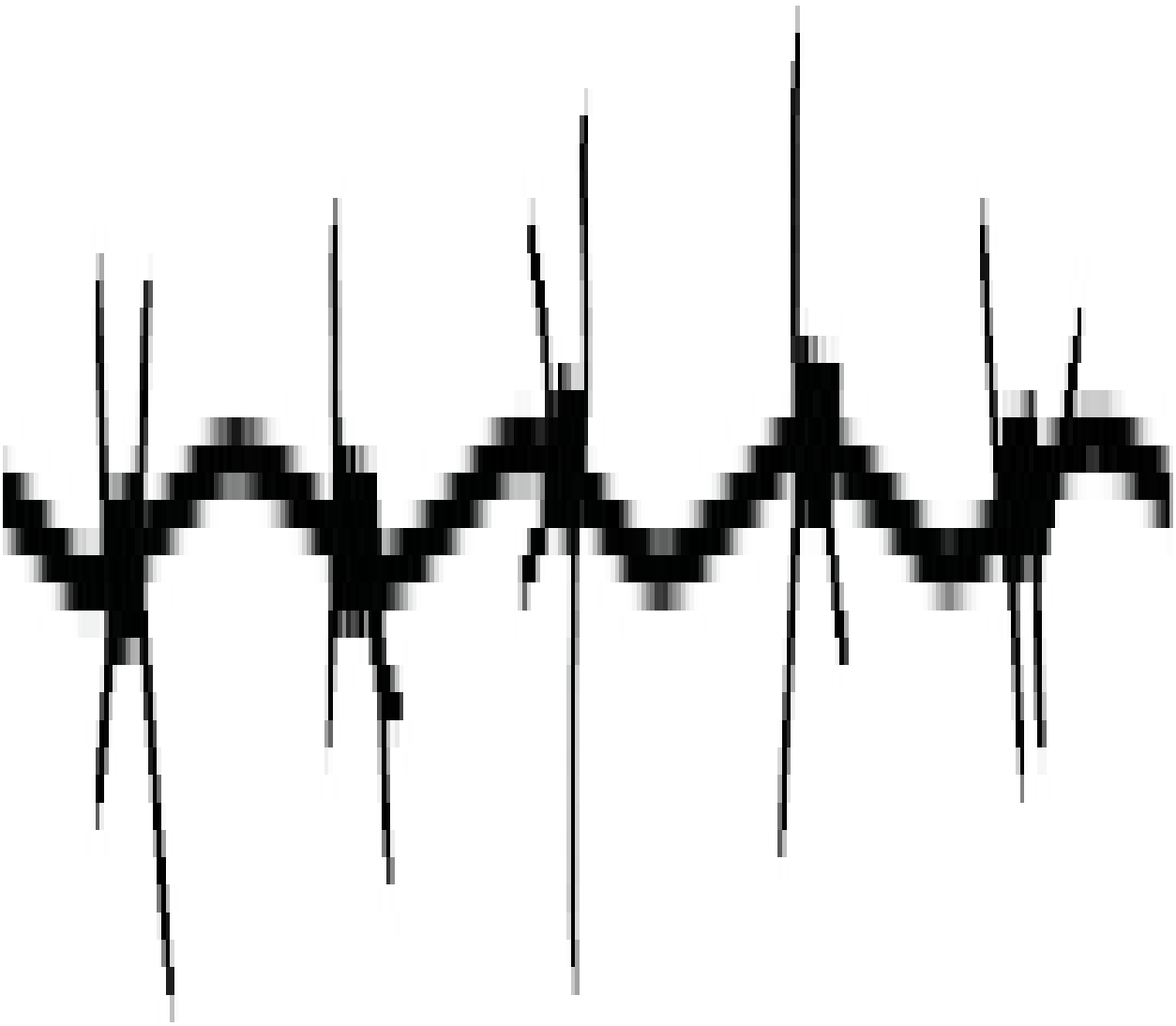
Tecleo rápido y lo envío. Decidí contactarlo porque estoy preocupada y sé que él nos puede ayudar. Después de unos cortos minutos de espera, el taxi aparece y me subo con prisa.

Busco «LIV» en la aplicación de mapas y de inmediato indico en voz alta la dirección. Alguna que otra vez escuché nombrar ese club, sé que está en la región donde se encuentra el centro y la antigua casa de Damon.

Nerviosa, repiqueteo los pies sobre la alfombra del vehículo, juego con mis manos y me mordisqueo el labio inferior, mientras ruego que el chofer sea rápido y que nada se interponga en nuestro camino. Es una fortuna que no haya casi nadie por la calle, lo cual significa un camino despejado. Mi celular vuelve a sonar.

Jace: Estoy yendo.

Es un alivio. No tengo idea de dónde me estoy metiendo, pero al menos sé que mi amigo estará allí para respaldarme.



El chofer se detiene a metros del escándalo. Un tumulto de personas obstruye la vista, pero, mientras saco el dinero para pagar, consigo divisar lo que está pasando. Un hombre corpulento golpea a un muchacho que está tendido en el suelo, rendido. Es Damon. Entrego los billetes al taxista, salgo del auto y corro alarmada hacia ellos.

—¡Basta! ¡Déjalo en paz! Detente —exclamo, repleta de impotencia. El sujeto no se detiene, se prepara para atacarlo una vez más. Sin pensarlo, me arrojo al suelo y cubro a Damon, que está encorvado e inerte—. ¡Para, por favor! ¡Lo vas a matar! —alzo mi voz quebrada para rogarle.

Contengo las lágrimas, aterrada. Durante un instante, tengo la sensación de que el tipo me golpeará. Su expresión carga una maldad que nunca he visto y sus manos están manchadas con sangre.

Las personas contienen la respiración cuando Killian se debate entre pegarme a mí para poder seguir con su víctima o dejarnos en paz. Hasta que se incorpora, da unos pasos hacia atrás y observa al resto con desdén al tiempo que limpia las manos con la parte delantera de su pantalón.

—¿Quién es el pedazo de mierda ahora?, ¿eh? —ríe—. Deberías agradecer que llegó tu amiguita, o ahora estarías muerto y en la basura —acota con cinismo antes de retirarse.

Damon intenta erguirse, pero no se lo permito. Cuidadosa, paso un brazo por debajo de su cabeza para evitar que siga sobre el piso. Con la otra mano, trato de despejar su rostro, acariciando con delicadeza su mejilla.

—Ey, Damon. ¿Me puedes escuchar?

Asiente como puede e intenta pronunciar mi nombre. Una especie de «Kei...» se forma en sus labios, pero no tiene suficiente fuerza como para hacerlo sólido.

—Sí, soy yo. Soy Keira —menciono y le demuestro que estoy ahí. Noto que su pecho se expande, como si al fin pudiera llenar sus pulmones de aire—. Eso es, trata de respirar —le digo y continúo acariciando su rostro con la yema de los dedos.

Él extiende una sonrisa, ríe, pero de inmediato la carcajada se convierte en un sollozo.

—Perdón —alcanza a pronunciar—. Perdón —repite.

—Ey, no. No pasa nada. Todo estará bien, ¿sí? —Intento que se tranquilice. Ahí comprendo por qué su silenciosa calma tras enterarse de la muerte de su madre me alertaba tanto.

No habló de sus sentimientos, no lloró. Quiso hacer de cuenta de que nada pasaba, pero sucedió todo lo contrario: se sintió tan mal que eligió castigarse a sí mismo al hacer esto, al buscar a quién pudiera causarle todo el daño del que se siente merecedor.

Estoy tan asustada, tan triste por la situación y por verlo así, que las lágrimas resbalan por mis mejillas, tras ganarle a mi esfuerzo por contenerlas.

—Ahora vendrán a buscarnos. Voy a llevarte a un lugar seguro y me quedaré contigo. No tendrás que preocuparte por nada. ¿Está bien? —prometo. Él asiente, sus ojos apenas entreabiertos buscan mirarme, pero luego se cierran.

Me encuentro a punto de llamar a una ambulancia, cuando el auto de Jace estaciona frente a nosotros y el rubio baja, perturbado por completo ante esta escena.

—Por dios, Keira. ¿Qué pasó? ¿Estás bien? —cuestiona al aproximarse. Su mirada se posa primero en Damon, y luego en mí.

—Casi lo matan —digo, todavía en estado de shock, y me sorbo la nariz en un intento por dejar de llorar—. Tienes que ayudarme, tenemos que llevarlo a un hospital —pido con la voz aún temblorosa y el ritmo de mi corazón a velocidad descomunal.

—Sí, eso haremos. Tranquila —murmura con seguridad—. ¿Puedes ayudarme a levantarlo? —Asiento de inmediato y me aparto con extremo cuidado, para ponerme de pie y colaborar con Jace.

Damon pone voluntad para levantarse, entre quejidos, y al fin lo logramos. Hacemos que sus brazos pasen por nuestros hombros, uno a cada lado y así caminamos hasta el auto y lo ayudamos a que suba al asiento trasero. Me coloco a su lado, mientras Jace ocupa el sitio de conductor y pone el vehículo en marcha.

Damon, débil y con heridas por todas partes, se recuesta y apoya la cabeza sobre mis piernas. Vuelvo a acariciarle el rostro con sumo cuidado y percibo que algunas lágrimas se mezclan con hilos de sangre que provienen de sus heridas. Está consciente, pero el dolor apenas le permite moverse o emitir algún quejido. Me doy cuenta de que el movimiento que hago con mis dedos parece calmarlo, así que no dejo de hacerlo durante el resto del trayecto al hospital.

No puedo negar que una pequeña parte de mí le quiere reprochar la locura que hizo. Sin embargo, la mayor parte de lo que soy solo quiere protegerlo de cualquier cosa que pueda lastimarlo.

Quiero hacerlo sentir a salvo.

CAPÍTULO 21

Keira

—No puede ser que hayan pasado casi dos horas y que aún no hayan dicho nada. —Me muevo inquieta de un lado a otro, a la espera de que algún médico aparezca con noticias.

Damon ingresó casi inconsciente. Creo que se debía en parte al alcohol que había ingerido previo a la pelea, además de los golpes, que le dejaron múltiples heridas superficiales. Espero que ninguna sea interna o grave.

—Cálmate —Jace habla comprensivo—. Se tardan porque hay demasiadas personas esperando ser atendidas —menciona. Es cierto, urgencias es un caos por las madrugadas.

Lo metieron en una sala de guardia y no me dejaron ingresar. Aunque no me gustó, entendí. Si los seguía, me convertiría en un estorbo. Mientras camino de un lado a otro, el rubio consigue captar mi mano y me dejo atraer de mala gana hasta los asientos de espera.

—Siéntate. Ponerte así no te hace bien. ¿No tienes clases en unas horas?

—Sí, ya sé, pero ahora mismo es lo que menos me preocupa —digo y me refriego el rostro después de tomar asiento a su lado.

Le doy una mirada, noto que está apretando la mandíbula y estoy segura de que se guarda una opinión. Lo conozco.

—Te mereces más que esto, ¿sabes? —larga y pongo una expresión confusa—. Hay personas

que pueden ocuparse. —Estoy a punto de contradecirlo, pero me interrumpe—. Sí, ya sé que ayudar en el centro te hace sentir conectada con tu papá, pero él no desearía esto para ti. No querría que estés ahí afuera interviniendo en una pelea, ni en urgencias a las dos de la madrugada. Sé que no llegué a conocerlo demasiado, pero estoy seguro de que querría algo mejor para ti. Vamos, Keira. Eres una persona inteligente.

—Sí, lo soy. Lo aprendí de Lidia y de papá. Así como también aprendí a no soltarle la mano a la gente cuando más lo necesita —argumento. Aún no estoy lista para tolerar sus opiniones. No ahora—. Y es cierto, creo que es obvio que papá no querría verme metida en una pelea, pero si no lo hubiera hecho, Damon ahora quizá estaría muerto. Así que creo que papá al final estaría orgulloso.

—Podrían haberte herido —advierte—. Entiendo que quieres salvar a todo el mundo, pero ¿qué hay de ti?

—Estoy bien —afirmo—. Y, de verdad, gracias por estar aquí y ayudar, pero sé muy bien cómo cuidarme, Jace. No te preocupes. —Sé que toda esa conversación gira en torno a sus inquietudes, pero me cuesta procesar su planteo. Solo puedo pensar en él y en que esté a salvo.

—¿Me dejas al menos traerte un café? —Gira un poco, con su rostro algo más animado.

—De acuerdo. Eso estaría bien —acepto. Cafeína y azúcar son una buena combinación para mantenerme despierta.

Damon

Estoy tan aturdido. Pasé de sentir golpes y gritos a un silencio inaudito. Empiezo a volver en mí. Me doy cuenta de que ya no estoy sobre la superficie áspera de la acera, sino que me encuentro sobre algo mullido y suave, aunque el primer intento por moverme duele como el infierno.

Percibo sonidos y, al mismo tiempo, movimientos a mí alrededor y consigo abrir los ojos con lentitud, hasta dar con la luz blanca que inunda la habitación. A juzgar por la primera impresión,

me doy cuenta de que estoy en la sala de un hospital, sobre una camilla, con cortinas a ambos lados que me separan del resto.

Me apoyo sobre mis codos y despego la mitad del torso de la camilla, en busca de que alguien que me dé más información, o la forma de salir de ahí. Se siente como la peor resaca de mi vida; no puede ser que un poco de alcohol me haya hecho terminar en este lugar. Entonces... lo recuerdo.

Killian me envió a este sitio después de darme una paliza.

Algunas imágenes se reproducen en mi cabeza, hasta que doy con mi último recuerdo... Keira.

No comprendo. ¿Cómo llegó hasta ahí?

Empiezo a creer que tiene una maldita bola de cristal y que por eso aparece cada vez que estoy metido en los peores desastres.

—Vaya, despertaste. ¿Cómo te sientes? Te recomiendo que te muevas con cuidado porque los efectos del calmante se acabarán pronto. —Un enfermero entra y me hace volver a la cama.

No consigo retener ninguna pregunta. Lo único que aparece en mi cabeza es Keira, metida en esa asquerosa pelea, y empiezo a preocuparme porque no está a mi alrededor. El temor de que le haya pasado algo es real.

—¿Dónde está Keira? —pregunto, de nuevo me esfuerzo para moverme—. ¿Dónde está? —insisto.

El enfermero frunce las cejas y eleva una, en señal de que acabo de confundirlo.

—Si hablas de una chica rubia que no ha dejado de preguntar por ti, está en la sala de visitas esperándote —menciona y siento como mi cuerpo tensionado se relaja. Ella está bien.

—¿Puedo irme? —No sé para qué pregunto, si planeo marcharme de todas formas. Odio estos sitios. Él me inspecciona con la mirada y, luego, tambalea un poco la cabeza hacia los lados. Está dudando.

—Tuviste mucha suerte —murmura—. Te dieron una dura paliza, pero las lesiones que te hicieron son superficiales. Tomarás algunos analgésicos para controlar el dolor y eso es todo. Puedes irte. —Da por sentado que tengo el camino libre y, a pesar de que el cuerpo empieza a dolerme, consigo sentarme y luego ponerme de pie—. No querrás olvidarte de tomarlos —agrega, al tiempo que me entrega una pequeña caja junto a una receta con indicaciones, que recibe un rápido vistazo de mi parte.

Tomo la chaqueta que está colgada en el perchero y salgo de ahí. Atravieso la gran sala: médicos van y vienen, auxiliando a personas que llegan accidentadas y trato de no mirar demasiado, porque el estómago me da vueltas. Al fin encuentro la puerta de salida y acabo en un pasillo, donde distingo en la otra punta a Keira, hablando de forma muy cercana con Jace.

«¿En qué momento apareció él? Maldición».

Él le entrega un vaso de café y acaricia su espalda en círculos, mientras la rubia bebe algunos sorbos. Si mi estómago ya me daba vueltas, ahora está revuelto del todo por las punzadas de celos que me invaden.

Doy un paso hacia atrás. Podría esconderme antes de que me noten y después escaparme para huir, obligarme a olvidarla. Sin embargo, por primera vez siento que no tengo fuerza de voluntad para continuar saboteándome a mí mismo.

«No puedo desaparecer. No puedo hacerle algo así a ella», me digo.

Al notar mi presencia, Keira deja el café en manos del rubio y se aproxima a paso rápido hasta alcanzarme. Se pone en puntas de pie y me abraza por encima de los hombros. Sé que tomé la

decisión correcta al quedarme.

Todavía aturdido por la situación, asimilo con lentitud todo lo que está pasando, hasta que consigo reaccionar y envuelvo su cintura con decisión para mantenerla cerca. Mis ojos se cierran al percibir como su cuerpo se relaja, hasta deshacer la tensión del mío. Aprecio la sensación de calma, el sentir que justo en aquel instante no hay nada malo en el mundo, porque todo lo que necesito lo tengo ahí, conmigo. Ella suspira aliviada y entreabro los párpados, para encontrarme a Jace, que contempla la escena a la distancia, pero de inmediato baja la mirada y gira hacia un costado.

—Nunca más me vuelvas a asustar de esa forma. —Apoya sus manos en mi pecho y toma distancia, la suficiente para hablar elevando el mentón y mirándome desde abajo— Pensé que ese tipo iba a matarte. —Se me rompe el corazón al ver sus profundos ojos repletos de tristeza y preocupación.

En ese mismo momento me arrepiento de haber sido tan idiota.

—Estoy bien. Tranquila —digo con seguridad y le acomodo algunos mechones de su cabello tras la oreja, para comprobar que no tenga ni un solo rasguño—. No te hizo nada, ¿no? —La observo con cuidado.

—No, estoy perfecta. —Su respuesta trae calma. Si Killian hubiera herido una minúscula parte de su cuerpo, sería capaz de regresar por él, a pesar de que apenas me puedo mover.

—Lo que hiciste fue muy peligroso. —Es probable que lo sepa, pero se lo recuerdo. No soportaría verla envuelta en una situación similar de nuevo—. La próxima vez no lo hagas, no te expongas de esa forma —indico, aunque oculto entre líneas mis intenciones de cuidarla y mantenerla al margen de ese mundo al que no pertenece.

—No tendré que volver a exponerme, porque no habrá próxima vez. —Su mirada es amenazante y, de modo indirecto, expresa que todo está en mis manos.

—¿Cómo lo logras, eh? Lo de salirte todo el tiempo con la tuya —pronuncio con un toque de

diversión. Suena increíble que después de lo que pasó, estemos ahí haciéndonos bromas, como si intentáramos sacarnos una sonrisa el uno al otro.

Ella se encoge de hombros, inocente.

—Insistir se me da bien. —Pone una pequeña sonrisa—. Siempre querías sacarme del medio y, mírame ahora, te salvé la vida. ¿En serio me tratas de regañar? —reclama y me hace ver que mi pedido es injusto.

Diablos, no sé cómo lo hace, pero siempre gana.

—¿Sabes algo? Sigo pensando que eres una pesada y una metiche, pero ahora mismo agradezco que lo seas.

Ella presiona el labio inferior con sus dientes y pone los ojos en blanco.

—¿Así que todavía sigues creyendo eso? No hagas que quiera golpearte.

—¿Has visto cómo estoy? Ten un poco de piedad —sigo el juego, y la hago sonreír y negar de nuevo.

—Chicos —interrumpen. Mierda. Por un momento olvidé que Jace está ahí—. Les recuerdo que son casi las cuatro de la madrugada. Deberíamos irnos —recomienda, me confunde un poco. El tiempo pasó más rápido de lo que puedo asumir, es probable que haya pasado más de dos horas medio inconsciente.

Keira asiente y de inmediato toma distancia de mí.

—Ven a mí casa —larga.

—¿Qué? —interviene el rubio.

—Sí, no puede volver al centro porque las reglas son claras.

—Pero mi mamá seguro lo permite —afirma él.

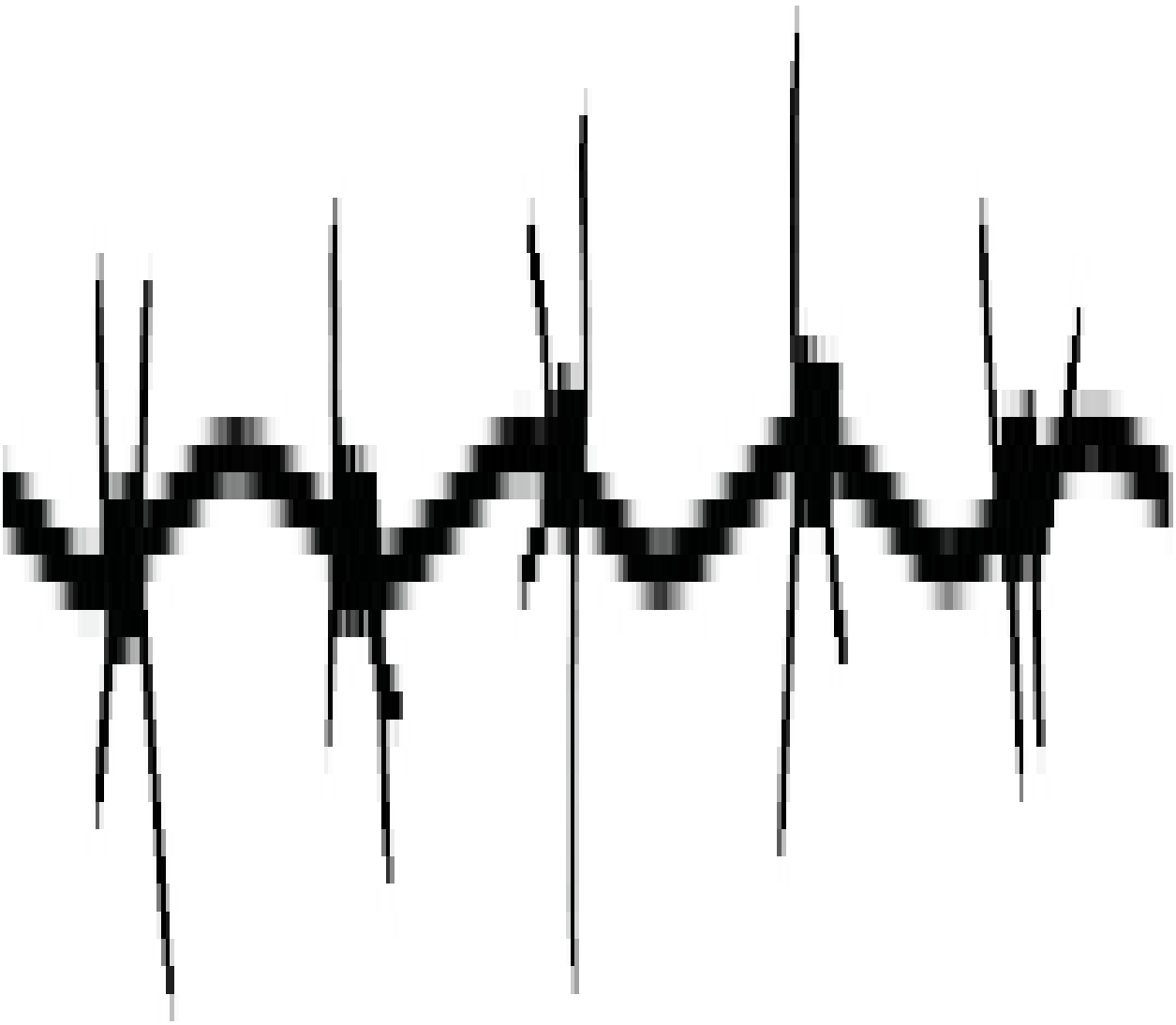
—Tal vez, pero mañana hablamos con ella —remarca—. Es muy tarde, ¿no?

—Keira, no quiero molestar. —A pesar de que no me disgusta ir con ella, quisiera evitar seguir causándole problemas.

La rubia me envía una mirada que me obliga a callar.

—Tienes que descansar, y el mejor lugar ahora mismo es mi casa. Vámonos.

Sin dar lugar a nadie más en la conversación, ella da el tema por terminado y se adelanta, en dirección a la salida del hospital. Jace la sigue, inseguro de la decisión, y yo termino por hacer lo mismo, ya que no me ha dejado otra opción.



Mientras Jace conduce, Keira va en el asiento de copiloto y yo, detrás. Me encuentro tan relajado que empiezo a parpadear y tengo que erguir la espalda para no caer dormido. Trasladarnos lleva como quince minutos, hasta que al fin transitamos las últimas cuadras y damos con la mansión Holt. En medio de la noche oscura, el sitio se destaca por la cantidad de luces que tiene en la entrada y los alrededores.

—Espera aquí un momento —indica la chica, luego de que Jace estaciona el vehículo—. Voy a echar un vistazo, abriré la puerta de atrás y luego ambos entramos por ahí. No queremos escándalos a esta hora —explica; parece tener todo bajo control. Esos detalles nunca dejan de impresionarme.

—Entendido —digo tras captar su orden. Desde el interior del auto veo que baja, busca una llave en su bolso e ingresa por la puerta principal. Al regresar la vista hacia el frente, me topo con el espejo retrovisor, que refleja una expresión poco amigable del conductor—. ¿Algún problema?

—En el centro te dejarían quedarte —larga con la voz firme y pesada—. Mi madre nunca ha dejado gente en la calle de un día para el otro —argumenta—. ¿Sabes por qué te trae aquí? Porque, por alguna razón que no llego a entender, le importas. Tanto que no quiere que vuelvas a hacer una estupidez como ir a buscar que te den una paliza.

«¿Por qué este tipo está opinando de mi vida? Huelo celos», me digo.

—Tendrías que haber visto lo asustada que estaba —continúa. Admito que al oír aquello, experimento una sensación amarga—. Escucha, no quiero ser grosero contigo, pero me obligas. Keira en verdad se preocupa por ti, así que no te comportes como un imbécil.

La cabeza me está a punto de estallar, el dolor físico se incrementa y en todo lo que puedo pensar es en dormir. Apenas si tengo energía, y no pienso gastarla discutiendo con el señor perfecto.

—¿En verdad te preocupa Keira? ¿O en realidad no puedes dormir por pensar que está pasando algo entre nosotros? —pregunto. Elevo ambas cejas, en señal de que con dos simples líneas acabo de ganar la discusión. Antes de que él pueda contestar, ella reaparece, levanta el pulgar para anunciar que todo está en orden y que puedo bajar—. Piénsalo —le sugiero, para terminar la conversación, y desciendo del vehículo en dirección a la entrada de la casa.

Keira saluda al chico a lo lejos con la mano y, acto seguido, escucho el motor del auto de nuevo en marcha, hasta que se larga.

Volvemos a ser solo nosotros dos, como al principio.

—¿Todo bien? —pregunta. Seguro notó mi expresión molesta a causa de las palabras de Jace.

—Supongo —largo—. Él no estaba muy de acuerdo con esto.

—Déjalo. Solo se preocupa por mí. Es que somos amigos desde hace mucho tiempo —Se encoge de hombros. Ella lo llama «amigo», pero estoy seguro de que él no la ve de la misma forma.

—Seguro él quiere ser algo más que tu amigo.

—¡Damon! —me regaña.

—¿Qué? Solo hablo de lo que veo —me justifico mientras llegamos a la puerta trasera, que está apenas abierta.

—Baja la voz.

Damos unos pasos hasta ingresar y aparecemos en la cocina, que está oscura, por lo que solo percibo la figura de Keira delineada por sombras.

—Es obvio que le gustas. ¿A ti te gusta? —curioseo. Le diría que ella me gusta a mí, pero no lo haré porque tengo la sospecha de que me va a rechazar. Jace me puede parecer un payaso; no obstante, en realidad él tiene todo a su favor.

—No puedo creer que estés empezando con este tema otra vez. —Su tono está inundado de fastidio, pero también de paciencia—. ¿Qué tiene de malo si me gusta? Parece que estuvieras esperando que te diga que sí —habla por lo bajo, camina con cautela y la sigo por detrás, con cuidado de no llevarme nada por delante—. El tema Jace se termina. Al menos por hoy. —Pone un límite y me deja con un montón de inquietudes. Entonces de pronto frena, lo cual hace que su espalda se pegue por completo a mi pecho y genere una electricidad que recorre mi cuerpo entero. Paró de un modo tan repentino que no conseguí detenerme a tiempo—. ¿Qué estás haciendo? —susurro.

—Lo siento. Pensé que venía alguien. —Suspira aliviada y, segundos después, retomamos nuestro paseo a través de la oscuridad. Subimos las escaleras y tengo que mirar al piso para no tropezar con ningún escalón. Estoy tan cansado que mis pies prácticamente se arrastran—. Bienvenido a mi habitación… de nuevo. —Abre la puerta y enciende la luz, luego me deja ingresar—. ¿Extrañaste el sofá? —pregunta. Se despoja de su abrigo y lo cuelga en un perchero.

«Más de lo que crees», pienso. La realidad es que no extrañaba un simple sillón, sino el compartir tiempo juntos en un sitio fuera del centro.

—Debo admitir que es muy cómodo —me limito a responder. Comienzo a quitarme la chaqueta con algo de dificultad debido los dolores y, aunque me esfuerzo por disimularlo, no puedo evitar que un quejido salga de mi boca al sentir una punzada de dolor sobre mis costillas.

—¿Te duele mucho? —Keira, preocupada, se aproxima para ayudarme a quitarme la chaqueta.

—Un poco, pero tengo los calmantes. —Le resto importancia al tema. La rubia se aleja y acomoda mi prenda en el perchero, mientras que yo me esfuerzo por quitarme la camiseta. Quiero hacerlo porque la tela me roza los hematomas y me provoca malestar. Sin embargo,

vuelvo a fracasar y ella lo nota.

—Déjame ayudarte con eso.

Toma la iniciativa y empiezo a maldecir para mis adentros a medida que sus manos se acercan. Ella toma el extremo de mi camiseta y la comienza a deslizar hacia arriba. En un descuido, roza mi piel con las yemas de sus dedos y esto me hace estremecer. Mi interior se sacude. Sin lugar a duda, es la peor tortura que he conocido: tenerla tan cerca, pero a la vez tan lejos. Cálido y frío al mismo tiempo. Si no se aleja ahora mismo, me veré obligado a hacer algo con lo que estoy sintiendo.

No obstante, termina de quitarme la prenda, toma distancia y la deja a un lado.

Escasas veces el corazón me ha latido tan rápido.

—¿Y esto? —pregunta. De inmediato se agacha y regresa a mi altura con una foto en la mano, la que estaba guardada en el bolsillo de mi chaqueta—. Oh, eres tú y tu... mamá. —Contempla la imagen con ternura. Hubiera preferido guardarla solo para mí, pero ahí está ella: ha descubierto mi secreto.

—Cuando salí del centro fui a la casa donde vivíamos... y encontré esto entre sus cosas —le cuento e intento no mirar la fotografía. Es como si aún no estuviera listo para volver a verla—. ¿Me la puedes devolver? —le pido. Ella me la entrega sin dudarlo. La meto rápido en el bolsillo de la chaqueta, donde debería haberse quedado—. Suficiente por hoy. —Me dejo caer sobre el sofá y, tal como lo sospechaba, la rubia no se aleja; al contrario, se sienta a mí lado.

—¿Estás bien? —Busca mirarme. Por primera vez soy honesto por completo acerca de mis sentimientos y niego.

—Podría estar peor, pero gracias a ti no lo estoy —admito. Estamos sentados uno al lado del otro y, esta vez, son nuestros brazos desnudos los que se rozan—. Mi mamá y yo no teníamos la mejor relación, pero era mi única familia y perderla se siente como estar solo por completo —dejo fluir aquello que está atascado en mi garganta. No es demasiado, pero para alguien como yo que no sabe cómo manejar sus emociones ni hablar sobre ellas, significa un avance.

—Pero no lo estás, Damon. Mírame. —Sus palabras me obligan a girar la cabeza; quedamos frente a frente—. Me tienes a mí —pronuncia con seguridad.

La distancia entre nuestros rostros es tan mínima, que hasta puedo sentir su respiración entremezclarse con la mía. Bajo la vista hasta sus labios, solo un minúsculo impulso me bastaría para besarlos... Pero no lo hago. En su lugar, dejo un corto beso en su frente y, luego, le atraigo hacia mí para abrazarla, a lo que ella corresponde, y apoya su mentón con cuidado sobre mi hombro.

Lo sé, Keira. Solo que a veces me cuesta creer que seas real.

CAPÍTULO 22

Keira

Despierto por la mañana y el cuerpo empieza a pasarme factura por lo sucedido horas atrás: el altercado con Damon y Killian, tener que ir al hospital y, para finalizar, mi estómago dando vuelcos cuando Damon se puso tan cerca de mí que creí que me besaría. Me sorprendió mi propia reacción, sobre todo porque no me alejé; tan solo mantuve la cercanía, a la espera de que él diera el paso. No sabía hasta ese instante cuánto deseaba que sus labios tocaran los míos, cuánto pretendía que se atreviera a ir más allá, que se olvidara de dónde venimos para dejar que las cosas fluyan.

Es una locura. Recién me despierto y él es lo primero que aparece en mi cabeza.

Giro mi cuerpo hacia un costado sobre la cama y le echo un vistazo. Sigue dormido. No lleva camiseta y la manta lo cubre solo hasta la mitad del torso. El resto de piel está a la vista. ¿Cómo es posible que nunca pierda su atractivo? Luce irresistible, a pesar del paisaje de marcas y hematomas plasmados en diversas partes de su cuerpo, que, a simple vista, deben doler.

Tras decidir faltar a clases, salgo de la cama más tarde de lo que lo haría un día normal y me muevo hasta el escritorio; corro un poco las cortinas en busca de más luz y tomo el libro de anatomía. Luego, vuelvo a recostarme y me pongo a leer. Tengo una carrera universitaria por delante, no lo debo olvidar.

Paso alrededor de unos cuarenta minutos concentrada en la lectura, hasta que percibo movimientos desde el sofá y pongo la vista en Damon, apoyado sobre sus codos, medio despeinado y con algunos rayos de sol estrellándose en su cara. Frunce el entrecejo y arruga la nariz.

—¿Qué? —pronuncia al notar que lo miro, divertida.

—Se dice «buenos días» —digo. —Y, por cierto, un poco de sol no le hace daño a nadie.

—A mí sí —exagera.

Carcajeo al verlo cubrirse entero con la manta.

—Iba a buscar algo de comida, pero si prefieres seguir durmiendo... está bien. Puedo desayunar

sola.

Se olvida del sol, vuelve a erguirse y se quita la manta.

—No. Tengo hambre. —Le sigue dando el sol, pero ya no le importa.

—Eres un interesado. —Arrojo un almohadón en forma de protesta. Él se cubre para amortiguar el golpe suave y lo escucho reír por lo bajo.

—¿Keira? —habla mi tío del otro lado de la puerta. Mi corazón se detiene a causa de la sorpresa y me pongo en modo alerta—. ¿Puedes abrir?

Lo miro y modulo en silencio que debe esconderse, también intento hacerle señas para que lo comprenda mejor. Si hablamos, mi tío nos escuchará.

—El armario —digo en un tono muy bajo y lo señalo, luego le respondo a mi tío en voz alta—: Dame un momento, tío.

Damon comienza a meterse en el armario mientras recojo las mantas y almohadas que hay en el sofá y las meto debajo de la cama. También busco las sus prendas y las guardo en el armario, junto a él. Echo un vistazo a la habitación en general, compruebo que no haya quedado nada sospechoso y abro la puerta.

No entiendo por qué está aquí. Pensé que ya se había marchado a trabajar.

—Lo siento, buen día. ¿Necesitabas algo? —Sonrío.

—¿Puedo pasar? Quiero hablar contigo un momento.

—Claro. —Me hago a un lado para dejar el camino libre.

—Me preocupa que hayas faltado a la universidad. Es raro de tu parte. ¿Estás bien?

Lo notó. Justo cuando había creído que nadie en esta casa me prestaba atención.

—Sí, no. En realidad, me quedé porque me duele la cabeza —miento—. Eso es todo.

—¿Segura? Si algo anda mal, me lo puedes decir —me recuerda—. Sé que paso todo el tiempo fuera y trabajando, pero podríamos tener una conversación de vez en cuando. —Sonríe de lado con amabilidad y asiento. Sus gestos me causan una amarga nostalgia; en varios aspectos se parece demasiado a mi padre. Ojalá fuera él... Lo extraño tanto—. Sé que empezaste la universidad y no he tenido tiempo de decírtelo, pero estoy muy orgulloso de ti. Tu papá también lo estaría.

—Gracias. Es bueno oír eso —admito—. A veces siento que no encajo en esta casa —largo, sin poder evitarlo. Pero es la verdad: soy una pieza de rompecabezas metida en la caja equivocada.

—También es tu casa. Sé que las chicas no te lo hacen fácil, son duras —reconoce—. Pero eres mi sobrina y, aunque no tengamos la mejor relación ahora mismo, te siento como una hija más

—se sincera. El problema es que no suele demostrarlo, y esto se debe a su escaso tiempo, porque dedica toda su vida al trabajo—. En dos semanas festejaremos que nuestra empresa firmó un contrato con una importante marca —comenta—. Quisiera que estés ahí, como parte oficial de mi familia. Lo eres. ¿Crees que podrás venir? —pregunta, y me deja boquiabierta.

Mis primas se la pasan presumiendo cuando tienen algún evento importante de su padre. No puedo creer que yo esté invitada a uno.

—Uhm, supongo que sí. —Me encojo de hombros. La verdad es que estoy en duda. Ese ambiente no es para mí, pero, al mismo tiempo, me siento en un compromiso. Mi tío se encargó de mí y me alojó en su casa. No le importó que mi llegada pudiera alborotar su vida familiar y le causara problemas con su esposa e hijas.

—Si quieres puedes invitar a alguien... Tal vez a ese chico que cenó con nosotros hace un tiempo —propone y mi corazón se paraliza por un instante.

Me pregunto si sabrá que lo estoy ocultando en mi habitación, pero enseguida deduzco que no, que es imposible que lo sepa; he sido cuidadosa con cada movimiento. De seguro lo recuerda porque nunca presenté a un novio de forma oficial y Damon es la única persona de sexo masculino que traje a casa como un «amigo», pero todos en esta familia pensaron que éramos algo más. Entre los nervios, de pronto me dan ganas de reír. ¿Qué diría si supiera que está oculto en el armario ahora mismo?

—Ya voy a ver. —Mis mejillas están ruborizadas, agradezco que él no pueda verme— Por lo general está muy ocupado. Pero no te preocupes, tío. Trataré de asistir —respondo con seguridad, y lo dejo satisfecho.

—Espero que puedas. Sería encantador tenerte ahí —dice de un modo paternal, mientras desvía la vista hacia el reloj que porta en la mano izquierda—. Oh, vaya. Estoy más retrasado de lo que creí. Podemos seguir conversando algún otro día, ¿no?

—Claro. Que tengas un buen día.

—Tú también, Keira. Nos vemos.

Cierro la puerta y le coloco el seguro de inmediato. Cuento hasta treinta, espero a que esté lo suficientemente lejos, y me tranquilizo al comprobar que se ha marchado de forma definitiva.

—Puedes salir —le aviso a Damon.

Él surge del interior del armario, con una sonrisa que deja entrever una pizca de malicia. Se trae algo entre manos.

—No importa qué tan ocupado pueda estar, jamás diría que no a una de esas fiestas —murmura —. Además, le caí bien a tu tío. Quiero imaginar que vamos a ir.

Admiro su capacidad para ignorar todo lo que pasó hace un par de horas y seguir adelante.

—Imaginas mal —le digo—. Primero, piensa en recuperarte. Luego, a lo mejor puedo considerar lo de la fiesta. —Dejo en vilo una posibilidad. La idea de salir juntos me resulta tentadora. Sería divertido.

—No te creo —dice y me mira incrédulo.

—¿Alguna vez te mentí? —deduzco que está pensando algo para contradecirme, pero lo cierto es que jamás le he dicho una mentira—. Nunca —retruco.

—Bien, tienes razón. —Eleva los brazos para mostrar que se da por vencido y sonrío satisfecha.

Damon

Al despertar, me di cuenta de que se está volviendo difícil compartir habitación con Keira. La contemplé recostada en su cama, sin mantas y vistiendo el pantalón corto del pijama. Fue inevitable recorrerla con la mirada, hasta llegar a la parte superior y notar que leía concentrada. Podría haberme quedado viéndola el resto del día sin aburrirme; sería la distracción perfecta para olvidar el dolor que me causan las recientes heridas en mi cuerpo. Pero no tardó en darse cuenta de que mis ojos llevaban unos largos minutos posados sobre ella y tuve que excusarme con el sol.

Incluso me sentí culpable, como si estuviera aprovechándome de la situación, pero juro que es más fuerte que yo.

Cuando entró su tío, me sorprendió que me siguiera recordando. Por lo general, la gente se olvida de quién soy. Excepto por ella. Aún no puedo creer que haya ido a buscarme tantas veces pese a que me oponía. Menos puedo asimilar que haya intervenido en una pelea para salvarme.

Se la pasa demostrando que cree en mí, aun sabiendo que ni siquiera yo puedo hacerlo.

—Bajaré por el desayuno —anuncia. Aún sonríe victoriosa porque, como de costumbre, ganó la discusión—. ¿Te duele mucho? —pregunta y me inspecciona con la mirada.

—Nada que un analgésico no pueda arreglar. —Me encojo de hombros y le resto importancia.

Después de todo, no es la primera vez que me dan una paliza—. Estoy bien. En serio.

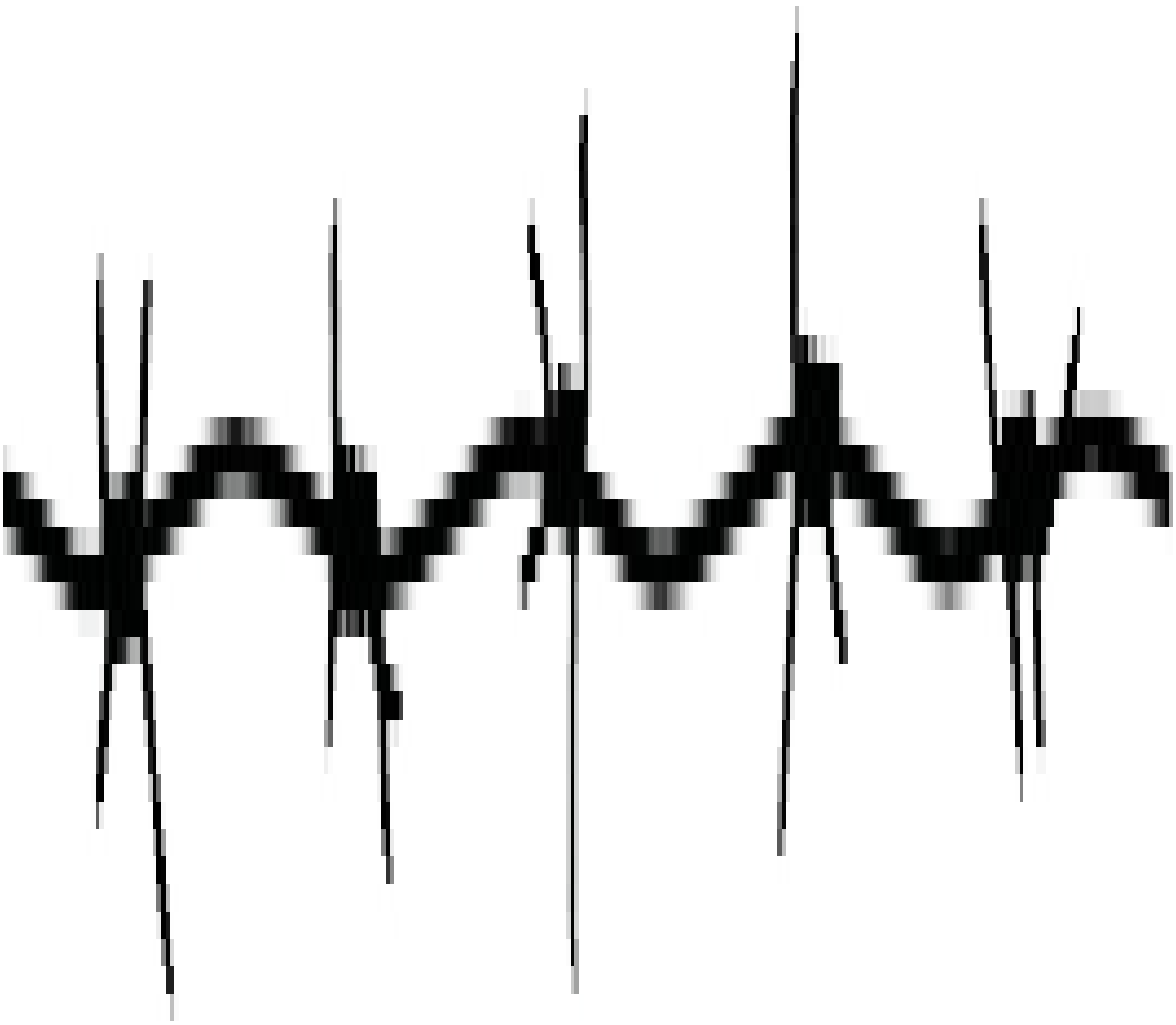
—De todas formas, deberías descansar. Y no pensar tanto en ir de fiestas —sugiere y se escabulle al exterior.

Quedo solo y me pongo de pie, inquieto. Al elevar la vista, doy con su escritorio. No soy de curiosear, pero Keira me despierta ganas de conocerla, de saber más de ella. Por lo que veo, se la pasa estudiando. Los libros de medicina están por todas partes, y se encuentran intercalados con cuadernos, anotaciones sueltas y lapiceros. Tiene un par de portarretratos: en una de las fotos, puedo ver a Keira cuando era pequeña, quizá a los seis o siete años, junto a un hombre joven, que por sentido común deduzco que es su padre. También distingo que él sonríe feliz, en cambio, ella se muestra algo tímida. Típico de ella, siempre esquivando ser el centro de atención.

En otra de las imágenes, puedo ver a la rubia en su adolescencia, junto a dos chicas. Ambas hacen muecas graciosas, excepto Keira, que simplemente está sonriendo. Por último, veo una imagen que parece reciente. Jace, vistiendo una chaqueta de béisbol, abraza a una Keira que luce bastante a gusto. Es obvio que comparten una larga amistad, pero mis sentidos indican que hay algo más. No me enfada. ¿Quién no querría a una chica como ella?

Siento celos porque moriría por ocupar su lugar.

Ya he visto suficiente. Tomo distancia del escritorio y, por último, pongo la atención en la ventana. El sol desapareció, oculto tras un cielo cubierto de nubes; segundos después, una lluvia repentina y caótica se revela. La habitación se oscurece, pero, a pesar del mal clima, todo regresa a la normalidad cuando Keira aparece con una bandeja repleta de comida y una jarra de café. No importa lo que esté pasando afuera, si el cielo se cae o si alguien me busca para hacerme daño... La veo y sé que aquí estoy a salvo.



—Podemos ver una película —propone Keira y se sienta en un borde de la cama.

Maldición. Es tan difícil estar cerca. Difícil en el buen sentido. Existe un sentimiento dentro de mí que me hace verla diferente. Ya no es «Keira, la pesada del centro», sino «Keira, la chica que me gusta». Diablos. Debí decirle que estaba bien en el sofá, pero es que es casi imposible negarle algo.

—¿Quieres? Puedes elegir de nuevo —murmura y me hace recordar que la última vez que vimos una película fue una de «terror» que elegí yo; la cual contenía de todo, excepto terror.

—¿Y si tan solo comemos y hablamos?

—Eres aburrido —reprocha y me saca la lengua como una niña caprichosa, aunque enseguida sonríe divertida y deja en claro que está bromeando.

—Llévame a esa fiesta contigo y verás que no tengo nada de aburrido.

—Faltan mil años para esa fiesta —dice impaciente—. Ahora mismo eres aburrido y no puedes demostrar lo contrario.

—Claro que puedo —aseguro—. ¿Quieres jugar a algo? —me arriesgo y espero, desafiante. Ella parece interesada, pero, al mismo tiempo, sospecha—. ¿Quieres o no?

—Está bien. A ver qué tan divertido es ese juego que dices...

—Tres preguntas. Tienes la oportunidad de hacerme tres preguntas y yo tres a ti. Por cada pregunta que te niegues a contestar, corresponde un castigo —explico el desafío, algo que solíamos jugar de adolescentes con mis amistades—. La regla principal es que tienes que ser sincera.

—De acuerdo. Sin mentiras. —Se encoje de hombros y acepta el juego sin titubear, valiente—. Pero no te aproveches o…

—¿O qué?

—O ya verás, Damon. —Lanza una mirada que intenta plagar de malicia—. ¿Quién empieza?

—Voy a ser un caballero. Primero las damas —bromeo y doy un sorbo a mi café, que ya está a la mitad, mientras Keira piensa.

—¿Alguna vez te enamoraste? —pregunta, y me descoloca de tal forma que casi escupo todo. En ningún momento imaginé que empezaría por eso; pensé que tendría más piedad.

—No lo sé.

—Eso no es una buena respuesta. Dijiste que seríamos sinceros —me reprocha, y tiene razón, pero es que ha sido tan repentino que no tenía nada preparado para responder—. Vamos, larga todo o pensaré en un buen castigo.

—No hará falta —aseguro—. No, nunca me enamoré. Nunca salí con una misma chica por demasiado tiempo... Nunca encontré alguien que me hiciera querer quedarme —confieso.

Solía pasar el tiempo con chicas caóticas como yo... Jamás resultaba en algo bueno, solo un montón de situaciones explosivas. Sin embargo, mentí. Keira sí hace que quiera quedarme, pero soy un maldito cobarde que no puede ser honesto.

—¿Salías con muchas chicas? —curiosea.

—Suficiente. Es mi turno. Tendrás que sacar tus propias conclusiones —pronuncio y la dejo con dudas. En verdad no pensé que tuviera tanta curiosidad en este aspecto de mi vida—. ¿Tú y Jace tienen o tuvieron algo?

—¡No vale! Había dicho que terminaras con ese tema —reclama—. Te aprovechas de que ahora puedes preguntar. —Se cruza de brazos, enfadada.

—Es un juego de preguntas y aceptaste, pero puedes no responder. Solo déjame pensar el castigo.

—No, está bien. Te diré toda la verdad porque juego limpio. —Vuelve a relajar sus brazos y se acomoda sobre su espalda—. Nos conocemos desde que mi papá dio con Lidia; o sea, yo tenía como seis y Jace, ocho. Nos obligaban a pasar tiempo juntos, así que nos hicimos amigos, y desde ahí todo fue muy bien. Luego entramos en la preparatoria, él empezó a destacarse en deportes y en un montón de cosas que no vienen al caso, pero se convirtió en el tipo de persona popular que tiene todo su tiempo ocupado —me cuenta.

»Obvio que empezó a gustarme. Yo era bastante reservada y no demasiado sociable, mientras que él era el chico más popular del colegio y prestaba atención. Incluso cuando estaba en su último año, me invitó al baile. Le dije que sí, claro. Ese día pensé en decirle lo que sentía. Estuve tan cerca... —Suspira—. Pero él habló antes y me contó que acababa de confirmar un intercambio para estudiar y jugar fútbol americano en otro país. Y ahí se acabó todo —resume y libera una especie de nostalgia en la forma de hablar—. Dos años después, regresa. A veces creo que me gusta, pero entonces... Me doy cuenta de que ahora mismo hay otras cosas más importantes en mi vida. No lo sé. Las cosas cambiaron... —concluye, y me aclara un montón de incertidumbres.

De ese modo, logro armar mis propias deducciones: Keira no está segura de seguir sintiendo cosas por él, pero, por la forma en que Jace me habló la última vez en el auto, me dio a entender que sus sentimientos hacia ella son algo más que solo amistad.

—Y él seguro tiene mejores opciones para elegir —continúa y baja la mirada, esto refleja inseguridad y me molesta. Ella no tendría que sentirse insegura acerca de nada; es la mejor persona que he conocido en este mundo.

—No lo creo —pronuncio sin pensarlo demasiado—. Keira, perderse a alguien como tú es ser un imbécil. —Nos quedamos mirando por un momento; ella me agradece con la mirada.

—Mi turno —cambia de tema y desvía la mirada hacia otro punto—. ¿Por qué no te defendiste cuando Killian te golpeó? Ya sé que él era boxeador, pero también tienes tus habilidades —considera. En cierta forma, tiene razón. No hice demasiado para protegerme. Me hace pensar.

—Porque estaba muy borracho, supongo. —Me encojo de hombros, y me doy cuenta de que hay algo más detrás de solo estar ebrio—. Y... bueno, tenía demasiado rencor contra mí mismo. Tengo. Ya sabes, por no haber estado para proteger a mi madre de él —menciono—. Cuando supe que se suicidó, todo lo que pude pensar era, que tal vez, si la hubiera sacado de ese sitio a tiempo, ahora estaría con vida. Así que por eso dejé que él se desquitara... Sentí que me lo merecía —confieso.

«Además de que el dolor me recordó que sigo vivo», me digo. Noto que la dejé sin palabras, así que me apresuro a tomar el puesto de cuestionar, para dar paso a otro tema.

—¿Siempre sentiste que no encajabas en esta casa?

—Sencillo —responde—. Todo el tiempo, desde que soy pequeña. Aunque de niñas, Alisha y yo éramos inseparables, mi tía se ocupó de poner distancia entre nosotras con el paso de los años. No le gustaba que estuviéramos cerca, en especial porque mi padre tenía problemas. Eso también causó que mi tío y papá se llevaran mal. Aunque él nunca me despreció, todo lo contrario: de vez en cuando se preocupa por mí. —Sonríe por consuelo—. Pero en lo que respecta a Gerti, Alisha y Valiere… Ellas se ocuparon muy bien de hacerme sentir como un estorbo y, a estas alturas, ya ni siquiera me importa. Espero irme pronto de ese sitio.

«Ojalá pudiera sacarte de aquí», pienso. Odio que tenga que pasar por toda esa mierda.

—Me toca, otra vez. —Se incorpora—. Aprovecharé muy bien la última pregunta... —Se toma algunos segundos para pensar, pero lo hace más rápido de lo esperado—. ¿Qué quieres hacer de ahora en más con tu vida?

Considerando que soy del tipo de persona que vive el día a día, su pregunta es de las más difíciles. Podría decirle cualquier cosa, pero prefiero ser sincero con ella. Fue la única condición que pusimos y, al menos, en esta ocasión, quiero cumplirla.

—Sabes que soy un desastre con eso —admito—. Sé que quiero seguir con las reuniones en el centro. Graduarme, buscar un trabajo... Aunque supongo que lo primero que tengo que hacer es ocuparme de lo que pasó con mi madre —develo. Necesito hacerme cargo de la situación, dejar de fingir que no pasó nada y darle un cierre.

«Quedarme cerca de ti. Eso es todo lo que quiero hacer. Porque tú traes puras cosas buenas. Tú eres oro, maldición».

Reprimo el pensamiento y lo guardo en alguna parte en mi interior. ¿Por qué no puedo dejar de ser un cobarde con mis sentimientos?

—Eso es todo. —Excepto por lo que acabo de omitir, no hay mucho más. Al menos tengo planes, una especie de camino más o menos marcado que quiero seguir, a diferencia de meses atrás, cuando estaba bastante perdido y lo único que sabía era que tenía que encontrar el modo de sobrevivir cada día—. ¿Qué quieres hacer tú?

—Acabas de gastar tu última pregunta. —Sonríe a sabiendas de que me atrapó desprevenido—. Y podría pasarme el día entero dándote la respuesta.

—¿Tenemos algo mejor que hacer? —Sin problemas, pasaría el resto del día escuchándola.

—Seré buena y lo haré sencillo —menciona, divertida—. Deseo recibirme de médica en la universidad, pero no quiero que todo acabe en un simple puesto en algún hospital. Quiero hacer algo para ayudar a los demás. Aún no sé bien qué, pero espero descubrirlo. También me gustaría viajar. Viajar mucho. También quisiera aprender astronomía. Me interesa, ¿sabes? Desde niña he estado obsesionada con las estrellas y los planetas. —Todo lo que sale de su boca me resulta adorable. Ella lo es—. Y algún día... quiero estar rodeada de la gente correcta, en algún sitio donde se sientan a gusto conmigo. No importa si son diez, cinco, o solo una persona. Tan solo me gustaría sentir que alguien me quiere. Complicado, ¿no? —Toma una bocanada de aire y respira.

—No, no lo es —respondo—. Eres fácil de querer, Keira. —Me dejo llevar por mis emociones, pero de inmediato la razón me retrae.

Ella se ruboriza y, tal como ocurrió la noche anterior, siento que con inclinarme y acortar la distancia que nos divide bastaría para iniciar el primer beso.

Sé que no tengo demasiado, pero me arreglaría para conseguirle todo.

Ella merece el mundo entero y yo sería capaz de encontrar la manera de dárselo.

Estoy a punto de ganarle al miedo, cuando el sonido de su celular nos interrumpe. Ella enseguida se mueve para atenderlo.

—Es Lidia.

Diablos, la frustración me consume.

Hora de volver al mundo real.

CAPÍTULO 23

Damon

«¿Qué más da? Nada puede salir peor de lo que ya está».

El llamado de Lidia nos inquietó, pero por suerte sus noticias no fueron tan preocupantes. Es oficial, quedé fuera del centro, por dos causas. La primera es obvia: rompí todas las reglas al escaparme, y en forma reincidente, por ende, abrirme las puertas de nuevo no es una opción viable.

La segunda es que la próxima semana ya recibiría el alta, por lo que luego solo tengo que seguir asistiendo a las reuniones, terapia y controles médicos. Lo llaman «tratamiento ambulatorio». Según sus palabras, si supero con éxito esta semana fuera, podrán informar que cumplí con lo que pacté con la justicia.

Lo siguiente que dijo me desconcertó. Aunque sabía que era algo que pasaría, era algo que trataba de esquivar, escaparme de ello. Había olvidado que no se puede evitar para siempre las responsabilidades. Los servicios sociales se encargaron del cuerpo de mi madre y esta misma tarde se llevará a cabo su entierro, por lo que Lidia me dio todas las indicaciones para asistir. Noté su intención de ser cuidadosa en el modo de hablar, pero, siendo honesto, eso no hace una diferencia.

La escena se generó en mi cabeza y, de solo imaginarlo, cada porción de mi cuerpo se estremeció. Sabía que, al presenciar el entierro, caería en la cuenta de que en verdad nunca más volvería a verla. Tras recibir esa noticia, Lidia continuó dando otras explicaciones, de las cuales no alcancé a captar ninguna porque seguía atrapado en el momento anterior, tratando de procesarlo.

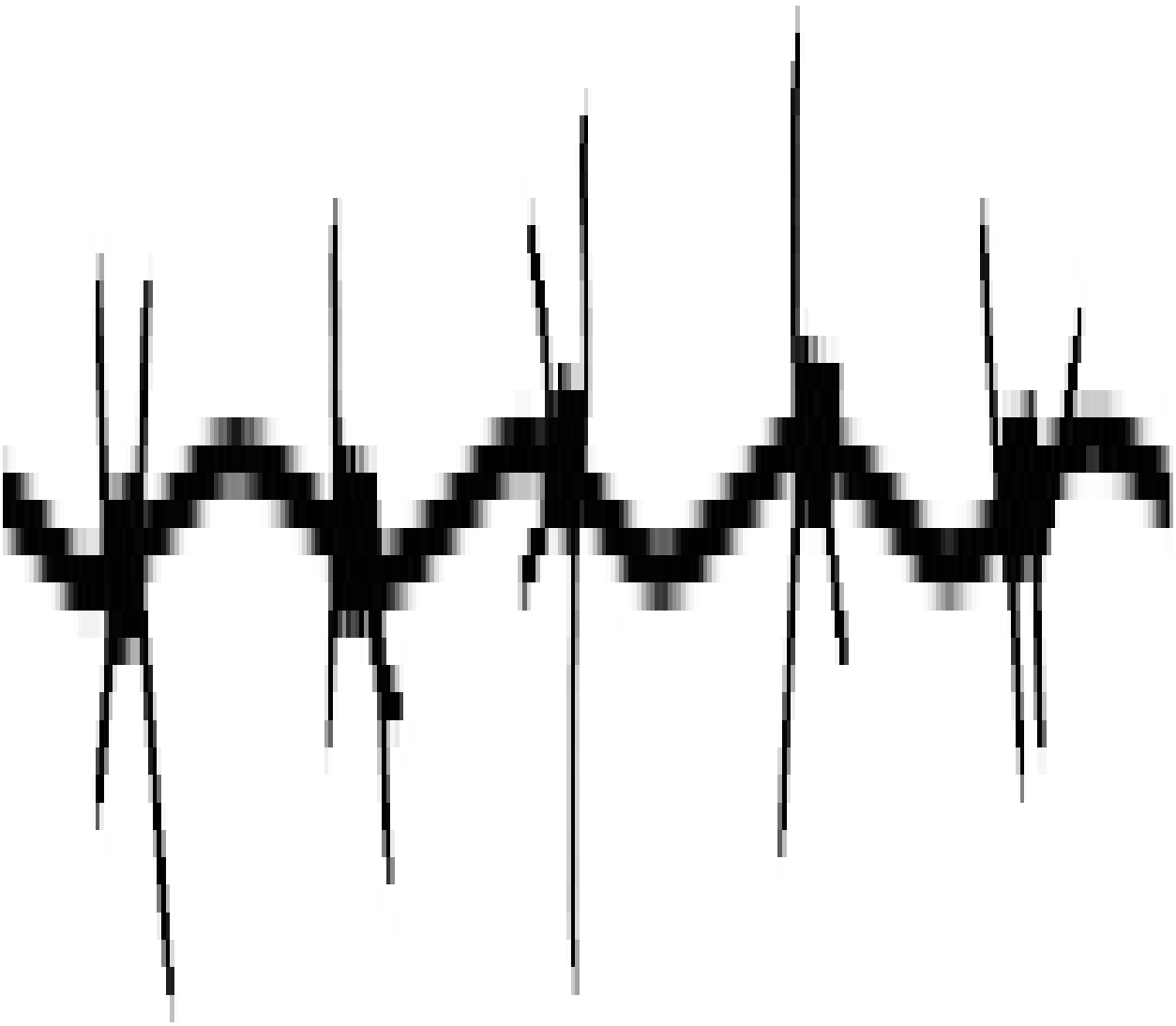
Me sentía aturdido.

«Necesito que este infierno acabe», me dije.

Lo último que hice en el centro fue visitar por última vez la que supo ser mi habitación. Me permitieron recoger mis cosas: mi ropa, una libreta, los libros que Keira me regaló, y también me regresaron el móvil. Metí todo dentro de un bolso, que colgué en uno de mis hombros, y

abandonamos el cuarto. Para salir, tuvimos que atravesar la sala donde vi por última vez a mamá.

Ojalá la hubiera convencido de quedarse. Ojalá la hubiera retenido conmigo. Ahora sería distinto. Ahora estaría viva.



Me di la vuelta tres veces antes de ingresar al cementerio. Ese lugar, aún de día, me revuelve el estómago y me da escalofríos. No quiero estar ahí, pero, tras una conversación con Keira, pude entender que despedirme es lo mejor que puedo hacer.

Durante la ceremonia, observo las pocas caras presentes y apenas reconozco a un par: vecinos, conocidos de mamá, pero nadie demasiado cercano. Me da alivio que Killian no esté presente. Mi madre lo quería lejos, ansiaba liberarse de él y, ahora, de algún modo, lo consiguió. El cura comienza a expresar un montón de palabras que, a mi ver, no tienen la más mínima importancia. Mantengo la mirada puesta en el cajón, que se ubica al medio, mientras intento comprender que, ahí dentro, está el cuerpo de mamá. Me distraigo cuando veo llegar a Liam; tarde, pero ahí está. Me dirige una mirada para disculparse por no ser puntual, pero hago caso omiso. Es lo de menos. Keira y él son las únicas personas que me alegra ver presentes.

—Ahora, apreciaría que hiciéramos un espacio para sus seres queridos. Dar la palabra a quien tenga la intención de despedirse —pronuncia el señor que oficia la ceremonia, y me hace regresar al planeta Tierra.

De todas las personas que estamos ahí, la única realmente cercana soy yo. Tengo que hacerle saber todo lo que nunca alcancé a decir. Entonces, sin rodeos, levanto la mano con timidez, para ocupar el lugar que me corresponde. Luego, rebusco con mi mano libre el interior del bolso que llevo en un hombro, hasta dar con la libreta que, aunque suene increíble, terminé usando. Recordé que allí había escrito una especie de carta, que pensaba dársela la próxima vez que la viera.

Antes de dar un paso hacia adelante, busco los ojos de Keira y los encuentro puestos en mí; me permiten encontrar en ellos toda la confianza que necesito.

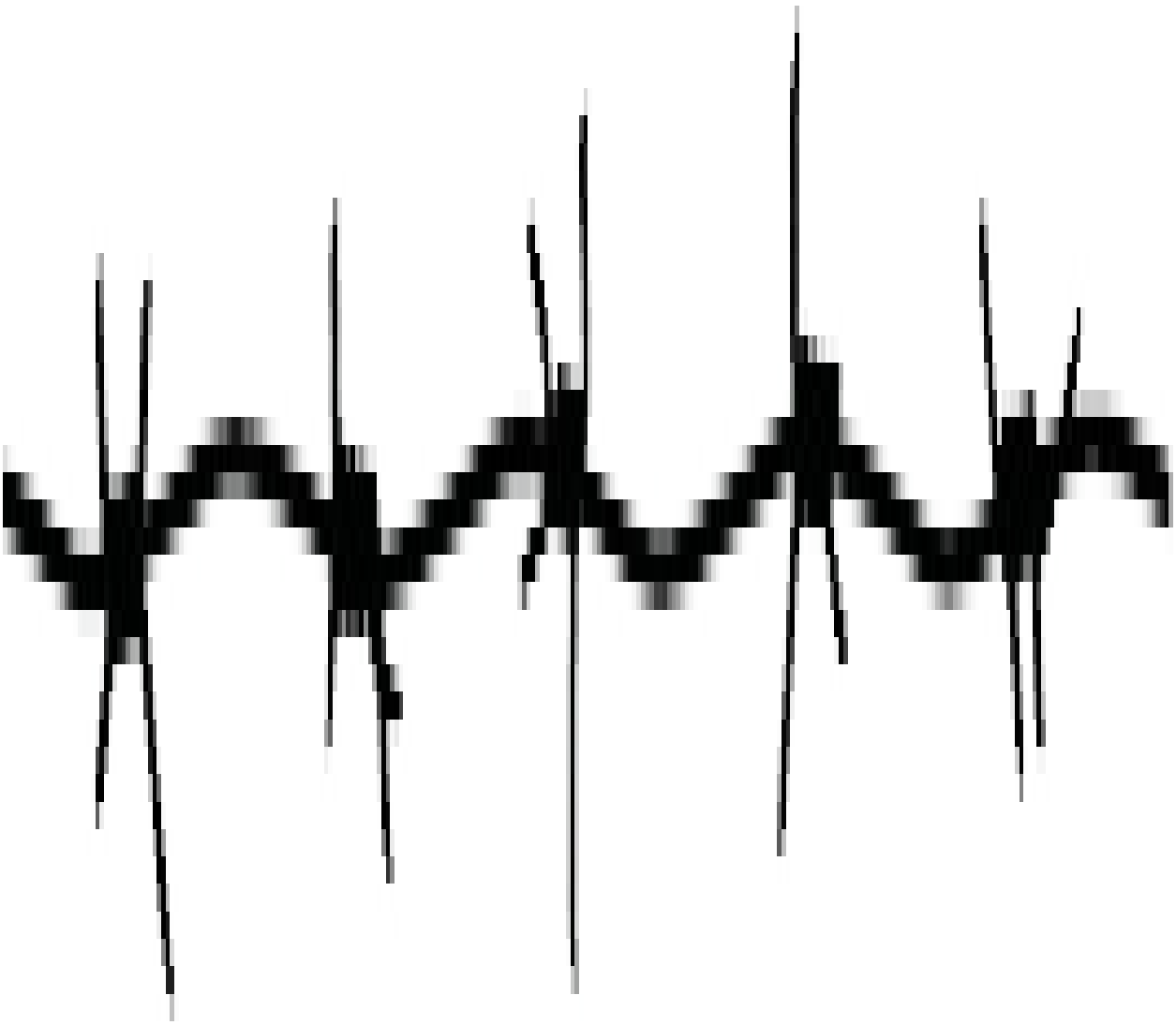
—Ella era mi madre —anuncio para quienes no me reconocen, mientras repaso la libreta, en busca de una de las pocas hojas que escribí. Carraspeo, en un intento por deshacer el incómodo nudo en la garganta que, mierda, no quiere irse. Sigue ahí, pero debo ignorarlo, no dejaré que el miedo a ser juzgado me gane. No esta vez.

»Decidí escribirte porque, en verdad, soy un asco para hablar sobre sentimientos y porque una chica increíble me dijo una vez que, si no lo podía decir, entonces lo tenía que escribir. Quería que supieras que te perdono, mamá. Después de pasar por algunas cosas, me di cuenta de que a veces te alejas de las personas que más quieres porque necesitas protegerlas de ti mismo, de tus demonios. Entendí que te alejaste porque querías cuidarme, y que esa fue la única manera que encontraste. Ya no quiero guardarte rencor de nada. Supongo que ahora podemos empezar de cero y... —me doy cuenta de que no debí leer esa línea—. Lo siento. Es que… Bueno, escribí esto cuando ella estaba viva —me corrijo y esbozo una minúscula sonrisa, para burlarme del error—. Te perdono, mamá. Y espero que tú también me puedas perdonar.

Inhalo profundo y, antes de retirarme, arranco la hoja de la libreta, para dejarla sobre el féretro. Luego regreso a mí lugar. Me posiciono al lado de Keira, quien tiene los ojos cristalizados por

las lágrimas. De inmediato toma mi mano y me da un pequeño apretón. Seguido, se pone en puntas de pie y deja un beso en mi mejilla.

Esto es un infierno, pero puedo tolerarlo mientras ella se mantenga conmigo. Sé que todo irá bien porque su mano se aferra a la mía y no la suelta.



—Lo que hiciste fue muy valiente —murmura cuando todo ha llegado a su fin y caminamos a la par hacia la salida. No sé qué decir. Solo sé que era lo que me correspondía hacer—. ¿Cómo te sientes? —pregunta y me encojo de hombros.

En realidad, ha estado bien poder hablar en voz alta y sacarme todo lo que tenía dentro, pero no puedo dejar de pensar en que hay un asunto que continúa inconcluso: se trata de nuestra casa, donde están sus cosas, sus papeles, sus recuerdos.

—¿Damon? —me saca de mis pensamientos.

—Siento como si aún tuviera algo pendiente —respondo.

—¿Exactamente qué? —Su pregunta delata que aprendió a leerme. Sabe que tengo alguna idea rondando por la cabeza y no se detendrá hasta saber qué es.

—La noche que fui a casa, descubrí un cajón donde mamá guardaba un montón de recuerdos. Quizá te parezca una estupidez, pero me gustaría tener toda esa mierda conmigo —le explico y ella escucha, comprende y analiza, todo al mismo tiempo. También aprendí a leerla.

—Si eso es lo que quieres, entonces lo vamos a conseguir. —Sus palabras dejan entrever que se trae algún plan entre manos—. Podemos ir por las cosas.

—Claro. Me puedo presentar en la puerta de Killian y pedirle con amabilidad que me las devuelva. Seguro es tan generoso y lo hace —expreso con sarcasmo, dado que después del altercado a las afueras del local nocturno, preferiría mantenerme alejado de ese sujeto.

—Puedo pedirlas yo —propone.

—Ni loco —me niego—. Jamás dejaría que te arriesgues de ese modo.

—Entonces... quizá podríamos comprobar si está en la casa y, si no está, entramos. El resto es historia. —Sonríe como si acabara de revelar un plan maestro.

Sin embargo, no suena mal. Si él no está alrededor, colarnos en el sitio no costaría nada; solo tomaríamos las cosas y luego nos iríamos. Ni siquiera se enteraría, ya que lo único que le importaba saber de mamá era dónde guardaba el dinero, para quitárselo e ir por alcohol o cigarrillos. De seguro ni tiene conocimiento de ese montón de fotos y papeles.

—¿Quién eres y qué hiciste con Keira? —bromeo. No es usual que la rubia quiera ir más allá de lo correcto—. Me sorprendes. Estás rompiendo reglas, eso es muy nuevo —la molesto.

—Puedo romper más reglas de las que crees —impone con seguridad y, por un instante, creo que está intentando decir algo más.

¿Keira me está enviando una indirecta?

Keira

Damon trata de deducir si Killian está o no en la casa. Mientras tanto, me mantengo detrás de él. Rodeamos la casa de forma silenciosa y, de vez en cuando, él se acerca a las ventanas con la intención de dar con alguna clase de señal. Tengo el corazón casi desbocado, pero no siento miedo; al contrario, esto despierta en mí una adrenalina que desconocía. Ahora entiendo que puedo ser muy valiente cuando se meten con la gente que me importa. Todo lo que quiero es que Damon obtenga lo que le corresponde, que pueda llevarse consigo esa pequeña parte que queda de su madre y que ahora vive en aquellos recuerdos.

—La casa está libre —anuncia, y se gira un poco para indicarme que puedo avanzar. Me impresiona su habilidad cuando se detiene frente a la puerta trasera, burla la cerradura y el picaporte y, en un parpadeo, tenemos acceso a la vivienda—. Quédate detrás de mí, por si acaso —me advierte. Sigo sus pasos, sin adelantarme.

A pesar de que ingresamos, una corriente de aire frío me atraviesa y me tengo que envolver con mis brazos para darme calor. El sitio es espantoso, por el hecho de que hay un sinfín de botellas de sustancias alcohólicas esparcidas por distintos espacios. No hay orden, e incluso huele mal. Es el típico lugar de donde desearías salir corriendo, pero está claro que no lo hago. Camino detrás de él un poco más, hasta que terminamos de comprobar que la casa no cuenta con la presencia de Killian.

—¿Esto siempre estuvo así? —curioseo, porque a veces tan solo no puedo dejar de hacer preguntas. Él niega con la cabeza.

—A veces estaba peor.

Su respuesta me estremece. Solo falta Killian para que esto luzca como el mismísimo infierno. Ahora comprendo con más fuerza por qué Damon prefería estar fuera. También entiendo a su madre. Nadie querría un lugar como este para un hijo.

—Es por aquí —vuelve a indicarme y me lleva hasta una habitación: hay una cama matrimonial, dos mesitas de noche y un armario. La cama está destendida—. Lo siento —Damon gira, sobresaltado—. No tendría que haberte traído. Es horrible.

—Vinimos por algo que necesitas. Eso es todo lo que importa —digo para recordarle por qué estamos ahí. Entonces, él vuelve a enfocarse en el plan.

Me quedo de pie y lo veo revisar el cajón de una de las mesitas. Sostiene una caja, que, a causa de su indisimulable nerviosismo, se le cae de las manos, con lo cual hace que un montón de papeles, fotos, e incluso una libreta, caigan al piso.

—Maldición —emite un quejido. De inmediato me pongo a la altura del suelo para ayudarlo a recoger las cosas rápido. No podemos permanecer mucho tiempo ahí.

—Ya está. Creo que está todo. —Me pongo de pie con un montón de papeles en la mano. Él continua por el suelo, para revisar que no se le haya escapado nada.

Es en ese momento cuando, de pura casualidad, echo un vistazo general a lo que sostengo. Debido a la escasa iluminación, no alcanzo a distinguir qué es, así que saco el celular y enciendo la linterna en dirección al papel. Se trata de un testamento. Ese detalle me lleva a tomarme la lectura con más seriedad y examino a fondo.

Yo, Alice Montclair, declaro que es mi voluntad dejar como único heredero de todos mis bienes a mi hijo, Damon Montclair.

No puedo asimilar lo que estoy leyendo. No puedo creer que, entre toda la basura que hay en esta casa, encontramos algo bueno. Realmente bueno.

—¡Damon! ¡Damon! Tiene que ver esto —murmuro con la emoción a flor de piel—. Por Dios. Tienes que leerlo —le insisto; parece estar distraído con otra cosa.

—¿Qué pasa, Keira? —Creo que se lo ha tomado mal, sé que está esperando que de mi boca salga una mala noticia. No puedo explicar lo bien que se siente saber que estoy a punto de decirle algo que le alegrará la vida.

—Esta casa es tuya, este lugar te pertenece. —Le muestro una amplia sonrisa y le entrego el papel.

Él se acerca, empieza a recorrer el documento con la mirada, pero su expresión delata que le es imposible asimilar lo que está leyendo.

—¿Estás segura de que esto es válido? —indaga y busca algún signo de que estamos equivocados; intenta adivinar dónde está la trampa.

Hemos pasado tanto juntos que aprendí cuál es su modo de aceptar las cosas buenas: con cautela y desconfianza. No lo hace porque sea una mala persona, sino como un mecanismo de protección, para cuidarse a sí mismo, para evitar que vuelvan a hacerle daño.

—Bueno, no soy una experta, pero, a juzgar por la firma, los sellos y toda la información... parece que tu mamá te dejó todo esto —afirmo entusiasmada.

—No sé qué decir.

Vaya. Damon se ha quedado sin palabras.

—Sonríe —le digo y, entonces, elevo la mirada del papel hacia él, que se ha acercado para leer, y es ahí cuando me doy cuenta de lo cerca que estamos.

En su rostro surge una sonrisa genuina, de esas que pocas veces he visto: una que le ilumina por

completo cada facción de su cara.

Es demasiado tentador. Podría saltar los límites y llenarlo de besos ahora mismo.

El sonido de la puerta principal abriéndose nos pone en alerta. Reacciono con velocidad y guardo los papeles dentro del bolso que lleva Damon, quien lo cierra y, acto seguido, me toma de la mano. Me guía hasta la ventana de la habitación y extiende sus brazos con fuerza para abrirla.

—Por aquí, rápido —indica y me deja pasar primero, aunque no puedo alejarme hasta corroborar que él también haya conseguido salir.

Desde afuera, cierra el ventanal y me da la mano para echarnos a correr, veloces y repletos de adrenalina. Sin embargo, no siento miedo. Él nunca permitiría que me hicieran daño y, con total honestidad, esa es una de las sensaciones más agradables que he conocido. Pierdo la cuenta del tiempo que nos pasamos corriendo, hasta que nos detenemos en un parque, que está deshabitado, pero iluminado por los faroles que rodean el camino. Tengo la respiración acelerada y, tras soltar toda la adrenalina, empiezo a reír porque no me puedo creer lo que acaba de pasar. Él me devuelve una expresión confusa, con la respiración tan exhausta como la mía.

—¿Qué es lo divertido? Podríamos haber muerto —murmura y, de repente, me siento mal. Recuerdo el temor que siente por Killian.

—Ey, tranquilo —le digo. Me acerco y le pongo una mano al costado de su cuello, que acaricio con suavidad con el pulgar—. No pasó nada, estamos bien. Todo estará bien. Además, parece que tienes una casa —le recuerdo con un deje de diversión. Su tensión parece calmarse, al igual que nuestras respiraciones, que se incorporan poco a poco a su ritmo normal—. Eso es genial, ¿no?

—Sí, tal vez —menciona no tan convencido—. Aunque tener una casa no me serviría de nada si te pasa algo —larga, y me deja helada—. Puedo arreglármelas para conseguir dinero, un lugar donde vivir, comida, lo que sea. Pero no podría hacerlo sin ti. —Sus ojos, fijos en los míos, emanan sinceridad.

Mi mano todavía acaricia su cuello cuando baja la mirada hasta mis labios y me doy cuenta de que nunca he deseado algo con tantas fuerzas.

Hazlo, maldición.

Damon

Huir a toda velocidad aceleró mi respiración, pero diablos, nada consigue hacerme latir el corazón tan rápido como lo hace Keira. La simple caricia de su pulgar en mi cuello quitó la tensión, pero trajo consigo otro montón de sensaciones tan malditamente intensas que

desconocía. En medio de una plaza deshabitada e iluminada por la tenue luz de las farolas, la veo sonreír y me doy cuenta de que es lo más perfecto que mis ojos han visto. Ella es lo mejor que me ha pasado en toda mi vida y, ahora mismo, es todo lo que necesito.

Mi mirada se desliza desde sus ojos hasta sus labios y, en ese preciso instante, sé que ya no podré resistir. Mis manos acunan su rostro, lo atraen hacia mí y, entonces, alcanzo sus labios con los míos, repleto de decisión. Sin dudas, besarla es de las pocas decisiones que he tomado con seguridad. Me doy cuenta de que no estoy equivocado cuando sus labios responden, se unen y aprenden el ritmo de los míos, que, a pesar de mi esfuerzo por controlarlos, emanan ansiedad y evidencian que llevo un largo tiempo resistiéndome a esto.

Esto que, ahora mismo, me hace olvidar del resto del mundo.

Los problemas se deshacen, el pasado ya no existe. Todo lo que importa es el nosotros que, en el momento menos esperado, acaba de volverse una realidad.

Nuestra realidad.

CAPÍTULO 24

Keira

Una vez dije que me obsesionaba el universo. Hoy estoy convencida de que todas las estrellas y planeta conspiraron para que la fantasía de Damon y yo besándonos dejara de formar parte de mi imaginación y se convirtiera en realidad. Existe una delgada línea entre ser valiente o cobarde, solo hay que dar un paso adelante o hacia atrás. Lleva el mismo tiempo decidirse por una cosa o por la otra. Y mientras él me miraba, intenté deducir su próximo movimiento. Atiné a pensar que no soy su tipo de chica, que ilusionarme sería humillante y una forma de romperme el corazón, pero, entonces, sus labios se toparon con los míos y solo alcancé a cerrar los ojos, para sumergirme de lleno en los sentimientos que aquel gesto trajo consigo.

Me he dado cuenta de que hacía tiempo que no deseaba algo con tantas fuerzas y de que mi cuerpo, frío por el sentimiento de soledad que viene cargando desde hace casi una eternidad, fue invadido por una calidez que me hizo sentir viva, despierta, consciente de cada una de las sensaciones que me atraviesan, de los latidos emocionados de mi corazón.

No obstante, un golpe de realidad se entromete y hace que Damon dé un paso atrás, que deshaga el beso y me deje a medias. Es otra vez el sonido de mi celular, que se ensaña en arruinarme la vida. Pienso en arrojarlo, pero veo en la pantalla que se trata de mi tío. Atiendo de inmediato.

—Hola. ¿Cómo va todo? —pregunto y lo observo de reojo. Él corre la mirada y se enfoca en su móvil.

—Perfecto. Solo quería saber dónde estás y si vendrás a cenar. Recuerda que esta noche viene mi gran amigo, Mark Benton, que va a ser tu profesor de Anatomía el próximo semestre. Le gustaría conocerte. Es importante que estés, como ya te dije, son contactos para el futuro. —Su argumento trae a mi cabeza cientos de detalles que conversamos hace un tiempo y de los que ya me había olvidado.

Mi padre siempre me hablaba de la importancia de asegurarme un buen futuro y, a decir verdad, mi tío está siendo de mucha ayuda; aunque, siendo honesta, ahora mismo eso es lo que menos me importa. Solo quiero retroceder en el tiempo y volver a la parte en la que Damon me estaba besando.

—Bien, de acuerdo. En media hora estaré ahí. —Finjo tener todo fríamente calculado, lo cual no es nada cierto—. Adiós, tío —murmuro y corto la llamada.

Guardo el móvil, me balanceo un poco sobre mis talones y dejo una mano dentro del bolsillo trasero de mi vaquero. Estoy nerviosa. Damon ya no es solo mi mejor amigo, ahora es el chico que, de solo mirarme, me hace sentir cosquillas en el estómago. Es como si el beso hubiera obrado una especie de magia: un efecto que antes no estaba o que, al menos, no se sentía con esta intensidad.

—¿Todo bien? —pregunta al regresar su mirada hacia mí.

Asiento, mientras me pregunto si tengo que mencionar lo que acaba de pasar. Debería decir algo, pero no sé qué.

«¿Por qué soy tan mala para estas cosas?», me digo.

—Sí —respondo como una tonta.

—¿Tienes que irte?

—Sí, deberíamos regresar. Mi tío organizó una cena, pero será rápido. Tengo que estar ahí —comento y muestro la poca emoción que me causa tener que ir. Al mismo tiempo, emprendo a caminar hacia la parada de autobuses, a unas pocas cuadras de donde estamos—. Sabes que te puedes seguir quedando en casa —le recuerdo. Sé que no tiene un sitio a donde ir. Killian aún está en la vivienda y es probable que lleve tiempo sacarlo de ahí.

—De eso quería hablarte. Liam me ofreció quedarme en su apartamento. Creo que es una buena idea, lo será por un tiempo, hasta que se solucione lo de la casa —comenta y con una mano se rasca la nuca, como si estuviera nervioso.

—Está bien —contesto, un tanto decepcionada, pero animada de que al fin esté haciendo planes y proyectando a futuro. Pasamos tanto tiempo juntos que se me olvidó un detalle: en algún momento tendremos que retomar nuestras vidas. Él ya está casi limpio y yo no debo olvidarme de la universidad—. Puedes ir a casa cuando lo necesites, ¿de acuerdo?

—Sí, lo sé. Pero no quiero causarte problemas —dice con honestidad—. Haz hecho demasiado por mí.

«Y volvería a hacerlo», pienso.

Me encojo de hombros.

—Lo hice porque lo sentía —digo con sinceridad—. Y podemos vernos cuando quieras, ¿sabes? No eres un problema para mí.

Él modula una pequeña sonrisa y, por las miradas que intercambiamos, me doy cuenta de que ambos estamos pensando en el beso de minutos atrás. Fuimos tan valientes, no obstante, ahora ninguno se atreve a traer ese momento al presente. Llego a la parada del autobús y veo que este ya se asoma desde una esquina. No tenemos más tiempo. Debemos despedirnos.

—Damon.

—Keira.

Hablamos al unísono, los sonidos de nuestros nombres chocan y sonreímos con complicidad tras la pequeña coincidencia. El autobús avanza, está casi en la parada. Damon extiende el brazo para indicarle que debe detenerse.

—¿Querías decirme algo?

—Olvídalo, tú querías decirme algo primero. —Me da la oportunidad de hablar.

—Nada, solo que... Llámame si necesitas algo. —El autobús se detiene y las puertas se abren. Ya es demasiado tarde para expresar mis sentimientos.

—Tú también. Avísame cuando estés en casa.

Asiento para dar por sentado que lo haré. Espero que él también cumpla. Volteo, doy un primer paso para subir al vehículo. Distingo que el chofer aprovechó la pausa para chequear su teléfono. Entonces, vuelvo a ver al chico, que está a punto de retomar su camino.

—¡Damon! —exclamo una vez. Él se voltea, a la espera de lo que estoy a punto de decir. «Es que tengo tanto miedo. Miedo a alejarnos. De haber arruinado lo que sea que teníamos. Miedo de perderlo»—. Confío en ti —pronuncio, y las puertas del colectivo se cierran frente a mis narices.

Espero que haya entendido lo que quise decir: tres simples palabras que esconden un «cuídate, no hagas estupideces, no te pongas en peligro, no te autosabotees».

Damon

El nuevo sofá de Liam es bastante cómodo. No tanto como el de Keira, pero es aceptable. Me dejo caer sobre él, mientras mi amigo prepara sándwiches y abre dos refrescos. Me salvó al darme un lugar. Si no, debería haber buscado alguna habitación en un hotel, lo que significaría gastar el poco dinero que traigo.

—¿Qué te pasó? —dice y me extiende una bebida—. ¿De pronto prefieres esta basura a la mansión de los Holt? —bromea, pero no me causa gracia.

No sé por dónde empezar para explicarle la decisión que tomé.

—Espera. Estoy tratando de entender cómo es posible que hoy haya sido el peor día de mi vida, pero el mejor al mismo tiempo —murmuro. Liam aprieta el entrecejo.

—¿De qué carajos estás hablando?

—Besé a Keira —largo sin poder guardarlo más. Una sonrisa se desliza por mi rostro.

—No. ¿En serio? —se sorprende y abre los ojos, impresionado—. No me digas que la besaste y te echó de la casa —empieza a sacar teorías. En un punto me divierte, ya que ha sucedido todo lo contrario.

Niego con la cabeza, doy un trago a la bebida y continúo.

—Me devolvió el beso —digo con seguridad.

—¿Entonces qué mierda salió mal? Deberías estar con ella ahora mismo, imbécil —me reprocha.

—Liam, ¿sabes lo difícil que es estar compartiendo una habitación con la chica que te vuelve loco sin poder hacer nada? Es lo más parecido a una tortura —le explico. Si antes me costaba resistirme, ahora será peor. Nos besamos, eso significa que algo nuevo se despertó entre nosotros, que ya no puedo verla como una simple amiga. Ella me provoca sentimientos más fuertes y no tienen que ver con la amistad—. Y no quiero ir rápido con ella. Es decir, no quiero echar todo a perder o arruinar las cosas como arruino todo lo que toco —expreso, sincero. Liam me observa como si no pudiera creer lo que está escuchando.

—Uf. Vaya. Esto es más serio de lo que pensé. Keira te está volviendo loco. —Me frustro al escucharlo deducir algo que sé a la perfección. Nunca una chica me hizo sentir de este modo, tan intenso, solo con un beso—. Sabes lo que tienes que hacer, ¿no? Invitarla a salir antes de que las cosas se enfríen. Oh, sí. Ya sé —habla rápido y se pone de pie. Recoge su celular y empieza a teclear algo.

—¿Qué mierda haces?

—Lo que haría cualquier amigo de verdad. Darte un empujón —menciona antes de poner el móvil en su oído—. Hola, Keira. ¿Qué tal estás? —dice, animado. Le hago una seña de que corte la llamada o lo mataré. Diablos, no tengo idea de lo que hará—. Me alegro de que estés bien. Te llamaba porque mañana es mi cumpleaños, voy a dar una fiesta en mi casa. —No está mintiendo. Recuerdo que mañana cumple veintidós—. Nada muy grande, pero vendrán amigos y estás invitada. Y no, no tienes que traer nada. Luego te paso la ubicación por mensaje. De acuerdo, bien. Ojalá puedas venir. Alguien está ansioso por verte —anuncia por último y hago un gesto de que le cortaré el cuello.

—Tienes tres segundos para correr, idiota. —No puedo creer que me haya dejado en evidencia de esa forma.

—Mátame si quieres, pero algún día me lo agradecerás. —Guarda el móvil y toma asiento, ocupa el sillón libre—. Dijo que haría lo posible por venir, pero creo que la convencí con lo último. —Sonríe victorioso y da un largo trago al refresco.

Las horas pasan, cambiamos de tema. Liam me está contando sobre un ascenso que tuvo en el empleo, luego menciona a un montón de gente que invitó a su fiesta, e incluso comenta algo sobre una chica con la que ha comenzado a salir. Quiero ser un buen amigo e intento seguir el hilo, pero lo que pasó en el parque me interrumpe todo el tiempo, se apropia de todos mis

pensamientos, sustrae todas mis emociones. Es cierto que besé a muchas chicas antes, pero en cada caso sentía tener el control, era capaz de pensar el siguiente movimiento.

Esta vez no fue así. Mis sentimientos se volvieron más fuertes que mi propia voluntad, me superaron por completo y tomaron el mando. No encontré ninguna manera efectiva de detenerlos; lo único que pude hacer fue dejarme llevar, porque, al fin y al cabo, era lo que quería hacer desde hacía algún tiempo. Es lo mejor que me pasó, pero no deja de ser aterrador, porque es en un terreno desconocido, donde tengo que hacer las cosas bien si no quiero perderla.

Y, siendo honesto, mi habilidad para hacer las cosas bien apesta.

Liam se va a dormir y debería hacer lo mismo, pero mis pensamientos se niegan a seguir ese rumbo. Reviso el móvil con la excusa de distraerme y tengo una idea. Tal vez podría enviar un mensaje. Abro la aplicación para hacerlo, toco la conversación de Keira y escribo, borro y reescribo. Así varias veces.

Damon: Ey. solo quería

decir buenas noches :)

«Y que no puedo dejar de pensar en ti», pienso, pero por alguna razón prefiero no escribirlo.

Keira: Igualmente, que duermas bien.

¿Algo más? :)

Damon: no.

Damon: bueno, puede que en

realidad quiera decir que hoy me

sentí la persona más afortunada

del mundo.

Keira: ¿En serio? Yo también.

Damon: muy en serio. Eres lo mejor que me ha pasado :)

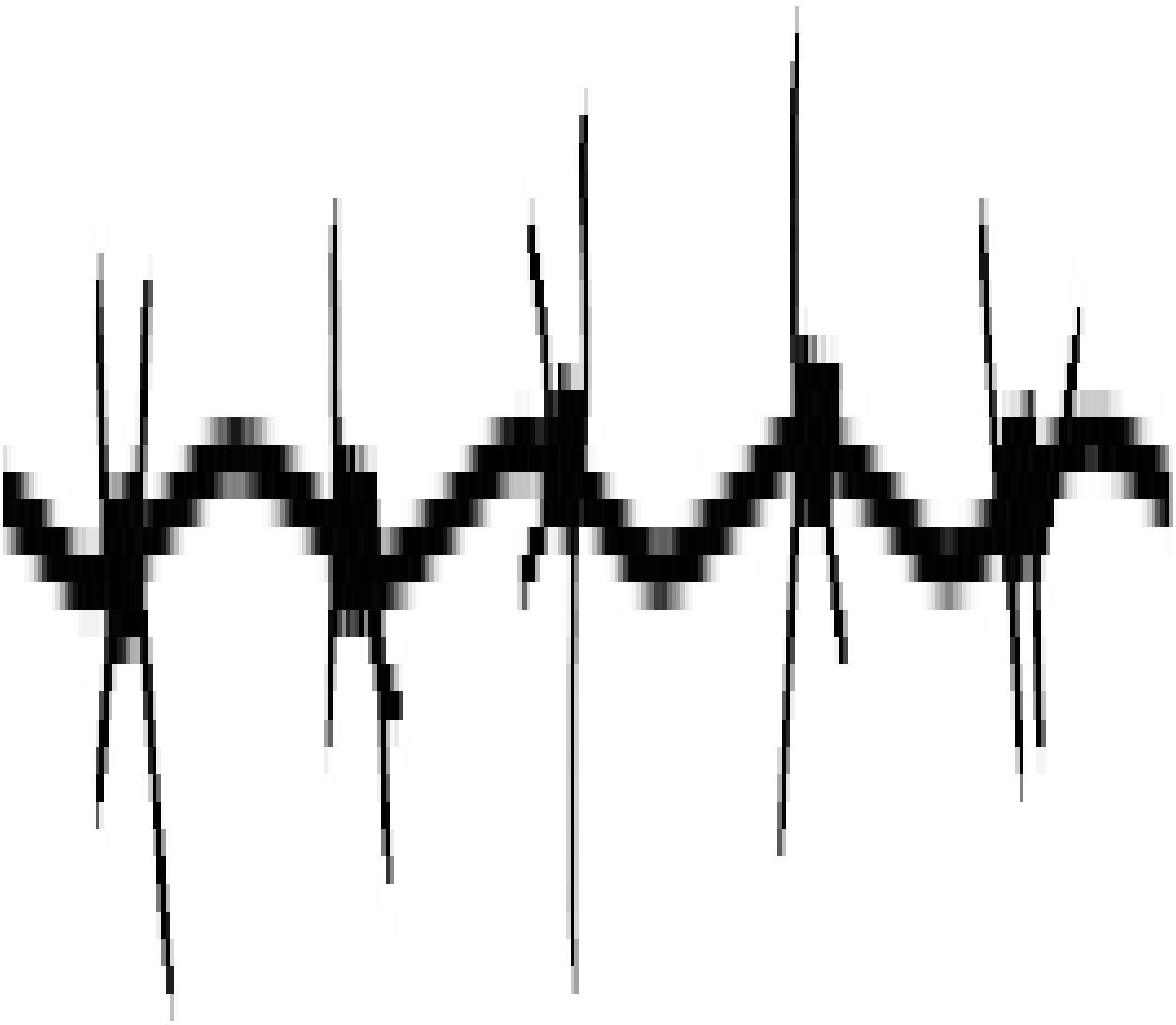
Keira

Mi tío se esforzó en organizar la cena para que pudiera conocer a Mark Benton. Sin embargo, no es mi mejor noche para concentrarme en lo académico. Incluso, William me apartó en un momento para preguntar si me sentía bien o me pasaba algo. Sí, me pasa algo, pero no es algo que pueda decirle. No puedo decirle: «es que un chico que me gusta acaba de darme un beso hace unas horas y es en lo único que puedo pensar». ¿La peor parte? La cena se hace eterna y, aunque trato de enfocarme en lo que acontece, resulta evidente que mis pensamientos están perdidos en otro sitio, en otra persona.

La cena termina y subo las escaleras hasta mi habitación. Ordeno el bolso con el material que necesito para ir a la universidad al día siguiente y, después de ponerme el pijama, me meto en la cama. Estoy configurando las alarmas cuando llegan los mensajes de Damon. Me llama la atención la parte de «solo quiero decirte buenas noches». Por Dios, estoy segura de que quiere decir algo más, solo está dando vueltas. Y al final, tengo razón. Siento una guerra de cosquillas en el estómago al darme cuenta de que él también está pensando en mí. Nos escribimos durante algún rato. No sé en qué momento nos detuvimos, caigo dormida sin siquiera haber soltado el teléfono.

Como sí así pudiera mantenerlo cerca.

Al despertar, me muevo y percibo algo caer a un lado de la cama. El celular. Entonces recuerdo que me quedé dormida con él. Vuelvo a sonreír cuando las palabras de mi chico se repiten en mi cabeza. Al parecer ya me aprendí esos textos de memoria. Siendo sincera, no estoy segura de qué rumbo exacto tomará esto; solo sé que se siente bien y no quiero dejarlo ir. Apenas está amaneciendo y me espera un largo día de clases, pero, en realidad, pienso en que esta noche vamos a vernos de nuevo y tengo una enorme ansiedad por descubrir lo que va a pasar.



Mientras me pruebo algunos outfits, tomo fotografías para enviárselas a Summer que está viviendo en una universidad lejos de esta ciudad. No he contado demasiado, solo le dije que está empezando a pasar algo con un chico y que necesito su ayuda para elegir un buen conjunto para ir a la fiesta. Estoy entre tres: un vaquero oscuro con un top repleto de brillitos, una falda combinada con un top de tirantes o un vestido negro, sencillo. Solo es una fiesta en casa de Liam, donde estará Damon, quien ya me ha visto hasta en pijamas. Pero supongo que quiero verme linda y sentirme segura.

Summer responde que me veo de maravilla con los tres, pero que la falda y el top son los indicados para el momento. Bueno, estaba pensando lo mismo, así que me quedo con esas prendas. Suelto mi cabello para dejarlo caer libre por debajo de mis hombros, llega casi hasta mi cintura. Luego me maquillo un poco, con una base, rímel y un brillo en los labios.

Bajo las escaleras confiada, pero, al toparme con Landon en la sala, me apena la forma en la que me mira. No acostumbro a llamar la atención y, además, hacía tiempo que no me cruzaba con él. Después de que Damon le hablara, se encargó de evitarme.

—Hola, Landon —digo con educación, mientras me acerco a observar por la ventana, a la espera del taxi.

—Keira. Te ves... Estás distinta —asume, con cierto nerviosismo—. ¿Vas a salir?

—Sí, tengo una fiesta —respondo.

—Esperen. ¿Escuché bien? ¿Dijiste fiesta? —Alisha interrumpe tras bajar las escaleras de un modo tan ruidoso como solo ella sabe—. El mundo va a explotar porque Keira al fin va a socializar —dice, burlista.

Es verdad que este último año preferí llevar una vida algo más reservada. Creo que esto se debe a que, cuando falleció papá, perdí el ánimo para hacer una gran cantidad de cosas que antes disfrutaba. Me mantuve estudiando porque él no quería que lo dejara. Luego elegí trabajar en el centro para sentirme más conectada a él, y dio resultado: las cosas empezaron a mejorar. Lo siento en este preciso momento, mientras estoy a punto de salir a una fiesta para ver a la persona que ha logrado hacerme sonreír con ganas. Trago saliva e ignoro que sus palabras me duelen, aunque no deberían importarme. Por suerte, el taxi llega antes de que pueda decir algo más.

—Adiós —murmuro distante. Huyo de esa casa.

Después de un trayecto considerable, el taxi llega a la calle correcta y me toma un par de segundos reconocer el sitio del cumpleaños. Hay un montón de motocicletas estacionadas al borde de la calle, también veo pequeños grupos de personas reunidas en el exterior y otras entrando. Pago al chofer y, algo nerviosa, desciendo para entrar a la casa. Al mismo tiempo que transito la sala, observo algunos rostros y, aunque desconozco cada uno de ellos, puedo deducir que la mayoría no debe tener más de veinticinco años. La música está bastante fuerte, se mezcla

con los murmullos de las personas que intentan oírse unas a otras, quienes también beben e incluso me echan alguna que otra mirada de curiosidad. Estoy segura de que aquí todos se conocen y que yo soy la novedad.

Empiezo a preguntarme dónde están las únicas dos personas por las que he venido, cuando elevo la mirada hacia el sitio correcto y me topo con una ronda de jóvenes, entre ellos Damon, quien enseguida nota mi presencia.

—¡Keira! —interrumpe Liam y me invita una unirme a ellos—. Es genial que hayas podido venir, mi mejor amigo ya se estaba poniendo de mal humor —dice a modo de broma, pero Damon pone cara de asesino y eso me hace reír.

—Feliz cumpleaños. —Me acerco para saludar, a lo que Liam corresponde y se hace un lado para que pueda integrarme.

—Gracias. Ellos son Joe, Kevin, Michelle, Eva —presenta por último a la chica que está a su lado—. Chicos, ella es Keira. —Todos reaccionan de forma agradable, lo que de inmediato me alivia.

A veces tengo la horrible sensación de que voy a caerle mal a la gente. No sé por qué. Solo es una estúpida cosa que siento.

—Ey. ¿No hay saludo para mí? —expresa Damon y, al mismo tiempo, extiende su mano, toma la mía y me acerca a él. Apenas nos tocamos, surge una electricidad que se expande por todo mi cuerpo. Es probable que mis mejillas estén sonrojadas, pero la luz tenue de la habitación no permite que se vean así y, en mi interior, lo agradezco.

—Hola —digo. Apoyo una mano en su hombro y me pongo en puntas de pie para darle un beso en la mejilla.

—Pensé que no vendrías —larga. Su mano todavía sostiene la mía.

—Bueno, parece que te equivocaste —sonrío, aún tímida. Acabo de ser el centro de atención y, de pronto, él tiene esa actitud tan... tan cercana que me toma por sorpresa, pero me encanta.

—Qué suerte que me equivoqué —larga. Lleva una pequeña sonrisita que indica satisfacción—. ¿Quieres ir a tomar algo? —propone. La música sigue sonando fuerte, por lo que se ve obligado a aproximarse hasta mi oído para hablarme.

Y de nuevo, es su voz la que me provoca un montón de cosquillas.

—Claro. Está bien.

¿Ir por algo significa que me llevará a un sitio donde estar a solas? La verdad, no lo pienso demasiado y lo sigo. Sé que, a donde quiera que vaya con él, todo estará bien.

CAPÍTULO 25

Damon

Nunca imaginé que la simple tarea de permanecer en una fiesta se convertiría en algo tan difícil. Veo a todos a mi alrededor: hablan, se divierten, beben, e incluso algunos consumen. Me siento incómodo y debo apartar la vista lo más lejos posible de aquella escena; por primera vez soy consciente de todo lo que significa estar limpio.

El día que llegué al centro, solo era capaz de ver la parte buena de mi relación con las drogas. Es decir, en el fondo siempre supe eran una mierda, pero, desde mi punto de vista, encontraba cosas buenas ahí y las aceptaba sin pensarlo demasiado. Me sustraían de los problemas y hacían aparecer un sentimiento que imitaba a la felicidad, para convencerme por un rato de que todo en el mundo iba a la perfección. Pero al final no era real. Cuando el efecto terminaba, no dejaba nada verdadero conmigo, solo un malestar y una voz dañina e insistente que exigía más.

Son un engaño. Es tan simple caer en ellas, pero conlleva demasiado salir. No puedo mentirme. No a mí mismo. Aunque hayan considerado que estoy casi recuperado, tengo una pequeña llama que surge de mi interior y me incita a consumir. Me dice: «solo una vez no le hace daño a nadie», el mismo pensamiento que desató el caos. Sin embargo, esta vez lucho por ser capaz de evitar la tentación. Respiro y me digo a mí mismo que, si continúo sintiéndome de ese modo, me largaré de la fiesta.

Entonces, ella está ahí. Su presencia aparta cualquier pensamiento autodestructivo. Toda mi atención está puesta en la rubia, que luce brillante, a tal punto de hacerme creer que no pertenece a este mundo.

Habla, me sonríe, deja que tome su mano para llevarla a un sitio más tranquilo. Diablos. Me sigue pareciendo un sueño que ella se muestre interesada en mí.

—Y bien, ¿qué quieres tomar? —le ofrezco mientras abro la nevera y observo la cantidad de bebidas que Liam ha conseguido—. Cerveza, un refresco, vodka...

—Una cerveza está bien —dice y no me permite finalizar el resto del listado.

—Perfecto —murmuro. Saco dos latas del interior y cierro el aparato. Luego las abro y vuelco el contenido dentro de dos vasos. Podría haber bebido de ahí mismo, pero quiero atender a la chica como se merece—. Aquí tienes.

Cuando le entrego el recipiente, nuestras manos se rozan de nuevo. Ella sostiene el vaso mientras apoya su cuerpo contra la mesada de la cocina; podemos oír cada sonido de la fiesta, pero la pared nos aparta del resto.

—Cuando Liam dijo que haría un festejo, jamás imaginé que tendría tantos amigos —comenta. Es cierto, la casa está repleta, aunque la gran mayoría de los invitados se encuentran en la sala y el comedor.

—Créeme, yo tampoco —menciono, e imito su postura al acomodarme a su lado—. De haber sabido que todos estarían tan descontrolados... —Las palabras se esfuman cuando percibo que su mirada está puesta en unas jeringas abandonadas en la mesa frente a nosotros. Alguien las dejó ahí—. Eso no es mío, lo juro —le aclaro. Sé que tengo un largo prontuario, por lo que podría sospechar de mí.

—No seas tonto —pronuncia—. ¿Recuerdas lo que dije ayer, antes de marcharme en el autobús? —Tengo la mirada en el piso y, de pronto, busca que nos conectemos. Lo logra de inmediato.

—¿Que confiabas en mí?

—Sí, dije que confío en ti. Eso significa que no tienes que darme ninguna explicación absurda —indica, y logra que los signos de alerta desaparezcan.

Me llevará un largo tiempo dejar de sentir que cualquier error podría separarnos. Al menos Keira lo hace más fácil. Asiento, aparto el vaso de cerveza y doy un paso adelante para quedar frente a ella.

—Eres hermosa, ¿sabes? —dejo una mano apoyada sobre la mesada, que me ayuda a inclinarme hacia ella, y acaricio su mejilla con mi pulgar libre—. Lo digo muy en serio.

Ella sonríe de un modo muy especial y también opta por dejar el vaso. Luego, me rodea el cuello con los brazos, lo cual permite que tengamos más proximidad.

—¿Puedes decirlo otra vez? Es que no estoy acostumbrada a oírlo —dice con un deje de diversión.

—Eres malditamente hermosa, Keira Holt. Podría repetírtelo un millón de veces si así lo pidieras.

«Y también podría besarte un millón de veces», pienso. Mis ojos se encuentran con sus labios, que acaban de sonreír, pero que esperan el contacto con los míos.

—La nevera parece a punto de explotar por todas las botellas que puse dentro, no te das una idea... —Liam se oye cada vez más fuerte. Ingresa a la cocina y se detiene al captar que nos interrumpió. Llega en el preciso momento en que estamos a punto de besarnos—. Uh, lo siento, chicos. Soy un imbécil. Un aguafiestas —se insulta a sí mismo y nos hace reír a todos, incluyendo a su amigo Joe, que viene detrás de él.

—Está bien, Liam. No pasa nada —dice Keira, bondadosa y comprensiva, como siempre.

—Lo siento, de verdad —repite—. Solo queríamos algo de tomar. —Entra de lleno en la cocina, en dirección a la nevera—. No me mates luego, por favor —bromea al pasar tras de mí, y abre el frío contenedor, para empezar a sacar botellas junto a Joe—. Vamos a jugar un juego. Se trata de emborracharnos. Pueden venir a jugar o solo a ver —explica—. Damon, ¿me ayudarías con el resto? —le pide. Cada uno lleva como cuatro botellas y es obvio que no pueden sostener más, así que les doy una mano, solo porque es su cumpleaños.

Con las bebidas, caminamos de regreso a la sala, donde el resto de los invitados festejan con efusividad al notar lo que cargamos.

—Bueno, esto es muy sencillo. Se llama «yo nunca» —anuncia—. Ya saben lo que tienen que hacer, ¿no?

Todos comienzan a responder. La mayoría está emocionada por jugar o, mejor dicho, por beber.

—Si van a jugar, se quedan en la ronda o, de lo contrario, muévanse —exclama y, junto a Keira, damos algunos pasos hacia atrás.

Entonces Liam da comienzo al juego y larga una frase escandalosa en voz alta. Comienzan a pasar las botellas de mano en mano para beber. Luego continúa otra persona, que habla y dice cosas cada vez más provocativas. Al final, resulta divertido estar observando y no participar, mientras comentamos lo que está pasando entre nosotros y bromeamos.

Mientras esto ocurría, no tenía cómo saber que el clima festivo iba a desvanecerse segundos después en un parpadeo. De haberlo sabido, habría disfrutado de ese estúpido juego aún más.

—¿Qué tal, primo? —La puerta principal se abre y, por desgracia, reconozco de inmediato al hombre que ingresa. Los gritos del grupo cesan y se convierten en murmullos entre la música—. ¿Cómo me explicas que hiciste una fiesta y olvidaste invitarme? —Camina entre la gente, recoge una botella que está sobre una de las mesitas y le da un largo trago—. No importa. Llegué justo a tiempo.

—Ve a la habitación de Liam y enciérrate ahí —le susurro a Keira. No quiero que esté involucrada en esto. Ella, en cambio, permanece firme a mi lado.

Dos personas caminan detrás de él. También los conozco: uno de ellos es Ethan, el sujeto que vendía conmigo cuando era uno de sus dealers preferidos. Liam está perplejo. Es evidente que no esperaba nada similar a esto. Ya hace bastante tiempo que decidió alejarse de su primo.

—Vaya, estás vivo. —Pone atención en mí y se acerca amenazante—. Y mira la preciosura que traes contigo. —Se dirige a Keira, pero le impido acercarse. Me pongo delante de ella, que, al mismo tiempo, entrelaza su mano con la mía.

—Jonathan, no es el momento. Creo que deberías irte —pronuncia Liam.

—Sí, tienes razón. Debería irme. Traidores como ustedes son los que me encargaré de destruir. A ti puedo tenerte piedad, eres familia. Pero contigo... —dice de manera amenazante mientras me señala con el dedo índice—. Me enteré de los movimientos que hiciste. Sé muy bien que vendiste

información —me hace saber.

No me sorprende que lo sepa, ya lo sospechaba. El mismo día que pasé sus clientes a otro vendedor, supe que había sido un error, pero en ese momento mi vida me importaba una mierda, solo pretendía tener algo de dinero rápido.

—Y no tienes que ser demasiado inteligente para darte cuenta de que te va a salir muy caro —continúa—. Aunque, viéndola de cerca... —El imbécil tiene su mirada puesta en Keira—. Podrías empezar a saldar tu deuda con ella. Seguro sabes usar muy bien esa boquita. ¿No, lindura?

Le doy un empujón, furioso. No puedo hacer más porque la rubia continúa aferrada a mí mano. Los murmullos se intensifican y Liam interviene de inmediato.

—Ey... No te pongas nervioso. Solo te buscaba posibilidades —Jonathan ríe, jocoso—. De cualquier forma, siempre consigo lo que quiero. —Vuelve a mirarla, con lo que logra que la rabia se multiplique en mi interior. Siento que voy a explotar.

Me despego de ella para acercarme a mi adversario. Mantengo la calma, pero me siento furioso al mismo tiempo.

—Escucha bien lo que voy a decirte, Jonathan. Tengo códigos, ¿sabes? Los mismos que me han llevado a no contarle nada a la policía sobre todos tus negocios. Pero si te atreves a ponerle una mano encima, no dudaré en hablar. Incluso si eso significa tener que ir a la cárcel yo mismo —le advierto con firmeza en cada una de mis palabras.

Jonathan me sostiene la mirada y muestra una sonrisa ladina. Pretende hacerme ver que no tiene miedo, pero sé que es inteligente y sabe que una de mis confesiones podría destrozar todo lo que ha construido.

—Eso ya lo veremos —dice. Se mueve con una seguridad fingida. Toma una botella que estaba sin abrir y se la apropia—. Esta me la llevo, primo. Espero que me invites la próxima vez. —Guiña un ojo y se marcha.

—Eh... La fiesta continúa —expresa Liam, en un intento por que los demás vuelvan a lo suyo. Intercambiamos miradas, le hago saber que puede retomar el juego.

Mientras tanto, regreso a Keira, que luce desconcertada.

—¿Estás bien? —Contemplo con preocupación el miedo que desprenden sus ojos.

—Estoy bien. ¿Y tú? Damon, ¿qué fue todo eso? —pregunta. No me sorprende, es una de las cosas que me gustan de ella, que nunca descansa hasta saberlo todo.

—Es una larga historia —le digo. En realidad, me avergüenza imaginar que tendré que contarle esos detalles de mi pasado—. Vamos, te llevaré a casa.

No quiero exponerla un minuto más. Siento que este sitio ahora mismo es peligroso y lo único

que pretendo es mantenerla a salvo.

—¿Antes puedo saber lo que está pasando?

—Te lo contaré en el camino —prometo—. ¿Podemos irnos? —pido, impaciente.

En otra ocasión, no les hubiera dado importancia a las amenazas de Jonathan, pero ahora estoy aterrado por la sola idea de que pueda hacerle daño a mi chica.

—Sí, claro. Si es lo que quieres —accede, a pesar de que está confundida por mi cambio de actitud.

Hace un par de minutos nos estábamos divirtiendo, nos reíamos de las estupideces de Liam y sus amigos. Hace menos de una hora estuvimos a punto de besarnos por segunda vez, pero ahora, en todo lo que puedo pensar es que lo más probable es que haya sido una mala idea mezclar nuestros mundos. Tal vez lo mejor hubiese sido evitar que ella viniera a esta fiesta.

Tras oír que acepta marcharse, me aferro a su mano y atravesamos la poca distancia que nos lleva a la salida. Aunque Liam procuró continuar la fiesta con normalidad, casi todas las personas ahí dentro tienen puesta la mirada en mí, murmuran y dicen cosas. Aprieto la mandíbula, todavía siento como si estuviera conteniendo la respiración. La verdad es que no sé cómo logré controlarme, cómo me mantuve al margen y no le rompí la cara a ese desgraciado.

Keira

Damon toma mi mano y me lleva hasta la parada de autobús más cercana sin decir una sola palabra. El altercado con ese sujeto lo dejó furioso, pero, como de costumbre, decide guardarse todo lo que siente, lo cual empeora su estado. Es malo no decir las cosas, y me preocupa verlo así. No pienso detenerme hasta saber qué es lo que guarda.

—Deberías calmarte —murmuro e intento hacerlo poner sus ojos en mí. Siento una brisa fría atravesarme, por lo que me cruzo de brazos para cubrir un poco las partes libres de mi piel—. Ya pasó, Damon.

—Te equivocas esta vez, Keira. Esto va a seguir pasando y yo... —resopla, frustrado—. Lo siento, ¿bien? Hice mal en dejar que vinieras. Esto está mal —larga y me toma por sorpresa. Abro los ojos, impresionada.

Las palabras pueden ser golpes muy duros.

—No hablas en serio, ¿verdad? —No puedo creer que esté trayendo adelante un conflicto que, para mí, no existe—. Hace un rato, cuando estábamos en la cocina, antes de que Liam llegara,

parecías creer todo lo contrario.

—Y fui un idiota al pensar que de todo esto podría salir algo bueno —dice, mientras me convenzo de que nada de lo que diga va a dolerme, porque no es él quién está hablando, sino que su furia tiene el control—. Esos tipos son pesados. Son capaces de hacer mucho daño. Y yo te estoy arrastrando a toda esta mierda... Es demasiado.

Tomo aire para luego largar un suspiro pesado, mientras analizo lo que intenta expresar. Me doy cuenta de que está asustado, incluso más que yo.

—¿Recuerdas cuando nos conocimos? —pregunto y él asiente al instante—. ¿Recuerdas lo que pensabas de mí? Creías que era una niña mimada, con una vida perfecta, que estaba en el centro por algún interés especial...

—¿Cuál es el punto? —interrumpe, impaciente.

—Que tenías prejuicios, Damon. Luego te diste la oportunidad de conocerme y te diste cuenta de que nada era como lo pensabas. Ahora estás haciendo exactamente lo mismo. Estás poniendo prejuicios sobre nosotros, sobre lo que sea que tenemos. Estás quitándonos la oportunidad de descubrir lo que podríamos ser. Y la verdad, no puedo asegurar que todo será fantástico, pero si te alejas ante el primer problema, entonces jamás lo sabremos. ¿Quieres eso? ¿Quieres quedarte con la duda? Porque yo no —expreso con seguridad y dejo que mis sentimientos hablen por sí solos—. Y si quieres alejarte de mí porque no te gusto, dímelo, porque eso lo cambiaría todo; solo tienes que ser honesto y yo...

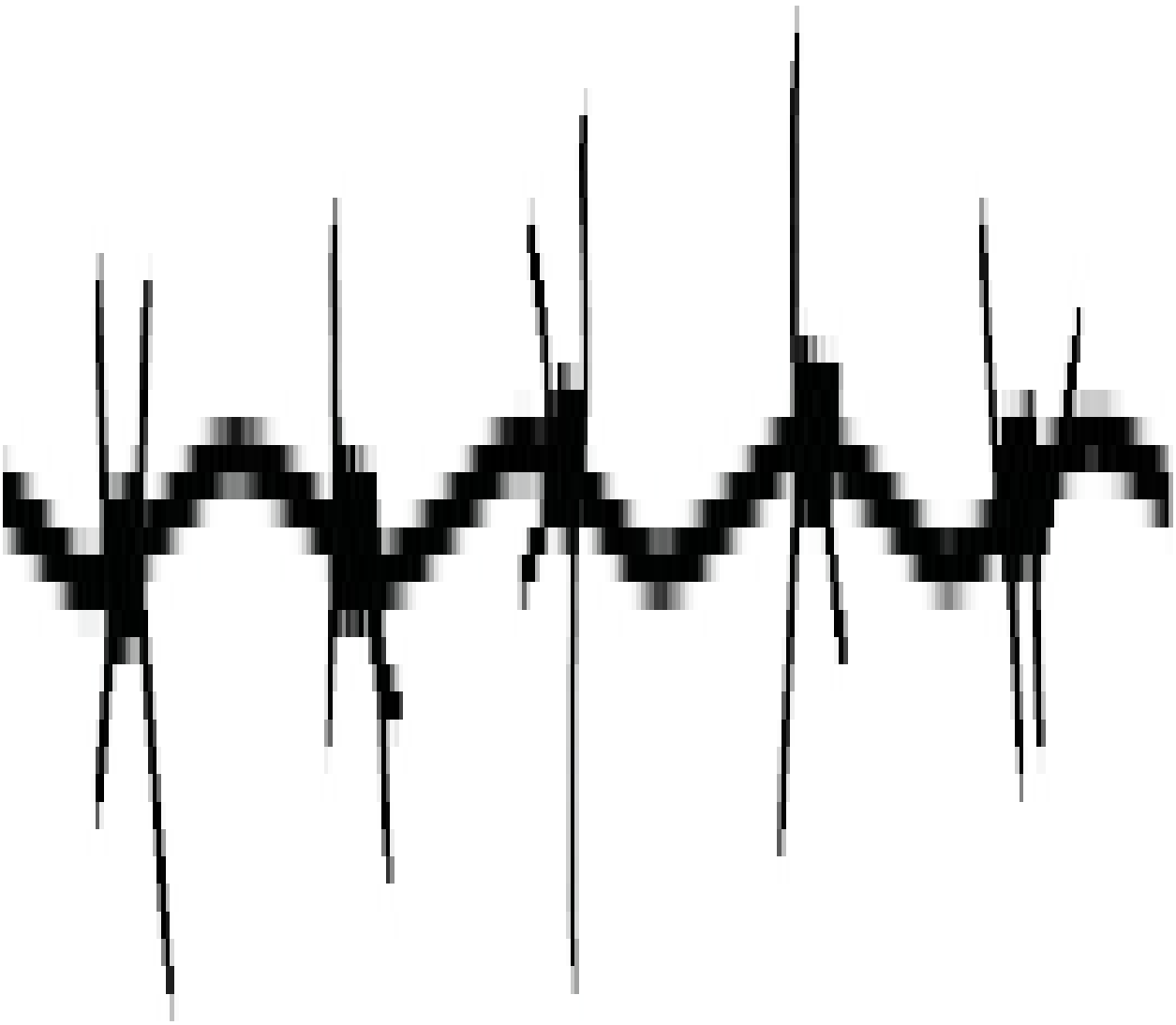
—Keira… Keira... —Tiene que interrumpirme dos veces. Estoy tan metida en el discurso, que me cuesta detenerme—. Lo entendí, ¿sí? Tienes razón. Soy un imbécil prejuicioso con miedo de aceptar la suerte que le tocó. Me haces feliz, ¿sabes? Y, sobre todo, cuando pasan cosas como las de hace un rato, siento que no lo merezco —murmura con la voz afectada—. Eres la mejor persona que he conocido y me gustas, ¿cómo puedes pensar que no? Me gustas de todas las maneras posibles, solo que... Si alguna vez sientes que esto es demasiado para ti, entonces lo dejas. ¿Está bien?

Asiento al darme cuenta de que, en realidad, nos queremos tanto que tratamos de protegernos incluso de nosotros mismos. Lo abrazo, rodeo su cintura y hundo mi cabeza en su pecho.

—Te mereces ser muy feliz. Prométeme que no lo impedirás.

—Soy un fracaso haciendo promesas, eh. Pero solo porque eres tú, te lo prometo —argumenta mientras me rodea con sus brazos. Luego, siento como deja un beso sobre la coronilla y sonrío.

Estoy en el sitio más cálido del mundo.



El autobús se encuentra vacío, lo cual no es extraño. Es de madrugada y nadie viene por aquí a estas horas. Ocupamos los asientos del fondo, Damon me prestó su chaqueta, dado que olvidé traer abrigo, y he extendido mis piernas por encima de las suyas, de modo que estoy ocupando el asiento de ambos. Tenemos como veinte minutos hasta la parada en la que bajamos y, siendo sincera, me empieza a dar sueño.

—Entonces... ¿me vas a contar? —Mis ojos se fijan en él, repletos de curiosidad.

—¿Qué cosa? —pregunta, finge que olvidó el tema. Mala suerte. Yo no lo hice.

—Sobre Jonathan, el primo de Liam —le recuerdo. A pesar de que lo crucé tiempo atrás en el hospital, nunca alcancé a saber con precisión el problema que existe entre ellos. Quiero saber por qué ese hombre se metió con él, con nosotros.

—¿Recuerdas cuando pensaba que eras pesada? —pregunta. Asiento, de repente confusa—. Bueno, lo sigo pensando —bromea, con lo que logra que le proporcione un golpe juguetón en su brazo derecho. Él ríe y yo no puedo evitarlo. Sus chistes, aunque sean estúpidos, me causan gracia.

—Idiota —murmuro en el mismo tono—. Estoy hablando en serio. ¿Quieres contarme o no? —Él asiente y baja la mirada; se dispone a darme la respuesta que busco.

—Liam y yo trabajábamos juntos en un supermercado, ahí nos hicimos amigos. Un día tuve una pelea con mi jefe, me despidió. Me quedé sin trabajo y, la verdad, era difícil encontrar otro. No vengo del mejor barrio, no terminé el colegio, y mi exjefe no estaba dispuesto a dar buenas referencias sobre mí, así que... Liam propuso recomendarme a su primo —llega a ese punto de la historia, se detiene y aparta la mirada.

Creo que está avergonzado, busca la manera de decir algo y es evidente que no encuentra la forma.

—Damon...

—No, está bien. Hay muchas cosas que no sabes sobre mí, eso es un hecho. Prefiero ser yo quien te las cuente. —Toma valor para continuar, demuestra que confía en mí. Quiere ser abierto sobre su pasado, aunque le cuesta—. Jonathan maneja una parte del negocio de las drogas... y yo vendía para él. Mi especialidad eran las fiestas de ricos —confiesa, la expresión en su rostro muestra una mezcla de pena y arrepentimiento—. Siendo honesto, era dinero fácil. Con lo que ganaba me alcanzaba para lo básico y más. No estaba acostumbrado a eso, así que me gustó, pero no estoy orgulloso. Todo lo contrario. Las cosas que ves, las cosas que tienes que hacer... Si lo piensas, es aterrador. —Por fin me dirige la mirada, avergonzado, y se encoge de hombros, para luego dejarse caer con pesadez sobre el asiento.

Está tan nervioso, que lo único que necesito es abrazarlo y decirle que todo estará bien, que no

tendrá que volver a ese mundo tan oscuro.

—Ven aquí —pronuncio. Lo abrazo por el cuello y lo atraigo hacia mí. Su cabeza está sobre mi pecho, mis piernas encima de las suyas. Acaricio su cabello, percibo como sus músculos tensos empiezan a relajarse—. Lo importante es que saliste de ahí. Nunca más tendrás que volver a todo eso —afirmo, convencida, frente a sus ojos que me contemplan y creen en mí.

Damon

Siendo sincero, nunca disfruté tanto un viaje en autobús como el que acaba de terminar. Desearía haberme quedado entre sus brazos por el resto de la noche.

Keira camina con mi chaqueta puesta, que le llega casi hasta las rodillas. Se la podría regalar. Sin lugar a duda, luce mucho mejor en ella. Estamos ante el enorme vallado que rodea la mansión donde vive. Todo está iluminado, no se parece en nada al barrio donde vivo con Liam. De pie frente a ella, me doy cuenta de que algunas cosas han cambiado, pero otras no. El sitio que nos rodea es diferente, además de que ahora conoce una parte de mí que nunca le había enseñado. Sin embargo, sigue mirándome del mismo modo, como si le diera igual quién fui o las cosas que hice.

—¿Qué? —dice un tanto sonrojada. Me he quedado tildado al contemplar lo hermosa que se ve.

—Nada, lo siento.

Ella sonríe, se quita la chaqueta y me la extiende. Ya me ha dicho que puedo quedarme, pero tengo que volver al piso de Liam. Ahí están mis cosas, además de que en verdad no quiero causarle problemas a ella.

—Fue una buena noche, ¿sabes? Me divertí, a pesar de que nos quedó algo pendiente. —Cuando menciona aquello, me doy cuenta de que ambos estamos pensando en lo mismo: el beso que no llegó a serlo porque Liam nos interrumpió en la cocina.

—Puede ser. Si te refieres al momento en que tus manos estaban de esta forma —le digo mientras se las tomo y hago que rodeen mi cuello— y las mías estaban justo aquí —continúo, rodeo su cintura con mis brazos y, al percibir que ella da su consentimiento, la sostengo con firmeza y reduzco la distancia entre los dos—. Entonces sí, quedó algo pendiente.

—¿Puedes repetir lo que decías justo en ese momento? —sus ojos ya están cerrados, en anticipación a lo que pasará.

—Eres malditamente hermosa, Keira Holt —repito sobre sus labios y, entonces, la beso.

Ella responde de inmediato y es evidente, por parte de ambos, lo mucho que ansiábamos la llegada de este momento. No tengo dudas, los besos son mejores cuando se hacen esperar.

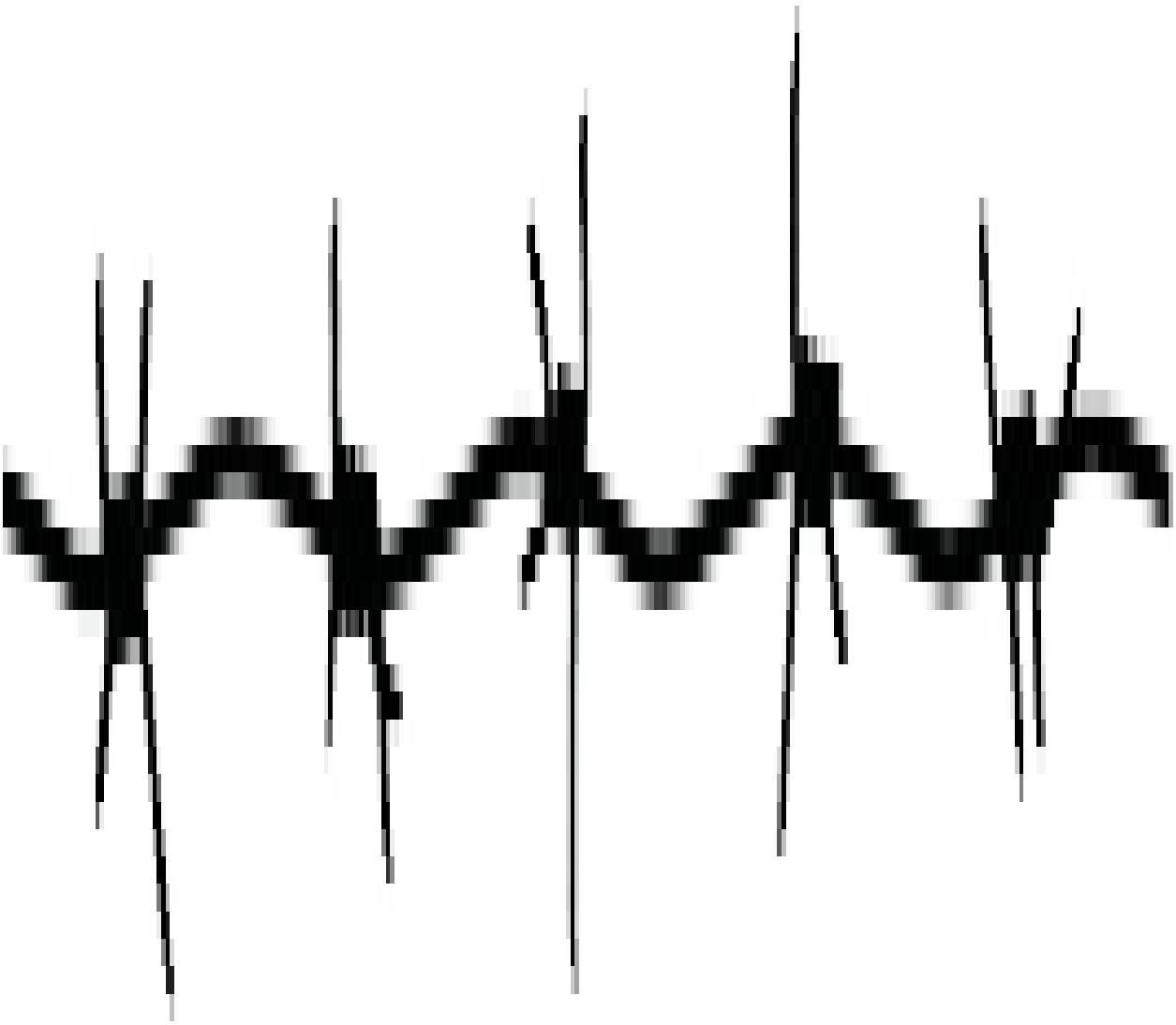
En definitiva, tengo una nueva adicción y su nombre es Keira.

CAPÍTULO 26

Keira

Pasaron cinco días desde la última vez que lo vi. Me acompañó hasta la puerta de mi casa y, después de besarnos, se marchó. Me dejó con tantas sensaciones nuevas que ni siquiera puedo explicar, pero que se sienten bien. Después de ese fin de semana, tuve que hacer un gran esfuerzo para concentrarme en la universidad. Me encanta lo que estoy estudiando, pero lo que pasa con Damon es de otro nivel. Quedé atrapada en el último momento que compartimos, es ahí donde vuelvo a perderme, hasta caer en cuenta de que tengo que regresar a la realidad y pensar en frío. Entonces, un mensaje suyo llega a mi teléfono y, otra vez, mi concentración se pierde.

Me siento tan atrapada que asusta, pero tan feliz como hacía mucho tiempo que no lo estaba.



El autobús está a punto de llegar a la parada, así que me quito los auriculares y los guardo dentro del bolso. Es día de reunión en el centro, lo que significa que volveré a verlo. Su tratamiento residencial terminó, pero debe continuar de forma ambulatoria.

Desciendo y me dispongo a caminar hacia el centro, que está a unos pocos metros. Al aproximarme, noto a un sujeto de pie a un lado de la entrada. Posa su mirada en mí y su expresión neutral sufre un cambio. Incluso su cara me parece familiar, pero no puedo recordar dónde lo vi.

—Disculpe, ¿puedo ayudarlo? —curioseo. Su actitud es sospechosa. Sin embargo, puede que solo necesite ayuda.

—De hecho, sí. Eres la persona que esperaba —menciona.

Mi mano se aferra nerviosa al tiro del bolso que cuelga a un costado de mi hombro, mientras me pregunto qué está pasando. Sé que esto no es bueno, mi intuición me dice que no lo es.

—¿A mí? De acuerdo, no sé... No sé qué puedo hacer por usted. —Desconcertada, analizo las facciones del tipo, cada vez más segura de que lo he visto antes.

—Más de lo que crees. Damon Montclair, ¿te suena? —larga. Ahí es cuando tomo consciencia de que ese hombre era uno de los que acompañaban a Jonathan la noche que aparecieron en la fiesta. Tengo la certeza de que debería huir antes de que la situación se ponga más tensa—. Estoy seguro de que sabes dónde puedo encontrarlo.

—No puedo ayudarlo, lo siento. —Trato de esquivar el conflicto, doy un paso hacia adelante con el fin de ingresar al centro, pero el hombre me sujeta del brazo y logra que me detenga—. ¡Ey!, suéltame.

—¿A dónde crees que vas? Vas a decirme lo que sabes, por las buenas o por las malas —dice, amenazante. Veo que lleva su mano a un costado de su pantalón y el corazón se me sube hasta la garganta porque no tengo idea de qué sacará de ahí.

—Keira —interrumpe Jace. Gracias al cielo. El rubio acaba de salir del interior del centro y observa lo que está ocurriendo con desconfianza—. ¿Todo bien? —Se acerca y, de inmediato, toda la seguridad que carga el sujeto se desvanece. Retrocede y deja el objeto que estaba a punto de sacar en su lugar.

—Sí. El señor ya se iba, ¿no? —Coloco una fingida sonrisa de amabilidad. No puedo decirle a mi amigo sobre esto, no me perdonaría meterlo en problemas y, además, sé que se preocuparía demasiado—. ¿Necesita algo más?

—No, por ahora. Pero no te olvides de mí. Es probable que vuelva a pasar por aquí pronto —habla en un tono amigable, pero puedo entender a la perfección que tras sus palabras se oculta

una amenaza.

Se despide con un breve gesto y retoma el camino. Jace lo observa con el ceño fruncido. Mientras tanto, mis pulmones largan el aire contenido en un suspiro de alivio que intento disimular.

—¿Qué fue eso? —pregunta una vez que deja de observar la silueta del hombre, que va desapareciendo, y empieza a mirarme directo a mí.

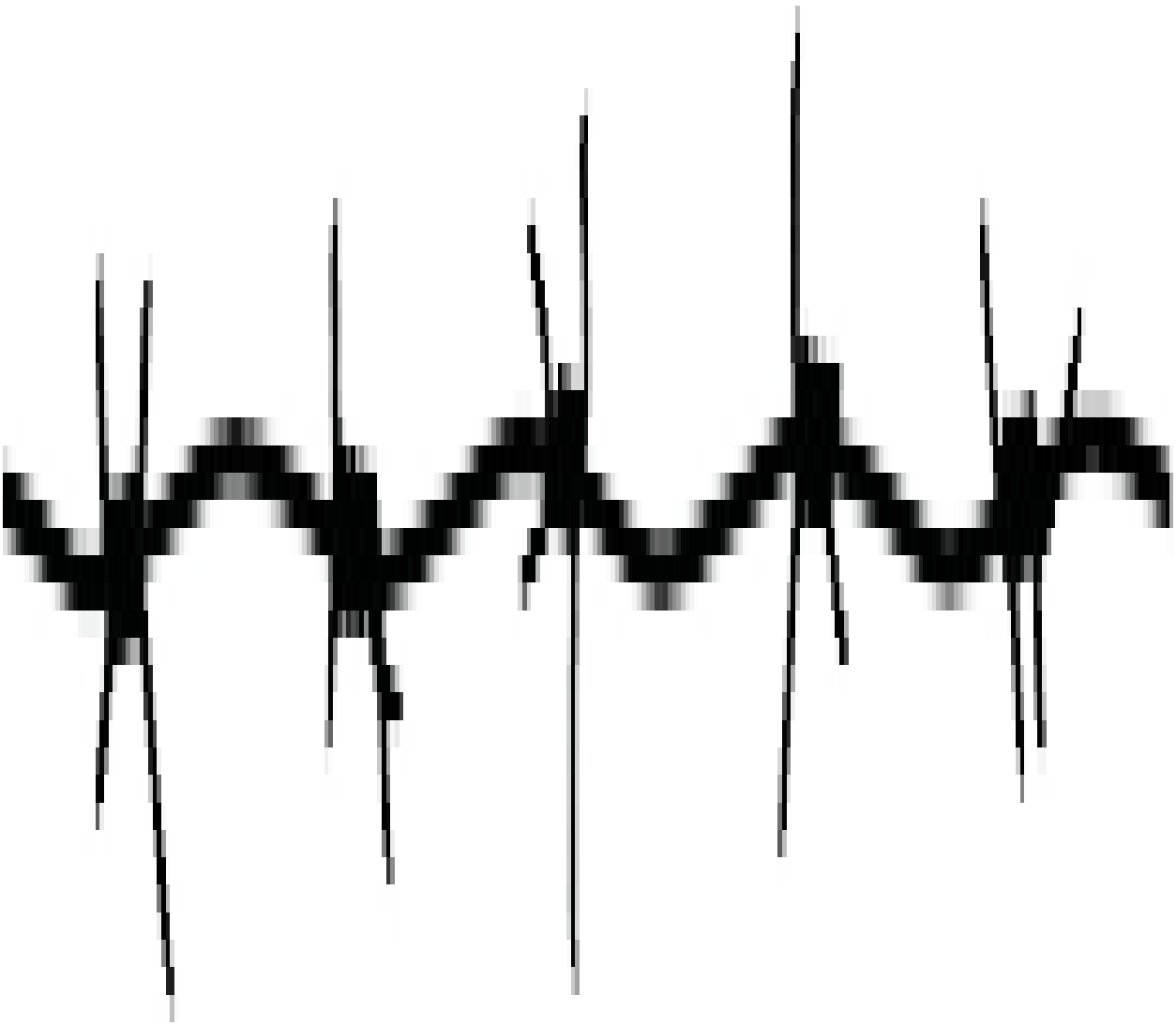
—No lo sé. Parece que quería unirse, pero al final se arrepintió. Quién sabe. —Me encojo de hombros—. ¿Qué hay de ti? Es bueno verte de nuevo por aquí —digo. Llevábamos bastantes días sin vernos. Aunque ahora mismo está formando parte del equipo de fútbol americano de la universidad a la que también asisto, no lo he cruzado ni una sola vez.

—Agradécele a mamá. Según ella, hace semanas que no me ve por más de diez minutos, así que me pidió que la acompañe un rato —comenta. No es la primera vez que pasa algo así.

—Como cuando éramos niños —le recuerdo. Fue de esa forma que lo conocí.

—Tal cual. —Sonríe, al mismo tiempo que caminamos hacia el ingreso del centro y continuamos la conversación. Mis dotes para fingir me sorprenden. Puedo actuar con suma normalidad, a pesar de que en mi interior aún muera de nervios.

¿Qué hubiera pasado si Jace no aparecía? Me da escalofríos imaginarlo.



La reunión comenzó hace unos quince minutos, no obstante Damon todavía no aparece. Como de costumbre, Lidia está en el centro de la ronda y los demás se ubican a su alrededor. Yo, por mi parte, me encuentro algunos metros más atrás, oyendo todo. Jace está a mi lado, inmerso en su teléfono celular. Pienso que sería buena idea escribirle un mensaje a Damon, pero no me da el tiempo. Cuando estoy a punto de enviarlo, aparece en el centro. Algunos se giran para observar, otros continúan atentos a la charla. Desde mi posición, me doy cuenta de que está algo agitado, pero no parece ser nada preocupante. Es evidente que se le hizo tarde y tuvo que darse prisa. Inquieto, se mueve alrededor del salón hasta encontrar un asiento vacío donde acomodarse.

—Damon, nos alegra que hayas venido —murmura Lidia, y hace que la atención de todos se centre en el chico—. En especial porque teníamos algo importante que decirte. ¿Puedes ponerte de pie? —pide y, segundos después, él se levanta de la silla. Puedo notar que no lo hace con demasiadas ganas, de seguro está odiando tener toda la atención puesta en él.

Estar parado le permite divisarme. Nuestros ojos se encuentran y, entonces, hace una mueca de frustración, lo cual comprueba mi teoría: detesta ser el centro de atención. Sonrío y luego percibo como Jace también ha puesto la vista en mí. Si no lo conociera, diría que tan solo se distrajo de su móvil, pero estoy segura de que acaba de descubrir esos gestos entre nosotros. Lo ha notado.

—Tenemos que felicitarte —continúa Lidia.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Bueno, llevas un mes limpio —menciona, mientras le entrega una pequeña medalla distintiva que se usa para estos casos. Quisieron dársela antes, cuando se cumplió la primera semana, pero él estaba demasiado negado como para darle importancia, así que lo ignoró—. Ahora, en este momento, eres un ejemplo para todos —agrega. Damon guarda el distintivo en el bolsillo de su chaqueta, al mismo tiempo que se inicia una seguidilla de aplausos por parte de todos los que estamos presentes en la sala—. ¿Te gustaría decir algo?

Una tenue sonrisa mezclada con nervios se dibuja en su rostro, mientras asiente.

—Si tengo que ser honesto, caí en este lugar por obligación. Lo odiaba. Era casi una tortura tener que pasar tiempo aquí, como un castigo. Y la verdad, sigo pensando que lo es —dice esto a modo de broma, haciendo reír por lo bajo a un par, entre ellos a mí—. Deberían saber que no me considero un ejemplo para nadie, mi vida continúa siendo bastante desastrosa. Todavía tengo la habilidad de meterme en problemas, pero al menos soy el que decide, ya no es la heroína actuando por mí —murmura y se pone más serio—. Y eso... no tiene precio —agrega, con lo cual deja un silencio que inunda la sala por completo—. Es todo.

Regresa a su lugar y, de nuevo, se oyen aplausos.

—Muchas gracias, Damon. Eso fue inspirador —destaca Lidia. Se incorpora y continúa con la reunión.

Deseo que acabe rápido.

Damon

La reunión finaliza y siento como si me acabaran de quitar un enorme peso de encima. Me cuesta tolerar que me pongan de ejemplo cuando mi único logro ha sido mantenerme limpio, pero el resto de mi vida está hecho un desastre.

Jonathan me busca por todas partes y prefiero escapar como un maldito cobarde en lugar de quedarme y averiguar qué es lo que quiere. Joe, un conocido que encontré en la fiesta de Liam, me prestó un piso en un edificio ubicado en un sector de clase media y, por el momento, he conseguido pasar desapercibido. Es probable que ni se imaginen que estoy viviendo ahí.

Liam me dijo que «todo gira alrededor del tiempo», que, si bien ahora Jonathan está furioso conmigo, es posible que mañana aparezca un problema más grande y que me olvide. Es así como funcionan las cosas con esa clase de gente. También comprendo que la responsabilidad es mía y que debí haberlo pensado mejor antes de meterme en ese negocio que lo único que hizo fue hundirme, a pesar de que necesitaba el dinero. Aún no le dije nada a Keira, ella es mi prioridad y no quiero asustarla. Por el contrario, estoy seguro de que debo mantenerla alejada de toda esta mierda.

Los integrantes de la ronda se esparcen por la sala y se dirigen a las distintas mesas, que ofrecen distintos snacks y bebidas. Sin embargo, por primera vez en la vida, mi atención no está puesta en la comida. Llevo un largo rato con los ojos fijos en la chica rubia, que me mira como si fuera lo mejor que ha conocido.

—Ey —dice, se aproxima, luego sonríe y deja un beso en mi mejilla—. Gran discurso el de recién. En especial cuando dijiste que odias este lugar —larga, divertida.

—De hecho, no bromeaba —menciono mientras me resisto para no saltarme las reglas. Tengo en claro lo que quiero hacer, pero no es posible frente a toda esta gente. No tenemos permitido relacionarnos de un modo romántico, por lo que decidimos no contarle a nadie del centro—. Ahora mismo odio demasiado este lugar.

—¿Y por qué tanto odio? Al menos me tienes a mí, ¿eso no es suficiente? —pregunta. Me devuelve una mirada que resulta adorable.

—Claro que sí. Pero ahora mismo este lugar está repleto de gente y no puedo hacer lo que quiero —pronuncio, en complicidad. Ella es la única capaz de entender a qué me refiero.

—Me decepcionas, Damon. Pensé que eras más ingenioso.

Comprendo que estamos jugando el mismo juego.

—No te imaginas lo ingenioso que puedo ser.

Camino seguro a través del pasillo que nos lleva a las habitaciones y abro la primera puerta que tiene colgado el cartel de «libre». El cuarto está vacío y en perfectas condiciones. Tal como lo supuse, Keira está detrás de mí, expectante. Tomo su mano, la invito a entrar y le doy la espalda durante solo un segundo para cerrar. Regreso la vista hacia ella. Cada uno de mis movimientos me desplazan hacia sus labios, que atrapo de inmediato.

Este era el momento que más estábamos ansiando.

Sus brazos envuelven mi cuello, mis manos acarician su cintura, pasan por sus caderas y luego llegan a sus piernas, que sostengo hasta despegarla del piso. La traslado hacia la cajonera que se ubica en el otro extremo de la habitación.

Nunca dejamos de besarnos.

Ella está sentada sobre el mueble y la deslizo hacia adelante para borrar así cualquier rastro de distancia. Nuestros cuerpos se pegan con tanta atracción, que pareciera como si dependieran el uno del otro. Estamos inmersos en lo nuestro, pero el ruido de un objeto golpeando contra el piso hace que nuestra burbuja se rompa. Ella empieza a reír, nos damos cuenta de que acabamos de arrojar al suelo una lámpara que estaba sobre el mueble.

—Se supone que no debemos hacer esto si queremos pasar inadvertidos —dice con gracia, y el verla sonreír solo me ha dado ganas de besarla más.

—¿Se supone que tiene que importarme que nos descubran? Porque, siendo honesto, nunca me interesó seguir las reglas —digo con seguridad, y luego regreso a dejar besos por las comisuras de sus labios. Luego, poco a poco, emprendo el camino por su cuello.

—Damon... —Está a punto de decir algo en un tono de regaño.

Cuando estoy cerca de regresar a sus labios, alguien toca a la puerta.

—¿Keira? —Escucho la voz de Jace, que proviene del otro lado, e intuyo que debería matarlo. Este chico es un aguafiestas—. Mi mamá te está buscando —anuncia. Le hago un gesto a Keira para que haga silencio, pero ella niega.

—Será mejor que vaya a ver que quiere. Ella no puede saber de esto. No todavía. —Lamenta tener que irse, pero es que, como tantas otras veces, cumplir con sus obligaciones es algo de lo que no puede escapar.

—Bien. De acuerdo —acepto a regañadientes.

La rubia se marcha y, minutos después, yo también lo hago. Aunque, para despistar, me dirijo hacia el patio trasero. No hay nadie. Diviso una pelota de básquet sobre la cancha, frente al aro, y me doy cuenta de que llevo tiempo sin practicar. A decir verdad, echo de menos el deporte.

Era divertido cuando jugábamos partidos aquí, aunque por supuesto que siempre los ganaba. Decido practicar un poco, no es mala ocasión, además necesito descargar por algún lado toda la adrenalina que continúa recorriendo mi cuerpo después de ese momento a solas con Keira. Práctico algunos tiros; uno de los últimos es tan potente, que la pelota repica hacia el otro extremo de la cancha. Al girar para ir a buscarla, veo que Jace la sostiene y me la extiende.

—¿Podemos hablar? —me dice.

—Depende de qué —respondo. El chico está a punto de sacarme de mis cabales apareciéndose por todas partes. Mientras tanto, continúo con lo que estaba haciendo.

—Es sobre Keira. —De inmediato, aparto la pelota y le presto la atención que tanto está buscando.

—Estás acabando con mi paciencia —digo, sincero—. ¿Cuándo dejarás de meterte entre nosotros?

—Ojalá fuera ese el problema —contesta—. Es más serio, Damon. ¿En qué estás metido? —indaga, lo que hace que me preocupe sobre el motivo de la conversación.

—No tengo idea de lo que estás hablando.

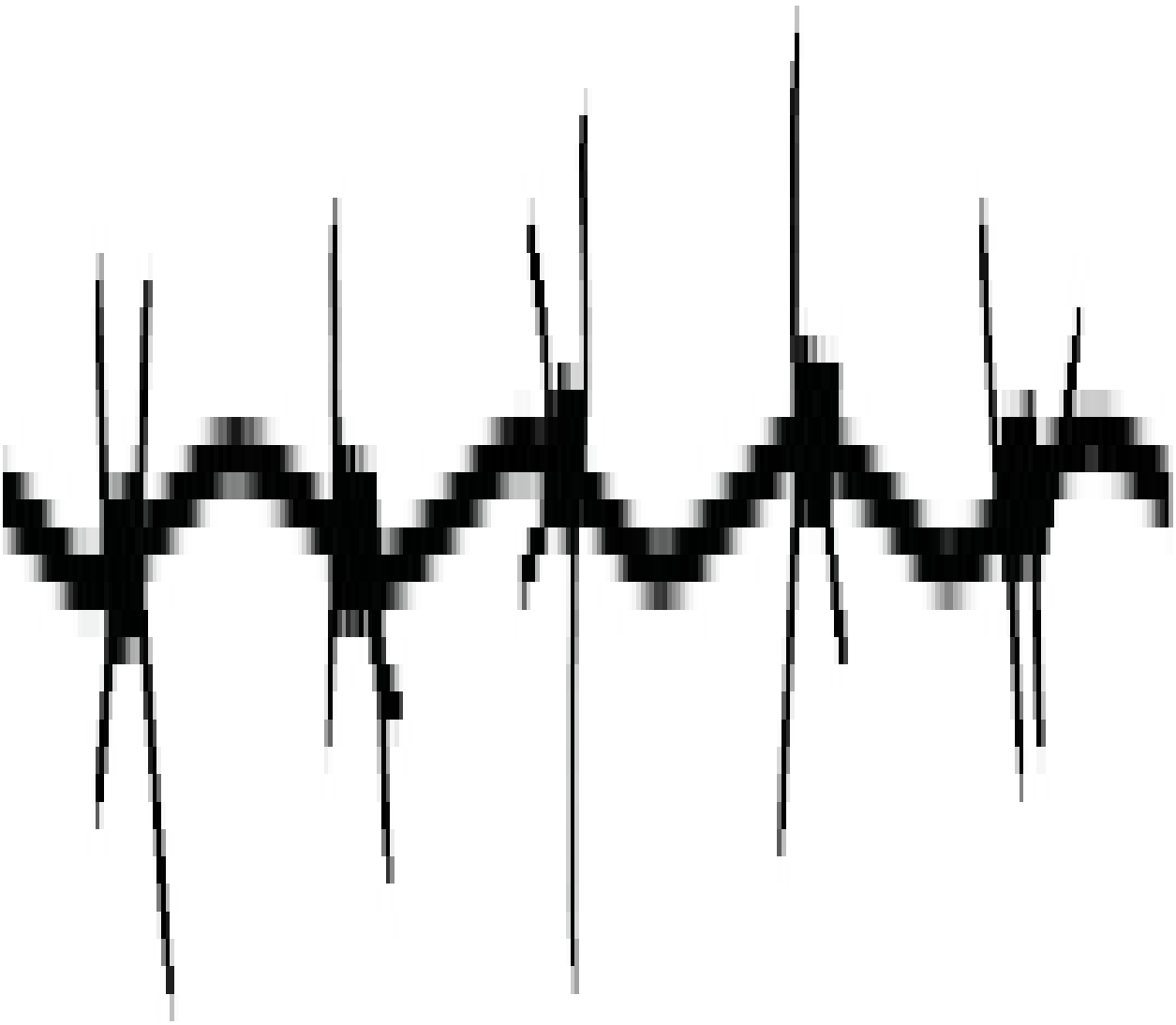
—Sí qué sabes —murmura—. Mira, no soy idiota. Hoy, antes de que todos llegaran, un hombre interceptó a Keira en la puerta de una manera bastante sospechosa, ¿sabes? Me atrevería a decir que la amenazó, pero no conseguí escuchar nada de lo que hablaron —devela y, de pronto, mis ilusiones se encuentran a una corta distancia de colisionar contra la realidad. Tan breve es el espacio, que ya es demasiado tarde para impedir el accidente. Van a chocar y se harán pedazos —. No sé en qué problema estás metido, ni tampoco me interesa —continúa—. Todo lo que voy a decirte es que, si la quieres aunque sea un poco, tienes que mantenerla al margen de tus problemas. Los dos sabemos que no es lo que merece.

A pesar de que lo creía una molestia, su tono de voz se asemeja al que pone un amigo que está dándote un consejo y, aunque sea desagradable admitirlo, tiene razón.

Keira no merece estar metida en las mierdas que causé.

Me detesto al darme cuenta de que no estoy siendo sincero con ella. Incluso, cuando le confesé las cosas que había hecho, hubo algo que omití, algo que jamás conseguí pronunciar en voz alta, pero que mi cabeza se encarga de recordármelo casi todas las noches cuando estoy a punto de dormir. Salté la parte de aquel accidente que causé hace un año y meses atrás. Olvidé el pequeño detalle de que una persona murió por mi culpa.

¿Seguiría mirándome del mismo modo si lo supiera?



—Damon, aquí estabas. A qué extrañas este lugar, ¿verdad? —La rubia aparece en el patio, después de pasar un largo rato conversando con Lidia—. Estaba pensando en que esta noche, deberíamos... —Empieza a hacer planes, pero mis pensamientos están perdidos en otro lugar.

—Keira...

—Espera, deja que te cuente lo que pensé para...

—Keira, necesito que me escuches —le pido, firme. Lo que pasó con ese hombre ha despertado cada uno de mis miedos. No puedo dejarlo pasar, no puedo negarlo porque sería permitir que se acerquen a ella con la intención de dañarla y demonios, sería capaz de destrozar el mundo si alguien le hiciera algo.

—Bien, ¿qué está pasando? —dice, de cierto modo asustada. Sé que percibe las malas noticias.

—¿Qué pasó con el tipo que se te acercó antes de que llegara? —pregunto sin rodeos—. Necesito que seas sincera. ¿Te amenazó?

—Ah. Así que era eso —respira en forma pesada—. Era un hombre que te buscaba. Preguntó por ti, pero no le dije nada, tranquilo. Y sí, la verdad es que me amenazó. De forma indirecta, pero lo hizo.

—¿No pensabas decírmelo?

—Sí, iba a hacerlo, pero no quería preocuparte tan rápido. Quería… Ya sabes, darte espacio para respirar. —Hace una mueca, angustiada—. Damon, lo que sea que está pasando, vamos a resolverlo juntos, ¿de acuerdo?

No respondo. Sostengo su mano y camino en dirección a una banca, donde nos sentamos.

—Kei, lo que te voy a decir no te va a gustar, para nada, pero es lo mejor que podemos hacer para empezar a resolver esto —digo. Aunque todavía no pronuncié la decisión, un dolor agudo comienza a instalarse en medio de mi pecho.

—No. No lo digas. No vamos a hacer eso. —Niega de inmediato.

Es doloroso e increíble que me esté otorgando el privilegio de romperle el corazón. Aprieto la mandíbula, mis dedos están acariciando algunos mechones de cabello que caen a los lados de su rostro, enmarcando sus facciones que son lo más parecido al arte que he visto.

—Eres lo mejor que ha podido pasarme, Keira Holt —pronuncio mientras la acaricio—. La mayor parte de mi vida creí que el mundo había sido injusto conmigo, pero entonces apareciste y cada vez que te acercas para abrazarme o para besarme, o cuando me sonríes... Diablos, sería capaz de pasar por todo otra vez, solo porque sé que al final voy a encontrarme contigo. —Una

pequeña sonrisa se explaya en su rostro, pero sus ojos se desbordan en lágrimas—. Sabes que nunca te dejaría ir. Lo sabes, ¿no?

Ella apenas asiente, mientras se acerca y descansa su frente sobre la mía. Cierra los ojos y, entonces, veo como gotas de agua caen por sus mejillas.

«Maldición, esto es tan difícil».

—No hagas esto —dice, a la espera de que me retracte o que lleguemos a otro acuerdo. Pero ahora no encuentro otra alternativa.

—Créeme que si pudiera encontrar otra solución lo haría.

—¿Qué va a pasar contigo? —pregunta. Mis manos se dirigen a los costados de su rostro para intentar quitarle con mis pulgares las lágrimas que caen sin cesar. Haberla hecho llorar no tiene perdón—. Tienes que seguir con tu recuperación.

—Voy a pedir que me cambien a otro grupo —explico—. Será por un tiempo. ¿Está bien? Te prometo que voy a solucionar mis problemas tan rápido como sea posible y que voy a regresar, porque, si tengo que ser honesto, no puedo imaginar la vida sin ti.

—Tampoco podría acostumbrarme a un mundo donde no estés —dice con la voz quebrada. Si antes se trataba de un dolor agudo en mi pecho, ahora quema, arde, se expande a cada partícula de mi cuerpo, hasta la más diminuta e insignificante.

Beso su frente y, después, la abrazo y permito que se recueste un largo rato sobre mi pecho.

Al final era cierto. «Rompes todo lo que tocas, idiota».

CAPÍTULO 27

Damon

La colilla del cigarrillo cae y se une a las cenizas sobre el suelo. Esta mierda nunca me gustó, pero funciona para quitarme la ansiedad, que ha retornado con fuerzas. Los medicamentos que me recetó el médico se acabaron. Pedí el cambio de centro, pero la primera reunión será recién la próxima semana. Mientras tanto, debo aguantar.

Me acerco hasta la puerta de metal y observo en dirección a la cámara de vigilancia, que se encuentra camuflada en un rincón del marco. Pulso el timbre. Regresar a este lugar me da escalofríos, pero, desde que me enteré de que amenazaron a Keira, tuve la certeza de que la mejor opción que tengo es enfrentar a Jonathan. Todo me indica que tiene un trato para hacer conmigo.

Y, siendo honesto, tal vez al ingresar, alguna clase de ataque recaiga sobre mí: un golpe, una cuchillada, o incluso un disparo. Con esta gente nunca sabes lo que vendrá, pero no me queda otra que confiar y afrontar lo que sea que esté pasando.

Minutos después, abren la puerta. Un tipo me hace ingresar, cierra de inmediato y, antes de permitir que avance, se asegura de que no lleve armas de ninguna clase.

—El jefe está esperando. Sígueme —indica, a pesar de que sé el camino de memoria. Lo transité cientos de veces en busca de nueva mercadería.

Realizamos el trayecto hasta su «oficina» y, en cuanto ingresamos, Jonathan sonríe con cinismo al verme aparecer.

—Damon, qué grata sorpresa. Estaba cien por ciento seguro de que estabas huyendo como una rata, pero veo que se produjo el milagro —pronuncia. Se encuentra tras su escritorio, una mesa con un par de ceniceros, bebidas alcohólicas y restos de drogas—. Ponte cómodo que tenemos para un largo rato —me dice. Me invita a sentarme frente a él. Mi cuerpo está hecho una piedra, repleto de tensión. Esa sala me trae recuerdos, y es tan cerrada que empieza a ahogarme. Sin embargo, me esfuerzo para que todo aquello no me afecte—. Cierra la puerta, Roger —le ordena al tipo que me acompañó desde la entrada. Este cumple de inmediato, pero se queda ahí, con nosotros.

—Ve al grano, Jonathan. Hagamos esto fácil.

—Vaya, encima te das el lujo de pedir —dice con ironía—. Escucha, muchacho. No estás en condiciones de pedir nada. Por el contrario, lo mejor que puedes hacer es cerrar la boca y tomar nota. —Permanezco inmóvil y me reservo la mierda que podría escupirle en la cara—. Así que Keira Holt, ¿eh? Estaba en lo cierto cuando te acepté, sabía que eras un chico inteligente. Es una privilegiada, sobrina de un empresario exitoso. Ingresó a Medicina este año, va a la universidad por la mañana y, en las tardes, ayuda en un centro de rehabilitación para adictos. Y, como si fuera poco, es muy bonita. No es el tipo de belleza que llama la atención a primera vista, pero puedo imaginar lo ardiente que luce cuando se quita la ropa.

Se me desboca el corazón desde que la nombra. Mi mandíbula se tensa y tengo los puños tan apretados que siento mis propias uñas enterrarse en las palmas de mis manos. Solo consigo mantener el control porque deduzco que su intención es provocarme para divertirse conmigo, además de meterme miedo. La ha investigado a fondo; esto está peor de lo que creí.

—¿Qué es lo que quieres? Aceptaré lo que sea, siempre y cuando dejes a Keira fuera de todo esto. Olvídala. —Empiezo a perder la paciencia, así que hablo firme y mirándolo directo a los ojos. Si hacemos un trato cumpliré con mi palabra, todo sea por que no vuelvan a acercarse a ella.

—Ya ves, Roger. Hicimos un gran trabajo. Dimos en el punto débil —dice a modo de burla y ambos se ríen; saben que tienen razón—. Bien, tiene sentido lo que dices. —Se dirige a mí—. Me hiciste perder mucho dinero cuando le entregaste mis clientes a otros. Por supuesto, sabrás que ya me encargué de hacer desaparecer al enemigo. Es más, solo nos quedas tú. Pero recordé los buenos tiempos y, seamos sinceros, eras muy bueno en lo que hacías. Te metías a esas fiestas como si fueras uno más y vendías en cantidad. Nadie sospechaba de ti, lo teníamos bajo control. Por lo general, duplicabas lo estimado. Quiero creer que tus habilidades siguen intactas, ¿no es así? Y, si no, tendrás que sacarlas de algún lado —menciona. Al instante comprendo de qué se trata este acuerdo—. Te daré un listado de eventos y la cantidad de dinero que me debes conseguir.

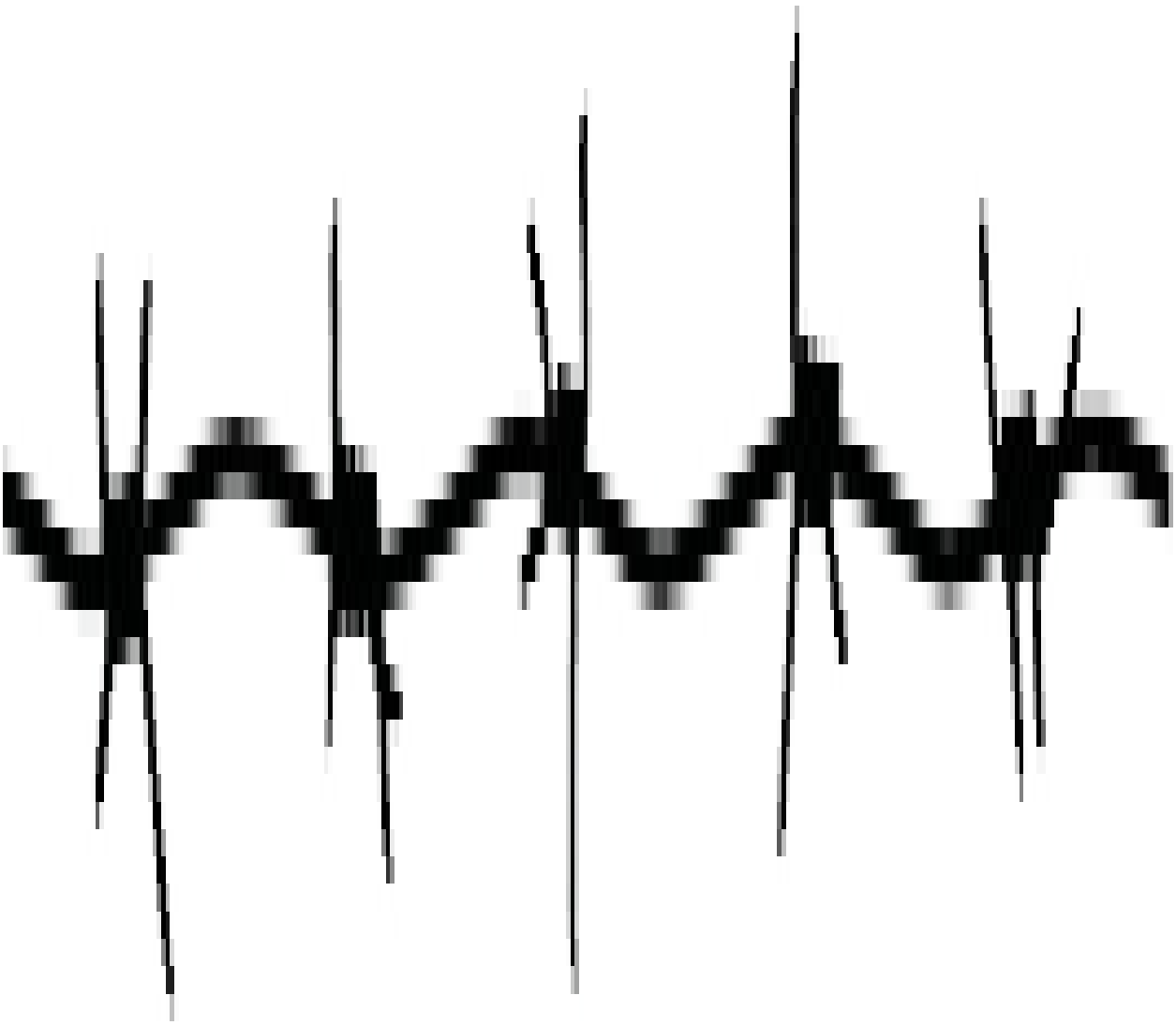
—Hecho —largo sin pensar demasiado—. Obtengo tus malditos dólares y no vuelves a cruzarte en la vida de Keira, ni en la mía.

—Bueno, parece que al final nos entendemos —anuncia con satisfacción—. Y no juegues sucio. Sería una pena tener que lastimar a esa rubia. —Vuelve a reír con cinismo, hace una seña para que me largue de la oficina y lo miro con odio.

«Contrólate. Contrólate. Contrólate».

El trato al que llegamos apesta, pero tengo que sentirme afortunado de no tener una bala incrustada en el pecho ahora mismo.

Antes de dejarme ir, me dan explicaciones sobre el primer evento que tengo que cubrir. Parece que es algo muy importante: varias empresas realizan un festejo en conjunto y lo que nosotros brindamos les parece indispensable. Como siempre, la regla número uno es la misma: discreción. A los ricos les gusta consumir, pero de una manera más bien modesta, para mantener su apariencia de «gente buena». Mierda. Todavía no empezó y ya lo odio.



—Tienes que saber que me siento muy culpable. Te di una mano para meterte en esa basura —se lamenta Liam después de enterarse de que volveré al ruedo.

—¿Me pusiste un arma en la cabeza y me obligaste a hacerlo? —le pregunto, siendo realista. Él niega—. Es mi culpa por tomar decisiones de mierda.

—¿Por qué no te vas? —sugiere—. Por lo que sé, muchos lo hacen: se mudan a la otra punta del país, o fuera, y les funciona.

Es la solución más rápida y sencilla, pero no serviría de nada en mi caso. Además, no quiero largarme de esta ciudad; aquí está todo lo que me importa.

—Tengo que cumplir con el trato, Liam. No me dejó otra opción. —Me encojo de hombros, lamentándolo—. Lo sabe todo sobre Keira, la investigó y, vamos, los dos sabemos que no le temblaría el pulso si tiene que lastimarla. Lo hará si no cumplo mi palabra. Así es como se manejan.

Liam observa con severidad. A pesar de que nunca se metió en el negocio, lo ha visto de cerca y sabe cómo funcionan las cosas, es consciente de que la situación de la que estoy hablando es cierta.

La verdad es que muero de miedo. No solo se trata de vender, otra vez correré el riesgo de ser atrapado por la policía; y el principal problema es que estaré expuesto a todo tipo de drogas, a gente consumiendo a escasos centímetros de mí, a tenerla disponible en mis bolsillos. Bastaría con un simple movimiento para meterla en mi cuerpo. Necesito mucha fuerza de voluntad para resistir, pero sé que la tengo. Si algo me enseño Keira es que soy más grande que esto, aunque a veces los pensamientos negativos también ganan y diablos, no quiero recaer.

No quiero convertirme en lo que supe ser.

Reina el silencio, sé que ambos analizamos alternativas, pero en realidad no hay ninguna, más que seguir con lo pactado. Pienso en ella. He pensado todo el tiempo en ella desde la última vez que la vi en el centro y le rompí el corazón. Lo único que me traería calma sería sentirla metiéndose entre mis brazos o envolviéndome con los suyos, como lo hacía cada vez que se daba cuenta de que las preocupaciones no me dejaban respirar. Ella incluso sabría qué hacer con todo esto, porque, aunque nunca he entendido cómo lo hace, siempre lo arregla todo.

Keira

En mi vida hubo dos ocasiones en las que me sentí sola por completo: el día que tuve que mudarme a casa de mi tío y, hace dos semanas, cuando Damon decidió que teníamos que alejarnos.

En la primera ocasión, recuerdo haber estado empacando mis últimas pertenencias. La casa donde vivíamos con papá no era nuestra, así que no me dieron demasiado tiempo para abandonarla. Todo fue muy rápido. Llegué a la mansión acompañada por mi tío y me encontré con un silencio absoluto. No había rastros de Gerti, Alisha o Valerie, quienes seguían sus vidas, y era evidente que no les hacía ninguna gracia tener que recibirme en su casa. Sus actitudes los siguientes días las delataron.

Cuando mi tío abrió la puerta de mi nueva habitación, divisé las cajas con el resto de mis pertenencias, que él se había encargado de traer; una cama, un escritorio, un armario, algunos estantes, las paredes blanquecinas. Todo se veía tan... vacío. Ese sitio no se sentía como mi casa, ni de cerca. Y la incertidumbre que surgía de no tener idea de cómo sería mi vida de ahí en adelante me llenaba de miedo.

Lidia consideró quedarse con mi custodia, pero no existía ninguna posibilidad de que lo lograra. Jace estaba triunfando del otro lado del mundo. Mis amigas, Andy y Summer no se despegaron de mí las primeras semanas después de la muerte de papá, pero luego tuvieron que retomar sus vidas. El mundo ahí afuera seguía funcionando; todos avanzaban, pero para mí la vida se había detenido y se sentía como intentar moverme por un pantano que me llegaba hasta el cuello. En ese preciso instante caí en la realidad de que había perdido a mi padre, de que nunca volvería a verlo. Solo estaba conmigo misma, y el montón de sueños que habíamos planeado se habían quedado en la nada, incompletos. Acababa de cumplir diecisiete, ¿cómo haría funcionar mi vida sin él?

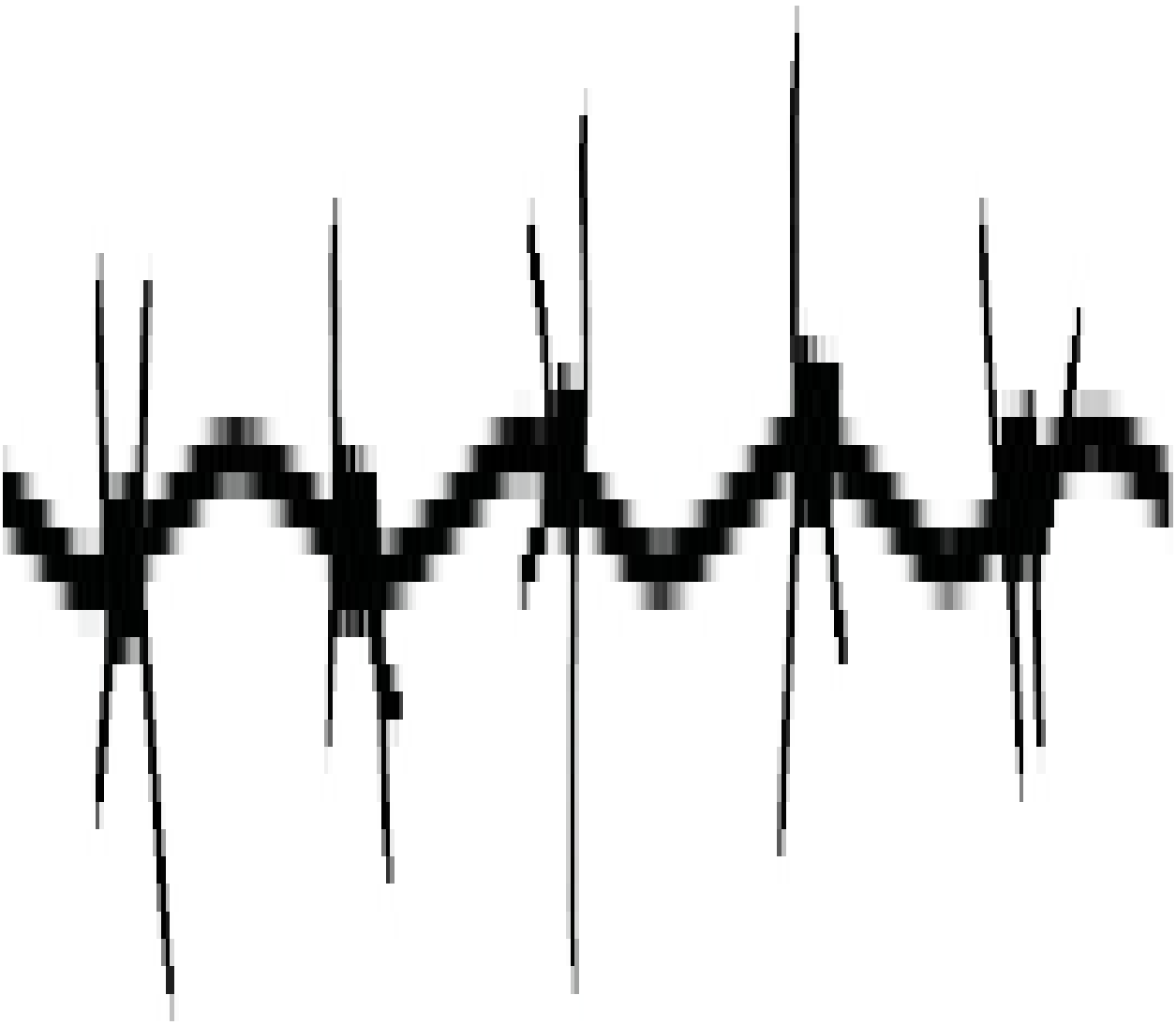
Desde ese día mis estudios se convirtieron en mi refugio. Leer, aprender, reforzar la idea de que estudiando podría lograr algo grande: ir a una buena universidad, salir de la casa donde no soy bienvenida. Visitaba a Lidia cada vez que me era posible. La veía trabajar y la admiraba. Así que empecé a insistirle con que me dejara ayudar de la misma forma que lo hacía mi padre, porque imaginaba lo orgulloso que él estaría de mí. Lidia lo entendió, me permitió formar parte y, entonces, sentí que mi vida volvía a tomar forma. Tenía un objetivo, una motivación; y luego lo encontré a él.

A Damon.

Siendo sincera, percibí que nos conectamos de inmediato el día en que nos conocimos. A pesar de su negación y su carácter terco, sentí que estaba haciendo lo correcto al insistir con él. Ahora sé que, aunque suene loco, el universo conspiró para ponernos en el sitio y el momento indicados e hizo que nos encontráramos. De algún modo y sin saberlo, necesitábamos el uno del otro. Traté de darle lo mejor que tenía y él, con el tiempo, permitió que descubriera la verdadera persona que escondía dentro. En ese entonces, supe que lo quería. De repente, el vacío que me agobiaba empezó a completarse. Y la primera vez que nos besamos, tuve la convicción de que juntos seríamos increíbles.

Sin embargo, no todo sale como uno espera; es algo inevitable. Te ilusionas, te llenas de esperanza, pero en el fondo sabes que hay posibilidades de que las cosas fallen. Tuve que aceptar su decisión de alejarse. Sé que solo será por un tiempo, pero ya pasó más de una semana y juro que odio esto con todo mi corazón.

Y aquí está la segunda ocasión en la que me he sentido así de sola. Estoy lidiando con esto ahora mismo.



Transito apresurada el pasillo de la universidad rumbo a la próxima clase. A mitad de camino, distingo a Jace al otro extremo, que acelera el paso para alcanzarme. Jamás lo cruzo por estos lados; es el sector de Medicina y él se dedica a la carrera de Economía, además de jugar al fútbol americano. Pienso esquivarlo, pero no tengo el valor para ser tan cruel, así que me detengo cuando estoy llegando al punto de encuentro y largo un suspiro de frustración.

—Jace, no tengo tiempo.

—Será rápido, te lo prometo. ¿Puedo saber por qué me evitaste todos estos días? —pregunta.

Debo decírselo, es tiempo de afrontar las cosas.

—¿En serio no lo sabes? Le dijiste a Damon lo que pasó con ese tipo en la entrada del centro, ¿verdad? Fuiste el único que nos vio. ¿Por qué lo hiciste?

—¿Así que de eso se trataba? Sí, se lo dije —admite, al menos es sincero—. ¿Esperabas que me quedara de brazos cruzados después de ver cómo te amenazaban?

—No lo sé, tal vez sí —respondo, firme—. Entiendo que no tenías malas intenciones, pero debiste hablar conmigo primero, así hubiéramos impedido que él tomara una decisión impulsiva. Eligió alejarse, y ahora ni siquiera sé dónde está —largo.

Trato de no sonar hiriente, aunque esté enfadada. Sé que en el fondo él no tiene la culpa.

—Puede ser, quizá cometí un error al no hablar contigo primero —reconoce—. Pero Keira, tienes que dejar de torturarte. Mereces una vida mejor que esa. Eres el tipo de persona que podría alcanzar cualquier cosa que se proponga, pero lo echarás todo a perder si te involucras en la clase de problemas en la que él está metido.

Desvío la mirada hacia mis pies, pienso durante algunos segundos y procuro mantener la calma. Tengo mucho que decir, pero en parte se debe a la furia que se despertó a causa de todo este conflicto.

—Jace, ¿alguna vez te pusiste a pensar en que tienes mucha suerte? Para ti ha sido fácil. Por alguna razón, todo lo que intentas te sale bien. Veamos, siempre fuiste un estudiante ejemplar, te destacas en el deporte, todo el mundo te ama; apenas tienes veintiuno y has conseguido conocer más países de los que un anciano ha logrado recorrer en toda su vida. —Me detengo a respirar y, segundos después, retomo el hilo del discurso—: Y es genial, pero no todos tenemos la misma suerte, ni los mismos intereses —aclaro—. Sí, quiero estudiar, quiero ser exitosa en la Medicina, también quiero viajar y me estoy esforzando...

»Me estoy esforzando un montón. Pero, desde hace algún tiempo, me di cuenta de que también deseo que alguien me ame, que quiero en mi vida alguien que me haga sentir que nunca más volveré a estar sola, que se quede a mi lado y no quiera irse. Damon lo hizo: él me hizo sentir

eso, me hizo sentir que valía así como soy, que sería capaz de quedarse conmigo —murmuro, honesta—. Estoy segura de que, sí lo hablábamos, habríamos encontrado una solución y, repito, ya sé que no fue tu intención, pero, del modo en que le hablaste, todo lo que lograste fue llenarlo de miedos. Si supieras todo lo que hemos pasado, sabrías que lo menos indicado es alejarlo. Tú... no tienes idea.

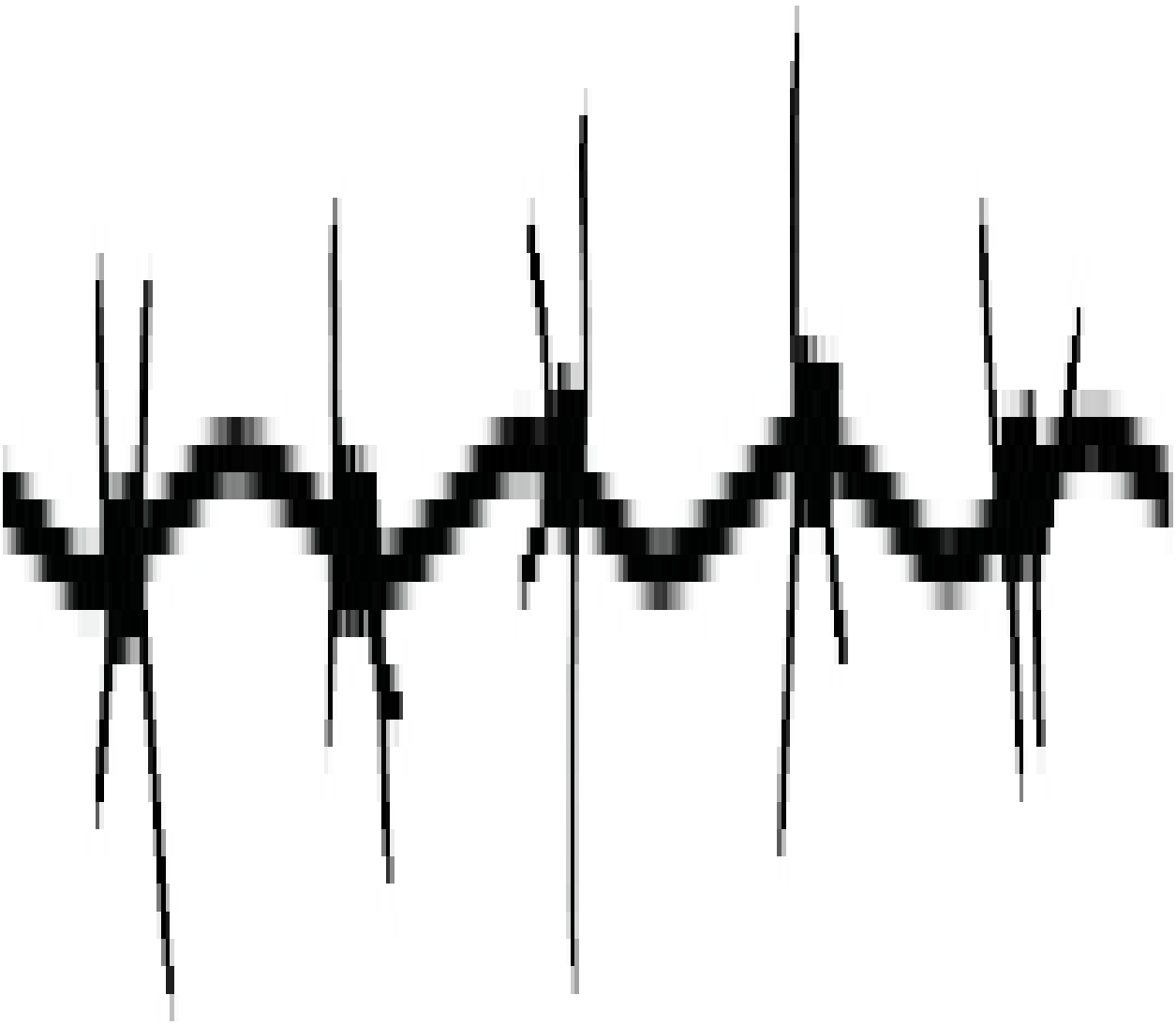
Lo he sacado todo y el rubio me mira entre perplejo y arrepentido.

—Supongo que te equivocaste cuando dijiste que todo lo que intento me sale bien. Te trataba de cuidar, pero lo arruiné.

Desde el pasillo, un grupo de jóvenes se acerca hacia nosotros y comienzan a saludar a Jace de manera amistosa. Él se gira un poco para ver de quiénes se trata y sé que ya no tengo nada más que hacer ahí.

—Olvídalo, Jace —pronuncio y retomo el camino hacia el salón de clases.

Me perderé en los libros para olvidarme de la turbulenta realidad.



Un golpe a la puerta de mi habitación interrumpe la siesta que estaba por tomar. Son las cuatro de la tarde, pero ¿a quién le importa? Mi noche de sueño fue horrible, tengo que dormir en algún momento. Sin embargo, me levanto para abrir.

—¿Interrumpo algo? —pregunta mi tío en un tono amistoso. «Sí, acabas de arruinar lo que podría haber sido la mejor siesta que tomé en años, pero ¿qué más da?».

—No, nada importante —digo y me encojo de hombros.

—Mañana es el evento del que te hablé hace unas semanas, ¿recuerdas?

—Oh, sí. Claro —miento. Lo había olvidado, hasta el momento. Damon estaba escondido en el armario el día en que mi tío me lo comentó.

—¿Invitaste a alguien?

—No. Nadie estaba disponible, así que... ¿Está bien si voy sola? —indago. Supongo que Alisha irá con Landon y Valerie es probable que lleve a una amiga.

—No hay ningún problema. Lo importante es que estés ahí —dice y sonríe—. Por cierto, Gerti y las chicas irán por los vestidos en un rato. ¿Por qué no vas con ellas y eliges algo que te guste?

Sé que es su modo de incitarnos a pasar tiempo juntas. Ojalá funcionase, pero sé que al final seré desplazada.

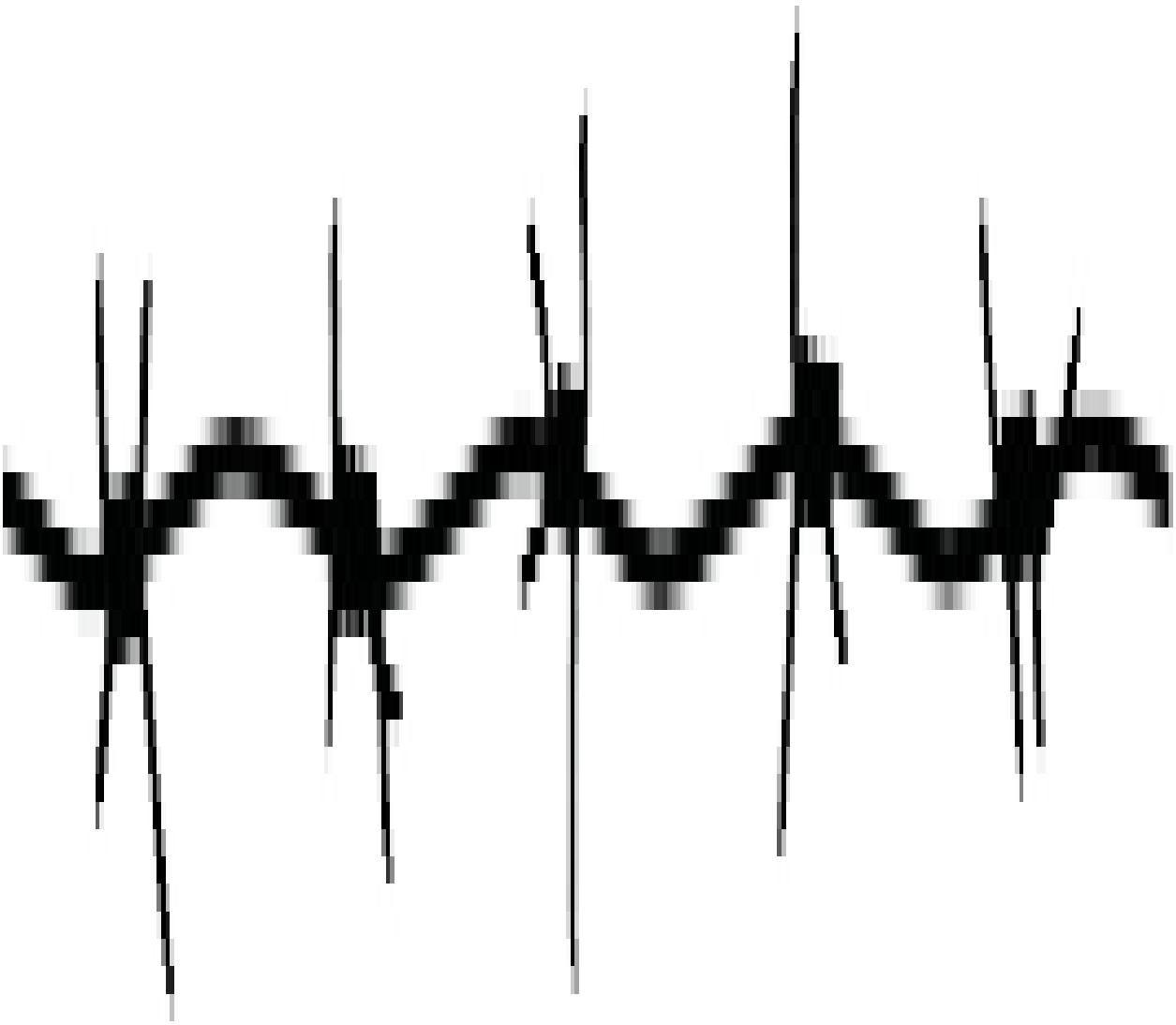
—Uhm, no lo sé... —Dudo—. La verdad es que no puedo permitirme un gasto como ese. Tengo qué usar, no te preocupes —digo con seguridad.

—Yo pago, es un regalo. Ve y cómprate lo que más te guste. Lo digo en serio —me alienta.

Se nota que el festejo lo tiene emocionado, así que no puedo hacerlo a un margen. También debo poner de mi parte si quiero integrarme con ellos. A pesar de todo, son la familia que me queda.

—Está bien, de acuerdo. Solo tengo que quitarme este pijama y bajo. —Pongo una pequeña sonrisa.

—Me alegra mucho saber que estarás ahí mañana —me dice antes de marcharse.



En el centro comercial, Gerti, Alisha y Valerie, se marchan por su cuenta. Acordamos encontrarnos dentro de dos horas en el estacionamiento, así que tengo todo ese tiempo para elegir una prenda. El lugar está repleto de tiendas, también de personas que se pasean de un lado a otro, algunas con cantidades exuberantes de bolsas.

Doy un paseo, hasta toparme con la tienda indicada. En su vidriera se exhiben vestidos delicados ideales para esta ocasión, de formas, tamaños y colores diversos. Ingreso, la vendedora me recibe y me guía hacia el perchero donde están los de mi talla. Me lleva bastante tiempo decidir cuál me quiero probar, pero encuentro uno de color rojo carmesí que me hipnotiza, con finos tirantes, un sutil escote y espalda al descubierto; la falda, de tajo al costado, cae recta hasta encima de mis pies. Me hace ilusión poder usarlo.

Sonrío en el probador, mientras me contemplo en el espejo. Es precioso. Tomo una fotografía y la envío de inmediato al grupo que tenemos con Summer y Andy. Ellas coinciden: tengo que comprar el vestido.

Me veo una última vez y recuerdo que Damon quería acompañarme a esa fiesta. Si las cosas no se hubieran estropeado, estaríamos planeando esto juntos.

Una fracción de futuros posibles invaden mis pensamientos y la desilusión se instala en medio de mi pecho. Me pregunto por qué nos tocó perder, por qué decidimos perdernos. ¿Se supone que debo olvidar como nos besábamos sin temor a nada? ¿Cada conversación que tuvimos? ¿Borrar de mi mente cada promesa que hicimos? Sé que debo respetar su decisión, pero duele tanto que me haya hecho a un lado.

Solo quiero que todo vuelva a ser como antes. Nada más.

CAPÍTULO 28

Damon

Es frustrante estar haciendo esto otra vez; lo siento como volver a lanzarme al pozo del tanto tiempo y esfuerzo me llevó salir. Retrocedí, di un paso hacia adelante y, luego, diez hacia atrás, para volver a hundirme en la misma situación de mierda. Quedé de nuevo bajo sus códigos, obligado a vestirme de manera formal para camuflarme entre las élites, con un montón de pastillas en los bolsillos. En unas horas la mercadería se transformará en dinero; que no es mío, le pertenece a Jonathan y debe ir directo a él.

Antes era más sencillo cargar con esto. Consumir drogas me ayudaba a relajarme. Ahora camino tenso por las calles, a sabiendas de que, si a algún agente se le ocurre cuestionarme, encontrarán motivos suficientes para detenerme y meterme a la cárcel. Entonces, mis antecedentes no ayudarían en nada, tan solo me hundirían más.

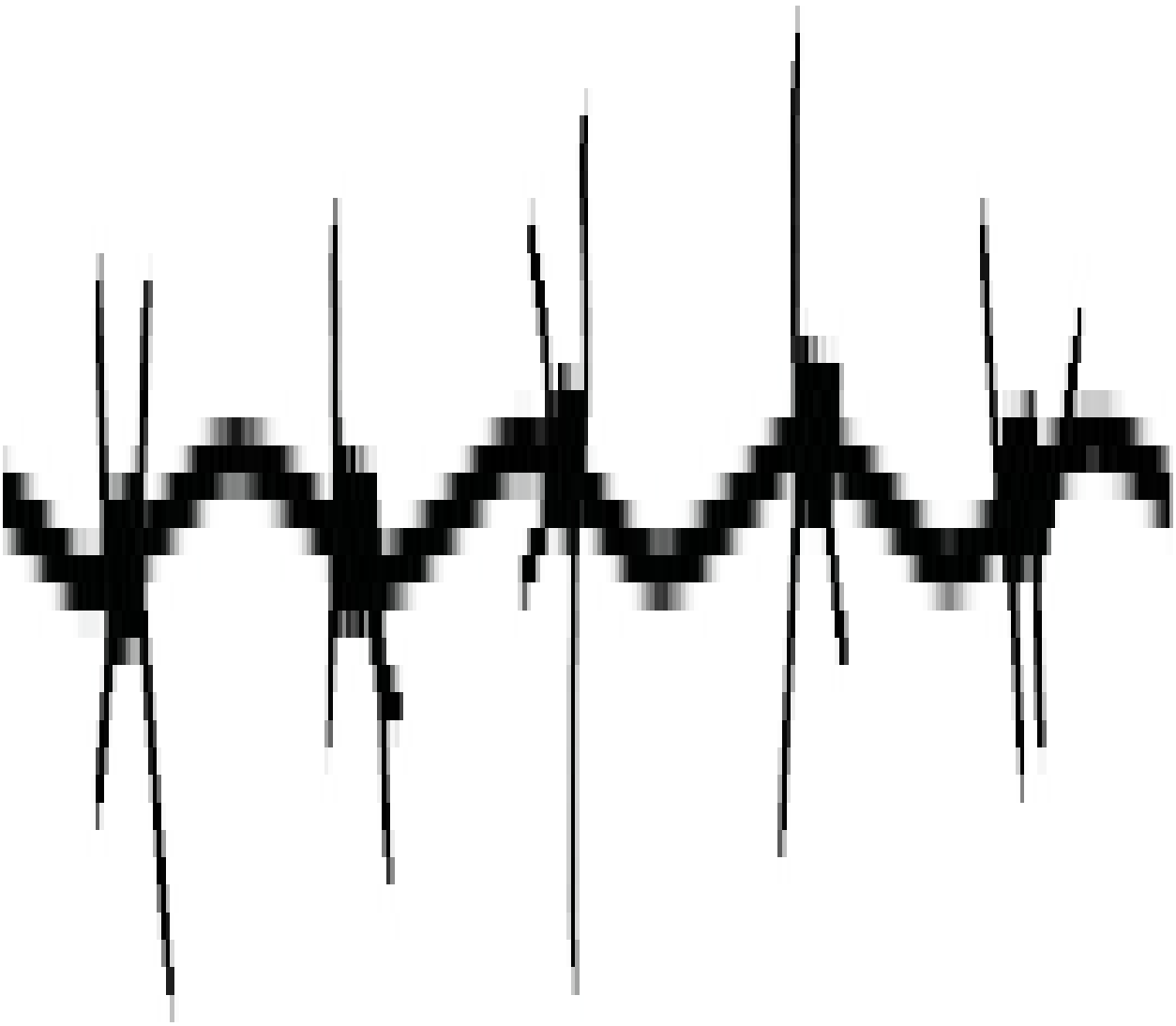
El ostentoso edificio, que pertenece a una de las cadenas más reconocidas de hoteles, se encuentra rodeado de automóviles de último modelo. De estos descienden personas de un rango social elevado. Visten prendas más costosas que mi casa y mantienen una actitud correcta mientras se dirigen al salón, donde deben anunciase ante los miembros de seguridad para poder ingresar a la fiesta.

A mí también me toca hacerlo.

—Invitado especial de Jonathan White —menciono, tal como me instruyeron.

El tipo ni siquiera revisa la lista; con un ademán me indica que puedo ingresar. «Discreción» es la palabra más importante en estos eventos. El jefe de Jonathan tiene acuerdos y contactos con un montón de personas, incluyendo empresarios y miembros de las fuerzas policiales. No lo conozco, debería obtener un puesto relevante en el negocio para llegar a tener tal encuentro, lo cual espero que no suceda; en verdad quiero salir de esta mierda.

Atravieso parte del sitio. Adelante está repleto de adultos, pero, a medida que avanzo hacia el otro extremo, me encuentro rodeado de adolescentes y jóvenes. Allí hay un escenario, donde diviso a un excéntrico disc-jockey. Me posiciono al lado de esa cabina; es un lugar estratégico desde el cual puedo observar todo de manera disimulada y, al mismo tiempo, es fácil de ubicar para aquellos que estén buscando lo que vendo.



Las ventas van mejor de lo que había anticipado. Una vez que venda lo último podré marcharme. El ambiente está mucho más alborotado que hace un par de horas. Apostaría que, al menos, la mitad de todas estas personas van colocados. Un chico se acerca a pedir, así que rebusco en mis bolsillos hasta sostener uno de los últimos envoltorios. Extiendo la mano para tomar el dinero y, mientras entrego el pedido, una chica me choca. La sostengo para impedir que termine en el suelo, pero, cuando enfoco mis ojos en su cara, me llevo una enorme sorpresa.

—¿Keira?

—Damon... ¿qué...? ¿Qué se supone que estás haciendo aquí? —indaga, su confusión es evidente.

—Trabajando —respondo—. ¿Tú que estás haciendo aquí?

—La empresa de mi tío es parte de la organización de este evento —me hace saber—. ¿No se te ocurrió pedir información sobre a dónde venías?

—Ey. ¿Puedes darme lo que es mío? —reclama el muchacho que hacía negocios conmigo segundos atrás.

De inmediato extiendo la mano y le entrego lo que tanto está esperando. Me hubiera encantado evitarlo, pero es obvio que ella lo vio y sospecha. Me mira con desaprobación.

—Estás haciéndolo de vuelta. Eso de lo que tanto querías salir —me reprocha. Y es tan molesto, pero, al mismo tiempo, hace que recuerde cuánto la extrañaba, aunque sea solo para regañarme.

—Puedo explicarlo, pero ahora mismo tengo que terminar mi trabajo —intento mantenerme en una posición neutral. No puedo acercarme, no después de las amenazas de Jonathan. Tengo que cumplir con el trato antes de retomar la vida que había empezado a construir o, de lo contrario, voy a destruirla.

Ella aprieta los labios y asiente. Está molesta.

—Como sea —murmura después de un suspiro—. Podríamos haber encontrado una solución juntos, ¿sabes? No es justo que me hayas hecho a un lado —insiste.

Así es como compruebo que todos mis sentimientos por ella siguen ahí, presentes e incluso más fuertes. Si me olvidara del resto del mundo, tan solo diría que quiero quedarme con ella y no alejarme jamás.

—Keira, no lo hago a propósito, solo estoy tratando de... —comienzo a explicar, pero entonces una pareja se acerca con intenciones de comprar—. Tengo que trabajar. —Vuelvo la mirada a la rubia. Por un instante, parece que lo entiende, no obstante, desaparece escaleras arriba emanando decepción en su expresión.

Rápido, cumplo con los pedidos de aquellos clientes, quienes, al tener lo que necesitan, se pierden en la multitud.

«Soy un idiota si me quedo aquí parado», pienso. En realidad, sé que ya lo soy, pero lo seré aún más si la continúo empujando fuera de mi vida como si fuera un obstáculo del que debo escapar. Vendí todo lo que tenía esta noche; ¿qué hay de malo si la veo solo un momento? Nadie se enteraría.

Camino por las escaleras y, mientras avanzo, me doy cuenta de que estas llevan a una terraza. Cuando llego al final, la diviso de espaldas, apoyada sobre la barandilla que rodea la estructura. Me aproximo con cautela, sin decir nada, cada vez estoy más cerca y soy capaz de distinguir detalles: lleva un vestido largo color rojo carmesí. Sus tirantes finos y delicados dejan a la vista su espalda, el cabello echado hacia un costado favorece la vista.

Debería contener mis manos en los bolsillos, pero no puedo resistirme.

Keira

La terraza es el sitio más bonito del edificio, pero nadie es capaz de apreciarlo lo suficiente. No olvidaron decorarlo; hay un montón de pequeñas luces rodeando el barandal. No obstante, el lugar está deshabitado. Me apoyo de forma de tener una buena vista panorámica de la ciudad y, a pesar de que el cielo nocturno se cohíbe ante la intensidad de las luces, algunas estrellas logran mostrarse brillantes, su luz es imposible de extinguir.

Desde niña una de mis actividades favoritas era contemplar el cielo y ubicar las constelaciones. Papá me había regalado un libro que indicaba cuáles se podían ver a simple vista y cómo estaban ubicadas. Trato de encontrarlas, como cuando niña, mientras me digo a mí misma que debería calmarme, que hice todo lo que tenía a mi alcance para ayudar a Damon. Al final de cuentas, es él quien toma las decisiones de su vida. Quizá lo indicado sea dejarlo ir, pero a estas alturas no es nada sencillo, todo lo contrario.

Cierro los ojos. Contengo la respiración. Me sorprende una caricia que comienza desde un extremo bajo de mi espalda y me llega hasta el cuello. Me proporciona un cosquilleo tan intenso que estremece hasta el último centímetro de mi anatomía. No podría confundir ese toque, conozco la textura de sus manos; y mucho menos podría confundir aquella sensación, porque él es el único capaz de provocarla.

—Lo siento —habla desde atrás. Esta vez el timbre de su voz remueve todo mi interior—. Soy un idiota por alejarme de ti.

Tomo una respiración profunda, luego giro y quedo atrapada entre su cuerpo y el barandal de la

terraza.

—Sí, eres un idiota —le digo, todavía algo enfada, aunque su cercanía deshace todo rastro de furia. No puedo ser dura cuando se trata de él—, y debería hacer que te largues de aquí ahora mismo.

—¿Lo harás? —pregunta. Su mirada me ataca, despierta mis nervios. Está por todas partes, hasta que se traslada a mis labios.

—Sabes que no puedo hacer eso —admito y lo observo de reojo, sin miedo a demostrar mis sentimientos.

Aquello es suficiente para que la distancia se esfume. Sus labios capturan los míos, que de inmediato se entregan al beso que comienza lento, pero toma un ritmo ágil cuando mis manos se sostienen de su nuca para incrementar la cercanía. Es tan suave, adictivo, dulce. Quiero más de esto, eso es todo lo que sé.

Cuando nuestros labios se despegan, lo primero que hago es abrazarlo, colgarme de su cuello, percibir como sus brazos rodean mi cuerpo entero y me aprietan contra el suyo.

—La noche que regresamos de la fiesta de Liam, te dije que nunca tendrías que volver a esto —pronuncio—. No me alejes, por favor —pido, con la esperanza de que acceda a cambiar de planes—. Podemos encontrar otra forma de arreglar este problema, pero juntos. ¿Escuchaste? —Deshago entonces el abrazo para mirarlo a la cara.

—No tengo demasiadas opciones —contesta, resignado.

—Algo se nos va a ocurrir. Tú no quieres ponerme en riesgos. De acuerdo, lo entiendo. Yo tampoco quiero que tengas que exponerte y no voy a dejar que te traten como si fueras un peón que pueden mover de un lado a otro.

Así son las cosas. Siempre se trató de esto: cuidarnos el uno al otro, más allá de todo.

—Cada cosa que dices solo me hace quererte más —pronuncia y me hace esbozar una sonrisa—, pero soy un desastre y lo sabes. ¿Estás segura de que quieres esto?

—Te quiero a ti, Damon. Sé mi desastre —expreso con un dejo de diversión y él sonríe. Dios mío. Esa sonrisa. Ojalá lo hiciera más seguido.

—Si es lo que quieres, bien. Soy tuyo. Será un placer, Keira Holt —bromea y acaricia la curvatura de mi nariz, lo que me produce una leve carcajada, que él se encarga de llenar con besos—. ¿Estabas viendo algo cuando llegué? —pregunta, curioso. Permanezco risueña entre sus brazos.

Giro un poco la cabeza hacia un costado y él me abraza por detrás. En soledad, el viento frío recorría mi piel; ahora solo puedo sentir como me cubre la calidez de su cuerpo.

—Nada. Seguro te parece una tontería.

—Todo lo que hagas me interesa. Enséñame —pide, inquieto. Noto destellos de ilusión en su mirada.

—Bueno, miraba las constelaciones —develo—. Si unes cada uno de esos puntos —digo y elevo un dedo para indicar dónde se encuentra cada uno de ellos—, se forma la Osa Mayor.

—¿Unir los puntos? —cuestiona, noto que hace un gran esfuerzo por divisarlos.

—Tienes que imaginar que los unes —explico con paciencia y río por su inaudito esfuerzo—. Ahora, si ves del lado opuesto y unes aquellos cinco puntos —Vuelvo a señalarlos uno por uno —, verás que se forma Casiopea.

—Ah, sí. Claro —dice, pero es evidente que no consiguió detectarla. De nuevo me hace sonreír; es gracioso verlo esforzarse por unir los puntos de forma imaginaria—. ¿Crees que con la práctica pueda tener la habilidad de verlas?

—Puede ser, quizá te falte eso. Yo lo hago desde que era niña —confieso.

—Por eso lo hacías tan fácil. Tienes ventaja, tramposa —me acusa—. ¿Te divertías haciendo esto?

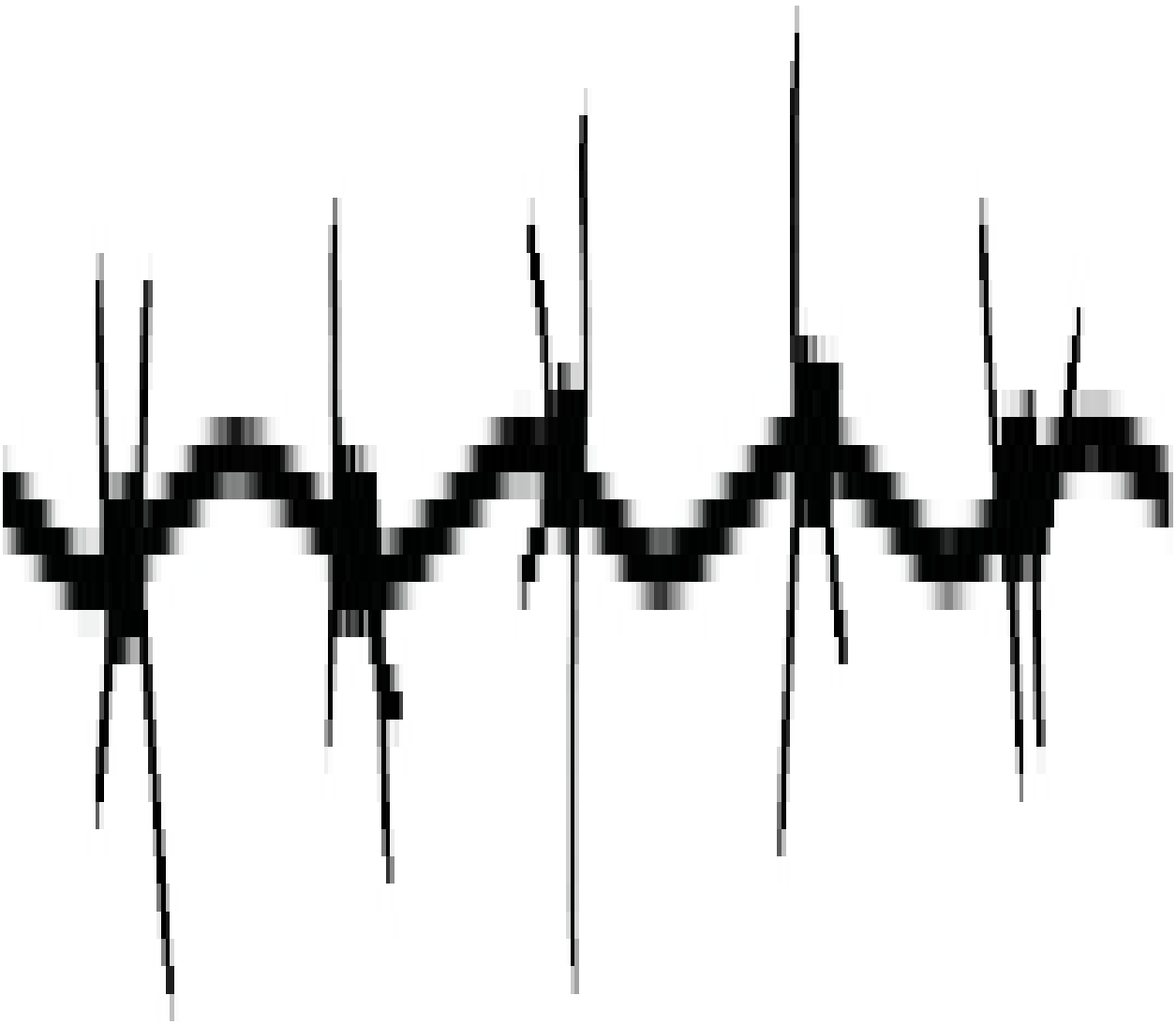
—Bastante. Era algo que podía hacer casi todas las noches; no necesitaba de mucho, más que una guía. El momento en que mi padre me mostró todas estas cosas, me pareció fantástico que cada anochecer pudiera tener algo tan bonito como las estrellas al alcance de mis ojos —comento. Siempre me impresionaron esa clase de detalles sencillos, pero mágicos.

—Ahora mismo lo tengo.

—Sí, ¿verdad? Desde aquí se pueden apreciar mejor.

—Hablaba de ti, Keira. Tú eres hermosa y estás al alcance de mis ojos.

Vuelvo a girarme hacia él y, esta vez, tomo la iniciativa: lo beso. Esto es tan surrealista, pero a la vez tan nuestro. Estamos alejados de la multitud y hemos encontrado el sitio perfecto para querernos, el único lugar donde olvidamos todo; solo somos nosotros dos y las estrellas.



Fue una buena idea marcharnos de la fiesta pese a que todavía no acababa. La limusina de la familia seguía libre, así que le pedí al chofer que nos llevase a dar un paseo por la ciudad. Nunca había accedido a tal lujo, pero ¿por qué no hacerlo una vez? En el camino, bebimos champagne, nos besamos cientos de veces, conversamos y reímos, como si jamás pudiéramos cansarnos el uno del otro.

Me encuentro arropada entre los brazos de Damon cuando el chofer se detiene en la dirección que él le indicó.

—¿En cuál vives? —pregunto mientras observo el complejo de apartamentos.

—En el veintisiete —responde. El número se instala en mi memoria como un detalle imborrable —. Bueno, es hora de irme —dice y me da un beso en los labios—. Te llamo mañana para contarte cómo van las cosas.

Eso me deja más tranquila. «Me llamará. Quedaremos en contacto», me digo.

—Tenemos una conversación pendiente. —Disfrutamos la noche, pero no olvido que los problemas aún existen.

—Lo sé, tranquila. Esta vez no voy a desaparecer, no vas a perderme. Nos tenemos el uno al otro, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —pronuncio. Recibo un último beso que no puede resistir dármelo.

Desciende del carro y lo veo ingresar al edificio. El chofer se vuelve a emprender la marcha, pero enseguida le pido que se detenga.

—Espere —le indico, siguiendo una corazonada—. También voy a bajar aquí. Gracias —agrego. El conductor se detiene y me permite descender.

No sé lo que estoy haciendo, pero tengo claro lo que siento: necesito más tiempo con él, tenerlo más cerca, besarlo cien mil veces más; que sus manos se deslicen por cada región de mi cuerpo sin ningún tipo de obstáculo y que las mías esparzan caricias por toda su piel. Quiero dormir sobre su pecho, con su camisa como pijama, y ser lo primero que él vea a la mañana siguiente cuando abra los ojos.

Tengo las emociones a flor de piel.

Subo las escaleras hasta dar con un cartel que indica que en ese pasillo se encuentran los departamentos a partir del número veinte. Me detengo frente al veintisiete y pulso el timbre con seguridad. Segundos después, Damon se asoma tras la puerta. Lleva su camisa blanca medio desprendida, se ve que estaba a punto de quitársela. Me da una mirada de pies a cabeza y relame su labio inferior.

—Keira, ¿qué…? ¿Qué estás haciendo? —pronuncia, casi sin aliento.

—Te quiero —confieso de manera inesperada—. Quiero estar contigo, Damon. Necesito sentirte de todas las maneras posibles. Y no me preguntes cómo lo sé, pero sospecho que tú también deseas lo mismo —largo, ansiosa por saber qué es capaz de hacer conmigo.

Inmutado, me sujeta con seguridad por la cintura y sus labios impactan sobre los míos, al tiempo que aparta una mano para cerrar la puerta.

Me apego a él, le devuelvo el beso tan rápido como es posible, saboreo cada nuevo segundo que tenemos… Siento que todo el tiempo del mundo es nuestro.

Y aunque no puso nada en palabras, cada uno de sus movimientos empiezan a demostrar que está sintiendo lo mismo que yo.

Él también me quiere.

CAPÍTULO 29

Damon

«Te quiero», pronunció tras aparecer en la puerta. Se me hizo difícil creer que estuviera ahí. Me despedí de ella hace apenas unos minutos, antes de bajar del auto, sin saber con exactitud cuándo volvería a verla. A pesar de que intenté alejarme para no involucrarla en mis problemas, no puedo ignorar que ella me quiere, ni convencerme de que aquello sea mentira, porque no son solo palabras... Puedo sentirlo, lo percibo cada vez que ella posa sus ojos en mí y me mira como si fuera lo mejor de este mundo.

El universo se encapricha en ponerla en mi camino todo el tiempo. A donde quiera que vaya, ahí está ella. Y la verdad, quisiera que fuera así para siempre.

Yo también la contemplo como si fuera lo mejor del mundo, y podría convencer a cualquier persona de que lo es. Ni siquiera puedo describir lo que siento por ella, pero se lo puedo demostrar y lo haré. Le dejaré en claro que la quiero con cada parte de lo que soy.

Sus besos son apresurados y me emociona que esté deseando tanto que lleguemos a ese punto. Lo deseo con la misma intensidad, pero tomo distancia, dispuesto a respirar mientras aprecio lo que tengo enfrente.

—¿Por qué te detienes? —me pregunta. Tiene los ojos brillosos y los labios enrojecidos; sus manos sostienen los bordes del cuello de mi camisa.

—Calma —le digo para asegurarle que todo va bien—, solo quiero disfrutarlo —explico. Nuestros ojos se encuentran y, de nuevo, compruebo la chispa que habita en los suyos.

Ella asiente en compañía de una pequeña sonrisa que anuncia complicidad: estamos en la misma sintonía.

Me cuesta aceptar que estoy nervioso, pero no puedo evitar que mi corazón se acelere. Me da la sensación de que está a punto de atravesarme el pecho. Hice esto en muchas ocasiones, pero ninguna de esas veces se parece en nada a esta. Es la primera vez que voy a hacerlo con alguien que me atrae más que por su físico. Ahora mis intenciones van más allá de encontrar un poco de satisfacción; quiero grabar en mí cada sensación, asegurarme de que ella se sienta en el cielo y no decepcionarla.

Keira retoma la acción, lleva su boca hasta mi cuello y desprende besos poco a poco. Cierro los ojos, estremecido. Aquello tan simple es demasiado intenso. Sus manos pasan de sujetar el cuello de mi camisa a ocuparse de los botones que faltaron desprender. Los deshace uno a uno y luego tira la prenda hacia atrás: colaboro para que logre quitarla por completo. Su toque y su mirada se deslizan al mismo tiempo sobre mi torso desnudo; y estoy excitado, nervioso. Algunas partes de mi piel están cubiertas de cicatrices, jamás estuve expuesto de esta forma.

Nunca imaginé que dejarse querer de verdad fuera tan difícil.

Maldición. No puedo pensar en mis miedos, debo apartarlos. Aunque es demasiado tarde, ella ya lo notó. Dulce, deja un camino de besos por la curvatura de mi hombro y acuna mi rostro entre sus manos, hasta que nuestras miradas se conectan.

—Damon, solo hice esto una vez y, para ser honesta, no fue una buena experiencia. Mañana, cuando esté a punto de irme a la cama, quiero cerrar los ojos y recordar que la última persona con la que hice esto fuiste tú. Nadie más.

Lo pide de tal manera que, de pronto, me siento capaz de desprenderme de todos los miedos y dejarlos atrás.

—Te dejaré el mejor recuerdo.

—¿Sí?

—Tan bueno que vas a querer repetirlo conmigo un millón de veces —pronuncio, decidido. Atrapo sus labios de inmediato e inicio un beso que se intensifica a medida que mis manos acarician el contorno de su cintura, mientras camino en dirección a la cama y Keira, aferrada a mi cuello retrocede por intuición, sin dejar de besarme un solo segundo.

Sabe a la perfección hacia dónde nos dirigimos.

Desciendo las manos a través de sus piernas y recorro sus muslos, aún sobre la prenda que planeo quitarle. Beso su cuello y ella gime ante esto Al mismo tiempo, coloco los dedos entre los tirantes de su vestido y me entretengo un par de segundos con ellos, hasta que los hago a un lado y este cae, develando su cuerpo, aún cubierto por su ropa interior: un delicado conjunto negro de encaje que hace aumentar mi excitación sin piedad.

—Me vuelves loco —largo. Sus piernas se ajustan alrededor de mi cadera y, con la chica que amo entre mis brazos, camino los escasos centímetros necesarios hasta llegar a la cama.

Keira

—Eres preciosa —me dice tras dejarme sobre la cama. Me contempla durante algunos segundos,

antes de volver a rozar mi piel con sus labios, lo cual hace que esta se erice y que miles de fuegos artificiales exploten en mi interior.

La primera vez que llegué tan lejos con alguien, tuve una experiencia desagradable y prometí que solo volvería a hacerlo con una persona que me hiciera sentir segura, libre y deseada.

Él me inspira tanta confianza que no siento miedo. Permito que me quite el sostén y, cuando vuelvo a recostarme, siento sus labios recorrer mis pechos, uno por uno. Sus suaves caricias ayudan a que la electrizante sensación se intensifique.

Él sabe lo que está haciendo, se esmera por hacerme sentir bien y lo consigue. Sus besos abandonan mis pechos y van marcando con parsimonia un camino por mi vientre. Esto me hace temblar un poco. Llega al extremo de mi tanga y todo lo que puedo desear es que continúe, pero se detiene. Abro los ojos, me encuentro con su mirada, esperando mi aprobación. Asiento y me muerdo el labio inferior, incapaz de contener mi ansiedad. Necesito que lo haga de una vez.

Damon baja la prenda, la deja a un lado y, al regresar, besa con calma el interior de mis muslos. Sin más preámbulos, ubica su cabeza entre mis piernas, yo me relajo y dejo que haga su magia. Se toma su tiempo su tiempo para hacer maravillas usando su lengua y sus dedos, lo que me genera una oleada de sensaciones que van cuesta arriba. Tengo la respiración entrecortada, una de mis manos enredada en su cabello y la otra, aferrada a las sábanas. Mi espalda se arquea mientras percibo como las sensaciones encuentran su punto final y cada átomo de mi ser se sacude.

Quiero más.

Sus besos no cesan. Asciende a través de mi cuerpo y lo encuentro frente a mi cara, nuestras lenguas vuelven a jugar.

Me basta con dirigir mis manos hacia el borde de sus vaqueros para notar su excitación. Aún sumida en sus labios, desprendo el botón y bajo el cierre despacio. Él toma una pequeña distancia y respira.

—Necesito estar dentro de ti —murmura.

—Hazlo, por favor —le pido, mientras acaricio su prominente erección sobre su calzoncillo.

Él extiende la mano para tomar un paquetito plateado que se encuentra dentro de su mesita de noche y se aleja, lo que provoca que de inmediato extrañe el calor de su cuerpo pegado al mío. Se pone de pie, lo veo quitarse el vaquero, luego se deshace del bóxer y queda desnudo frente a mí.

Quedo perpleja ante su imagen. No pensé que fuese posible desear tanto a alguien.

Se coloca el preservativo y se acerca; siento como rozan nuestras partes íntimas, también nuestras bocas. Presiono mis piernas alrededor de su cadera para hacerle saber que lo necesito,

que estoy lista. Él lo entiende y se introduce en mí de un modo cuidadoso, pero me hace gemir. Él larga un jadeo, se encuentra con el placer a medida que nos adecuamos al ritmo, mientras hundo los dedos en su espalda, a causa de la potente energía que invade mi cuerpo. Regresa a besar mi cuello, frota uno de mis pezones y, entonces, empiezo a sentir como los músculos de mi cuerpo comienzan a contraerse. Me desbordo de placer.

Mis dedos ya no presionan, se deslizan y dejan una caricia sobre su espalda, mi respiración aún es irregular y jadeo, exhausta, pero sintiéndome libre.

Sintiéndome viva.

Damon besa mi frente y, segundos después, cae a un lado, también exhausto, despeinado, sudando. Nunca lo he visto tan sexy… Y es mío.

Sonrío.

Este chico es mío.

Damon

Mientras recorro con mi mano las hebras rubias de su cabello, percibo su suavidad y un olor floral que se desprende de él. Ella sonríe, deja un beso sobre mi pecho y, luego, me acaricia con las yemas de sus dedos, con una ternura que jamás nadie me había regalado.

Esto es tan intenso, adictivo, atrapante. Jamás me sentí tan bien, tan completo y… Lo sé, es una realidad: me enamoré de Keira Holt.

Gran parte de mi vida me he encontrado perdido. Conozco el sentimiento de soledad tanto como la palma de mi mano; sé de la amargura que se te atasca en el pecho cuando estás mal y no tienes ningún sitio a donde acudir. Esa clase de angustia permanecía en mi interior por largos períodos de tiempo. Solía marcharse tarde o temprano, pero siempre hallaba una razón para regresar y ahogarme de nuevo. En cambio, esta vez perdió todos los motivos para quedarse; de pronto se ha silenciado. No puedo asegurar que ha desaparecido del todo, tengo asimilado el hecho de que mis demonios se quedarán para siempre conmigo; pero al menos no me están hostigando. Keira logra deshacer esa angustia sin siquiera esforzarse. Sé que, mientras la tenga cerca, estos sentimientos se mantendrán lejos.

—Damon...

—Te escucho —murmuro mientras acaricio su espalda.

—¿En qué piensas? —pregunta, y posa en mí esos ojos que emanan tanta curiosidad—. Ey,

¿estás bien? —agrega. Se ha dado cuenta de que me quedé en el pasado.

—Sí, claro que sí. Nunca había estado tan feliz como ahora —digo con certeza y su expresión se tranquiliza—. Pensaba en que… Algunas personas tienen un lugar a donde huir cuando están tristes, van allí porque la vista es reconfortante y relajante... ¿Y sabés qué, Keira? Tú eres mi lugar. —No puedo evitar decir aquello que acaba de cruzarse por mi cabeza—. Está última semana sin ti... Las cosas empezaron a ponerse mal otra vez —admito—. Tuve que volver al negocio, hacer cosas que no quería, pero ahora estás aquí, conmigo, y todo eso dejó de tener importancia. Es como... Tú eres lo único que me importa y no quiero que estemos alejados.

Considerar la posibilidad de alejarnos de nuevo no está en mis planes.

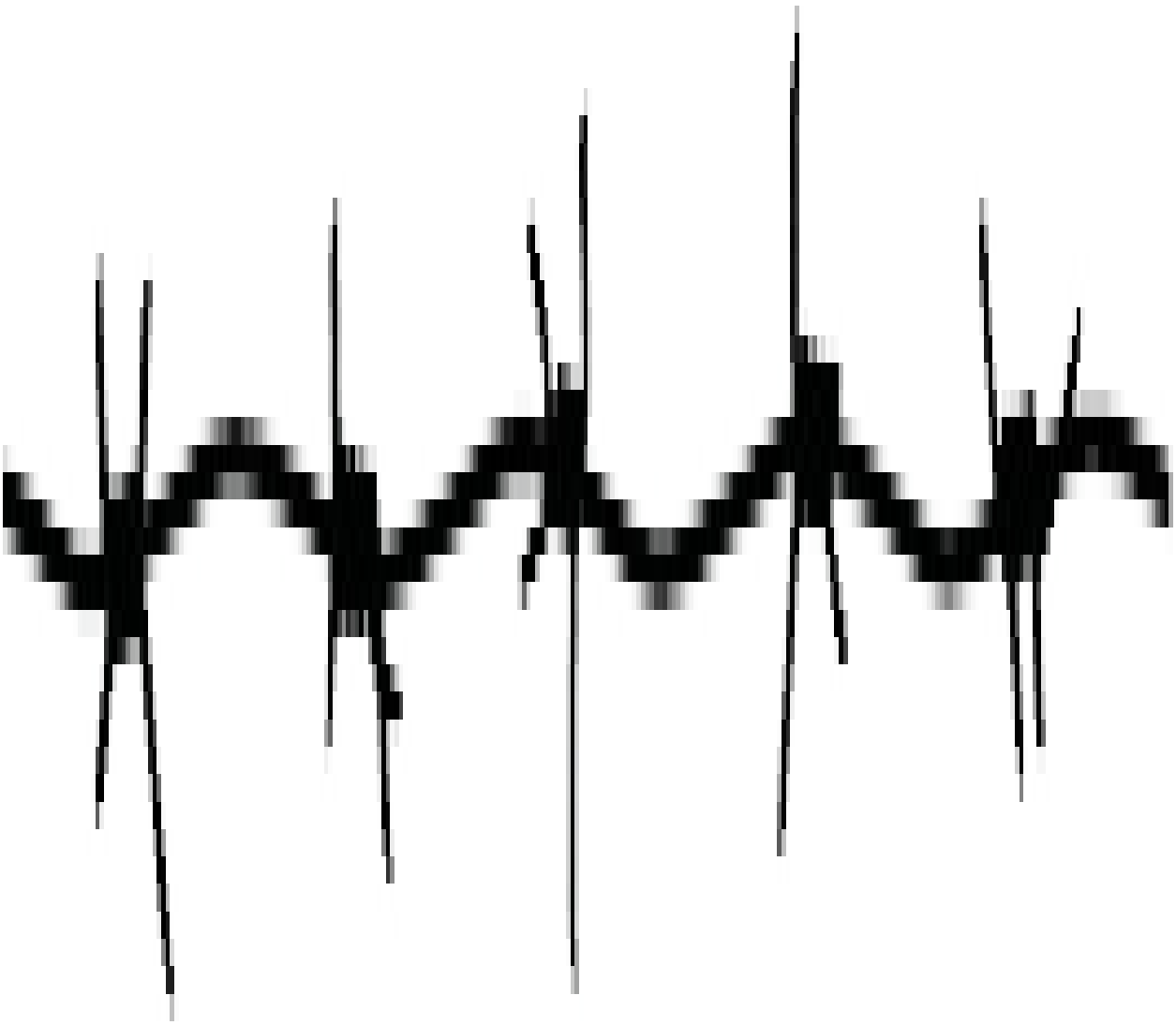
—Y no lo estarás —pronuncia, segura—. No tienes que volver al negocio porque vamos a conseguir el dinero para saldar la deuda y, como sea, te van a dejar en paz. Te lo prometo —expresa. Aunque no puedo evitar preguntarme cómo juntaré todo ese dinero, no lo digo—. ¿Alguna vez rompí una promesa?

Niego. Tiene razón. Keira es mi chica, la que siempre lo consigue todo.

Antes de que pueda continuar atormentándome a mí mismo, ella empieza a jugar con efusividad. Deja besos en la curva de mi cuello, después en mi rostro, hasta hacerme reír. Le devuelvo el gesto haciéndole cosquillas, e inicio una guerra en la que ella se propone evitar mis movimientos, pero no lo logra con éxito. El sonido de su risa viaja por mis oídos, es como una melodía. Al final, me permite derrumbar sus escudos, cesan las cosquillas y puedo besarla.

—¿Podemos hacerlo otra vez? Por favor... —pide con sensualidad. Se sube encima de mí y acomoda las manos sobre mi pecho.

Está repleta de energía, es insaciable… Y me encanta.



Unos fuertes golpes en la puerta del departamento interrumpen mi sueño. Despierto alarmado, también Keira, que se aferra a mi cintura y muestra una expresión confusa.

—¿Qué está pasando? —pregunta.

Me restriego el rostro y tomo una bocanada de aire antes de volver a la realidad.

—No lo sé. Voy a averiguarlo. —Intento salir, pero ella no me suelta.

—No, espera. Déjame acompañarte —propone. Me niego de inmediato. De ninguna manera.

—Quédate aquí. Y no salgas, ¿está bien? Puedo manejar esto.

Salgo de la cama, me visto rápido y me dirijo hacia la puerta principal. Antes de abrir, espío por la abertura de la llave y, evidentemente, se trata de Jonathan.

—¡Vamos, Damon! ¡Sé que estás ahí! —exclama. Sin opción, abro la puerta. Sé que hice lo correcto. Haberlo hecho esperar un segundo más hubiera complicado las cosas.

—¿Qué mierda te pasa? —cuestiono.

—Vaya, estás de mal humor —pronuncia con ironía—. Vengo por lo que es mío. —Ingresa con libertad, como si fuera su propia casa. Tras echar un vistazo, noto que lleva un arma a un costado de su pantalón. La tiene ahí a propósito. Es una amenaza indirecta—. ¿Qué esperabas? Sabes que me gustan las ganancias rápidas, Damon. La próxima vez, tu zorra puede esperar. Yo no —habla firme, con un deje de diversión, pero amenazante.

Contengo la respiración y me guardo la furia para no responder a esa provocación perdiendo los estribos. Odio que sepa que ella está ahí, eso significa que me mantiene vigilado. También detesto que se refiera a ella de esa manera, pero tiene un arma y cualquier reacción de mi parte podría despertar sus ganas de usarla. Decido ignorarlo, al tiempo que recojo el dinero que se encuentra en uno de los cajones del modular que está en la sala.

—Aquí está todo. —Pongo el montón sobre la mesa con cierta bronca que no puedo ocultar—. Hay un treinta por ciento más de lo que esperabas. ¿Algo más?

—Excelente —menciona y se pone a contar el dinero, billete por billete. Una vez que comprueba que está todo, lo guarda en su bolso. Luego, saca otro montón de píldoras empaquetadas en bolsitas individuales—. Esta noche te toca otra vez. Bueno, ya sabes lo que tienes que hacer. Y cambia la cara, tú solito te metiste en esto. Deberías estar agradecido, has llegado más lejos de lo que un inútil como tú podría aspirar.

—A ver, si soy tan inútil, ¿por qué no buscas alguien mejor?

—Sencillo. Tú estás entrenado, y digamos que nadie va a preguntar por ti si en alguna ocasión

me veo obligado a terminar contigo.

—Basta de juegos, Jonathan. ¿Quieres algo más? —Mi paciencia comienza a irse al infierno.

—Por ahora, no. Pero deberías meterte un poco de esto, te ves muy tenso. —Se acomoda el bolso a un hombro y gira para salir del apartamento—. Y compórtate. Te estoy viendo.

Jonathan se marcha. Cierro la puerta con fuerza y doy un golpe a la mesa para descargar la ira que quedó atascada tras sus provocaciones. Quiero gritar y romperlo todo, aunque de cada cosa que dijo acertó en algo: yo solo me metí en esto.

—Ese tipo es un imbécil. —Keira aparece en la sala. Lleva una de mis camisetas, que le llega hasta las rodillas—. Dime que olvidarás cada una de las palabras que te dijo. Todas. —Trato de asentir, en cambio paso mis manos nerviosas por mi cabello. Esto es tan frustrante—. Cálmate. —La rubia se acerca y me abraza. La furia se convierte en algo cada vez más controlable, hasta que se esfuma—. Estoy contigo —me recuerda, luego deja caricias en la parte baja de mi cabello. Aquel toque me ayuda a tranquilizarme.

Quizá en el pasado caí en la trampa, cometí el error de ir por el camino fácil. Aun teniendo noción de lo peligroso que podía ser, fue mi única opción en un momento desesperante.

Al menos esta vez es diferente. No estoy solo.

La tengo Keira, y con ella me siento capaz de vencerlo todo.

CAPÍTULO 30

Damon

El taxi aguarda por Keira a una orilla de la calle. Debió marcharse hace unos cinco minutos, pero voltea para besarme una última vez después de pasar toda la mañana juntos. No quiere irse, no obstante, está segura de que su tío le hará un llamado de atención si no aparece pronto. Lleva el vestido rojo dentro de una bolsa. En su lugar, se apropió de una de mis camisetas y de un pantalón de chándal que, con cierta dificultad, consiguió ajustar a su cintura. Vestigios de irrealidad tiñen los recuerdos de la noche que pasamos, todavía no consigo asimilar que fue real.

—No vayas a la fiesta de esta noche —me pide. Su expresión se torna seria e insiste, a pesar de que ya tocamos ese tema.

Sé que puedo saldar mi deuda buscando dinero de otra forma, pero Jonathan no tendrá paciencia y, mientras intentamos conseguirlo, es preferible que siga trabajando. Hasta el momento, la única oportunidad que tengo de ganar una buena suma es vendiendo la casa que mi madre me heredó, pero hay un problema: Killian aún vive ahí y no será sencillo sacarlo.

—Sabes que tengo que hacerlo —digo, a pesar de su pedido recurrente y su mirada insegura—. No quiero, pero hice un trato. Lo cumpliré hasta que consiga lo que resta para saldar la deuda.

Sé que es capaz de entenderlo, pero no lo aceptará. No podré convencerla.

—Está bien, es tu decisión, aunque no esté de acuerdo —murmura—. Pero avísame cómo va todo, ¿sí? —me pide. Asiento, es lo máximo que puedo hacer—. Te veo pronto, ¿está bien?

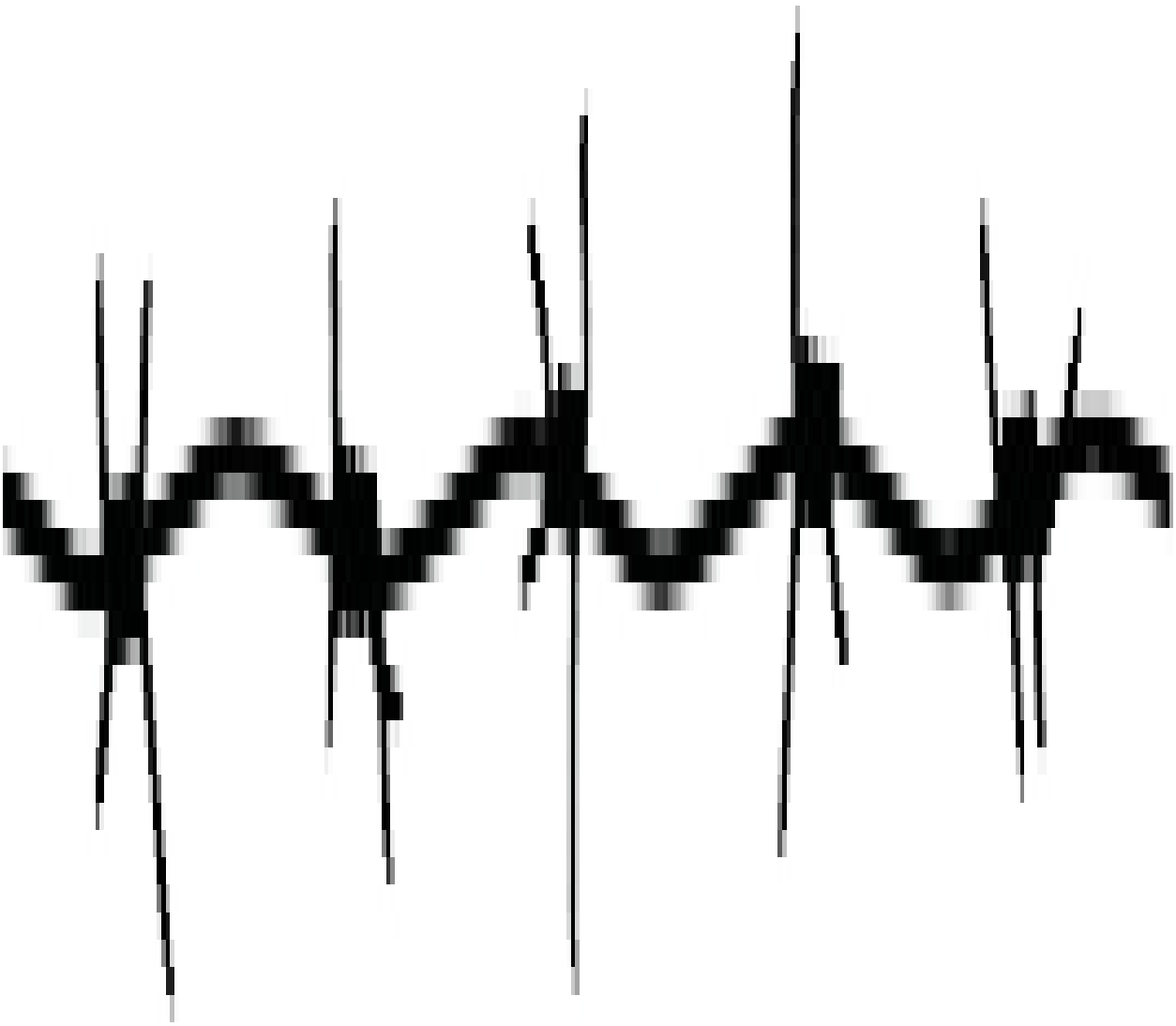
—Sí. Te llamaré.

Ella sonríe satisfecha y no puedo evitar dejar un último beso rápido sobre sus labios para, luego, verla marchar.

Regreso al apartamento, una parte de mí se siente renovada. Aquel piso, que en un principio me sentaba indiferente y vacío, ahora tiene un significado distinto: a donde sea que mire, una imagen de Keira se reproduce en mi cabeza.

Diablos.

Acaba de irse, pero ya necesito verla otra vez.



«Pronto acabará», me digo a mí mismo antes de tomar una bocanada de aire y poner un pie en la fiesta.

Resulta ser mucho más intensa que la anterior: hay el doble de gente y la música es puramente electrónica. Todo indica que haré un buen trabajo, y no me equivoco. Casi de inmediato un par se acercan a comprar sustancia, luego le sigue otro gran resto, casi sin detenerse. Reconozco que Jonathan supo crearle una buena reputación a su negocio, es el preferido. Apenas me dan un respiro, busco el móvil para enviar un mensaje a Keira, quiero decirle que todo está yendo bien.

Sin embargo, no alcanzo a escribir. Un par de clientes se me acercan, bastante exaltados, e interrumpen.

—Está la policía. Parece que alguien denunció que estaban vendiendo —advierte. Me pongo en estado de alerta al instante.

Tengo demasiada mercadería encima. Si me atrapan esta vez, la excusa de que es para consumo propio no funcionará. Debo salir de este sitio.

A mi alrededor, observo a los agentes cuestionando a cada sujeto que se les pone en el camino. Cada vez más se aproximan hacia mi sector. Agradezco que las luces de la discoteca sean débiles e intermitentes, porque hacen que mi rostro se vea difuso. Me muevo con cuidado, en un intento por disimular que trato de escapar. Atravieso la multitud en dirección a la salida y, cerca de alcanzarla, un oficial me llama la atención.

Maldición.

Rápido, lleno mis pulmones de aire. Espero que no me fallen, me espera un largo tramo.

Corro apresurado hacia afuera. Diviso un patrullero detenido en una esquina, por lo que tomo la dirección contraria para escapar. Escucho sus pisadas siguiéndome, mientras que, a lo lejos, suena la irritante sirena, también detrás de mí.

—¡¿No te vas a rendir?! —gritan. No me detengo—. ¡Te atraparemos por las buenas o por las malas, desgraciado!

Transito un oscuro y largo callejón que dirige hacia una calle. Mi figura se pierde en la negrura y la seguidilla de disparos que surgen dejan en evidencia que los agentes están perdiendo la paciencia.

El intenso sonido de una explosión abrupta me quita estabilidad. Siento un golpe en el hombro, como una patada. El calor del impacto me quema. El ardor se expande, duele. Me han disparado. Aunque quiero arrojarme al piso, la adrenalina me impulsa a seguir corriendo. Llego hasta el extremo del callejón, allí me topo con una calle y un camión que está a pocos centímetros de pasar.

Puedo arriesgarme a ser atropellado o quedarme y ser capturado por la policía.

Me arriesgo. Atravieso la calle tan rápido como me es posible y consigo llegar al otro lado. El largo acoplado del camión tapa la salida del callejón y me da el tiempo que necesito. Me meto en un taxi desocupado. Llevo la mano hacia mi hombro herido y lo presiono, siento como la sangre se escurre y el dolor aumenta. El chofer pide la dirección y me nace dar la de Keira. Se pondrá furiosa, pero sabrá qué hacer con esto.

En la mansión Holt, pulso el timbre como puedo. Me encuentro tan perturbado que, segundos después, caigo en la cuenta de que debí ir por detrás, colarme por su ventana o avisar que estaba afuera. Pero mi desesperación es más grande que mi razonamiento.

La puerta se abre y se asoma William Holt, quien me observa confundido.

—Damon, ¿no? Amigo de Keira —indaga. Asiento de forma inmediata.

—¿Puede decirle que estoy aquí?

No dejo de presionar la herida. Duele como el infierno. La sangre resbala a lo largo del brazo, pero queda encubierta por el color negro de la chaqueta de cuero.

—Son más de las dos de la madrugada —dice, todavía dubitativo.

—Lo sé, yo… Entiendo, señor Holt. No debería estar aquí, lo siento. —Los nervios se incrementan bajo la mirada inquisitoria del hombre. Supongo que fue una idea terrible irrumpir en una casa de familia en medio de la madrugada—. Debería irme. Sí, eso es lo que haré.

Quizá puedo tomar un taxi hacia otro sitio y dejar de molestar.

—No, claro que no. ¿Te encuentras bien? —cuestiona. Direcciona la mirada hacia la herida que trato de ocultar—. ¿Por qué no entras? Llamaré a Keira y le diré que estás aquí. —Pese a la firmeza en su voz, encuentro algo que se asemeja a la generosidad. El hombre se mueve hacia un lado y me permite ingresar—. Siéntate, bajará en un momento.

—Gracias.

Me siento en uno de los sillones del living. Empiezo a sentir como si el suelo estuviera moviéndose bajo mis pies. Abrumado, me quito el bolso que llevaba cruzado y lo apoyo sobre el suelo. Este contiene lo que queda de mercadería y el dinero que recaudé.

Me retuerzo a causa de las punzadas de dolor, pero desvío la mirada hacia el lado contrario de mi herida.

Ya no tolero ver tanta sangre fluir.

Keira

A pesar de que intento concentrarme en la lectura para la universidad, echo un vistazo al móvil en reiteradas ocasiones. Damon aseguró que iba a enviarme algún mensaje para comentarme cómo iban las cosas, pero las horas continúan pasando y no tengo noticias de él. Trato de no alarmarme, regreso la vista al libro y procuro retomar la lectura. Lo hago durante un rato, hasta que un suave toque en el hombro me desconcierta. Es extraño ver a mi tío en la madrugada, así que mi primer pensamiento es que pasó algo malo. Me quito de inmediato los auriculares para prestarle atención.

—Tío, ¿pasó algo malo? —pregunto, preocupada. Él titubea, no está seguro. Frunzo el ceño.

—No lo sé —responde—. Vino este amigo tuyo, Damon. Te está esperando abajo. Creo que le ocurrió algo, pero sé que no me lo contaría, así que no le hice preguntas —explica. Me lleno de incertidumbre, alarmada. Intento esquivarlo para dirigirme a la sala, pero me detiene—. Escucha, voy a darles privacidad, pero me quedaré por aquí cerca. Confíen en mí si necesitan algo —me deja saber—. Y, por cierto, mañana tú y yo tendremos una conversación.

Me muestro de acuerdo rápido, adelanto mis pasos hacia la escalera y bajo a la sala.

Damon está sentado sobre un sofá y lo primero que noto es el tono de su piel: está pálido. Mientras tanto, su pie produce un repiqueteo contra el suelo, en señal de que está nervioso. También hay gotas de sudor deslizándose por su frente y una de sus manos ejerce presión sobre su hombro izquierdo.

—Ey... ¿Qué pasó? ¿Damon? —Diviso sus ojos cristalizados mirando hacia el lado contrario, al mismo tiempo que aparta la mano y me deja ver un montón de sangre fluyendo por debajo de la chaqueta negra. Abro los ojos, impresionada por el daño que le han hecho—. ¡Maldición! —emito un quejido en voz alta, furiosa—. ¿Quién te hizo esto?

—La policía —larga—. Alguien denunció que estábamos vendiendo en la fiesta, así que me escapé tan rápido como pude. Pero me siguieron y me dispararon para detenerme.

Es evidente que la adrenalina aún corre por sus venas.

—Tenemos que ir a un hospital. Ya —indico. A punto de ponerme en acción, él interrumpe.

—No. Si voy a un hospital con esto, tendré que darles explicaciones —advierte. Es cierto. Si asistes con una herida de bala, los médicos tienen la obligación de notificar a la policía—. Jonathan nos dio el contacto de un médico que atiende estos casos —explica. Imagino que se trata de alguien a quien le pagan para que guarde secretos y que también forma parte del negocio —. Está en mi celular. —Trata de mover la mano para buscarlo, pero lo detengo.

—No muevas tu mano de ahí. Yo lo llamo.

Es la única opción viable que tenemos.

Me capacité en primeros auxilios, sé curar cierto tipo de heridas, pero no tengo ningún tipo de autoridad para tratar algo así.

—Dile que iré a verlo.

—¿Y salir de aquí? Damon, te acaban de disparar. No puedes moverte de un lado a otro así como así —lo regaño. Él me da una mirada como si fuera un cachorrito al que acaban de reprochar—. Supongo que podrá verte aquí, ¿o no?

—Sí, pero no quiero traerte problemas con tu familia.

—De eso me encargo yo.

Seguro se me ocurrirá algo para decirle a mi tío. Es lo de menos.

Me adentro en el baño más cercano para realizar el llamado. El médico contesta, le explico que se trata de Damon y que trabaja para Jonathan, con lo que comprende sin objeciones. Le paso la dirección y asegura que llegará lo más pronto posible. Suspiro, entre enfadada y frustrada. Recojo una toalla limpia del baño y regreso con mi chico, mientras me digo a mí misma que no es momento para enfadarme; lo haré luego de que el médico compruebe que se encuentra bien.

—Está viniendo —menciono. Él asiente, aún nervioso—. ¿Me dejas ver? Será mejor si quitamos esto.

Lo ayudo a ponerse de pie y consigo que se libere de la chaqueta con sumo cuidado. La prenda yace en el piso y su camiseta manga corta deja expuesta la herida. Se me revuelve el estómago.

No es que la sangre me impresione, sino que se trate del chico que amo. Quiero llorar al imaginar el dolor que está sufriendo y como se esfuerza para acallar los quejidos porque no quiere causar disturbios en la casa.

—Voy a hacer un torniquete para que dejes de perder sangre, hasta que llegue el médico, ¿de acuerdo? Sé que te duele, pero necesito que resistas —pronuncio. Me coloco a su altura y, tras su aprobación, lo envuelvo con una toalla alrededor de la herida y hago un nudo, presionado. Pongo toda mi fuerza de voluntad para no ser débil y dar marcha atrás. Es angustiante causarle dolor, pero es así como se auxilian esta clase de heridas—. Lo sé, ya sé que duele. Lo siento. Vas a estar bien. —Acaricio sus mejillas en afán de tranquilizarlo.

—No lo sientas, Keira. Cosas como estas pasan tarde o temprano si eres un maldito dealer que pone la cara mientras los demás están escondidos llenándose los bolsillos de dinero —larga, rencoroso, entre quejidos a causa del dolor.

—Cálmate, ¿sí? Te pondrás peor si te alteras. —Sin embargo, que permanezca consciente, hablando, y que tenga movilidad son buenos signos—. Voy a buscarte un vaso de agua. Supongo que corriste como nunca.

Trato de restar un poco de tensión. Él lanza una leve risa apagada.

—Rompí el récord —responde en un intento por bromear, pero de nuevo emite un jadeo.

Me levanto, camino rápido hasta la cocina. Allí está William bebiendo un café. Me da una mirada severa al verme; luce impactado.

—¿Qué le pasó a ese chico? —cuestiona—. He visto la herida que tiene. ¿Por qué no lo llevamos a un hospital? —insiste. Me pone nerviosa, no sé qué historia inventar.

—Tuvo un accidente, pero lo conozco y es preferible que se quede aquí. Un médico está en camino —respondo, prefiero dejar fuera algunas partes de la historia—. Tío, te prometo que mañana te lo contaré todo con detalles. ¿Puedes confiar en mí? Yo... nunca más traeré problemas. Esto será todo. A partir de mañana volveré a pasar desapercibida y...

—Keira, no te estoy juzgando. Sí, mañana hablaremos, pero deja de pensar que eres un problema para mí. Eres mi única sobrina, te conozco desde que naciste, y si firmé los papeles de la tenencia no fue por obligación. Estoy aquí para apoyarte.

Sus palabras me brindan tranquilidad, siento que me quité un peso de encima.

—¿Damon podría quedarse esta noche en la habitación de invitados?

—Por supuesto. Claro que puede.

De forma genuina, le doy un abrazo fraternal, similar a los que le daba a mi padre.

—Gracias. Él es muy importante para mí, que lo dejes quedarse significa mucho.

Mi tío se retira y, entonces, lleno un vaso con agua. Camino con prisa al living y se lo extiendo a Damon, que lo sostiene con la mano libre y se lo bebe entero. Minutos después, suena el timbre.

Llegó el médico.

Damon

Conozco al tipo que inspecciona mi herida. En una ocasión, él trató el disparo en la pierna de Ethan, a quien hirieron para enviarle una advertencia a Jonathan. Lo mío es diferente, pero no deja de ser la misma mierda. Estas situaciones son moneda corriente en los suburbios de este mundo, donde el dinero y la mercancía tienen un valor superior a la vida de un ser humano.

Es cruel, pero real.

No puedo dejar de sentirme un idiota que paga el precio de los errores que cometió. También sé

que soy un afortunado que recibe mucho más de lo que merece. Keira es un ángel. Manejó la situación con tranquilidad y me ofreció la habitación de invitados, donde pude recostarme. Sentada a mí lado, tiene la vista puesta en las expresiones del médico, como si intentara descifrar lo que está pensando. De seguro lo intuye, es la persona más inteligente que conozco.

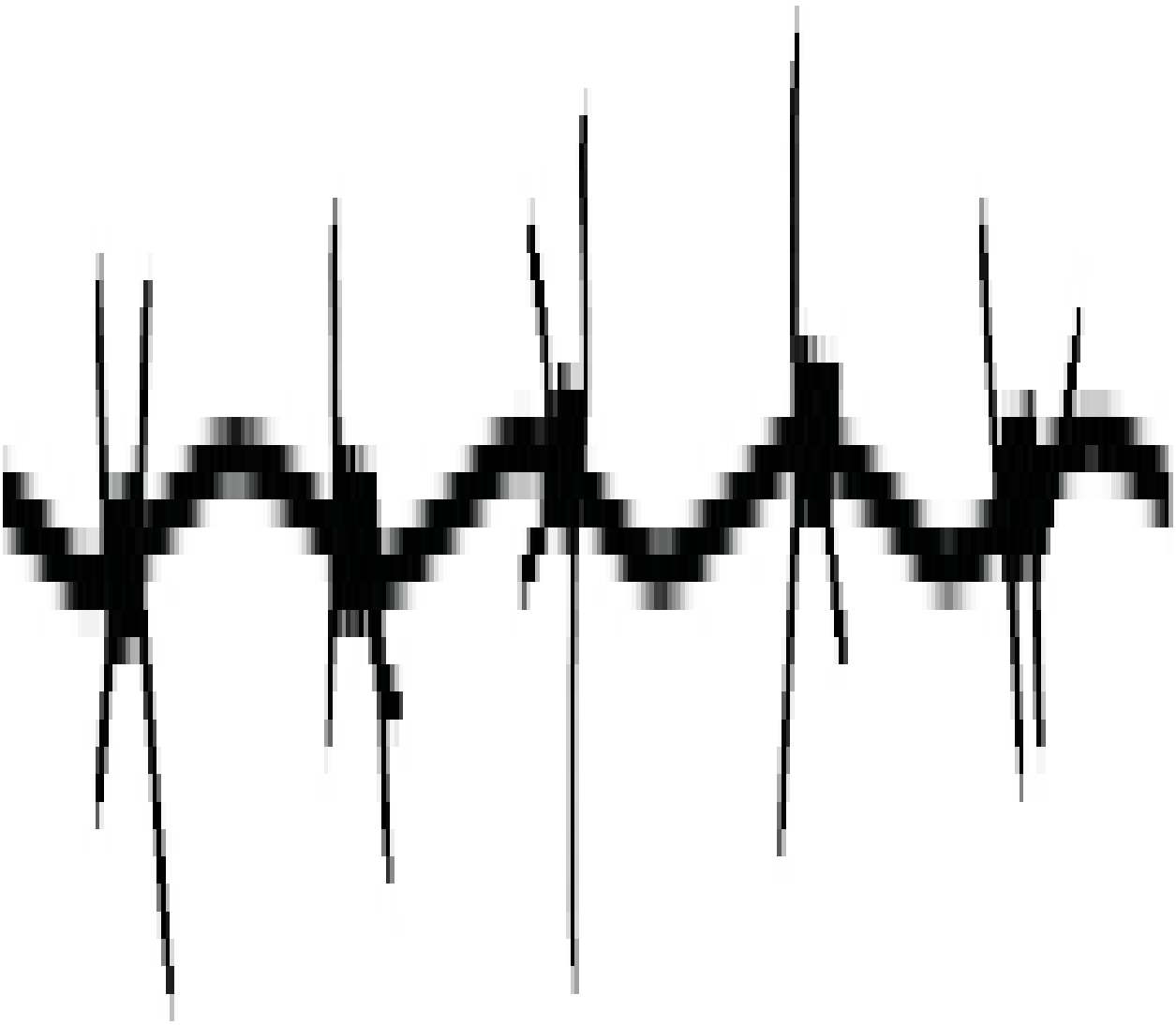
—Tuviste mucha suerte —expresa el profesional, tras chequear el daño—. La bala no impactó dentro, tan solo rozó —comenta. Ambos respiramos aliviados.

—Lo suponía. Si hubiera entrado, el dolor seguro hubiera sido más intenso y la hemorragia mayor, ¿no? —Keira se dirige al médico, que le da una pequeña sonrisa de asombro.

—Exacto —responde—. Voy a desinfectar la herida. Después la voy a vendar y, por último, les daré indicaciones para los cuidados —explica. Seguido, se mueve hacia la mesa de noche, en busca de los elementos que dejó ahí—. Esto va a doler, así que tendrás que resistir —advierte. Segundos después ella sostiene mi mano libre y la acaricia con el pulgar—. Respira profundo.

Sigo la indicación. Inhalo y la miro en busca de distraerme. El médico empapa la herida con un líquido que intensifica el ardor, hasta que llega a un punto máximo y de a poco, comienza a calmarse.

El resto del procedimiento continúa doliendo, pero no puedo quejarme: podría haber sido mucho peor.



Cierro los ojos, muerto de sueño. Después de vendarme la herida y darnos instrucciones para cambiar el vendaje, el doctor se retira. El calmante que me dio está logrando su cometido. Tengo ganas de dormir y olvidarme para siempre de este día. Keira lo acompaña hasta la salida, mientras le hace cientos de preguntas. Desde aquí puedo oír su voz.

¿La verdad? No sé cómo lo haría sin ella.

—¿Qué es esto? —cuestiona al regresar a la habitación con el bolso que había olvidado en la sala. Maldición.

—Lo que sobró de las ventas y el dinero que recaudé —respondo. Ella enseguida lo suelta y lo deja en un rincón. Es evidente que le causa rechazo.

—Ahora que sé que te pondrás bien, me vas a escuchar, Damon Montclair —dice, firme—. Ese estúpido trato que hiciste con Jonathan se terminó. Vas a dejar de poner en riesgo tu vida, ¿me escuchaste?

—Solo me queda una venta para terminar.

—No me interesa. Vamos a conseguir el dinero de otra forma. Hoy fue la última vez que te metes en ese negocio, ¿está claro? —pronuncia con severidad. Pocas veces la he visto tan enfadada.

—Está claro, oficial —bromeo para restar tensión. De inmediato, comprendo que cometí un grave error. No se ríe. Sigue furiosa, quizá más que antes—. Lo siento. Mal momento para una broma, ¿no?

—Eres un idiota —suspira abrumada—, pero moriría si algo te pasa —agrega y veo lágrimas caer por sus mejillas. Ese gesto me rompe el corazón y me produce ganas de golpearme.

Amenaza con marcharse, pero alcanzo a tomar su mano.

—Espera, lo siento. Tienes razón, soy un maldito idiota. —Regresa y se quita las lágrimas—. Ven aquí un momento. ¿Por favor? —pido y busco ver sus ojos. La rubia accede, se recuesta del lado que no está herido y apoya parte de su cabeza sobre mi pecho. Sé que le gusta ese sitio—. Lamento si a veces me comporto como un imbécil.

—Lo haces bastante seguido, eh —reclama, aunque esta vez encuentro en su modo de hablar un dejo de diversión.

—Puede ser. Aunque algunas veces lo hago para hacerte reír. Me gusta cuando ríes.

—Y a mí me gusta cuando te mantienes a salvo y no estás por ahí arriesgando tu vida.

—No lo haré más —aseguro. Ella eleva la cabeza hasta encontrar su mirada con la mía.

—¿Lo puedes prometer? Pero espera, Damon. Si lo prometes, hazlo en serio. Hazlo porque en verdad te importa, porque de verdad lo crees e intenta, por un segundo, hacerte la idea de lo aterrador que es para mí sentir que podría perderte. —Se le quiebra la voz, los ojos se le humedecen mientras contiene las lágrimas.

Está asustada y recién ahora soy capaz de percatarme de ello. Me siento una basura.

Olvidaba que jugarme la vida puede ser costumbre para mí, pero no para ella. Olvidaba que, incluso en los días más oscuros, metido en lo más profundo de un pozo o perdido en el desastre que es mi vida, ella está ahí para quererme y recordarme que sigue creyendo en mí. Olvidaba que, a pesar de que la veo a diario actuando segura, confiada y valiente, ella también siente miedo.

—Sí, lo prometo —digo con firmeza, honesto. Quiero dejar de darle motivos por los que temer —. La próxima llamada que haré a Jonathan será para decirle que estoy fuera. —Encuentro su mano y entrelazo nuestros dedos—. Y lo siento, de verdad. Odio hacerte sentir así, cuando en realidad eres lo único que me importa. Siempre te elegiría por sobre todo, y lo digo en serio. Te lo prometo. No lo olvides.

CAPÍTULO 31

Keira

La alarma del celular no deja de sonar. Extiendo la mano para apagarla, pienso que es probable que me haya equivocado cuando la configuré la noche anterior, si apenas he dormido un par de horas, no puede ser que...

Oh, no. Sí puede ser.

Entreabro los ojos. El reloj en la pantalla marca las siete de la mañana. Debo ponerme en marcha si no quiero llegar tarde a la universidad. Todavía somnolienta, pongo fuerza de voluntad e intento salir de la cama. Sin embargo, el brazo masculino envuelto en mi cintura tira y no lo permite. Trato de zafarme, pero el movimiento que parece inofensivo me atrae de nuevo a la cama.

A medida que me despejo, recuerdo lo que pasó la noche anterior. Comprendo que me quedé dormida en la habitación de invitados junto a Damon, a mitad de la madrugada. No he descansado más de tres horas. Mirarlo dormir con tanta tranquilidad me hace sonreír.

—Damon... Me tengo que ir —murmuro con suavidad. Me da pena despertarlo. Quiero mover su brazo, pero él me retiene y gruñe—. Tengo que ir a la universidad.

—Solo cinco minutos más —pide con los ojos cerrados—. ¿No debería ser ilegal tener clases a esta hora? —se queja, y largo una suave carcajada—. En serio, ¿cómo haces para no dormirte sobre la mesa?

—Es lo normal —digo, todavía risueña—. Te acostumbras. Ahora, ¿puedes quitar la mano? —pido, aunque tenga ganas de quedarme durmiendo el resto del día a su lado.

—Si me das algo a cambio, sí.

Suerte que soy una persona con mucha paciencia.

—¿Qué quieres, eh?

—Un beso.

Aprieto con mis dientes el labio inferior y niego, divertida.

—Uno solo. —Me acurruco a su lado y encuentro sus labios, donde deposito un beso. Al instante su brazo se afloja y quedo libre—. Dale, vamos a desayunar. —De pie, lo tomo de la mano y lo incito a salir de la cama—. No te vas a morir por levantarte temprano. —Vuelvo a tirar y consigo que se despegue del colchón con escasas ganas.

—Solo hago estas cosas por ti —menciona y sonrío, satisfecha. Termina de incorporarse con cierto cuidado, dado que no puede mover demasiado su brazo lastimado—. Es increíble. Nunca voy a entender de dónde sacas tanta energía.

—Eres un exagerado. Estoy acostumbrada a levantarme temprano por las mañanas. Así de simple.

Sujeto su mano y lo guío hacia la cocina. Él se sienta sobre un taburete y me acerco hacia la alacena en busca de algunos ingredientes. Luego me dirijo hacia la máquina de café. Intento abrirla para colocar la cápsula, pero la tapa se atasca. Insisto, aunque no hay forma.

—¿Te puedo ayudar?

—Está bien —acepto. Damon se acerca y se pone a mi lado, lleva la mano derecha hacia la cafetera y trata de encontrar una solución.

Cuando está punto de lograrlo, Alisha choca con él de manera abrupta. La chica va tan dormida que no entiende nada.

—¿Y quién diablos eres tú? —cuestiona, alzando la voz—. ¿Eres un ladrón? —Entra en pánico.

—Sí, soy un ladrón —responde. Alisha balbucea, sorprendida—. Lo siento, solo quería desayunar antes de continuar con el asalto —bromea, irónico. Aprieto los dientes para retener las carcajadas.

Alisha lo mira, aterrada.

—Ey —llamo su atención con un leve tono de reproche—. Está conmigo, Alisha. No es un ladrón, no te preocupes. —Me asomo por detrás. Ella nota mi presencia y su pánico disminuye.

—Oh, ya sé. Tú eres...

—Damon Montclair, un placer. —Sonríe de lado y le extiende la mano, pero Alisha ignora el gesto.

—¿Mi padre sabe que estás metiendo a este tipo a la casa?

—Sí, lo sabe. No te preocupes —mantengo la calma para evitar cualquier tipo de conflicto—. Tendrás que acostumbrarte, lo verás seguido por acá —aclaro, tras percatarme de la manera despectiva en la que lo mira. Seré talentosa para el autocontrol, pero hay ciertas actitudes que no tolero.

—Eso ya lo veremos —dice y extiende la comisura de los labios en una línea recta—. Ugh, todo esto me cerró el apetito —agrega por lo bajo, cruza los brazos y gira en dirección a la salida.

—Eh, Alisha. ¿Le envías saludos a Landon de mi parte? —larga Damon, provocador. Mi prima voltea con el ceño fruncido, sin entender nada, y se marcha.

—Ey, deja de buscar problemas —le recrimino, aunque sus ocurrencias siempre me divierten. Sé que puede reconocer la sonrisa que intento reprimir.

—Bueno, tú empezaste —se justifica.

—Te estaba defendiendo.

—Eres un encanto, lo sabes, ¿no? —dice, y yo pongo los ojos en blanco pese a que el efecto que sus palabras tienen sobre mí es inevitable. Me hace sentir un estúpido cosquilleo en el estómago.

Damon

Keira se marcha a la universidad y, a pesar de que insistió en que me quedara en la habitación de invitados, regresé al apartamento. Es divertido pasar tiempo en la mansión Holt, pero sé que podría causar problemas si me quedara por más tiempo, más si ella no está.

La noche que pasó fue un caos. Conseguí salir vivo de milagro; me cuesta creer la suerte que tuve. Me duelen el brazo y el hombro, pero podría haber sido peor; esta herida no es más que un simple rasguño.

Me suena el móvil desde que subo al ascensor hasta que llego a mi piso. No quiero echarle un vistazo, ya intuyo de qué se trata. No obstante, después de resoplar, fastidiado tras asumir que debo enfrentar la realidad, lo chequeo. Es Jonathan, como era de esperar.

—¿Dónde está mi dinero?

—Lo tengo conmigo, tranquilo.

—Tranquilo una mierda. Lo quiero aquí. Ahora.

—Ahora no puedo ir.

—¿Todavía no entendiste quién pone las reglas? —cuestiona, hecho una furia.

Un silencio filoso domina la situación. Me rasco la nuca, nervioso. Percibo el dolor incesante en mi hombro, recuerdo el sonido del impacto y los ojos asustadizos de Keira al pedirme que me

aleje de ese mundo.

—No lo haré más —expreso. No fallaré a la promesa que le hice a Keira, tampoco a mí mismo.

—¿Acaso estás drogado?

—Mira, Jonathan. La policía descubrió que estaba vendiendo, tuve que huir y casi me matan. Se acabó —repito mi decisión—. Tendrás el dinero. Te daré lo que recaudé y conseguiré lo que falta.

—Sigo creyendo que estás drogado —insiste—. Ese no era el trato. No me interesa que pongas el resto del dinero, sino que vendas.

—Es una lástima, porque no lo haré más. El trato era por dinero, y lo tendrás. Mientras tanto, quedo fuera del juego. —Corto.

Maldición. Espero que tenga problemas más graves de los que ocuparse y se olvide pronto de esto.

Quizá fue una decisión abrupta y hasta apresurada, pero siento un gran alivio. Acabo de despegarme de una gran carga, por primera vez he logrado tomar las riendas del asunto y me negué a ser manipulado por Jonathan. Se siente como volver a respirar aire puro. No necesito el negocio, ni deseo meter en mi cuerpo ninguna sustancia; es como si, después de un largo tiempo atrapado en un bache, al fin comenzara a avanzar. Pienso en lo feliz que se verá Keira cuando le cuente que se acabó… Será solo una porción de todas las cosas buenas que se merece.

Decidido a seguir haciendo las cosas bien, busco los apuntes que ella me entregó un día en el centro, junto a indicaciones de cómo debo estudiarlos para rendir los exámenes finales que me permitirán acabar la preparatoria. Llevo siglos lejos de esto, pero ¿qué tan difícil puede ser? Parece que tendré mucho de lo que ocuparme esta tarde.

Keira

Trato de prestar atención en clases, mientras recuerdo que debemos conseguir dinero para saldar la deuda de Damon y que lo dejen en paz. Hasta ahora, la mejor opción es que pueda disponer de su casa y venderla. Sería lo más efectivo, pero hay un obstáculo llamado Killian.

Podemos acudir a la justicia, conseguir una orden y sacarlo, pero eso llevará tiempo y es lo que menos tenemos. Podríamos hablar con él, pero la idea de que mi novio se tenga que cruzar con ese tipo me da escalofríos. Lo más probable es que el encuentro acabe en algún tipo de agresión que prefiero evitar.

Entonces, se me ocurre que podría ir yo y tratar de convencerlo. Tengo un discurso en la cabeza, hechos que juegan en su contra; la coartada perfecta para lograr que deje el sitio por sus propios medios. Camino tan sumida en los detalles del plan, que me llevo por delante a un grupo de chicos que se encuentran apoyados contra una de las paredes del pasillo, conversando. Sus abucheos son inmediatos. Respondo con un «lo siento» y me dispongo a seguir, dejando el breve altercado en el olvido.

—Keira, ey. Keira. —Distingo la voz de Jace y me detengo. La última vez que lo vi discutimos, pero no soy capaz de ignorarlo. Giro hacia él y lo miro—. ¿Todo bien? —pregunta con cierta preocupación.

—Sí, todo bien. Solo iba distraída con... tonterías. —Me encojo de hombros.

—¿Segura? Sin ofender, te ves como si hubieras tenido una noche pésima —larga con sinceridad, aunque cuida sus palabras. Él siempre tan correcto.

—Bueno, no dormí tan bien como otras veces, pero no pasa nada —le aseguro. Él asiente, intuyo que no me creyó una sola palabra—. Jace, debo... me tengo que ir.

—Ah, sí. Claro —murmura. Creo que me dejará seguir adelante y doy unos pasos para alejarme, pero se interpone otra vez—. ¿Podemos hablar? Ya sé que estás apurada, pero no te robaré mucho tiempo. Es que no soporto estar mal contigo. Me equivoqué. Me entrometí en tus asuntos y no hay excusa que lo justifique, lo sé. Pero lo siento, ¿está bien? Ya aprendí la lección. No lo haré más.

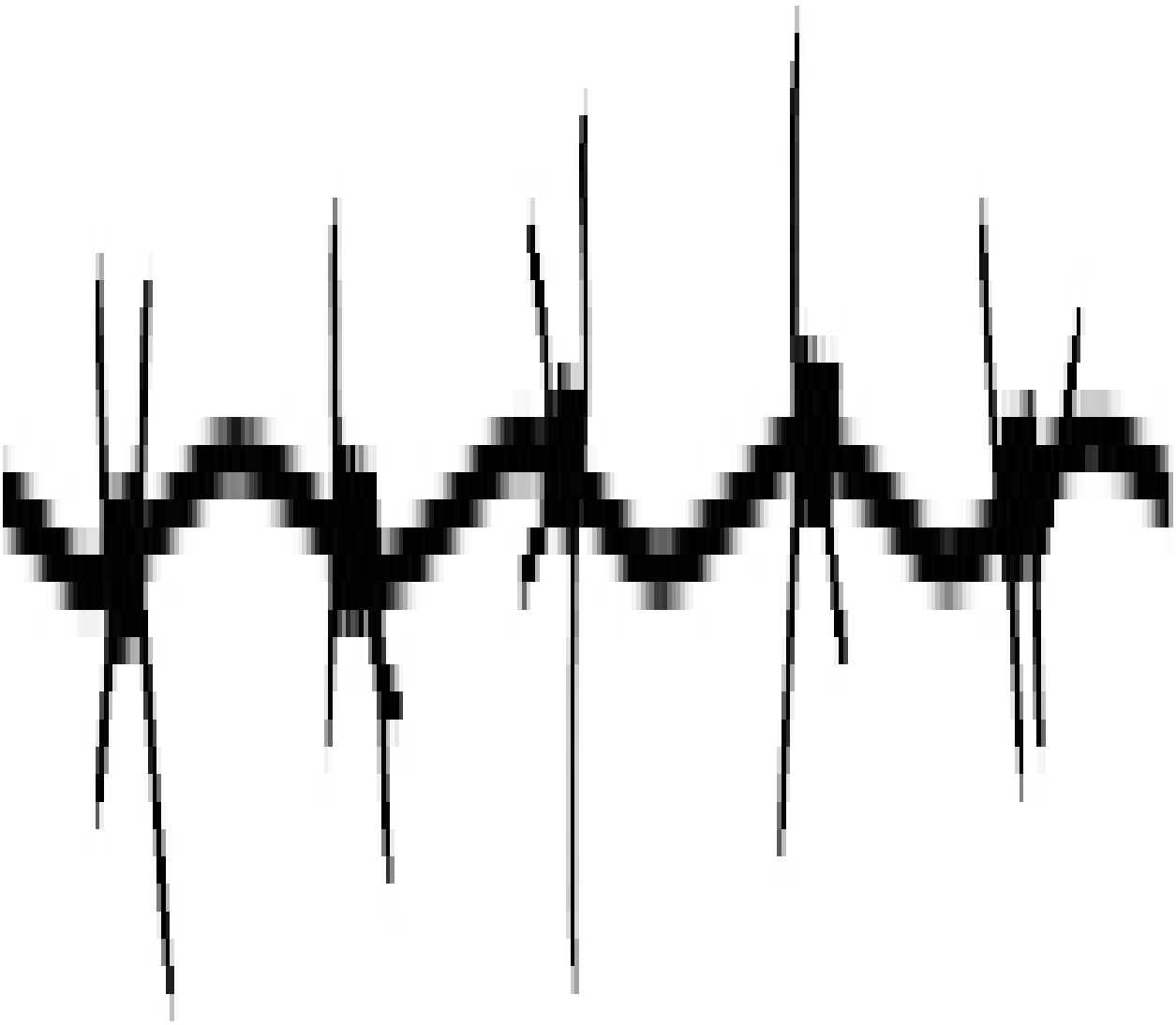
Suspiro, rendida. En realidad, ya no estoy molesta. Soy consciente de que somos humanos y nos equivocamos todo el tiempo.

—Está bien, Jace. También me tengo que disculpar por olvidar que eres mi amigo y que solo intentabas ayudar. Pero ya está. Asunto olvidado —digo segura y observo como su rostro se ilumina

—¿Tienes que hacer algo ahora mismo?

—Tengo que... —Se me ocurre mentir, pero pronto me doy cuenta de que Jace me podría acompañar a poner en acción mi plan. No estaría mal tener un respaldo, por si acaso—. ¿Estarías dispuesto a acompañarme a un lugar? Es... Te sonará a locura en un principio, pero al final verás que tiene sentido —le explico.

—De acuerdo. Aunque tengo la sensación de que estás hablando de algo arriesgado, soy tu amigo y voy contigo de cualquier modo —pronuncia como si no tuviera opción y me hace una seña para que sigamos hacia la salida.



—Este sitio da miedo —pronuncia el rubio a mí lado, mientras toco la puerta de la antigua casa de mi novio.

—No puedes tener miedo. —Volteo hablando en voz baja—. O sí, pero necesito que te hagas el duro. O, si lo prefieres, me esperas en el auto.

—¿Y dejarte aquí sola? Ni loco —indica. Antes de que pueda seguir hablando, la puerta se abre y Killian se asoma. Mira de abajo hacia arriba con el ceño muy fruncido.

—Lo que sea que tengan para decir, no me interesa. —Intenta cerrarnos la puerta en la cara, pero lo detengo y poso la mano en ella.

—Espere, no tan rápido. Estoy segura de que sí le interesa —murmuro, impulsada por el coraje —. Así que le recomiendo que nos deje pasar y que escuche con mucha atención lo que tengo para decirle.

El hombre, de escasa paciencia, nos permite la entrada. El interior del sitio se asemeja a lo que vi la primera vez que pisé el lugar: hay botellas de alcohol, en especial de cerveza, dispersas por el lugar, un televisor prendido que muestra escenas de un viejo partido de béisbol y desorden en su máxima expresión por toda la casa.

—Hablen. No tengo todo el día.

—Bien. Es sobre la casa —anticipo—. Alice Montclair, dueña de esta propiedad, dejó expreso en su testamento que este lugar le pertenece a su hijo.

Killian cruza los brazos sobre el pecho y arruga el entrecejo todavía más.

—Aguanté a esa zorra y al inútil de su hijo por años. ¿Crees que esto no me pertenece?

—No, no le pertenece. Ustedes no estaban casados y los papeles dejan en claro que la casa es de Damon —repito.

—Los papeles me importan una mierda.

—Le deberían importar.

—¿Y por qué? —Se aproxima de manera peligrosa—. Me están haciendo perder el tiempo —gruñe.

—¿Conoce a William Holt? Lo escuchó nombrar, ¿no? —Killian asiente—. ¿Sabe que es un empresario importante, que tiene influencias por todas partes? Bueno, soy su sobrina. —Sonrío, calma—. Damon, el dueño de esta casa, es muy importante para mí. No me costaría nada contarle a mi tío sobre el daño que le causó, los ataques, las amenazas… los golpes de la última vez. Incluso tenemos fotos y testigos, ¿sabe? Mi tío tiene los mejores abogados. Presentar una

denuncia sería tan fácil… y ni le cuento lo sencillo que sería encerrarlo, quizás incluso de por vida.

Larga una risotada irónica.

—Bueno, háganlo. Ya veremos quién sale perdiendo.

—De acuerdo. En los próximos días la policía lo buscará por cielo y tierra. No van a parar hasta encontrarlo —le advierto—. ¿No cree que sería más fácil tomar sus cosas, dejar las llaves sobre la mesa e irse lejos de aquí? —Él duda, pero no dice nada—. Como quiera. A mí no me costará nada salir de aquí y poner una denuncia.

Necesito que entienda que no juego. Hablo en serio.

De un manotazo, Killian derriba las botellas de cerveza que estaban sobre la mesa, las cuales explotan en el piso. Exaltada, doy un paso hacia atrás y Jace pone un brazo delante de mí, a la defensiva.

—Tienen tres segundos para salir de aquí, si no quieren que los mate —Killian nos amenaza—. ¡Fuera de mi vista!

—Vámonos de aquí —pronuncia Jace y tira de mí, pero sigo inmóvil—. Nos va a matar.

—Esta casa es de Damon. Tarde o temprano tendrá que irse —digo, completamente segura.

El tipo arroja una botella, aún más furioso. Jace, que está aterrorizado, me sostiene de la cintura y me arrastra hacia afuera. La puerta se cierra de un solo golpe y maldigo por lo bajo, con ganas de gritar.

—Vamos.

—No —insisto—. Todavía no terminamos. —Vuelvo hacia la puerta y toco de manera reiterada —. ¡Si no se larga, llamaré a la policía! —exclamo—. Tiene cinco minutos para decidir.

—¿Estás loca? —Jace abre los ojos de par en par.

—Sé lo que hago —respondo, mientras oímos ruidos y golpes que provienen del interior. Lo está destrozando todo. Una parte de mí siente miedo, pero no puedo mostrarlo. Hacerlo me haría vulnerable y, ante personas como él, esa es la peor estrategia.

—Keira… Podemos ir y regresar luego.

—No —vuelvo a negar—. ¡Estoy llamando! —grito más fuerte, a través de la puerta. Saco el celular y comienzo a marcar el número. Pienso decirles que el hombre nos agredió—. ¡Aún puede arrepentirse!

Segundos después, Killian se asoma de nuevo. Tiene un bolso mediano cruzado sobre el pecho.

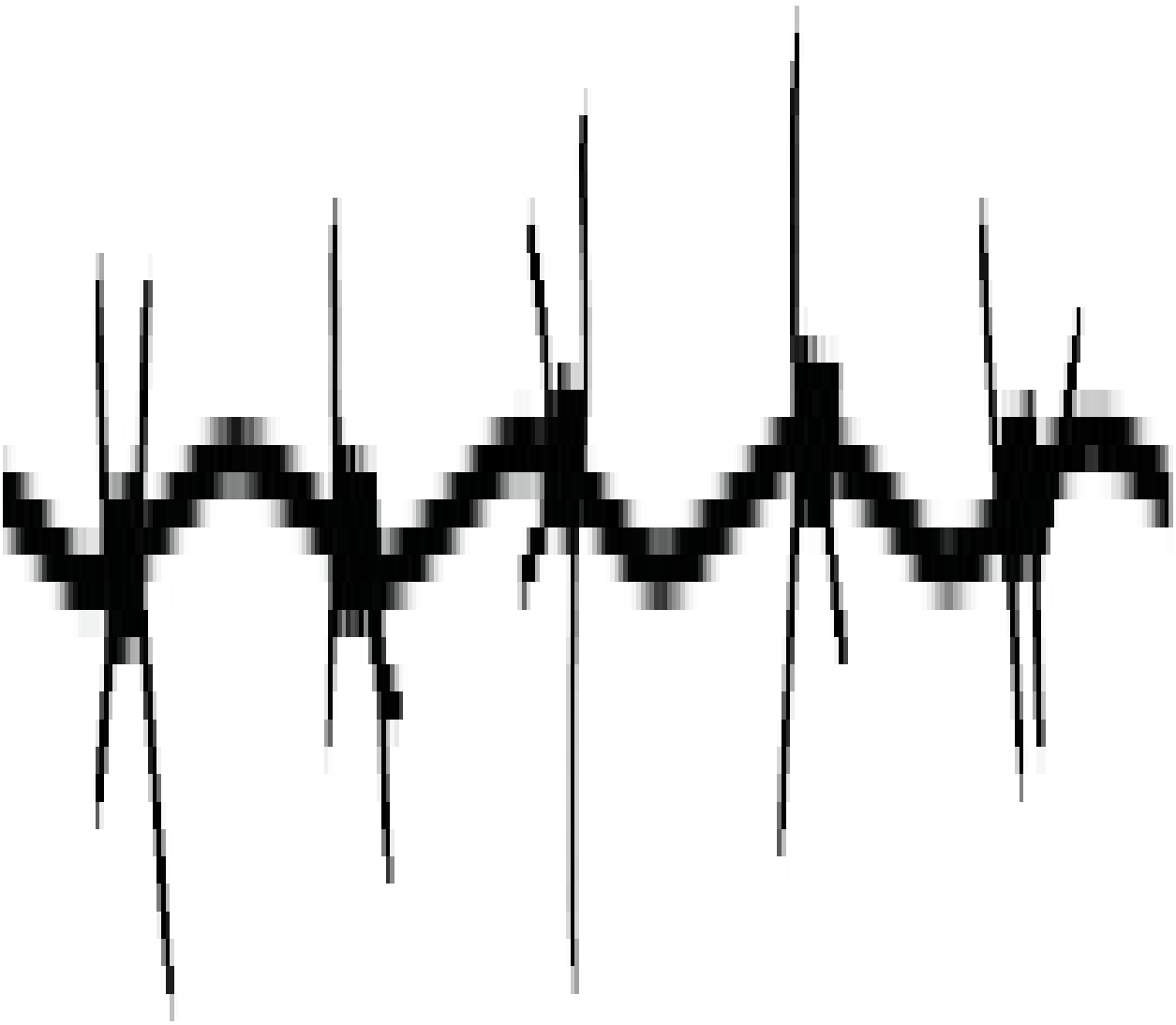
—No será necesario —murmura—. Imbéciles. —Arroja un juego de llaves al suelo, de forma

agresiva. Pego un pequeño salto, impresionada. No acostumbro a lidiar con personas tan violentas—. Y dile a esa mierda que la próxima vez no sea tan cobarde, que no envíe a su estúpida noviecita a enfrentarme, que lo haga él.

—No volverás a acercarte a él —pronuncio, al mismo tiempo que mi amigo me sostiene por la cintura para que no cometa ninguna locura. Killian se ríe, pasa a nuestro lado y, poco a poco, se distancia—. Respira —le digo a Jace, quien sigue tenso—. ¡Lo conseguimos! —festejo. Recojo las llaves y lo abrazo , me cuelgo de sus hombros—. ¡Eres el mejor amigo del mundo!

—Por Dios, Keira. Pensé que nos mataría —murmura y luego libera el aire contenido.

En realidad, no entiende demasiado. Le conté sobre la casa y le dije que Damon necesitaba un lugar donde vivir, pero evité contarle la verdad: necesitamos la propiedad para saldar una peligrosa deuda.



De camino al apartamento de Damon, pienso en la cara que pondrá cuando le entregue las llaves. Se sorprenderá y, entonces, le diré que puede hacer lo que sea con su casa. Deseo con tanta fuerza que las cosas empiecen a mejorar, estoy tan emocionada por verlo sonreír. Querer a alguien también se trata de eso, de sentir felicidad cuando le pasan cosas buenas.

Jace detiene el auto en el lugar indicado. Volteo para ver hacia el edificio y diviso a un grupo de hombres reunidos en la entrada; parece como si estuvieran deliberando si ingresar o no. Tienen una actitud extraña, pero decido no prestar demasiada atención. Sin embargo, una vez pongo los pies en la calle y comienzo a caminar, uno de los tipos me reconoce… y yo a él.

Es Jonathan.

CAPÍTULO 32

Keira

—Rubia —murmura Jonathan con una sonrisa repleta de malicia—. Me parecía raro no verte por aquí. ¿Le dices al cobarde de tu novio que baje? —El hombre, que resalta entre el grupo, se aproxima.

—Déjalo en paz. —Sostengo la mirada para demostrarle que no me causa miedo. Todavía quedan restos de adrenalina esparcidos en mi interior después del altercado con Killian—. Damon está fuera.

—Eres muy linda —dice. Me acaricia un mechón y doy un paso hacia atrás. Escucho la puerta del auto cerrarse, Jace baja—. Y pareces muy inteligente, así que lo comprenderás: yo soy quien pone las reglas —expresa, firme—. Esto no es un juego al que pueden entrar o salir cuando les plazca. Una vez dentro, yo decido si se acaba o no. Así que haz que tu novio baje de una maldita vez o será peor.

—Keira, ¿qué está pasando? —Jace se acerca sin comprender nada—. ¿Tengo que llamar a la policía?

—Si tocas el teléfono, te meto un tiro —responde Jonathan—. No me hagas tener que hacerlo.

—No hagas nada —le indico a Jace; lamento haberlo expuesto ante el peligro—. Ya casi tenemos el dinero. Le daremos incluso más de lo que pide. —Trato de garantizar que lo haremos, aunque, por su expresión, sé que aquella idea no le simpatiza nada.

Damon aparece, camina apresurado hacia nosotros. Trae un bolso negro, el mismo que tenía la noche que recibió el disparo.

—Aquí tienes tu mierda —dice y arroja el bolso, el cual Jonathan recibe entre sus brazos—. Ahora quiero que te vayas.

—Al fin te dejas ver. Mira qué coincidencia, venía justo a visitarte cuando me topé con tu chica —habla. Es tanto el cinismo, que me eriza la piel—. Y está bien. Traes a tus amigos, yo traigo a los míos. —Gira un poco para hacer una seña al resto de los sujetos, que se acercan para respaldarlo.

Son tres.

Damon se coloca por delante y yo me quedo cerca, busco su mano que, de inmediato, entrelazo con la mía.

—Jonathan, esto es inútil. Ya no te sirvo. ¿Ves cómo tengo el brazo? No puedo hacer mucho —explica. Puedo darme cuenta de que está conteniendo la furia para que la disputa no llegue lejos —. Lárgate, ¿quieres? Te daré el resto del dinero en cuanto lo tenga, pero ahora lárgate de aquí. —Se aproxima de manera amenazante, hecho que me asusta. Está herido y enfrentarse a alguien así sería en vano.

—Mírate, qué gracioso eres, comportándote como si tuvieras el control —se burla—. ¿Sabes qué? Cambio de planes —pronuncia y le da un empujón que deshace el agarre de nuestras manos y envía a Damon directo al suelo; y él aterriza justo sobre su hombro herido. Me dispongo a reclinarme para ayudarlo, pero unos brazos me sostienen por detrás y me obligan a retomar la postura—. Nos llevamos a la chica.

Siento que mis piernas flaquean, y me lleva un gran esfuerzo mantenerme en pie. Jace quiere liberarme, pero uno de los tipos le proporciona un golpe en el estómago, que lo deja sin aire por unos cuantos segundos.

—Quédate quieta si no quieres que les meta un tiro a tus amigos —pronuncia, amenazante.

De manera automática, mi cerebro envía señales hacia todo mi cuerpo para hacer que cada una de mis partículas permanezcan inmóviles. Apenas respiro.

Puedo ver con claridad que somos tres jóvenes inexpertos enfrentados a narcotraficantes peligrosos. La suerte que venía acompañándonos nos hizo creer que podríamos vencer cualquier obstáculo, pero nos abandonó en el peor momento. Ahora es como si cada una de las consecuencias estuvieran cayendo sobre nosotros.

Mis ojos se humedecen y siento mi garganta cerrarse tanto que ni siquiera soy capaz de gritar. Aún sigo respirando, pero lo hago de un modo tan acelerado que el aire se escapa antes de llenar mis pulmones, y un mal presentimiento se apropia por completo de mí.

Damon

Después de caer al piso, siento la herida arder como el infierno. No importa. El dolor se desvanece en cuanto Jonathan toma a Keira por los brazos y la arrastra hacia él. Me pongo de pie tan rápido como puedo, mientras Jace también recupera poco a poco la postura.

Ahora somos dos contra tres.

Genial.

Pero ni siquiera eso va a detenerme porque nadie toca a mi chica.

—Con ella no te metas, hijo de puta. —Me aproximo desbordando furia— ¡Déjala en paz! —exijo, a lo que responde con una sonrisa sádica y eleva un arma, la cual apunta directo a mi pecho.

—¿Quieres que te mate? O, mejor, ¿quieres que la mate? —Apunta a Keira, que está paralizada entre sus garras.

Hago caso omiso a la amenaza y continúo avanzando, decidido a protegerla, aunque eso implique que vayan a dispararme. Sin embargo, Jace me sujeta e impide que siga.

—Están armados, mantén la calma o esto será un desastre —murmura para intentar calmarme.

—¡Te dije que la sueltes! —exclamo. Me muevo alterado entre los brazos del rubio, que me sujetan dispuestos a mantenerme inmóvil.

—Quizá lo pueda considerar cuando me des lo que me debes. Quiero el doble de lo pactado y lo quiero todo junto.

No es justo.

—Puedo hacerte un cheque. Darte todo lo que tengo en mi cuenta —propone el rubio—. Y te puedes llevar mi auto —acota, a lo que el contrario reacciona burlándose.

Era obvio que no aceptaría tal oferta, porque su objetivo es complicarnos la vida.

—Solo acepto efectivo —responde en un tono divertido, como si todo esto fuera gracioso—. Por ahora, la rubia viene con nosotros. —Soberbio, conserva su postura y nos apunta para mostrar que disfruta lo que está causando.

—No. Voy yo —ofrezco excedido en desesperación. Ya no sé qué más hacer. Ahogado en impotencia, observo como la situación se escapa de mis manos en medio de la incertidumbre, a sabiendas de que cualquier movimiento podría poner en peligro la vida de todos—. Llévame a mí. Voy a vender todas las veces que quieras, a donde quieras. Lo que sea, Jonathan, pero llévame a mí —prometo, convencido de hacer cualquier cosa si eso equivale a la libertad de mi chica.

—Demasiado tarde —larga y hace que mi impotencia vaya en aumento—. Lo hubieras pensado antes de creer que podías poner las reglas.

Mientras tanto, uno de los hombres se encarga de abrir las puertas del auto y el otro le cuida la espalda a Jonathan, que no suelta a Keira ni aparta la pistola. Rápido, se montan en el vehículo y se ponen en marcha. Luego, Jace me suelta.

—¡No tenías que detenerme! —escupo, tan furioso que no sé cómo contener tanta ira.

—Ibas a hacer que nos mataran a todos. Tranquilízate, así no vamos a solucionar nada.

—¿Tranquilizarme? Se la llevaron. Se llevaron a Keira. —Mis manos se pasean nerviosas por mi cabello; estoy entrando en una maldita crisis nerviosa al tomar real consciencia de lo que está pasando. No sé a dónde van ni lo que harán con ella. De solo pensarlo mi estómago da un vuelco y siento ganas de vomitar. Necesito sacarla de ese destino ahora mismo—. Tenemos que seguirlos. rápido.

Jace comprende al instante y subimos al auto. Él conduce, mientras trato de divisar el camino que están siguiendo. Todavía están dentro de nuestro rango de visión, así que le indico que siga derecho. Después, doblar a la izquierda y continuar en línea recta. Tenemos una desventaja: ellos transitan ignorando los límites y las señales; en cambio, Jace conduce con prudencia, lo que me exaspera.

—Préstame tu móvil —le pido ya que he dejado el mío en el apartamento.

—Damon, ¿para qué?

—Llamaré a la policía —le explico. Soy consciente de que necesitamos ayuda.

No me importa tener que entregarme, confesar que era parte del negocio y pasar años en la cárcel. Es lo que debí haber hecho desde en un principio, antes de llegar a este extremo, que ahora se escapa de nuestras manos. Mi ventaja es que tengo mucha información sobre cómo se mueven estos tipos y se la puedo entregar a gente capacitada que, se supone, sabrá qué hacer. Jace me da su teléfono, me dicta su contraseña y lo desbloqueo tan rápido como puedo.

Entonces, un estruendo nos descoloca a ambos. Jace pisa con fuerza el freno y nos sacudimos. Durante algunos segundos, pierdo la estabilidad. El celular se me cae de las manos.

—¿Qué diablos sucede con…?

Mis palabras se quedan a medias una vez que llego la mirada al frente y soy golpeado por la escena que tiene lugar a varios metros de distancia. El vehículo que perseguimos ha sido embestido por una camioneta y, a causa del impulso del choque, se arrastra y da vuelcos hasta que al final queda inmóvil a un costado de la carretera.

Mi mundo se detiene.

No escucho a Jace, no escucho nada; mi mente se queda en blanco. Bajo del auto de inmediato y salgo corriendo hacia el lugar donde acaba de suceder la colisión.

Otros autos se paran, se oyen bocinas de conductores alterados, mientras un montón de gente comienza a reunirse alrededor para curiosear.

«No. No. No. Esto no puede estar pasando».

Me aproximo al automóvil, que está dado vuelta, y me inclino con la intención de comprobar cómo está Keira. El estado de los demás pasajeros a simple vista es desastroso, pero no me detengo en ellos. La ubico en la parte trasera, que viajaba al lado de uno de los sujetos, con la diferencia de que ella llevaba colocado el cinturón de seguridad. Está de cabeza, aún sostenida por este, pero se la ve muy herida.

—¡¿Keira?! Keira, ¿me puedes escuchar? —Intento colar la mano por el hueco que dejó un vidrio roto, pero todo lo que encuentro son obstáculos que no me permiten alcanzarla.

«Vamos, mi amor. Tienes que despertar».

—No te preocupes, ¿está bien? Te voy a sacar de aquí —murmuro, a pesar de que no reacciona y no sé si puede oírme.

Me muevo alrededor del auto, en busca de alguna idea sobre cómo proceder, y lo único que me sale hacer es intentar abrir cada una de las puertas, pero fracaso porque están todas trabadas.

Sin intenciones de rendirme, vuelvo a luchar contra una de ellas; pongo toda mi fuerza de voluntad en abrirla, siento los músculos desgarrarse y, de pronto, todo en mi interior está roto, destruido. Ahora mismo puedo sentir una cantidad infinita de cuchillas clavándose en cada espacio de mi cuerpo, entrando y saliendo, una y otra vez. Forcejeo con aquel artefacto que no cede, grito de impotencia y frustración, a causa de la bronca y del dolor. He conseguido que dañen a la persona que prometí mantener a salvo.

Yo debería ser el que está atrapado en ese auto.

En el suelo, de nuevo me coloco frente a la ventanilla donde minutos atrás logré colar la mano, pero, esta vez, golpeo con el codo para romper los restos de vidrios que aún permanecen en su lugar. Me cubro el rostro con la mano libre para evitar que los pedazos de cristal me lastimen.

«Te voy a sacar de aquí y vas a estar bien. Tienes que estar bien».

Empiezo a arrastrarme hacia el interior del auto, la camiseta se rasga al engancharse con los cristales rotos, pero continúo ni bien puedo zafar de esa dificultad. Parte de mi torso está dentro cuando percibo que alguien me detiene y me sostiene con fuerzas.

Otra vez, es Jace.

—Damon, no la muevas. Deja que lo haga alguien que sepa —indica para hacerme retroceder—. Sé que tienes buenas intenciones, pero podría ser peor —reitera y, entonces, logra detenerme—. Están llegando.

Volteo para ver. Hay un equipo de rescatistas invadiendo la escena, junto al sonido de las sirenas, que indican la llegada de las ambulancias, además de una patrulla de policías.

—Ey, estoy justo aquí, ¿escuchaste? No voy a dejarte sola —largo, todavía con la esperanza de que sus ojos se abran y me dé una de sus miradas, que tan solo sonría o, incluso, que diga algo para regañarme. Daría lo que sea por verla hacer cualquier cosa.

Pero no pasa nada.

Retrocedo, Jace me extiende la mano para ayudar a ponerme de pie y lo acepto.

—Aléjense, chicos. Dejen que hagamos nuestro trabajo. —Uno de los rescatistas nos obliga a hacernos a un lado y nos guía hasta un costado de la calle.

«Maldición. Por lo que sea, Keira tiene que estar bien».

Ni siquiera sé dónde estoy parado, tengo la vista puesta en el vehículo volcado y en el equipo que está trabajando, moviéndose de un lado a otro. Los sacan uno a uno, de momentos se miran entre ellos y niegan.

Esto no puede estar pasando.

—Parece que alguien está muerto. —Escucho murmullos de personas que curiosean y me dejan sin aliento.

Una angustia dolorosa aparece y me sofoca, me digo que esto tiene que ser una pesadilla. No puedo seguir al margen, regreso hacia la escena y me acerco todo lo permitido.

—¿Ella está bien? Necesito que me digan cómo está —exijo, sin poder esconder la desesperación. Una de las rescatistas se acerca y asiente.

—Está respirando. La van a trasladar al hospital y ahí sabrán darte la información correcta —explica y siento que el aire vuelve a entrar en mi cuerpo después de oír que sigue con vida—. ¿Necesitas ayuda?

Niego. Solo necesito que Keira esté bien.

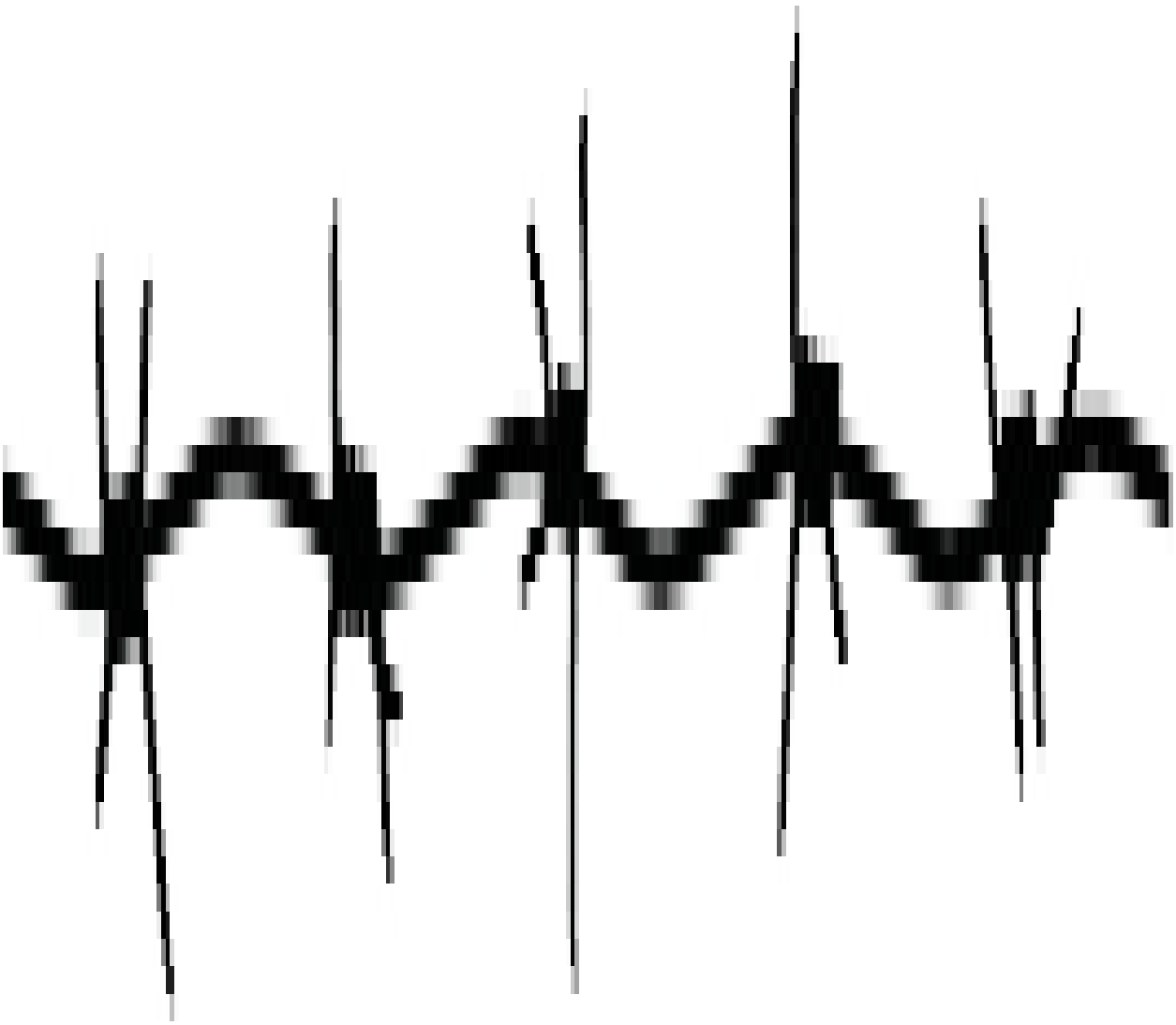
La están sacando. Todos se mueven rápido. Contengo la respiración al ver como la colocan sobre una camilla, le ponen un montón de artefactos y pronuncian indicaciones que no comprendo. Me encuentro tan aturdido que podría desmayarme en cualquier momento. Lo siguiente que hacen es subirla a la ambulancia. Corro hacia allí, con la intención ir con ella, pero no es suficiente. Cierran las puertas antes de que llegue y el vehículo se dispara por la carretera. Paralizado, lo contemplo a medida que se aleja a gran velocidad, hasta que desaparece de mi vista.

Volteo. Otra vez contemplo la escena ante mis ojos: el vehículo dado vuelta y un cuerpo masculino que yace sobre el asfalto, cubierto por un nailon negro. También hay un gran charco de sangre escurriendo a su alrededor. Mi estómago se aprieta. Siento náuseas, una sustancia amarga sube por mi garganta y tengo que inclinarme hacia adelante para vomitar.

—¡Eh, Damon! —murmura Jace—. ¿Estás bien? Tenemos que ir al hospital.

De inmediato me incorporo, recupero la postura y asiento. No quiero perder el tiempo.

—Sí. Estoy bien —miento—. Vamos.



Jace conduce. Mantiene la calma. En cambio, mi pie golpea una y otra vez el suelo del vehículo. No puedo detenerme. Es tal mi inquietud y nerviosismo que no encuentro otra manera de descargarme.

—¿Puedes dejar de hacer eso? —habla, impaciente. Suelta el volante cuando nos detenemos ante un semáforo.

—Cruza —digo. Esperar aumenta la inquietud.

—No voy a pasar una luz roja. —Se niega—. También estoy nervioso, pero hay que mantener la calma.

¿Mantener la calma? ¿Cómo puede ser posible en un momento así? Estoy agonizando por dentro después de ver cómo se llevaban a Keira inconsciente.

—No respondía —largo, repasando ese momento una y otra vez. Intentando dilucidar si hubo algún tipo de reacción que no alcancé a notar por mi estado de shock—. Cuando la vi adentro del auto, le hablé, pero no reaccionaba. Ella...

—Deja de hacerte ideas —interrumpe. La luz se pone verde y pisa el acelerador para retomar la marcha—. Keira está bien —dice con seguridad. Quiero creerle, pero el sentimiento amargo de angustia continúa atascado en medio de mi pecho—. Y, de todas formas, ya es tarde para lamentarse...

Parece que está a punto de seguir expresándose, pero guarda silencio y aprieta la mandíbula, como si estuviera omitiendo algo.

—Vamos Jace, dilo. No tienes que fingir que eres mi amigo, ni sentir lástima por mí. Soy un idiota, lo sé. ¿Qué más? —cuestiono, enfadado conmigo mismo. Con todos, con el mundo entero —. Sé que tienes mucho para decirme.

Y ahí está de nuevo esa necesidad, la misma que surgió en mí cuando perdí a mi madre y se instaló el pensamiento torturante de que era mi culpa; la furia hacia mí, la necesidad de que me hagan daño para equilibrar el peso de la culpa. Así, al menos siento que lo pago de algún modo.

Jace suspira, frustrado.

—La última vez que me metí entre ustedes, Keira casi me asesina —me dice. Me doy cuenta de que ambos podemos recordarla en esa faceta a la perfección—. Le prometí que no volvería a hacerlo, por eso ahora mismo me lo guardaré todo. Estoy haciendo un gran esfuerzo, créeme. Así que no me provoques—habla mientras conduce las pocas cuadras que quedan hacia el hospital.

»Ella te quiere. Te quiere de verdad y no lo comprendo, pero puedo aceptarlo. Es lo que me toca. —Se encoge de hombros—. Hace un par de horas, me pidió que la acompañara a un lugar y lo

hice. ¿Sabes qué? Fue a ver a tu padrastro —devela. Me estremezco y entre todas las sensaciones amargas, surge la confusión—. Tendrías que haberla escuchado. Ella... Tenía un plan. Y ¿qué crees? Lo consiguió…

Se interrumpe para detener el vehículo en el estacionamiento del hospital. Suelta el manubrio y se inclina para sostener un juego de llaves que hay guardadas en la guantera.

—Consiguió que te dejara la casa. —Me entrega las llaves y no sé qué decir.

Solo puedo pensar en ella, que fue a recuperar la casa porque sabía que era la única solución rápida y eficaz para saldar la deuda. Lo tenía todo calculado, excepto que Jonathan se adelantó y se cruzó en su camino.

Jace baja del auto, da un portazo y el silencio que luego se instala es mortificante. Desearía que el chico continuara hablando, aunque fuera para decirme cosas hirientes. Sostengo las llaves y las aprieto cerrando el puño con ímpetu.

Mi sensación de angustia se intensifica, me oprime el pecho y hace que el simple acto de respirar sea imposible de llevar a cabo. Incluso duele. Maldición, duele de verdad. Las lágrimas desbordan mis ojos y me hundo en el asiento, al tiempo que tomo una larga respiración porque tengo que calmarme. Mierda, tengo que calmarme. Esto no es sobre mí. Es sobre ella.

Me limpio los ojos y me repito que debo contenerme, que llorar como un niño pequeño no resolverá nada. Quizás, en otro momento de mi vida, ante un problema de tal magnitud me hubiera largado porque no hubiera sabido cómo soportar toda esta carga emocional. Ahora, en cambio, tengo un motivo por el cual resistir.

Alguien me enseñó que no se abandona a las personas que quieres. Peleas por ellas.

Y no te rindes.

CAPÍTULO 33

Damon

Recuerdo la primera vez que la vi. Me apresuré a pensar que era una de esas chicas adineradas que buscan unirse a causas solidarias solo para demostrarle a su círculo selecto lo «bondadosas» que son.

Nunca estuve tan equivocado.

Cuando llegué al centro, ella me alejó del resto para curarme las heridas. Acercó una mano a mi rostro y atiné a rechazarla, pensé que dolería. Sonrió con paciencia y, luego, dijo que no me haría daño, que podía quedarme tranquilo. La traté tan mal aquel día, e incluso los que siguieron, aun cuando sabía en mi interior que esa chica tenía algo especial.

Sí que lo tiene.

Me conoció cuando me encontraba en mi peor momento, pero no me juzgó y se quedó a darme el tipo de amor que jamás me habían dado y, siendo honesto, no lo entiendo. Todas las personas que pasaron por mi vida se encargaron de demostrarme que soy difícil de querer, luego se alejaban, me olvidaban.

Y no los culpo.

Quizá Keira también debió alejarse, pero hizo lo contrario: marcó la diferencia, se quedó. Fue la única que decidió que estar a mí lado era una buena idea. Me hizo sentir que amarme era una tarea sencilla. La tenía conmigo y todo se parecía a uno de esos sueños inocentes de los que no te quieres despertar... Hasta este día, en el que la realidad se convirtió en una pesadilla en la que ruego oír que está bien, la incertidumbre me mata.

No podría soportar un mundo sin ella.

Hace un par de días nos estábamos besando en mi cama, ahora tengo que esperar en un pasillo de hospital que se siente como el infierno. Todo lo que puedo respirar es tensión. No puedo hacer nada para solucionar esto, lo que me llena de impotencia y hace que quedarme quieto parezca una tarea imposible. Entonces me pongo de pie y me encamino a la recepción dispuesto a exigir que me digan cualquier novedad que tengan.

—Damon. —Jace me detiene cuando regresa de la máquina expendedora con una botella de agua —. Ya fuiste tres veces a preguntar. No van a decirte nada nuevo —reitera y sé que es cierto. La persona ubicada en ese puesto repitió que será el médico quién nos dará las novedades.

—Lo sé.

El problema es que ya no puedo esperar más.

—¿Por qué no tomas un poco? —Extiende la bebida, pero niego de inmediato porque mi organismo no es capaz de tolerar nada, ni siquiera un trago de agua.

Jace actúa de buena manera, pero sé que en el fondo no quiere ser así de amable conmigo, y eso es muy frustrante. Preferiría que me tratara o, incluso, que me diera un golpe en la cara.

Me ubico de nuevo en uno de los asientos de espera y fijo la mirada en la puerta del fondo del pasillo, ansiando que pronto se abra y que alguien traiga noticias. Pero nada, ni un solo movimiento. Solo un escalofriante pasillo vacío.

Echo la cabeza hacia atrás en un intento por conseguir aire desde esa posición. Llevo todo el rato con la sensación de que me voy a asfixiar en cualquier momento. Intento respirar hondo, cierro los ojos por un instante y aquella oscuridad atrae la última imagen que tengo de Keira: atrapada denle el auto, inconsciente y herida. Vuelvo a incorporarme cuando escucho que la puerta se abre, y diviso a un médico.

—¿Familiares de Keira Holt? —murmura. Enseguida nos aproximamos. El hombre mira a su alrededor, como si estuviera buscando a alguien más, y la recepcionista también se acerca.

—Nos comunicamos con su tío. Está de viaje, pero llegará en unas horas —explica. El hombre asiente, intercambian algunas palabras y la mujer se marcha.

La comodidad que posee para tomarse su tiempo me exaspera. Estoy muriéndome por saber lo que tiene para decir.

—¿Puede decirnos cómo está? —Me adelanto de manera abrupta. Lo cierto es que me importan una mierda los modales.

—Disculpen, ¿son familiares directos?

—Soy su amigo. La conozco prácticamente de toda la vida —responde Jace, quien luce impecable; su modo de hablar es tan correcto y diferente al mío. Yo, en cambio, no luzco tan bien: llevo una camiseta rasgada por los cristales rotos del vehículo y una parte de mi brazo está vendada porque un policía me disparó mientras huía por vender drogas. Genial.

—Y yo soy su novio —contesto con seguridad—. Como sea, necesito que me diga como está. Ya perdí la noción del tiempo, no sé cuánto llevo esperando en este maldito pasillo y cada segundo que pasa es como si me estuvieran matando —agrego. Mis sentimientos reales por Keira son lo único que tengo a favor—. Hable de una vez.

El hombre se muestra descolocado por mi actitud, pero impresionado al mismo tiempo. Creo que se ha dado cuenta de que hablo en serio.

—Bien, de acuerdo —accede y surge en mí una especie de alivio—. Para empezar, la paciente está estable. Sufrió un accidente complicado, donde el auto recibió un impacto lateral y, luego, dio un vuelco —explica y, de nuevo, mi piel se eriza al revivir el momento—. Ella ingresó inconsciente, eso se originó por un golpe que recibió en la cabeza a causa de las sacudidas, lo que le generó una conmoción cerebral derivada del traumatismo craneal cerrado, del tipo craneoencefálico moderado. —Frunzo el ceño. Es tan confuso. Las palabras que utiliza pertenecen a un lenguaje desconocido para mí.

Pienso abrir la boca para preguntar, pero él empieza a explicarme, como si hubiera leído mi mente.

—Esto significa que sufrió un golpe en la cabeza, pero que no se fracturó el cráneo; por lo tanto, no se ocasionaron daños mayores. Lo siguiente que presentó fue la fractura de dos costillas del lateral izquierdo, que provocaron una contusión pulmonar. Es decir, uno de sus pulmones presenta un pequeño hematoma y esto impide que se capte el oxígeno de una forma correcta. Por último, tiene heridas superficiales en el rostro y en sus extremidades, pero ninguna es severa. —De nuevo estoy a punto de interrumpirlo para preguntarle qué quiere decir, pero el doctor hace una seña con la mano para pedir que me detenga.

»A causa de la conmoción cerebral, ella aún no recupera la conciencia. Por lo general, cuando se sufre una lesión del tipo craneoencefálico moderado, el paciente tarda horas en despertar; incluso puede tomar un día. Así que necesito que tengan paciencia —indica y continúa—. Para tratar la pequeña lesión en el pulmón, estamos suministrándole oxígeno por una cánula colocada en la nariz. La lesión en el cráneo, si avanza de manera correcta, disminuirá con el paso de los días, por eso necesitará quedarse aquí por un tiempo, para mantenerla controlada. Las demás heridas solo requieren de cuidados simples —concluye. Apenas si puedo procesar toda la información que nos acaba de dar.

—¿Está fuera de peligro? —pregunta Jace.

—Sí. Si bien sus lesiones fueron graves, su pronóstico es alentador y todo indica que va a recuperarse —confirma y, de algún modo, todos los pensamientos aterradores que me acechaban parecen encontrar calma—. ¿Alguna otra pregunta?

—¿Podemos verla? —pronuncio. Necesito que pueda sentir que estoy ahí, que no está sola—. Por favor —le pido, repleto de impotencia. La expresión del médico indica que no lo aprobará.

Desearía tener las palabras perfectas para hacerle entender que la chica que ha sufrido un accidente es mi mundo entero, pero soy tan imbécil para expresarme que temo arruinarlo.

—Lo lamento, pero será conveniente que esperemos a que llegue un familiar directo.

Mi mandíbula se aprieta, trago saliva e intento contener la punzada de dolor que siento en medio del pecho.

—No entiende. —Me niego a rendirme tan rápido—. No estoy seguro de cómo son las reglas aquí, pero ahora mismo me importa una mierda. Ella me necesita. No quiero que despierte y esté sola en una habitación desconocida después de sufrir un accidente traumático. En este instante somos todo lo que tiene —hablo también por Jace quien, por su parte, demuestra con su expresión estar de acuerdo conmigo.

Sabemos que su tío se tardará largas horas en llegar; vive para su trabajo y se pasa gran tiempo fuera de la ciudad. También es probable que Gerti ni se digne en aparecer; sus hijas, mucho menos.

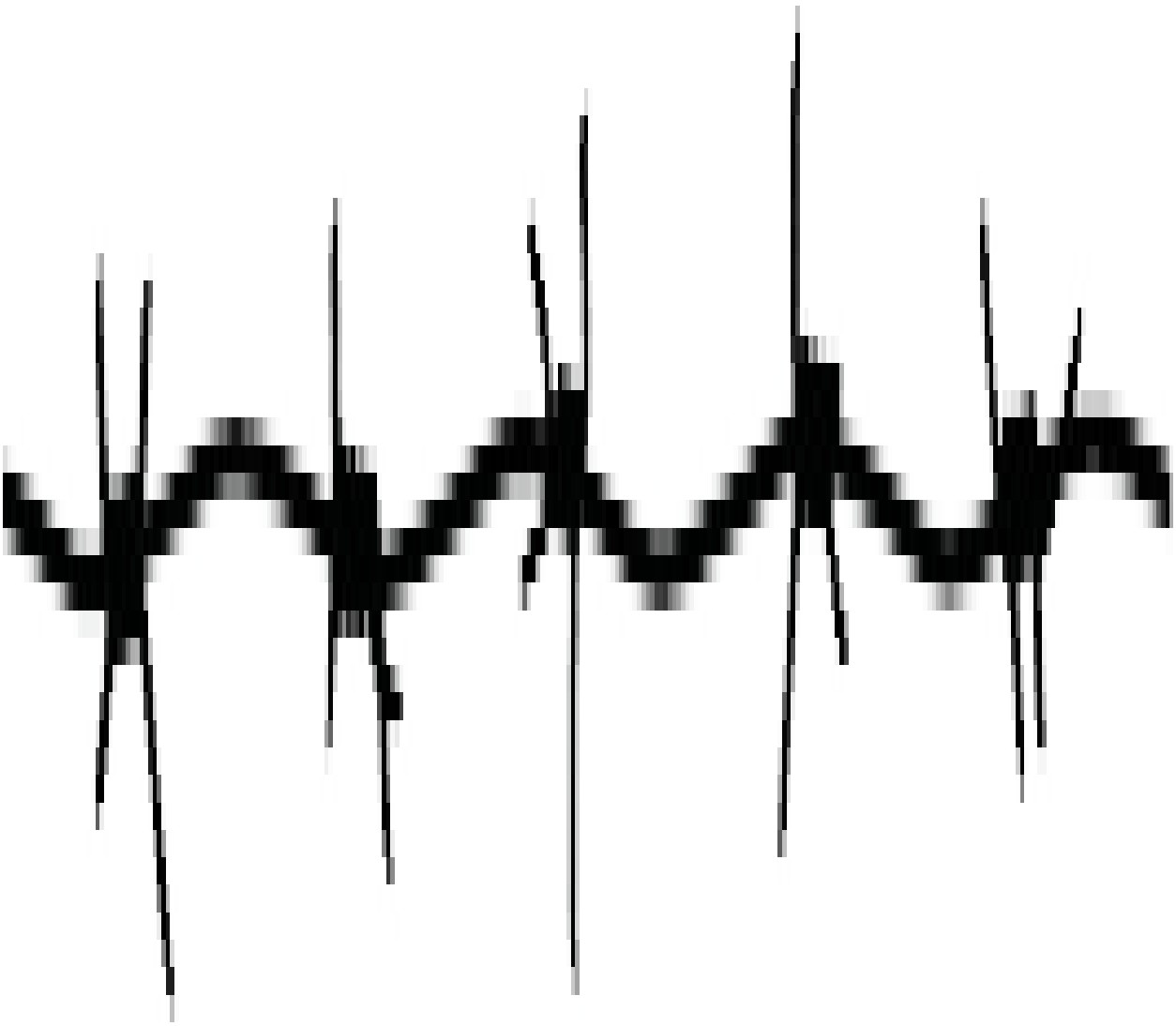
—Está bien. —El médico asiente después de tomarse unos largos segundos para analizar la situación—. Pero solo puede pasar uno de ustedes.

—Entro yo —me apresuro en responder.

—Voy por mi madre. Prefiero contarle esto en persona —me dice Jace en voz baja. Comprendo. Lidia la adora y puede que le dé algo cuando escuche su nombre y la palabra accidente en una misma oración—. Los veo al rato. —Luego voltea e inicia su camino hacia la salida.

Direcciono la vista hacia el médico, quien hace una seña para indicarme que lo siga.

—Es por aquí.



Para ser honesto, no tenía idea de lo que me encontraría y, aun así, en mi cabeza aparecieron las peores imágenes y me preparé para cualquier cosa. Creo que es una forma que tiene mi mente para anticiparse a hechos que sabe de antemano que serán dolorosos.

Al ingresar al cuarto, siento tranquilidad al darme cuenta de que nada se parece a lo que imaginé. Keira está acostada sobre una cama seminclinada, una cánula delgada se ubica por debajo de su nariz y, alrededor de su ojo derecho, hay un hematoma que empieza a tornarse morado. El resto de los cables conectados a ella pertenecen a esa máquina de sonido repitente que indica los signos vitales.

«Esto es temporal», me repito.

Estoy acostumbrado a verla repleta de energía, ella siempre toma las riendas de cualquier asunto, me obliga a avanzar cuando no sé cómo hacerlo y se enfrenta lo que sea que se imponga en su camino. Pero ahora, de pronto luce tan frágil que temo lastimarla si la toco.

Me quedo inmóvil frente a la cama y el médico me explica que es probable que recién reacciones dentro de unas horas. Luego se retira y nos deja a solas.

Aquí vamos.

Me acerco y, procurando ser cuidadoso, acaricio la parte de su rostro que está libre.

—Lo siento —murmuro, aunque al instante me doy cuenta de que esas no son las palabras que necesita escuchar. Quiero que pueda sentir que, a pesar de todo lo que está pasando, estoy ahí para ella y que no pienso moverme de su lado. Así que me inclino y le susurro oído:

—Ey, estoy aquí. Tómate el tiempo que necesites. Seguiré estando justo aquí cuando despiertes.

Beso con suavidad su mejilla y vuelvo a incorporarme, para quedarme de pie a un costado de la cama. Le he dicho que voy a estar junto a ella el tiempo que sea necesario, así que tomo asiento en el único sillón, ubicado en una esquina de la habitación.

Keira

En un principio, todo es oscuridad. ¿Qué está pasando? No sé cómo llegué aquí. Es como si me estuviera balanceando en medio de la nada, perdida y aturdida. Me cuesta respirar. Intento moverme, pero es inútil. Trato de hacerlo otra vez y consigo un avance: muevo la punta del pie. Lo sé, puedo sentirlo. Aquel simple movimiento me costó un intenso esfuerzo, tan duro que me agotó, pero enseguida reúno fuerzas para librarme de este sitio donde nada puedo ver. Ahora

puedo mover una mano, mis extremidades. Se siente como si hubiera estado un tiempo fuera de mi cuerpo y al regresé, voy recuperando de a poco el control.

A medida que lo voy logrando, la oscuridad se difumina y encuentro un color que cada vez se hace más claro, pero me resulta doloroso. Me duele cada parte del cuerpo y me siento agotada. La incertidumbre empeora cuando, al compás de los dolores, aparecen recuerdos, imágenes confusas. Lo último que recuerdo es un hombre que me apunta con un revólver y me mete a un vehículo. Me obligan a quedarme quieta, pero lucho por liberarme de ellos y me remuevo una y otra vez.

Ahí acaba todo.

Ahora no sé dónde estoy y tengo cosas invadiendo mi cuerpo. ¿Acaso estoy secuestrada? ¿Qué están haciendo conmigo?

Mis emociones se desbordan. Trato de incorporarme, esta vez con más esmero, y mis cuerdas vocales emiten un quejido. Dolió.

—¿Dónde estoy? —cuestiono, alterada, mientras capto las primeras características del espacio.

—Keira...

—Por favor no me hagan nada, déjenme ir —chillo con desesperación—. No me hagan nada —pido, repleta de miedo.

—Keira, tranquila. —Al contrario de lo que esperaba, el tono de voz de quien habla es familiar, cálido—. Tranquila. Soy yo. Soy Damon.

Cuando oigo su nombre cesa mi exaltación.

Volteo la cabeza hacia un lado, mis ojos se deslizan desde abajo, hasta toparse con su rostro. Él me mira, preocupado y aliviado al mismo tiempo. Le brillan los ojos.

—Damon —murmuro tras recuperar algo de calma. Él nunca me haría daño.

—Sí, soy yo —repite, y ni siquiera tengo que pedirle que me abrace, él descubre que lo necesito. Sus brazos me rodean por los hombros con suavidad y, sin poder despegarme de la cama, me aferro a su camiseta deseando que no se aleje—. Ya estás a salvo.

Aguardo un momento para reunir fuerzas y retomar el habla.

—No entiendo, ¿qué pasó? —indago en un hilo de voz. Por algún motivo que desconozco, siento ganas de llorar—. Yo... apenas puedo recordar que Jonathan me metió en un auto y... no lo sé. —Es tan frustrante buscar en mi memoria, pero no lograr encontrar ningún tipo de respuesta sólida.

Él suspira y toma un poco de distancia. Quisiera que me abrazara con más fuerza, pero enseguida entiendo que teme lastimarme. En su lugar, me acaricia el cabello con suavidad.

—Sí. Él intentó llevarte, pero tuvieron un accidente —me cuenta y me deja perpleja. Ahora todo este escenario tiene sentido—. El auto volcó —dice, cuidadoso. Al mismo tiempo, se sienta a un costado vacío del colchón—. Pero lograron sacarte, te trajeron hasta aquí y te estabilizaron. Estuviste inconsciente durante unas cuatro horas.

—¿Y Jace?

—Estuvo aquí conmigo. Luego se fue por Lidia, volverán pronto —confirma y me trae más tranquilidad. Las personas que me importan se encuentran a salvo.

—¿Tú estás bien? —Extiendo la mano y le acaricio una mejilla. Él baja la mirada y asiente.

—Sí, estoy bien. —Pone sus ojos en mí, están humedecidos y, luego, las lágrimas caen y se deslizan por sus facciones.

—Oh, no. Damon. —El agua cae en la mano que aún tengo sobre su mejilla—. No llores —le hablo con ternura e intento sonar animada. Entiendo que esto ha sido demasiado para él.

Puedo deducir que se siente culpable, que a lo largo de todas estas horas se ha castigado como nadie más lo haría, que sus demonios lo están acechando.

—Estaba aterrado —confiesa y se limpia las lágrimas con el dorso de su mano.

—Ven aquí. —Señalo un espacio libre de la cama y él se posiciona a mí lado.

Acomodo la cabeza sobre su hombro y respiramos al mismo tiempo, aliviados. Se inclina para besarme la frente y, luego, descansa la cabeza un poco más encima de la mía.

—Ahora tienes que descansar —dice, y no demoro en cerrar los ojos. Tiene razón. Cualquier movimiento me resulta agotador; incluso hablar me ha dejado exhausta—. Y dejar que te cuide.

Débil, asiento. Reconozco que puedo ser algo terca cuando se trata de recibir ayuda de los demás. Desde pequeña, aprendí a ser independiente y, tras perder a papá, me las ingenié por mi cuenta.

No me gusta aceptar que puedo ser vulnerable, pero es una realidad, una parte de mí que debo aceptar.

La debilidad nos hace humanos.

Necesitamos a los otros para reconstruirnos y recuperar el valor para encontrar la fortaleza que solíamos tener.

Lo peor ya pasó, el pánico se ha esfumado. Damon está a mí lado para protegerme, y eso alcanza para dejar de temer.

Damon

Ella cierra los ojos. Llevamos un largo rato en silencio, sin decir nada, ya que no es necesario. Todo lo que quiero es asegurarme de que está tomándose el tiempo para descansar; y lo hace, percibo que se quedó dormida con una mano envuelta en mi brazo, como si fuera su oso de felpa. Diablos. Amo a esta chica más que a cualquier otra cosa.

—Quítale las manos de encima. —William irrumpe en la habitación de una forma tan repentina que me deja desconcertado. Esto ni siquiera lo vi venir.

¿Será posible que alguna vez tengamos, al menos, un día entero de calma?

—Aléjate de ella —insiste, impaciente, dado que me muevo con cautela porque no quiero ser brusco o lastimarla—. Mira lo que le hiciste. Ya le causaste demasiado daño.

—¿Qué? Yo no le hice esto. —Me levanto hasta quedar sentado sobre la cama.

—Señor, tiene que calmarse y bajar la voz. Estamos en un hospital —lo regaña el médico.

—No me puedo calmar. Dejaron entrar al tipo que metió a mi sobrina en este desastre —acusa. Se dirige al doctor y a otro tipo de seguridad que lo intenta apaciguar.

—¿Damon? —Trato de ponerme de pie, pero la rubia se despierta y vuelve a tomarme del brazo, con lo que hace que me quede sentado.

—Keira, Damon tiene que irse de aquí ahora mismo. —Su tío le habla en un tono regulado, pero no deja de sonar enfadado—. ¿Prefieres salir o tengo que pedirle a la policía que te saque? —Se dirige a mí—. De todas formas, están esperando afuera.

Es probable que esté metido en un gran problema, pero es lo que menos me importa ahora. Solo quiero que dejen de hacer escándalo frente a ella, porque todo esto va a perjudicarla.

—¿Qué? No. Él no va a irse. Damon, no te vayas. —Su mano aprieta con fuerza mi antebrazo y su toque es desgarrador.

No quiero irme, pero la situación me supera y empiezo a perder el control. «Keira es lo más importante», me digo. Eso lo tengo bien en claro.

—Joven, lo siento. Tiene que salir de aquí. —El guardia de seguridad interviene y me toma por el hombro. No puedo rehusarme. Resistir solo agrandaría el conflicto; Keira recibiría los daños y, ahora, todo lo que necesita es tranquilidad.

Asiento, resignado a aceptar lo que me están pidiendo, y le hago una seña para pedir que me den tan solo un minuto.

—Ey, escúchame. Tengo que salir un momento, ¿está bien? —Poso la mano sobre la suya, que aún continúa aferrada a mí extremidad—. Voy a solucionar esto y estaré aquí en menos tiempo de lo que pensamos —digo con seguridad—. Confía en mí. Quédate tranquila. ¿Puedes confiar en mí?

Ella asiente y alcanza mis labios, deja un beso rápido sobre ellos; uno que lleva prisa porque un hombre me agarra del hombro y me obliga a dejar la habitación para llevarme a enfrentar a un par de policías que me esperan en el pasillo.

Maldición.

CAPÍTULO 34

Damon

La sala de espera comenzó a llenarse de conocidos. Dos chicas de la edad de Keira están sentadas conversando en voz baja y con el semblante afligido. Más allá, diviso a Alisha, quien se ríe de algo junto a Valerie y Landon, el cual de inmediato esquiva la mirada hacia otra dirección para no toparse conmigo. Idiotas. Sería una pérdida de tiempo acercarme a decirles algo, así que los ignoro. Luego veo a Jace, que regresa con Lidia, quien me observa con decepción.

—¿Damon Montclair? —interpela un oficial. Le siguen dos más por detrás.

Maldición.

—Sí, soy yo —digo. No tengo escapatoria.

—¿Tiene un momento? —pregunta. El hecho de que me traten bien me toma por sorpresa. Algo me dice que estoy a punto de salvarme de un arresto.

—Claro —respondo—. ¿Qué está pasando?

El tipo se incorpora para hablar y hace un pequeño silencio que aumenta mis nervios.

—Estamos intentando establecer qué pasó en el accidente. Usted es cercano a la señorita Holt y nos llegó información de que conocía al fallecido Jonathan Tyson, exconvicto con diversos antecedentes en relación con el narcotráfico —menciona—. ¿Podría explicarnos su vínculo con él?

Asiento y trato de organizar lo que voy a decir. No quiero ir a la cárcel.

—Bueno, yo... era un adicto —respondo—. Jonathan me vendía. Luego dejé de ir porque entré a rehabilitación, donde conocí a Keira —menciono y evito la parte de que estaba metido en el negocio como más que un simple consumidor—. Intentaba dejarlo todo atrás, ¿sabe? Comenzar una vida nueva... Pero tenía deudas con él y no llegué a conseguir el dinero, así que se metió con lo que más me importa. —Trago saliva al recordar que lo ocurrido ha sido consecuencia de los errores que cometí—. Ustedes saben cómo funciona, ¿no? Así es como se manejan ellos.

Lo único bueno de esto es que Jonathan está muerto. Sus amenazas y extorsiones se acabaron.

Uno de sus colegas está en estado comprometido y el otro quedó internado con heridas graves. Es probable que el negocio que llevan adelante haya llegado a su punto final; se desbarató. Por lo general, siempre caen los menos importantes, aquellos que son simples herramientas que utilizan a su antojo. Yo era una de ellas, pero esta vez la historia cambió.

—¿Algo más? —pregunto.

Los agentes se miran entre ellos y niegan.

—Por ahora es suficiente —aseguran—, pero es probable que en un futuro lo citemos a declarar.

—De acuerdo.

—Gracias por su tiempo —concluyen. Luego se distancian, satisfechos con la información que les proporcioné.

De inmediato, observo al tío de Keira salir de su habitación. Exaltado, conversa con el médico, que intenta calmarlo.

—Escuche, señor. Se lo explicaré por última vez. La paciente está estable y fuera de peligro, pero su estado es delicado. Necesita tranquilidad. Cualquier alteración podría empeorar sus lesiones —explica con firmeza—. Por lo general los problemas personales de los pacientes no son asunto mío, excepto cuando interfieren en la recuperación. Así que esto es lo que haremos: las cuestiones familiares, fuera. Si quiere verla, tendrá que mantener la calma y dejar de lado cualquier tipo de conflicto —impone límites, con lo que logra que el señor Holt asienta, resignado—. ¿Lo entendió?

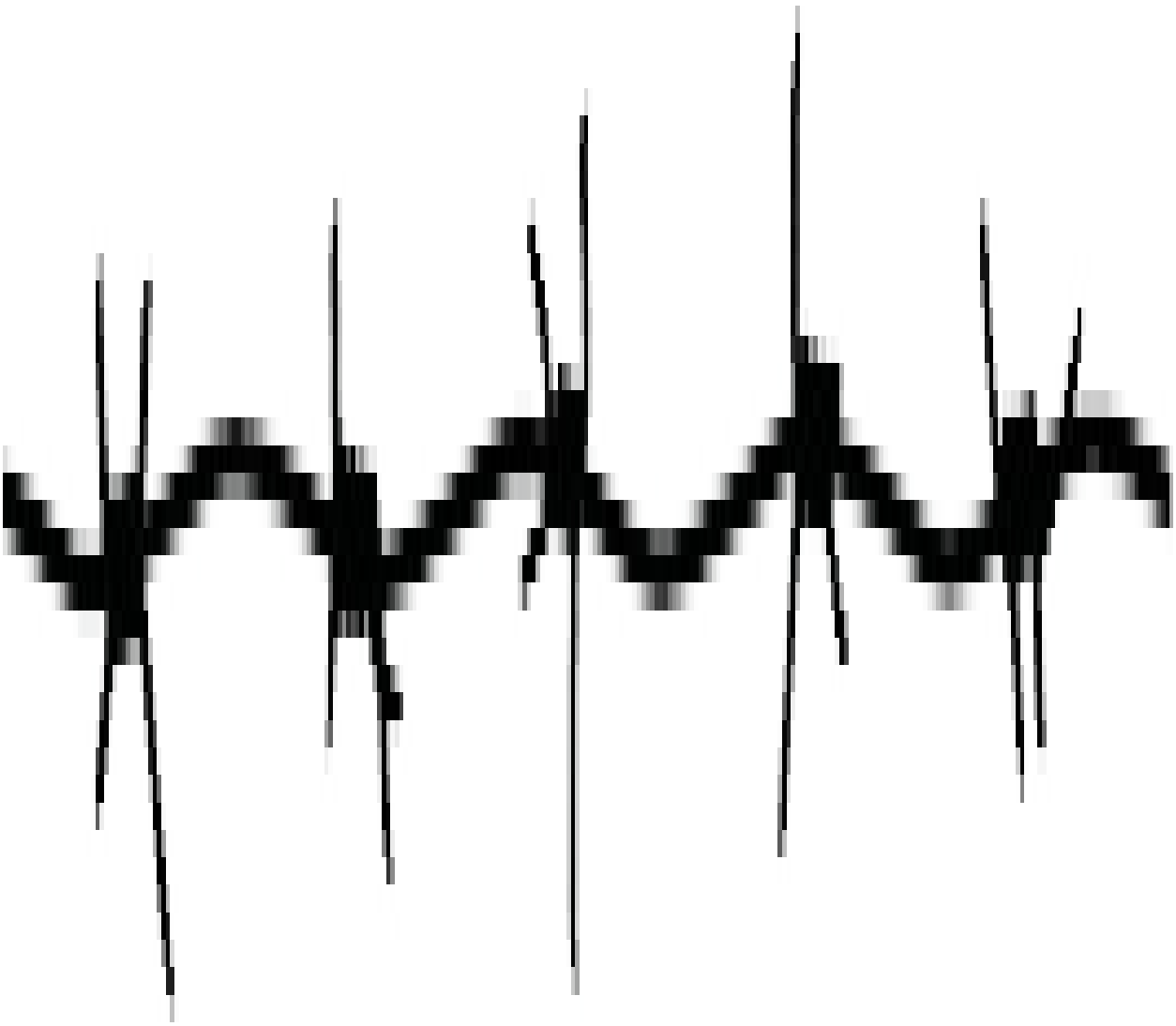
posibilidad. —Algo así la destrozaría. Su carrera universitaria es lo que más le importa.

—Sí, sí que puedo. Pero depende de ti si quieres destrozar sus sueños o no. —Se encoge de hombros—. Diez días, Damon. Soy un hombre de palabra.

Está furioso, pero no veo maldad en su expresión. Solo es un hombre que perdió el control. Incluso, parece que lamenta tener que ser tan malo.

William se retira y me deja con un centenar de palabras atravesadas en la garganta. Tenía tantas cosas para decirle, para justificar lo que tenemos, pero me dejó desconcertado. Solo una idea se instala en mi cabeza: «tengo diez días para demostrarle que la amo o para fingir que ya no lo hago, y así, dolerá menos cuando me vaya».

Mierda. Cualquier opción será una tortura si sé que, al final, tendré que irme.



Después de la ducha, tengo que limpiarme la herida en el brazo. Lento, comienzo a quitar la venda que, al despegarse, duele. La lesión está cerrando, pero el dolor se intensificó en consecuencia de todo lo que pasó. La descuidé, me olvidé por completo. Arrojo el antiguo vendaje a la basura, vuelvo a lavarme las manos e intento colocar una venda nueva. Me esfuerzo por ser prolijo, por recordar las indicaciones del médico, pero no lo consigo. No queda de la manera en que debería y sé a qué se debe: mi cabeza está en otra parte.

¿Qué se supone que debo hacer? Si decido quedarme, le complicaré la vida a Keira. Todo lo que siempre soñó se verá interrumpido, su futuro se verá arruinado. Si decido irme, le romperé el corazón. Aunque debo admitir que esto último sería temporal. Ella lo superaría.

De cualquier forma, ambas opciones son una mierda.

Intento por cuarta vez colocarme la estúpida venda y el timbre suena, así que me levanto para abrir la puerta.

Es Liam.

Apenas pude revisar el móvil, encontré doce llamadas perdidas de su parte. En su familia están al tanto de lo que pasó con Jonathan, los policías le comentaron que, además de los hombres, también había una pasajera joven, mujer, de cabello rubio. Él enseguida intuyó que algo podía ir mal y me llamó.

—Amigo —murmura mientras entra—. ¿En qué mierda te metiste ahora? —cuestiona tras observar la herida.

—Ah, no. Esto fue antes. La policía me persiguió y me dispararon, pero no lo hicieron bien —respondo, orgulloso de mi suerte—. Sobre tu primo, ¿está bien si no digo que lo siento? Porque, siendo honesto, no lo siento una mierda.

—Descuida. Siempre trajo problemas. Pero era el sostén económico de toda la familia, por eso lo están lamentando. —Se encoge de hombros—. ¿Qué hay de Keira? Casi me da un infarto cuando supe que estaba en ese auto —dice, sincero, y mi entrecejo se arruga—. ¿Qué? Es fácil encariñarse con ella. Quiero decir, es demasiado buena.

—Lo sé. Es adorable, ¿no? —Sonrío, tiene razón. Ella es fácil de querer, tiene una especie de luz que te atrae y hace que quieras permanecer cerca de ella. Sujeto un cigarrillo que hay sobre la mesa y lo pongo entre mis labios, para luego encenderlo con el mechero—. Por suerte está bien. Sus heridas son reversibles y se va a recuperar. —Me aparto el cigarrillo de la boca para expulsar el humo.

Fumar no es propio de mí, pero necesitaba algo para calmar la ansiedad. Mientras tanto, me vuelvo a proponer colocar la venda y, otra vez, fracaso.

—Déjalo, yo lo hago. —Se ofrece—. Eres un inútil, eh —bromea. Se dirige al baño, escucho como el agua del grifo cae hasta que cesa, y él regresa. —Dame esas vendas. ¿Ves? Debería haber sido enfermero. —Su ocurrencia me hace reír, mientras coloca el vendaje con éxito—. Imagino que volverás al hospital.

Reina el silencio. Debería volver... O quizá no. Pensar en no verla más hace que prevalezca el dolor en cada partícula de mi cuerpo, pero tal vez sea lo mejor.

—Es que su tío se puso como loco. ¿Y sabes qué es lo peor? Tiene razón en ponerse así. Está cuidando a su familia, no puedo luchar contra eso —le cuento, frustrado—. Me dio un tiempo. Solo diez días para pasar con ella, y luego debo desaparecer o le complicará todo su futuro. —Doy un golpe a la mesa con el puño apretado. En verdad estoy metido en un caos del cual no sé cómo salir.

—A la mierda. Tienes que volver y quedarte con ella —larga—. Piensa. Cuando estabas con los efectos de la abstinencia tirado en la cama o la vez que Killian casi te mata a golpes, ¿qué te hacía sentir mejor?

—Estar con Keira.

—Ahora es lo mismo. Ella te necesita a su lado —habla con seguridad, corta un pedazo de cinta y lo pone sobre la venda para fijarla; hace un perfecto trabajo—. Termina el cigarrillo y vuelve con ella.

Keira

A veces, las personas que dicen quererte te demuestran lo contrario con sus acciones. Mi tío echó a Damon de la habitación, luego me regañó por haberle ocultado lo que estaba pasando y ocasionó un escándalo. Tanto estrés dificultó mi respiración, el dolor de cabeza reapareció de forma aguda y el médico tuvo que inyectarme un sedante que me durmió.

Despierto horas después. Mis mejores amigas están de pie a un costado de la cama. Summer está a punto de llorar, pero Andy la regaña en un tono de voz tan bajito que me causa gracia. Es un alivio verlas aquí. Ambas se marcharon de la ciudad para instalarse en universidades a kilómetros de distancia. Tuvieron que dejar obligaciones y compromisos para venir hoy y tenderme una mano. Comprendo que así funciona la amistad; no importa lo lejos o cerca que estén, siempre sentirás la compañía de los verdaderos amigos.

—¡Keira! Pero es que casi nos matas de un susto —exclama Summer.

—¿Qué te dije sobre gritar? Necesita estar tranquila —la regaña Andy otra vez—. Lo siento, no

la puedo controlar. Pero nos alegramos mucho de que estés bien.

—Te trajimos chocolates y girasoles. Tus favoritos —menciona Summer y se limpia restos de lágrimas.

Sonrío al ver el ramo de flores sobre la mesita que está en un rincón de la habitación. A pesar de las circunstancias, es lindo sentir que estamos las tres juntas, como en el instituto: Summer hablando hasta por los codos y siendo amistosa con todo el mundo; Andy poniendo orden y dándonos sus sabios, pero también sinceros consejos. Y yo, que funcionaba como el equilibrio. El punto medio.

—Me alegra tanto verlas. ¿Ustedes cómo están? ¿Comieron algo?

Summer larga un exagerado suspiro de alivio.

—Podemos estar tranquilas. —Voltea hacia Andy—. Keira es la misma de siempre. Medio moribunda, pero aún se preocupa por el resto —bromea.

Las risas de las tres acaban colmando la habitación. Poco después, llegan Jace y Lidia, así que ellas salen. El médico ha dicho que no puede haber más de dos personas dentro de la sala.

—Ey —Jace sonríe, calmado—. ¿Estás bien? —Asiento de inmediato. Él se acerca a mí oído—. No te preocupes. Los secretos están a salvo conmigo —susurra. Me acaricia una mejilla con suavidad y se distancia para dejar lugar a su madre.

—Oh, Keira. Gracias al cielo que estás bien. Gracias a Dios. —Se inclina para abrazarme.

—No, mamá. Con cuidado. Tendrás que esperar para poderla apretujar como si fuera una bebé. —Jace se burla de mí, aun sabiendo que su madre es igual de cariñosa con él. Nos trata como si fuéramos niños eternos.

—Mi pequeña. Agradezco tanto a Dios que estés bien. —Deja un beso en mi frente y se aparta, aún conmocionada. Le aprieto la mano con cariño, ese gesto la tranquiliza.

—¿Has visto a Damon? —Miro al rubio.

—Hace unas horas lo vi afuera, hablaba con la policía. No lo retuvieron, pero se fue por su cuenta.

Quiero creer que volverá pronto. Lo hará. Él sabe que lo necesito.

—Hola, siento interrumpir —se presenta William—. ¿Hablamos ahora?

Lidia asiente. Seguido, le pide a su hijo que nos deje a solas y él se retira. De inmediato lo presiento: el sermón está llegando.

—¿Qué pasa? —Observo uno a otro.

—Nada, tranquila. Tienes que saber que tanto tu tío como yo te amamos, Keira. Eres nuestra

familia —pronuncia Lidia en un tono maternal—. Por eso queremos ayudarte a ver qué es lo mejor para tu vida. —Sonríe, calma—. ¿Podemos hablar bien, sin alterarnos? Por favor. —Sostiene mi mano con cariño y mi tío se mantiene detrás, a la espera de una respuesta.

—Está bien. —Respiro profundo con cierta frustración—. Soy toda oídos.

—Primero, quiero disculparme por lo de hace un rato —habla él—. Tuvimos una conversación con Lidia y ella me explicó el asunto. Entendí que ayudaste a ese chico, y es asombroso que alguien de tu edad se preocupe por alguien así, pero creemos que ya hiciste suficiente. Es tiempo de que lo dejes atrás y sigas adelante con tu vida.

—¿Se supone que tengo que hacerte caso?

—Keira, el trabajo traspasó los límites. Cuando te permití colaborar, dijimos que la universidad tendría prioridad, que tu vida iría primero. Mira dónde estás.

—Esto no es culpa de él —lo defiendo de inmediato.

—A ver, si no lo hubieras conocido, ¿habrías acabado aquí?

—No lo sé —respondo. Trato de contener la furia. Tengo que comprender que ellos lo ven desde otra perspectiva—. Pero sí sé que Damon, de haberlo sabido, hubiera hecho cualquier cosa para evitarlo. Incluso sé que preferiría ser él quien hubiese sufrido el accidente.

—Eso es lo que crees —me contradice mi tío.

—Eso es lo que sé porque lo conozco. Y es lo que siento —digo con firmeza—. Él es una buena persona y me ama.

—Linda, lo entiendo. No dudo que sea un buen chico, pero su entorno te está consumiendo. Pudiste haber muerto —Lidia vuelve a hablar en un tono comprensivo.

—Lo sé. Sé que fue algo grave y también que su entorno es malo, pero no merece esa vida solo por un par de errores que cometió... Él no lo merece. Amo a Damon. Lo amo, y para mí, amar a alguien significa no permitirle que se hunda. No voy a dejarlo. Me necesita y yo lo necesito a él —argumento y me dejo llevar por los sentimientos. Por todo lo que hemos vivido juntos, por todo lo que él me ha demostrado. Estuvo ahí cuando nadie más lo estaba y eso no tiene precio.

—Amar no es tan sencillo, ¿no? —Lidia mira a William, que asiente y corresponde su pensamiento.

Esto es una ironía. Son tan hipócritas que despiertan mis ganas de escupir verdades y no puedo contenerme.

—Y ustedes qué saben de amar, ¿eh? Tú estás con una mujer a la que ves, no sé... ¿dos veces al mes? Ni siquiera pueden mantener una conversación que no sea sobre dinero. —Luego dirijo la vista hacia Lidia—. Y tú... ¿Crees que no me di cuenta de que estabas enamorada de papá? Él también te quería, sin embargo... ninguno tuvo el valor de hacer algo para estar juntos.

Las lágrimas se deslizan por mis mejillas. Quisiera que papá estuviera aquí porque él lo entendería. Era tan comprensivo, empático, siempre escuchaba y no emitía juicio de valor. Él confiaba en mí, me tenía fe. Sabría que lo único que necesito es un abrazo, porque he pasado por un terrible accidente que todavía me tiene aterrada.

—Quiero que se vayan —digo y me quito las lágrimas con prisa—. Váyanse o pediré que los saquen. Por favor, quiero estar sola. —Pongo la vista en otro punto. Necesito que abandonen la habitación y dejen de acosarme con sus reproches.

Lidia murmura en voz baja que lo mejor será que irse, y lo hacen, aunque antes se despiden recordándome que me dicen todo esto porque me quieren.

Algunos minutos después, alguien vuelve a tocar a la puerta.

—He dicho que quiero estar sola —repito.

Sin embargo, esta se abre y una figura masculina se asoma. Es Damon, que pone una pequeña sonrisa.

—¿Eso significa que tengo que irme? —dice en complicidad. Sabe que ese «quiero estar sola» no lo incluye a él.

—¡Damon! —Extiendo una sonrisa al darme cuenta de que regresó—. Claro que no, tonto. Tú sí puedes pasar.

Antes de acercarse, deja una caja mediana sobre la mesa y se aproxima. Se sienta en un espacio vacío de la cama y se inclina para dejar un beso sobre mi mejilla.

—Ey... ¿estás bien? —Sus manos se enredan con suavidad entre los mechones de mi cabello y los acomoda hacia atrás para despejarme la cara—. ¿Estabas llorando? —Me recorre con la mirada, nota mis ojos humedecidos y el semblante frágil.

No digo nada. Apoyo mi cabeza en su hombro y descanso. Él reacciona acariciando mi espalda en círculos.

—Solo necesito que alguien me abrace y me trate bien.

—Supongo que eres muy afortunada porque estoy justo aquí para eso —responde y me hace reír —. Mírame —indica y elevo el rostro, lo observo por debajo de la barbilla. Sus pulgares limpian los restos de lágrimas con delicadeza—. Así está mejor. —Me besa la punta de la nariz y hace que sonría otra vez—. ¿Recuerdas cuando dije que sería capaz de romperle la cara a quien te hiciera llorar? Bueno, la propuesta sigue en pie —bromea.

Las comisuras de mis labios se extienden de nuevo con entusiasmo.

—Eres muy considerado, pero es suficiente con que te quedes aquí conmigo —digo y lo tomo de la barbilla para bajar su rostro y alcanzar sus labios con facilidad—. Sabes que soy muy curiosa, ¿no? Y ahora mismo estoy muriéndome de curiosidad. ¿Qué trajiste ahí? —pregunto tras echar

un vistazo a la caja.

—Ah, eso. ¿Algún día dejarás esa manía de querer saberlo todo?

—Lo más probable es que no. Nunca.

Él ríe por lo bajo y se pone de pie para alcanzar el objeto.

—Traje algunas cosas. —La coloca sobre mis piernas, el peso es ligero—. Ya que te gusta curiosear todo, descúbrelo tú misma —me molesta y pongo los ojos en blanco.

Soy como una niña pequeña quitando la envoltura de un regalo en Navidad. Rápido, saco la tapa y lo primero que me encuentro es una especie de tela que cubre el contenido, aunque, de inmediato, me doy cuenta de que no se trata de una tela: es una de sus camisetas.

—¿Y esto?

—La vez que estuviste en el apartamento dijiste que te gustaba esta camiseta y, siendo honesto, te veías hermosa en ella. Así que quiero que la tengas.

La prenda huele a él, un aroma masculino que me encanta. Es como si tuviera una parte suya conmigo. Sonrío encantada y sigo descubriendo el contenido: un juego de mesa y otro de cartas.

—Si no te importa perder, entonces podemos jugar cuando quieras —bromeo.

—Eso ya lo veremos —dice. Sé que no le agrada demasiado salir perdiendo. Será divertido.

Lo siguiente es un libro pequeño sobre constelaciones. Lo hojeo de inmediato. Los textos, que explican cada constelación, están ilustrados por imágenes preciosas. Es una maravilla. Por último, descubro entre la tapa trasera del libro y la última página, un pedazo de papel doblado por la mitad. Procedo a mirarlo, pero él me detiene.

—Léelo cuando estés sola, por favor —pide con seriedad.

—Bien. Lo dejaré justo donde estaba —aseguro y lo devuelvo a su lugar—. ¿Me creerías si te dijera que es el mejor regalo que me han hecho?

Damon sonríe con timidez, de manera instantánea; no está acostumbrado a que le digan cosas lindas. Lo sé.

—Solo quería que tuvieras algo para no aburrirte mientras estás aquí. —Se encoge de hombros para quitarle importancia al gran detalle.

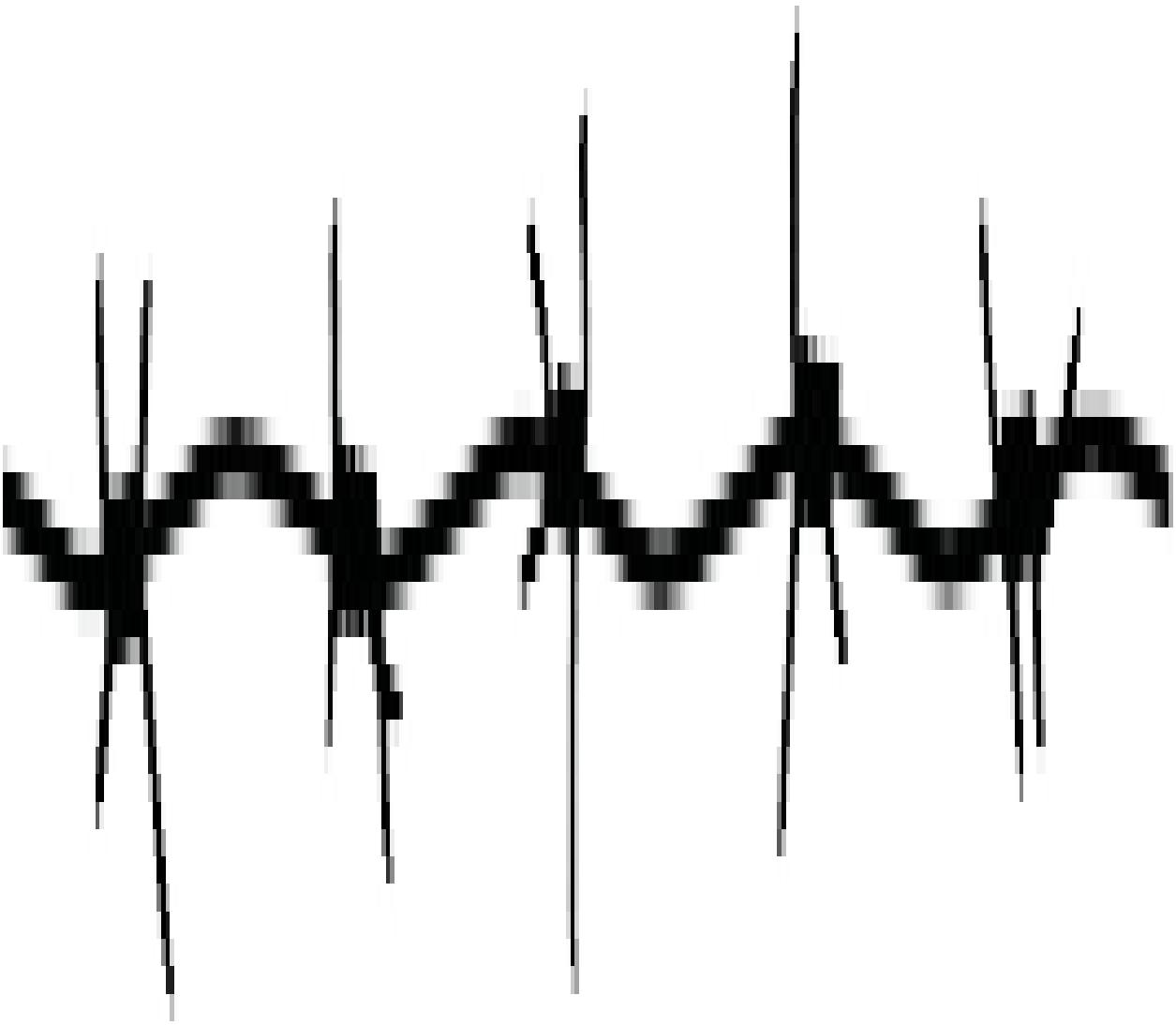
Doy unas palmaditas sobre el espacio vacío, a la espera de que regrese a sentarse en ese lugar, lo cual hace.

—Es lo más especial que me han dado —insisto y tomo su rostro con ambas manos—. Significa mucho.

Desde que él llegó, se siente como si la habitación hubiera cambiado sus paredes grises por otras repletas de color.

Eso es lo que él provoca en mí: me hace sentir viva.

Me hace feliz.



Reímos por tonterías, jugamos a las cartas y comemos hasta la última miga del menú que sirve la enfermera. Luego, nos recostamos y él se cae dormido. Es gracioso, pero acabo de comprobar que sus actividades favoritas son comer y dormir. Aunque también noté que estaba muy agotado, así que me agrada que esté descansando ahí, conmigo.

Mientras tanto, como no puedo conciliar el sueño, me extiendo hasta alcanzar el libro que acaba de regalarme. Lo abro y el papel doblado por la mitad cae sobre mi pecho. Por un instante olvidé que estaba ahí.

Damon dijo que lo leyera cuando estuviera sola. No lo estoy, pero él duerme, así que supongo que equivale a lo mismo.

Con ilusión lo desdoblo, y me doy cuenta de que el papel pertenece a la libreta que le obsequié cuando estaba en rehabilitación. Recuerdo que le dije que podía escribir todo lo que se le viniera a la cabeza, cualquier cosa que necesitara expresar.

En el inicio de la página figura la fecha en la que fue escrita, los datos corresponden a una de sus últimas semanas en rehabilitación.

Diablos. Me siento como una niña de diez años escribiendo un diario.

Río en voz muy baja, procurando no despertarlo. Esa primera frase tiene un rayón por encima, sin embargo, se puede leer. Sigo con el resto, reglón por reglón. Puede que su caligrafía sea desastrosa y que por momentos deba detenerme a adivinar qué dice, pero al final, lo entiendo bien y estoy segura de que nunca he leído nada tan lindo:

Le dije al psicólogo que de verdad me gusta Keira y él me preguntó qué es lo que me gusta de ella. Enseguida, un montón de palabras se me vinieron a la cabeza, pero no fui capaz de pronunciar ninguna. Él comprendió que no lo podía expresar en voz alta, así que me pidió que las escribiera. Lo resumí en un listado de cinco cosas, porque si no la lista sería interminable. Aquí voy:

1. Me gusta como sonríe, me hace sentir que nada en este mundo está mal y que existir, en realidad, no es tan difícil.

2. Me gustan todas las cosas que dice, incluso cuando está enfadada, porque al final tiene razón.

3. Me gusta que se cuelgue de mi cuello para abrazarme.

4. Me gusta el silencio que hace cuando se toma su tiempo para comprender.

5. Me gusta la forma en que me trata, como si yo valiera la pena.

La lista podría continuar, pero no me alcanzaría la libreta. Desde que la vi supe que, si la dejaba entrar, formaría parte de mi vida para siempre, porque todo en ella es especial. Tiene luz propia. Ella brilla.

CAPÍTULO 35

Damon

En la mañana, Keira está apagada. No es común verla así, pero trato de respetar sus tiempos. Almorzamos en silencio y, cuando terminamos, reviso la caja de chocolates que le obsequiaron sus amigas. Le ofrezco uno, pero se niega y me pide que le alcance el neceser con sus pertenencias.

—No puedo seguir haciendo de cuenta que no pasa nada —suspiro—. ¿Qué te preocupa?

—Nada —contesta. Alzo las cejas, a la espera de la verdad—. Bueno, es que me veo horrible —murmura y se observa en un pequeño espejo—. Y odio saber que tengo que pasar tantos días aquí. Serán como doce y apenas han pasado dos —se queja al tiempo que sujeta un cepillo e intenta peinarse.

—¿Qué dices? Si eres preciosa.

—No lo creo. Estoy hecha un desastre. —Emite un quejido al tratar de peinarse por detrás—. Eso me dolió.

—El médico ha dicho que no te esfuerces —le recuerdo—. Déjame hacerlo a mí.

Sonríe ligeramente. Al fin.

—¿En serio?

—Sí. Yo te peino —insisto y sujeto el cepillo. Ella gira con precaución, hasta darme la espalda. Me siento al borde de la cama y comienzo a peinarla. Ríe por lo bajo—. ¿Qué? ¿Te hice daño?

—Me haces cosquillas —responde. Suave, el cepillo atraviesa sus hebras doradas con facilidad. Es mentira que está hecha un desastre y, si así lo fuera, sería el desastre más lindo que vi en mi vida—. La universidad es lo que más me preocupa —confiesa. De a poco, regresa la Keira que conozco—. Me perderé un montón de clases. Temo regresar, no poder ponerme al día y perderme el semestre. Será demasiado. ¿Me puedes trenzar el cabello?

—Creo que sí. Bueno, no. En realidad, no sé cómo se hace.

¿Para qué mentir? Jamás lo hice.

—Tienes que dividir el cabello en tres partes. —Comienzo a seguir sus instrucciones—. Eso es. Ahora, vas intercalando una parte encima de la otra —indica. Me concentro, lo hago despacio y no puedo seguir la conversación—. Te ves tan adorable así de concentrado —bromea y descubro que está mirándome a través del espejo de mano.

—Solo por ti hago estas cosas.

—Ya casi lo tienes, eh. Ten. Debes ponerlo casi al final.

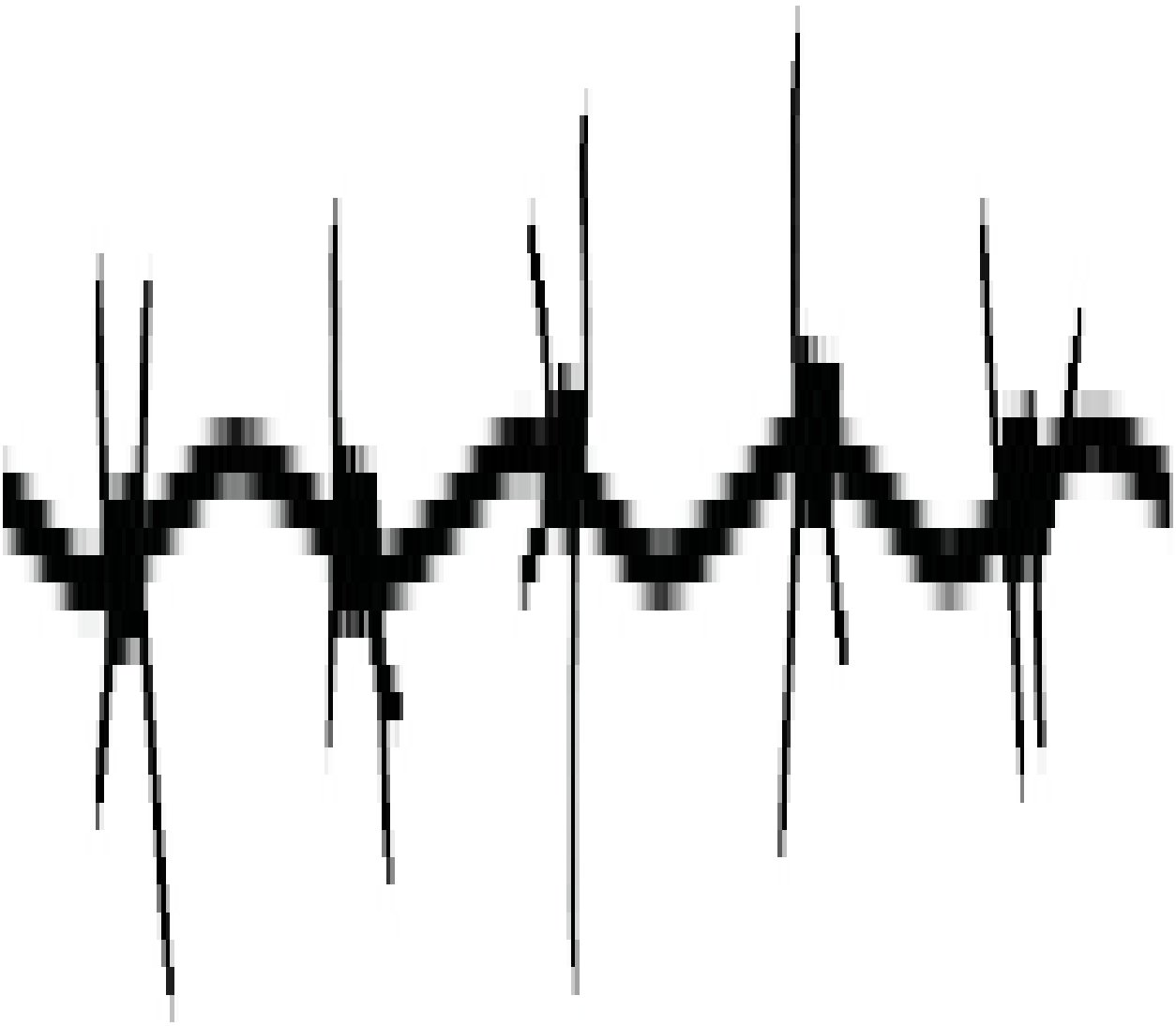
Entrega un sujetador de cabello, que utilizo poco después para amarrarlo. Al terminar, coloco la trenza hacia un costado para que pueda contemplar el resultado. Ella sonríe y me alivia tanto ver su rostro iluminado. Por un momento, olvido la voz de la culpa que me grita: «¡tú la pusiste en esa cama de hospital!».

—¿Te gusta?

—Bastante bien para ser la primera que haces.

La rodeo por detrás, sin hacer demasiada presión. Apenas se está recuperando y me da miedo causarle daño. Dejo un beso suave en la curvatura de su cuello, ella eleva una mano y acaricia un costado de mi cabello.

—Solucionaremos lo de la universidad. Te lo prometo.



De a ratos, salgo del hospital a respirar aire fresco. Camino un poco, luego me siento en una banca. Aunque quisiera permanecer todo el tiempo al lado de Keira, sé que también la acompañan personas que realmente la quieren.

El peso de la culpa, de a momentos, se vuelve insoportable. Es tan injusto lo que pasó, ella no lo merecía. Estuvo todos estos meses buscando maneras de ayudar y se llevó la peor parte. No puedo dejar de pensar que yo debería haber estado en su lugar durante el accidente. Ojalá lo hubiera estado. Daría lo que fuera por cambiar eso.

Entre el gentío, distingo a Jace, que camina hacia la entrada del hospital.

—Ey. —Corro hacia él y lo detengo—. ¿Cómo estás? Ya sé que no me quieres ver.

—¿Qué tal, Damon? Eso en realidad no importa. Keira te quiere aquí, así que… es su elección.

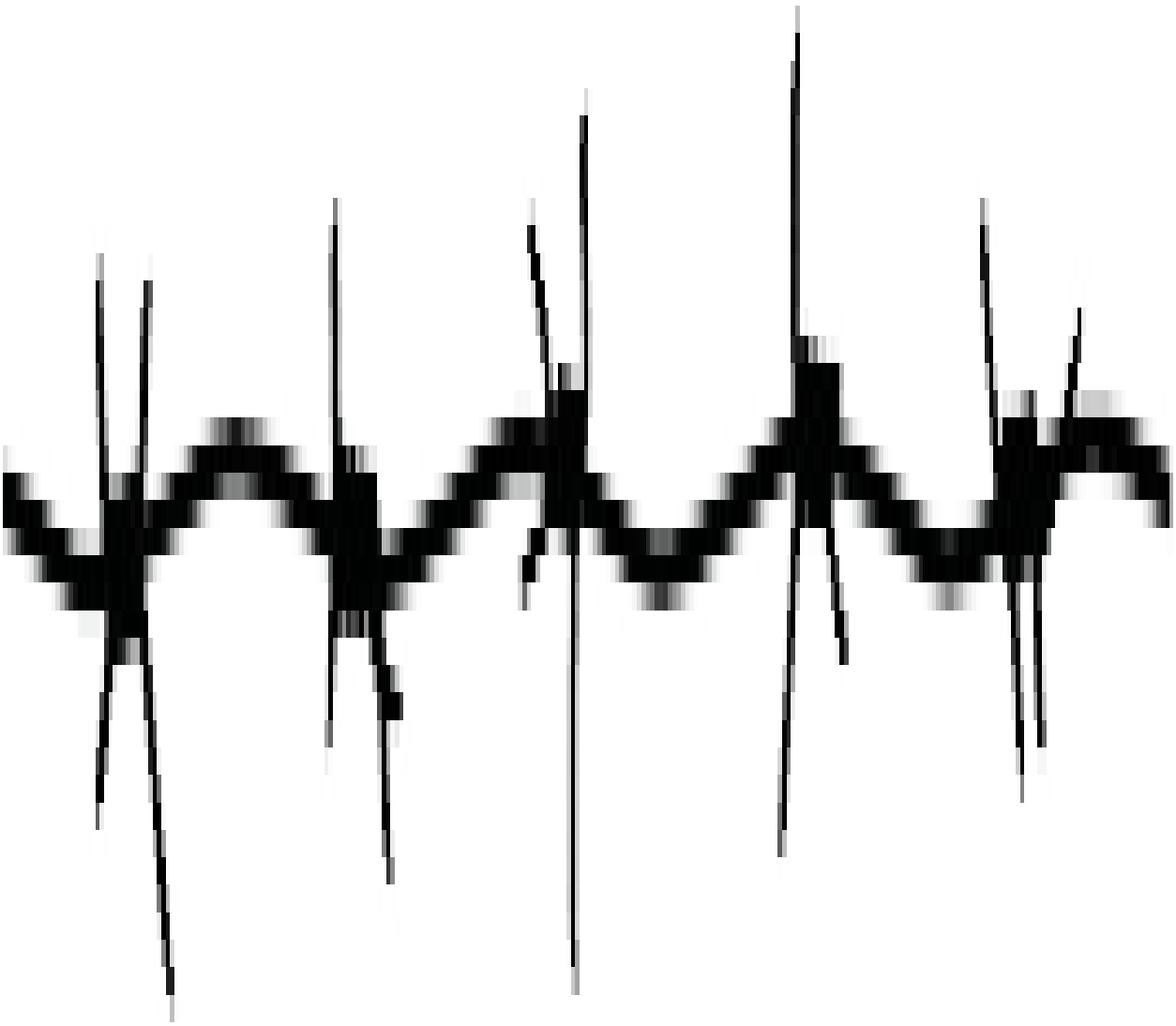
—Lo sé. —Miro al suelo un instante—. Quería hablarte de ella. Está preocupada porque perderá clases, y la verdad no entiendo mucho, pero sé que es muy importante. Por eso pensé que tú, bueno… Van a la misma universidad, ¿no? ¿Podrías darme algún contacto? No sé, alguien que estudie Medicina y que tal vez pueda facilitarme los apuntes. Creo que eso sería bueno para Keira.

Jace me contempla estupefacto.

—¿Bueno? No. Debo reconocer que eso sería excelente —menciona—. Sí, tengo una amiga que toma las mismas clases. Te puedo dar su número y le diré que la llamarás de mi parte, ¿de acuerdo?

—Sí, genial. —Sonrío entusiasmado.

El médico le indicó que debe mantenerse fuera de los problemas y evitar el estrés. También recomendó a sus familiares y amigos que no la expongan a discusiones o golpes emocionales. Por eso, prometí que me haría cargo de este problema. Arreglaré lo de la universidad y le daré buenas noticias.

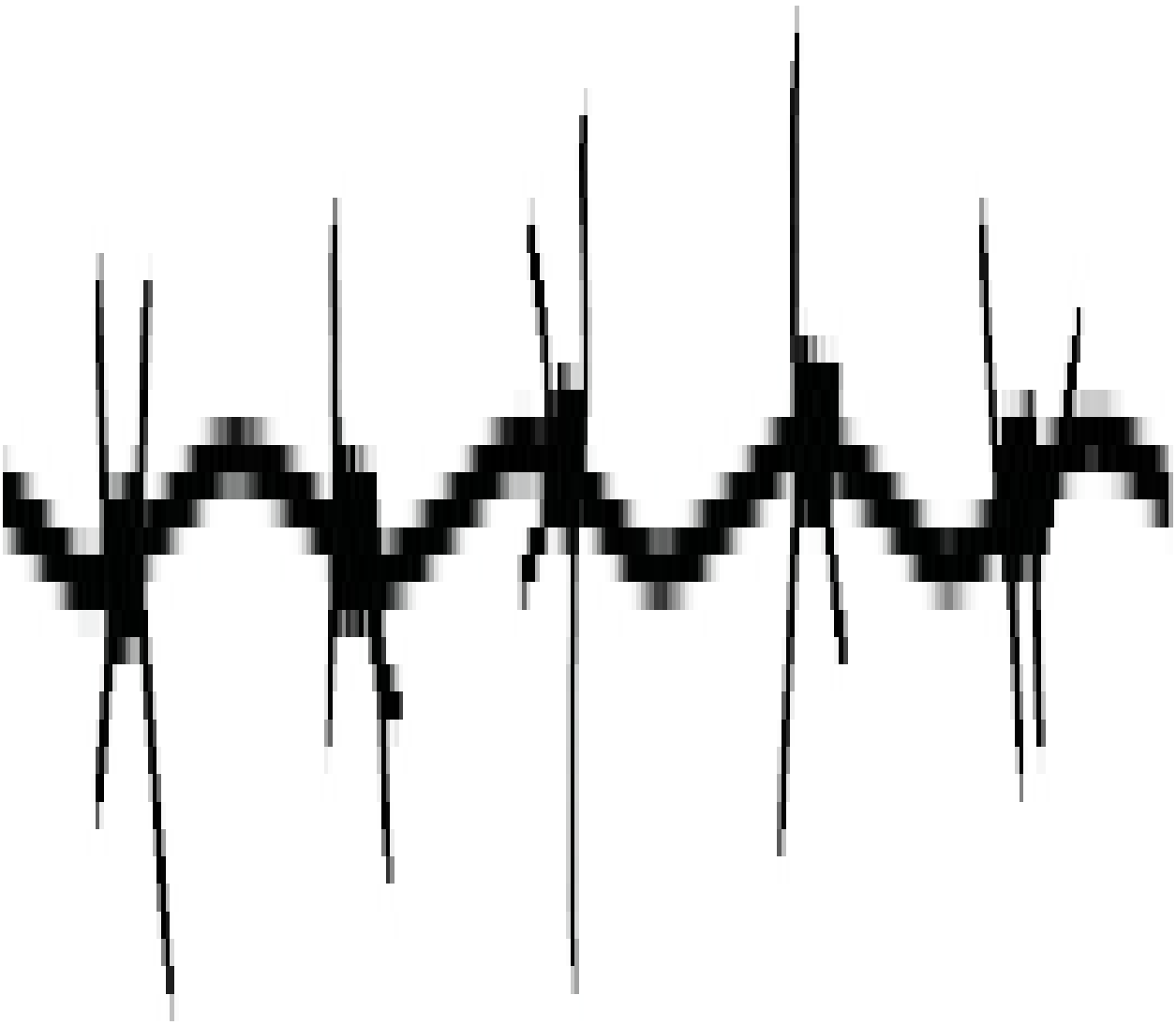


Me encuentro con Eva, la amiga de Jace, temprano por la mañana en la universidad. Es extraño estar aquí. No soy estudiante y nunca me atreví imaginarme pisando este sitio; siempre lo consideré una realidad incompatible con la mía. Tuve que dejar el instituto y buscar un trabajo, ya que, si no conseguía mi propio dinero, moriría de hambre. En aquel entonces, mi futuro se redujo a pensar cómo sobrevivir cada día, y se me quitó así cualquier oportunidad de soñar con grandes planes.

Eva resulta ser bastante amable, me facilita grabaciones y apuntes de las clases, además de contactarme con profesores quienes, al explicarles la situación, enseguida me comparten textos y materiales. Apenas nombro a Keira, la recuerdan. Sin dudas, la rubia causa una excelente impresión en todas partes.

Pasar tiempo en esa parte de su mundo me hace dar cuenta de lo mucho que ella se esforzaba mientras yo desconfiaba de sus intenciones. Asistía a clases cada mañana, estudiaba, lidiaba con una familia que la hacía sentir como si no valiera nada y, como si fuera poco, iba al centro y le dedicaba gran parte de su tiempo a un imbécil a quien le llevó un siglo valorar lo que tenía enfrente. En su lugar, cualquiera se hubiera rendido a los cinco segundos.

Desconozco qué va a pasar en el próximo tiempo. Solo sé que no quiero ser el idiota que destroce sus sueños.



De nuevo en el hospital, voy a su habitación. La puerta está cerrada, así que toco un par de veces hasta que me indica que puedo pasar.

—Damon —dice en un tono animado, mientras se incorpora con esfuerzo para saludarme.

Pasaron tres días desde el accidente. Aún está bajo cuidados, le sigue doliendo el cuerpo, y a mí el estómago me da vueltas cada vez que diviso las magulladuras que marcan su rostro. Su recuperación es cuestión de tiempo, pero este recuerdo me dolerá de por vida, cada vez que regrese a él.

Más allá, reconozco a su tío sentado en un extremo de la habitación. De inmediato me pone la vista encima, para recalcarme que está vigilando. Eso no evita que me acerque a Keira para dejarle un beso en la mejilla.

—¿Cómo está mi chica favorita? —pregunto y la hago sonreír.

—¿Tú chica favorita? —frunce el ceño y pone la cabeza de lado—. ¿Eso significa que tienes más? —cuestiona con aires de diversión.

—Maldición. Lo descubriste —le sigo el juego y ella pone los ojos en blanco.

—Tonto.

Sonrío. Está bromeando y tener sentido del humor es siempre buena señal.

—Supongo que sonaría mejor «¿cómo está mi persona favorita en el mundo?».

Al instante ella asiente, satisfecha.

—Mucho mejor —dice. Entonces nota que estoy sacando algo del bolso—. ¿Más sorpresas?

—Algo así. En realidad, es algo... diferente. Y si te molesta o te incomoda, solo tienes que decirme y no lo haré más. —Cierro el bolso y apoyo la libreta en la cama—. Ayer mencionaste que te preocupa perder el semestre. Así que pensé que, si no puedes ir a clases, te traeré las clases a ti —comento. Junto a la libreta, dejo el resto de los apuntes y textos que conseguí.

La rubia curiosea, emocionada. En cuanto acabo de hablar, clava sus preciosos ojos en mí y puedo jurar que el brillo que hay en ellos es de felicidad.

—Damon... Por Dios, no sé qué decir. —Las comisuras de sus labios se extienden hacia los lados, guardan cierta confusión—. ¿Te pasaste toda la mañana en clases?

—Algo así. Jace me ayudó a contactar a una de tus compañeras. Ella me proporcionó la mayoría de los apuntes y lo hará el resto de los días, hasta que puedas volver. También tengo grabaciones y hablé con algunos de tus profesores, que me dieron los textos y, bueno, te envían saludos —

comento. Ella contempla todo en silencio—. Espero que esté bien o, bueno, que sirva de algo.

—Está perfecto —asegura—. Creo que en realidad no te das una idea de cuánto me ayuda todo esto. —Hace a un lado las libretas y extiende los brazos—. Quiero abrazarte —pide, tierna.

Apenas me siento en la cama, sus brazos rodean mi cuello y se las ingenia para llenarme la cara de besos, lo que me vuelve imposible no sonreír.

Hasta que William emite una tos fingida con el único motivo de interrumpirnos. Las risas se extinguen poco a poco. Keira se ve obligada a tomar distancia, me pongo de pie y lo miro, impaciente.

Por un momento olvidé que el tipo estaba ahí.

—¿Podemos hablar un momento afuera, Damon? Por favor —insiste.

Sin saber qué hacer, miro a Keira, que también se encuentra confundida y se encoge de hombros.

—Ya regreso.

Él toma la delantera y sigo sus pasos, hasta que se detiene en medio del pasillo de espera que se encuentra vacío. Guarda las manos en los bolsillos delanteros de su pantalón para adquirir una posición más relajada. ¿Qué le pasa? ¿No se supone que quería matarme?

—Quiero disculparme por la forma en qué te traté el otro día —larga. Mi confusión aumenta—. Admito que perdí los estribos, pero debes entender que no fue fácil para mí saber que mi sobrina pudo haber muerto —agrega. Comprendo su punto—. Mi hermano y yo no teníamos la mejor relación, ¿sabes? De pequeños y de jóvenes éramos muy unidos. Eso sí, teníamos personalidades diferentes. Él dejaba que la vida lo sorprendiera. En cambio, yo prefiero planificar. Pero, en fin, con diferencias y todo, nos tocó esperar a nuestras hijas en la misma época. Primero llegó Keira, luego Alisha. En mi caso todo andaba bien, pero Richard no corrió la misma suerte, porque un año después perdió a su mujer. Ella era todo para él, le cambió la vida, lo encaminó.

»Es muy loco, Keira apenas la conoció, pero se parecen muchísimo —comenta y suspira, como si estuviera recordando un momento al que desearía volver—. Richard lo sobrellevó bien los primeros meses. Venía a casa, las niñas jugaban, compartíamos almuerzos... Hasta que la depresión lo golpeó. Su salida era el alcohol y empezó a llevarse mal con todos, en especial conmigo, porque yo trataba de abrirle los ojos y él se negaba a ver la realidad. Por suerte la tenía a su hija, gracias a ella se controlaba. Él no lo sabía, pero yo me aseguraba cada semana de que no les faltara nada, en especial a ella. —William ya no es el hombre repleto de furia de días atrás. Ahora se asemeja al que me abrió la puerta de su casa sin problemas—. Como sea, la cuidé toda su vida. A la distancia, pero lo hice. Para mí es otra de mis hijas, y el día que tengas los tuyos, te darás cuenta de que lo peor que puede pasarte es que los lastimen, y entonces te sentirás capaz de hacer lo que sea para protegerlos

—Entiendo, señor Holt. Pero nunca la quise lastimar. Nunca le haría daño, yo… Haría lo que sea por protegerla.

—Lo sé —asegura—. Me dio gusto saber que tomaste la decisión correcta, ¿sabes? La universidad es su mayor sueño. —Da por hecho que elegí, pero en realidad nunca afirmé nada—. Eres un buen chico, pero no lo suficiente para ella. Sé que lo sabes. Eres consciente de cómo funcionan las adicciones, ¿no?

—Por desgracia lo sé bastante bien —admito.

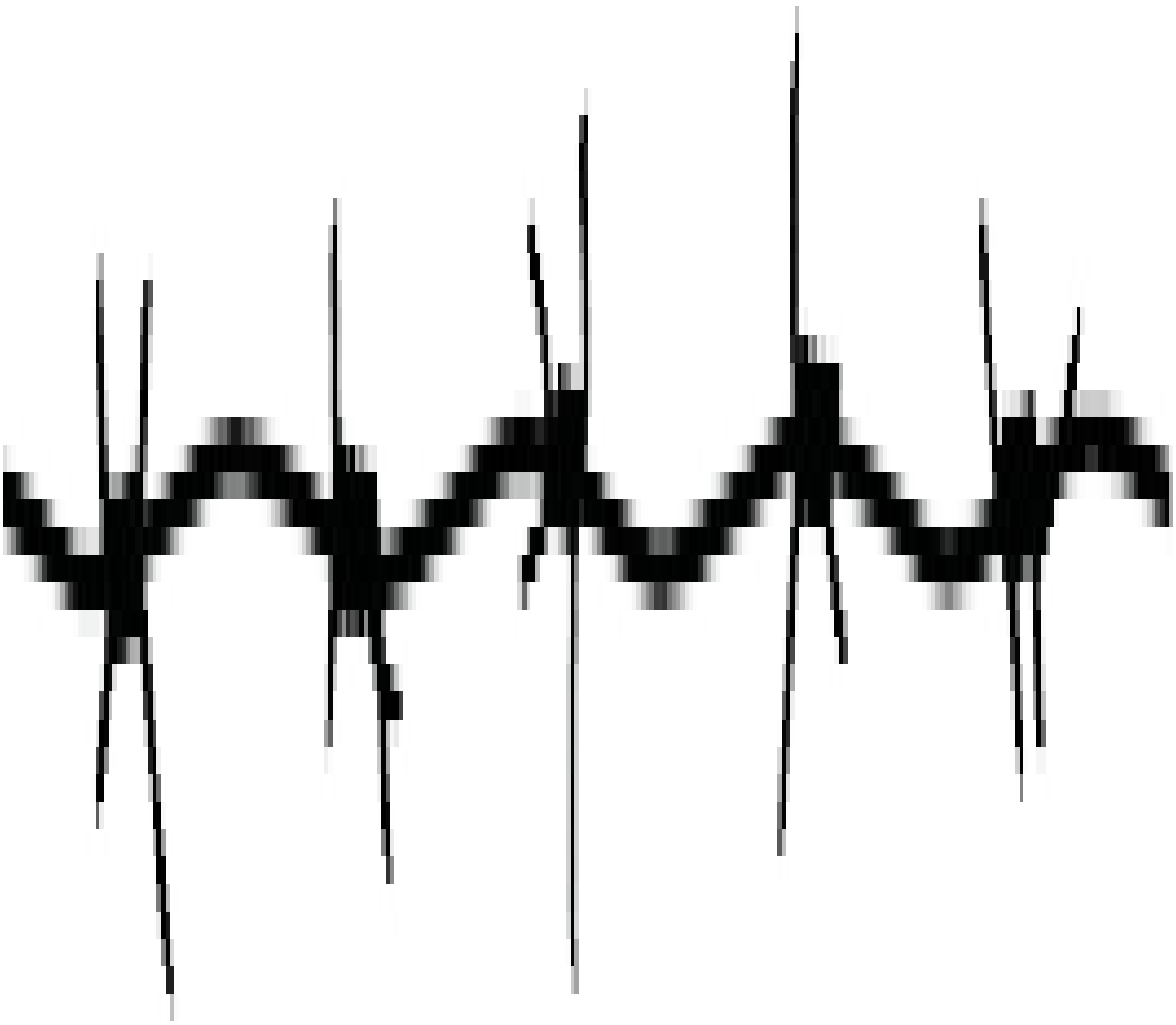
—Ahora estás limpio, supongo. ¿Qué va a pasar si algún día recaes? La harás sufrir lo mismo una y otra vez por el resto de su vida. ¿Eso es lo que te gustaría para ella? ¿Quieres que sufra?

—No. Por supuesto que no.

—Entonces rómpele el corazón una vez, pero no le destroces la vida.

Se dirige a la salida del hospital y el silencio repentino es la coartada perfecta para que las palabras en mi cabeza resuenen con potencia: «No eres bueno para ella. No eres suficiente. Nunca lo serás». Es duro reconocer la verdad, pero es necesario y, algunas veces, salva.

De repente se reproducen imágenes en mi mente, una tras otra; entonces recuerdo que vivimos momentos muy buenos: como las conversaciones en el patio del centro, la broma infantil que le jugamos a Alisha, aquella mañana en que hablamos por largas horas en su habitación, o la primera vez que la besé en el parque, cuando el sol se había escondido, pero nosotros ya no éramos capaces de ocultar lo que sentíamos. Desearía regresar a alguno de esos instantes donde lo que teníamos era un secreto solo nuestro y ambos, inocentes, creíamos que duraría para siempre.



Regreso a la habitación con una especie de presión en el pecho, la misma que aparece cada vez que tengo un mal presentimiento. No es errado. Empiezo a tomar consciencia de que en menos de ocho días tendremos que tomar caminos separados, y nada puede ser tan malo para mí. Me da terror tener que irme. Keira, que desconoce lo que pasará, me mira expectante.

—¿Qué te dijo? —se apresura a preguntar.

—Nada —largo e intento disimular—. Se quería disculpar, eso es todo.

—¿De verdad? Sabía que lo haría tarde o temprano.

—Sí, las cosas se están calmando. Él solo quiere lo mejor para ti —expreso con sinceridad. Después de oír la historia, sé que su tío pasó gran parte de su vida tratando de mantenerla a salvo. Solo quiere lo mejor para ella.

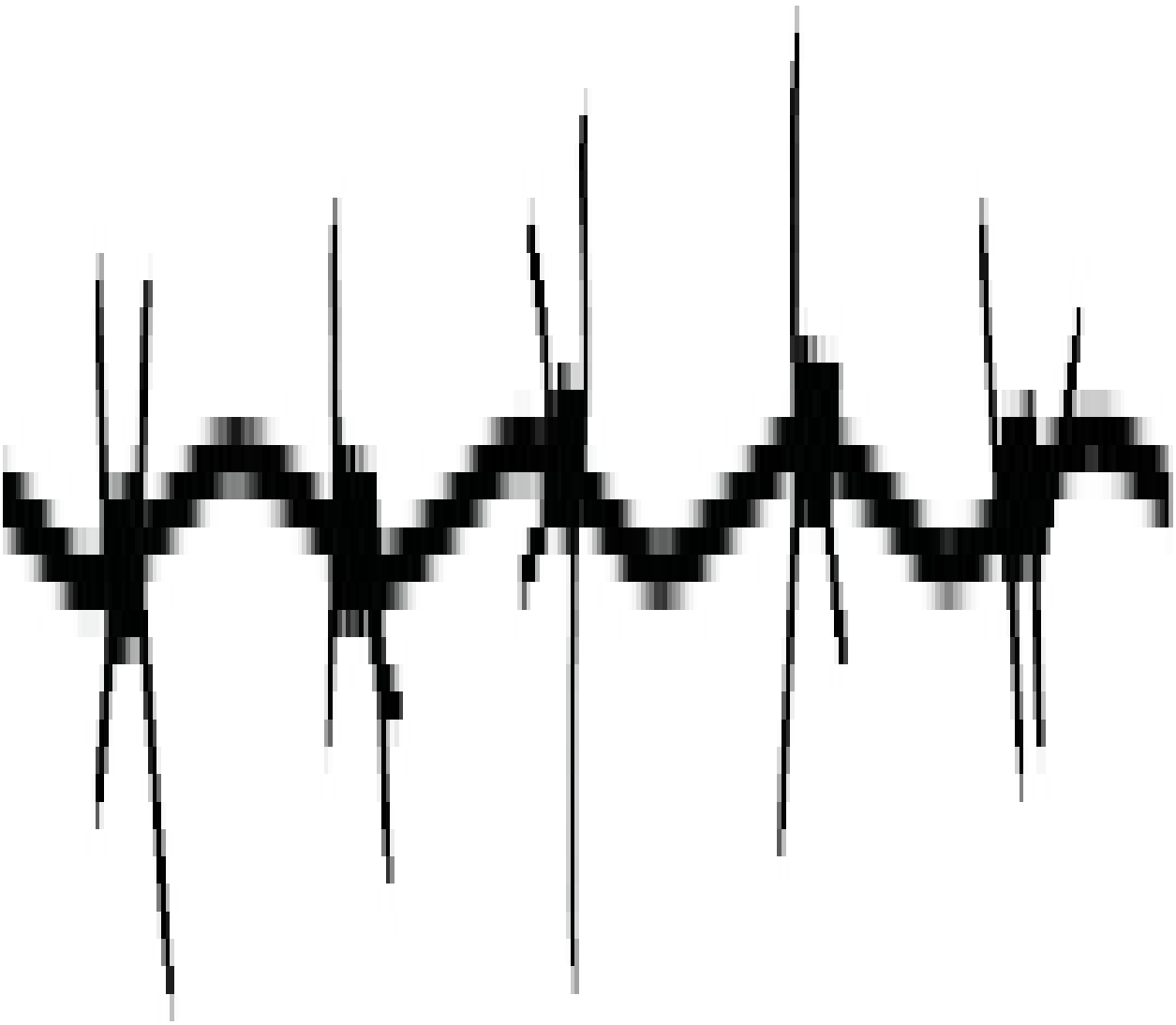
Y yo también.

Aunque eso signifique tener que alejarme.

—¿Seguro que no dijo nada más? —cuestiona. Me conoce tanto y, aunque finja, seguro presiente que me guardo algo.

—Seguro —respondo—. Todo está bien. —Le dejo un beso en la frente, a lo que ella cierra los ojos y se muestra calmada.

«Todo irá bien», me digo e intento convencerme de que he tomado el camino correcto.



7 días después.

—Liam. Al fin atendiste —reclamo, impaciente del otro lado del teléfono.

—Sabes que no puedo atender en el trabajo. ¿No recuerdas lo pesado que es el jefe? —cuestiona. La verdad es que olvidé esos detalles porque mi cabeza está en otros problemas.

—Solo es un minuto. ¿Recuerdas el tipo que mencionaste, el que quiere comprar una casa en el barrio?

—Sí, claro. Todavía no encontró donde vivir.

—Quiero vender la mía. ¿Crees que estaría interesado? —indago mientras comienzo a sacar todas mis pertenencias del armario y las arrojo sobre la cama.

—Es probable. Te pasaré el contacto luego. Adiós. —El llamado finaliza de manera abrupta e imagino que el jefe estaba cerca. Minutos después, me llega la información por mensaje.

Durante toda esta semana, me ocupé de realizar los trámites necesarios para vender el lugar donde solía vivir. Nunca fue una opción quedarme ahí. Hay demasiados recuerdos que prefiero olvidar, pero alguien está dispuesto a pagar por ese techo y necesito el dinero. El plan es dejar la ciudad, pero ni siquiera tengo idea de hacia dónde ir. Mi vida llegó a estar estable por algún tiempo... Ahora siento que se desintegra otra vez. Se está deshaciendo, pedazo por pedazo.

Guardo mis pertenencias en un bolso y lo cierro, lo dejo sobre la cama para cuando llegue el momento de marcharme. Siento que en algún punto vuelvo a ser la persona de antes y eso es abrumador; incluso el aire que respiro pesa, y la presión que cargo en el pecho todavía no se alivia.

Tengo el pensamiento recurrente de que voy a pasar el resto de mis días recordando que la abandoné, que tendré que vivir sin ella y, para ser honesto, es una mierda. Debo verla en un par de horas y quizá sea la última vez que lo haga; el solo pensarlo me llena de miedo. En un intento por despejarme, me meto en la ducha, pero mientras el agua corre por mi cuerpo, el debate persiste en mi interior. Por momentos creo que debería quedarme, no obstante, luego vuelvo a caer en la misma idea de que, a la larga, su vida irá mejor sin mí. Es tan cliché y hasta suena estúpido, pero es real. Al terminar, envuelvo una toalla en la cintura, me detengo frente al espejo y apoyo las manos sobre el lavabo. Respiro hondo con la intención de aliviar la presión, pero no da resultado.

¿Por qué las cosas no pueden ser diferentes?

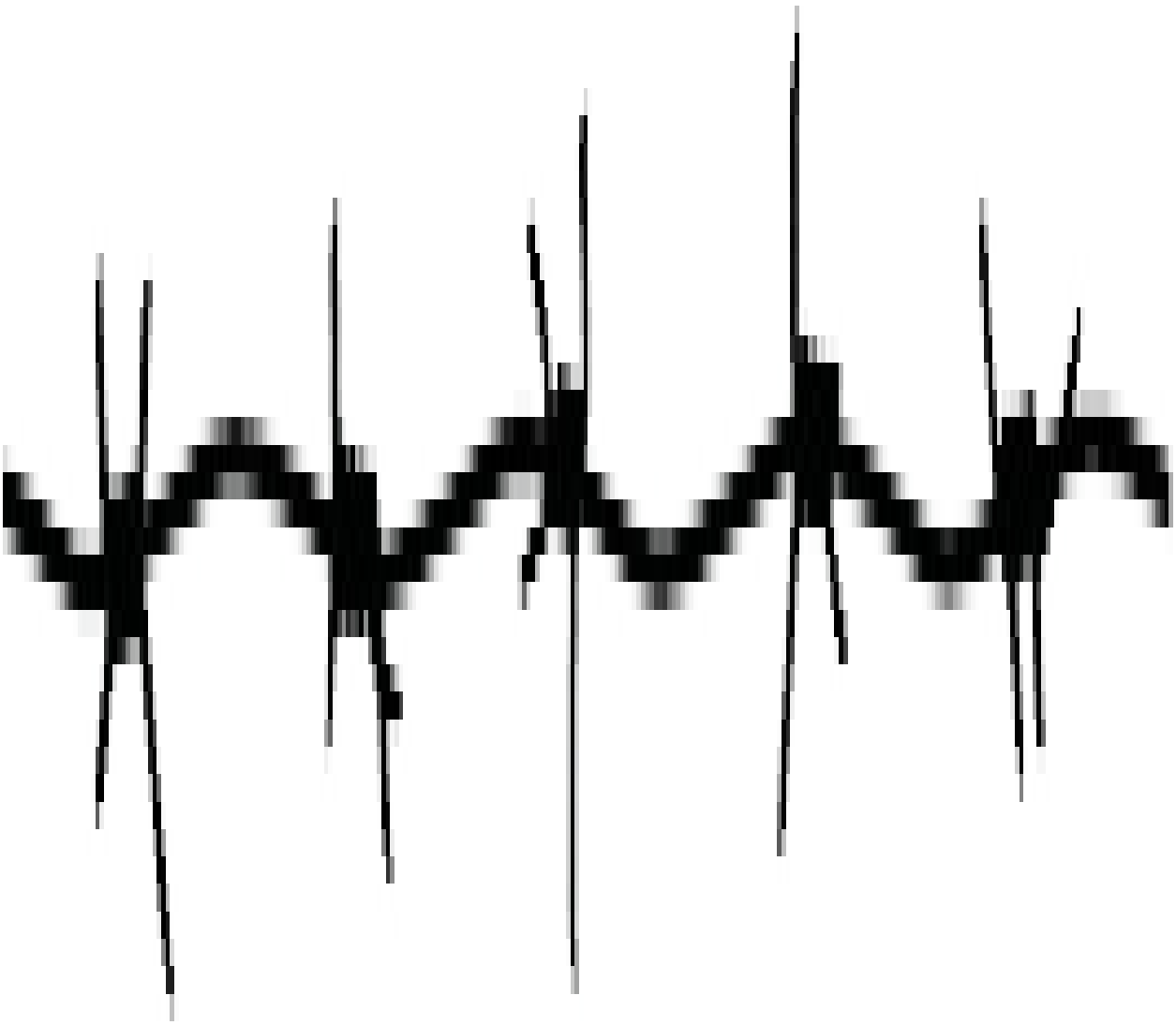
«¿Por qué siempre lo arruinas? ¿Por qué nunca lo haces lo suficientemente bien?», me

pregunto.

Detesto lo que veo. Lo que soy no alcanza para estar satisfecho. Me odio por cada decisión que he tomado, por cada error que he cometido. Odio haber arruinado lo único bueno que tuve en todo este tiempo.

El espejo se parte en pedazos cuando mi puño aterriza sobre él tras un estúpido impulso y el cerámico blanco del lavabo se tiñe con unas gotas de sangre que provienen de la herida que acabo de abrirme en los nudillos. Mierda.

La maldita costumbre de vivir en una constante lucha conmigo mismo es agotadora.



Keira deja el ordenador a un lado al verme ingresar. La expresión en su rostro deja entrever que está recuperando el brillo y la fortaleza que tenía a diario antes del accidente. Le han quitado todos los soportes y mañana le darán el alta. Solo están esperando a ver los resultados de un último estudio, pero es evidente que todo irá bien.

—Ey, ¿cómo estás? —murmura y pone su atención en mí—. Pensé que no vendrías —agrega. Me atrasé un par de horas hasta recuperar la estabilidad.

—No, claro que iba a venir. Es solo que... me quedé dormido después de almorzar —miento—. Es un infierno despertar temprano cada día —bromeo para ocultar la tensión—. Te aburrías sin mí, ¿no?

—En realidad estaba bastante entretenida. —La sonrisa la delata. De seguro estaba planeando algo—. Sabes que se aproximan las vacaciones de Navidad y... estuve buscando algunos lugares a los que podríamos viajar. Ya lo sé, es un poco difícil, pero creo que podríamos juntar el dinero —me explica con entusiasmo. Es desgarrador oír que tiene planes para nosotros cuando sé que esto pronto terminará—. ¿Qué dices?

—Sí, claro. Supongo que podríamos pensarlo mejor.

¿Por qué ilusionarla más?

—No suenas muy convencido.

—No, es que...

Me siento sobre la cama y juego con los dedos de mis manos. Demonios. Me olvidé de los nudillos lastimados.

—Por Dios, ¿qué te pasó en la mano? —indaga, alarmada, antes de que pueda ocultarla.

—Ah, esto. Fue algo muy estúpido. Un vaso se estrelló en el piso y me puse a recoger los restos con la mano. Así pasó. —Suena una excusa forzada e inventada, y lo es. Keira frunce el ceño y puedo notar que no me creyó una sola palabra.

—Vamos, Damon. Desde que nos conocemos pasamos todos los días juntos y sé cuándo actúas raro, como ahora. ¿Está pasando algo y no quieres que lo sepa? —cuestiona, como de costumbre. Ella siempre encuentra la verdad, consigue leer situaciones a la perfección. Llevo mis ojos hacia otro punto de la habitación y aprieto la mandíbula para contenerme. Su forma de transmitir confianza no me hace fácil el tener que mantener la boca cerrada—. ¿Es necesario recordarte que puedes confiar en mí? A estas alturas deberías saberlo mejor que nada.

—Lo sé. Es solo que... no es nada grave. —Mentirle es de los retos más difíciles que me ha tocado enfrentar—. Supongo que todo esto aumentó mi ansiedad, ¿sabes? Todavía me aterra

pensar que pude haberte perdido para siempre, y la verdad es que esta semana me sentí como aquellas veces cuando respirar parecía la tarea más difícil del mundo.

Observo el suelo porque no soy capaz de mirarla a los ojos a sabiendas de lo que oculto.

Keira no dice nada. Lo próximo que siento son sus brazos, que me rodean por detrás. Ella pega parte de su cuerpo a mí espalda y apoya la barbilla en uno de mis hombros. Las palabras se acabaron, pero las acciones están hablando. Me abraza de un modo que nadie más podría hacerlo. Llevo una mano hacia la parte de su brazo que está pasando sobre mi pecho y me aferro a él; me doy cuenta de que aquello es lo único que me calma.

Incluso cuando hago todo mal, cuando estoy en mis peores días o cuando la he lastimado... ella me ama.

—¿Sabes qué? Sé de un lugar a donde podríamos ir ahora mismo —larga, todavía sin soltarme. Giro un poco la cabeza para verla.

—¿Te volviste loca?

—No te preocupes, no vamos a salir del hospital —dice tras largar una pequeña risa—. Y nadie tiene que enterarse —agrega, en busca de complicidad, y su idea de inmediato me atrae por el simple hecho de que la hace sonreír.

—Si te digo que no es conveniente, vas a insistir hasta que diga que sí, ¿verdad?

—Exacto.

—Bien. Entonces vayamos.

—¿Qué pasa contigo? Antes te divertías tomando riesgos —murmura con ánimos de molestar, luego retoma su postura y sale de la cama.

Rápido, se coloca un par de pantuflas que hay a un lado. Entonces, me toma de la mano y finge que me forzará a ponerme de pie.

—Y a ti antes no te gustaba romper las reglas.

—Cierto. Hasta que alguien me enseñó que tomar riesgos y romper reglas al final siempre vale la pena. —Vuelve a tirar de mi mano y acabo poniéndome de pie, luego la sigo hasta la puerta.

Oír que aprendió algo bueno de mí es tranquilizador. Ahora puedo ver como ambos nos enseñamos el uno al otro mientras nos enamorábamos, sin darnos cuenta de que lo estábamos haciendo. Nunca me había dado cuenta de lo valioso que podía ser eso. «Las cosas que aprendí se quedarán para siempre conmigo», me digo.

—¿Piensas salir en pijama?

—¿Qué crees? Sí —responde como si fuera una obviedad—. Tan solo... ¿puedes apagar tus pensamientos por un rato y seguirme?

—Si es lo que quieres —acepto. Extiendo la mano hasta tomar la chaqueta que dejé sobre el perchero al ingresar—. Pero primero ponte esto. Afuera está frío y llevas días sin salir —Ella rueda los ojos, para luego colocarse el abrigo mientras se queja como una niña pequeña.

Camina rápido por el pasillo y hace evidente su desesperación por abandonar ese hospital. He decidido que no voy a cuestionarle nada; ella puede tomar riesgos, pero nunca perdería la razón. Ingresamos al ascensor y toca el botón más alto.

—¿Quién te dijo sobre ese lugar? —pregunto. Todavía no soy capaz de darme cuenta hacia dónde vamos.

—Una enfermera. Le conté que uno de mis pasatiempos es ver las estrellas y me dijo que aquí existe un sitio perfecto para ello. —Habla con tanta ilusión que me hace desear que el sitio sea tan asombroso como se lo ha descrito, solo para verla feliz.

—Eso significa que me estás llevando a la parte más alta de un edificio de, no lo sé, ¿cómo cincuenta pisos? —finjo entrar en pánico.

—Puede ser —contesta. Acto seguido, las puertas del ascensor se abren porque hemos llegado al piso indicado—. Bueno, sí —admite maravillada ante la vista que aparece frente a nosotros.

El cielo resplandece y la terraza es tan alta que parece que estuviéramos en medio de él y que podríamos con facilidad alcanzar las estrellas que flotan sobre nuestras cabezas. Su ilusión es tan grande que incluso me la transmite, me quedo tan igual de asombrado como la chica que se aferra a mi mano y me guía hasta el centro de aquel sitio. Impredecible, gira hacia un lado, captura mis labios, y se derrumba sobre mi cuerpo. La sostengo con delicadeza, la abrazo, la mantengo cerca mientras dejo que mis ganas de besarla se expresen sin ningún límite.

—¿Extrañabas besarme así? —pronuncia, para después sonreír sobre mis labios.

Quisiera congelar el tiempo, para quedarnos por siempre en este preciso momento, para vivir en el mundo que nosotros construimos y olvidar todo lo que los demás han dicho.

—Mira quién habla. La que se moría de ganas —bromeo tan cerca el uno del otro que nuestras respiraciones se convierten en una sola.

—Quiero que me lleves a tu apartamento cuando salga de aquí —me pide mientras se sostiene de mi cuello, deja otro beso y muerde ligeramente mi labio inferior. El huracán de sensaciones que esta chica provoca en mí es indescriptible—. ¿Es mucho pedir?

Niego.

—Mereces pedir todo lo que quieras. Hablo en serio. Absolutamente todo. —Si voy a irme, quiero repetirle por última vez, y convencerla, de que merece el universo entero. Sus ojos se clavan en mí, me muestran que se está tomando con suma importancia lo que digo.

—Tengo todo lo que quiero ahora mismo: mi vida, el cielo, las estrellas y a ti, Damon.

CAPÍTULO 36

Keira

Pasar diez días en una habitación de hospital fue como construir una burbuja donde sentirme a salvo y no correr ningún tipo de riesgo. Todo era tranquilidad, hasta el color blanco de las paredes lo transmitía. Volver a pisar el exterior es como dejar la calma para dirigirme a una jungla repleta de especies exóticas e impredecibles. Camino por la acera siguiendo los pasos de mi tío mientras vamos al estacionamiento y el repentino sonido de una bocina me exalta, hasta el punto de hacerme girar para saber de qué se trata.

—Solo fue una bocina —murmura William—. ¿Estás bien?

—Sí, claro —le resto importancia—. Sigamos.

Distingo su vehículo estacionado a un par de metros. Subo de inmediato, me hundo en el asiento de acompañante y una sensación amarga me recorre el cuerpo entero.

Entiendo al instante por qué: la última vez que estuve en un auto casi pierdo la vida. Repito en mi cabeza que es normal. Antes de salir, tuve una conversación con el médico. Me explicó que es posible sufrir ciertos traumas, que no se deben solo al accidente; también sentí que corría peligro cuando Jonathan sacó el arma y me apuntó a la cabeza.

Me pongo el cinturón y, luego, tiro de él para asegurarme de que esté bien colocado. William, mientras tanto, se posiciona como conductor y enciende el motor, pero antes de dar marcha regresa a mirarme.

—¿Lista?

—Sí, vamos —respondo sin pensar demasiado. Busco el móvil dentro del bolso y lo enciendo para chequear mensajes o llamadas entrantes, pero no hay nada, solo un aviso de que la batería está a punto de morir.

Esta mañana, tras despertar, le envíe un par de mensajes a Damon para avisarle que ya me dieron el alta, pero no recibí ninguna respuesta. Supongo que está ocupado y, siendo sincera, está perfecto que tenga cosas que hacer. Mi tío pone el auto en movimiento y, en cuanto nos incorporamos a la carretera, aumenta la velocidad. Mis sentidos se ponen en alerta.

—¿Puedes ir más despacio? —Frunzo el ceño, entre molesta y agitada. Es probable que todo sea una exageración y que estemos avanzando a una velocidad normal, pero tener que permanecer dentro de un auto me pone los pelos de punta.

—Lo siento —se disculpa—. ¿Segura de que estás bien?

—Sí, yo...

La imagen de Jonathan obligándome a entrar al vehículo se reproduce en mi cabeza. Por un momento, lo vivo de nuevo.

—¿Keira?

—No pasa nada. —Miro hacia el lado contrario y cierro los ojos.

Quizá, si pienso en algo lindo, los recuerdos oscuros desaparecerán.

—Tengo buenas noticias —larga y me hace regresar a la realidad—. Queríamos hacer algo especial para ti, así que esta noche tendrás una cena de bienvenida. Antes de que digas algo: vendrán tus amigas, esas chicas... Summer y Andy, ¿no? —pregunta. Asiento—. Jace también vendrá con su madre. Gerti, Valerie, Alisha y Landon también estarán. Supongo que debí hacer esto el día que llegaste a casa por primera vez. Como sea, en verdad me gustaría que pudiéramos empezar de cero y comportarnos como una familia; lo que somos. ¿Crees que podríamos intentarlo? —propone.

Es cierto que la idea de ver a mis amigos me anima. Será genial tenerlos esta noche a todos juntos, pero no tolero tener que esforzarme, otra vez, para ser integrada en la familia. Lo intenté por un largo tiempo, desde que llegué, y me rendí por cansancio. El haber tenido que estar al borde de la muerte para que se compadezcan de mí y me tengan aprecio solo me llena de frustración.

—No puedo prometer nada, pero intentaré hacer mi mejor esfuerzo para que nos llevemos bien. Ah, una cosa más. Damon también viene esta noche, ¿no?

—Le puedes avisar —contesta. Es evidente que nadie lo invitó, y eso me enfada. Él es importante para mí, lo quiero cerca.

—Lo haré —digo con seguridad. Luego tomo el celular y tecleo un mensaje antes de que muera la batería.

El silencio incómodo se instaura. Mi tío no lo acepta, pero sé que intenta mantener la calma por mi reciente estado. Vuelvo a girar mi cabeza hacia el lado contrario, poso la mirada en la carretera y, luego, cierro de a pocos los ojos con el teléfono entre las manos.

Al llegar, ingreso a la casa y distingo los cambios. Gerti hizo decorar la mansión acorde a la temática de esta época del año: la Navidad se acerca y los detalles lo gritan por todos lados. Festejarla con mi padre era siempre un plan maravilloso: horneábamos galletas y fabricábamos adornos con nuestras propias manos. De niña me preguntaba por qué Santa Claus no dejaba

regalos para él, así que los hacía yo por mi cuenta y los ponía en el arbolito; me hacía ilusión verlo sorprendido. Al crecer, la magia un poco se deshizo, y luego desapareció cuando lo perdí.

—Cualquier cosa que necesites, me llamas. No importa el día, ni la hora.

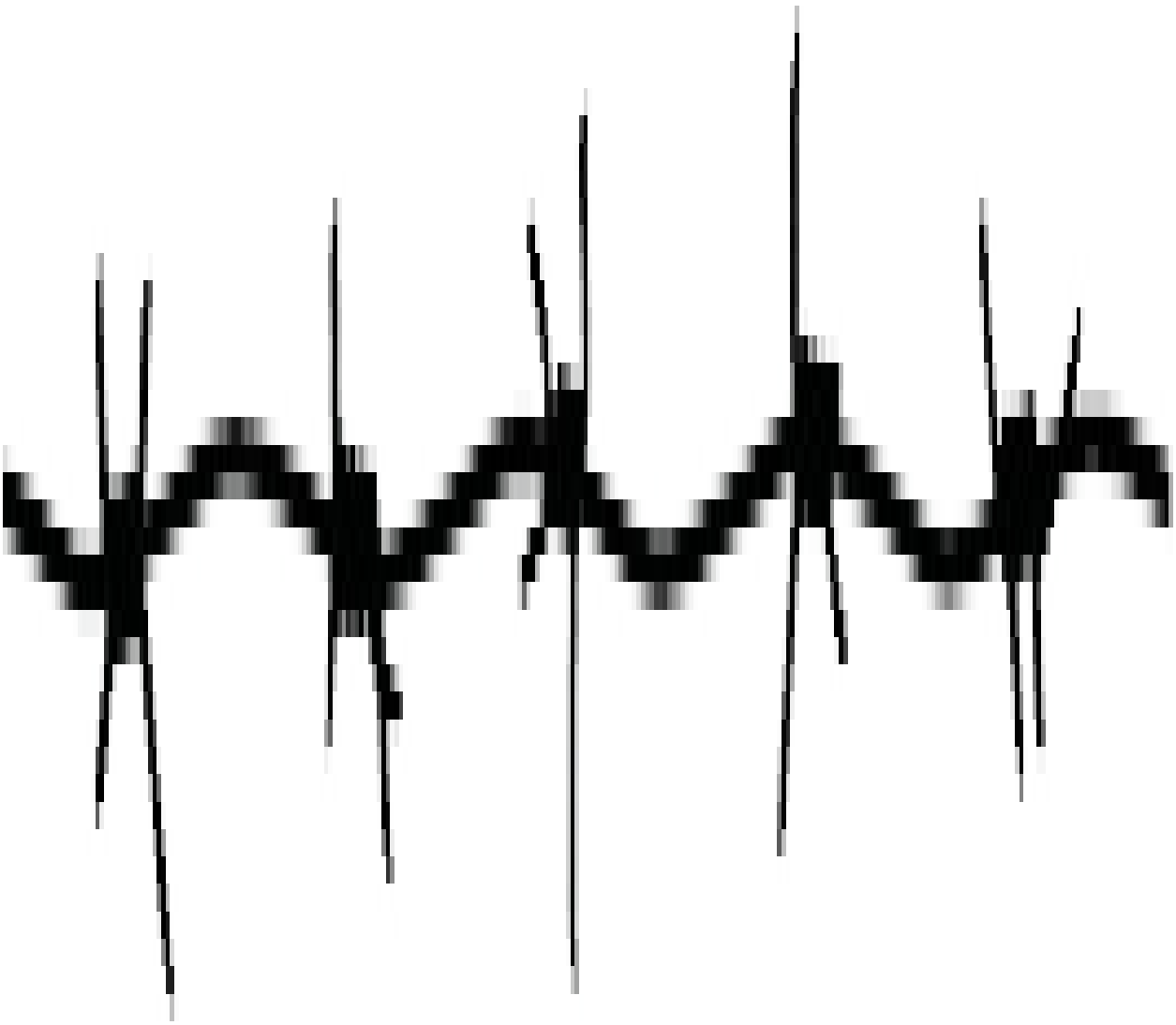
—Sí, lo sé, tío. Puedes ir tranquilo a trabajar —pronuncio. Me despido con un beso en la mejilla, luego subo las escaleras hasta mi habitación.

El cuarto está limpio y ordenado, tal como lo dejé. Lo primero que hago es dejar el bolso, luego poner el celular a cargar. Tarda algunos minutos en iniciarse, los cuales se hacen eternos, como cada vez que se debe esperar mucho por algo. Cuando enciende, sufro una leve decepción al no ver ninguna señal de Damon.

«Ya aparecerá», me digo.

No es que sea la típica persona que necesita controlarlo todo, pero hemos pasado por tantas cosas este último tiempo que, cuando empiezan a ponerse extrañas, me preocupo. Aunque sé que es probable que no sea nada.

Dejo el celular a un lado, entro a darme un baño relajante y pierdo noción del tiempo que estoy allí. Al terminar, me peino y me pongo el pijama; entonces, todo el cansancio y el estrés se presentan de repente en mí, me roban cada gota de energía y hacen que caiga rendida en la cama como si viniera de batallar una guerra que duró cien años.



—¡Keira, Keira! ¿Podemos pasar? —Escucho una voz femenina que proviene del otro lado de la puerta.

—No le grites. ¿No ves que está agotada? Harás que le duela la cabeza —Reconozco aquel reproche a la perfección y sonrío, aunque acabo de despertar. Es Andy.

—Claro que pueden entrar —respondo. De inmediato la puerta se abre. Summer sonríe con alegría y viene a abrazarme.

—Cuidado —murmura Andy.

—¿Y ahora qué hice? —se queja Summer—. Solo quiero abrazar a mi amiga.

—Abrazarla, no romperla —la molesta—. Y ya es suficiente. Es mi turno. —Andy se acerca con más elegancia. Summer rueda los ojos, me libera y Andy me saluda con una caricia suave en mi espalda.

—Le quitas la emoción a todo —la acusa Summer de forma divertida—. Todos te están esperando abajo, dormilona.

—¿Eh? —balbuceo, todavía adormilada.

—¿No piensas bajar a tu cena? —indaga Andy al notar que todavía llevo mis pijamas.

—¿Ya anocheció? —Abro los ojos de par en par—. Sí, claro que bajaré. Me quedé dormida.

—Abajo está Jace. Muy guapo, por cierto. ¿Sigue soltero? —cuestiona Summer. Las dos siempre coincidimos en que era atractivo, excepto Andy, que hasta llegó a decir que le caía mal por su excesiva simpatía.

—Creo que sí —respondo—, pero seguro tiene alguna chica por ahí. Ya sabemos cómo es.

—Un imbécil —responde Andy. Reímos por su brutal sinceridad.

—¿Tu chico misterioso vendrá? —Summer vuelve a preguntar con unos inmensos aires de curiosidad y emoción.

—Se llama Damon —contesto. No puedo evitar sonreír. De repente recuerdo los mensajes al teléfono y salgo de la cama para comprobar el estado, pero el móvil sigue tal como antes de irme a dormir—. Y no sé. No ha dicho nada.

—Seguro que vendrá. Así que quítate ese pijama y ponte lo mejor que tengas en el armario —me alienta. Miro el mueble, desanimada, pero sé que debo bajar porque me están esperando.

Hurgo entre las perchas y cajones, con la esperanza de encontrar algo decente. Elijo una pollera

tiro alto con botones por delante junto a una camiseta corta que es arreglada pero casual. En el tocador me coloco un poco de maquillaje. Intento no prestar demasiada atención a los hematomas, que cada día toman un color más oscuro en señal de que se están marchando. Les coloco base y luego corrector para disimularlos.

—Ya estoy lista —anuncio. Poso frente a mis amigas, quienes me animan con aplausos. Sin duda alguna la vida sería más simple si pudiera tenerlas conmigo todos los días.

Bajamos al comedor que se utiliza para las reuniones. En el costado derecho de la mesa están sentados Jace y Lidia; en un extremo, Alisha junto a Landon y Valerie, uno a cada lado; y sobran cinco lugares: para Gerti y William, que todavía no aparecen, y otros tres para nosotras.

—¿Te estabas haciendo esperar? —pregunta Jace en tono de broma.

—Lo mejor para el último.

Ambos sonreímos, incluso Lidia, que siempre nos observa con ternura cuando interactuamos.

Las chicas toman sus asientos, pero antes de acompañarlas saludo a los invitados uno por uno y les agradezco por estar ahí para mí. Entonces, tomo asiento y me doy cuenta de que en realidad falta un lugar: el de Damon. ¿Por qué se empeñan en dejarlo a un margen? Aquello me enfurece, pero guardo la calma solo para no arruinar el momento.

Debería ir por el móvil. Sí, debería.

«Quizás él me llame o mande algún mensaje y desde aquí no podré escucharlo», me digo.

Vuelvo a subir escaleras para recogerlo y, tras abandonar la habitación, oigo a Gerti hablando furiosa. Me despierta curiosidad porque tengo la sensación de que se trata de mí. Sé que no le caigo bien, ni siquiera apareció por el hospital y se incomoda cuando la atención está sobre mí. Sé que lo que voy a hacer no está bien, pero considero que a veces las reglas pueden saltarse, por lo que me aproximo con sumo cuidado hasta su cuarto; la puerta está entreabierta.

—Ya tiene dieciocho años, podría irse de la casa.

—Cariño, piensa en Alisha. ¿La echarías y la dejarías sin dinero o sin ninguna herramienta con la que pueda defenderse en la vida? —inquiere William, que suena más paciente.

—Alisha es mi hija. Esa chica no.

—Puede que para ti no, pero para mí sí. Ella es como una hija más y esta también es mi casa. ¿En serio discutiremos otra vez por esto?

No estaba equivocada: Gerti me quiere fuera y lo ha demostrado en forma indirecta desde que llegué.

—Perfecto. Es como tu hija, intentaré procesar esa locura; pero te lo advierto, William. Si ella vive aquí, quiero a ese chico lejos. ¿Te pusiste a pensar en el escándalo que se armaría si

relacionan a nuestra familia con un drogadicto? Pensarán que somos unos descarriados, que no sabemos criar a nuestras hijas. Nuestra imagen quedaría manchada, sería más difícil hacer negocios. ¿Y nuestros amigos? ¿Te imaginas lo que hablarían de nosotros?

A medida que su discurso avanza, la furia que siento aumenta hasta rozar la desesperación. No podía esperar otra cosa. Ella es el tipo de persona que vive preocupándose por el qué dirán; a mí no podría importarme menos.

—Cálmate, Gerti. Lo del chico está solucionado. Costó, no te das una idea de lo duro que se puso, pero lo convencí de que irse era lo mejor para todos. —Así, tan relajado y natural, William confirma que Damon se ha marchado.

Ahora comprendo por qué no respondió a los mensajes ni devolvió las llamadas. Algunas actitudes de los días pasados se aparecen en mi cabeza como pruebas indirectas de que algo iba mal, pero que dejé pasar por pensar que solo eran ideas mías. Él estaba raro, por momentos se veía como si estuviera esforzándose para mostrar que todo iba bien. Tampoco habló del futuro: evitó el tema del viaje, luego le pedí en la azotea que me llevara a su apartamento y no pudo responderme en forma directa, sino que cambió la dirección de la conversación con un «mereces pedir todo lo que quieras».

Se estaba despidiendo y no supe darme cuenta.

Siento que el mundo que construí se desmorona, que una pieza esencial tomó otro camino. Sin embargo, no elijo echarme a llorar como si ya no tuviera solución. Esa conversación, que se suponía que no debía escuchar, despierta en mí una especie de enfado que no puedo controlar.

—¡¿Qué les da derecho a meterse en mi vida?! —cuestiono en cuanto ponen un pie afuera. A Gerti esto parece causarle gracia, pero mi tío se nota de verdad incómodo—. ¿Qué le dijiste a Damon, eh? ¿Sabes a dónde se fue?

—Yo, eh...

—¡Habla, por dios! ¡¿Qué le dijiste?! —pregunto, exaltada. Los murmullos que provienen de la cocina callan. Mi voz se ha colado por cada rincón de la mansión.

Es que no lo entienden, no lo conocen. Él tiene el aspecto de un chico duro, pero es muy fácil de lastimar.

—La verdad, Keira: que yéndose nos haría un favor a todos, incluso a ti.

—¿Por qué te desespera tanto un drogadicto? ¿Será que tú también te drogas? —Gerti se entromete y me hace largar una carcajada repleta de ironía. Debo tomar aire o estallaré.

—Creo que, en lugar de preocuparse por mí, debería hacerlo por su hija ¡que sale con un tipo metido en apuestas ilegales! —exclamo. En serio, la furia se está yendo de mis manos. Detesto actuar así y utilizar secretos de los demás para herir, pero no consigo controlarme—. Y tú... —Echo un vistazo a mí tío—. Pensaba que lo entenderías. Sí, Damon tuvo problemas, pero trabajó muy duro para superarlos. Se esfuerza todo el tiempo. ¿Sabes lo difícil que fue hacerle entender

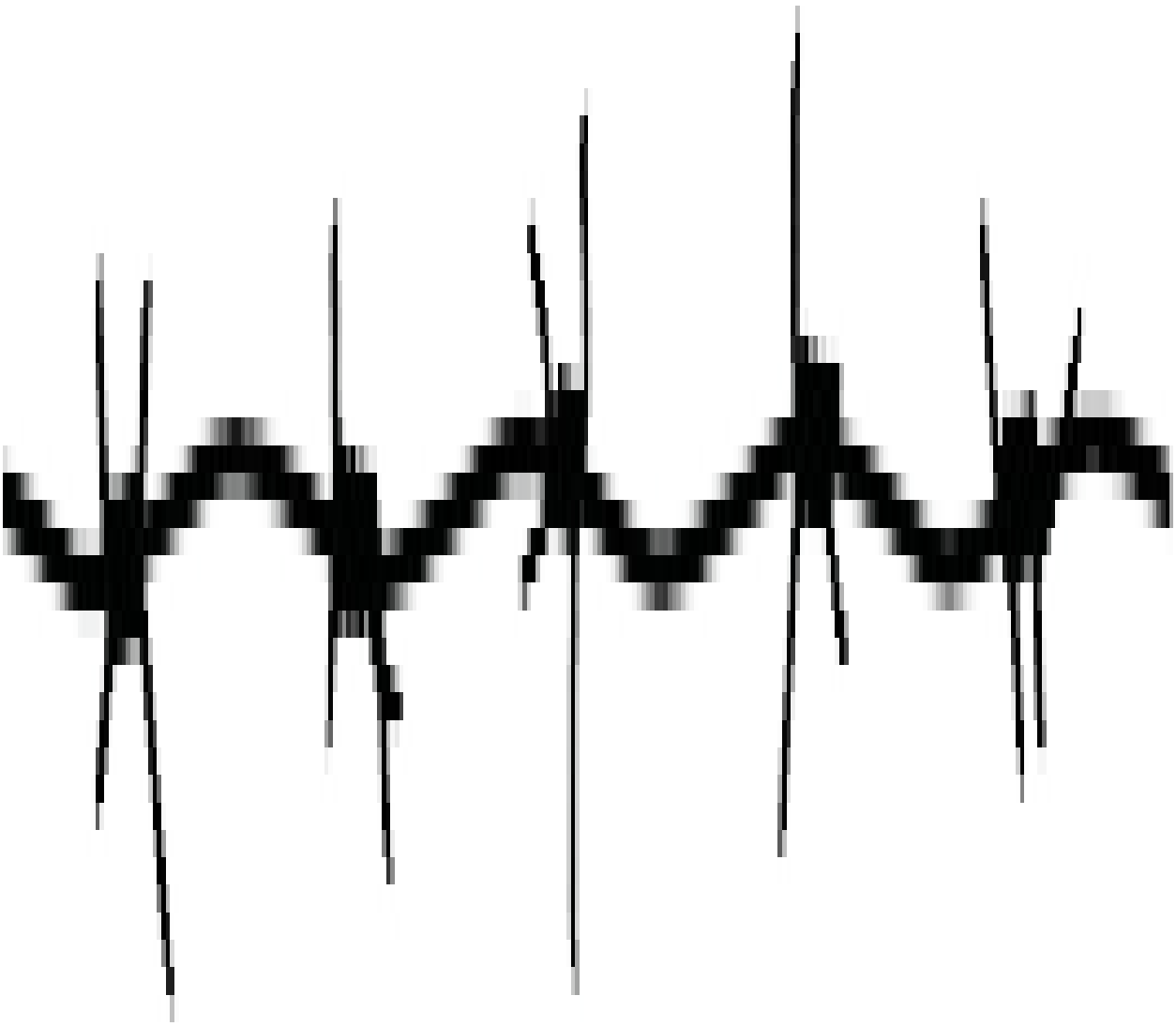
que merecía una buena vida? Para que luego tú, un hombre maduro y privilegiado, aparezca y eche a perder lo que tanto le costó —reprocho, enfadada, y también dolida. Creí que podía confiar en la única familia de sangre que me quedaba—. ¡Váyanse al infierno!

Ellos son lo que menos me importa en este momento.

Encaro escaleras abajo y agarro el celular para llamar a Damon.

Maldición. Salta el buzón de voz.

Lo apagó.



Mis amigas se ofrecieron a acompañarme y Jace propuso llevarnos en su auto, pero me negué. Sé que debo hacer esto sola. Tengo algunos billetes en los bolsillos, por lo que pido un taxi hacia el apartamento de Damon.

De nuevo la sensación amarga; otra vez me da vértigo el percibir que asciende la velocidad, pero cierro los ojos y pienso que valdrá la pena. Esto también provoca un déjà vu de aquellas veces en que las que corrí detrás de él para convencerlo de que su lugar estaba aquí.

«Una vez más tengo que hacer lo mismo».

El taxi empieza a transitar por la calle indicada y ahí es donde me asombro y desespero al verlo cargando sus pertenencias en el maletero de un vehículo. Luego se sube. Pago al taxista, le dejo el cambio y corro con la esperanza de alcanzarlo. Me doy cuenta de que su vehículo está en marcha, a punto de avanzar.

—¡Damon! —grito y me coloco en la calle de forma que pueda verme por el espejo retrovisor—. ¡Espera, por favor! —le pido. Entonces, se detiene.

Baja. Lleva una chaqueta negra, el cabello hacia atrás y un cigarrillo sin encender entre los labios, el cual de inmediato guarda en el bolsillo de su abrigo.

—¿Ahora tienes un auto? —pregunto, curiosa. Se está a punto de ir y eso es lo primero que digo, genial.

—No llegué a contarte. Vendí la casa. El comprador me ofreció el auto como parte del pago, supongo que fue justo. —Se encoge de hombros, es evidente que le cuesta mirarme porque no ha sido sincero conmigo—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—No sé, mejor dímelo tú. ¿Estabas planeando irte y no fuiste capaz de decirme nada? ¿Ibas a dejarme como si fuera un trozo de papel usado que puedes echar a la basura?

Él niega.

—Terminarás en la basura si sigues conmigo. Esa es la realidad —dice, frío—. Todo el mundo podía verlo, excepto nosotros.

Doy varios pasos al frente, me aproximo. Detesto que hablemos como si fuéramos desconocidos que jamás han tenido contacto.

—¿Te importa más lo que pueda decir todo el mundo que lo que sentimos?

—Me importa no lastimarte. —Posa sus ojos en los míos, su sinceridad es real—. Llegaste a mi vida cuando estaba roto y me arreglaste. Con toda la paciencia del mundo, colocaste cada pieza en su lugar. Hiciste que volviera a sentirme como una persona, hiciste que volviera a sentir.

Nadie me ama como tú lo haces, nadie lo hará nunca. —Sus manos permanecen inquietas en los bolsillos de su abrigo, se está conteniendo para no tocarme y eso me rompe el corazón—. Pero soy frágil, débil. Tarde o temprano me romperé otra vez. Cuando eso pasa, los pedazos que se desprenden de mí causan daño, lastiman. Y esta vez quiero mantenerte a salvo, por todas las veces que no pude.

Aprieto los labios porque sus palabras, tristes y hermosas al mismo tiempo, duelen. Significan que se alejará de mí, y suena tan convencido esta vez que la ilusión por lograr que se quede muere poco a poco.

—No me lastimas, Damon. Tú nunca, jamás, lo hiciste. —Lo tomo con suavidad por las muñecas tras quitarle las manos de los bolsillos—. Tócame —le pido. Hago que las palmas de sus manos acunen mi rostro, mis dedos continúan moldeando los suyos—. Eso es. —Tranquila, respiro al percibir sus pulgares acariciándome las mejillas—. ¿Lo ves? No me lástimas. —Él parece rendirse y apoya su frente sobre la mía. Cierra los ojos, lo imito—. Quédate, por favor. Esta es la última vez que te lo pido. No puedo correr detrás de ti cada vez que te vas —largo, cansada. Supongo que, si decide marcharse, es porque existe algo en lo nuestro que no le convence.

Por un segundo pienso que va a besarme, pero se desvía de mis labios y me planta un beso en la frente.

—Cuídate mucho —murmura y gira. Me da la espalda para regresar al auto.

Un nudo atraviesa mi garganta. Parece que nada de lo que diga o haga será suficiente para hacerlo cambiar de opinión.

Mis ojos, llenos de absurda esperanza, lo observan meterse al coche y esperan que se retracte, que recuerde nuestra historia y regrese a ocupar su lugar, aquí conmigo. ¿Ahora que va a pasar? Me siento como una niña perdida en medio de una ciudad desconocida, angustiada y repleta de miedo; una que suele tener éxito encontrado soluciones a los problemas, pero que ahora no sabe cómo manejar la situación.

Mi impotencia crece cuando escucho el sonido del motor encendiéndose. Correr tras él es una posibilidad, pero mis piernas, inmóviles, me recuerdan que no es válido forzar a las personas para que permanezcan a tu lado. Así que, con el sabor amargo de la soledad, giro, tomo el camino de regreso y me abrazo a mí misma en un ridículo intento por consolarme.

Entonces, sumergida en mis pensamientos y habiendo perdido la cuenta de qué tanto he avanzado, percibo una mano que me incentiva a voltearme. No puede ser. ¿Estoy enloqueciendo?

Giro sobre mis talones y ahí está, de pie.

Damon, el chico que llegó a mi vida cuando no esperaba nada, me mira con arrepentimiento, junto a sus brazos abiertos que esperan por mí.

Gracias a él descubrí que es posible amar y odiar a alguien al mismo tiempo, justo como lo hago ahora.

Aún sorprendida y presa de la angustia, las comisuras de mis labios se abren camino hacia los costados, para dar lugar a una sonrisa de auténtica felicidad. Entonces me hundo en sus brazos para refugiarme en ellos, en el único sitio donde podría quedarme para siempre, donde me siento a salvo. Es allí donde pertenezco.

CAPÍTULO 37

Damon

Solo a un imbécil se le cruzaría por la cabeza abandonar a una chica como Keira de un modo tan cruel e insensible. Estaba convencido de que alejarme era la solución, pero, entonces, pisé el acelerador y un recuerdo apareció. Un mal recuerdo, de verdad, uno muy malo.

Tenía trece años cuando un novio temporal de mi mamá me dio la primera paliza real. Hasta ese momento, había sufrido episodios de violencia, pero nunca uno de semejante magnitud. Me dejó aterrado. Esa tarde regresaba de clases, volvía hambriento y tenía la costumbre de arrojar la mochila sobre la mesa, buscar algo decente en la heladera y sentarme a comer mientras hacía la tarea. Lo que marcó la diferencia esa tarde fue que, al arrojar mi mochila, no me percaté de las botellas de cerveza que había sobre la mesa, las cuales cayeron al suelo al instante. No pude evitarlo.

Rogué que el tipo no estuviera en la casa; a decir verdad, nunca sabía qué clase de gente podía encontrarme allí, pero apareció. Su figura surgió desde la habitación de mi madre, fijó la mirada en los vidrios rotos y el líquido amarillento que se esparcía por el piso. Luego, me miró.

Recuerdo que le dije «No te enojes. Voy a vender mi bicicleta y te compraré más. Te lo juro».

Él no me dio oportunidad de negociar. De pronto todo eran gritos, desesperación y dolor en cada parte de mi cuerpo, excepto en el rostro. Antes de soltarme, me tomó por la camiseta y me apretó el cuello, con la espalda pegada a la pared. «Nunca voy a entender como tu madre se arruinó la vida con un niño de mierda como tú. Mírate. Jamás tendrás nada mejor que esto», largó, y luego me soltó. Aunque el aire me faltaba, corrí hasta mi habitación, cerré la puerta y usé las fuerzas que aún me quedaban para correr un mueble y usarlo como seguro, ya que la puerta no tenía ningún tipo de traba. A continuación, me senté en el piso, todavía con la sensación de sus manos alrededor de mi cuello.

Mamá no me vio hasta el otro día. Me gusta suponer que los ruidos no la despertaron porque los medicamentos que se autorecetaba eran tan fuertes que la hacían dormir por varios días seguidos.

No terminó ahí. El hombre me amenazó. Dijo que, si le comentaba a alguien acerca de lo que había pasado, la mataría a ella y luego me mataría a mí; que no tendría miedo de hacerlo porque había matado personas antes.

Desde ese día, hablar con la gente se convirtió en una dificultad costosa de atravesar. La sensación de que algo malo pasaría si me expresaba se quedó en mí. Siguieron los ataques de ansiedad, la falta de aire en mis pulmones se asimilaba al momento en que ese hombre apretó mi cuello como si fuera capaz de acabar con mi vida.

Me culpé muchísimo tiempo por eso. Sentía que, si algo le pasaba a mi madre, sería a causa del odio que ese sujeto me tenía. Y no podía hacer nada, incluso jamás hablé de esto con nadie.

Después de él, siguieron algunos más, quizá no tan abusivos, hasta que apareció Killian. Él llegó cuando yo tenía dieciséis. Quizá ya era capaz de defenderme, pero seguía siendo un niño indefenso frente a adultos que se aprovechaban de sus ventajas.

Las drogas aparecieron para borrar los recuerdos agobiantes por períodos de tiempo. Me daban tranquilidad y dispersión, pero, ni bien su efecto caducaba, volvía a sentirme una mierda. No solucionaban los problemas, tan solo los apagaban por un rato.

Un día caí preso y, como castigo a cambio de no quedar tras las rejas, me ofrecieron que fuera a rehabilitación. Acepté sin objeciones. «Eso es para tontos», pensé. Estaba tan confiado en que sería capaz de soltar las drogas cuando quisiera... me equivocaba; ya empezaban a manejarme.

Me pareció ridículo que una chica con aspecto de llevar una vida ajena a cualquier problema de drogadicción estuviera ahí para recibirme y ofrecerse como un apoyo. Me resistí en un principio, porque no tenía idea de que aquella rubia de sonrisa angelical cambiaría mi vida.

Ella me quitó esa sensación de que, si hablaba, algo malo pasaría y reemplazó las manos de un hombre abusivo por abrazos que me calmaban. Ella dejó sin sentido a la frase «jamás tendrás nada mejor que esto» cuando correspondió a mis labios aquella noche en que nos besamos después de salir corriendo de la que solía ser mi casa.

Y mientras conducía y me alejaba de ella, la voz en mi cabeza me dijo que estaba cometiendo el error más grande de mi vida. Ella me lo dio todo, sanó cada parte herida en mí y jamás exigió nada a cambio. Lo único que pidió fue que me quedara.

«Una vez más, Damon. Una vez más. Si vuelves a lastimarla, entonces te irás y te alejarás para siempre», me dije a mí mismo antes de dar la vuelta y regresar.

La enorme sonrisa que pone al verme es la prueba de que estoy haciendo lo correcto.
Diablos. Esta chica es mi mundo entero. Me abraza por un largo rato hasta que toma distancia y, sin perder un segundo más, vuelvo a besarla y ella corresponde al beso, al tiempo que presiona mi nuca para mantenerme cerca.

—Se supone que hoy tengo que dejarlo, pero ¿quieres subir a mi apartamento por última vez? —murmuro cuando ella se retira a buscar aire.

Llevábamos tiempo sin besarnos con esa intensidad y cada partícula de mí necesita ir a algún sitio donde no tengamos que limitarnos. Ella asiente una y otra vez, con una expresión repleta de complicidad.

—Si, por favor —pide—. Es la clase de invitación que me gusta que hagas.

Sostengo su mano e ingresamos al edificio, subimos las escaleras porque el ascensor parece estar ocupado y ninguno está dispuesto a esperar. Me detengo a la mitad de un tramo porque no puedo resistir.

—¿Qué haces? —cuestiona y me mira como si fuera un tonto.

Entonces, apoyo con suavidad su cuerpo contra la pared y la beso mientras coloco las manos alrededor de su rostro, sin poder contenerme.

—Ahora sí. Tengo suficiente para aguantar hasta el apartamento —digo con una cuota de diversión. Ella sonríe y tira de mi mano. De nuevo nos incorporamos para subir el resto de las escaleras que nos quedan.

Ante la puerta, saco las llaves del bolsillo y abro tan rápido como puedo. Ella ingresa primero y yo la sigo. Le doy la espalda para volver a cerrar y, cuando giro, está justo frente a mí, a la espera de que vuelva a besarla. Me encanta su actitud, amo que quiera mantenerse cerca de mí.

Sus manos viajan a desprender el cierre de mi chaqueta, le dan un suave empujón para quitarla, y dejan que caiga al suelo. No termina ahí. Está decidida a deshacerse de mi camiseta, la toma por el extremo inferior y la desliza hacia arriba, por lo que me muevo y la ayudo a terminar el trabajo con éxito. Mi torso queda desnudo. La rubia lo acaricia de abajo hacia arriba y hace énfasis en los hombros; se cuelga de ellos y ya no soy capaz de retener ningún impulso. Paso las manos por sus muslos y luego levanto sus piernas, las que enrolla a los costados de mi cadera. Sin dejar sus labios, camino hasta la cama con la rubia aferrada a mi cuerpo.

Perdido en ella, no soy consciente de que la cama está justo detrás de mí y la choco; caigo de espaldas sobre el colchón. Keira cae sobre mí y reímos, aunque me preocupa que aún siga adolorida.

—¿Estás bien? —digo, todavía entre leves carcajadas.

—No podría estar mejor —responde. Posa las manos sobre mi pecho, se inclina y me besa de nuevo. Su cabello cae a los costados, me causa cosquillas en la piel. Disfruto incluso esa sensación.

Estar con ella es como una vivir en el paraíso.

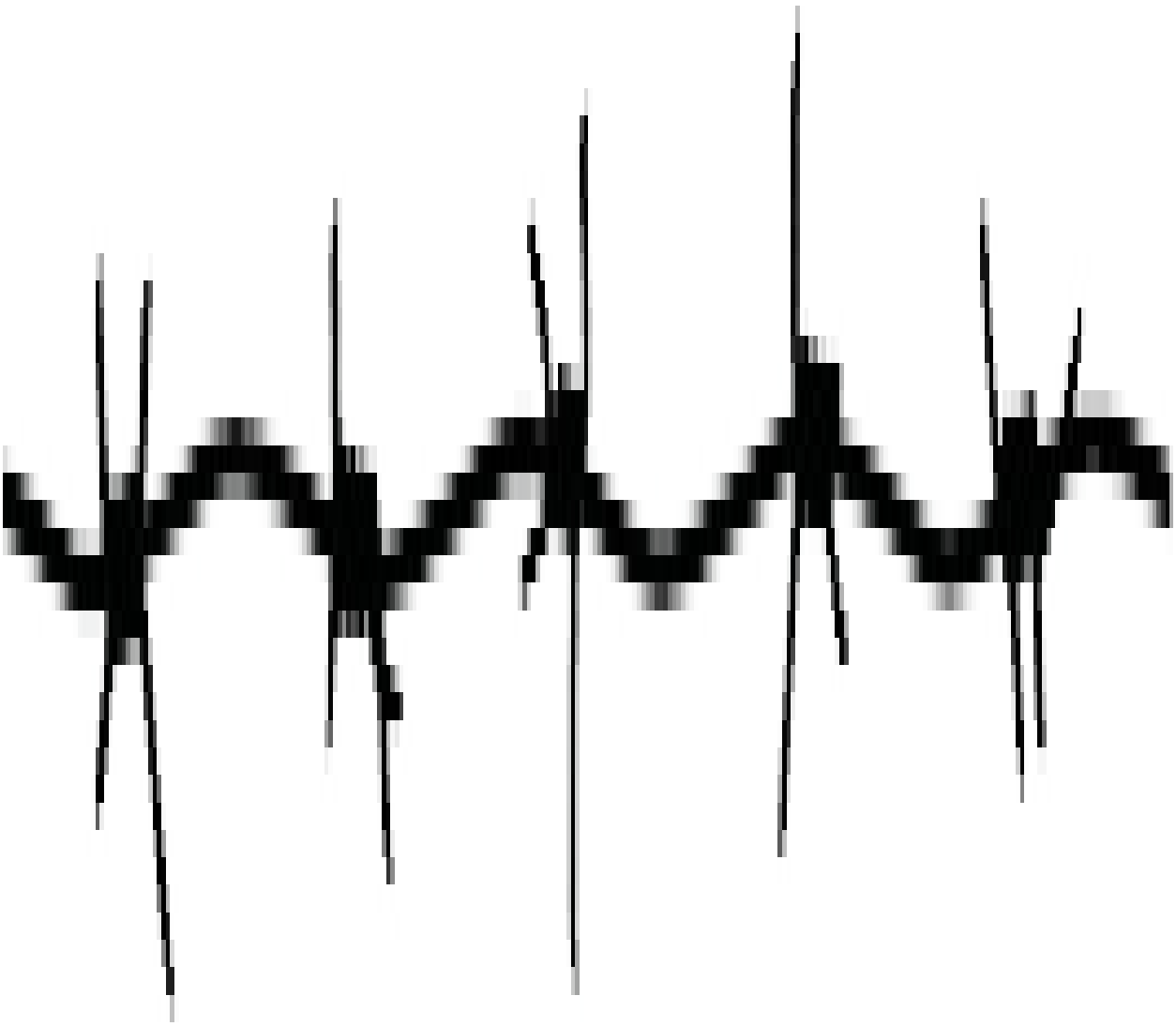
Ansioso, bajo las manos hasta el borde de su camiseta, se la quito y la dejo en sostén. Paso los dedos a través de sus hebras doradas, recorro su espalda y me levanto sobre los codos, lo cual me deja una perfecta visión de su cuerpo semidesnudo.

—¿Qué? —increpa, un tanto agitada.

—Nada. Me gusta mirarte —admito. Ella baja la mirada y sonríe—. Eres preciosa.

—Y toda tuya —susurra a mí oído.

—Mía —pronuncio. Cegado por sus encantos, solo puedo pensar en recorrer cada centímetro de su cuerpo. La atraigo hacía a mí, capturo sus labios otra vez, de una manera más feroz, como si quisiera fundirme en ella para siempre.



—¿Cuál es tu plan ahora? —indaga la rubia, quien permanece acostada a mi lado, cubierta por las sábanas, y juguetea con mi mano. Es la primera en hablar después de que pasamos un largo rato oyendo tan solo nuestras respiraciones de lo exhaustos que acabamos.

—Tú eres mi plan —murmuro sin quitarle los ojos de encima. Nunca he querido tanto a alguien —. Así que… dime qué haremos —agrego distendido. Ella sonríe, suave.

—¿Puedes resolverme una duda antes? —pregunta, ante lo cual asiento—. ¿Qué te dijo mi tío para convencerte de que irte era lo mejor?

Tardo unos segundos en pensarlo. Aquellas palabras aún resuenan en mi interior. Todavía creo que hay cierta razón en ellas. Solo pido poder cambiar de idea y ser lo suficientemente fuerte como para demostrarle a ese hombre que estaba equivocado.

—Te lo diré. Pero primero quiero pedirte que no lo odies —le digo. Keira está por reclamar, pero la detengo—. Él solo trataba de cuidarte. Confía en mí, sé cuándo la gente habla con malas intenciones, y tu tío no lo hacía.

—Suena a que estás lo estás justificando porque lo que dijo es muy malo.

—En realidad, su forma de pensar es razonable —admito—. Dijo que, como cualquier adicto a las drogas promedio, en algún momento voy a recaer, y es probable que más de una vez. Además, que cada vez que lo haga, voy a complicarte la vida. —La miro, en busca de oír su opinión—. Por eso me pidió que me fuera, dijo que sería lo mejor para todos. Y que, si seguíamos juntos, él dejaría de ayudarte con la universidad y te echaría de la casa. —Ella abre los ojos, impresionada—. Me asustó ser el culpable de quitarte todo lo que tienes.

—A mí me asusta más perderte a ti —dice, sincera, y deja un beso en el dorso de mi mano. Es tan dulce—. Me asusta más quedarme atrapada en una casa donde nadie me quiere. Y, sobre todo, que no creas en ti. —Voltea en la cama, se apoya con el estómago hacia abajo sobre sus codos y fija la mirada en mí—. Sí, es cierto que la gente recae, pero ese no tiene por qué ser tu caso. Y si te ocurre, bien, será una mierda, pero eres fuerte y sé que volverás a recuperarte. Quiero estar contigo si todo va bien, pero también quiero acompañarte, tomarte de la mano si todo va mal y recordarte que puedes contra cualquier cosa —expresa, firme—. Y no me quitas nada; nadie lo hará. Papá me dejó cubierta la universidad, así que no voy a dejar de estudiar. Y me puedo arreglar sin mí tío. ¿Crees que nunca pensé en irme? Pasé días enteros haciéndolo —confiesa. De pronto, la preocupación empieza a disminuir y siento que acabo de sacarme una mochila de cien kilos que traía sobre la espalda—. No tienes que irte, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —respondo, calmado. Tenerla cerca siempre se siente tan bien.

—¿Y sabes algo más? Acabo de idear el plan perfecto. ¿Quieres saberlo?

—Claro que sí. Quiero que me cuentes todo.

—La próxima semana son las vacaciones de Navidad. Eso significa que no tengo que ir a clases. Tú acabas de conseguir un auto, lo que nos abre la posibilidad de ir a cualquier parte. —Se detiene unos segundos para respirar. Me encanta verla así, animada, hablando sobre algo con ilusión. Es uno de los aspectos que más me enamoraron de ella: su pasión por cada cosa que hace —. Viajemos, Damon.

—¿A dónde quisieras ir?

—A donde sea. Conduce sin rumbo, pero vayámonos lejos de aquí. ¿Qué dices?

—Siendo honesto, siempre quise conducir sin rumbo, viajar con una chica encantadora al lado y detenerme al costado de la carretera solo porque necesito besarla con desesperación.

—Dejaré que me beses cada vez que quieras —promete. Pone una sonrisa amplia, repleta de ilusión.

—Genial, ¿puedo hacerlo ahora mismo? —Ella asiente y se incorpora. Cierro los ojos y me dejo llevar por sus labios.

Keira

—¿Segura que no quieres que entre contigo? —pregunta Damon, tras estacionar el auto frente a la mansión Holt. Es tan atento y se preocupa tanto por mí, que me dan ganas de besarlo una y otra vez a cada instante.

—Sí, puedo manejarlo. Buscaré mis cosas y estaré aquí más rápido de lo que imaginas.

Desciendo del vehículo y desaparezco dentro de la casa.

A pesar de que el reloj marca las dos y media de la madrugada, se escuchan gritos en la planta baja. Provienen de la cocina. Alisha y Landon están discutiendo. Ato cabos y deduzco que llegaron a esta situación por la cruda verdad que lancé frente a mis tíos: «Debería preocuparse por su hija, que sale con un tipo metido en apuestas ilegales». Proceso la situación mientras subo las escaleras. ¿Por qué actué así? Detesto generar problemas. No me gusta ser la clase de persona que juzga a otras. Lo hice enfadada y me arrepiento de mi brutal honestidad que, debo admitir, fue con intenciones de herir.

En mi habitación, cierro la puerta. Recojo mis pertenencias, lo más importante, aquello que necesito llegar conmigo, y las meto en una maleta. Siendo honesta, no sé si regresaré a esta casa. Mientras tanto, reprimo la culpa de haber causado la discusión entre Alisha y Landon. No quiero irme así, con el sentimiento de haber lastimado a alguien para salirme con la mía.

Respiro hondo.

«Basta, Keira».

Salgo hacia el pasillo con la maleta en una mano. William me mira en silencio, con una expresión que emana decepción.

Tengo que morderme el labio para no llorar. Aquella frase tan cliché que dice «una mirada dice más que mil palabras» es tan cierta en este momento. La forma en que me contempla me causa una punzada de dolor.

Es mi tío, pero también ha sido como un segundo padre. Intento darle un abrazo para despedirme, pero él se aparta. Me rechaza.

—No quería llegar a esto, pero me estás obligando. Es tu última oportunidad de retractarte —me da un ultimátum—. Tienes que saber que, si vas a irte con ese tipo, de ahora en más te quiero lejos de nosotros —habla, e impone distancia.

Trago saliva, junto al incesante impulso de ponerme a sollozar. Siempre pude estar sola, pero de pronto necesito respaldarme en alguien, refugiarme en los brazos de la única persona que ha demostrado quererme.

Asiento en silencio y giro para encaminarme a la salida escaleras abajo. Esta decisión marcará un antes y un después en mi vida, que de un día a otro se ha convertido en un torbellino de aventuras y emociones.

Apenas pongo un pie en el exterior, Landon me toma por el brazo sin ningún tipo de cuidado. Entonces, sé que he tocado fondo. Exploto.

—¡Suéltame, imbécil! —grito y aparto el brazo con fuerzas. Él tambalea.

—De aquí no te irás hasta que arregles los problemas que me causaste con Alisha —lanza una reprimenda—. Inventa algo, lo que sea, pero lo arreglas.

Vuelve a sujetarme para llevarme adentro, pero esta vez no tengo que luchar ni un segundo. Damon le proporciona un empujón. Está tan furioso que debo aferrarme a su cintura para que se contenga.

—¡¿Qué demonios te pasa?! —cuestiona.

—Déjalo. Landon solo tiene que aprender a lidiar con sus errores —murmuro. Tiro de un brazo a mi novio y, con la otra mano, sujeto la maleta—. Ignóralo. Haz como si no estuviera aquí.

—Qué patética, ¿eh? Vas por ahí señalando con el dedo las equivocaciones de los demás, pero no eres capaz de ver que estás cometiendo el error más grande de tu vida —espeta—. Sí, me refiero a que te aferraste a la primera escoria que se cruzó por tu camino.

Suelto la maleta y volteo hacia él hecha una furia. Damon me atrapa a tiempo y me susurra al

oído que no le haga caso.

—Mírate a ti mismo antes de hablar sobre los demás. ¡Él es mucho mejor que tú! —exclamo—. No le llegas ni a los talones.

—¿En serio lo crees? Bueno, William no piensa lo mismo. Deberías haber visto la cara que puso cuando le conté que tu noviecito, además de ser un drogadicto, también estuvo mucho tiempo metido en el negocio —revela y se jacta con orgullo de lo que hizo—. Al final, me agradeció por abrirle los ojos.

—¡Vete a la mierda! —largo, agobiada—. Vámonos de aquí.

Damon sujeta la maleta, entrelaza su mano con la mía y se dispone a seguirme. Me sorprende que no reaccione, pero también me alivia. Landon empeoró la situación con mi tío, le dio la peor imagen de mi novio. Se vengó a su manera y no podemos hacer nada contra eso. Sin embargo, el estado inerte no dura demasiado. Me suelta y regresa, para encontrarse con Landon, que todavía continúa en el pórtico.

—¿Qué pasó, Damon? ¿Me vas a golpear? Muy bien, vamos. Hazlo. Demuestra que eres un salvaje.

—No. Ya no hago eso —responde—. La vida está repleta de altibajos, Landon. Puede que ahora estés arriba, pero, en algún momento te tocará estar abajo. Y cuando estés ahí, en el suelo, intentando levantarte, habrá gente que será compasiva y querrá ayudarte. Pero también habrá personas como tú, que tratarán de pisotearte y hundirte todavía más. Y en ese momento te darás cuenta de que meterse con las debilidades de alguien no es de valientes. Eso te hace un cobarde.

El chico se queda sin palabras, no reacciona. Damon gira, rodea mis hombros y caminamos hacia el vehículo. Anonadada, me inclino y le dejo un sonoro beso en la mejilla. Mi corazón late de orgullo, y late por él.

—¿Estás bien? —pregunta, mientras guarda el equipaje en el maletero.

—Estaré mejor cuando salgamos de aquí.

Es todo lo que quiero. Cierra el baúl y subimos al auto. Aún sigo aturdida, me siento bajo la mirada acusadora de William y las garras de Landon, que me tocaron sin consentimiento. No me apena haber revelado su segunda cara, pero sí haber decepcionado al único familiar que me brindó una casa cuando me quedé sin nada.

Acompañada por la persona en la que más confío en el mundo, rompo en llanto como si fuera una niña de tres años. Me cubro la cara con la palma de las manos, avergonzada. No puedo parar de llorar, ni siquiera al sentir que Damon me abraza.

—Ven aquí —pronuncia con intención de trasladarme a su asiento. Niego, sin dejar de cubrirme la cara—. Kei, ven —insiste, cuidadoso. No resisto. Debo permitir que cuiden de mí, bajar la guardia, perder el miedo a ser vulnerable—. Eso es. —Me dejo caer sobre su pecho, de costado. Su abrazo me transmite seguridad—. Pídeme cualquier cosa que te haga sentir mejor y lo haré, lo

que sea —larga y apoya la barbilla en mi cabeza.

—Que estés aquí conmigo es suficiente.

—Siempre voy a estar contigo, ¿escuchaste?

Elevo la mirada, esperanzada.

—Lo sé. —Agradezco que esté ahí, que seamos nosotros—. El mundo me supera a veces. Estoy cansada, no lo sé... Necesito un maldito respiro.

Quiero calmar la respiración agitada, pero la sensación de ahogo se incrementa.

—Ey, mírame. —Sus manos acunan mi rostro y con esto logra que nuestras miradas conecten—. Respira. Es todo lo que tienes que hacer. Respirar —indica. Inhalo y exhalo, intento imitar el ritmo tranquilo de su respiración y, de a poco, lo consigo—. ¿Mejor?

—Sí. Mucho mejor. —Vuelvo a esconderme en su pecho. Reconfortada y sintiendo su amor, sonrío entre lágrimas—. ¿Podemos irnos?

—Primero quiero preguntarte algo.

—Lo que quieras.

—¿Puedo volver y golpear a Landon? Por favor. Siempre quise hacerlo.

De chico dulce, se convierte en uno malo. Aquello me hace emitir algunas carcajadas, él también ríe y toma mi rostro para secarme las lágrimas. Finalmente acaricia el puente de mi nariz, entre tierno y divertido.

—No harás eso. ¿Sabes lo que harás? Conducir hasta llevarme muy, muy, muy lejos de aquí.

Coloco ambas manos sobre sus hombros, eso ayuda a mantener mi postura erguida, con la cabeza apenas inclinada hacia él.

—Bien. Lo haré. Pero algún día volveré a partirle la cara a ese idiota —habla sin darse por vencido y vuelvo a reír, eso es tan propio de Damon—. Entonces... dijiste que podía detenerme a besarte cada vez que quisiera, ¿no?

—Exacto —afirmo. Todavía sentada sobre sus piernas y atrapada por sus fuertes brazos.

—Quiero empezar justo ahora —murmura y posa la mirada en mis labios entreabiertos, dispuestos a ser besados cada vez que perciben los suyos cerca.

—¿Por qué no lo intentas?

Con suerte, alcanzo a terminar la frase. Ansiosa, su boca encaja a la perfección con la mía, se mueve a un ritmo que reconozco de inmediato y soy capaz de seguir.

Dios, podría besar a este chico por horas y jamás me cansaría.

CAPÍTULO 38

Primer día del viaje

Keira

No sabía que necesitaba ver a Damon conduciendo un auto hasta que lo hice. Los rayos de sol que provienen del amanecer golpean mi cara, continúo en la misma posición en la que me dormí hace algunas, con la cabeza inclinada hacia el costado del conductor. Lo veo sostener con firmeza el volante con una mano y usar la otra para sintonizar alguna canción en el estéreo, que se encuentra a un volumen que apenas soy capaz de percibir. Sé que lo ha bajado para procurar que pueda dormir tranquila, pero la verdad es que no me molesta; al contrario, me gusta que seamos solo él, la música y yo. A pesar de que su vista está fija en la carretera, se da cuenta de que lo observo. Aquello me causa una punzada de vergüenza, siento que me comporto como una novia que no puede dejar de mirar embobada a su chico.

Adoro la forma en que el resplandor de la mañana me permite ver los pequeños detalles, como el puñado de pecas casi imperceptibles que se pasean por su piel, el espesor de sus pestañas, el brillo natural de sus ojos y su mandíbula marcada.

—¿Qué? —pregunta, tímido.

—Nada. Solo disfruto de la vista. —Sonrío, divertida. Él extiende su mano libre para acariciarme la mejilla con el dorso de su dedo índice—. ¿Cuánto dormí?

—Como cuatro horas, bella durmiente —responde en broma y pongo los ojos en blanco.

—Vaya... —Empiezo a tomar consciencia de que llevamos una buena cantidad de tiempo metidos en el auto—. Deberíamos detenernos, tienes que descansar —indico. Me yergo en el asiento, me restriego el rostro y después busco en la cavidad interior de la puerta el celular que apagué antes de quedarme dormida.

—Llevamos como trecientos cincuenta kilómetros alejados de nuestra ciudad —me hace saber —. ¿Crees que sea lo suficientemente lejos? —pregunta. Me demuestra que tiene presente lo que pedí justo antes de salir: «Llévame muy, muy lejos de aquí». Los pequeños detalles significan tanto.

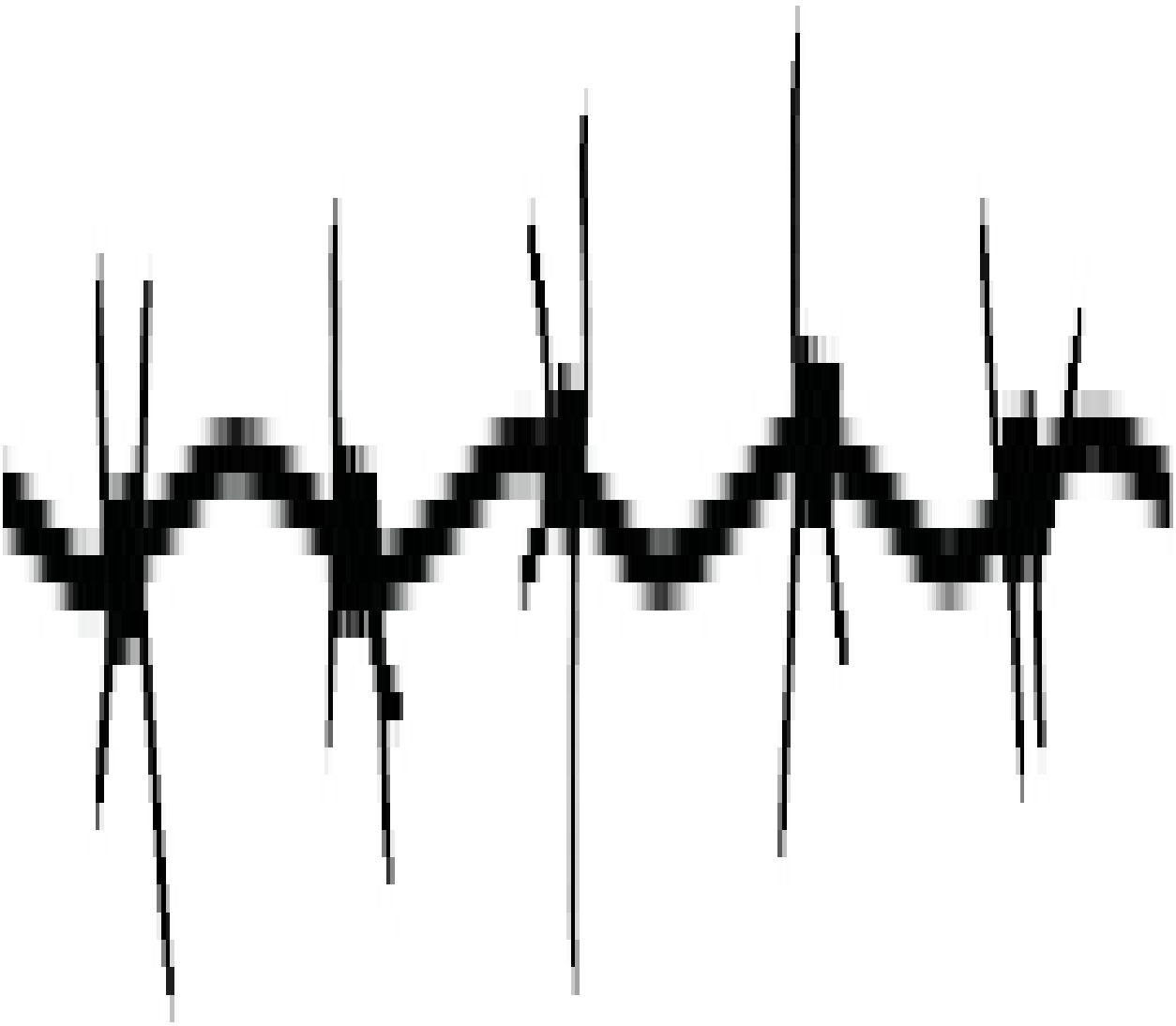
—Supongo que por ahora sí, es suficiente —digo. Le habría dado un beso en la mejilla, pero el cinturón de seguridad no permite demasiado movimiento.

Me sorprendo a mí misma tomando el riesgo de pasar tantas horas en la carretera, sobre todo cuando recuerdo el hecho de que, la primera vez que subí al vehículo de William, después del accidente, casi me da un ataque de pánico. Ahora es diferente. Damon conduce con prudencia y la ruta está tranquila. De algún modo me convencí de que estoy yendo en busca de algo nuevo, mejor, y que lo malo se quedará atrás. Ojalá sea para siempre.

—Escucha —hablo, tras percatarme de varios detalles en la aplicación de mapas—. Hay un pueblo a unos diez kilómetros, parece un buen lugar para quedarnos.

Echo un vistazo rápido a algunas fotos. A diferencia de la ciudad, hay un bosque extenso y diversidad de espacios verdes. Un lago resalta entre medio del verde, plasmado en color azulado.

Parece que, si queríamos un respiro, acabamos de dar con el lugar perfecto.



Rentamos una cabaña que forma parte de un complejo a las afueras del pueblo, rodeado por árboles y vegetación, e incluso notamos que el lago se encuentra a escasos metros del lugar.

Le damos un vistazo en cuanto entramos. No es muy grande, pero es perfecta para pasar algunos días. El primer sector está compuesto por una cocina-comedor y, en el otro extremo, hay un sofá largo para tres personas, frente a un televisor apoyado sobre un mueble con más cajones. En un rincón, encontramos una chimenea a leña que promete apaciguar el frío cuando la noche llegue. Sin embargo, la habitación se llevó todo nuestro cariño, en especial el de Damon, que en cuanto vio la cama, se quitó las zapatillas y se arrojó a probarla. Creo que cumplió con sus expectativas, luce a gusto sobre el cobertor blanco y de textura suave.

—Ven aquí —Él da una palmadita sobre la cama, a la espera de que me una. Contemplo por última vez el paisaje a través de la ventana y giro en dirección al colchón. Creí que había descansado lo suficiente durante el viaje, pero compruebo que las ganas de dormir siguen intactas cuando me apoyo en aquella superficie. Es tan cómodo que mis ojos se cierran mientras disfruto de la relajante sensación—. ¿Te gusta el lugar? —pregunta, gira la cabeza sobre la almohada para mirarme de perfil.

—Sí. Me encanta —respondo con seguridad—. ¿Qué hay de ti?

—Siendo honesto, no puedo quejarme —murmura sin quitarme la vista de encima—. Estoy contigo.

Sonrío y extiendo una mano para acariciarle parte del cuello hasta su mejilla. Da gusto verlo así, tranquilo y relajado.

Por un instante recuerdo la forma en la que su cuerpo se tensó la primera vez que lo toqué.

Él enseguida responde a la caricia y se inclina a besarme. Primero da un beso corto, pero luego se levanta sobre sus manos, ubicadas una a cada costado de mi cuerpo, y nuestros labios se unen con intensidad. Nuestros cuerpos se rozan y, como cada vez que lo hace, siento una corriente eléctrica que me enciende. Mientras los besos descienden hacia la curvatura de mi cuello, mis dedos se pierden entre su cabello.

—Damon... —modulo. Lo empujo con cuidado, en forma leve hacia un lado—. Creo que será mejor si tomamos las cosas con calma —agrego, todavía ensimismada en la sensación que provocan sus labios sobre mi piel.

Él asiente, comprende de inmediato que debe detenerse.

—¿Escuché bien? ¿Me estás pidiendo que pare? —bromea. Sabe que amo las cosas que me hace.

—Lo mejor se hace esperar. —Me encojo de hombros y sonrío satisfecha—. Ya, vamos a dormir.

—¿Dormir? No hablas en serio.

Su expresión posee un dejo de frustración que me causa gracia.

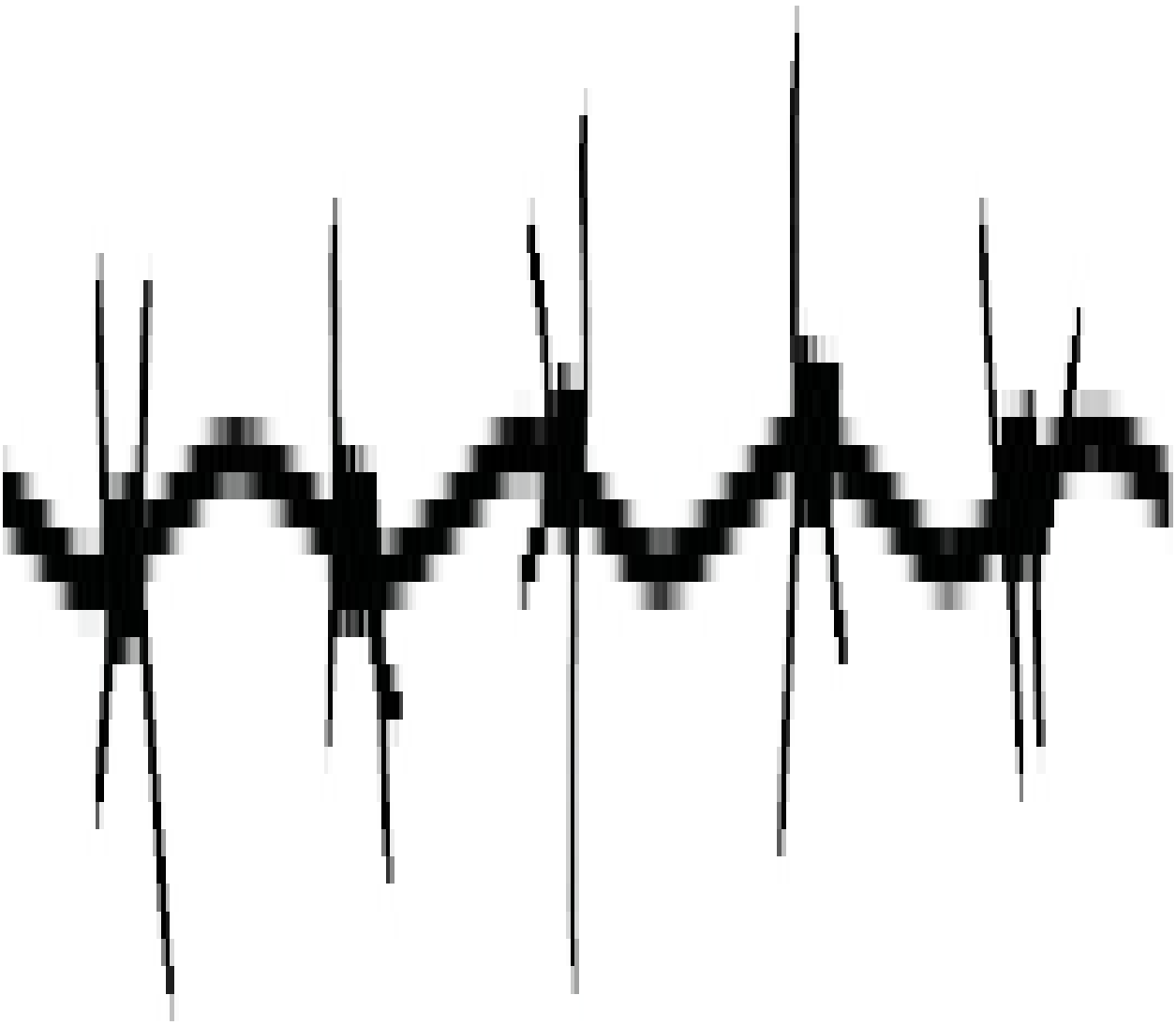
—Muy en serio. Condujiste más de cuatro horas seguidas y hasta hace unos minutos bostezabas sin parar.

—Si te hago caso, ¿voy a tener un premio? —cuestiona un tanto en broma, otro tanto en serio.

Muevo la cabeza titubeando hacia ambos lados.

—Tal vez —respondo. Me acomodo sobre la almohada y cierro los ojos. Segundos después, percibo que se recuesta cerca y sonrío, satisfecha.

Siguió mi consejo.



Segundo día del viaje

Estamos caminando de regreso al apartamento con una bolsa de comida que acabamos de comprar, cuando diviso una tienda de cosas usadas que se encuentra abierta. Tengo el recuerdo intacto de que la única vez que pisé una fue junto a mi padre. Aquella vez, estuvimos un largo rato husmeando y encontramos una casa de muñecas que era una preciosidad. De inmediato, el entusiasmo se cuela en mi expresión y echo una mirada a Damon para hacerle saber que tenemos que entrar.

—¿Otra parada más? ¿De verdad? —se queja, exagerado, mientras tiro de su mano hacia el interior del negocio—. Necesito comer o voy a morir de hambre.

Rio.

—¿Sabías que una persona puede sobrevivir entre cuatro y seis semanas sin comer nada en absoluto? —digo en un tono victorioso y continúo hacia el sitio—. Así que tranquilo, no vas a morir por retrasar tu almuerzo una hora.

Oigo un suspiro de frustración.

—Keira.

—¿Qué?

—Se supone que somos una pareja normal, ¿no?

—Eso creo. —Frunzo el ceño, no entiendo hacia dónde se dirige la conversación.

—No puedo discutir algo contigo, como lo haría cualquier pareja normal, cuando siempre encuentras la respuesta perfecta para todo —reclama. Al instante, volteo y lo miro divertida.

—Tendrás que acostumbrarte. —Pongo fin a la disputa y mi atención se pierde en las luces que cuelgan sobre una pared, las cuales están a la venta—. Tenemos que llevar eso —digo convencida, al tiempo que me acerco al objeto. Damon camina detrás.

Tienen vibras navideñas, lo que me hace imaginar que se verían perfectas en algún rincón de la cabaña. Me pongo en puntas de pie para alcanzarlas, pero Damon enseguida llega a ellas con tan solo extender el brazo. Le sonrío agradecida.

Pasamos un largo rato indagando en aquella tienda. El dueño fue muy amable y nos permitió acceder a todo. Por último, me concentro en una biblioteca mediana repleta de libros usados y, como era de esperar, pierdo la noción del tiempo mientras reviso cada uno de ellos. También pierdo de vista a mi novio quien, en algún momento, desapareció.

Con el libro que me interesa entre las manos, vuelvo a recorrer el camino que atravesamos para llegar a ese recoveco y lo encuentro manteniendo una conversación con el tipo tras el mostrador. No llego a oír lo que dicen, pero Damon hace silencio en cuanto me ve aparecer.

—¿Todo bien?

—Perfecto. —Sonríe con tranquilidad, al mismo tiempo que me acerco y coloco las luces, junto al libro, sobre el mostrador.

—Lo llevo —digo al dueño. Busco entre mi bolso los billetes necesarios para pagar. Lo bueno de comprar en tiendas usadas es que los precios son muy bajos—. Oh, espere. ¿Qué hay de esa cámara? —En una repisa ubicada detrás del hombre, contemplo una antigua cámara fotográfica: una Polaroid, de esas que reproducen fotografías instantáneas. De inmediato despierta mi entusiasmo—. Dígame que funciona.

—Funciona sin problemas. Y además está cargada.

—¿Cuánto pide por ella? —De nuevo me deleito mirando el objeto como si fuera una obra de arte.

—Supongo que puedo hacerle un precio especial, señorita. Llevaba tiempo sin tener clientes tan generosos —expresa con notable entusiasmo. Sumado al libro y a las luces, estamos realizando en total tres compras.

El tono del hombre causa cierta pena, es una lástima que no todos puedan apreciar las reliquias que atesora en su negocio. Después de expresar el precio en voz alta, busco en mi cartera el resto del dinero. Traigo todos mis ahorros conmigo y, aunque no debería darme tantos gustos, no puedo evitarlo. En ese pequeño descuido, Damon aprovecha para tomar la cámara. No veo lo que hace hasta que llama mi atención.

—Keira, mírame.

Volteo la vista hacia él, que tiene el aparato posicionado para tomar la fotografía y oigo un clic, seguido de carcajadas.

—Ey —hablo en un tono acusador. Un papel blanco rectangular surge por debajo del aparato, él lo toma y lo mueve para secarlo. Esa foto irá directo al cesto de basura —agrego, molesta. Me tomó desapercibida.

—Recuerden que el cartucho solo contiene diez fotos —recuerda el vendedor.

—¿Solo diez? ¿Escuchaste? Con justa razón, no podemos desperdiciar ninguna. Así que se quedará con nosotros —anuncia, victorioso. Con cuidado, aprovecho que está distraído observando la imagen que ha tomado y le arrebato la cámara de su mano.

—Después no te quejes cuando decida vengarme —le advierto, mientras guardo las pertenencias obtenidas dentro del bolso. Damon se ríe y mete la fotografía en el bolsillo de su chaqueta—. Eso es, ríe ahora que puedes —continúo usando el tono amenazante; después me despido del

vendedor y reconozco la gracia en su rostro. Acaba de ser testigo de una de nuestras tantas estúpidas discusiones.

Lista, abandono la tienda y adelanto el paso. Percibo que Damon camina detrás y, por último, escucho su voz.

—Saliste preciosa, de verdad —asegura. Tras alcanzarme, me abraza por los hombros y me muestra la imagen—. Mírate.

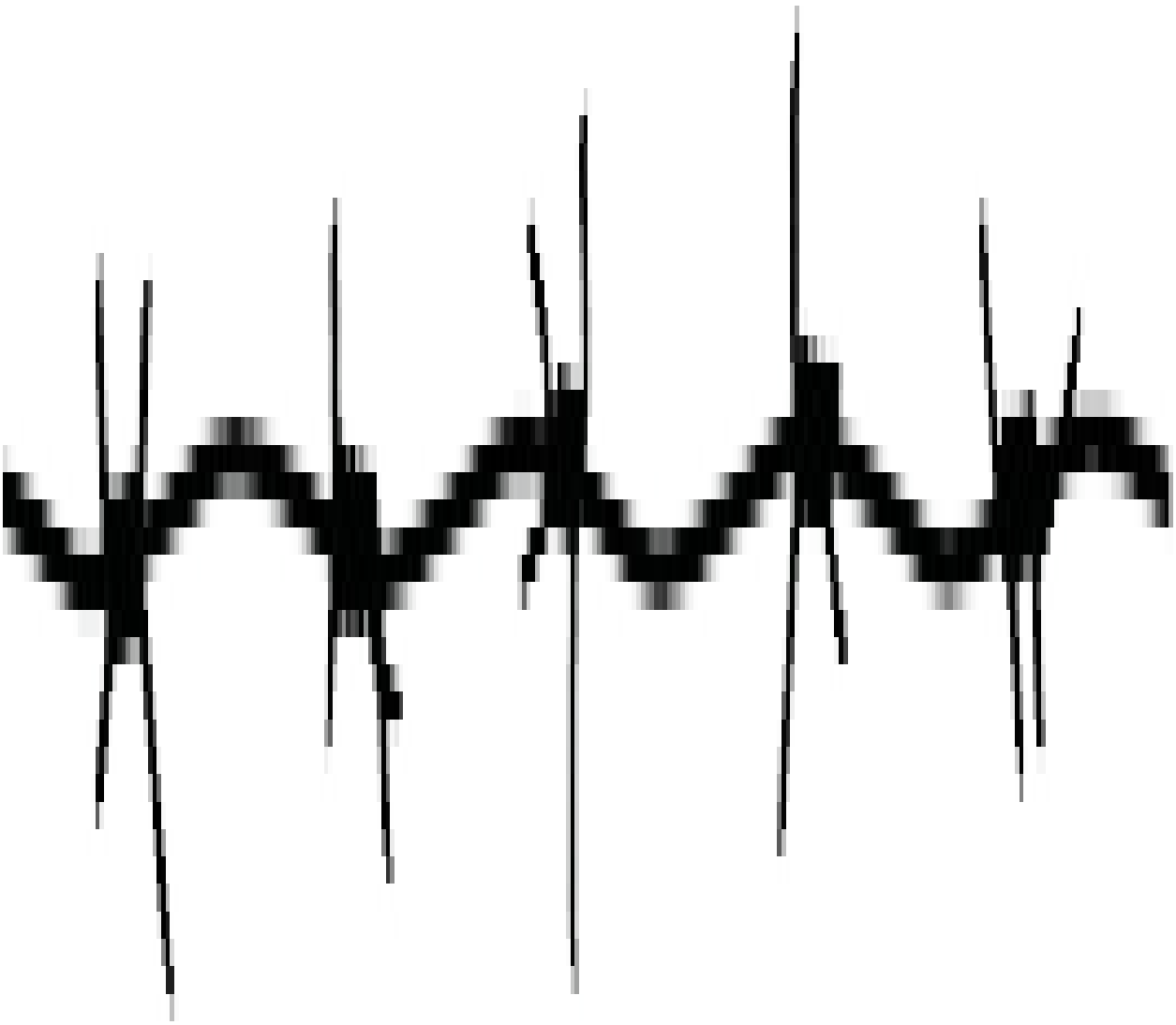
Dejo de lado las bromas y el enfado exagerado, para volcar la vista en lo que me muestra. Es cierto que mi pelo no está perfecto, llevo ropa ordinaria y ningún rastro de maquillaje. Sin embargo, reconozco a una chica que, a pesar de todo, después de mucho tiempo, es feliz. Llevo una sonrisa genuina porque a mi novio se le da demasiado bien hacerme sonreír de verdad.

—Bueno, está pasable. Puedes conservarla si quieres —respondo, todavía sumida en el orgullo —. Pero eso no quiere decir que no planee vengarme en un futuro.

—¿No hay nada que pueda hacer para arreglarlo?

—Tal vez. ¿En qué estabas pensando con exactitud?

Antes de contestar, él pone una mirada que trae consigo rastros de malicia. En menos de un segundo puedo deducir hacia qué punto va. Lo compruebo cuando arrima su boca hasta mi oído y empieza a mencionar cosas que haría conmigo, lo que me hace sonrojar, pero, al mismo tiempo, desear que llegue ese momento.



Tercer día del viaje

Damon

Descubrí que tengo la capacidad de enamorarme cada día más de Keira. Cada vez que la veo aparece algo nuevo, cada vez que me toca siento algo que jamás había sentido. Estar con ella es como ir en un viaje cuesta arriba que nunca se acaba; cada minuto se vuelve mejor.

Decidimos salir de la cabaña esta noche y visitar un pequeño bar que hay en el pueblo, por no decir el único, porque este sitio es tan reducido que estoy seguro de que podría contar todos los habitantes en una sola pasada. Ella lleva una falda negra que se ajusta a su cintura y luego cae por encima de sus rodillas, junto a un top del mismo color, que deja parte de su abdomen a la vista. Por encima, se colocó un abrigo de pana que se ajusta por delante a través de una hilera de botones. Se dejó el cabello suelto y se pintó los labios de un tono rojizo que los resalta y no hace más que aumentar mis ganas de besarlos. Bebemos un par de cervezas, pero sin dudas la rubia me gana en cantidad. Cuando le digo que ya es suficiente, ríe y admite que estoy en lo cierto, así que me pide volver. Estamos a punto de atravesar el sendero de regreso al apartamento cuando ella se detiene.

—¿Podemos tan solo quedarnos aquí a ver las estrellas? —pregunta con ilusión.

Desde que la conozco, esa especie de inocencia que conserva me flechó. Es admirable que cosas tan sencillas como mirar el cielo por la noche le despierten tanto entusiasmo; el cual, además, me contagia.

—Lo que tú pidas —digo. Luego, la rodeo por detrás y le dejo un beso en la mejilla.

Me siento sobre el césped y la rubia se coloca entre mis piernas. A pesar de que llevamos abrigos, una brisa gélida nos rodea, así que la envuelvo entre mis brazos, gesto que recibe con gusto. Termina de acomodarse echando la cabeza hacia atrás, hasta apoyarla sobre uno de mis hombros.

—Creo que bebí demasiado —reconoce, y lanza una especie de risa que suena amarga—. ¿Quieres saber que hice la única vez que me emborraché? Te lo contaré de todas formas, porque no quiero que haya secretos entre nosotros. ¿Podemos hacer eso? ¿Podemos prometernos que no habrá secretos? —Se inclina un poco para mirarme a los ojos.

Soy consciente de que aún queda algo guardado en mi interior: un error que todavía me causa pánico recordar, que me paraliza y hace que cuestione la persona que fui y lo que soy; pero la

amo y «sin secretos» me parece una buena regla. Después de todo lo que pasamos, en lo que tenemos no hay espacio para juzgarnos.

—Sin secretos —largo y me uno a su pedido. Su expresión encuentra tranquilidad y de nuevo se acomoda bajo mi clavícula.

—Después de que papá murió —habla, pero se interrumpe—. Sí, lo sé. Todo lo malo llegó a partir de eso —aclara y suspira apesadumbrada—. Intenté salir con alguien para distraerme. Buscaba… No lo sé, supongo que buscaba rellenar el espacio vacío. ¿Entiendes a lo que me refiero?

—A la perfección.

—Bueno, en ese tiempo salí con una persona creyendo que así completaría lo que me faltaba. Por suerte se acabó pronto, mis amigas reales supieron hacerme ver que estaba con el chico equivocado. No obstante, en una ocasión accedí a hacer cosas de las que no estaba segura. ¿Y qué crees? Tuve mi primera vez con alguien a quien no quería —confiesa.

La verdad es que me cuesta imaginarla en aquella faceta. Keira es una persona que tiene las riendas de su vida, que sabe a hacia dónde ir, lo que quiere y cómo conseguirlo. Es difícil imaginarla perdida.

—Fue horrible —continúa—. Pasó tan rápido. Recuerdo esa sensación de inseguridad, de no saber lo que hacía. Solo acepté porque no quería perder su cariño. Es obvio que no volvimos a vernos después de eso —Aprieto mis brazos con fuerza a su alrededor, el silencio se propaga por unos cuantos segundos—. Seguro estás preguntándote por qué te cuento esto. Solo quería que supieras que esa mala experiencia perdió importancia desde que estuvimos juntos por primera vez. Y, además, porque me gusta que sepas todo de mí.

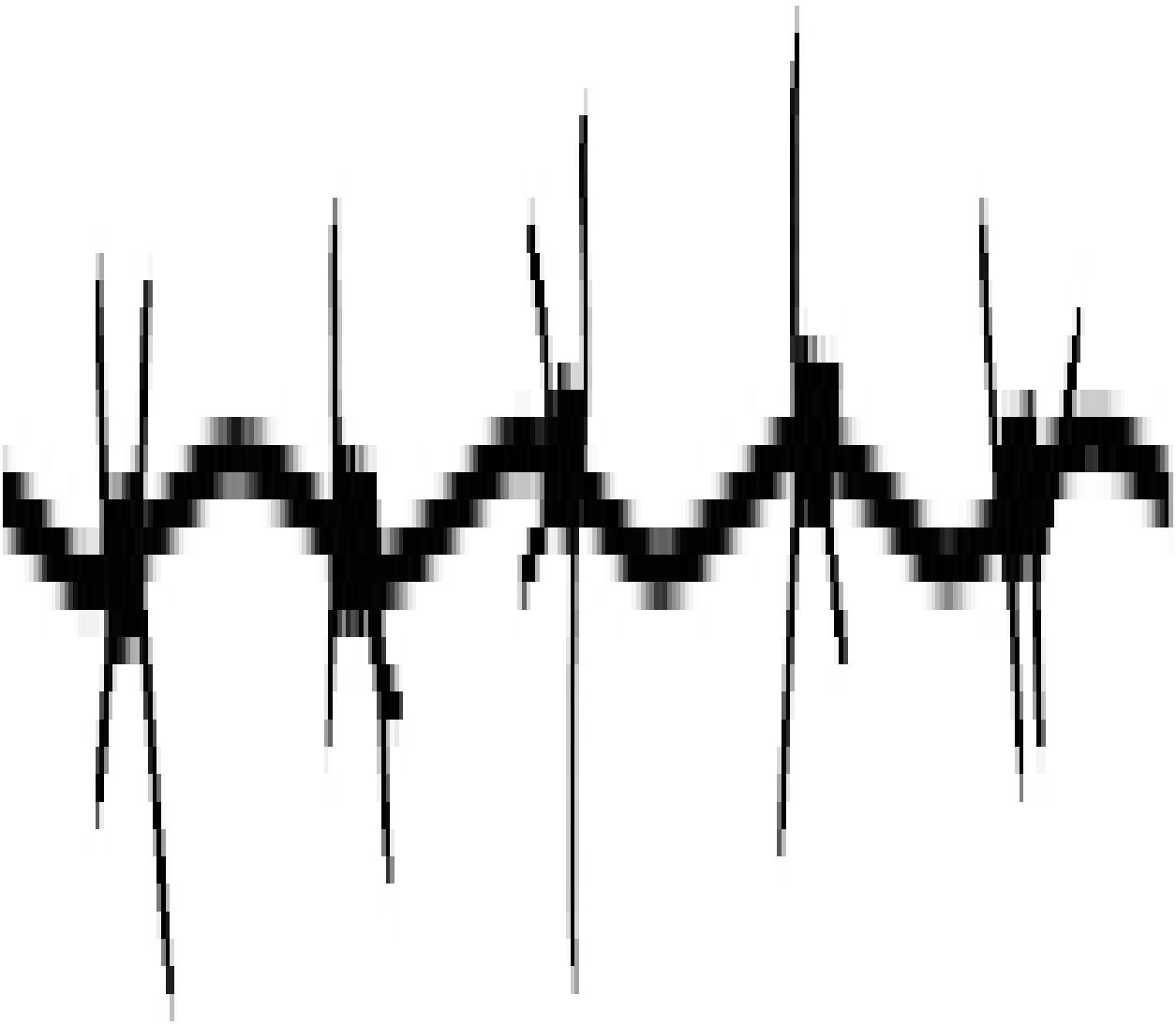
Beso su mejilla y apoyo la barbilla en el hueco entre su hombro y su cuello; todavía la mantengo entre mis brazos. Otra vez se hace un silencio que ahora dura un largo rato. Sé que es mi turno. Tengo que hablar, pero todavía quedan en mí rastros de la persona que no tenía idea de cómo expresar sus emociones.

—En realidad, también tengo algo de lo que nunca hablé con nadie —revelo e interrumpo el silencio—, pero creo que necesito un poco más de tiempo.

La rubia gira un poco, lo suficiente como para no salirse de mi abrazo, pero consigue verme a la cara.

—Tienes todo el tiempo del mundo. ¿Está bien?

—Está bien —respondo y ella tira de mi rostro hasta unir sus labios con los míos.



Cuarto día del viaje

—Hora de despertar... —murmura una dulce voz a mi oído—. Mañana es Navidad. Todavía tenemos que colgar las luces.

Sí, la rubia y yo tenemos un millón de diferencias, pero esta es una de las más destacables. Ella despierta temprano repleta de energía y yo solo quiero que el maldito sol vuelva a esconderse para continuar durmiendo.

—Una hora más —suplico sin abrir los ojos. Intento taparme por completo con el cobertor, pero ella lo impide.

—Tenemos que hacer las compras antes de que llegue nevada que se pronostica para esta noche —indica y lucha para quitarme por completo las mantas. La indirecta referencia a ir por comida es lo único que me da un rayo de energía, pero continúo sin querer moverme demasiado.

Abro los ojos, leo el horario que marca el reloj sobre la mesita de noche y bufo extasiado.

—Kei, son las ocho y media de la mañana. Dijiste que la nevada llegará a la noche. Tenemos todo el día —digo, un tanto quejoso. Aunque, conociéndola, sé que desea tener todo ordenado antes del mediodía.

Así es de detallista.

—Pero quiero empezar ahora, para no olvidarme de nada —insiste—. Vamos, despierta. Y, por cierto, ¿podrías preparar otra vez el desayuno? Me encanta cómo lo haces.

En todo este tiempo, me di cuenta de que los tutoriales en Internet son efectivos. La mañana anterior me tocó hacerlo y fue un éxito. Esta vez debía hacerlo ella, pero ya sé que tendré que cocinar de nuevo. Es difícil decirle que no.

—Claro, puedo hacerlo, pero dentro de una hora —murmuro. Quiero pasar un tiempo más dentro de esa cama.

Cuando estoy a punto de volverme a dormir, la rubia se sube sobre mí y se sienta sobre mis caderas, con una pierna a cada lado. Diablos. Hará que se levante otra parte de mi cuerpo y no es la que precisamente puede preparar un desayuno.

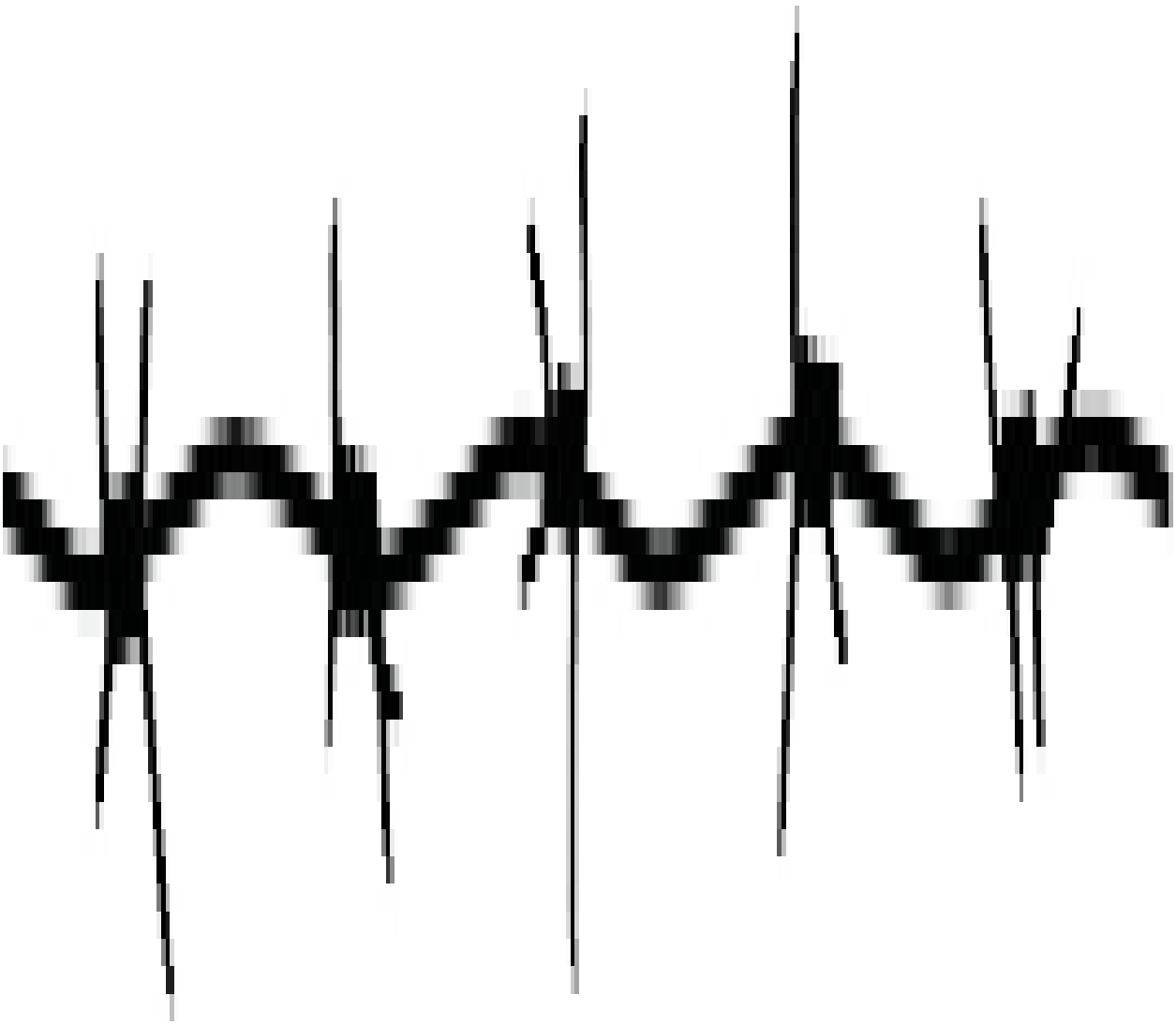
—Damon, abre los ojos —insiste y, entonces, lo hago. Solo viste ropa interior, pero no es aquello lo que me toma por sorpresa: tiene la cámara de fotos entre las manos, la cual de inmediato hace clic y captura el momento—. Ahora sí, estamos a mano. —Ríe y se deja caer hacia un lado mientras sostiene la imagen y la mueve de un lado a otro para que la tinta se seque.

—Ey, pensé que había saldado la deuda —reclamo al recordar de forma indirecta todo lo que le

hice sentir aquella noche, después de pelear por una foto que le tomé en el negocio—. Estás jugando sucio.

—Nunca dije que habías saldado nada —dice entre risas, luego observa la imagen y se muerde el labio inferior—. Vaya, sí que tuve suerte con el novio que me tocó.

Al final, los dos terminamos riendo y, por supuesto, tengo que levantarme a hacer el desayuno.



La idea de Keira de comprar ese juego de luces fue grandiosa. Lo colgamos de una punta a la otra arriba de la ventana del living y, al encenderlas, el lugar cambió. También tuvo una idea genial cuando advirtió que debíamos hacer las compras temprano. En efecto, comenzó a nevar antes de caer la noche. Por suerte, el primer día que llegamos logramos encender el fuego de la chimenea, solo debemos vigilar que no se nos salga de control, o la Navidad de película será un infierno.

—Es la primera vez que hago esto —confieso. Estamos sentados sobre el sofá cubiertos por una manta, mientras bebemos chocolate caliente.

—¿Beber chocolate? —pregunta y me mira bastante confusa.

—No, festejar la Navidad.

—Oh, vaya. —La rubia queda con la boca entreabierta, creo que no se lo esperaba.

Prefiero no entrar en detalles, ese no era el punto hacia donde quería ir. Solo quería que supiera que gracias a ella estoy viviendo este tipo de planes por primera vez.

—Entonces no tienes tradiciones de Navidad —da por hecho. No sé de qué rayos habla—. Me refiero a que, por ejemplo, junto a papá teníamos la costumbre de hacer una serie de cosas la noche antes de Navidad: decorábamos el salón, por eso las luces; preparábamos una comida especial, lo cual también pasó; comíamos golosinas y bebíamos chocolate caliente en el sofá, a veces mirando películas, otras tan solo conversando.

Eso es lo que hacemos en este momento. Me da intriga saber qué sigue.

—Cuando era niña, también bailábamos. Luego me pareció un tanto ridículo, así que optábamos por cantar karaoke —modula una risa nostálgica.

Sé que está deseando volver el tiempo atrás, pero, por desgracia, no puedo cumplirle tal deseo. Sin embargo, hay algo que sí puedo hacer, aunque esté en juego mi dignidad.

Tomo el celular, busco una playlist y empiezo a reproducirla; subo el volumen lo máximo que aguanta el aparato. Me pongo de pie; ella al principio luce desconcertada, pero le divierten mis movimientos. Extiendo una mano para buscar la suya, que enseguida me corresponde, y tiro con suavidad para hacer que se pare.

—Este es el tipo de cosas que solo hago por ti, Keira Holt —murmuro después de hacerla girar. Ella apoya su barbilla en mi hombro e intento dejarme llevar al ritmo de la música.

Intuyo que estoy siendo un desastre, pero ¿qué más da?

—Creí que había dicho que me parecía ridículo lo de bailar —bromea.

—Por la forma en que lo decías, me dio la impresión de que en realidad te gustaba.

—Cuando tienes razón, tienes razón —admite.

—¿Qué pasaba después de bailar?

—El reloj marcaba las doce y, entonces, podíamos entregarnos los obsequios.

—Justo a tiempo —murmuro al observar la hora en la pantalla encendida de mi celular. Suelto a la rubia, que queda de pie en medio del salón con la música todavía sonando—. Dame un segundo.

Me dirijo hacia la habitación, busco en el fondo del cajón de la mesita de noche una pequeña caja envuelta con torpeza en papel de regalo. El vendedor tuvo que prepararlo rápido, porque Keira deambulaba por la tienda y podía descubrirnos en cualquier momento. Reaparezco en el salón, ella está esperando ansiosa e inquieta.

—¿Para mí? —dice con la mirada iluminada y ciertos rasgos de inocencia.

—Te juro que no sabía nada de tus tradiciones. Solo quería darte algo especial. Ten.

Ella sostiene el paquete, trata de modular alguna palabra, pero no le sale nada. La dejé muda. Empieza a quitar el papel con sumo cuidado, hasta encontrarse con el contenedor rectangular aterciopelado y de color negro. Abre la tapa y deja ver lo que en verdad importa: un colgante fino, con una piedra en forma de corazón. Lo encontré en la tienda mientras ella se perdía en los libros. Apenas lo vi, pude imaginar que iría bien con ella.

—Damon. Es hermoso —dice. Observa primero en el regalo con detenimiento, luego gira su mirada hacia mí—. ¿Me lo puedes poner? Por favor —pide y gira.

Me aproximo y quito el colgante de la caja que ella aún sostiene. Hago a un lado su largo cabello para despejar su cuello. Después de algunos intentos, consigo prenderle el collar. Cuando está listo, ella se gira, me abraza y deja un beso sobre mis labios.

—Feliz Navidad —murmura tras tomar una pequeña distancia—. Nunca olvidaré esto, nunca olvidaré esta noche, nunca me olvidaré de ti. Te amo, Damon Montclair —pronuncia y me deja helado con sus palabras, hace que desee retroceder el tiempo para comprobar que lo que acabo de escuchar es real.

Pero, aunque no pueda rebobinar a ese instante, sé que lo que dijo es cierto. Antes de convertirlo en palabras, lo demostró todo este tiempo con sus acciones.

—Y yo te amo a ti —expreso esto que está dentro de mí y no hace más que expandirse cada día.

Vuelvo a besarla y, luego, la mantengo cerca por un largo rato. Por primera vez me siento aliviado por completo, es como si todos los planetas se hubiesen alineado para darme lo único que siempre he necesitado: ella.

CAPÍTULO 39

Quinto día del viaje

Damon

Todavía no consigo despertarme por completo, pero, como de costumbre, busco a Keira en la cama. Tengo que abrir los ojos para confirmar que se ha levantado. No me sorprende. Son las diez de la mañana, para ella ya es tarde. De seguro está en la sala repasando sus libros o apuntes, estudiando para los exámenes que tendrá el próximo mes. A pesar de que nos tomamos unas vacaciones con el fin de distraernos, la rubia no fue capaz de abandonar por completo sus estudios: cada día se ha tomado al menos un par de horas para avanzar, mientras que yo preparaba la comida, le servía café o buscaba alguna otra distracción. Solo puedo decir que es admirable; otra prueba de que siempre se esfuerza al máximo para conseguir las cosas.

Si todos tuvieran su voluntad, sin lugar a dudas este sería un mundo mejor.

Luego de salir de la cama, me coloco una sudadera, el pantalón y las zapatillas, después me dirijo al baño y, por último, voy a buscarla en la sala. Sin embargo, no está. Algunos de sus materiales de estudio yacen abiertos sobre la mesa, señal de que sí dedicó un largo rato a esa tarea, pero desistió.

Como no la encuentro en la cabaña, observo a través de la ventana y logro divisarla a lo lejos, pasando el tiempo cerca del lago. Creo que está apreciando el último día; el lugar es una maldita maravilla y, a decir verdad, ninguno de los dos presenta entusiasmo por regresar a la ciudad. En sencillas palabras, volver significa tener que enfrentarnos de nuevo a nuestros problemas, hallar nuevas preocupaciones… Pero es la realidad, y sería imposible vivir ajenos a ella.

Antes de salir, tengo que abrigarme y colocarme un par de botas; hay varios centímetros de nieve acumulados tras la nevada de anoche.

—Al fin —murmura en cuanto reconoce que me acerco—. ¿Quién es la bella durmiente ahora? —bromea.

—Que haya dormido tanto claramente es culpa de alguien... Alguien que tengo al frente justo ahora —pronuncio—. Puedes ser muy agotadora cuando te lo propones —agrego, en el buen

sentido de quedar exhausto.

—Eso es tu culpa por ser tan bueno en ya sabes qué —responde en complicidad.

«Quizá soy bueno, pero tengo una novia bastante insaciable», me guardo para mí.

Me acerco, entre sonriente, le dejo un beso corto sobre sus labios y noto que su piel está fría.

—Estás helada. —Acuno su mejilla en la palma de mi mano caliente.

—Es que salí a dar un paseo, necesitaba caminar un poco. Además, este sitio es perfecto para explorar —dice y, considerando la vista que se despliega ante mis ojos, está en lo cierto.

—Hubiera sido divertido dar ese paseo contigo —digo. Ella ríe y pone los ojos en blanco.

—Estaba por levantarme cuando mi celular sonó como tres veces y ni siquiera te moviste. —Vuelve a reír por lo bajo—. Y no olvidemos que te pusiste a gruñir cuando te desperté para comprar la cena de Navidad. ¿Te imaginas si te despertaba para decirte: «vamos a dar un paseo tan solo porque tengo ganas de caminar»?

Asiento y admito que dormir es mi debilidad, pero tengo una más grande y se llama Keira.

—Bueno, quizá tengas razón. Pero, si hiciste que me pusiera a bailar en medio de la sala, es probable que hubieras logrado sacarme a caminar por la mañana —respondo.

Ambos reímos.

Nos quedamos un par de segundos escuchando el sonido de las risas, hasta que estas cesan y se hace el silencio.

Los dos sabemos que el viaje está a punto de terminar, y es un asco tener que aceptarlo.

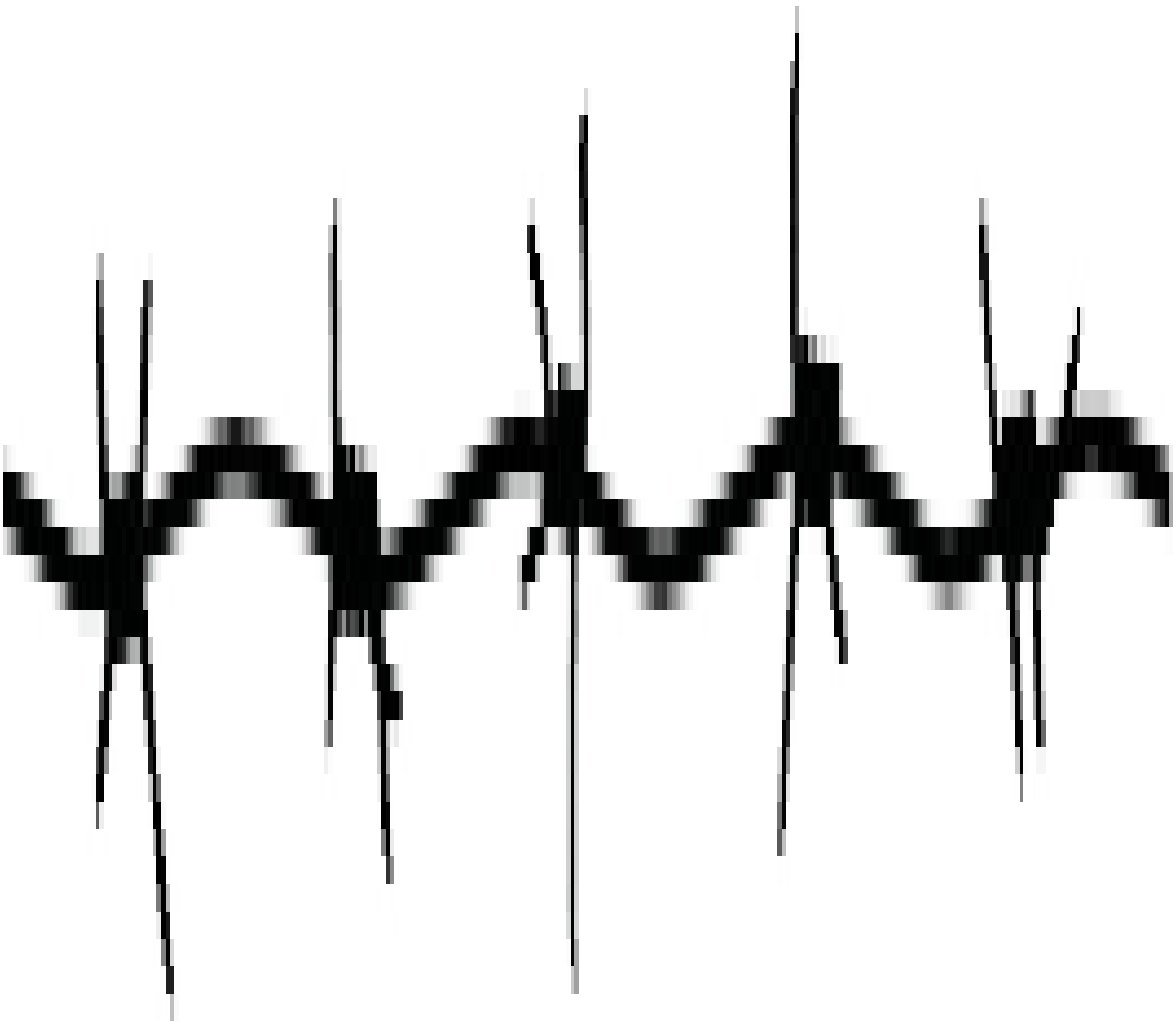
—Me gusta este lugar —expresa de manera repentina, y suspira con pesadez—. Me gusta tanto como para decir que me quedaría aquí para siempre. —Estoy a punto de mencionar algo, pero la rubia gana—. La noche de Navidad, mientras me colgabas tu regalo... —Toca el collar entre sus dedos—. Fui consciente de lo que estaba pasando. Todo tomó sentido y... la verdad es que pude ver un futuro contigo. No lo sé, es probable aún seamos demasiado jóvenes como para pensar tanto, pero es que de verdad tuve esa sensación. Ya sabes. Podemos irnos de este lugar, pero lo que tú y yo tenemos no acabará nunca.

Sus palabras expresan lo que yo también sentí. No es que tenga un plan detallado de lo que nos espera, pero sí puedo darme cuenta de que estar con ella es algo que haría sin problemas por el resto de mi vida. Y no sé qué decir, solo que es extraordinario coincidir con la persona que amas.

—Vaya, lo siento si soy demasiado sentimental, es que...

Lo único que se me ocurre para impedir que se juzgue a sí misma es voltear y besarla para mostrarle que estamos del mismo lado.

Juntos.



Introduzco la última maleta en el baúl del automóvil y, al percatarme de que todo está dentro, empujo para cerrarlo. Keira está de pie en la entrada del apartamento, entre sus brazos sostiene una caja que ella misma ha decorado. Muero de curiosidad por saber que tiene ahí, mientras me da una expresión repleta de tristeza que me causa una punzada de dolor en el pecho. Ojalá tuviera la fórmula para mantenerla feliz la mayor parte del tiempo.

—Ey, no me mires así —reclamo—. Duele.

—Ahora sabes cómo me siento yo cuando me miras con la cara de cachorro abandonado —pronuncia con aires de victoria.

—¿Te refieres a esta? —Intento moldear esa expresión en mi rostro, pero sale demasiado forzada, por lo que ella termina lanzando una carcajada.

—Definitivamente funciona dependiendo el contexto —asume. Aunque está riendo, puedo notar un velo de tristeza que continúa instalado en sus facciones.

No tengo que preguntar qué está pasando, porque lo sé a la perfección. Hemos mantenido largas conversaciones intentando formular un plan efectivo, pero nada es seguro. Será una constante aparición de obstáculos que tendremos que superar a través de los días.

—Escucha, encontraremos la forma, ¿está bien? —Acomodo las manos alrededor de su cintura y ella libera una de las suyas para rodearme el cuello—. Mientras tanto, podemos quedarnos en mi apartamento —digo con seguridad. Me contacté con el dueño, me confirmó que está disponible y que es posible regresar—. Solo tienes que preocuparte por estudiar, ¿de acuerdo?

A medida que hablo, veo asomarse una pequeña sonrisa que emana convicción y me doy cuenta de que me siento una persona diferente; alguien mejor. Ella cree en mí, pero yo también creo en que seré capaz de sacar adelante la relación que tenemos.

—De acuerdo —contesta y se extiende hasta dejar un beso sobre mis labios.

Luego nos encaminamos hacia el auto tomados de la mano y nos acomodamos para emprender el viaje. Nos esperan seis horas de carretera. La rubia apoya la caja en la parte delantera frente a su asiento y allí queda, mientras oímos canciones, conversamos o tan solo disfrutamos de las últimas horas de tranquilidad.

—Necesito preguntarte algo —largo; esta vez soy quién no puede contener la curiosidad. Ella me mira, expectante, dispuesta a responder—. ¿Qué hay en la caja?

—Ah, la caja —murmura y vuelve a sostenerla—. Tenía demasiados papeles y cosas sueltas, así que decidí reunirlas aquí para no perder nada. Son fotografías con mi padre, mis amigas, algunas contigo... Cosas que tú escribiste. Puede que suene bastante cursi, pero me tranquiliza guardar los recuerdos —comenta con melancolía—. ¿Quieres ver? Oh, cierto. Creo que nunca te mostré

una foto de mi padre.

—Es cierto, aún no lo conocí. —Cuando habla de su papá percibo tristeza. Al mismo tiempo, me da la sensación de que le hace bien tocar el tema, traer de vuelta los buenos recuerdos. Podría escucharla por horas, mientras comprendo todo el amor que le tenía—. ¿Crees que le hubiese caído bien?

—Sin lugar a duda —contesta de inmediato—. Él no era el tipo de persona que juzga a los demás, ¿sabes? Nunca nos habría dado la espalda, se habría esforzado por ayudar. Él decía que podía confiarle cualquier cosa, y eso era genial. Solo éramos nosotros dos, así que no teníamos espacio para pelear o discutir. Y, por lo general, si algo pasaba, iba directo a contárselo —habla, luego rebusca entre la caja hasta hallar una foto. Sonríe con calma y la extrae—. La tomamos en mi último cumpleaños. Murió horas después, lo que lo hace increíble. Todavía no entiendo cómo pasamos de estar tan felices celebrando y luego… dejó de existir.

Echo un vistazo a la foto. La apariencia del hombre me resulta conocida de algún lado. Paso unos segundos tratando de descifrar dónde lo vi antes, pero necesito chequear la imagen una vez más, esta vez buscando detalles. Un par de gafas y una camisa a cuadros de color roja son rasgos distintivos. Inmutado, regreso la vista. Me concentro en las líneas blancas de la ruta y una sensación amarga que me recorre de punta a punta anuncia que algo malo está pasando.

Se trata de la escena que presencié aquel día, luego de ser despedido de mi antiguo empleo. Causé un alboroto en el tránsito, que dejó como víctima a un hombre adulto.

—¡Damon! —grita Keira alterada—. ¿Qué diablos estás haciendo? —exclama y maldice, mientras trata de tomar el mando del volante.

Quedé tan descolocado por algunos segundos que me desvié de la carretera. Acabamos en la orilla. Freno a tiempo y evito que nos llevemos algún árbol por delante.

—Lo siento, yo... no sé qué pasó.

No sé cómo explicarle esto, ni siquiera sé por dónde empezar.

La rubia está aterrada y respira sobresaltada, lo que me llena de culpa. El accidente automovilístico que ella sufrió es reciente y, como si fuera poco, acabo de darle otro susto. Sigo siendo un idiota.

Considero la fecha de su cumpleaños de y, si los cálculos no fallan, coincide con el día en que ocurrió esa desgracia. Sucedió un año y nueve meses atrás, pero puedo revivirlo como si hubiera ocurrido ayer.

Bastaría con preguntar «¿Cómo murió tu padre, Keira?», pero soy tan cobarde que no encuentro las agallas para hacerlo. Supongo que la falta de valentía se debe a que, al preguntar, terminaré confirmando mi peor temor: soy el culpable de la muerte de Richard Holt.

—¿Qué pasa? —insiste en un tono que atina a ser comprensivo, pero su respiración acelerada confirma que está espantada—. Damon, di algo. Me estás asustando.

Mi mandíbula se tensa y trago saliva, ni siquiera me atrevo a mirarla a los ojos. La verdad decidió aparecer en el momento menos indicado, en medio de una carretera, a varios kilómetros de la próxima ciudad... Iniciar una discusión mientras conducimos definitivamente no es lo correcto. Así que, con un millón de dagas clavadas en mi pecho, decido posponer la duda; guardar el secreto, al menos, hasta que lleguemos a nuestra ciudad.

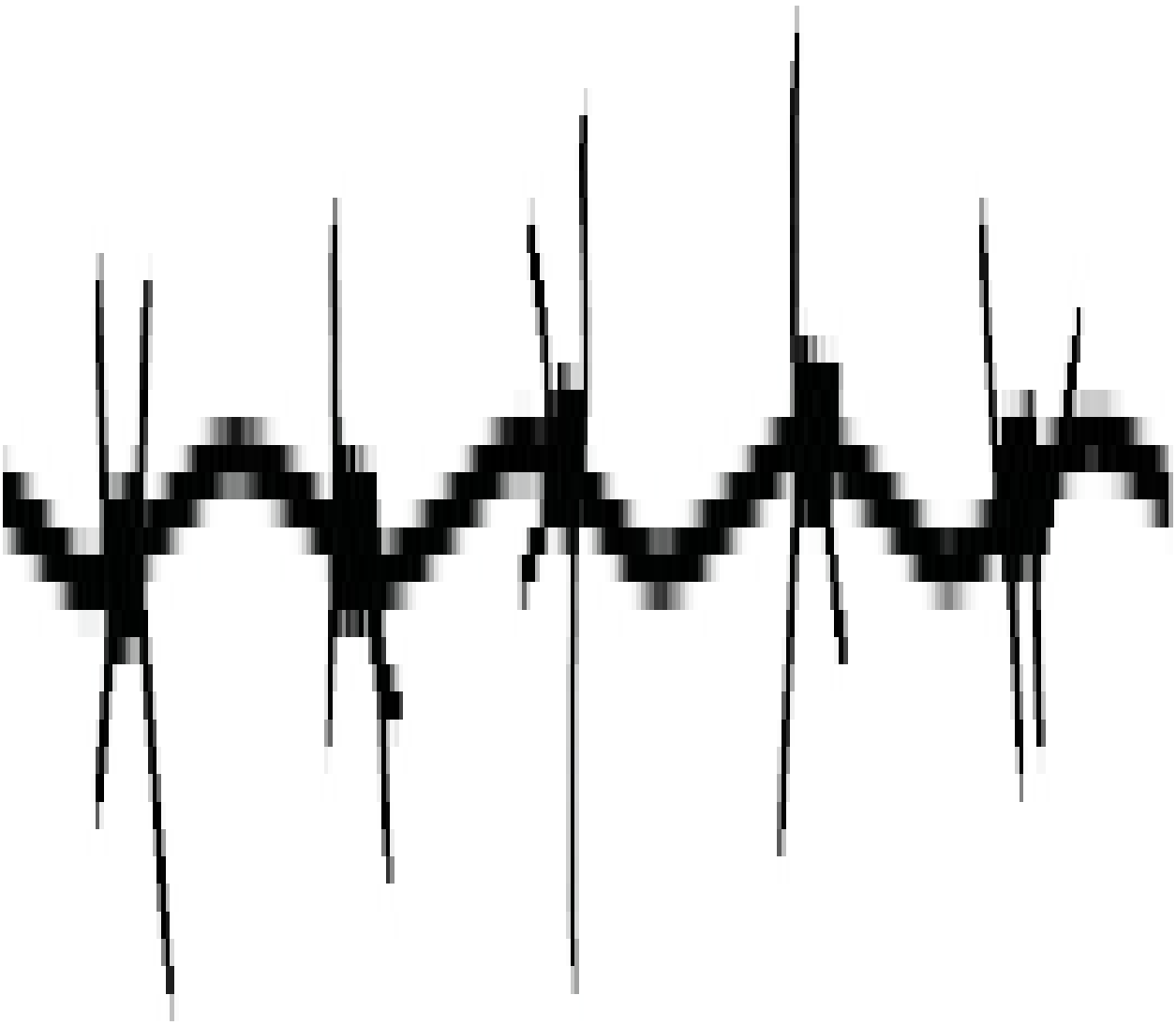
—Tranquila —murmuro en busca de una excusa. Es tan difícil mentirle, odio hacer esto—. Estoy cansado, eso creo —digo, repleto de frustración.

La rubia asiente, respira hondo, luego procede a quitarse el cinturón de seguridad, se traslada hacia mi lado y se sienta sobre mis piernas. De inmediato nota mi respiración irregular y posa una mano sobre mi corazón, percibe que este late tan rápido que da la impresión de que saldrá disparado. Sus ojos me contemplan, llenos de preocupación, mientras que, con su mano libre me acaricia detrás de la oreja para transmitirme calma. No dice nada. Se mantiene de aquel modo hasta lograr que mi respiración se tranquilice y que los latidos recuperen su ritmo normal. Luego, extingue el resto de distancia y me besa con suavidad.

—Yo voy a conducir, ¿está bien? Toma un descanso.

Su facilidad para proporcionarme calma y encontrar de inmediato una solución siempre me deja sin palabras. Honestamente, no sé qué será de mí cuando la pierda. No sé cómo lo haré sin ella.

Minutos después intercambiamos lugares. Keira se posiciona como conductora y yo me acomodo en el asiento de acompañante. Intento cerrar los ojos, dormir, olvidar lo que está pasando, pero caigo en la cuenta de que sería un idiota si me abstengo de la realidad. Entonces la miro: es hermosa, pero la luz que propaga de su interior es aún más inmensa.



Llegar a la ciudad viene con un sabor amargo. El viaje significó apropiarnos por unos días de vidas que no nos pertenecían y, aunque los sentimientos forman parte de nosotros, es más difícil dejarlos fluir cuando también nos toca hacernos cargo de nuestros problemas. Puedo lidiar con su tío, con Landon, con dificultades de dinero... Pero no podré lidiar con el hecho de haber causado el accidente que provocó la muerte del padre de Keira; es un peso que no voy a tolerar, incluso comienzo a sentirlo presionándome los pulmones. No hay dudas de que fui el causante. Recuerdo al hombre tendido en medio de la calle a la perfección, el charco de sangre alrededor de su cuerpo, la gente que se amontonaba a su alrededor.

A medida que lo recuerdo, todo se tiñe de gris. Keira es la única figura que queda a color.

—Estaba pensando en hablar con Lidia, ¿sabes? —me cuenta mientras desempacamos en el apartamento—. No me gusta estar en malos términos con la gente, mucho menos con ella que es como una madre para mí.

—Se nota que te quiere como si fueras su hija —digo con sinceridad—. Deberías llamarla.

Tengo la cabeza en otro sitio. La fotografía de Richard Holt se aparece frente a mí una y, otra vez, luego la tragedia. Incluso puedo rememorar los sonidos.

Es una tortura.

—Lo haré ya mismo —pronuncia, animada, al tiempo que busca su teléfono celular—. Ahora que todo está mucho más tranquilo, seguro entenderá. —Presiona la pantalla y luego lleva el móvil a su oído.

Asiento, le doy una ligera sonrisa y me dirijo al baño. Tal vez una ducha me ayude a relajar la tensión que domina mi cuerpo.

Sin embargo, no cambia nada.

Cuando salgo, Keira está en la habitación revolviendo entre sus prendas. Pone una amplia sonrisa al verme.

—Hablé con Lidia y, ¿qué crees? Estaba muy feliz por la llamada.

—Te lo dije.

—Lo sé. Hasta nos invitó a cenar esta noche. Sí, a los dos —confirma, en medio de mi confusión. No pensé que sería bien recibido, no después de todo lo que pasó—. Dijo: «Me encantaría que tú y Damon vengan esta noche a cenar, les debo una disculpa a los dos».

A la rubia le brillan los ojos y sonríe con fuerzas.

En cambio, el semblante que cargo es todo lo contrario. Siento que poco a poco todo se está

apagando, pero pongo el mayor esfuerzo para mantener las apariencias. Keira conoce tan bien cada uno de mis estados de ánimos que notará mi rara actitud.

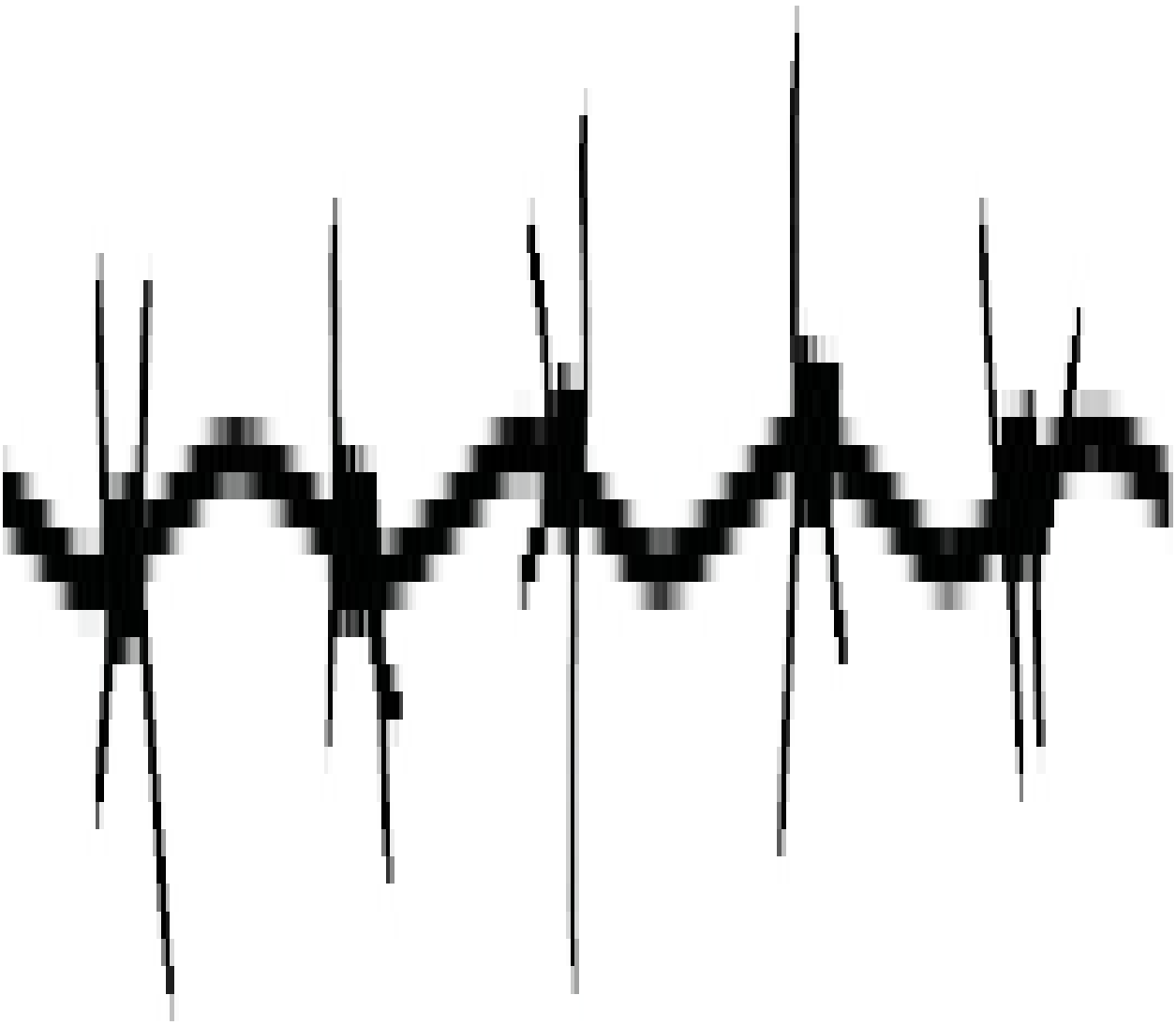
«Tengo que decírselo, maldición», me repito por milésima vez en el día, pero no puedo hacerlo.

—Le dije que iríamos, pero, si no quieres, podemos dejar el plan para otro día— propone y continúa revisando sus pertenencias hasta que da con el vestido que está buscando—. ¿Damon?

Diablos. No soy capaz de concentrarme en otro tema.

—Claro, vamos. Voy a buscar qué ponerme.

Ni siquiera el hecho de saber que habrá buena comida consigue levantarme el ánimo. Me coloco una camisa negra y un pantalón del mismo color. Luego, paso un largo rato recostado en la cama. Ella tarda un poco más de tiempo en producirse. La veo ir y venir; se coloca el vestido, los zapatos, se suelta el cabello, lo peina una y otra vez, después se ubica frente al espejo y comienza a maquillarse; incluso por momentos saca conversaciones que, a decir verdad, me cuesta seguir. Sin embargo, comprendo su entusiasmo. Hemos pasado los mejores días alejados de la ciudad y ahora Lidia, una de las personas más importantes en su vida, acaba de pedirle disculpas. Sí, las cosas están alineándose para ella, hasta que yo aparezca para hacer lo que mejor me sale: arruinarlo todo.



—¿Y recuerdas esa vez que tu papá intentó hacerte dos trenzas? —comenta Lidia. Enseguida oigo las risas de todos—. Llegaste así a la casa...

—Y Jace se burló de mí el día entero.

La rubia pone los ojos en blanco, con una expresión risueña.

Estamos sentados a un lado de la mesa, mientras Lidia se encuentra en una punta y Jace en la otra. Desde que empezamos a comer, las anécdotas en torno a Richard Holt no han cesado y, por todo lo que dicen, intuyo que era la clase de persona que se llevaba bien con la gente, alguien apreciado por todos. Compruebo que Keira tuvo a quién salir.

—Ojalá estuviera aquí —suspira.

—Era su época favorita, le encantaba la Navidad y el Año Nuevo, en especial por las reuniones familiares —acota Lidia. La nostalgia mezclada con tristeza reina en el ambiente.

A pesar de que no tengo hambre, me llevo un trozo de comida a la boca. De inmediato tengo que beber agua porque siento que se me cierra la garganta. No puedo soportar un minuto más escuchando sobre la vida que estropeé.

—Disculpen. Necesito salir un minuto —explico, me pongo de pie y voy hacia la galería trasera.

Estuvimos ahí en cuanto llegamos porque Lidia quería mostrarle a Keira lo que habían crecido sus plantas de interior desde la última vez que las vio. El sitio es extenso, la diversidad de plantas se refleja en todas partes: sobre estanterías, en macetas de distintas formas y tamaños, incluso algunas están ubicadas en repisas colgantes.

—Damon... —La rubia aparece en la galería, se aproxima con seguridad.

—Regreso en un minuto —digo. Ella insiste.

—No, primero vas a decirme qué está pasando. Llevas actuando raro toda la mañana, ¿crees que no lo noté? —cuestiona. Bajo la mirada, se siente tan mal no poder ser honesto con ella. Por eso decido que empezaré a serlo—. ¿Dije algo malo? ¿Hay algo en todo esto con lo que no te sientas cómodo? —sigue y busca mis ojos—. Háblame, Damon.

La situación se asemeja a las conversaciones que manteníamos cuando apenas nos conocíamos, cuando mi habilidad para expresarme era escasa.

—Será mejor que nos sentemos —indico. Tomo su mano con cariño y la guío hasta un sillón posicionado en un lateral de la galería.

—¿Estoy yendo demasiado rápido? —pregunta, en referencia a lo nuestro. Niego.

—No es eso. Al contrario, Keira. Te amo. Y eso hace que decir esto sea tan malditamente difícil. —Su mirada toma profundidad, su energía cambia y aquello se refleja en su sonrisa, que se deshace—. Lo que voy a preguntar sonará raro, pero necesito que me respondas. Por favor, hazlo —le pido. Ella asiente y el silencio se potencia, esparciendo tensión. Ambos sabemos que esto no es bueno—. Cómo... ¿cómo murió tu papá?

Tras lanzar la pregunta, una mueca de desconcierto plaga sus facciones. Sé que ahora todo permanece fuera de lugar, pero no bastará demasiado para que las piezas encajen. Tengo ese mal presentimiento.

—Oh, vaya, no tengo idea hacia dónde vas con todo esto, pero si es lo que quieres saber... —Respira antes de continuar—. Era el día en que cumplía diecisiete. Papá había encargado un pastel y salió a buscarlo por la mañana, pero nunca volvió a casa, porque a mitad de camino tuvo un accidente. Al parecer, una persona atravesó la avenida corriendo y causó desorden en el tránsito, entonces un auto lo atropelló.

Mi estómago se aprieta tanto que me dan ganas de vomitar. Sin saberlo, acaba de confirmar que causé el accidente. Siento repulsión hacia mí mismo, mientras una llama empieza a arder en mi interior, haciendo que todo queme, arda, duela. Todo se vuelve cenizas, estoy vacío.

—En realidad, nunca pudieron esclarecer lo que pasó con exactitud... —Se encoge de hombros. Aunque da la impresión de que continuaría el relato, se detiene—. Damon, estás pálido.

El humo que proviene de aquel fuego que me quema por dentro ha consumido gran parte del oxígeno. Ya no recuerdo cómo hacer para respirar.

—¿Recuerdas cuando te dije que había algo... un secreto le dije a nadie? —Siento un mareo. La tarea tan sencilla de formar una frase se vuelve densa, complicada.

—Sí, lo recuerdo. También dijimos que tenías todo el tiempo del mundo para hablar sobre eso. —Me acaricia una mejilla e intenta estabilizarme—. Sin presiones.

—Lo sé, pero ya no puedo soportar esto más. Sería egoísta e injusto si me lo guardo. —Fingir que no está pasando solo me haría sentir como más mierda. No puedo remediar lo que hice, pero al menos puedo decir la verdad—. Fui yo, Keira. Yo causé el accidente que mató a tu papá.

Ella larga una breve carcajada.

—¿De dónde sacas esas ideas? —dice en una especie de tono con rasgos burlones, pero no tan convencido.

—Ojalá estuviera equivocado.

—No es verdad —contradice. Su voz suena rasgada.

—Lo es —afirmo, lamentándolo—. Soy la persona que causó el desorden en el tránsito. Ese día, el de tu cumpleaños, mi jefe me despidió del mercado donde trabajaba. Me enojé, derribé una estantería y él se puso como loco... Terminó llamando a la policía y escapé, salí corriendo —le

cuento—. Al rato todo se me fue de las manos y lo vi... Vi a tu padre... Diablos, no puedo. —Me detengo y evito ahondar en detalles escabrosos.

Entonces, me atrevo a mirarla. Un sinfín de lágrimas se deslizan por sus mejillas y se pierden en la terminación de su rostro. Su mirada, aún posada sobre mí, es reflejo del impacto y del dolor que la noticia acaba de causarle.

Quiero acariciarla, limpiarle la cara, rodearla, apretarla contra mi pecho, susurrarle que todo estará bien, pero, en cambio, acabo sumergido en la impotencia. No puedo asegurarle que todo irá bien porque esto se ha puesto tan oscuro que apenas consigo ver.

—No es cierto. No puede ser cierto. ¿Dónde fue ese accidente, Damon?

Trago saliva. No retengo el nombre de las calles, pero sí puedo identificar el lugar.

—En la esquina de la avenida hay una joyería. Al frente hay un parque, ahí es donde me escondí —respondo.

Ella lleva una mano hasta tapar su boca y, ante mí, rompe en llanto. De pronto ese sonido desgarrador reemplaza al silencio. Aunque la abrazo, no reacciona. Su cuerpo no se acopla al mío, sus músculos no se relajan y, ante mis brazos que la rodean, se tensa, en rechazo del gesto.

—Lo siento —susurro, porque estoy perdiendo todo indicio de fuerza. Soy nada. Me limpio los ojos con el dorso de la mano, me inclino y le dejo un beso en la coronilla—. ¿Quieres que me vaya? Haré lo que tú me pidas.

Keira, quien todavía oculta la cara entre sus manos, asiente. Quiere que salga de ahí.

Me pongo de pie, me marcho y atravieso el camino hasta la salida. Jace y Lidia me miran con desconcierto, pero los ignoro. Pronto me encuentro con la soledad que hacía largo tiempo no me visitaba.

«Bueno, Damon. Supongo que hasta aquí llegó tu suerte. Estabas ocupando un sitio dentro de un mundo al que no perteneces. Esta nunca ha sido tu vida, solo estabas aquí de paso. Sé un hombre y déjala en paz. Acepta la realidad que te corresponde desde que naciste».

CAPÍTULO 40

Keira

Corro al baño después de oír la puerta principal cerrarse. Él se fue y a mí me duele el pecho, me falta el aire y una presión en la boca del estómago me provoca ganas de vomitar.

Tengo que inclinarme de inmediato sobre el excusado para permitir que la repugnante sustancia salga del cuerpo. Es tan asqueroso y ni siquiera me alivia; al contrario, me sigo sintiendo mal tras hacerlo.

—Linda, ¿estás bien? —habla Lidia detrás de la puerta, preocupada.

Respiro hondo antes de hablar.

—Lo siento —digo, me siento en la obligación de disculparme por todo el altercado—. Salgo en un momento.

Sé que no podré tranquilizarla. Lidia preguntará todas las veces necesarias hasta saber lo que está pasando; Jace hará lo mismo. Ellos se preocupan por mí, están ahí, del otro lado, me recuerdan que no estoy sola.

Ante el lavabo, abro la corriente de agua para refrescarme la cara y me enjuago la boca. Lo repito las veces que son necesarias hasta sentir que estoy limpia. Luego, frente al espejo, me doy cuenta de que el maquillaje está hecho un desastre y fuera de lugar: el rímel negro dejó marcas por toda mi cara. Si mal no recuerdo, la última vez que tuve un estado tan desastroso fue en la época que perdí a papá.

¿Por qué estoy sintiendo que perdí a Damon?

Odio esa sensación que vuelve a revolverme el estómago, aunque esta vez consigo controlar ese horrible impulso.

—¿Seguro que no necesitas ayuda? —me insiste.

—Todo está en orden —miento.

No lo está. Nada puede estar bien bajo estas circunstancias, no después de que el chico del cual

estoy enamorada haya confesado que estuvo involucrado en el accidente que acabó con la vida a mi padre. Es tan abrumador que no soy capaz de asumir nada en ese momento, todo es reciente, amargo y desgarrador.

Oscuro.

Damon y yo vivimos bajo una tormenta todo este tiempo. A veces se detenía, salía el sol, resplandecía y se calmaba. Luego regresaba fortalecida. Pero esto ya no es una simple tormenta. Es un desastre natural, un huracán que nos sacude y destruye nuestro mundo.

No consigo aclarar nada.

Solo sé que hice bien en pedirle que se fuera. El dolor es tal que temo dejar salir de mi boca cosas de las que me terminaré arrepintiendo. Amo a Damon, no quiero lastimarlo por impulso. Primero necesito tomar el tiempo necesario para comprender la retorcida situación.

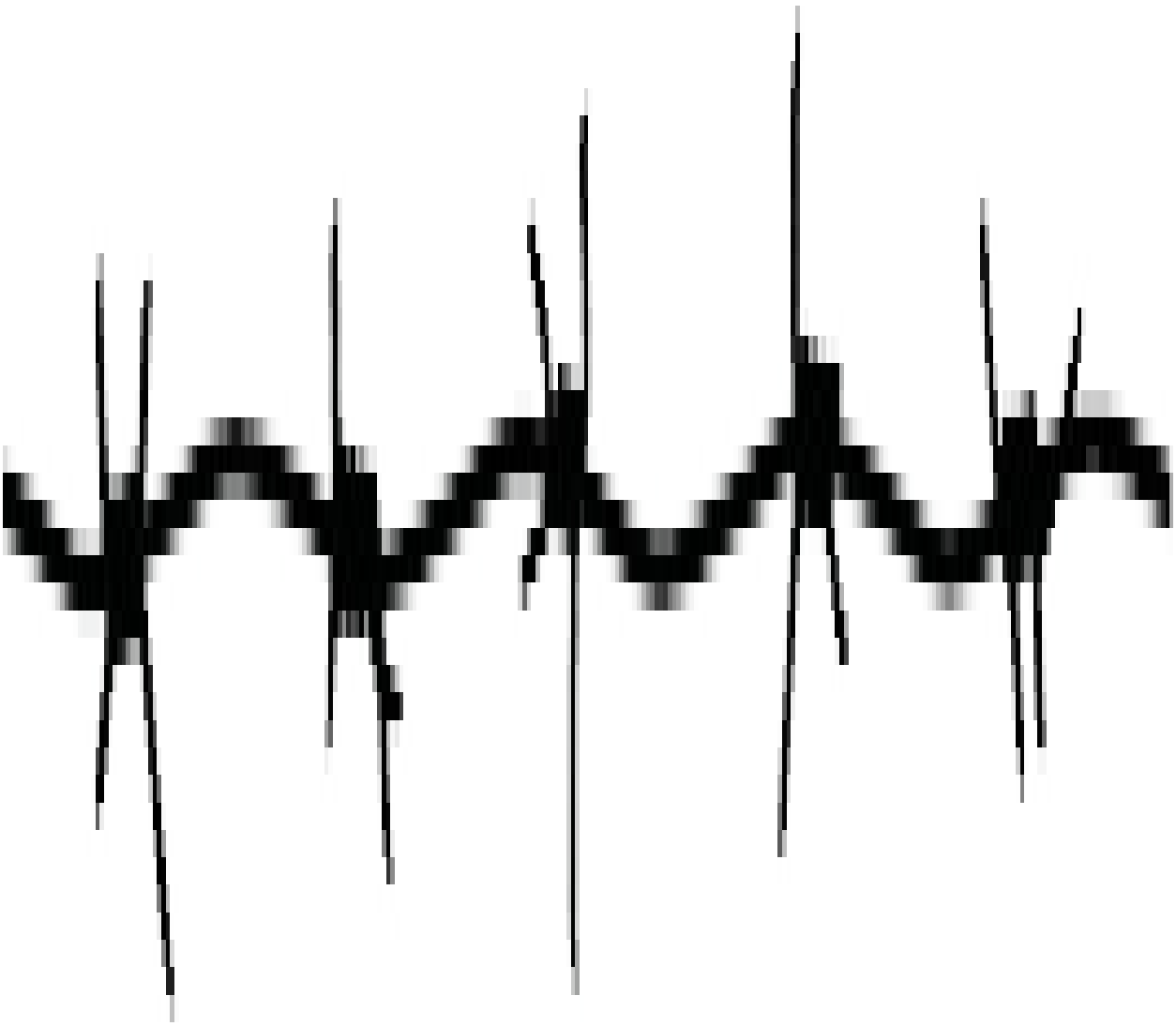
Después de conseguir un poco de estabilidad, salgo del baño y me topo con Lidia, que observa mis pasos sumida en la preocupación.

—Bebe un poco. Te hará sentir mejor —murmura, convencida, y me extiende un vaso de agua, que sostengo y acerco a mi boca para beber en sorbos—. ¿Quieres contarme qué pasó? —indaga mientras acomoda mechones de mi cabello, en un toque maternal.

Niego.

—No tienes que preocuparte. Solo... necesito tomarme un tiempo para resolver algo —respondo en un intento por desviar el tema. No puedo contarle nada, no hasta lograr tomar una postura ante el problema—. ¿Puedo quedarme aquí? —pregunto en un tono que evidencia inestabilidad.

—Por supuesto. Esta casa también es tuya, siempre encontrarás las puertas abiertas —dice y me dedica una cálida sonrisa. Asiento levemente y le regreso el vaso de agua—. Te prepararé una cama.



La casa de Lidia tiene tres habitaciones. La tercera fue transformada en una especie de oficina, donde hay un sofá que se convierte en cama y que será la mía por esta noche. También me puse un pijama que Lidia me prestó. A pesar de que estoy cómoda y en un sitio agradable, me siento fuera de lugar; aquí no es donde pertenezco. Este último tiempo solo una persona ha logrado hacerme sentir como en un verdadero hogar y ese ha sido Damon.

Reviso el celular reiteradas veces para comprobar si hay mensajes; me pregunto si debería llamarlo para asegurarme de que está bien, pero desisto cuando recuerdo su confesión. Mi cabeza y mis sentimientos son un cumulo de enredos. La razón asume una cosa, los sentimientos dictan otra. Tengo que encontrar un equilibrio, un punto medio.

La madrugada corre y dormir se vuelve una tarea imposible. Entonces, veo una figura que surge tras la puerta, se asoma con cautela y avanza al notar la luz de noche encendida.

—Jace —menciono. Lo reconozco al instante. De algún modo, estaba esperando que apareciera —. ¿Qué haces aquí?

—Puedes mentirle a mi madre, pero a mí no —dice relajado, mostrando una actitud amistosa—. Estuve ausente muchas veces en tu vida, esta vez no voy a permitirme dejarte sola —agrega y hace una seña para que le deje un espacio. Acomodo mi cuerpo hacia un costado y le dejo un sitio libre, donde él se recuesta—. ¿Qué pasó?

Me reclino un poco sobre el sofá cama, cubierta en parte por la sábana.

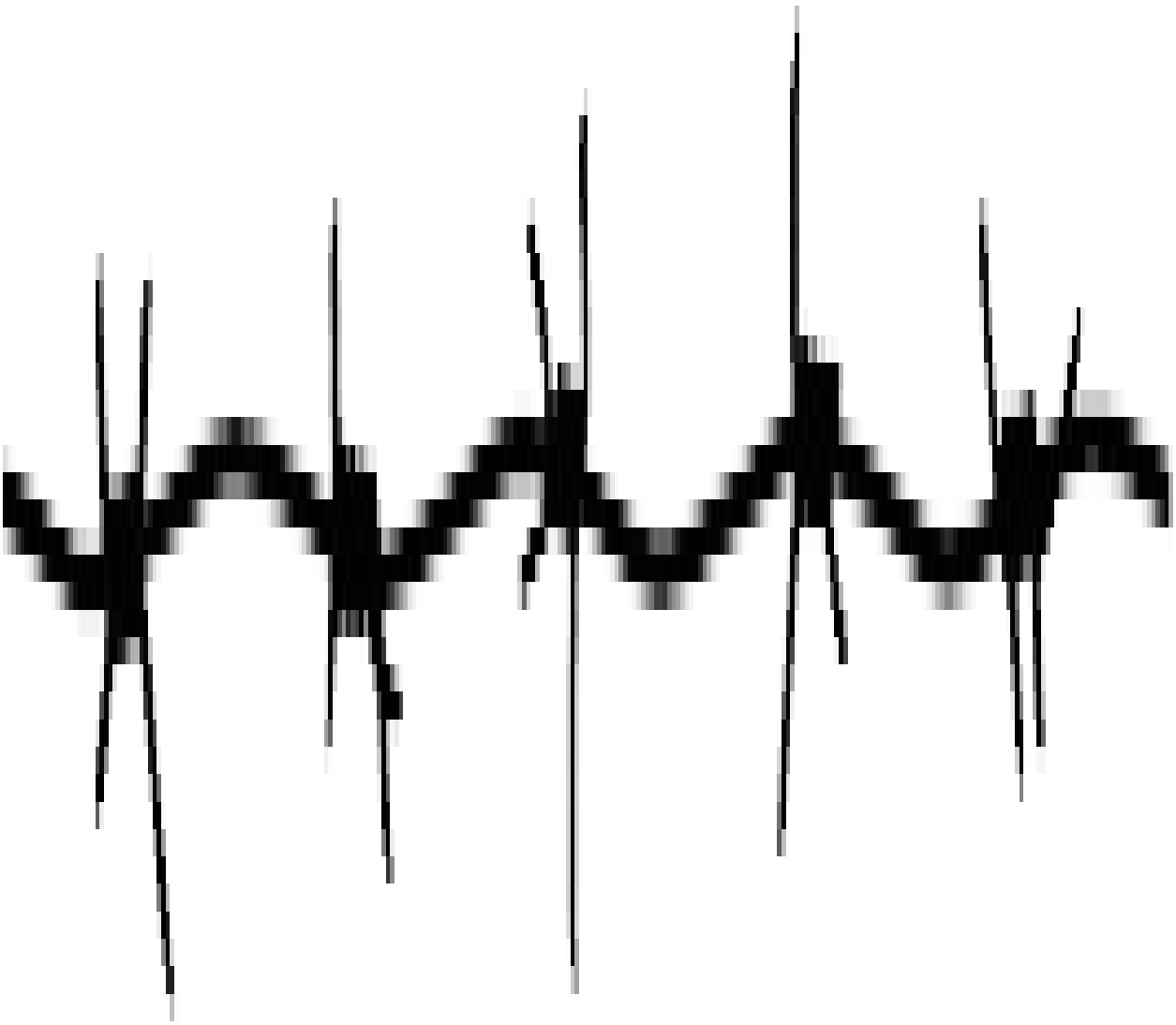
—Es complicado. Sé que vienes aquí con la mejor intención y, de hecho, me agrada, pero no puedo hablar de algo que aún ni siquiera entiendo.

—¿Por qué lo cubres? —regaña—. Mira cómo estás, Keira. Estás sufriendo, te veo muy mal. Y la verdad es que él empezaba a caerme bien, pero eso se esfumó en el instante en que te hizo llorar de nuevo.

Muevo la cabeza de un lado al otro.

—No lo estoy cubriendo. Él nunca quiso lastimarme —aclaro con seguridad—. Es la vida, el destino o el mundo, no lo sé. Algo que nos supera. Algo más grande que simplemente no podemos controlar. —Una vez más, se me humedecen los ojos. Soy víctima de la impotencia, de las circunstancias imposibles de cambiar. Mi amigo pasa un brazo por encima de mis hombros y dejo que me aproxime hacia él. No quiero llorar más. Me duele la cabeza y debería descansar—. Todo es tan injusto para ambos —susurro y comienzo a hilar situaciones.

Damon no supo que se trataba de papá hasta el día en que se desvió de la carretera, después de ver la foto y desconcertarse. A eso se debía su cambio repentino de actitud. Él está sufriendo tanto como yo.



Damon: Ey. Entiendo si no quieres

saber nada conmigo. Solo quiero

que me digas si estás bien.

Keira: Estoy intentando entender y

necesito tomarme un tiempo para eso. Voy a quedarme algunos días en casa de Lidia.

Damon: Entiendo. Tienes todo

el tiempo del mundo.

Keira: Cuídate,

¿está bien?

Damon

Tres días después de la última conversación por mensajes, Keira me escribió y pidió verme en algún sitio. Si bien estos días sin saber nada de ella fueron una maldita tortura, nunca creí que esto llegaría tan rápido. Para ser honesto, pensé que no volvería a dirigirme la palabra y, si así hubiera sido, lo habría entendido.

Estaciono frente al parque y, de inmediato, la diviso sentada sobre una banca, con el cabello suelto y las manos escondidas en los bolsillos de su abrigo. Se ve tan hermosa y tranquila que siento odio hacia mí mismo por ser un disturbio en su paz.

Mientras camino en su dirección, ella se pone de pie al verme llegar y, una vez que me tiene cerca, disminuye la distancia abriendo sus brazos. Me rodea el cuello y se apoya sobre uno de mis hombros. Mis manos también se aferran a su cuerpo, se ubican en un sitio que conocen a la perfección. Ninguno dice nada. Nos quedamos un largo minuto de aquel modo, hasta que ella disminuye la presión y da unos pasos hacia atrás para despegarse. Pone su mirada con seguridad sobre mí, pero no soy capaz de mirarla a los ojos.

Es un constante recordatorio del error más grande que cometí.

—Bueno, supongo que tenemos que tomar una decisión, ¿no? —larga, se sienta y me posiciono a un lado—. Estuve pensándolo todo el tiempo estos últimos días, y creo... creo que lo que pasó no es tu culpa, que no tenías forma de saberlo, ni de evitarlo, y... —Se detiene. Está nerviosa, percibo que le cuesta coordinar las palabras—. Perder a mi papá fue doloroso, pero en medio de todo eso tú supiste como hacerme feliz, quiero... quiero quedarme con eso, Damon. Contigo.

Hace silencio a la espera de una respuesta. Ella decidió quedarse a mi lado una vez más y no tengo palabras; solo siento un fuerte rechazo hacia mí mismo.

Siempre ha sido así, una constante lucha contra una parte de mí que nunca me permitió perdonar cada desastre que causé, en especial el que se llevó la vida de una persona inocente. No puedo.

No puedo mirar los ojos de la única persona que me ama porque la he lastimado una y otra vez. Es insoportable, asfixiante.

—Supongo que... gracias. Gracias por creer que no fue mi culpa. —Me encojo de hombros—. También quisiera quedarme contigo; es lo que más quiero en el mundo. Sabes eso, ¿no? —Ella asiente, con una expresión confusa. Por momentos logro mantener la vista en ella, pero entonces mis ojos se desvían hacia el suelo—. Pero yo no puedo dejar de sentirme mal por el desastre que causé. No puedo... No puedo perdonarme por haber sido tan irresponsable y haberme dejado llevar por mis impulsos. No puedo mirarte porque cada vez que lo hago, además de ver a la chica que amo, veo todo el daño que causé.

Su rostro está tenso. Tiene los dientes apretados y traga saliva mientras asiente a medida que procesa mis palabras.

—No hagas esto otra vez —advierte. Sé que después de esta conversación no habrá vuelta atrás.

—Es que será una maldita tortura para ambos —justifico—. Cada vez que me mires recordarás la muerte de tu padre y eso no es justo.

La rubia inspira una larga bocanada de aire y luego aprieta los labios para contenerse.

Al mismo tiempo, siento mis ojos cristalizarse. Esta vez es en serio: he tomado la decisión de acabar con esto.

—Hice todo lo que pude —murmura—. Puse todo el amor que tenía para hacerte ver que eres una buena persona. Creí en ti; creo en ti, Damon. Pero quizá tienes razón, en algún punto... Tienes que decidir amarte a ti mismo. Solo así... solo así algún día podrás perdonarte.

Siento un gran alivio al no escuchar ira en su tono de voz. Habla con calma, comprensiva. Quisiera cerrar los ojos y permanecer entre sus brazos.

—El día que tengas ese amor propio —continúa—, la vida será mucho más fácil. Ya verás. Solo me duele no poder quedarme contigo, porque mi perdón ya lo tienes. Juro que lo tienes.

—Lo sé. Nunca esperé menos de ti. Eres mágica —murmuro. Ella ríe con suavidad—. No, de verdad. Siempre sorprendes, en el buen sentido. Cuando quieres algo, te apasionas y luchas. Nunca pierdas eso, Kei. —Podría seguir mil horas hablando acerca de las cosas que me gustan de ella, es como una lista interminable. El silencio prevalece un largo rato, y entonces vuelvo a retomar el habla—. También quisiera quedarme contigo, pero entiendo que necesito estar solo para tratar de perdonarme y, entonces, podré estar convencido de que merezco a una persona como tú.

Al ponernos de pie, sabemos que la conversación terminó. Llegó a su fin. Le doy un beso en la mejilla y la miró por última vez. Nuestras manos se rozan y acabamos por soltarnos, llevando la contra a ese impulso que nos dicta mantenernos juntos.

Keira toma su camino y yo tomo el rumbo contrario, de regreso al auto.

Entonces, volteo. La veo regresar y hago lo mismo. Nuestra historia no puede acabar con un frío y maldito beso en la mejilla. En su lugar, nos besamos con intensidad. Nuestros labios encajan a la perfección, conocen el ritmo y pueden seguirse sin complicaciones. Me doy cuenta de lo afortunado que fui al encontrar algo así, aunque, de pronto, aquello sabe a dolor y a melancolía.

Tengo los ojos cerrados y por un instante, uno que sabe a gloria, olvido que, después de ese beso, se acabará todo.

Keira

—Jace. Necesito que me hagas un favor —pido mientras lavamos los platos después de almorzar. Lidia pasa gran parte del día en el centro, así que en algunos momentos somos solo nosotros dos.

—Lo que quieras —murmura. Me da una rápida mirada y regresa a secar el utensilio.

De seguro notó mis ojos enrojecidos y las dos manchas oscuras debajo, que dejaban en evidencia

que apenas dormí. Pasó tan solo un día de la ruptura y se siente como algo lejano a la realidad.

Como un mal sueño.

—¿Puedes llevarme hasta el apartamento de Damon? —pronunciar su nombre duele—. Tengo que ir a por mis cosas —explico. No puedo seguir vistiéndome con la ropa que Lidia, fiel a su generosidad, me ha prestado durante estos días.

—Claro —responde y su ceño se frunce—. Entonces, ustedes...

—Sí, terminamos —confirmo sin ahondar en detalles. Aún no hable con nadie sobre esto, ni siquiera con mis amigas. Decirlo en voz alta lo hace más real.

—Lo siento —larga con sinceridad.

Me encojo de hombros y dejo el último plato para que él lo seque.

—Iré a prepararme —agrego y subo las escaleras hacia mi cuarto improvisado. Allí busco el cuaderno en el que estuve trabajando gran parte de la madrugada.

Mientras nos dirigimos al apartamento, agradezco que el rubio no haga preguntas acerca del tema. En su lugar, se la pasa hablando de cosas triviales, incluso cuenta que en la universidad están ofreciendo becas para estudiar en el extranjero y menciona la lista entera de países disponibles. Sabe que una de mis metas es viajar, por lo que aconseja que no debería perder la oportunidad.

En realidad, ahora no estoy de humor para considerar tal opción.

Cuando llegamos al sitio, veo a Liam esperando en la acera y enseguida me invade una punzada de decepción. De algún modo, esperaba ver a Damon; tenía la pequeña ilusión de oírlo reconsiderando su decisión, pero, en definitiva, sé que nada de eso pasará. Así que le digo a Jace que espere en el auto mientras hago lo mío.

—¿Él está bien? —pregunto a su amigo, después de saludarlo. Él me dio un amistoso abrazo que fue reconfortante.

—¿Sinceramente? No lo sé —contesta—. No habló demasiado. ¿Puedo saber qué pasó?

—Algún día te lo contará. Solo mantente cerca de él. ¿Está bien? Y necesito que le entregues esto —indico. Le extiendo el cuaderno que está guardado dentro de una bolsa de tela. Allí me aseguré de apuntar datos que le sirvan de emergencia, por si acaso—. Por favor, asegúrate de que lo tenga. Es muy importante.

—Lo tendrá —asegura. Entonces, tomo mis cosas, dispuesta a marcharme, pero él retoma el habla de manera repentina y logra que me detenga—. Eres lo mejor que le pasó. No sé qué problema tuvieron, pero él te ama. No lo dudes.

«Lo sé. Pero él no se ama lo suficiente a sí mismo como para aceptar tenerme en su vida»,

pienso.

Al regresar, Jace me deja en la entrada de la casa para marcharse a su entrenamiento deportivo.

Estuve muda durante todo el camino de vuelta. Un nudo se instaló en medio de mi garganta, no puedo hablar, no puedo sentir. No quiero hacerlo, porque en el momento en que asuma lo que está pasando, voy a ver mi mundo entero destrozarse.

Al llegar a la casa, no logro terminar de atravesar las escaleras para meterme a mi cuarto provisorio. Dejo caer mi cuerpo para sentarme en un escalón a mitad de camino. Poso la mirada en un punto fijo al azar y, entonces, en medio del silencio y la casa vacía, me siento terriblemente sola.

Me acostumbré a estar con él, a reírme de sus tonterías, a buscar sus abrazos cuando necesito uno, a sostener su mano por la calle. Me acostumbré a sentir su respiración mientras me quedo dormida, a sus besos tomándome desapercibida.

Sabía que no sería fácil, pero, después de todo lo que vivimos, nunca planeé terminar así. Ojalá pudiera regresar al comienzo... Estoy convencida de que lo viviría todo otra vez.

De pronto, los recuerdos caen como una corriente de agua veloz que desemboca en mi mente, uno tras otro, sin darme chance a un respiro. La primera vez que vi a Damon podría haberme causado miedo, pero, en su lugar, sus ojos ensombrecidos me atraparon. La distancia que él imponía significaba un llamado de auxilio, uno que supe atender a tiempo. Solo debía cumplir mi trabajo, pero comprendí que, si no atravesaba los límites, él se hubiera convertido en una causa perdida. No siempre alcanza con hacer lo correcto, a veces la gente necesita que hagas más: que luches por ellos.

No todos corremos la suerte de encontrar esperanza en los momentos más terribles, algunos necesitan que alguien les muestre que existen, que es posible salir adelante.

Ese es mi consuelo: lo amé tanto como fue posible, le demostré que vivir valía la pena.

CAPÍTULO 41

1 mes después

Damon

Es como vivir en una realidad a la que no pertenezco. Tengo la sensación de que se trata de una especie de pesadilla de la que pronto despertaré y todo volverá a ser como antes. Pero eso nunca pasa. La distancia entre nosotros se hace cada vez más grande. Duermo una eternidad y, al despertar, nada cambia. Seguimos separados. El odio hacia mí mismo tampoco se esfuma, se hace cada vez más sólido.

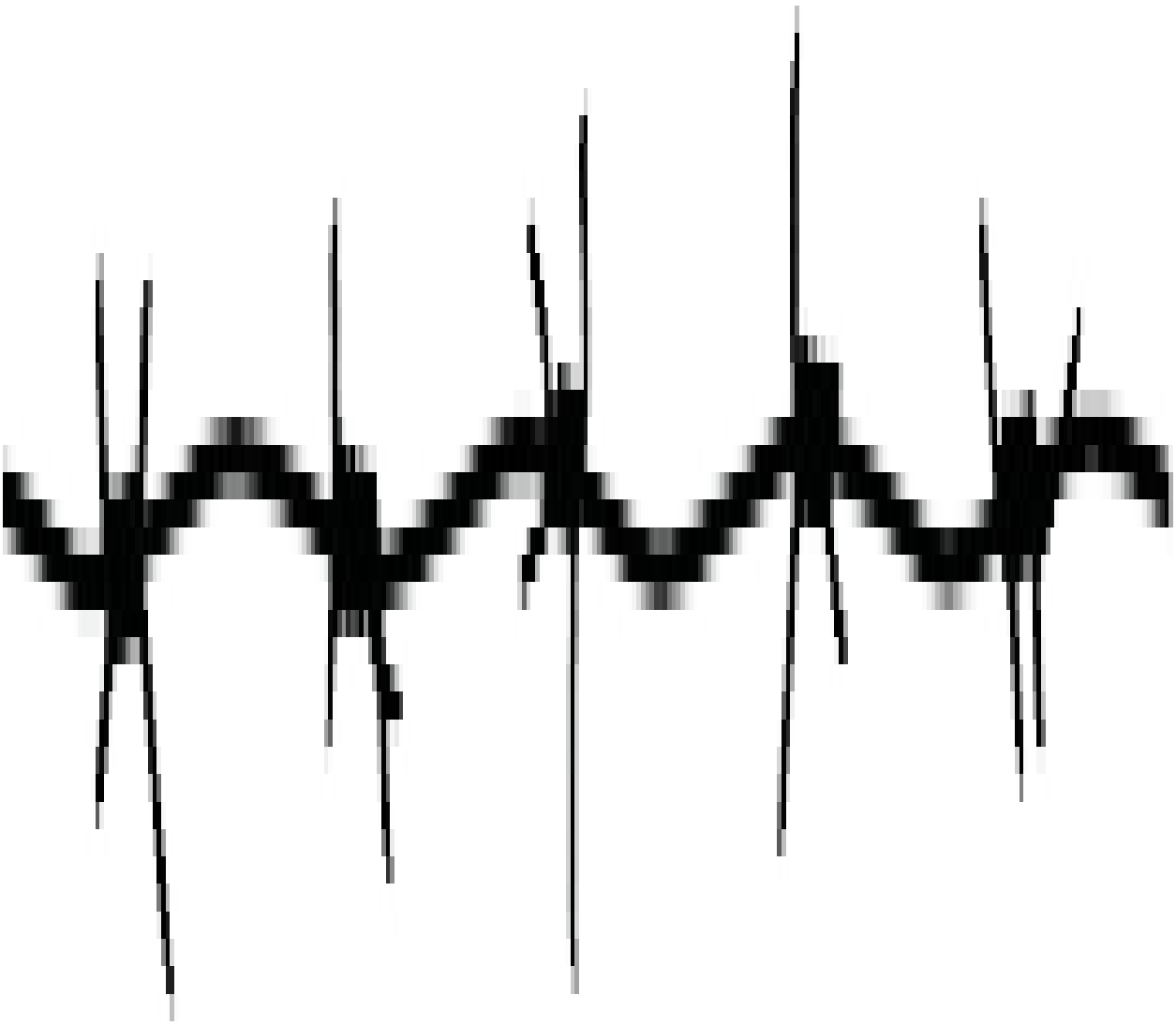
«Arruinas todas las cosas buenas», me digo a diario.

Keira

Hay relaciones que se acaban, pero el amor sigue. Eso es aún más difícil de superar. Siento que me quedé con un montón de amor en las manos y no sé qué hacer; él ya no está. Cada día me contengo para no agarrar el teléfono y llamarlo. Necesito escuchar su voz, saber sí está bien. Luego, recuerdo que es un buen indicio que Damon haya tomado una decisión sobre su vida. No se apoyó en mí, decidió por su cuenta.

Eso, al menos, indica que comienza a tomar las riendas de su vida, que piensa en lo que es mejor para él.

«También debes pensar en lo mejor para ti», me digo a diario.



2 meses después

Damon

La furia hacia mí mismo se incrementa. Mi vida ha vuelto a ser un desastre y no tengo ánimos de hacer algo para remediarlo. Al final, es lo que merezco. Siento que no puedo permitirme un momento de felicidad después del daño que le causé a la persona que me hizo sentir amado.

Por la noche, Liam aparece en mi apartamento, a pesar de que me niego a verlo, y me obliga a escucharlo.

—Vaya. Te ves horrible, hermano —dice, mientras me da una palmada en el hombro. Rápido, me rehúso al toque—. Y este lugar no se queda atrás.

—¿Qué quieres, Liam?

—Primero, que te des una ducha. Segundo, que vengas conmigo. Te llevaré a comer algo.

—No pienso ir a ningún lado.

—Vamos… He venido hasta aquí.

—Lo siento, pero no te lo pedí.

—Bien —murmura y se cruza de brazos—. Nos quedamos. Te ayudo a limpiar y pedimos algo para comer.

—No quiero hacer nada —expreso malhumorado—. Y no quiero ser grosero contigo, Liam, pero prefiero que te vayas —indico y abro la puerta, a la espera de que me deje en paz.

—¿Al menos pensaste lo que te dije la otra vez? Lo de compartir piso —pregunta—. Es una buena idea, ¿no crees? Podríamos reducir gastos y…

—No —interrumpo—. La respuesta es no —aclaro. En realidad, Liam no quiere compartir piso para «reducir gastos», sino para vigilarme porque teme que recaiga en la adicción. Lo aprecio demasiado como para ponerlo en el lugar de cuidador—. ¿Te vas?

—Estás siendo injusto —reclama de camino a la salida. En el umbral de la puerta, se detiene—. Eres demasiado duro contigo mismo, Damon. Te enamoraste y las cosas terminaron mal, lo entiendo. Pero en el medio, superaste una adicción. No arruines eso.

Keira

Llevo solo ocho semanas viviendo en casa de Lidia, pero a pesar del corto tiempo, la siento como un verdadero hogar. Aquí nadie se molesta si bajo a la cocina a la madrugada para hacerme un café, tampoco si subo el volumen de la música mientras canto a todo pulmón o si invito a mis amigas a pasar el día.

Después de una charla amena con mi tío, entendió las razones que me llevaron a dejar su casa. Me puso solo una condición: seguir ayudándome en lo económico. Le dije que no era necesario, pero insistió tanto que tuve que acceder. Supongo que está bien si quiere hacerlo. Ahora tengo una caja de ahorros en el banco y él deposita un monto cada mes.

No he tocado casi nada.

—¿Cansada? —pregunta Jace mientras se sienta en un sillón. Estoy recostada en otro, mirando una película de amor que encontré en la televisión.

—Bastante. Fue una semana dura —respondo. Las clases son agotadoras. También sigo ayudando en el centro, aunque no tanto como antes.

—Con mis amigos iremos a tomar unas cervezas esta noche. ¿Quieres venir? Te hará bien distraerte.

—No —contesto sin pensarlo—. Creo que miraré otra película mientras ceno y luego iré a dormir. Pero gracias.

—En otras palabras, llorarás mientras miras una película, apenas tocarás la cena e irás a la cama, donde vas a llorar otro rato hasta dormirte —dice en un leve tono divertido, tratando de restar tensión. Típico de él.

—Jace… —suspiro pesadamente.

—¿Vas a decirme que no tengo razón?

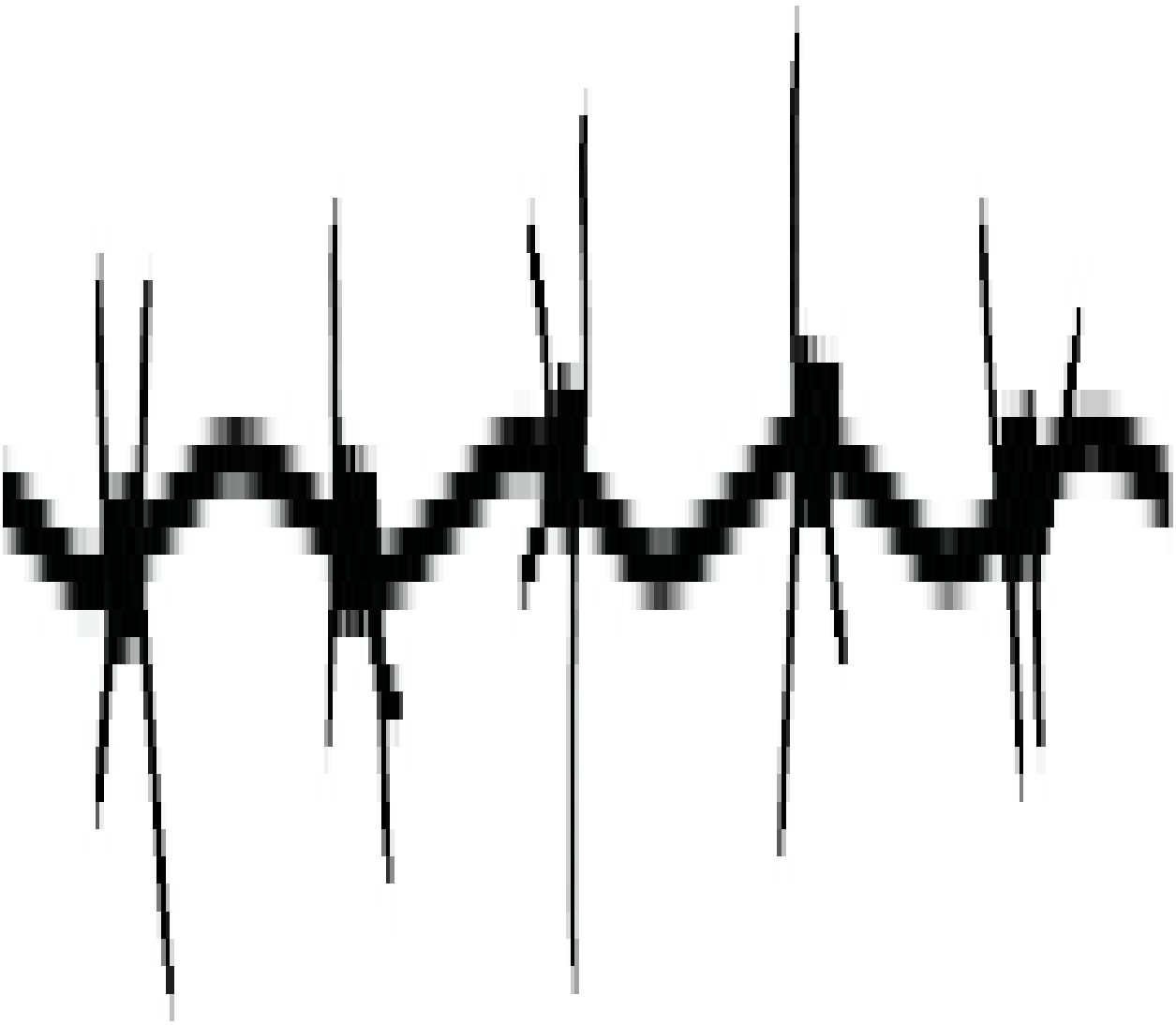
—Déjame llorar en paz —también le respondo medio en broma.

—¿Al menos completaste la solicitud para estudiar en el extranjero? Aún te quedan cuatro semanas, pero deberías…

—Lo estoy haciendo, Jace. Solo necesito un poco más de tiempo —aseguro.

Marcharme a estudiar a otro país no es una decisión sencilla, sobre todo cuando una parte de mí

sigue convencida de que Damon volverá, de que un día de estos tocará la puerta para decirme que ha podido perdonarse a sí mismo y que está listo para amarme.



3 meses después

Damon

A los pies de la cama descansan las maletas hechas. Debería dormir, me esperan largas horas conduciendo por la carretera, pero no consigo descansar. Como cada noche, mi mente es una maraña de pensamientos tortuosos. Busco el celular y abro la aplicación de mensajes. Vuelvo a leer las antiguas conversaciones, esas que debería borrar, pero no lo hago. Me gustaría tanto hablar con ella. Sus palabras siempre tenían sentido, funcionaban. Me hacía ver aquello que no podía y, de repente, lo complicado se volvía sencillo. Keira siempre lo sabía todo.

Damon: Hola. Sé que son las 3am y es probable que estés durmiendo, pero me gustaría saber cómo estás. Es raro pasar tanto tiempo sin oír tu voz. Te extraño.

En lugar de pulsar enviar, lo borro. Aparto el celular mientras respiro hondo y largo un suspiro pesado. Estoy seguro de que ella está bien. Es fuerte. El mensaje en realidad es una excusa para buscarla, una actitud egoísta de mi parte. No es justo volver a sacudir su vida cuando fui yo quien pidió separarnos porque nunca podré superar haber causado la muerte de su padre.

Al día siguiente, me marcho a otra ciudad. Me niego a seguir viviendo entre rostros familiares. No quiero ninguna clase de compasión, mucho menos un gesto de amistad o cariño. Incluso he dejado el psicólogo, contradiciendo sus indicaciones de continuar el tratamiento. Me rehúso a aceptar cualquier clase de ayuda. No quiero nada ni a nadie. Solo a ella.

Supongo que la lejanía me ayudará a huir de esos impulsos que me urgen buscarla en momentos de debilidad, a sabiendas de que en ella encontraré alivio sin mayor esfuerzo. No. No puedo tirarle todos mis problemas, no puedo volver a contaminar su vida.

Keira

Sostengo la taza de café caliente y, en lugar de continuar estudiando, decido tomar un descanso en el patio trasero. Un poco de aire fresco siempre viene bien. Me siento en una banca y cruzo las piernas. Percibo el frío colarse a través de mi ropa y, con la mano libre, ajusto el saco de lana alrededor de mi cuerpo.

Tras ese minúsculo detalle, aterrizan los recuerdos.

Damon preparándome café mientras me veía estudiar; a veces no se resistía, me abrazaba por detrás, y yo lo dejaba quedarse porque me encantaba estar entre sus brazos. Los chistes estúpidos que me hacían reír. Sus pulgares pulsando con suavidad mis mejillas para limpiarme las lágrimas. Los besos en el cuello que despertaban toda clase de sensaciones y sus labios tiernos que se posaban en mi frente para hacer que me sintiera protegida.

—Ey, cariño. —Lidia aparece, también en pijamas. Se acerca hasta sentarse a mi lado y rodearme con un brazo—. ¿Estás bien?

Niego. ¿Para qué mentir? Ella me ha oído llorar cada noche.

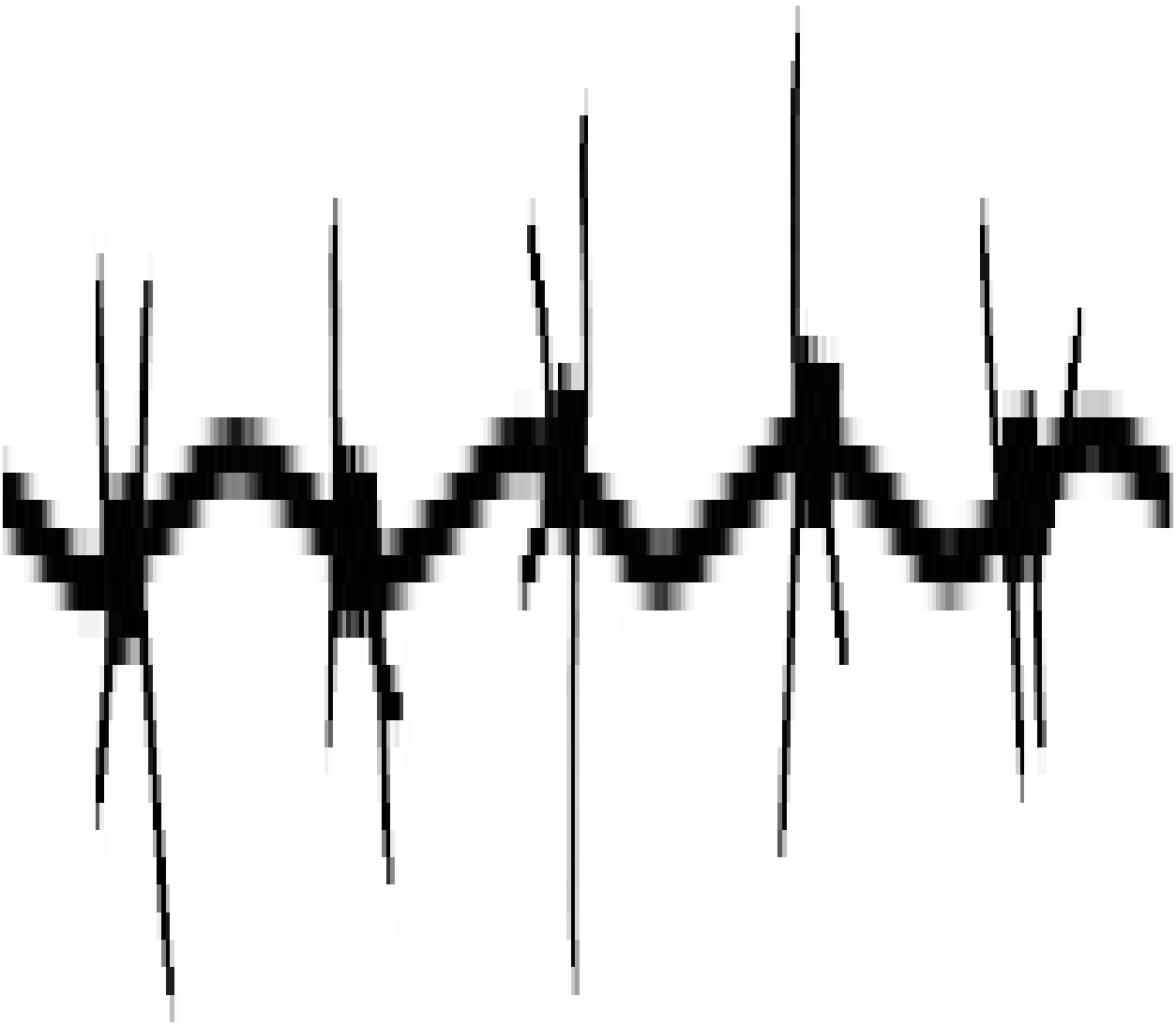
—¿Por qué duele tanto?

—Ojalá tuviera una respuesta para eso, querida —murmura. Luego, aprieta su abrazo.

Trato de beber el café a sorbos, pero las ganas de llorar me consumen y acabo avergonzada.

—Lo siento. Sé que esto es incómodo. No tienes que verme así.

—No pasa nada —asegura—. Eso es lo que amamos de ti. Eres transparente. No finges, te muestras tal cual eres. Además, el dolor no se sana sonriendo a las fuerzas o fingiendo que no pasó nada. Al dolor le debes permitir ser, existir, atravesarlo y, al final, dejar que se vaya.



4 meses después

Damon

El nuevo apartamento no se siente como estar en casa. Es frío, vacío y deprimente. En el antiguo, al menos podía encontrar los recuerdos que hicimos con Keira: las veces que la besé en mi cama hasta que nos perdíamos el uno en el otro y terminábamos exhaustos, verla caminar por la habitación vistiendo una de mis camisetas, el sonido de su risa que llenaba los recovecos cada vez que le hacía algún chiste tonto solo para que se riera.

Ahora solo escucho el murmullo de un viejo televisor o la melodía de una canción que suena en la radio. El ambiente huele a cigarrillo y cerveza, lo que más consumo desde que llegué a esta ciudad y empecé a trabajar en una gasolinera que está a las afueras. Es un lugar donde vivir, eso es todo. Después de trabajar, me la paso a solas mirando alguna película en el sofá o durmiendo. A veces, imagino a Keira visitando este lugar y sonrío como idiota al pensar en la forma en que me regañaría al encontrarse con semejante desastre.

Tengo la sensación de que, durante un instante de mi vida, viví en la cima. Luego, volví a caer y nunca paré. Me sigo deslizando en la profundidad de un pozo que no tiene fin y, de vez en cuando, siento miedo; miedo de no volver a ver la luz. He perdido toda clase de esperanzas.

Keira

Vacíos.

Así es como se sienten todos los lugares que alguna vez visitamos juntos: la sala del centro, donde nos conocimos, el parque donde nos besamos por primera vez, las calles que frecuentábamos, la cancha de básquet donde solíamos compartir conversaciones bajo el cielo rojizo del atardecer.

Después de ayudar a Lidia a moderar la última charla del día, salgo al patio a tomar aire. Mentiría si dijera que no busco a Damon entre los rostros de los muchachos que ingresan al centro. Acepto que esta es la realidad que nos tocó, pero a veces tanta impotencia se vuelve

abrumadora.

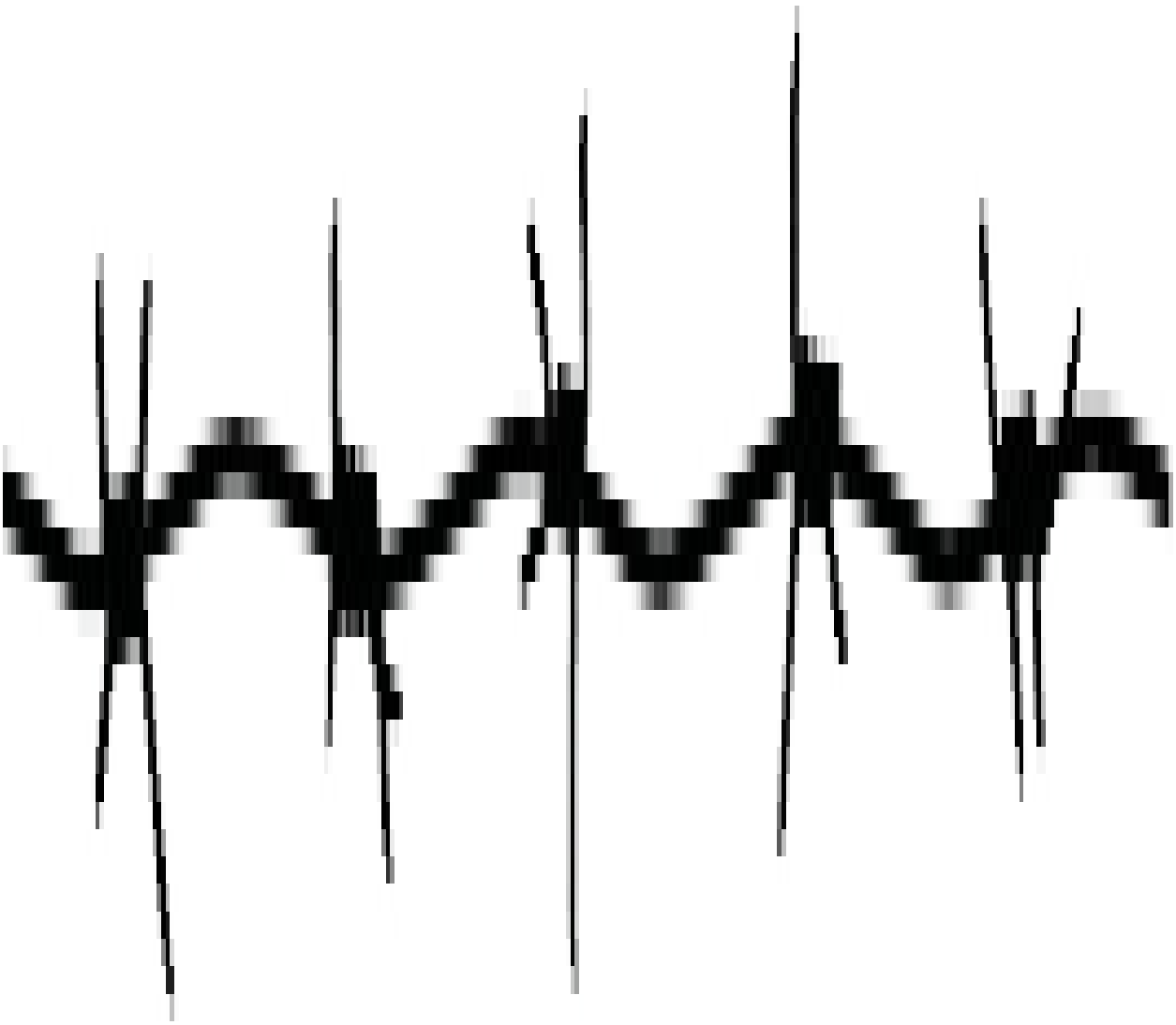
Respiro mientras chequeo el celular. Echo un vistazo al correo, al ver la notificación de que llegó uno nuevo.

Apenas lo leo, ahogo un grito. Siento la ansiedad, la alegría y la amargura invadir mi cuerpo en partes iguales.

¡Quedé! Me aceptaron en el programa de intercambios de la universidad. Estudiaré en el Reino Unido.

Sé que es un paso importante, un antes y un después en mi vida; un hecho que marcará mi carrera. Me llena de orgullo, pero también de tristeza. Damon fue la primera persona que se pasó por mi cabeza para ir a contarle esta noticia.

Pero no está.



5 meses después

Damon

Atender la gasolinera no exige demasiado. Todo lo que hago es quedarme tras el mostrador esperando a los clientes y vigilar que no se lleven nada sin pagar. Supongo que por eso Oscar, el dueño del negocio, un señor reservado y bastante gruñón, , no exigió casi nada al contratarme.

—¿Puedes pasar la madrugada aquí sin dormirte?

—Sí.

—¿Te enfrentarás a un ladrón si es necesario?

—Claro.

Esos fueron los únicos requisitos en la entrevista laboral.

Tras beber una lata de energizante, la hago un bollo y la arrojo al cesto de basura. El reloj marca las dos y media de la madrugada. El sitio está casi deshabitado, con excepción de un grupo de adolescentes que tontean en la entrada y un camionero que se dirige a comprar. El señor saca un sándwich y un refresco, los cuales coloca en el mostrador.

—Deberías echar a esos muchachos, te ahuyentarán a los clientes —comenta mientras abre el monedero y busca billetes.

—¿Te hicieron algo? —pregunto. La verdad es que no les presté demasiada atención.

—Me pidieron dinero —responde—. Y se están drogando.

Sostengo el efectivo, lo guardo en la caja registradora y devuelvo el cambio. Luego, observo tras el hombro del tipo e intento comprobar si aquello es cierto.

—¿Algo más?

—Nada más, joven —murmura—. Buenas noches.

El hombre se retira y, poco después, salgo también. En el exterior, a un lado de la puerta de salida, está el grupo de chicos. Tres de ellos están sentados en la acera, mientras que un cuarto se mantiene sobre una bicicleta. Percibo aquel olor distintivo, como si fuera una mezcla de sudor

con pegamento fuerte. Al mismo tiempo, compruebo las marcas de agujas que llevan en los brazos: cicatrices rojizas y moretones oscuros. Solía tenerlos, será por eso que no me impresionan, pero, al mismo tiempo, me estremecen la piel.

—Chicos, no pueden quedarse aquí si hacen eso —indico.

—¿Y quién lo dice? ¿Tú? —exclama uno y los cuatro se ríen al unísono.

—La acera no te pertenece.

—Es un espacio público —se mofa otro.

Resoplo y me armo de paciencia.

—Escuchen, a mí me importa una mierda que estén aquí, pero si el dueño los ve, llamará a la policía y armará un escándalo —advierto y atino a regresar al interior.

—Eh, espera —exclama—. Si nos das dinero, nos largamos.

—No puedo darles dinero —aclaro. Es obvio en que lo gastarán—. Comida, o nada.

Se miran entre ellos, hasta que uno asiente. De inmediato, vuelvo a entrar, busco cuatro sándwiches y le entrego uno a cada uno. Ojalá pudiera hacer algo más por ellos, pero me siento incapaz, incluso de ayudarme a mí mismo. Keira seguro sabría qué hacer; ella siempre encontraba una solución, tenía un plan y lo llevaba a cabo por más alocado que fuera.

—Ey —exclamo al mismo tiempo que los veo marcharse. Uno de ellos voltea, parece ser el más joven. Lucho contra mi instinto de preguntar «¿dónde consigues la heroína?», porque una parte de mí cree que la necesito. Estoy a punto de modular, pero gana la parte de mí que está sana—. Ustedes son mejores que eso —pronuncio. Por la mirada que me devuelve, sé que entendió.

Mi corazón está acelerado, mis pulmones se cierran. Es como si acabara de atravesar una verdadera batalla física. Me doblo al medio en un intento por encontrar aire, recuperarme.

Necesito un abrazo de Keira.

Keira

—Tengo miedo —confieso. Mi estómago se aprieta.

—Es normal —menciona Andy—. Te irás a otro país, otro continente —resalta—. Pero piensa que será increíble. Es una oportunidad única.

—Tranquila. ¿Has visto a los británicos? Te harán perder la cabeza. Aprovecha. —Summer trata de animarme, siempre fiel a su personalidad romántica. De inmediato, Andy le da una mirada asesina—. ¿Qué? Todo el mundo sabe que son atractivos.

—Ese no es el punto —expresa la otra—. Fuiste seleccionada entre un montón de estudiantes. Vieron el potencial en ti. Piensa en eso.

—Sí, lo entiendo, pero es que… —Suspiro, exhausta—. Damon y yo hemos terminado hace apenas cinco meses. Tengo miedo de que le ocurra algo, de que me necesite y no pueda estar ahí para él.

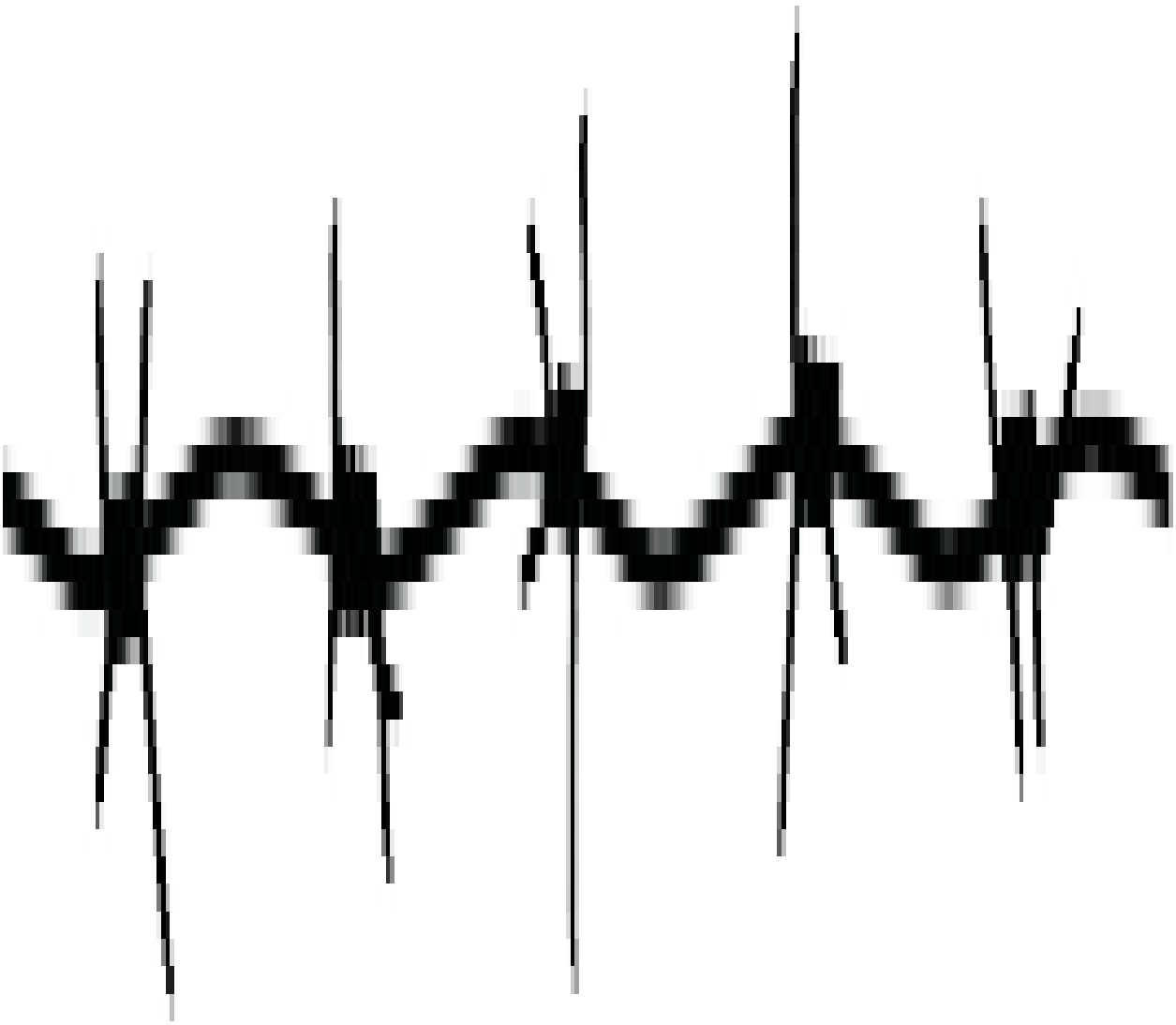
—Eres muy considerada, pero no puedes dejar en pausa tu vida hasta que él decida volver. Sé que es duro, pero tienes que pensar en ti. Tú eres la prioridad —pronuncia Andy, seria.

—Tiene razón —murmura Summer. Es increíble que estas dos estén de acuerdo en una cosa—. Él se lo pierde.

Coloco una pequeña sonrisa, consciente de que mis amigas están dando su mejor esfuerzo por apoyarme. Sin embargo, nadie más puede comprender ese miedo, más que yo misma. Cuidé de él cuando estaba bajo los efectos de la abstinencia, lo contuve cuando lo vi sufrir un ataque de pánico y contemplé sus ojos repletos de miedo.

Solo nosotros sabemos lo difícil que fue.

Necesito un abrazo de Damon.



6 meses después

Keira

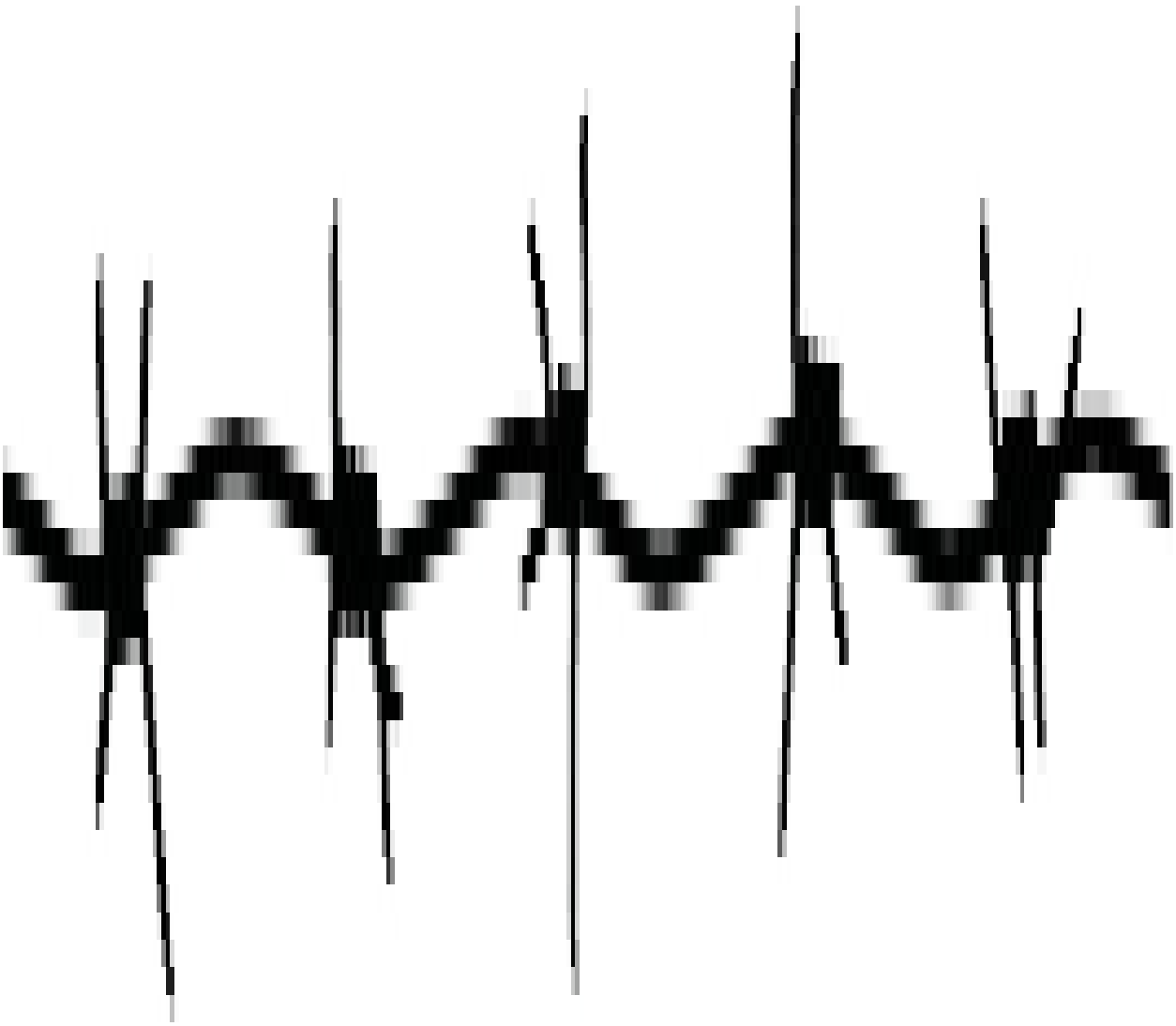
Decido tener una última conversación antes de marcharme al aeropuerto. Lidia y Jace están sentados alrededor de la mesa, así que ocupo un lugar y turno mi mirada entre ambos, a la espera de que puedan corresponder al pedido.

—Antes de irme, tengo que pedirles un último favor —murmuro, hago una pausa y retomo el habla—. Si algún día Damon aparece pidiendo ayuda, tienen que prometerme que le darán una mano. —Clavo los ojos en Lidia—. Solo así podré quedarme tranquila y continuar con mi vida.

—No tienes nada de qué preocuparte, cariño. Las puertas del centro siempre estarán abiertas para él. Te lo prometo —habla. Luego, coloca una sonrisa que me transmite calma.

—Una vez te dije que lo que era importante para ti, también lo era para mí —comenta Jace, relajado—. Eso siempre será así. Te lo prometo, Keira.

No lo dudo. Tengo la certeza de que Damon recurrirá a ellos si es necesario. El cuaderno que le entregué para «casos de emergencias» tiene una lista de lugares donde podrán asistirlo en momentos de debilidad, y el centro de Lidia ocupa el primer puesto.



Es la primera vez que viajo en avión y, aunque todo a mi alrededor se siente seguro, no puedo evitar los nervios. Hundida en el asiento y con el cinturón recién colocado, jugueteo con el pequeño dije en forma de corazón que cuelga de mi cuello.

¿Debería quitármelo? No lo creo.

Mantenerlo conmigo de algún modo me hace sentir que aún seguimos cerca, a pesar de que pasaron seis meses desde la última vez que lo vi.

Dejé atrás a la familia Holt. Dejé atrás a Lidia, a Jace y a mis amigas. Dejé atrás a mi primer amor. Empezaré una nueva vida y estoy emocionada y triste en proporciones iguales. Me dejo llevar por esa parte de mí que pide a gritos escapar a cualquier sitio donde olvidar sea más sencillo.

Damon

El celular no ha dejado de sonar. Mareado, trato de divisar la pantalla.

«Tal vez es Keira», pienso. Aunque ¿por qué me llamaría? Causé la muerte de su padre.

Es Oscar. Entonces recuerdo que llevo tres noches sin ir a trabajar y que lo más probable es que esté a punto de perder el puesto.

Este último tiempo ha sido una tortura. Empecé a sentir que sin ella nada tiene sentido. Empecé a preguntarme qué hubiera pasado si nunca hubiese ocasionado ese accidente, o si hubiese sido un chico común que se enamoró de una chica. ¿Lo hubiésemos logrado? ¿Estaríamos juntos?

El amor y la droga en algún punto se parecen. Me habitué al amor, me volví adicto, de pronto dejé de tenerlo y ahora sufro el bajón. Atravieso los efectos secundarios de perder aquello que me hacía sentir vivo. Buscar a Keira no es una opción, la lastimaría y ese es mi límite. Pero la idea de conseguir algo de heroína pasa por mi cabeza todo el tiempo. Es la salida fácil, aunque sé que solo me lastimaría a mí mismo.

El celular suena otra vez. Tanteo con una mano la mesita que está frente al sofá hasta dar de

nuevo con el aparato. Es Liam. Lo atiendo.

—¿Hola?

—Imbécil —murmura, exaltado—. Hace una semana que intento comunicarme contigo. ¿Estás bien?

Sorbo la nariz, intento hacer memoria de lo que pasó horas atrás. Recuerdo que, en algún punto de la madrugada, vomité en el baño. También siento los ojos hinchados, como si hubiera llorado.

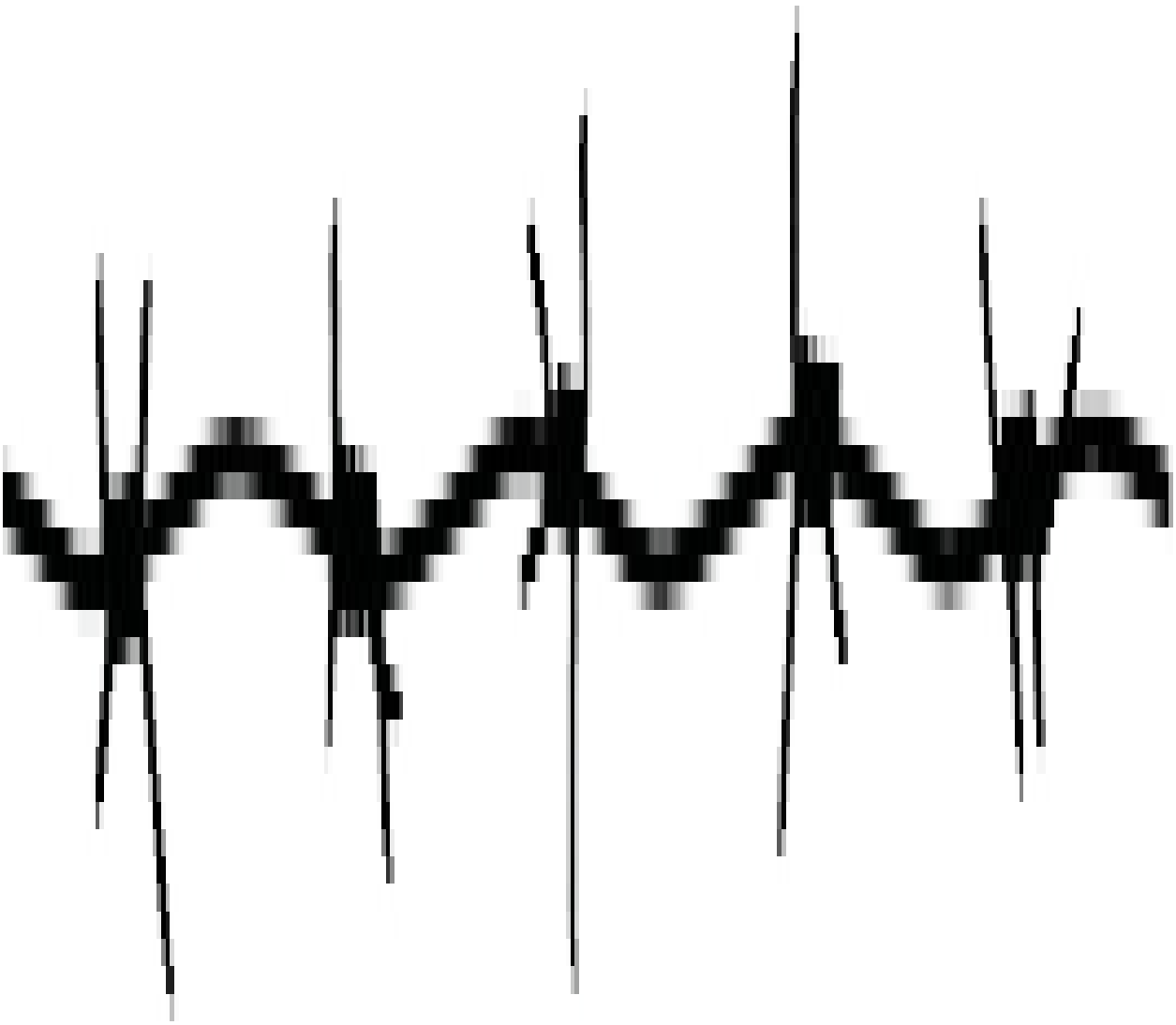
—No —contesto en un hilo de voz—. La extraño, ¿sabes? Pero lo que siento por ella no es suficiente —expreso en voz alta por primera vez—. Nunca podré remediar lo que le hice.

—Damon, cálmate —habla un poco después—. Dime la verdad. ¿Estás drogado?

«Aún no», pienso.

—Solo estoy ebrio, pero lo pensé —confieso.

—¿Recuerdas la libreta que dejó Keira? Búscala —indica—. Voy en camino.



«Usar en casos de emergencia» es el título de la libreta que Keira me hizo llegar seis meses atrás a través de Liam. Sin dudas este es uno de estos casos. La adicción está floreciendo, encendiendo necesidades que creí haber olvidado, pero que siguen ahí y laten de forma imperceptible.

Entonces leo la primera hoja:

«Creeré en ti cuando nadie más lo haga, incluso cuando ni siquiera creas en ti mismo».

Es su letra. Es ella recordándome que debo creer en mí, que soy más fuerte que esta mierda.

CAPÍTULO 42

8 meses después

Damon

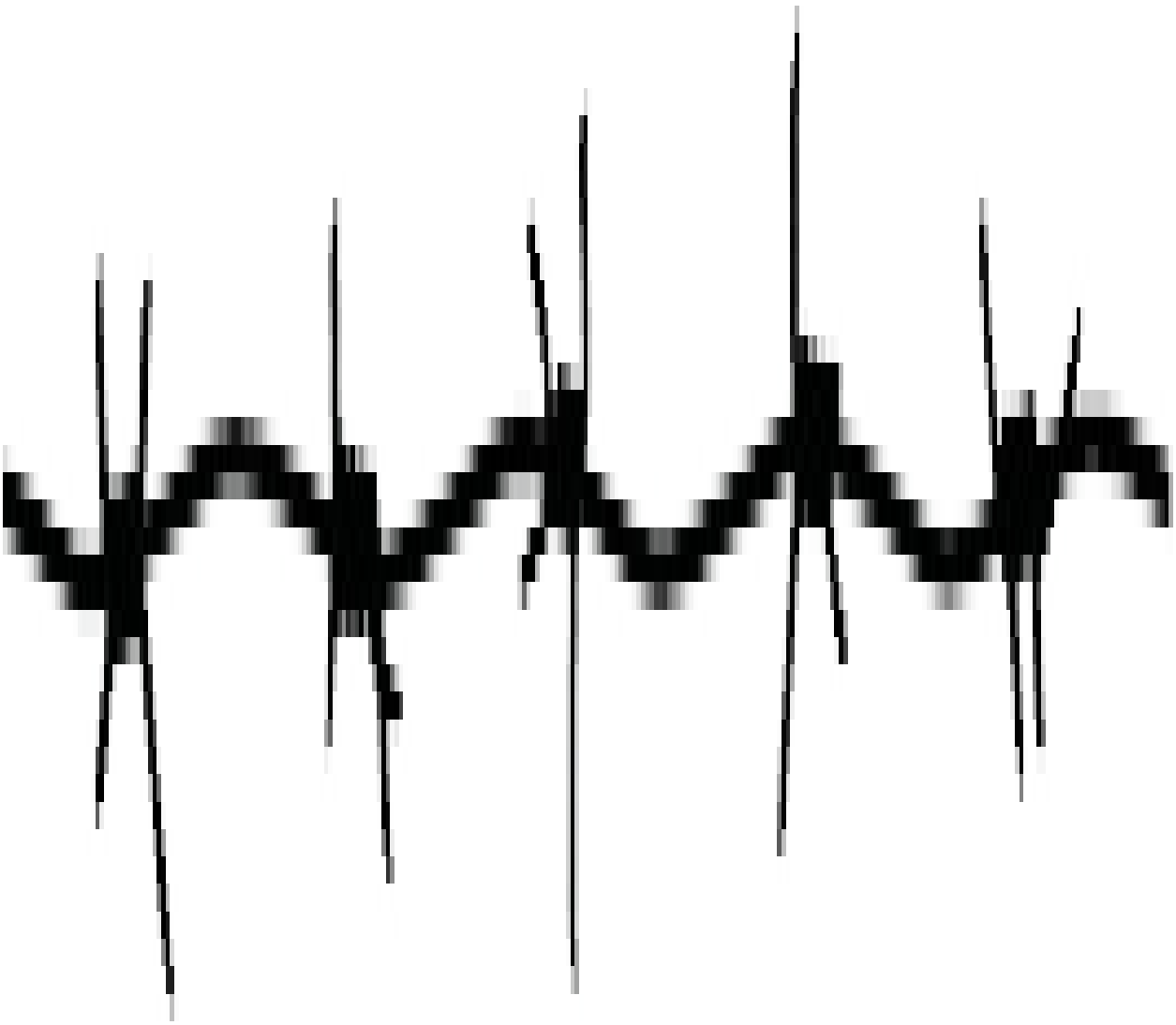
Aquel día que estuve al límite, Liam condujo dos horas por carretera y me recogió tras decime: «no dejaré que te eches a perder». Cargó mis pertenencias en su vehículo y, aferrado al cuaderno que Keira hizo para mí, regresé a la ciudad.

Mi amigo aparcó en el centro de rehabilitación y quiso acompañarme, pero le dije que tenía que hacerlo solo. Lidia me vio y no parecía sorprendida, más bien, me tranquilizó: «Las recaídas son normales. Lo importante es que supiste reconocer que necesitas ayuda». No hubo necesidad de ingresarme, pero sí armamos un plan. Poco a poco volví a las charlas, retomé las sesiones psicológicas y me incorporé a las clases de básquet.

Mientras tanto, mi amigo me ofreció un lugar en su casa. Conseguí empleo en una pizzería, empecé a correr todas las mañanas y decidí que retomaría los estudios para acabar la preparatoria. Entendí que necesitaba mantener la cabeza ocupada, enfocarme.

Semanas después de mi regreso, supe que Keira se había marchado al Reino Unido. Al principio evitaban el tema, nadie la nombraba ni se referían a ella de ninguna forma. Hasta que una tarde no resistí, me acerqué a Lidia y le pregunté si ella estaba bien. Entonces me lo contó.

Fue una sacudida enorme, una dosis cruda de realidad que primero dolió y que luego me endureció el corazón. Al final, comprendí que mi vida tenía que seguir y sentí una especie de amarga tranquilidad al recordar que, ahora que ella estaba lejos, no podría lastimarla.



Me coloco el capuchón de la sudadera, está anocheciendo y una brisa ligeramente fresca se percibe en el ambiente. Llevo las manos a los bolsillos delanteros mientras acelero el paso, la charla que terminó se extendió más de lo normal, debo darme prisa o llegaré tarde al trabajo.

—¡Eh, rubio! —escucho que alguien dice a lo lejos.

—¡No te escapes! —dice una segunda voz.

—¡Ven aquí un momento! —pide un tercero—. Solo queremos hablar.

Confundido por el tono burlesco, llevo la vista hacia la acera del frente. De inmediato reconozco a Jace, que está siendo interceptado por un trío de sujetos de su misma contextura física, atléticos.

—¿Por qué te escapas?

—A él le encanta huir, ¿o no recuerdas cómo se esfumó como una rata después del partido?

Entre ellos se complementan, es evidente que tienen el mismo objetivo. Me detengo. Jace pretende ignorarlos, pero uno de ellos lo sujeta por detrás y lo obliga a regresar. Lo estampa contra la pared y le propina un puñetazo en la cara.

—¡Ey! ¡Déjalo en paz! —exclamo, al tiempo que me cruzo de acera. Intercedo cuando quiere volver a golpearlo e impulso al sujeto lejos con un empujón—. ¡Váyanse de aquí!

Ríen. Me recuerdan a los típicos matones de preparatoria que se apoyan el uno al otro, solo que estos cuentan con varios años más.

—Vaya. Así que el rubio tiene guardaespaldas. ¿No puedes defenderte solo, eh?

—Suficiente, Mike —Jace se incorpora—. Acepta que tu equipo perdió. A veces pasa —murmura. A pesar de que está le sangrando la nariz, le hace frente.

—Sabemos que no fue justo.

—Lo lamento. —Forma una línea fina con los labios—. Pero no es mi culpa la decisión que tomó el árbitro.

Sin más, Mike le propina otro golpe y, sin miramientos, acabamos metidos en una pelea de dos contra tres. Trato de alejar a Mike, pero uno de sus amigos intercede y me golpea en el estómago, mientras el otro sujeta a Jace para continuar con la paliza. Consigo detener al que se ocupa de mí y, acto seguido, libero torpemente a Jace de los dos fortachones. Me basta una mirada para darle a entender la única solución que se me ocurre: correr.

Nos escabullimos en el centro y nos metemos en la primera sala libre que encontramos. Dentro,

nos lleva varios minutos recuperar el aliento.

—Damon… No tenías que meterte.

—Estás loco. ¿Y dejar que esos tipos te maten?

—No iban a matarme —justifica.

Pongo una expresión incrédula.

—Vamos, Jace. Eran tres bestias. Si no te mataban, te iban a mandar directo al hospital.

Jace se ríe por lo bajo y niega. No sé qué es lo gracioso. Aún percibo mi cuerpo palidecer.

—Bueno, sí. Tienes razón —pronuncia y me da un amigable apretón en el hombro—. Te debo la vida, amigo.

—Puedes pagarme con comida. Eso estaría bien —bromeo. Volvemos a mirarnos e inevitablemente, la risa florece. Estuvimos a punto de pagar un precio muy alto, pero estamos bien. Tengo la sensación de que esto será anecdótico… Siento que este es el comienzo de una amistad.

Keira

Ser universitaria en otro país, lejos de casa, sí que está resultando difícil. Las clases consumen gran parte de mi tiempo, pero, como no es suficiente para mantenerme ocupada, tomé un trabajo como camarera en un café durante los fines de semanas y empecé a colaborar en un comedor comunitario sirviendo comida a los sintecho después de clases.

De algún modo, trato de recuperar partecitas de la vida que solía tener. En el fondo sé que es inútil, que nada volverá a ser como antes. Sin embargo, conservo los mismos ideales: impulsar pequeñas acciones para cambiar el mundo.

Hablo con Summer y Andy casi todas las semanas. También suelo llamar a Lidia e intercambio alguno que otro mensaje con Jace de manera esporádica. Mi tío me contacta cada tanto, pregunta cómo estoy y me recuerda que tengo fondos disponibles en mi cuenta bancaria.

Lleno mi vida de ocupaciones para olvidar que no puedo sentir. Es como si tuviera una especie de bloqueo emocional, un vacío que no puedo llenar; algo irremplazable que perdí. Pero, en lugar de castigarme, me recuerdo que una parte de mí quedó rota y que debo ser paciente, que algún día sanará.

Y, aunque no puedo evitar pensar «esos podríamos ser nosotros» cada vez que veo una pareja por la calle compartiendo momentos banales, un simple abrazo o una conversación entre risas, cada noche cierro los ojos y me hablo a mí misma:

«Resiste. Te prometo que hay más. Más risas, más libertad, más amor, más esperanza, más luz».

CAPÍTULO 43

5 años después

Damon

—Tengo hambre —irrumpe una voz aniñada que me hace notar que alguien está de pie en el marco de la puerta.

Madeleine me observa, sus ojos delatan que acaba de despertarse de una larga siesta y, como de costumbre, la pequeña está hambrienta. Con una mano se restriega los ojos mientras que, con la otra, sostiene a su oso de peluche con fuerzas. El juguete es prácticamente su mejor amigo.

—Ey, ven aquí —le digo al tiempo que hago a un lado una silla para que pueda tomar asiento—. ¿Qué quiere comer la pequeña Maddie hoy?

—Mmm... —balbucea pensativa mientras se aproxima dando breves pasos hasta llegar al asiento, donde se acomoda con facilidad. A veces olvido que está a punto de cumplir cinco años y que ya no necesita ayuda para subir a una silla—. ¿Leche con chocolate? —pregunta, sus ojos se abren de par en par y me mira buscando complicidad—. Por favor —agrega.

Su mamá solo le permite ingerir aquello una vez al día, y ya lo hizo por la mañana; sin embargo, su voz dulce y su mirada angelical siempre terminan comprando mis permisos.

—Está bien —accedo—, pero no puedes decirle a tu mamá —digo, a la espera de que no me delate ya que, de hacerlo, se generaría un maldito alboroto.

—¡Yay! —exclama con emoción y se abraza a su peluche. Entonces giro, abro la heladera, busco la caja de leche chocolatada y, luego, vuelco una cantidad en la taza que Madeleine acostumbra a usar.

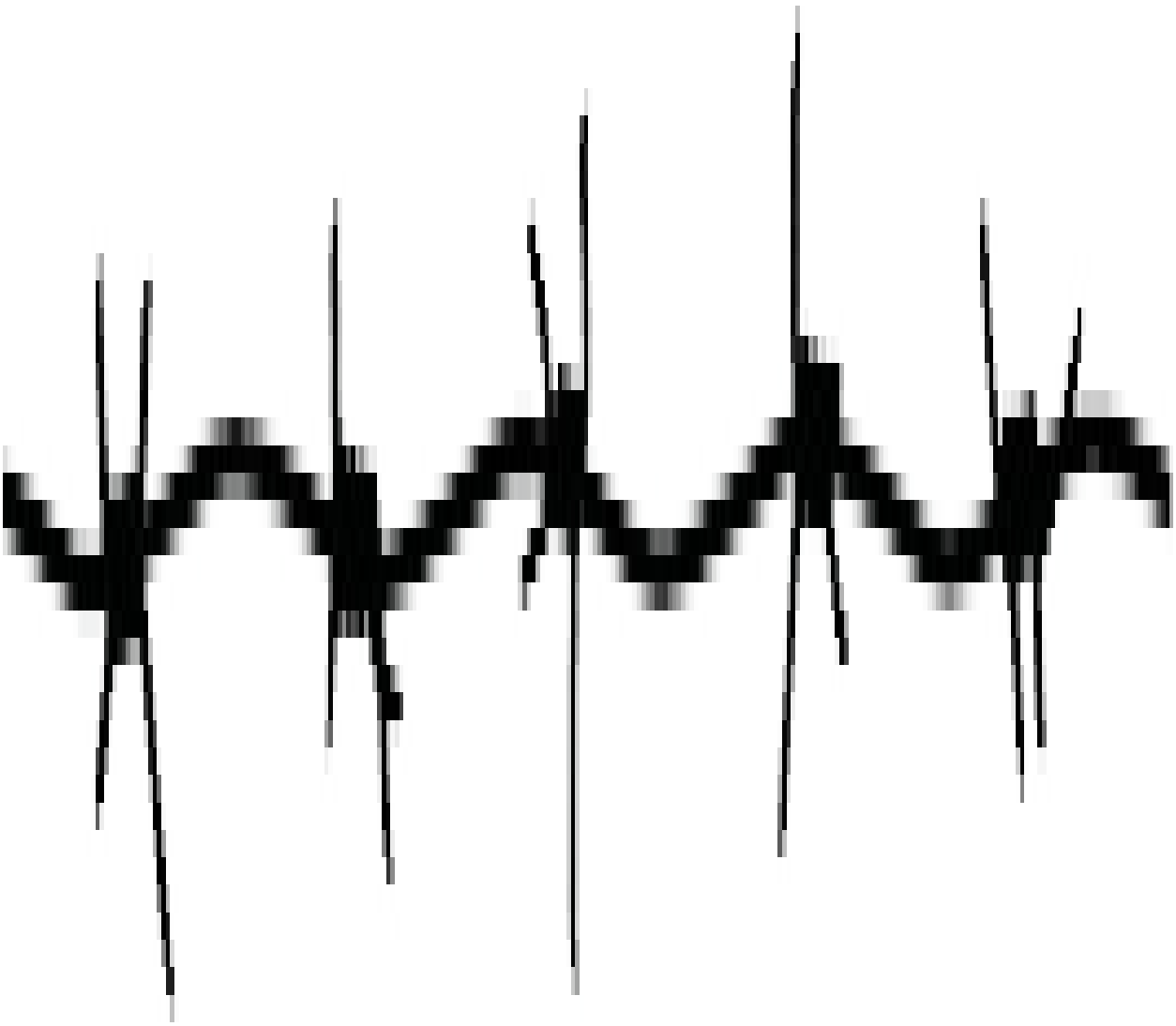
—Aquí tienes. —Coloco la taza frente a ella y la veo extender una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Si! —vuelve a expresar con ánimo. Su brazo libre rodea mi cuello y se aproxima para dejarme un beso en la mejilla—. Eres el mejor.

Me incorporo con una sonrisa, acaricio su cabello y regreso al refrigerador, donde pongo en su lugar la caja de leche y luego lo cierro. Por inercia, leo el pedazo de papel que está pegado en la puerta, aquello que leo cada mañana al despertar y cada noche antes de dormir.

«Creeré en ti cuando nadie más lo haga. Incluso cuando ni siquiera creas en ti mismo».

Este es más que un simple trozo de papel, mucho más. Me salvó cuando estuve a punto de destrozar mi vida, cuando estuve al borde de echar a perder cada paso que había dado para salir del pozo de mierda en el que un día estuve hundido.



En cuanto acabo de atar las agujetas de las zapatillas, Madeleine se levanta como un rayo de la silla, deja el oso de felpa sobre la mesa y corre hacia el patio trasero. Suelta el muñeco en raras excepciones, como, por ejemplo, para ir a jugar básquet. Debo reconocer que tuve suerte al haber encontrado un apartamento que tiene un patio con espacio suficiente para instalar un aro. La sigo por detrás; a estas alturas ya soy consciente de que nunca seré capaz de tener la misma energía que esa niña. A veces me pregunto cómo cabe tanto en un cuerpo tan pequeño. La cuestión es que, al llegar, Maddie ya se apropió de la pelota e intenta hacerla picar, aunque en general se le complica porque es muy pesada para ella. Hace un tiempo le compré una para niños, pero insiste en usar la mía.

—Atrápala —pronuncia al arrojar con fuerza la pelota en mi dirección. La sostengo en el acto.

—Wow, ese fue un gran tiro —digo y la hago sonreír—. ¿Quieres lanzar a la cesta? —pregunto. Sé que ansía hacerlo, es su parte favorita.

—¡Sí, por favor! —habla y luego da breves aplausos, entusiasmada.

—Sostenla, eso es. —La niña soporta el balón entre sus manos, la sujeto por la cintura y la elevo para conseguir que acceda fácil a la cesta—. Y aquí va la grandiosa Madeleine, todos están esperando a ver su tiro... Uno... Dos... Tres... ¡Asombroso! —Finjo mientras la hago jugar; ella emite carcajadas cuando consigue encestar y aplaude, feliz.

—¡Otra vez! ¡Otra vez! —pide cuando la dejo en el piso y, entonces, escucho el sonido del celular. Noto que se trata de una llamada.

—Dame un minuto, Maddie —indico mientras acepto el llamado. Es Jace.

Él se convirtió en un buen amigo desde aquella vez, hace casi cinco años, cuando lo salvé de los matones.

—Necesito que me cubras esta noche, otra vez —dice.

Es su turno de dictar clases de fútbol americano en el centro, pero, desde que está organizando su casamiento, tuve que cubrir su puesto un trillón de veces.

—Después de todo, creo que se divierten más contigo —continúa.

—¿Y qué gano por cubrirte? —bromeo.

—Ehm, te presentaré a una chica —responde, parece hablar en serio—. Es un buen trato.

—No, gracias. Estoy bien así —aseguro y rechazo la oferta—. Prefiero hamburguesas gratis —murmuro un tanto divertido.

En realidad, no me molesta reemplazarlo. Cuando le planteé a Lidia la idea de extender el centro

para brindar ayuda a niños y adolescentes con hogares problemáticos, ella aceptó y propuso incluirme en el plan. Terminé la preparatoria, tomé clases de básquet y conseguí un título de instructor para poder dictarlas.

—Hecho. Y otra cosa… —Jace piensa continuar la conversación, pero entonces, oigo un grito. Al voltear, diviso a Madeleine en el piso. Corro tan rápido como puedo y guardo el teléfono.

Detrás de ella hay un banco liviano de plástico, así que le pregunto qué pasó. Entre lágrimas, logra contarme que intentó subirse para tomar altura y poder encestar por sí misma. Trato de calmarla, a pesar de que tiene un pequeño corte en la frente. Estoy entrando en pánico, pero esta vez soy yo el adulto responsable y debo tomar las riendas.

Sostengo a la pequeña en brazos, ella se aferra a mi cuello y apoya la cabeza sobre mi hombro. Me balanceo y le doy ligeras palmaditas en la espalda, hasta conseguir que su llanto cese poco a poco.

—Iremos a que te curen eso, ¿está bien? ¿Confías en mí?

Ella asiente, todavía escondida sobre mi hombro, su expresión afligida me rompe el corazón.

—¿Puedo llevar a Ben? —pregunta.

—Por supuesto —respondo. Luego de colocar una pequeña venda sobre la herida, busco al muñeco, que ella abraza con una mano, mientras la otra continúa envolviendo mi cuello.

Parece que no es grave, pero sé que estaré más tranquilo si la llevo con un doctor.

Keira

«Es increíble que el sonido del beeper aún no haya roto mis tímpanos», pienso entredormida. Estoy a punto de entrar en un sueño profundo cuando esa alarma tan irritante interrumpe mi siesta.

Antes de salir a actuar, me tomo algunos segundos para ir al baño. Refriego la cara una y otra vez con agua helada, en un intento por despejarme, y echo un vistazo al espejo para arreglarme. Mi cabello luce desastroso, así que me hago una cola de caballo y, luego, tiro del colgante que llevo en el cuello. El pequeño corazón ha quedado por detrás, así que lo regreso hacia delante y lo toco; sostenerlo entre mis dedos siempre me ha traído tranquilidad.

Todavía atravieso un período de adaptación en el hospital. Cursé los estudios de medicina en el Reino Unido, pero luego, en la instancia final, apareció la posibilidad de regresar a mi país y hacer las prácticas profesionales aquí.

Pensé que sería una buena idea. Londres es genial, pero me sentía demasiado sola. No obstante, aunque pensé que esa sensación cambiaría al regresar, aún no pasó. Hace una semana que vivo en un cuarto de hotel. No he sido capaz de avisar a mis amigas, a Lidia o Jace; ni siquiera se le he avisado a mi tío que estoy de regreso.

Reencontrarme con gente a la que no veo desde hace tiempo es un poco aterrador, pero sé que en algún momento tendré que hacerlo.

—Holt, tienes un caso en la guardia. Rápido —murmura el jefe de internos, que siempre parece empeñado en interrumpir nuestras horas de sueño—. No lo eches a perder —agrega. Como somos internos grado uno, nos asignan las situaciones más sencillas, en general de las que nadie quiere ocuparse.

Acelero el paso para llegar rápido al sector y, al abrir la cortina, encuentro a una niña de no más de cinco años sentada sobre la camilla con un vendaje horizontal justo encima de su frente.

—Oh, vaya... ¿Qué tenemos aquí? —pronuncio, mientras retiro la curación improvisada y pongo la vista en la herida. Compruebo enseguida que es superficial. Noto que está acompañada, pero no pongo atención. Me concentro en ella—. ¿Cómo te llamas, linda?

—Madeleine —responde con timidez.

Giro para colocarme los guantes y buscar algunos elementos que se encuentran sobre una bandeja, al costado.

—¿Y cómo te hiciste eso, Maddie? —pregunto, todavía de espaldas a ella.

—Es que intentaba encestar la pelota y, entonces, me tropecé y caí. —Su tono de voz evidencia que aún está afligida y pienso que es común, los niños se lastiman todo el tiempo—. Duele.

—Lo sé. Pero tranquila, tengo algunas herramientas mágicas que harán que deje de doler —murmuro en un intento por sonar amistosa. Volteo y se me ocurre elevar la vista hacia el muchacho que sostiene la mano de la niña como si fuera su tesoro más preciado y, entonces...

«Oh, Dios. Creo que estoy soñando».

Es Damon.

La tranquilidad que me llevó tantos años consolidar es sacudida por su simple presencia. Se siente como haber pasado un largo tiempo dentro de una habitación intacta y silenciosa y, de pronto, las paredes explotan y todo es un caos.

No puedo hacer nada más que actuar con profesionalidad.

Acaso esa niña, Madeleine... ¿Ella es su hija?

Mantengo la postura. Nunca algo me costó tanto esfuerzo.

Él tampoco dice nada, supongo que está tan impactado como yo.

—Bien, Madeleine. Primero necesito... necesito que sigas esta lucecita. ¿Puedes hacerlo? —Trato de que el protocolo a seguir ocupe todos mis pensamientos, pero es imposible. Enciendo la linterna y alumbro los ojos de la niña, deslizando la luz de una punta a la otra. Ella sigue los movimientos a la perfección.

—Todo está perfecto. —Apago el instrumento—. No hay daño interno —le comento a Damon —. Ahora voy a limpiarte con solución. Prometo que no dolerá nada. —Le doy una pequeña sonrisa antes de proceder a limpiar la herida, que es tan simple que ni siquiera necesita puntos—. Muy bien, ahora solo voy a cubrirla. —Realizo el último paso con tranquilidad.

—Tenías razón. —Madeleine tira la mano de Damon—. No dolió nada. ¿Ya puedo irme? —me pregunta—. Papá prometió que me llevaría a tomar un helado esta noche.

—Claro... Claro que sí. Puedes ir. Estás perfecta, Maddie —pronuncio. La niña es un encanto, pero me veo obligada a forzar la sonrisa a causa de la sensación amarga y una cadena de espinas que me atraviesan la garganta.

—Muchas gracias, doctora Holt. —Finalmente escucho su voz después de tantos años y duele, duele como el infierno la distancia que imponen aquellas cuatro palabras. Mientras tanto, la niña se cuelga de su cuello, se acomoda entre sus brazos y apoya la cabeza en su pecho, al tiempo que cierra los ojos. Luce cansada.

—De nada. Es mi trabajo. —Me encojo de hombros, incapaz de pronunciar algo más. Él está a punto de dar un paso para marcharse cuando hablo—. Tu hija es hermosa, Damon. Felicitaciones. —El impulso de huir hacia alguna habitación libre para llorar se cruza en mi mente como lo siguiente que haré después de que se vayan.

Sin embargo, mis planes cambian.

—Sí, es hermosa. Pero esta niña adorable no es mía. Es hija de Liam.

El calor sube por mi cuerpo y se concentra en las mejillas, es probable que se hayan tornado rojizas ante tan absurda equivocación. Bueno, en realidad tenía todos los indicios para pensar que era su hija. ¿Es normal que esté sintiendo alivio?

—Holt, ¿acabaste? Te necesitan en urgencias —interrumpe el jefe en un tono de reproche, con lo cual hace que tenga que retirarme a la realidad. Aunque quisiera decir muchas cosas, no es el momento ni el lugar; tampoco sé si es buena idea establecer una conversación con él.

—Lo siento, tengo que irme —murmuro, apresurada. Él asiente, comprensivo, y yo volteo para seguir el camino. Me quedo con un montón de palabras muriéndose atascadas en mi garganta.

CAPÍTULO 44

Damon

Liam eleva a Madeleine, la pone sobre su cabeza, luego le da un giro y la termina sentando sobre sus hombros, mientras la niña emite carcajadas y grita emocionada.

—¡Liam!, recién termina de comer —le reprocha su novia, que se cuelga el bolso en un hombro para marcharse a trabajar—. Deja de hacerle eso. —Se aproxima, besa a su hija, luego a él, y mueve la mano en mi dirección para despedirse—. Los veo luego. Y nada de chocolate —advierte.

Jessica intenta que todos bajo su techo lleven una vida sana, pero nunca logrará que Madeleine abandone el chocolate, ni mucho menos que Liam renuncie a las cervezas. Pero, al margen de eso, se llevan muy bien. Recuerdo a Liam paranoico cuando me contó que su chica tenía un retraso. Hasta ese momento, no tenían nada serio, ni siquiera se consideraban una pareja oficial, pero la llegada de Maddie los consolidó y, ahora, la verdad es que tienen una buena vida.

—Estás muy callado —comenta. Le envío una mirada que pide que se detenga, porque sé justo hacia dónde va el tema, pero él sigue—. Lo sé, no te puedes quitar a Keira de la cabeza.

Me echo hacia atrás en el sofá y largo un bufido.

—Era más sencillo cuando sabía que estaba lejos. Simplemente... era distinto —pronuncio, exasperado—. Ahora sé incluso dónde encontrarla.

Por otro lado, la imagen del colgante que le regalé todavía en su cuello no me ayuda a olvidar, sino todo lo contrario, hace que me pregunte por qué lo conservó, por qué lo sigue usando.

—Amigo, pasaron cinco malditos años. —Liam se pone serio—. Lo de ustedes fue intenso, pero tienes que dejarla ir o, al menos, hacer algo. No sé, cierra esa historia de una vez por todas, o nunca podrás avanzar. Y ya sabes a lo que me refiero.

Liam conoce mi historial. Tanto él como Jace han intentado emparejarme con chicas, pero nunca funcionó... Digamos que no pongo demasiada voluntad.

—¿Quién es Keira, papá? Suena como un nombre de princesa —Maddie interrumpe haciendo que ambos riamos.

—Ella hubiera sido tu tía, o quizá aún lo sea pronto. Todavía no lo sabemos —bromea y le hago una señal de que voy a asesinarlo. En realidad, me sigo preguntando qué hubiera pasado si nunca se revelaba que estuve involucrado en el accidente de Richard Holt.

¿Lo hubiéramos conseguido? ¿Estaríamos juntos?

Imagino cómo sería nuestra vida, pero entonces me obligo a detenerme porque, maldición, eso no sucederá.

Después de la visita a Liam, debo ir a una tienda que Jace indicó para probarme el esmoquin que usaré en su casamiento. Jamás compré un traje, así que no tengo demasiada idea, pero mi amigo repitió que es un evento formal y que estoy obligado a usarlo. Tras cumplir con esa estúpida obligación, me voy a cubrir el turno de trabajo en la pizzería. No es el mejor puesto, pero es una gran ayuda económica.

Sí. Tengo dos trabajos.

Muchas cosas cambiaron desde ese día en que todo acabó.

Keira

—¡¿Te vas a casar?! ¿Tú? ¿De verdad? —exclamo emocionada. El rubio asiente reiteradas veces y expresa seguridad en la decisión tomada—. ¿Quién eres y qué hiciste con Jace?

Desde adolescente, él tuvo una actitud volátil en cuanto a sus relaciones amorosas. Nunca mantenía vínculos demasiado formales. Las chicas a la larga lo aburrían, el encanto se rompía en un parpadeo. Además, su estilo de vida no le permitía sentar cabeza con nadie; en un año podía vivir en tres ciudades distintas.

—Soy yo, Keira. Aunque te cueste creerlo. Tuve que aceptar eso de que estaba enamorado y, cuando lo hice, todo pasó rápido —comenta. Releo la invitación, solo para comprobar que no me está jugando una broma.

—Así que se llama Sophie —murmuro, a la espera de saber algo más de ella.

—Sí. Es bailarina. No te imaginas lo talentosa que es.

Busca el celular que trae en el bolsillo. Lo enciende, da algunos toques y luego lo extiende. En la pantalla veo una foto suya junto a una chica en la playa. Jace la abraza por los hombros y se ven muy felices.

De pronto siento una punzada de nostalgia en medio del pecho. La última y única vez que me

sentí así de enamorada fue con Damon.

—Hacen una bonita pareja —digo con sinceridad—, pero todavía no entiendo cómo es que vas a casarte y soy la última en enterarme. —Regreso al tema, exagerando el enfado.

Durante mi tiempo fuera del país, no perdí el contacto con Jace, pero no hablábamos muy seguido. Él lo intentaba, pero yo tenía la inevitable necesidad de que me dejaran sola.

—Bueno, pensé que no te interesaba. Estabas siendo un éxito en el Reino Unido, ¿por qué querrías saber de mi historia de amor? —cuestiona en tono divertido—. Además, ni siquiera avisaste que regresabas —agrega. Entonces, bajo la mirada porque sé que estuve mal en no decir nada. Él y su madre siempre se preocuparon por mí—. Tuve que enterarme por...

—¿Tuviste que enterarte por quién? —indago de inmediato—. Dijiste que me viste de casualidad entrando al hospital —le recuerdo. Jace rasca su cuello y sé que está nervioso.

—Claro. Te vi entrar y te detuve, ¿o no? —Aquello que dice pasó hace apenas unos días.

—Sí, fue así. Pero... espera. ¿Cómo sabías que me encontrarías ahí? —Su versión de la historia empieza a sonar menos creíble. Tengo una hipótesis, pero me da la impresión de que está alejada de la realidad—. La única persona que me reconoció en el hospital fue Damon. ¿Fue él?

—Puede ser —dice y frunzo el ceño—. Bueno, sí. Fue él —admite a tiempo, justo antes de que mi paciencia se pierda. Trato de hacer conexiones, sin embargo, la situación es confusa—. Antes de que pienses cualquier cosa. Él y yo nos hicimos amigos, ¿de acuerdo?

Asiento, comprendo el punto, pero la imperiosa necesidad por saber la historia completa surge sin rodeos.

—Tengo una hora antes de que empiece mi turno. Quiero que me cuentes todo —le ordeno y me cruzo de brazos sobre la mesa del café.

—Te haré un resumen —me dice—. Poco tiempo después de que te, él apareció en la puerta del centro. —Abro los ojos, las facciones de mi rostro expresan preocupación. Después de todo este tiempo preguntándome si estaba bien, si algo malo pasaba con él, si se encontraba a salvo... Tengo miedo por lo que estoy a punto de escuchar—. No, no recayó —me dice y aquellas palabras me devuelven la vida—. Necesitaba contención porque estaba a punto de hacerlo. Obviamente mi madre le abrió las puertas y él se estableció. En aquella época, un grupo de chicos quiso golpearme porque les gané un partido —Alzo las cejas, sorprendida—. Sí, a veces quedan represalias porque algunos se lo toman personal. En fin, me increparon cerca del centro. Damon estaba por ahí e intervino a mí favor. Fue una batalla justa, al menos estábamos a mano —bromea divertido, aunque no me suena tan gracioso—. Desde ese día nos hicimos amigos. Así de sencillo.

—Quién lo diría. Ustedes dos amigos —pronuncio en voz alta. No lo puedo creer—. Tengo que agradecerte a ti y también a tu madre. ¿Recuerdas lo último que les pedí antes de irme?

—Claro. Por eso jamás consideramos enviarlo por ayuda a otro sitio. —Sonríe de lado,

satisfecho porque cumplió con su promesa.

—Tengo que irme a trabajar —digo tras tomar una bocanada de aire, en busca de controlar los sentimientos. No sé cuánto deseo saber de Damon. Quiero saberlo todo, pero, al mismo tiempo, no quiero saber nada.

—Vendrás a la boda, ¿no? Por favor, Keira. Invitamos a muchas personas, pero si hay alguien que realmente deseo que esté ahí, esa eres tú.

No me lleva demasiado tiempo analizar la opción. Jace es una amistad que permaneció durante casi toda mi vida; no quiero fallarle, mucho menos después de todo lo que hizo por mí sin importar qué.

—Cuenta conmigo —respondo. Luego, me despido con un beso en la mejilla.

Estaré ahí.

Y sé que Damon también.

Damon

La encargada de la pizzería me lanza las llaves de la motocicleta desde un extremo y, aunque lo hace de forma sorpresiva, consigo sostenerlas a tiempo. Por lo general sirvo pedidos y recojo las mesas, pero hoy el repartidor se ausentó y tengo que reemplazarlo, lo que implica moverse rápido en la ciudad, ir de un lado a otro. No es la primera vez que cubro este puesto. Me fue bien la primera vez que lo hice, así que no tengo excusa.

«Hotel Plaza», indica un trozo de papel pegado sobre la primera caja de pizza, por debajo hay dos más.

—Lo dejas en la recepción y ellos se encargan —me instruye. Sostengo las cajas y las coloco en la caja de repartos que va en la parte trasera de la moto. Luego emprendo el camino hacia el sitio indicado. La situación es típica: apago el motor, estaciono, bajo con la orden, la dejo en la recepción y me pagan.

Sin embargo, cuando estoy a punto de salir, la rutina se ve alterada al toparme con la rubia que atraviesa la puerta de ingreso al hotel. Esta vez no viste la bata blanca que usan los médicos, sino que tiene su ropa normal y lleva el cabello suelto. Lo único que hay de diferente en su cara son unas profundas ojeras moradas.

—Hola —dice, inevitable. Estamos frente a frente, ni siquiera hay oportunidad para fingir que no nos hemos visto.

—Hola —respondo y, entonces, siento que le debo una explicación. Esto es una casualidad, no quiero que piense que la persigo o que me convertí en un acosador—. Venía a dejar un pedido, no tenía idea de que estarías aquí.

—Entiendo —me dice al tiempo que pone una pequeña sonrisa tranquilizadora—. En realidad, me estoy alojando aquí de forma temporal —comenta. Baja la mirada, luego la vuelve hacia a mí y, por un momento, no puedo evitar enfocarme en el colgante que lleva puesto, que me hace recordar el instante exacto cuando se lo regalé, en la única Navidad que pasamos juntos. La mejor de mi vida.

—¿Estás bien? —pregunto, muerto de curiosidad. Me doy cuenta de que no tengo idea de cómo es su vida ahora. No sé sobre su rutina ni de sus sentimientos, tampoco sé si hay alguien más.

Detesto esta sensación. Pasamos de saber todo el uno del otro, a tratarnos como dos extraños o viejos conocidos que perdieron el contacto.

—Sí. Eso creo. —Se encoge de hombros—. ¿Tú estás bien?

Descubro en sus ojos un chispazo de preocupación. Es cierto que pasaron años, pero aún puedo reconocer lo que quiere decir su mirada.

—Sí. Hago lo que puedo. —Tampoco soy capaz de darle una respuesta totalmente segura. Estoy bien, pero incompleto. Malditamente incompleto.

—Damon, pensaba que quizá... Bueno, que quizá podíamos ¿tomar algo? Quiero decir, tal vez podríamos hablar. Ahora —propone.

Volver a verla me hace sentir como el viejo Damon que no sabía controlar sus sentimientos: Ella despierta en mí tantas cosas; un montón de emociones que llevaban años adormecidas están despertando y temo no poder manejarlas. Sentir que puedo perder el control me asusta.

—Lo siento —largo y lamento no poder aceptar—. Ahora mismo estoy trabajando. —Señalo el logo de la pizzería que está plasmado en la camiseta que visto. Keira comprende de inmediato.

—Oh, cierto. Dormir tan poco hace que me pierda de algunos detalles —pronuncia con cierta diversión, en un intento de reírse de sí misma—. Supongo que en otro momento será.

—Claro.

—Adiós, Damon. —Asiente, pasa a mi lado y siento arder como el mismísimo infierno. Es la atracción reviviendo con la intensidad de mil huracanes.

—Keira —pronuncio alto y firme, mientras volteo. La rubia se gira y me mira confundida—. Estoy todos los martes y jueves dando clases de básquet en el centro, por la tarde. Tal vez... puedes pasar por ahí, si quieres.

Ella aprieta los labios, modula una pequeña sonrisa y asiente.

—Seguro —dice, antes de desaparecer de mi vista.

Luego, tengo que tomarme algunos minutos para procesar lo que está pasando. Ella está de vuelta. La persona que amé sin ningún límite, pero a quien, también, no pude evitar lastimar.

Keira

Es tan raro estar aquí otra vez. Es el lugar donde Damon y yo construimos el principio de nuestra relación. Caminamos por esta calle tantas veces.

A simple vista parece que no cambió demasiado, pero mientras me aproximo y pongo más atención, puedo distinguir que el sitio se agrandó y que tiene un ala nueva construida. Me da nostalgia y, al mismo tiempo, alegría. Para muchos puede ser un espacio oscuro, pero allí también hay grandes cambios. Las personas que se acercan en verdad predispuestas pueden transformar sus vidas, mejorar, encontrar una salida.

El repiqueteo del balón contra el piso hace que toda mi atención se centre en la cancha de básquet, rodeada por muros alambrados. Aunque hay un montón de adolescentes jugando, que van y vienen de un extremo a otro, una figura resalta ante mis ojos, alguien que puedo distinguir a la perfección.

Damon se apropia del balón, esquiva algunos jugadores y encesta de manera impecable. El castaño se muestra sin camiseta, lo que me lleva a percibir que su torso está más trabajado desde la última vez que lo vi y sus brazos, sin dudas, lucen más fuertes, lo que hace que desee volver a experimentar lo que se siente estar entre ellos. Él sonríe a causa de los aplausos y festejos, después parece que da indicaciones y todos regresan a ubicarse en sus lugares.

Sé que vine hasta ahí porque se suponía que debíamos hablar, pero no puedo evitar sentirme confundida e insegura... Retomar el contacto con él será un paso directo a remover el pasado.

Uno repleto de cosas que duelen.

Cuando lo conocí, mi función era ayudarlo a progresar y, a fin de cuentas, lo logré. Damon se ve feliz, encontró su lugar, no ha tocado drogas en cinco años.

No quiero que se atormente por viejos errores o que vuelva a torturarse por cosas que nunca podrá cambiar.

Lo hecho, hecho está.

Supongo que ya no tengo nada más que hacer aquí.

Mi corazón vuelve a llenarse de grietas cuando decido ignorar su deseo, mientras doy un paso atrás y evito ingresar al centro.

CAPÍTULO 45

Keira

La boda de Jace y Sophie tiene un detalle diferente. En lugar de casarse en la ciudad, como lo hace la mayoría de la gente, han decidido celebrarla en la playa. Eso implica que los invitados debemos trasladarnos a la zona costera que los novios eligieron. Por supuesto, esto tiene un motivo: ahí se besaron por primera vez.

Sí, así de mágico y encantador como suena. Además, se lo pueden permitir porque ambos se encuentran en una buena posición económica. De hecho, han rentado habitaciones de un hotel con vistas al mar para los invitados más cercanos; yo estoy incluida.

Llego durante la mañana. Después de trabajar semanas seguidas casi sin descanso, mi cuerpo se relaja y caigo dormida en medio de la cama; logro despertar apenas una hora antes de la ceremonia. Me apeno al darme cuenta de que perdí un día entero para disfrutar en la playa, pero, al mismo tiempo, todavía siento cansancio. Si pudiera, dormiría muchas horas más. Sin embargo, tengo que darme prisa y hacer todo en tiempo récord: ducharme, peinarme, maquillarme y vestirme.

Cuando estoy por terminar de prepararme, reviso el celular para comprobar cuánto tiempo me queda. Solo faltan diez minutos para que la celebración inicie y también puedo ver que tengo llamadas perdidas de William, mi tío.

Sí, se enteró de que regresé y ha querido hablar conmigo desde entonces. No quedamos en malos términos, pero aún no estoy dispuesta a verlo.

William: Llámame cuando puedas,

por favor. Hay algo muy importante de lo que necesito hablarte.

Eso decía el último mensaje que envió. La verdad desconozco qué asunto puede resultar tan

importante, y tampoco tengo ninguna prisa por saberlo.

Guardo el celular dentro de un pequeño bolso y finalmente me coloco los zapatos, lo último que me faltaba para estar lista. Por suerte, solo una escalera divide al hotel de la playa. Tengo que bajar por ella y, luego, seguir el camino indicado hasta el sitio donde la ceremonia está a punto de iniciar. Los invitados ya se encuentran ubicados en las sillas, que se dividen en varias filas, acomodadas frente a un gran atril con el mar de fondo. Entre las sillas hay un espacio alfombrado de color blanco: el camino que atravesará la novia. A los laterales, arreglos florales en tonalidades blancas aumentan la vibra romántica, potenciada por las butacas forradas del mismo color y los moños rosa pálido en la parte trasera de los respaldares. Todo está sujeto a una sobria decoración, nada se les ha pasado por alto.

De inmediato reconozco a Jace; luce un traje impecable y espera a un lado del sujeto que oficiará la ceremonia.

Como llegué sobre la hora, los primeros lugares se encuentran ocupados y solo quedan algunas sillas vacías en la última fila. Y sí... Damon ocupa una de ellas.

Genial.

Al menos no soy la única en llegar tarde.

Creo que es la primera vez que lo veo luciendo un traje: pantalón de vestir, camisa, saco y corbata. Es gracioso verlo tan formal, en especial porque puedo asegurar que en su interior está deseando quitarse toda esa vestimenta. Lo debe odiar.

—¿Te molesta si...? —No alcanzo a terminar la pregunta, cuando llega su respuesta.

—Claro que no —dice y me hace saber que soy bienvenida.

Le toma apenas unos segundos recorrerme con la mirada. Segundos que se sienten como una eternidad, sobre todo cuando se detiene en el colgante y, entonces, sé que estamos pensando en lo mismo. Ese simple collar nos transporta a un pasado repleto de memorias que son solo nuestras, que nos pertenecen.

—¿Qué? —digo cuando vuelve a posar su vista en mí.

—Nada. Es extraño que seas impuntual —murmura en un tono divertido.

Es cierto. Odio llegar tarde y no cumplir los horarios. No es propio de mí, pero el trabajo está consumiéndome y a veces olvido cómo ser yo.

—Todo es culpa del trabajo —contesto—, creo que hacía años que no dormía ocho horas seguidas —agrego con el mismo tono relajado. Debo fingir que puedo controlar lo que estoy sintiendo. Debo disimular mi nerviosismo, dado que, después de tanto tiempo, me cuesta entender el efecto que Damon causa en mí—. ¿Qué hay de ti? ¿No deberías estar con los amigos del novio?

—¿La verdad? Jace me lo propuso y me negué. Sabes que detesto estar en el centro de atención —aclara. Conociéndolo, tiene sentido—. Además, me demoré en una intensa pelea por anudar esto —dice y señala la corbata. Al fijarme en detalle, me doy cuenta de que no está del todo bien y largo una suave risa—. Sí, lo sé. Intenté con un tutorial, pero supongo que no terminé de entender —admite y siento ganas de largarme a reír, otra vez. Reprimo las carcajadas ya que estamos en medio de una boda a punto de iniciar.

—¿Me dejas intentarlo? —pido. Creo saber cómo solucionar el problema.

—Seguro —contesta y se voltea hacia un costado. Hago el mismo movimiento y quedamos frente a frente. Seguido, me debo aproximar para alcanzar su corbata. Rehago el nudo y lo dejo a la perfección. Modulo una sonrisita a causa del logro y doy unos cuantos pasos hacia atrás para mantener la distancia.

—¿Mejor?

—Definitivamente sí. Mejor. —Luce animado—. ¿Existe algo que no sepas, Keira? —agrega a modo de broma y, una vez más, surge la nostalgia al recordar cuando me hablaba de ese modo.

No puedo evitar sonreír.

Entonces, suenan los primeros acordes de la marcha nupcial y vemos aparecer a la novia, que lleva un vestido de ensueño, carga un ramo de flores en una mano y se sostiene del brazo de su padre con la otra. Jace la espera en el extremo y, siendo sincera, jamás lo vi tan emocionado.

«No llores», me digo. Solo quisiera saber cuál es la fórmula para alcanzar tanta felicidad.

Damon

Me reclino sobre la barra de bebidas y echo un vistazo a la cantidad de opciones que tengo a disposición, pero no puedo decidir. Para ser honesto, no soy capaz de pensar demasiado esta noche; no desde que Keira se apareció en la ceremonia y se posó a mí lado. Luce como una diosa y, además, fue dulce y atenta, del modo en que solo ella sabe.

Ahora sé que no importa si pasan cinco, diez o treinta años. Siempre sentiré cosas fuertes por ella.

—Amigo —Jace aparece, me da una palmada en la espalda y se posiciona a un lado—. Déjame recomendarte un trago para que cambies esa cara.

—Solo quiero una cerveza —pido. Prefiero mantenerme al margen de las bebidas más fuertes. El barman asiente y se gira para buscar lo que pedí—. ¿Qué haces aquí? ¿No deberías estar con tu

esposa? —bromeo.

—Intentamos comprobar que los invitados estén pasándola bien —explica—. Y no entiendo por qué estás aquí solo. Escucha, esta debería ser tu oportunidad.

—¿Oportunidad para qué? —cuestiono. Sostengo la botella abierta que acaban de entregarme, la llevo hacia mi boca y le doy un trago.

—Para recuperarla. Sabes a quién me refiero. Puedo hablar con ella —ofrece con entusiasmo.

—No. —Me abstengo—. Déjala tranquila, Jace. Comprendo que tengas buenas intenciones, pero no tienes idea de lo que pasó entre nosotros. Hay ciertas cosas que simplemente no tienen solución —indico. No quiero que ella se sienta presionada de ninguna forma.

—No seas tan pesimista, reina del drama —pronuncia para molestarme. Sin querer, deja entrever que desconoce por completo lo que pasó.

—Eres un hombre casado, madura de una maldita vez —digo, un tanto en broma. Luego giro y me apoyo con la espalda sobre la barra.

En esa posición tengo una vista perfecta de gran parte del salón, que pertenece al hotel, y ubico a Keira en el centro. Se encuentra conversando con la novia, están sonriendo y parecen llevarse bien. Vuelvo a tomar un largo trago de cerveza. Maldición. ¿Cómo es posible que sea tan hermosa?

—¿Por qué no te relajas? Escucha, puedo presentarte a otra persona si quieres. Es posible que haya alguna amiga de Sophie interesada —insiste. No es la primera vez que trata de hacer esto; pero algún día tendrá que rendirse, porque no me cansaré de dar la misma respuesta.

—Estoy bien así. —Bebo otro trago y doy el tema por terminado.

Jace está a punto de retomar el habla cuando es interrumpido por amigos de su equipo de fútbol americano, que aparecen bromeando y lo felicitan por el casamiento. Hago lo posible por mantenerme al margen de toda esa conversación, hasta que uno de ellos nombra a Keira.

—Vamos, Jace. No te cuesta nada que me la presentes —pide un sujeto moreno y de espalda ancha. Mi mano se tensa alrededor de la botella, que aprieto con fuerza—. ¿Al menos puedo saber si está soltera?

Lo veo de reojo y compruebo que tiene la vista puesta en la rubia. La desea. Diablos. Contenerme en este momento implica un esfuerzo sobrehumano de mi parte.

—Ten más cuidado. Ella es como mi hermana. —Jace lo detiene al darse cuenta de la expresión de enfado que habita mi cara. Me molesta no poder intervenir en la situación, pero no tengo derecho. No somos nada, sin embargo, sé que dolería como el infierno verla con alguien más.

—Con todo respeto, tu hermana es una hermosura —comenta, al tiempo que se deleita con su figura. Apoyo con ímpetu la botella sobre la barra, lo que causa un estruendo y provoca que el

grupo de amigos ponga atención en mí.

—¿Y a este qué le pasa? —cuestiona el que halagó a Keira segundos atrás. La forma en que se dirige podría ser excusa suficiente para partirle la cara; mis puños apretados están listos y doy un paso al frente.

—Nada. No pasa nada —interviene Jace y se pone en medio—. ¿Sabes? Sé de alguien que me preguntó por ti —le dice a su compañero mientras lo aleja de la situación. Se lo agradezco. Al final, hubiera sido una disputa innecesaria.

Inhalo una bocanada de aire y me dirijo al lavabo para refrescarme la cara con agua y despejarme. Espero algunos minutos hasta tranquilizarme y, entonces, regreso a la fiesta, directo a la barra a pedir otra cerveza. Vuelvo a echar un vistazo al salón, en busca de ella.

La extrañaba demasiado. Tanto, que con solo verla de lejos siendo ella misma es suficiente para darle vida al espacio vacío que dejó cuando se fue.

Todos siguen divirtiéndose mientras yo trato de encontrarla entre la marea de gente. Pero no hay manera, ya no está.

Keira

Escapo de la fiesta para dar un paseo. La música de fondo es el sonido del mar y la decoración, las estrellas. Este plan resulta más atractivo que seguir esforzándome por encajar en un ambiente donde desconozco a la mayoría de la gente; me abruma la música fuerte y los gritos. Deseo irme a dormir, pero, al mismo tiempo, me parece que es demasiado temprano para marcharme. Me detengo frente al océano para divisar el movimiento de las olas y el brillo de la luna que se refleja en ellas.

La vista es preciosa.

—Huyendo de la fiesta, ¿eh? —Damon me retrae de los pensamientos en los que empezaba a sumirme.

—Parece que no soy la única. —Elevo las cejas, los dos tenemos la misma actitud. Él ya se ha quitado la corbata y lleva desprendidos los tres primeros botones de su camisa—. Pero tú en vez de huir, me estás persiguiendo —bromeo.

—Juro que no lo hago. Solo salí a tomar aire —se defiende—. Aunque supongo que, en el fondo, sabía que te encontraría aquí. Es la vista perfecta —pronuncia y apunta su dedo índice hacia el cielo estrellado.

Vaya, no ha olvidado los pequeños detalles.

—Lo sé. —Modulo una sonrisa suave, lo miro de reojo y, luego, regreso la mirada hacia el frente. Nos hundimos en el silencio por algunos largos minutos. Todo lo que puedo oír es el sonido que producen las olas chocando y, a lo lejos, una melodía desgastada que proviene de la fiesta—. ¿Así que Liam tuvo una? hija —largo para sacar tema de conversación.

Desde que lo vi por primera vez después de cinco años, sentí que hay un montón de temas acumulados de los que debemos hablar. Quisiera contarle de mi vida, saber qué ha sido de la suya; y me gustaría saberlo a través de sus palabras, no por dichos de Jace o de algún otro conocido.

Solo nosotros, como los viejos tiempos.

—Increíble, pero cierto —reconoce—. Tendrías que haberlo visto cuando nació Maddie, casi muere de la emoción. Y también de miedo, porque no tenía idea de cómo ser padre —dice y ríe.

—Estoy segura de que se ha convertido en uno muy bueno —aseguro—. ¿Y qué hay de ti? ¿Eres el niñero?

—Algo así —admite y se encoge de hombros—. En realidad, me eligieron como su padrino. —Abro los ojos, sorprendida en el buen sentido—. Ya sé, no tengo el mejor pasado para que confíen tanto en mí, pero juro que la cuido como si fuera mi propia hija —agrega con suma honestidad.

—Lo sé. Nunca esperé menos de ti. —Recuerdo que siempre confié en él, más allá de cualquier cosa—. Solo me sorprende lo mucho que ha cambiado todo en estos años. Te has hecho amigo de Jace, trabajas en el centro, cuidas a una niña... Tienes una buena vida y estoy feliz por ti —murmuro sin poner ningún tipo de restricción a mis palabras.

Él asiente con las manos dentro de los bolsillos delanteros de su pantalón y se inclina hacia un costado, en busca de conectar con mis ojos.

—¿Sabes por qué pude lograr todo eso? —pregunta y lo miro, expectante—. Porque una vez alguien creyó en mí. Alguien que me repitió una y otra vez, hasta convencerme, de que vivir valía la pena. —Un breve silencio se despliega, hasta que retoma el habla—. Ese alguien fuiste tú, Keira —concluye y volteo para quedar frente a él; le agradezco con la mirada que haya considerado decir todas aquellas palabras que, sin dudas, hacen que vuelva sentirme mejor conmigo misma. Me recuerdan quién soy: una chica que lucha por las personas que quiere. Alguien que no se rinde nunca—. Oh no... Cuidado.

No entiendo a qué se refiere con esa advertencia, hasta que tira de mi mano y hace que corramos hasta la superficie. Entonces, me percato de que una ola furiosa se aproxima y podríamos haber quedado empapados.

Empiezo a reír cuando conseguimos llegar a salvo y me arrojo en la arena, agotada. Damon hace lo mismo, se sienta a mí lado, y también ríe.

—Jace y su ocurrencia de casarse en una playa —pronuncia como si hubiera sido una mala idea.

—Ellos se besaron aquí por primera vez. Es un buen motivo.

—Bueno, es cierto —reconoce. De pronto, un recuerdo aparece en mi cabeza y vuelvo a emitir un par de risas—. ¿De qué te ríes? —curiosea.

—Nada —niego, pero al final me dispongo a contárselo—. ¿Te imaginas si tuviéramos que casarnos en el sitio donde nos dimos el primer beso?

—En la plaza del barrio, cerca de la parada de autobuses. Sería genial. Muy romántico —dice con sarcasmo y, esta vez, el sonido de las carcajadas proviene de ambos.

Aquel parque viejo y descuidado no tenía nada de especial; nosotros fuimos los que creamos la magia que le faltaba.

Al final, no importa el sitio en donde estés, mientras te encuentres con la persona indicada.

Lo contemplo riendo y puedo dimensionar cuánto ha cambiado en realidad. Su rostro está totalmente limpio: no hay labios cortados o zonas enrojecidas, tampoco hematomas o heridas cicatrizando. Además de atractivo, también se ve saludable, con una sonrisa amplia. Damon tiene vida. Es una mejor versión de sí mismo y estoy orgullosa. Extiendo la mano y lo sorprendo al acariciarle una mejilla. Él no se rehúsa, al contrario, se aproxima. Se asemeja a un cachorro que busca ser mimado.

—Supongo que ahora estamos en el momento ideal para tener otra «primera vez», ¿no? —pronuncia. En ese momento, ya no puedo verlo. Mis ojos están cerrados, a la espera de que lo haga de una buena vez.

Y lo hace.

Sus labios sobre los míos expresan cuánto se han necesitado todo este tiempo. Envuelvo su cuello con la intención de mantenerlo cerca, con ansias de encontrar más, de llenarme de él.

El sentimiento es tan explosivo y placentero a la vez, que me obligo a darle un leve empujón para alejarlo de mí, porque es el tipo de emoción que está fuera de mis manos. No puedo manejarla. Todo mi amor hacia él está intacto, incluso ha retornado con más fuerzas y no sé qué hacer. No sé qué haremos y es aterrador, no quiero que volvamos a sufrir.

—Damon… —Mis labios, entreabiertos e hinchados, están pidiendo más, pero debo poner un límite—. Ha sido un día largo y estoy cansada, yo... mejor regreso al hotel.

Damon

Siendo honesto, las ganas de regresar a la fiesta son escasas después de lo que acaba de pasar. Así que decido seguir los pasos de Keira y regresar al hotel, con el consuelo de que dormir soluciona cualquier problema, al menos por un rato.

No nos lleva demasiado tiempo atravesar el camino de regreso.

Cuando nos damos cuenta, nos encontramos en el interior, en medio del pasillo, cada uno a punto de tomar rumbo hacia su habitación.

—Lo de recién... Creo... Bueno, creo que deberíamos olvidarlo. ¿No? —me dice. Está confundida, pero supongo que es lo correcto. No quiero hacer nada que la incomode o que le haga mal.

Aunque no puedo negar que, desde el acercamiento, solo he querido atraerla de nuevo hacia mí para volver a besarla cientos de veces.

—Estoy de acuerdo —respondo—. Eso es lo que quieres, ¿no?

—Eso creo. También es lo que tú quieres, ¿verdad? —pregunta. Siento como si estuviéramos tratando de convencernos para tomar una decisión de la que no estamos seguros.

—Sí, supongo —respondo, aún en duda.

Entonces, se extiende para dejarme un beso rápido en la mejilla y parte hacia su cuarto, que está a cinco puertas del mío. Al girarse, la vista que provee hace que mi mandíbula se caiga. Lleva un vestido corto y, sin nadie a su alrededor, consigo contemplar sus piernas desnudas, su espalda descubierta y su cintura enmarcada por el vestido ceñido. Trago saliva y volteo para tomar el camino de vuelta hacia mi cuarto. Cierro los ojos, intento despejarme, pero no hay forma. No podré sacarme semejante escena de la cabeza. Se repite en mi mente y se entremezcla con la sensación de sus labios sobre los míos, su sonrisa, su voz, las yemas de sus dedos acariciando mi mejilla.

Amo a esa chica con cada maldita partícula de mi cuerpo.

Dejarla ir de nuevo es como tener por segunda vez un pasaje directo al infierno.

Escucho la puerta de su habitación cerrarse y freno en seco, decidido a cambiar el final de la noche. De pie frente a su cuarto, un solo golpe basta para hacerla aparecer.

La puerta se abre y sonríe.

—Sabía que no te tardarías —indica, victoriosa, y en cuanto me da permiso a ingresar, pierdo los estribos.

Saco de mi cabeza la idea de resistir y la sostengo por la cintura, para iniciar un beso que de

inmediato comienza a subir de nivel hasta volverse desenfrenado. La rubia se acopla siguiendo el ritmo a la perfección. Acaricio sus piernas, luego las levanto y ellas las enrolla alrededor de mi cadera, con lo que hace que todo encaje. Estamos en la misma sintonía.

La pared es el primer límite con el que nos encontramos. Aprovecho ese punto de apoyo para acariciar su torso por encima del vestido y descender con besos hasta su cuello; recuerdo cuánto le encantaba que la besara ahí.

Después de besar la curvatura de su cuello, regreso a sus labios y tomo una minúscula distancia, solo para contemplarla y comprobar que lo que está pasando es real.

—Recaí —susurro, perdido en ella—. Keira Holt, eres la droga más adictiva que he probado.

CAPÍTULO 46

Keira

Se siente como el mismísimo paraíso, pero en llamas.

Damon besa mejor de lo que recordaba. Mis labios resultaron tener buena memoria, se acostumbran a los suyos y se dejan llevar sin objeciones; su beso es cálido y profundo. Mientras, la humedad en mi interior se acrecienta debido a sus manos que me acarician por debajo del vestido.

Sin dudas fue una gran decisión regresar, acudir al casamiento, besarlo en la playa y, luego, enviarle una mirada provocadora para hacerle saber cuánto me gustaría que me siguiera a mi cuarto. El hecho de que lo haya llevado a cabo me dio la seguridad que me faltaba para convencerme de que estoy en el sitio correcto: aquí, con él.

Él mueve mi cabello hacia un lado y me besa el cuello, luego busca el pequeño gancho que mantiene la prenda sujeta a mi cuerpo y le basta un simple movimiento para deshacerlo. La prenda cae al suelo. Al instante, percibo su tacto sobre mis pechos, los acaricia y los presiona, lo cual me hace jadear.

Todavía detrás de mí, envuelve mi cintura con un brazo y su mano se posiciona en la parte baja de mi vientre; se toma la libertad de introducir sus dedos por debajo de la única prenda que visto. Empieza a moverlos sobre mi zona más sensible, lo que provoca que mi respiración se vuelva irregular y mis piernas flaqueen. Agradezco que esté sosteniéndome, la sensación es tan intensa que podría haberme derribado con facilidad.

Echo la cabeza hacia atrás, sobre su hombro. Cierro los ojos y sus besos no tardan en llegar: detrás de mi oreja, una vez más en el cuello. Mis muslos rozan con su pantalón, que deja en evidencia que está a punto de explotar, tan excitado como yo. Sin embargo, no soy capaz de hacer nada. Sus movimientos se incrementan y me aferro a su brazo, el que me mantiene atrapada, con fuerzas.

Esto es lo mejor que he sentido en años.

Tras hacerme llegar al final, sonrío exhausta y dejo besos por su mandíbula. El corazón me late a

mil, pero aún no he tenido suficiente.

—¿Agotada? —murmura cerca de mí oído. Aunque me siento algo débil, niego.

—Esto recién empieza —respondo y giro para que quedemos frente a frente.

—Es como si el tiempo no hubiera pasado —pronuncia, mientras tomo el control y comienzo a desprender los botones de su camisa—. Sigues siendo mi chica insaciable —agrega.

Sin darme tiempo a responder, vuelve a besarme con fuerzas y tiro hacia atrás la camisa. Damon aleja sus manos para terminar de quitarse la prenda, su torso queda al descubierto y creo que voy a enloquecer cuando nuestros cuerpos se tocan, piel con piel, en contacto directo.

Recorro su pecho desnudo, me detengo en el cinturón, que aparto de inmediato. Me abro camino bajando el cierre de su pantalón, que cae. Él colabora y se mueve, dejando la prenda en el olvido. Entonces, me aferro a su cuello, nos continuamos besando, rumbo a la cama. Al llegar al borde, le doy un leve empujón y lo hago caer sobre el colchón, para hacerle saber que es mi turno de tener el control. Me coloco sobre él, reinicio los besos y, al mismo tiempo, nuestras partes se rozan, separadas tan solo por la fina capa de ropa interior.

Ninguno puede soportar demasiado aquella tortura. Él toma mi rostro, lo separa levemente del suyo; sus ojos están encendidos y por su expresión sé con exactitud lo que me va a pedir.

—Necesito sentirte —dice. Al instante, asiento. Mi deseo es similar: lo necesito adentro.

Él se levanta sobre sus codos y observa mis movimientos, aunque no comprende bien lo que hago. Abro el cajón de la mesita de luz y busco en mi neceser, hasta dar con lo que buscaba: un condón.

No, no estaba en mis planes tener sexo esta noche, pero siempre está en mis planes ser precavida, por si acaso.

Tras obtener su consentimiento, le quito el bóxer. Mi excitación aumenta al ver su erección liberada. Deseosa, me relamo el labio inferior, abro el pequeño envoltorio y luego le coloco el profiláctico con lentitud, acción que aumenta el deseo. Él se deshace de la minúscula prenda que cubre mi zona inferior y permito que sus fuertes manos me guíen. Me sujeta por cintura y entra poco a poco en mí, hasta que todo encaja y comienzo a moverme, segura de que tendré más que suficiente.

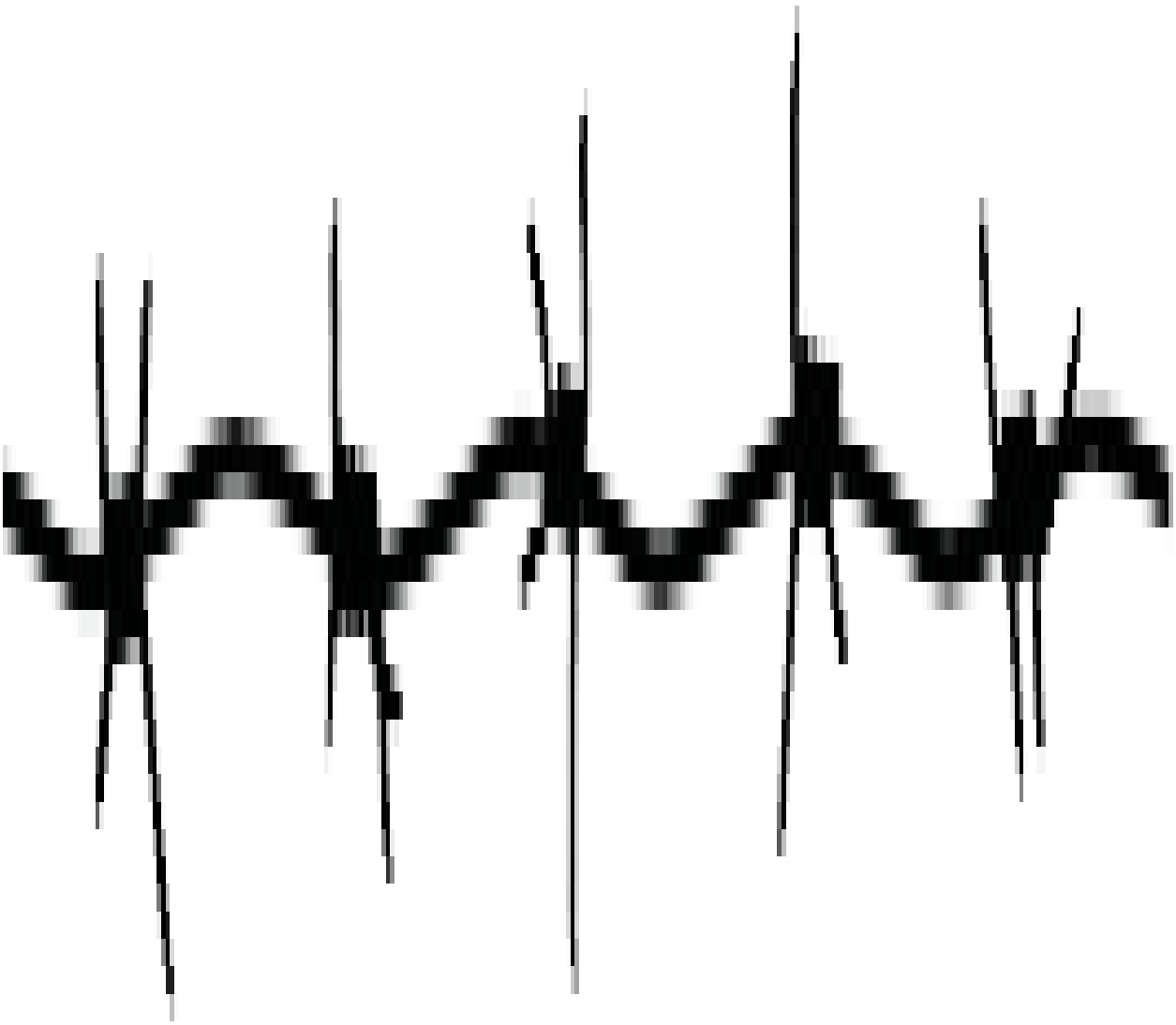
Despegando la espalda del colchón, me aprieta contra él, se mueve en mi interior, me besa los labios, el cuello, pasa por mis hombros, halla mis pechos.

Y entonces, ahí está otra vez. La electricidad. La granada a punto de explotar. El cosquilleo desesperante. Hundo las uñas en su espalda mientras percibo las chispas volar. Me siento completa, me siento viva. Dejo caer mi cara sobre su hombro y consigo fuerzas para dejar algún que otro beso allí. Alcanzamos el final casi al mismo instante; primero yo, luego él. Lo oigo jadear, su respiración está acelerada y después percibo su corazón latiendo a mil, al descansar sobre su pecho.

Todavía con la respiración acelerada, elevo la vista y me encuentro con él, que me mira. Basta con una simple sonrisa para saber que todo está bien. Damon acaricia mi cabello, lo acomoda hacia un costado para despejar mi frente, donde deja un beso.

Cierro los ojos y vuelvo a sonreír.

Aquí es el lugar donde quisiera quedarme para siempre.



Al despertar por la mañana, compruebo en el reloj que apenas son las ocho. Sé que, después de una fiesta, todo el mundo duerme hasta tarde, pero tengo una especie de ansiedad por mantenerme despierta; siento que mi energía se recargó al máximo. Envuelta con la sabana y acomodada a gusto a un lado de Damon, lo veo dormir y vuelvo a sentirme feliz de estar ahí.

Acaricio su pecho con las yemas de mis dedos, hago líneas imaginarias, delineo algunas marcas y cicatrices que, por un momento, hacen que mi corazón se sienta afligido. Sin embargo, recuerdo que aquel daño quedó atrás; el tiempo pasó y ya no es aquel chico que intentaba ocultar sus heridas a cualquier costo.

Cuando me doy cuenta de que debería dejar de tocarlo o podría interrumpir su sueño, es demasiado tarde. Ya lo hice. Él abre los ojos y su expresión se ilumina.

—Diablos. Olvidé que te encantaba madrugar —se queja, exagerando.

—Algunas costumbres no se pierden nunca. —Sonrío y él se restriega la cara. Quiero preguntarle si hay alguna posibilidad de repetir lo de anoche, pero me contengo, aún es temprano—. Pero si quieres seguir durmiendo, puedo ir a dar un paseo. —Atino a salir de la cama y finjo que voy a irme, pero él me detiene y me sostiene del brazo con cuidado.

—No, espera. Ven aquí —pronuncia—. No quiero seguir perdiendo tiempo lejos de ti.

—¿Hablas en serio?

—Muy en serio —asegura. Me abraza por detrás y deja un beso en mi mejilla—. ¿Sabes lo que haremos? Aprovecharé que estamos en un hotel cinco estrellas y pediré comida. Mucha comida. Tomaremos el desayuno en esta cama, junto a esa preciosa vista. —Señala la ventana que muestra el maravilloso paisaje compuesto por el cielo, la arena, y el mar—. Y lo que haremos el resto del día… es mejor hacerlo que decirlo —agrega en complicidad—. ¿Todavía quieres irte?

Muevo la cabeza de lado a lado, finjo estar dudando.

—Creo que voy a considerar la opción de quedarme —menciono divertida, mientras me acomodo de nuevo en la cama. Acabo de oír la descripción de un día perfecto.

—Voy a pedir comida —indica con entusiasmo.

Es verdad que algunas costumbres no se pierden nunca. Damon sigue siendo el mismo muchacho hambriento con una gran debilidad: comer.

Damon

Salgo de la cama para atender al servicio. Están tocando a la puerta con la intención de entregar un carrito repleto de distintas opciones para desayunar. Agradezco la atención y el sujeto se retira, luego lo ingreso y vuelvo a cerrar la puerta, pero, antes de que pueda concretar la acción, Jace atraviesa el pasillo junto a Sophie de la mano. Llevan ropa de playa, así que supongo que planean pasar el día en el mar.

—Ey, también deberías bajar. Aprovechar el día soleado —sugiere. Asiento, sin considerarlo en realidad.

—Lo pensaré —respondo y quiero burlarme; no se ha dado cuenta de un pequeño gran detalle. Jace se propone seguir el camino, pero, en menos de un segundo, retrocede.

—Espera. ¿Esta no es la habitación de...?

—Disfruten el día —interrumpo, divertido, y cierro la puerta tras hacer un rápido gesto de saludo con la mano. Giro para regresar a la cama, pero me topo con la imagen de Keira de espaldas, mientras se coloca mi camisa blanca y prende uno a uno los botones por delante.

Voltea la cabeza hacia un lado para verme y sonríe sobre el hombro. Entonces, descubro que nunca perderá esa aura angelical que la caracteriza, que siempre me hace sentir que, cerca de ella, el mundo es un lugar mejor.

Es cierto que progresé: tengo un trabajo, un lugar donde vivir, un propósito para salir de la cama cada día. Tengo amigos e incluso una ahijada, quienes, sin lugar a duda, han sido los grandes pilares que no me permitieron volver a caer.

Pero, sobre todo, ahora está ella.

Keira.

Lo que está pasando ahora mismo ni siquiera tuvo lugar en mis sueños.

Me siento malditamente afortunado.

—¿Qué pasa? ¿No planeas compartir la comida? —bromea y me hace salir del trance; me había quedado paralizado mirándola como un idiota. Y en parte es cierto, bajo la guardia cuando estoy con ella, sé que puedo ser como soy, porque no va a juzgarme de ninguna forma.

—No, claro que sí. Solo estaba pensando en...

No alcanza a completar la expresión. Su celular suena y hace eco en toda la habitación. Ella busca el teléfono, que se encuentra en una mesita, observa la pantalla y hace una mueca, mientras presiona la pantalla para ponerle fin al sonido.

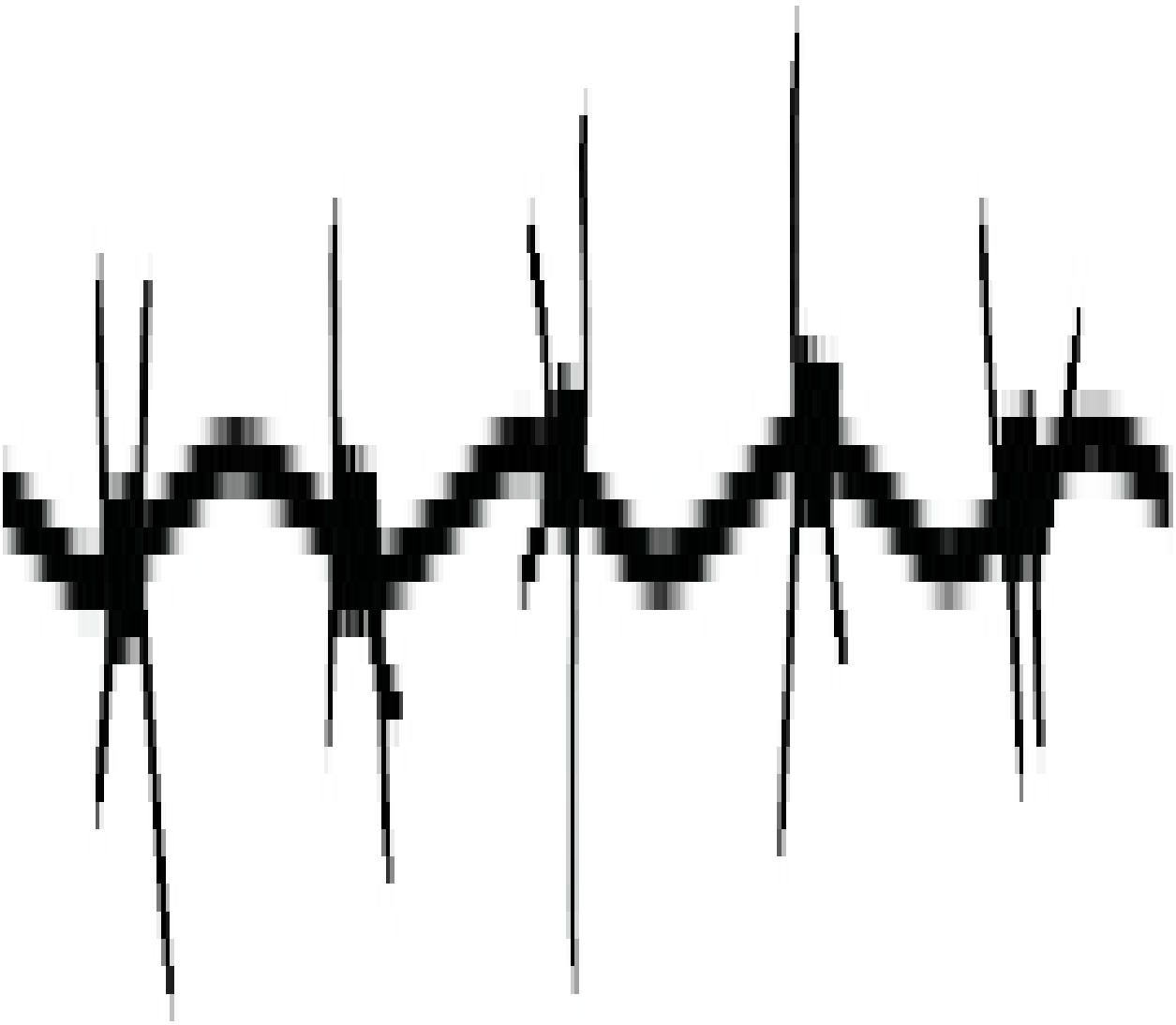
—Es mi tío —dice—. No sé qué es lo que quiere, pero lleva días llamando —comenta tras dejar

el aparato a un lado.

—¿Por qué no lo atiendes y lo averiguas?

Ella toma aire y luego suspira.

—Porque por primera vez en mucho tiempo estoy feliz y no quiero dejar ir este sentimiento tan rápido —contesta. Y, como tantas otras veces, esa especie de impotencia regresa: ojalá tuviera la capacidad de mantenerla feliz siempre.



Después de un largo rato probando distintas comidas, ambos estamos satisfechos. Keira se sentó en la cama apoyada sobre la cabecera; yo me dejé caer y acomodé la cabeza sobre sus piernas.

—No es justo que utilices mis piernas como almohada —bromea.

—Pero estoy cómodo —insisto y la miro a la espera de que tenga piedad y me permita mantenerme de ese modo. Ella sonríe y me acaricia el cabello; lo bueno es que aquella mirada tierna aún funciona—. ¿Sabes qué no es justo? Que sabes muchas cosas sobre mí, pero no has contado nada de ti —reclamo. Siento una real curiosidad acerca de qué fue de su vida en todos estos años.

Ella se encoge de hombros.

—En realidad, no hay mucho. —Toma un momento para pensar y retoma el habla—. Obtuve una beca para completar mis estudios en el Reino Unido y digamos que no lo pensé demasiado. Me fui. Era un hecho que quería alejarme y esa fue la oportunidad perfecta —revela—. Hablé con Alisha antes de irme, necesitaba contarle la verdad sobre Landon y lo que me hizo. Es obvio que al principio no me creyó, o no quiso creerme, no lo sé. Pero me enteré de que a los pocos meses se separaron —comenta.

Cada detalle que da, cada nombre que larga, me trasladan de inmediato hacia el pasado: las noches que me colaba en casa de los Holts, Keira escondiéndome en su habitación, la fiesta que dio su prima, Landon comportándose como un imbécil. Todo aquello transmite un sabor amargo y naturalmente, también nostalgia. No lo sabíamos, pero en esa época, ya empezábamos a enamorarnos.

—Gran Bretaña estuvo bien, conocí lugares increíbles... Aunque principalmente estaba enfocada en estudiar, así que eso es todo lo que hacía la mayor parte del tiempo —dice. No lo dudo, ella persiste cuando quiere algo, no desiste hasta conseguirlo—. Al final, tenía dos opciones: hacer allí mis prácticas profesionales y quedarme varios años más... o regresar. Y bueno, sabrás lo que elegí.

—¿Te arrepientes?

—No, para nada —dice con firmeza—. Es genial tener éxito en lo que haces, pero hay mucho más en la vida que estudiar y tener una profesión. Viví mucho tiempo allí, no obstante, nunca se sintió como estar en casa. Me gustaba la soledad, la disfrutaba. Pero… no lo sé. Había una especie de vacío que a veces me dolía. Cuando volví me di cuenta de que tener éxito también significa estar rodeada por la gente que quieres. Aquí están Lida, Jace, mis amigas… y estás tú, Damon.

Me reclino hasta sentarme y mirarla de frente. Hay mucho que necesito decirle.

—Entiendo a la perfección lo que quieres decir —largo con sinceridad—. Intenté, ya sabes, seguir adelante. Mis amigos decían que necesitaba salir con nuevas personas, pero nunca estuve convencido de hacerlo. Todas las veces que imaginaba un futuro... te veía a ti —concluyo y le muestro cómo me siento sin ningún tipo de miedo—. Solo quería que lo supieras.

Veo sus ojos humedecerse y no me sorprende, ella siempre ha sido así. Transparente.

Se arroja sonriendo a mis brazos y empieza a dejar besos por toda mi cara, que me hacen cosquillas y, aunque finjo que me agobia, en realidad me encanta que haga esas cosas. Es demasiado tierna.

Tal como ocurrió horas atrás, su teléfono vuelve a interrumpir. Ella se detiene y la oigo maldecir.

—Debí apagar esa cosa —resopla, frustrada, y escapa de la cama para alcanzar el celular—. Es él, otra vez. —Su voz arrastra preocupación. Creo que, a diferencia del llamado anterior, ahora está considerando responder—. Lo siento, tengo que...

—Hazlo, tranquila.

Ella asiente, pone el teléfono en su oreja y murmura un «Hola, tío». La conversación continúa, Keira pasea por la habitación los cortos minutos que dura el intercambio de palabras. No consigo oír nada, pero, por su expresión, intuyo que no es algo bueno. Cuando la llamada finaliza, apoya el teléfono en la mesita y se sienta al borde de la cama, perturbada.

—Ey, ¿qué pasó?

—William quiere hablar urgente conmigo.

—¿Es algo grave? —indago, ya que, por su tono, parece que sí lo fuera.

—Dice que hay novedades sobre el accidente de papá —anuncia, casi sin voz.

Y entonces lo sé. Nuestros sentimientos no son los únicos que resurgieron desde el pasado.

Los malditos problemas también.

CAPÍTULO 47

Damon

Para ser honesto, no me sorprende que los jodidos problemas intervengan otra vez. Cuando estás a punto de creer que lo has superado, la vida se encarga de recordarte el error que cometiste y que aún toca pagar el precio.

Un día causé un accidente, un hombre murió. Aquella tragedia aún me acecha hasta el día de hoy; a menudo lo tengo presente. Quizá debí entregarme, confesar, dejar que la justicia le pusiera una condena a mi error; pero, en su lugar, el destino me puso algo más grande: me enamoré de la hija del sujeto que maté.

¿Lo peor?

Ninguno lo sabía.

Ninguno lo supo hasta el instante en que nuestro amor se había vuelto incontrolable, cuando ambos tomamos el riesgo de planear un futuro juntos, cuando creíamos que lo habíamos superado todo.

El secreto salió a la luz y, como era de esperarse, nuestros caminos se separaron. Pensé que eso había sido todo: una cruel jugada del destino para hacerme pagar por el accidente que provoqué. Se convirtió en una tortura. De pronto, no solo me dolía sentirme un asesino, sino que también me resultaba insoportable imaginar el sufrimiento que le ocasioné a la chica que le trajo color a mi vida. La mayoría de sus problemas empezaron cuando perdió a su papá; y ahí estaba yo, el gran causante de todo.

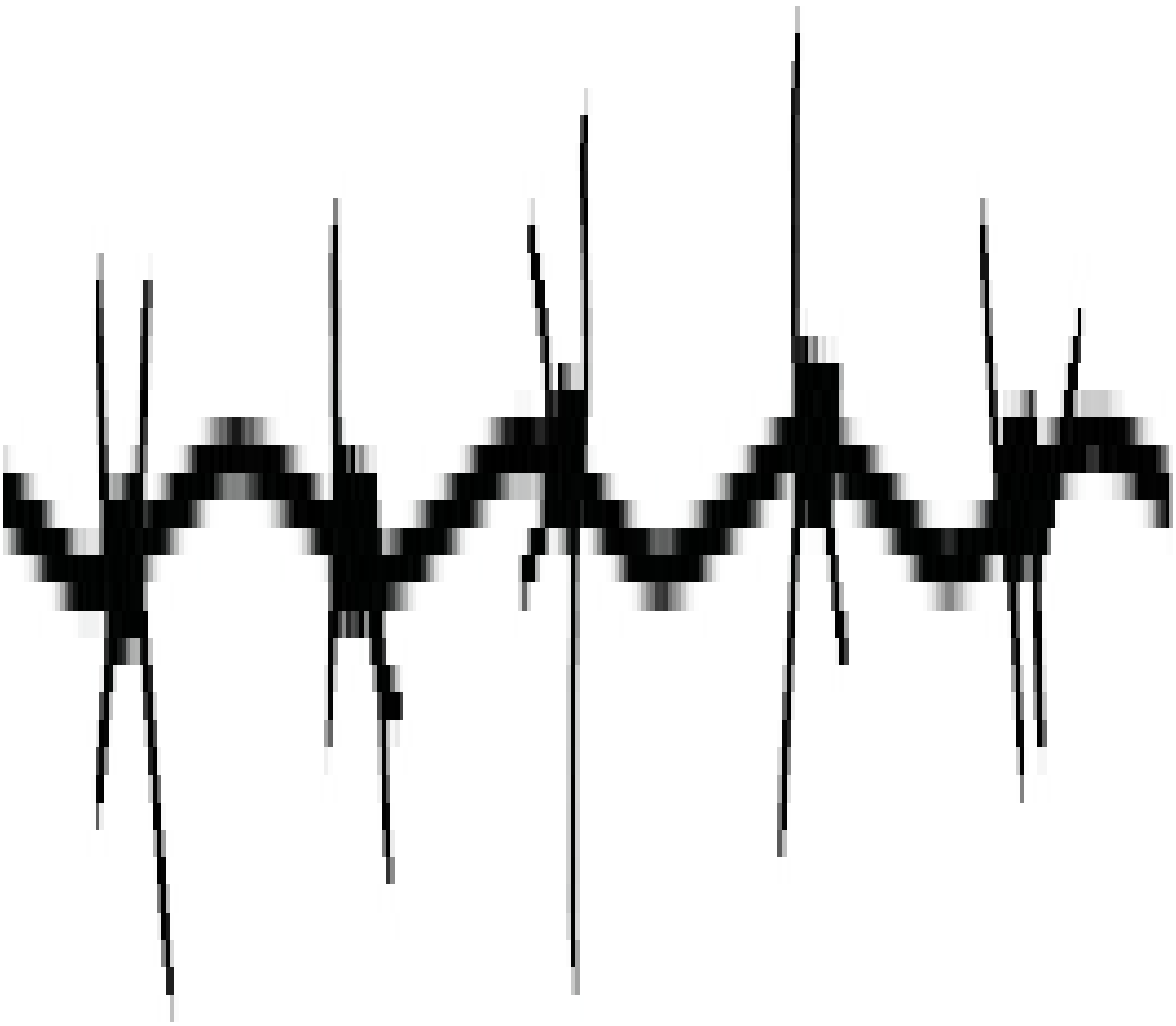
Durante los años que pasamos distanciados, me vi obligado a buscar ayuda. Regresé al centro para no recaer en alguna adicción y, resignando mi terquedad, tomé sesiones de terapia. Para mí fue un largo proceso entender que no podía volver el tiempo atrás para cambiar el pasado, que tenía que aceptar los hechos y tomar responsabilidad por mis acciones. También necesité comprender que yo no manejo la muerte. No me puse de pie a señalar que Richard Holt tenía que morir. Pasó. Podría haber sido cualquier otra persona.

Keira apareció cinco años después y me tomó menos de cinco segundos darme cuenta de que la amaba de manera incondicional. Al comprobar que sus sentimientos me correspondían, supe que este amor es indestructible.

Y si la había hecho sufrir, aunque jamás fue mi intención, todavía podía amarla.

Tras dejar el hotel, no sentí un vacío. Al contrario, tuve la sensación de estar completo después de lo que acabamos de vivir. Los hechos lo decían todo en absoluto, como la forma en que me miró... Maldición, me hizo sentir que podía hacer cualquier cosa por ella.

Si bien el ambiente quedó repleto de incertidumbre, poseo una sola certeza: no sé cuándo, pero Keira y yo volveremos a encontrarnos.



Apenas pasó un día del casamiento de Jace y tengo que regresar a mi rutina. Así que debo marcharme para dictar la clase de básquetbol en el centro. Es probable que el equipo esté esperando con ansiedad.

Antes de dirigirme, vuelvo a chequear el celular.

Sí, aguardo a que la rubia me escriba, al menos para hacerme saber si todo va bien o no. Pero no hay nada. Trato de mantener la calma y suelto el aparato para conducir. Luego, en el transcurso del viaje, hago una parada para comprar comida ya que se me ha vuelto costumbre llevar algo cada clase. Mientras guardo las bolsas con compras en el baúl, reconozco que me detuve frente a una joyería.

No sé qué demonios hago prestando atención a una vidriera de este tipo de locales, pero los anillos exhibidos despiertan mi atención. Quizá sea por la estúpida boda de Jace que no puedo parar de imaginar cómo se vería una sortija de esas en la mano de Keira.

Cualquier persona con un mínimo de lógica tendría el siguiente pensamiento: «No compres nada, acabas de verla un día después de estar separados cinco años, cualquier cosa que haya pasado no te garantiza que quiere un futuro contigo».

Por supuesto, en ese momento no soy el tipo de persona que actúa siguiendo la razón.

Entro al negocio, selecciono el que me parece más bonito y lo pago con mi tarjeta de crédito.

«¿Qué demonios acabas de hacer, Damon?», me pregunto al acomodarme en el asiento del auto. Sin respuesta lógica, guardo la pequeña caja en el bolsillo delantero de mi pantalón.

Todo lo que puedo pensar es que la amo y quiero pasar el resto de mi vida con ella.

Solo que no sé si ella también lo quiera.

Keira

A causa del turno que me tocó cubrir tras regresar de la boda, tengo que esperar a que baje el sol para quedar libre y poder ir a la casa de mi tío.

La que alguna vez también fue mi casa.

Él me dijo que prefería no adelantar nada ya que la información es bastante delicada y necesita de una conversación cara a cara. Saberlo solo me pone más nerviosa y, aunque estoy acostumbrada a afrontar los problemas en soledad, por un instante deseo haber pedido a Damon que me acompañase. Su presencia aún me proporciona el tipo de seguridad que nadie más logra darme.

Pero no puedo hacer eso.

Tengo ciertas sospechas sobre lo que él quiere decirme. ¿Qué tal si se ha enterado de que Damon causó el accidente y estuviese pensando iniciar algún tipo de acción legal? Plantear esa hipótesis me llena de miedos, pero es una posibilidad y quiero resguardarlo , mantenerlo a salvo. La verdad es que no sería nada agradable culparlo. Ha conseguido estabilizar su vida después de luchar contra un millón de demonios. Para ser sincera, quiero que siga así y no empeorarle las cosas.

De pie frente a las puertas de la mansión, tomo una larga bocanada de aire antes de tocar el timbre y hacerle saber que estoy ahí. Atiende William, que me saluda sonriendo, e incluso diviso cierta emoción reflejada en sus pupilas. Dejo que me abrace y, como de costumbre, su voz y su aspecto físico, que lo vuelven tan similar a papá, me dan una punzada de angustia en el pecho.

En cinco años el dolor mermó, pero no se marchó. Aún lo extraño, pero logré aceptar que no regresará.

William me hace entrar en su casa, pregunta por mis estudios y mi trabajo, dice que está «muy orgulloso de mí» y que se alegra de tenerme cerca otra vez. Luego, me contó con un dejo de tristeza que está iniciando el proceso de divorcio con Gerti. No opino, tan solo le digo que, sea la decisión que sea, espero que sea lo mejor para él. Tanto Gerti como Alisha y Valerie ahora se encuentran de viaje.

—Te debo una enorme disculpa, Keira —larga, mientras nos encontramos sentados en los sillones del living—. Lo sé, debí haberlo dicho al principio —admite—. Sé que ya pasó mucho tiempo, pero eso no me limita a decir que siento mucho no haber sido el adulto comprensivo que necesitabas.

—Gracias —murmuro, sincera. Tengo un nudo que se forma en mi garganta—. Ya sé que pasó el tiempo, pero igual significa mucho. Gracias —vuelvo a emitir, aliviada de que hayamos comenzado con el pie derecho esta vez. Siempre lo aprecié y busqué tener un vínculo cordial con él. Al final, es uno de los pocos familiares de sangre que me quedan—. Ahora, disculpa si soy grosera, pero necesito que vayas al grano —pido con cierta desesperación. No aguanto más.

—Claro. Lo sé, no te preocupes —comprende y retoma el habla—. Supongo que recuerdas los detalles del accidente de tu padre, ¿no? —pregunta. Asiento para afirmar que así es—. Bien. Según varios testigos, una persona alteró el tráfico y eso causó que un auto colapsara, se llevara a Richard por delante y le causara la muerte instantánea.

El corazón me late tan rápido que podría traspasar cualquier capa hasta salirse de mi pecho. «Que no diga Damon. Que no diga Damon. Que no diga Damon», repito en mi interior como si sirviera de algo.

—Lo que voy a decir cambiará todo —me advierte—. Tenemos el nombre del culpable y no fue como todos creíamos.

—¿Qué? —cuestiono, atónita.

—Que nada tuvo que ver la persona que alteró el tránsito. A tu padre lo atropelló una persona alcoholizada —larga. Levanto las cejas, sorprendida, desconcertada, sin palabras.

—No entiendo. ¿Por qué sabemos esto ahora? —cuestiono. Por mi mente pasan tantas cosas, que no sé qué afrontar primero.

—Henry Nixon, el culpable, es nieto de un reconocido fiscal y su padre es juez —explica detalles que no consigo procesar por completo. Parece que estoy metida en una especie de realidad paralela—. ¿Sabes? A mí las cosas desde un principio no me quedaron claras. Así que tenía gente trabajando en el asunto, pero es evidente que nada pudieron descubrir porque toda información del caso estaba perdida; sus familiares lo protegían. Ahora, no sé qué ocurrió con exactitud, pero hubo una disputa familiar y todo esto salió a la luz. Mi abogado me llamó la semana pasada para comentarme que la causa se había reabierto —explica.

Lo único que capto con claridad es que Damon es inocente.

Él no hizo nada, solo vivió todos estos años torturándose por creer que había matado a una persona. Fue una repugnante injusticia donde un tipo privilegiado se limpió las manos gracias a sus conexiones políticas.

Me caen lágrimas por las mejillas, pero las quito rápido; de nada sirve ponerme a llorar.

—Keira, ¿te encuentras bien? Sé que es duro, pero eres su hija y tenías que saberlo.

—Tengo que hacer algo —digo y me pongo de pie de inmediato. A pesar de toda la carga emocional que implica descubrir semejante información, solo hay un lugar a donde quiero ir, una persona a la que necesito contárselo con desesperación.

Todos estos años, lo único que nos ha impedido estar juntos es creer que él había estado involucrado en el accidente.

William pronuncia algunas palabras que no alcanzo a comprender. Obnubilada por el brusco cambio de perspectiva, salgo de la casa. Camino de prisa, impulsada por la desesperada necesidad de encontrar al chico que amo para demostrar lo equivocado que estuvo.

«¿Por qué tuvimos que saberlo tan tarde?», me pregunto a mí misma. Quizás aún no sea tarde, quizás esta fue una jugada cruel del destino, pero nos sacrificamos y sobrevivimos a las injusticias, y puede que la recompensa esté en alguna parte, esperándonos.

En dirección al centro, atravieso las calles, viejas y conocidas, que alguna vez transitamos juntos. Paso por sitios que podrían ser banales, pero que los recuerdo con nostalgia gracias a pequeños detalles, como la sonrisa que él me sacó al hacerme algún chiste tonto, o la forma en que apretó mi mano en silencio para darme a entender que me necesitaba; sus brazos que me sujetaban con

fuerza y se convertían en mi refugio, las palabras de aliento que le susurré cada vez que intentaba darse por vencido.

Yo nunca lo dejé caer. Él nunca dejó que yo cayera.

Supimos resguardarnos de las caídas y de los golpes, una y otra vez, nos mantuvimos a salvo.

Frente al centro, experimento la sensación de estar a punto de perder el aliento. Me alimento del coraje, de aquel impulso de justicia y sigo. Transito la sala principal, luego el pasillo y llego patio trasero. Ahí está Damon, en medio de la cancha de básquetbol, haciendo jugar a un grupo de niños. Riendo.

Recuerdo haber pensado: «ojalá pudiera quitarle todo el dolor» y, entonces, sé que de algún modo lo haré.

Aquí nos conocimos. Aquí nos reencontraremos.

Damon

Keira se presenta en medio del partido, camina con decisión en mi dirección e ignora cualquier distracción a su alrededor. Mi semblante tiembla. El balón cae de mis manos, me encuentro cautivado por su presencia repentina. ¿Saben cuántas veces soñé con algo así estos últimos cinco años? Como un millón de veces, maldición.

Sin embargo, percibo una punzada de dolor al reconocer la melancolía que abunda en su expresión. También se deslizan lágrimas por sus mejillas, lo que hace que tema lo peor.

Trato de armarme una coraza para afrontar la mala noticia, pero la rubia se abalanza a mis brazos, se aferra a mi cuello en puntas de pie y me besa con intensidad. ¿Qué tan malo puede ser lo que pasó para que tenga tantas ganas de besarme? No entiendo.

—Kei... Keira —murmuro e interrumpo el beso. La confusión no deja de invadirme—. Me encanta cuando me besas de esa forma, no te equivoques —explico—, pero necesito saber qué está pasando.

Ella da un paso atrás para tomar una breve distancia y se encuentra mis ojos. La conozco tan bien que puedo jurar que de su boca saldrán buenas noticias. No está llorando de tristeza, sino porque está aliviada. Aun así, trato de no ilusionarme: estoy acostumbrado a que lo bueno se termine rápido.

—No fuiste tú, Damon. Nunca fue tu culpa —pronuncia entre lágrimas. Al mismo tiempo, florece una enorme sonrisa que me encanta, aunque todavía no comprendo.

—¿De qué hablas? —indago, sin soltarla, mis brazos la rodean por la cintura y la mantienen cerca.

—De que no tuviste nada que ver en el accidente de mi padre. El responsable del accidente fue el tipo que manejaba el auto —revela. Mi expresión en ese instante grita «¡no hablas en serio!». Entonces, ella retoma la conversación—. Tiene familiares en la justicia que lo estaban encubriendo, pero ahora todo salió a la luz. Por eso mi tío llamaba con tanta insistencia.

A decir verdad, me cuesta asimilar lo que está pasando. Me cuesta creer que sus palabras son ciertas, que al final, no he sido yo.

Es una maldita ironía.

Si me estuvieran culpando o llevándome a una celda, no tardaría ni un minuto en sabotearme. Pensaría que lo merezco, que debo pagar por los errores que cometí, que nunca tendré una buena vida. Todo el tiempo ha sido tan fácil odiarme que, cuando me ocurre algo bueno, me siento perdido. ¿Debería sonreír?

—¿Escuchaste lo que acabo de decir? —Keira vuelve a hablar, me recuerda que realmente está pasando—. No fue tu culpa. Si aún me amas, hazme un favor y quítate todas las malas ideas de la cabeza —agrega y me mira, iluminada. Es literalmente un ángel.

Eso es. No fue mi culpa.

Llega alivio al cuerpo y por primera vez puedo decirme:

«Estás libre de culpas, Damon. Ahora sí puedes perdonarte».

—Y, por favor, no volvamos a separarnos —concluye y me acaricia las mejillas con ambos pulgares.

Todavía abrumado, en el buen sentido, por la reciente noticia, solo soy capaz de corresponder a sus palabras. Asiento con seguridad y acuno su rostro, mantengo nuestras miradas conectadas.

—Grábate muy bien lo que voy a decir, Keira Holt. Nunca, jamás volveré a alejarme de ti —pronuncio con toda la seguridad del mundo—. Es una promesa.

La atraigo de nuevo para besarla y, entonces, da un pequeño salto, se eleva y acomoda sus piernas alrededor de mis caderas. La sostengo mientras todo lo que sentimos explota en un beso. Ella sonríe entre el gesto y le devuelvo la sonrisa. Sí, he decidido que quiero pasar el resto de mi vida con la chica que nunca se rindió conmigo.

Entonces, recuerdo lo que traigo en el bolsillo. Supongo que detenerme a comprar un anillo guiado por un extraño impulso no ha sido en vano.

Con cuidado, la suelto para que vuelva a tocar el suelo. Así, rebusco en el bolsillo del pantalón la pequeña caja aterciopelada, la que localizo en unos pocos segundos. Como de costumbre, ella observa cada movimiento con suma curiosidad y hasta creo que está a punto de preguntar algo,

pero, al ver la caja entre mis manos, se queda sin palabras y su expresión se inunda de ilusión.

—Lo sé. Ya sé que soy un impulsivo y que esta actitud me llevó a meterme en grandes problemas prácticamente durante toda mi vida —admito con un deje de diversión—. Pero también es verdad que, cuando se trata de ti, ni siquiera tengo que pensarlo, Keira. Solo sé que es lo correcto, porque cada vez que apareces para rescatarme me haces sentir un poco más vivo. —Lo hago. Me arrodillo ante ella como si estuviera venerando una de las maravillas del mundo—. No tiene que ser de inmediato, pero espero, algún día, ser lo suficientemente afortunado para que quieras casarte conmigo.

Abro la caja. El anillo queda a la vista y la rubia vuelve a sonreír, emocionada. Asiente y se tapa la boca con una mano, presa del asombro.

—Es cierto que ser impulsivo siempre te metía en problemas. Pero, ahora mismo, me encanta que lo seas —murmura y extiende su mano—. Es obvio que es un sí. Claro que sí. Sí, quiero, Damon —continúa mientras con delicadeza, coloco el anillo en su dedo anular izquierdo.

Tal como lo había imaginado, le queda perfecto. Durante algunos segundos, lo admira maravillada. Luego, regresa la vista hacia mí, abraza mi torso y hunde la cabeza en mi pecho. También la abrazo y le proporciono un beso en la coronilla.

Mientras tanto, la ronda de aplausos que inicia a nuestro alrededor me recuerda que no estamos solos. La emoción del momento me llevó a olvidar que estamos en medio de una clase rodeados de niños, que ahora aplauden y festejan con sinceridad. Incluso está Lidia, que también se sumó a la celebración.

Con ella entre mis brazos, cierro los ojos, siento que lo tengo todo. Estoy increíblemente completo.

Y de repente me doy cuenta de que ella lo hizo una vez más: si nunca se hubiera cruzado en mi camino, seguiría atormentado por la idea de que soy un asesino.

Ahora sé que no es así.

Ella me salvó. Su amor me salvó, incluso de mí mismo.

Y pensar que todo empezó por un castigo...

Un dulce castigo.

EPÍLOGO

Asegúrate de estar con alguien que te motive a mejorar en la vida, porque las relaciones son más que solo enamorarse. Se trata de inspirarse el uno al otro para convertirse en una mejor versión de ustedes mismos, día tras día.

8 años después

Damon

Me encuentro sentado en la sala de espera cuando la puerta del consultorio se abre. Una mujer, que sonríe agradecida, se despide. Luego veo a Keira, dispuesta a llamar a su próximo paciente. De inmediato, le hago una seña para que no lo haga aún. Todavía en medio de su confusión por verme ahí, me aproximo, sostengo su mano con delicadeza y la guío hacia fuera.

—Lo siento, me la robaré unos minutos —anuncio en modo de broma a la gente que está esperando.

Luego de que ella concluyera sus prácticas, obtuviera el título de médica y se especializara en Medicina General, tuvo la brillante idea de abrir un consultorio a la par del centro, para que personas de bajos recursos pudiera obtener atención médica. A pesar de que es un trabajo secundario porque sus jornadas en el hospital de la ciudad le consumen mucho tiempo, se esfuerza a diario para sostener el proyecto. Desde un principio tuvo mi apoyo y cada día intento ayudarla en todo lo posible.

—Damon, ¿pasó algo? Me estás asustando —dice. Con la mano libre, se quita las gafas y las guarda en un bolsillo de su chaqueta blanca.

—No pasó nada, tranquila —le aseguro, al mismo tiempo que entramos a la cocina. Veloz, cierro la puerta tras ella y la beso. La rubia reacciona al instante, se incorpora y se deja llevar por el ritmo ansioso que marcan mis labios. Al despegarme, sonríe sobre mi boca.

—¿Qué pasa? —insiste, con un dejo de diversión.

—Nada. Solo quería ver a mi esposa unos minutos —digo y luego proporciono un beso corto sobre sus labios—. Y, además, me aseguro de que te alimentes. ¿Cuántas horas llevas trabajando? —pregunto. Es probable que lleve más de ocho horas atendiendo a la gente.

—Eso no importa —murmura—. Ellos me necesitan.

—Lo sé. Con más razón, deberías descansar más seguido —agrego. Llevo insistiendo bastante sobre eso. Sin embargo, ella tiene demasiada energía y siempre está planeando cosas y preocupándose por los demás. Lo digo todo el tiempo, lo que hace es admirable—. Supongo que mañana te tomarás el día.

Nos sentamos alrededor de la mesa que preparé minutos antes de buscarla en el consultorio. Puse sándwiches de verduras, fruta trozada y refrescos de naranja. Ella de inmediato le da un bocado al sándwich, con lo que deja en evidencia que tenía hambre.

—Ya anuncié que no iré a la pizzería —comento, retomando la conversación.

Durante el largo tiempo que he trabajado allí, fui ascendiendo hasta obtener el puesto de gerente general. El último progreso fue transformarme en socio del dueño; una mitad de ese negocio nos pertenece a Keira y a mí.

Así es como funcionamos desde que estamos juntos: lo compartimos todo.

—Sí, está bien. Me tomaré el día —asegura, un tanto a regañadientes, y sonrío.

—Genial —digo. No tardo en probar el sándwich, que está delicioso. Ella sigue comiendo, bebe un trago del refresco y chequea la pantalla del celular.

—Damon, ¿no tenías que ir a por los niños?

Maldición.

Cada vez que estoy con ella me olvido de los estúpidos horarios.

—Sí, eso estaba a punto de hacer. —Finjo que lo recordaba y ella se ríe. No me cree una sola palabra—. No te burles de mí, de verdad esta vez no lo olvidé.

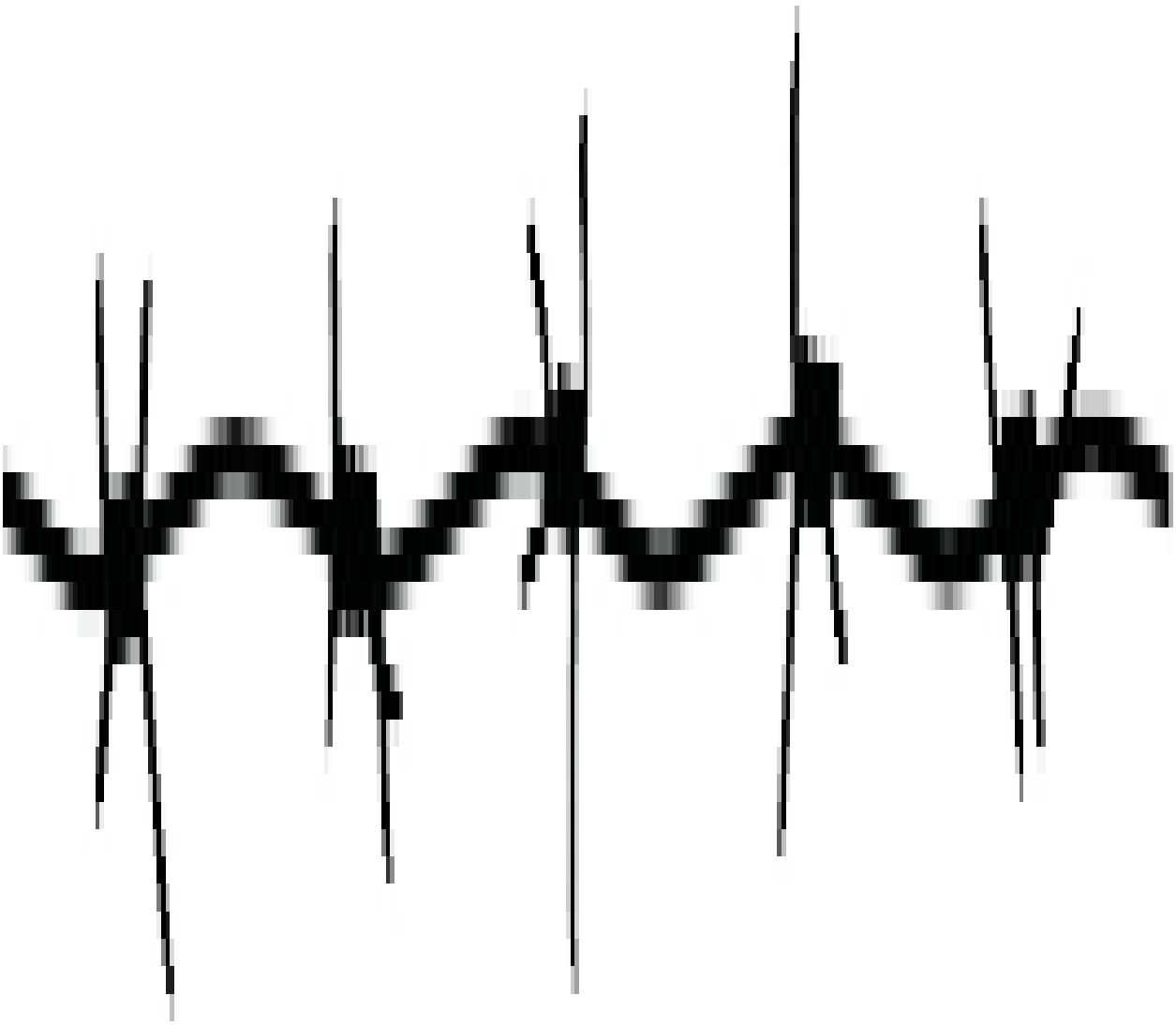
—Sí, claro. Lo tienes todo bajo control —larga entre risas. No puedo evitar contagiarme de la forma en que lo hace, cada vez que ríe el rostro se le ilumina—. Dile que los amo. Ah, y llévalos a la cama temprano —indica, se quiere asegurar siempre de mantenerles su rutina.

—Lo haré. Tú también podrías probar volver temprano. Te extrañamos —murmuro, y atino a abrir la puerta para marcharme—. Adiós, no trabajes tanto.

—Ey, espera. —Me detiene. Entonces se aproxima y vuelve a unir nuestros labios—. A ti también te amo.

Me largo del centro después de despedirme y me subo al auto, donde los asientos traseros han sido reemplazados por sillas para niños, y lo pongo en marcha. Acelero lo suficiente como para llegar a horario.

Solía correr para escapar de la policía; ahora tengo que acelerar para intentar llegar a tiempo al jardín de infantes.



—¡No, Emma! —grita Evan, alarmado—. Primero tienes que poner el azúcar, luego la mantequilla.

—Pero si es lo mismo, tonto. ¡Dámela!

—No. Primero el azúcar —insiste el niño. De inmediato, tengo que dejar lo que estoy haciendo para poner la vista en ellos. Los he dejado a solas un par de minutos y ya están peleando—. ¡Papá! Dile a Emma que arruinará la torta para mamá —acusa con preocupación.

—Ey, no creo que tu hermana quiera eso. ¿No es así, Em?

—Claro que no —responde con total autoridad—. Evan se molesta porque no sigo su maldita receta.

Elevo las cejas, asombrado. No puedo creer que esté diciendo groserías, me pregunto de quién aprendió. Su mamá va a asesinarme.

—¡Emma acaba de decir una mala palabra!

—Evan, tranquilízate —digo, armándome de paciencia. Algún día lograrán que me vuelva loco —. Pero es cierto, Em. ¿De dónde aprendiste eso?

Ella se encoge de hombros, como si no le importara en lo más mínimo lo que acabo de decir.

—Te escuchó ayer hablando con el tío Liam —revela el niño. Genial, así que yo soy el culpable.

—Bueno, no importa. No vuelvas a decirlo, Em.

Me ubico entre ambos, frente a la mesada que de un lado está impecable y, del otro, hecha un lío. Una clara referencia a las personalidades de los mellizos.

Por un lado, está Evan, quién es muy maduro para ser un niño de tan solo cinco años. La maestra nos citó hace algunas semanas para hablar sobre él, sorprendida porque, a su corta edad, ya sabe leer. Además, cuando hay peleas en su grupo de compañeros, es el primero en calmar las aguas; pone orden e intenta solucionar los problemas con tranquilidad. En la última Navidad, pidió un telescopio porque está obsesionado con conocer el universo.

Emma, en cambio, es todo lo contrario. Le gusta quedarse en la cama hasta tarde, pero luego se levanta con energía y no hay forma de pararla. Le encanta estar al aire libre, jugar a la pelota —el básquet es uno de sus deportes favoritos— y causa bullicio a donde quiera que vaya. También es muy lista, solo que a veces tiene impulsos que entorpecen sus acciones. Es muy audaz y, aunque pase la mitad del tiempo peleando a su hermano, es la primera en defenderlo si alguien intenta lastimarlo o se burla de él.

Evan y Emma, los nombramos.

En memoria de Robert Evan Holt y de Alice Emma Montclair.

En la época que elegimos los nombres, supimos que necesitábamos hallar algo que tuviera un significado aún más allá del gusto o cómo sonaban. Comprendimos que era una especie de coincidencia casi mágica que su padre y mi madre tuvieran un segundo nombre y que ambos empezaran con la letra «E». Combinaban. Eran cortos y fáciles de pronunciar. Sencillos. Justo lo que estábamos buscando.

Tienen apenas cinco años y sería capaz de decir un millón de cosas sobre ellos. Cambiaron por completo mi mundo, me dieron una razón inalterable para sentir que vivir tiene sentido.

—¿Lo ves, papi? —Evan señala la receta escrita que tiene entre manos—. Aquí dice que el azúcar va primero.

—Pero la vez que cocinamos el pastel todos juntos mamá puso primero la manteca —dice su hermana. La discusión continúa, aunque debo admitir que me hacen reír.

—A ver, es cierto que aquí dice que el azúcar va primero —indico. El niño sonríe victorioso—, pero también es cierto que, en algunos casos, no pasa nada si cambiamos el orden de los ingredientes —agrego, en busca de un equilibrio para dar la razón a ambos y que dejen de pelear —. Ahora, sabemos que mañana es el cumpleaños de mamá y tenemos que concentrarnos en hacer el mejor pastel del mundo. Sin peleas —explico para hacer que ambos me oigan con atención—. ¿Entienden? —Ambos asienten—. Bien. ¿Saben lo que haremos? Evan, pondrás azúcar. Emma, pondrás la mantequilla. Los dos al mismo tiempo. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —contestan los dos al unísono. Es un alivio.

Problema solucionado. Por ahora.

Durante la tarde, el pastel está listo para la decoración. Hacemos algo sencillo: lo bañamos en chocolate, luego los niños esparcen confites multicolores sobre la superficie. Le doy el último toque tras agregar un adorno que dice «feliz cumpleaños» en letras plateadas, repletas de purpurina comestible. Si tengo que ser honesto, luce un poco… abstracto. ¿Pero no es así como llaman a las obras de arte? Tras ver las sonrisas emocionadas de mis hijos, me encojo de hombros y lo meto en el refrigerador.

Lo importante es que lo hicimos con amor.

Keira

Sé que Damon tiene razón al aconsejarme que no me exceda con las horas de trabajo, pero es que me cuesta delegar responsabilidades o dejar pendientes para el día siguiente. Veo a la gente esperando ayuda y tan solo quisiera tener superpoderes para conseguir ayudarlos a todos.

Demoro unos veinte minutos en llegar a casa y, al bajar del auto, veo en el teléfono que es justo medianoche.

Es mi cumpleaños número treinta y uno y el aniversario número catorce de la muerte de mi padre.

Saco las llaves de la cartera y luego abro la puerta, a la espera de encontrar la casa en silencio, con las luces apagadas, como debería ser a esta hora.

Sin embargo, sucede todo lo contrario. Las luces están encendidas y las paredes decoradas con dibujos hechos por mis hijos; decoraciones de cumpleaños que cuelgan por todas partes. En el medio de la mesa, hay un pastel con velas encendidas. Los niños me cantan el «feliz cumpleaños» con gran ánimo y, en un momento dirijo la mirada a Damon, que hace una mueca y modula «ellos insistieron», para explicar por qué no los llevó a la cama temprano.

De ninguna manera podría enojarme, todo lo contrario, en mi interior solo hay espacio para la gratitud y la felicidad. La emoción me llega hasta los ojos, invadidos por lágrimas, que trato de ocultar para no preocupar a los pequeños.

—¡Feliz cumpleaños, mami! —exclama Evan quien, de pie sobre una silla, me entrega una tarjeta perfectamente recortada y me da un beso en la mejilla.

—Mira la mía también —dice Emma, que me extiende otra de una forma más bien abstracta. También es preciosa—. Ahora pide un millón de deseos y sopla las velas.

—Solo puede pedir tres deseos —la corrige Evan, como de costumbre.

—¡También pueden ser un millón! —retruca su hermana y le saca la lengua.

—Ey, niños. Sin peleas. ¿Recuerdan? —Damon interfiere y, entonces, ambos dejan de discutir.

Emma salta a los brazos de su padre mientras que Evan se abraza a mi cintura y observa con atención mientras me incorporo para soplar las velas. Cierro los ojos, considerando el momento para pedir deseos... Al principio, no sé qué pedir. Ahora mismo tengo lo que quiero. Así que solo se me ocurre una sola cosa:

«Ojalá papá lo esté viendo todo».

Luego de probar el pastel, que estaba delicioso, mientras mi esposo se encarga de llevar a los niños a su cuarto, tomo ese tiempo para darme una ducha. Al salir del baño, en pijamas y con el cabello húmedo, encuentro a mi esposo recostado sin camiseta, esperándome con ansias. Desde que regresé del Reino Unido y nos reencontramos, todo lo que hice fue enamorarme más y más de él. Demostró ser el mejor compañero que podría haberme tocado; siempre apoyó mis planes, cuidó de mí y me recordó lo que valgo cada vez que lo olvidé. Tiempo después, Emma y Evan llegaron y de inmediato asumió su paternidad. Se entregó por completo a ellos, a esta familia.

Recuerdo una noche en que los mellizos tenían apenas unas semanas de vida. No dejaban de lloriquear y yo necesitaba con desesperación dormir cuatro horas seguidas para no volverme loca. Damon me envió a descansar y prometió que él se encargaría. Cuando desperté, como seis horas después, estaba sentado en el sofá, con los bebés, uno en cada brazo, calmados y dormidos. Si existiera una enfermedad llamada «morir de amor», esa noche aquello habría sido mi causa de muerte.

—Creí que te encontraría durmiendo —murmuro. Me sorprende que aún no se haya metido a la cama.

—Keira, es tu cumpleaños —me recuerda—. Ahora es mi turno de darte el regalo. A menos que quieras rechazarlo. —Me da una mirada repleta de ternura y tristeza a la vez. Típico de él, sabe que es mi punto débil. Y, como de costumbre, soy incapaz de decirle que no.

—Vamos, Damon. Muéstrame lo que tienes —pido, encantada. Pasar tiempo juntos después de un largo día de trabajo hace que el cansancio se esfume.

—Primero, necesito que estés en la cama.

Le doy una sonrisa llena de complicidad. En cuanto me hundo en el colchón, él voltea y besa mis labios, en un gesto que se siente cálido, profundo, y que comienza a excitarme cuando los besos descienden a mi cuello.

—Me encanta este regalo —susurro, disfrutando lo que está haciendo. Pero la puerta se abre y tengo que empujarlo para alejarlo de mí. Emma y Evan, de nuevo nos deleitan con su presencia.

—Niños... —pronuncia mi esposo, sorprendido, y se incorpora en su lugar—. Deberían estar durmiendo.

—Lo sé —admite Evan. Él nunca rompe las reglas, a menos que tenga una excusa lógica—. Pero Emma dice que a mami no le gustó mi tarjeta.

—Y luego Evan dice que la mía estaba mal cortada.

—Lo estaba —responde su hermano con una honestidad brutal.

—Era a propósito, tonto. Eso se llama arte —justifica y se cruza de brazos.

Lo miro con una inevitable sonrisa, niego y suspiro. Nuestros niños son tan especiales.

—Suficiente. Basta de tratarse así. Las dos tarjetas me encantaron. Se los juro. Son las dos tarjetas más bonitas que me han dado en toda mi vida —digo con seguridad. Ellos sonríen ilusionados, al mismo tiempo que se atreven a subirse a la cama y acomodarse.

—Queremos dormir aquí esta noche —reclaman.

—De acuerdo —accedo al pedido. Creo que tantos recuerdos por el día de mi cumpleaños me sensibilizan más de la cuenta—. Pero solo por esta noche.

Los niños se ubican justo en el medio, entre Damon y yo. Aunque se supone que vinieron a dormir, no es cierto. La voz de nuestro hijo interrumpe con una de sus curiosas preguntas, él siempre quiere saberlo todo.

—Mami, papi, ¿ustedes cómo se conocieron? —indaga. Los dos ponen esa expresión que indica que están esperando saber más, que quieren la historia completa. Como son pequeños de cinco años, es evidente que no podemos darles detalles de los problemas con los que lidiamos en el pasado, pero, cuando tengan la edad suficiente, lo sabrán todo.

Su padre al instante me dirige una mirada por encima y se ríe en silencio. Tenemos que armar una historia adaptada en segundos porque nuestro niño no dejará de insistir.

—Ah, eso es fácil —Damon toma la delantera—. Cuando ella me vio por primera vez, no pudo evitar enamorarse perdidamente de mí, así que me persiguió por la calle y, cuando me alcanzó, apuntó su teléfono en mi mano —exclama en un tono divertido. Aprieto mi labio inferior con los dientes mientras pongo los ojos en blanco.

Sé de memoria la historia completa: Damon apareció en el centro con golpes y sangre en la cara. Se comportaba a la defensiva y tenía una actitud de superación, aunque descubrí que era toda una fachada cuando se sentó en la camilla para que pudiera curar sus heridas y lucía como un niño asustado. Ese día salió del centro fingiendo que no requería ningún tipo de ayuda, pero entonces supe que no podía dejarlo ir así y corrí detrás de él, a sabiendas de que, en el fondo, sí me necesitaba.

Luché por él. Él luchó por mí.

Aquellos años que nos separamos, mantuve la tranquilidad porque sabía que, aunque estuviéramos lejos, algún día nos reencontraríamos.

Nuestro final era acabar juntos.

Porque nunca pierdes lo que realmente amas.

AGRADECIMIENTOS

Antes que nada, quiero agradecer a mis lectores. Muchas gracias por apoyar esta novela desde que empecé a subirla a Wattpad, por cada comentario y muestras de cariño, por recomendar y compartir la historia con emoción. Ustedes son una parte importante en ese camino, este libro no hubiese sido posible sin ustedes.

Gracias a todo el equipo de Editorial Vanadis por darme la oportunidad de publicar con ustedes, por confiar en mí como escritora y permitirme formar parte de esta casa. Son un equipo increíble. Gracias Natalia Hatt por tu amabilidad, paciencia y entusiasmo; me sentí muy segura al dejar la historia en tus manos, gracias por hacer que esta historia crezca hasta alcanzar su mejor versión.

Gracias a mamá y papá por ser mi sostén principal y darme su apoyo incondicional en cada paso. Gracias por ser tan pacientes y comprensivos, por hacer posible que pueda dedicarme a la escritura. A mis hermanas Chiara y Candela por escucharme y soportarme todos los días. A mí hermano Gastón, por ser mi compañero incondicional desde siempre y haber apoyado cada uno de mis sueños. Los quiero mucho.

Gracias a mi nona Bety y a mi nono Quique por darme ese amor incondicional que me convirtió en la persona que soy. Gracias a mi nono Juan, por inspirarme a ir detrás de lo que me apasiona a pesar de los obstáculos. Cada uno de ellos forma parte de mí y los siento siempre conmigo. También gracias a mi nona Rosa por estar presente y apoyarme en esto.

A mis tías Ana, Silvana y Marisel, a mis primas Malena y Rocío (nunca voy a olvidar que leíste las historias que escribía cuando éramos adolescentes), a Gina y Paula (¡ojalá puedan leer esta historia cuando tengan la edad suficiente!). También al resto de mi familia materna.

A mí padrino, Pipa, por darme una mano cuando lo necesitaba y estar pendiente de mis novedades literarias junto a Gise.

A Keith, que me vio soñar con esto desde que íbamos al secundario y nos sentábamos juntos en clases; a mis amigas Karen, Andrea y Pilar por escucharme y hacerme sentir acompañada. A Wén, por ser incondicional a pesar de la distancia. A mis amigos y compañeros de la carrera Comunicación Social, gracias por brindarme su apoyo e interés cuando supieron que escribía.

Y, por último, pero no menos importante, gracias a mis gatos que, aunque no puedan leer esto, cada día y, sobre todo, en mis noches solitarias de escritura, están a mí alrededor haciéndome compañía.

SOBRE LA AUTORA

Evelyn Cerutti nació en junio de 1995 en Villa María (Córdoba). Empezó su camino como escritora a los trece años, publicando fanfics sobre su banda favorita en Blogspot. Después llegó a Wattpad, donde se animó a subir una historia original. Actualmente tiene varios libros de romance nacidos en esta plataforma.

Después de pasar por varias carreras, en el 2021 se recibió como técnica en Periodismo en la Universidad Nacional de Villa María (UNVM).

Cuando no está escribiendo, le gusta leer, ver series o películas, escuchar música, viajar y decorar libretas. Disfruta de pasar tiempo con su familia o amigos y de jugar con sus gatos. Le encanta el helado y el chocolate, también cocinar y encender algún sahumerio o vela aromática mientras escribe.

CONTENIDO

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33

CAPÍTULO 34

CAPÍTULO 35

CAPÍTULO 36

CAPÍTULO 37

CAPÍTULO 38

CAPÍTULO 39

CAPÍTULO 40

CAPÍTULO 41

CAPÍTULO 42

CAPÍTULO 43

CAPÍTULO 44

CAPÍTULO 45

CAPÍTULO 46

CAPÍTULO 47

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

SOBRE LA AUTORA